



# De las primeras comunidades neolíticas a la configuración de los grupos iberos en el Levante de la península ibérica

Francisco Javier Jover Maestre  
Juan Antonio López Padilla  
Gabriel García Atiénzar





**INAPH**  
**COLECCIÓN *PETRACOS* 5**

**De las primeras comunidades  
neolíticas a la configuración  
de los grupos iberos en el Levante  
de la península ibérica**





FRANCISCO JAVIER JOVER MAESTRE  
JUAN ANTONIO LÓPEZ PADILLA  
GABRIEL GARCÍA ATIÉNZAR

**De las primeras  
comunidades neolíticas  
a la configuración de  
los grupos iberos en  
el Levante de la península  
ibérica**

*PETRACOS* es una publicación de difusión y divulgación científica en el ámbito de la Arqueología y el Patrimonio Histórico, cuyo objetivo central es la promoción de los estudios efectuados desde el Instituto Universitario de Investigación en Arqueología y Patrimonio Histórico de la Universidad de Alicante –INAPH–. *Petracos* también pretende ser una herramienta para favorecer la transparencia y eficacia de la investigación arqueológica desarrollada, transfiriendo a la sociedad el conocimiento generado con la mayor rigurosidad posible. Esta serie asegura la calidad de los estudios publicados mediante un riguroso proceso de revisión de los manuscritos remitidos y el aval de informes externos de especialistas relacionados con la materia, aunque no se identifica necesariamente con el contenido de los trabajos publicados.

**Dirección:**

Lorenzo Abad Casal  
Mauro S. Hernández Pérez

**Consejo de redacción:**

Lorenzo Abad Casal  
Mauro S. Hernández Pérez  
Sonia Gutiérrez Lloret  
Francisco Javier Jover Maestre, secretario  
Jaime Molina Vidal  
Alberto J. Lorrio Alvarado

© del texto e imágenes: los autores

**Edita:** Instituto Universitario de Investigación en Arqueología y Patrimonio Histórico (INAPH)

**Imagen de cubierta:**

Tesorillo de Cabezo Redondo. Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante

**ISBN:** 978-84-1302-108-9

**Depósito legal:** A 58-2021

**Diseño y maquetación:** Marten Kwinkelenberg

**Imprime:** Byprint percom, S.L.

Impreso en España

# Índice

---

- 9** Prólogo
  
- 11** 1. Introducción
  
- 17** 2. Las bases teóricas y metodológicas
- 19** 2.1. Sobre el programa de investigación científica
- 25** 2.2. Bases arqueológicas para el análisis del proceso histórico entre el VIII y el I milenio cal BC en el Levante peninsular
  
- 83** 3. Neolitización, intensificación productiva y desarrollo social en el Levante de la península ibérica
- 89** 3.1. Sobre el reconocimiento de la formación económico-social de las sociedades en estudio
- 97** 3.2. Los últimos cazadores-recolectores en el Levante de la península ibérica
- 107** 3.3. La interacción social: sobre la hipótesis de la progresiva neolitización de los grupos mesolíticos
- 119** 3.4. Los últimos cazadores-recolectores ante la implantación territorial de los primeros grupos agricultores
- 137** 3.5. Las primeras comunidades agropecuarias en las tierras meridionales valencianas y su proceso de expansión y consolidación
- 153** 3.6. La ausencia de megalitismo en el área central de la fachada oriental de la península ibérica: una propuesta de explicación
- 171** 3.7. Sociedades en expansión entre el IV y el III milenio cal BC: los procesos de intensificación económica en el Levante de la península ibérica
- 185** 3.8. Sociedades en transición entre el 2800 y el 2200 cal BC: el desarrollo social de la desigualdad

<b>193</b>	<b>4. Hacia la institucionalización de la desigualdad durante la Edad del Bronce en el Levante de la península ibérica</b>
<b>195</b>	4.1. El proceso de reconocimiento y caracterización de grupos arqueológicos coetáneos y colindantes: El Argar y el “Bronce Valenciano”
<b>203</b>	4.2. El grupo argárico en el extremo nororiental de El Argar
<b>231</b>	4.3. Los grupos arqueológicos del “Bronce Valenciano”
<b>251</b>	4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas
<b>301</b>	4.5. Los procesos de desagregación y nuclearización poblacional en las tierras meridionales valencianas entre los siglos XIII y VII cal BC
<b>315</b>	<b>5. Bibliografía</b>

# Prólogo

---

En 1981 E. A. Llobregat señalaba en una novedosa síntesis sobre los orígenes del País Valenciano que “fins a l’aparició de la cultura ibérica sabem ben poc dels homes que habitaren les terres valencianes”, a los que dedicó unas interesantes reflexiones acerca los hombres y mujeres de la cueva de la Cocina, Cova de l’Or, de las pinturas rupestres, de Mas de Menente y del Tesoro de Villena. Habían transcurrido casi dos décadas de la publicación la monografía de su maestro M. Tarradell que, bajo el título *El País Valenciano del neolítico a la iberización*, todos hemos utilizado como referente en nuestros estudios sobre la Prehistoria reciente valenciana. Sus autores –Francisco Javier Jover Maestre, Juan Antonio López Padilla y Gabriel García Atiénzar–, con quienes desde sus estudios universitarios en la Universidad de Alicante he compartido excavaciones, prospecciones, proyectos de investigación y publicaciones, nos ofrecen esta monografía que no dudo en calificar de excepcional, como lo han sido sus numerosas publicaciones anteriores en las que han demostrado su sólida formación y amplio dominio del registro arqueológico.

Aquí abordan el mismo espacio temporal que analizara M. Tarradell –desde el Mesolítico a la configuración de los grupos iberos, según su propuesta– al igual que similar ámbito geográfico, sustituyendo el término de País Valenciano por el de Levante, que según una de las acepciones del diccionario de la RAE incluye las comarcas mediterráneas españolas correspondientes a los antiguos reinos de Valencia y Murcia, aunque en este trabajo centran su atención en las tierras valencianas.

En las últimas décadas la arqueología prehistórica valenciana ha conocido un notable impulso. Se ha incrementado el número de excavaciones y proyectos de investigación arqueológica, aunque con una desigual distribución geográfica y cultural, lo cual genera desequilibrios regionales y temporales, en los que las comarcas centro-meridionales han adquirido un especial protagonismo. En estos años el registro de yacimientos y materiales ha conocido un notable impulso, al igual que los análisis territoriales, el número de dataciones absolutas sobre muestras de vida corta o el conjunto de analíticas de diferente naturaleza. Todo ello hace que, en estos momentos, la Comunidad Valenciana sea uno de los territorios arqueológicamente

mejor conocidos a nivel nacional, como ya lo era en el momento de la incorporación de M. Tarradell a la Universidad de Valencia.

Con un amplio dominio de toda esta información, sometida al riguroso análisis que siempre ha caracterizado a todos sus estudios y publicaciones, los autores realizan una innovadora propuesta de caracterización de la Prehistoria reciente en tierras valencianas que, sin duda, en los próximos años se convertirá en un referente en todos nuestros estudios, como ocurriera hace cuatro décadas con el “ensayo de síntesis” de M. Tarradell.

M. S. Hernández Pérez  
Catedrático Emérito  
Universidad de Alicante

# 1. Introducción

---

Han pasado casi 70 años desde la publicación del ensayo de sistematización del Neolítico a la iberización en las tierras valencianas realizado por M. Tarradell (1963) y prácticamente el doble de la obra magna de los hermanos Siret (1890 [1887]). Si esta última sirvió para caracterizar la materialidad de la Prehistoria reciente de un destacado espacio geográfico de la península ibérica y para dar los primeros pasos en la configuración de una metodología de trabajo, en el primero se comenzaba a fijar la secuencia cultural del ámbito regional y a perfilar algunos de los cambios acontecidos en la zona levantina durante buena parte de la Prehistoria reciente, a la vez que se proponía una periodización cultural, atendiendo al orden evolucionista de los tiempos prehistóricos, sin contar todavía con dataciones absolutas. De hecho, las primeras fechas radiocarbónicas obtenidas en tierras valencianas y en la península ibérica fueron realizadas pocos años más tarde a instancias de H. Schubart (1965), en Ereta del Pedregal, Cova de l'Or y Cabezo Redondo, y de M. Tarradell, en Pic dels Corbs y Terlinques (Jover y López, 2009a).

Mucho se ha avanzado desde entonces. Las bases arqueológicas se han ampliado y mejorado sustancialmente, concretándose de forma más precisa la secuencia arqueológica y asentándose la cronología del proceso mediante considerables series radiométricas (Balseira *et al.*, 2015; Bernabeu *et al.*, 2017; Díez, 2011; Fernández-López y Barton, 2014; García Atiénzar, 2010a; García Puchol *et al.*, 2016; 2019; Jover *et al.*, 2014a; 2016a; McClure *et al.*, 2010; Pardo *et al.*, 2019; entre otros). Tal es así, que en la actualidad se cuenta con algo más de 400 dataciones absolutas de cerca de 80 yacimientos para la Prehistoria reciente. Este desarrollo ha sido posible gracias a que se ha multiplicado el número de yacimientos excavados, tanto en cueva, como al aire libre, cuyas secuencias estratigráficas permiten reconocer la ocupación humana en estas tierras durante esta etapa. También se han efectuado diversos análisis sobre el patrón de asentamiento en cada uno de los periodos establecidos, una variada gama de estudios sobre las bases económicas y paleoambientales, y un sinfín de aportaciones sobre la caracterización morfológica y funcional de las evidencias materiales, en especial de los instrumentos de trabajo y adornos.



En definitiva, se han creado unas bases documentales sobre cimientos metodológicos firmes, no exentos de problemas, pero sobre los que se puede comenzar a plantear y validar diferentes hipótesis sobre lo social.

No obstante, el objetivo de este trabajo no es centrarse en la evaluación de la información generada hasta la fecha, aunque expondremos algunas consideraciones al respecto. Tampoco realizar un ensayo de ordenación de la secuencia arqueológica, ya que la propuesta desarrollada a lo largo de las últimas décadas se está mostrando válida sobre las bases y posibilidades exigibles actualmente. De hecho, no se podrán concretar las fases cronológicas de los procesos históricos mientras no se cuente con conjuntos de dataciones más numerosas sobre muestras de vida corta, tomadas de contextos fiables asociados a una amplia materialidad y donde se esté datando momentos de construcción, uso, destrucción y abandono (Jover *et al.*, 2014a).

Nuestro interés en el presente texto está encaminado a proponer un conjunto de hipótesis sobre el proceso histórico de las poblaciones que ocuparon las tierras valencianas, aunque más en concreto las meridionales, desde una perspectiva diacrónica amplia, con el convencimiento de que desde ese marco de observación es posible aproximarse a la explicación de muchos de los problemas que se nos plantean en el estudio de las sociedades prehistóricas. Esta convicción nace del desarrollo de nuestra actividad arqueológica, vinculada, preferentemente, al estudio de las sociedades de la Prehistoria reciente y en la necesidad de determinar el inicio de la desigualdad social y su institucionalización. Afrontar dicha problemática nos ha llevado a considerar que su explicación solamente podrá ser abordada desde el reconocimiento de las condiciones materiales y del devenir histórico previo que, al menos, se remonta a la aparición, expansión y consolidación de las primeras sociedades agrícolas.

No obstante, esta propuesta no deja de ser, al igual que las planteadas desde otras perspectivas cuyo marco de observación a escala temporal o espacial ha sido mucho más limitado, un punto de partida sobre el que seguir construyendo una representación del proceso histórico de unas poblaciones concretas que habitaron en un espacio geográfico determinado. Una propuesta que se debe valorar y contraponer a otras, con el interés de profundizar en las preguntas que formulamos al registro, de ampliar nuestros objetivos de investigación y de alcanzar una propuesta de representación de la realidad en estudio.

En este sentido, nos gustaría hacer una pequeña reflexión, en parte justificativa, sobre la orientación de este libro. El estudio del “cambio” o de los momentos de “transición” en Historia y Arqueología ha sido y es uno de los problemas en los que se ha centrado la investigación a lo largo del siglo XX (Trigger, 1992). Uno de los objetivos centrales de algunas de las posiciones teóricas o programas de investigación científica con larga trayectoria académica ha sido, precisamente, analizar las situaciones históricas de cambio y/o transición. En esta línea, el proceso de

neolitización o el surgimiento de las sociedades “complejas” pueden considerarse buenos ejemplos.

Desde una perspectiva general, durante la mayor parte del siglo XX la disciplina arqueológica con una orientación teórica particularista explicó el cambio cultural y la evolución social por difusión. A partir de la década de 1960, y como resultado de la asunción de principios teóricos de la ecología cultural, la posición procesual se orientó hacia la explicación del cambio como un sistema adaptativo al medio ecológico (Binford, 1964). En las últimas décadas, la introducción de la antropología del simbolismo (Hodder, 1988) ha servido para generalizar en Arqueología propuestas postmodernistas de orientación ecléctica. Todas estas perspectivas han tenido su desarrollo en las tierras de la fachada oriental de la península ibérica (Rodanés y Picazo, 2005; Bernabeu *et al.*, 2003), al igual que las propuestas de corte materialista histórica, centrada en el análisis del cambio social como consecuencia del desarrollo de procesos de segregación y disimetrías en el consumo y en el acceso a la propiedad (Lull y Risch, 1995; Lull y Micó, 2007; Lull *et al.*, 2009).

Como usuarios de esta última posición teórica, nuestro objetivo cognitivo está regido por la idea de aspirar a la “Historia real”, es decir, de desarrollar una propuesta de representación del devenir histórico de grupos humanos de los que tenemos evidencias materiales de su pasada existencia. Ello implica la necesidad de inferir los modos de producción y reproducción de aquellas sociedades concretas, y también de describir los procesos de cambio social, pero, sobre todo, de buscar explicaciones a éstos. Otra cuestión distinta es conseguir correlacionar y confrontar debidamente las propuestas teóricas formuladas a modo de hipótesis con las propuestas observacionales deducibles del análisis de la base empírica con el objeto de validarlas o refutarlas (Gándara, 1988).

Somos conscientes de que trabajamos con documentos arqueológicos con enormes limitaciones. Por el momento, aspiramos a validar un conjunto de hipótesis, planteadas sobre las comunidades humanas asentadas entre mediados del VI y el I milenio cal BC en las tierras centrales del oriente de la península ibérica, cuya formulación concatenada se realiza con el ánimo de ser corregidas y mejoradas, para estar cada vez más cerca de la realidad en estudio. En consecuencia, adoptamos un criterio de verdad que únicamente podemos considerar en constante correspondencia con la realidad, y no de otro modo (Gándara, 1990; 1993).

No creemos ni en las divisiones de los tiempos históricos ni en las denominaciones de los periodos prehistóricos o de “etapas”. Pero, para una mejor comprensión del texto por parte de los lectores, estudiantes y para correlacionar la exposición de la propuesta con otros trabajos del ámbito regional y peninsular, ha sido conveniente dividir el trabajo en varios capítulos que, en términos generales, atienden a los diferentes periodos y fases arqueológicas reconocidas y diferenciadas para la Prehistoria reciente. Para ello, el presente ensayo ha sido estructurado en tres grandes apartados –sin contar este texto de introducción, además del capítulo de bibliografía final– sin

que en ningún caso se haya tenido la intención de compartimentar los procesos. Desde nuestra perspectiva, las sociedades son entes orgánicos y dinámicos, y los procesos no pueden ser divididos, aunque, evidentemente, partimos de un registro arqueológico dinámico que requiere ser ordenado para analizar y comparar situaciones concretas sincrónicas en un proceso diacrónico.

Así, en el capítulo 2, después de realizar alguna apreciación sobre la posición teórica desde la que se plantea el conjunto de hipótesis sobre el proceso histórico, se introduce un apartado dedicado a las bases arqueológicas y algunos de sus problemas, efectuando un breve comentario sobre la información arqueológica generada hasta la fecha en los territorios objeto de análisis. Esta información constituye la base documental de las propuestas observacionales que se realizan en los apartados siguientes.

En el capítulo 3, dedicado a los procesos de neolitización y de intensificación productiva, se presenta el estado de la cuestión sobre los últimos grupos cazadores-recolectores y los primeros productores de alimentos, incidiendo en los datos y propuestas que se deducen del análisis de los asentamientos y demás unidades de observación –áreas de actividad, artefactos, etc.– en las que se ha trabajado. La desaparición, exclusión y/o integración de los grupos mesolíticos; la implantación, consolidación y expansión territorial de los grupos neolíticos; la ausencia de megalitismo en las tierras valencianas, los procesos de intensificación productiva o los inicios de las desigualdades sociales en el este peninsular son aspectos centrales en torno a los cuales se desarrolla el devenir histórico cuya explicación se pretende abordar.

En el siguiente capítulo, el 4, se tratará, de forma detenida, uno de los problemas centrales sobre los que venimos trabajando desde hace años, que no es otro que el proceso de afianzamiento e institucionalización de la desigualdad social, ya durante la etapa que reconocemos como Edad del Bronce, y que supone, después de un largo recorrido histórico, lo que a nuestro parecer constituye la consolidación de las primeras sociedades de clases en el Este de la península ibérica.

Conviene, en este punto, hacer constar alguna apreciación sobre el uso del término “Levante” a lo largo del texto. Desde nuestra perspectiva, lo empleamos siguiendo la definición que recoge el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, en su 22ª edición, en cuya 3ª acepción se refiere al conjunto de comarcas mediterráneas españolas, especialmente a las correspondientes a los antiguos reinos de Valencia y Murcia. No pretendemos otorgarle ningún otro contenido. Cuando nos referimos al “Este peninsular” se utiliza como sinónimo de “Levante”, y si ha sido necesario hacer precisiones dentro de este amplio territorio, se ha acudido a otras denominaciones fisiográficas con las que se consigue una mayor concreción espacial.

Nos resta agradecer al Dr. Mauro S. Hernández Pérez, nuestro maestro y amigo, sus múltiples sugerencias. También queremos agradecer a los amigos y amigas

Alberto Lorrio Alvarado, María Jesús de Pedro Michó, Palmira Torregrosa Giménez, María Paz de Miguel Ibáñez, Virginia Barciela González, Fernando Prados Martínez, Ignacio Grau Mira, Sergio Martínez Monleón, María Pastor Quiles y Ricardo E. Basso Rial sus apreciaciones sobre diversas cuestiones tratadas en el texto, así como algunas imágenes e informaciones necesarias en la argumentación de determinadas propuestas. También queremos agradecer al Museu Arqueològic Municipal Camilo Visedo Moltó de Alcoi, al Museo Arqueológico Municipal José María Soler de Villena, al Museu de Prehistòria de València y al Museo Arqueológico Provincial de Alicante –MARQ–, además de a otras instituciones, empresas de arqueología y patrimonio y colegas, la cesión para su reproducción de algunas de las fotografías depositadas en sus archivos documentales.

Por último, queremos señalar que este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “Espacios sociales y espacios de frontera durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en el Levante de la península ibérica” (HAR2016-76586–P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

Desde el ánimo de contribuir a profundizar en el debate sobre el estudio del proceso histórico en comarcas del Este peninsular, esperamos que el lector encuentre en este texto un conjunto de propuestas que intentan mantener una correspondencia con la realidad en estudio, en ningún caso ser la realidad en sí misma.



## **2. Las bases teóricas y metodológicas**

---



## 2.1. Sobre el programa de investigación científica

La prehistoria y la arqueología son disciplinas histórico-sociales cuyo objeto de investigación no es otro que el estudio de las sociedades pasadas como totalidades concretas. Lo único que las diferencia de otras disciplinas es la forma particular de aproximarse a su objeto de estudio a través de las evidencias materiales contenidas en contextos arqueológicos presentes en la actualidad (Bate, 1998). Por lo demás, comparten las mismas posiciones teóricas que otras ciencias históricas y sociales.

En el campo de la disciplina arqueológica, desde hace unas décadas se vienen desarrollando diversos programas de investigación científica o posiciones teóricas (Gándara, 1990; 1993) (fig. 2.1). De una de ellas, la arqueología social o marxista,

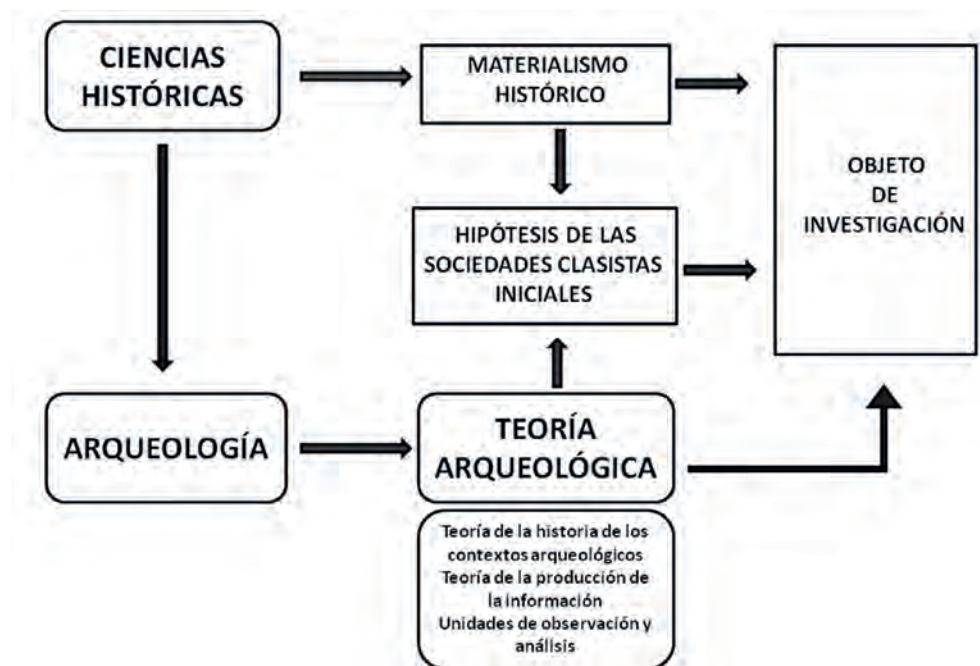


Figura 2.1. Esquema general de la posición teórica de la Arqueología social latinoamericana.



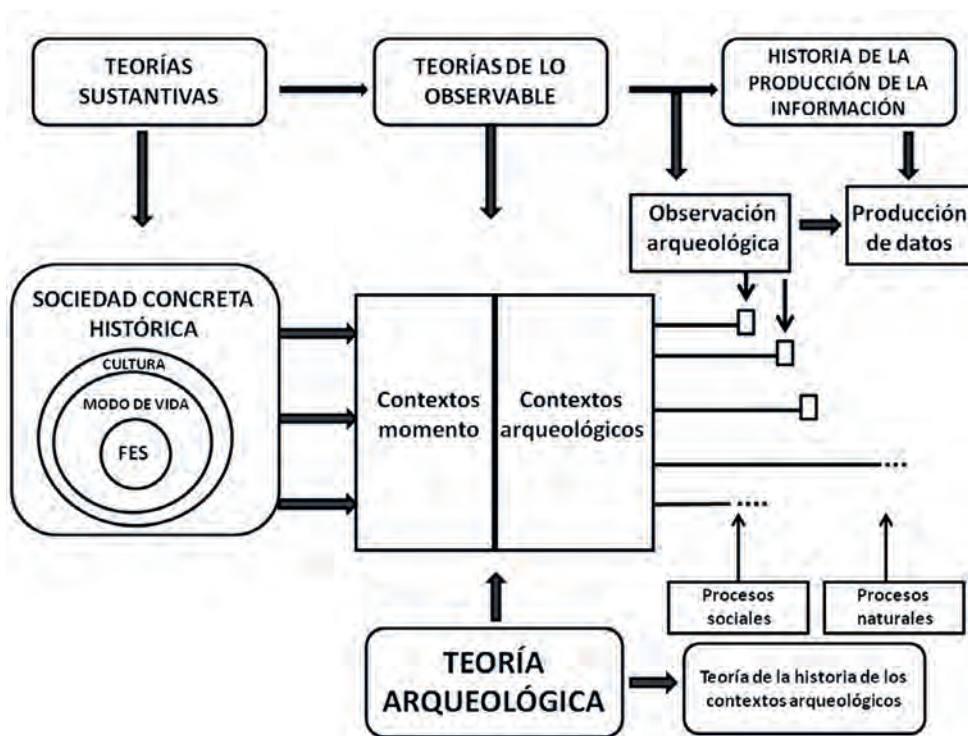


Figura 2.2. Esquema teórico de la Arqueología social latinoamericana.

han sido explicitados abiertamente todos los principios y postulados de los componentes, habiéndose planteado incluso diferencias palpables en las áreas valorativa y metodológica, así como en la aceptación o rechazo de algunas de las categorías (Bate, 1978; 1984; 1992; 1993; 1996; 1998; Bate y Terrazas, 2002; Castro *et al.*, 1996; Gándara, 1990; 1992; 1993; Lull y Micó, 2007; Vargas, 1990).

Las motivaciones éticas y los principios valorativos que compartimos, además de la capacidad explicativa y predictiva de la Arqueología social como posición teórica, es lo que nos ha llevado a adoptarla en este trabajo (fig. 2.2). Desde este punto de vista, asumimos que el objetivo cognitivo de esta posición es la explicación causal de los procesos históricos de las sociedades concretas del pasado. Ese objetivo se convierte en la condición previa para tratar de conocer y explicar el origen de muchos problemas históricos y así intentar mejorar el presente. Con respecto a la ontología, podemos indicar que nuestra posición es claramente materialista histórica e intenta ser dialéctica y realista. El mundo existe, es material e independiente de las capacidades cognitivas del sujeto. Sin embargo, existe una identidad entre la realidad y el sujeto en tanto este último es, a la vez, producto, creador-transformador y, en definitiva, participante activo en la sociedad. Desde esta perspectiva, concebimos a la sociedad concreta como un organismo vivo estructurado y dinámico, donde, en última instancia, todos los niveles están causalmente determinados

por las bases materiales de la vida y, en concreto, por la forma en que se organizan las relaciones sociales de producción (Marx, 1978 [1857]; Gándara, 1990: 15) y reproducción (Bate y Terrazas, 2002).

En el plano epistemológico-metodológico, la arqueología social adopta una postura objetivista y materialista, donde la realidad es cognoscible y dinámica. El sujeto es material, pero también social, y la relación entre la realidad y el sujeto, siempre social, se realiza a través de la acción práctica mediante la experiencia y la razón (Spirkin y Yágot, 1985). Se asume una posición con respecto al problema de la justificación no fundamentalista, de corte falibilista, aunque perfectible (Gándara, 1988: 8), un criterio de la verdad como correspondencia y la adopción de una metodología lakatosiana donde no existe una refutación sin una alternativa –posición teórica o programa de investigación científica– que mejore lo que refuta (Lakatos, 1978).

Por ello, es necesaria una idea de sociedad, como organismo complejo que es, que no puede limitarse a aspectos concretos sin tener en cuenta la totalidad. Así, debemos desarrollar teorías que delimiten el aspecto que interesa estudiar y establecer un orden de conceptos. La inferencia de las sociedades concretas históricas no se puede realizar directamente a partir de los datos empíricos, sino que, como ha expuesto L. F. Bate (1998), previamente se deben clarificar tres tipos de presupuestos:

- a) adoptar una actitud crítica y de evaluación del trabajo de otros colegas para poder utilizar toda la información documentada, ya que solamente a través de nuestra corta actividad, por muy intensa y larga que fuese, nunca se podría llegar a conocer la totalidad social en estudio.
- b) inferir los fenómenos sociales de toda sociedad concreta (fig. 2.3) en su desarrollo histórico bajo las formas culturales en que se presenta.
- c) determinar, a partir de las expresiones materiales, las regularidades estructurales y causales esenciales de toda sociedad, lo que permitirá la explicación de su historia concreta.

La solución a estos presupuestos viene dada por tres niveles de teorización (Bate, 1998) que son necesarios y concatenados y que se concretan en:

- a) Materialismo histórico
- b) Historia de los contextos arqueológicos
- c) Historia de la producción de la información

Siguiendo a M. Gándara (1990), estos tres niveles se corresponderían, por un lado, con la teoría sustantiva o de lo social –materialismo histórico– y, por otro, con la teoría arqueológica, que englobaría al resto de niveles que se ocupan de la

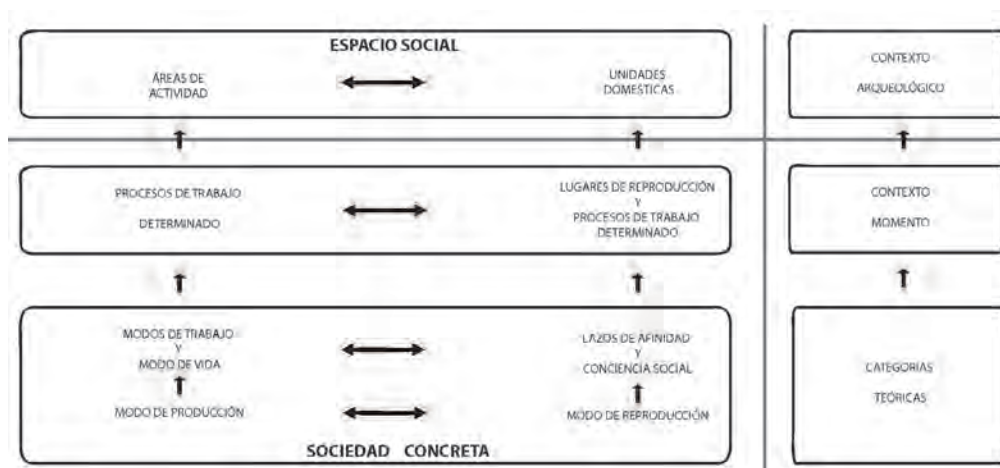


Figura 2.3. Esquema de sociedad concreta según L. F. Bate (1998).

formación y transformación de los contextos arqueológicos, así como de la producción de información sobre los mismos.

Si la realidad que intentamos conocer cuando iniciamos un proceso de análisis arqueológico es una determinada sociedad concreta y su devenir histórico, podemos acercarnos a la misma a través de tres categorías que en su unidad e interrelación permiten descubrir diversos niveles de existencia de la misma. La categoría tradicional y única que permitía acceder a sus rasgos más esenciales es la de formación económica y social (Amin, 1976; Bate, 1978; Sereni, 1973). Siguiendo a I. Vargas (1984; 1985: 8), consideramos que la formación social define el proceso de formación de sociedades, no las sociedades concretas mismas, así como las características del proceso histórico que posibilitaron la constitución, desarrollo y expansión de un modo de producción, teniendo en cuenta que en toda sociedad concreta pueden coexistir diversos modos de producción, aunque uno de ellos será el dominante. En este sentido, no seguimos el uso que habitualmente se ha hecho del término en la arqueología hispana, al emplearlo aquí como sinónimo de sociedad concreta, siguiendo la conceptualización de M. Harnecker (1969). Frente a las categorías de modo de vida y cultura (Bate, 1978; 1998), la formación social es la más esencial, al definir la estructura de las sociedades y el desarrollo histórico de un modo de producción determinado. Como es obvio, la formación social no es observable directamente en el registro arqueológico y, por tanto, no debería ser empleada como una herramienta de clasificación. Por tanto, únicamente podemos intentar inferirla en su proceso de conformación y desarrollo histórico a partir de los indicadores arqueológicos pertinentes para la determinación de cómo se organizaba el trabajo socialmente y cuál era el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. A esta formulación teórica se han concatenado las categorías de modo de vida (Vargas, 1984; 1985; 1988) y cultura (Bate, 1977; 1978; 1984), expresando desde

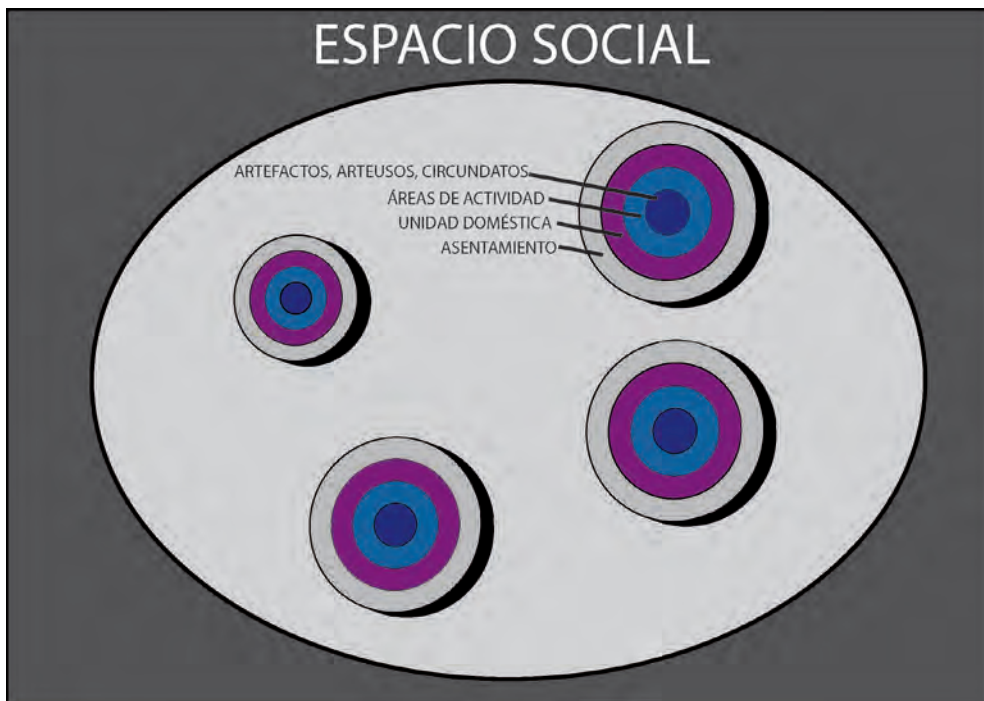


Figura 2.4. Esquema de las unidades de observación y análisis manejaadas.

los aspectos más generales y esenciales de toda sociedad concreta, hasta sus rasgos particulares –modo de vida– y fenoménico singulares –cultura–.

También nos gustaría aclarar que partimos de la idea de que el inicio de las desigualdades sociales no puede analizarse exclusivamente desde la confrontación de la teoría del colectivismo frente al individualismo, ni tampoco desde la valoración de las diferencias de consumo a las que pudo acceder un individuo, grupo o comunidad de forma puntual y aislada, ya que este tipo de situaciones se pudieron dar en todo tipo de sociedades, también cazadoras-recolectoras. Tampoco se observa desde de las desigualdades que en toda sociedad se establecen entre grupos de edad o sexos, o desde la capacidad de decisión y poder político que una comunidad o grupo puede otorgar a un individuo o individuos por su prestigio personal, edad o capacidad de contribución a la colectividad. Desde nuestra perspectiva, consideramos que el inicio de las desigualdades sociales se debe relacionar, en los momentos prístinos, con el surgimiento y afianzamiento de grupos de personas que, en el seno de una sociedad, lograron un acceso diferencial e indisoluble (Bate, 1996; Lull *et al.*, 2004), es decir, de carácter permanente, al consumo y a la propiedad particular, que no individual, frente a la comunal, de objetos y medios de producción. Un acceso privilegiado, fundamentalmente a la tierra y a determinados recursos y productos, que permitió a estos grupos –dominantes– ejercer un creciente control sobre el conjunto de los procesos que integran la producción –producción, distribución,

intercambio y consumo– y sobre los productos resultantes, perpetuando e incrementando las distancias sociales e institucionalizando las desigualdades y su situación de privilegio. Este proceso incentivó el desarrollo de la división de tareas y de la división social de la producción para generar, consolidar e incrementar la producción de excedentes, siendo indicadores que dan cuenta de la constitución de sociedades de clases (Bate, 1984; Castro *et al.*, 1999; Lull y Micó, 2007).

Con todo, en el presente trabajo vamos a proponer un conjunto de hipótesis de representación del proceso histórico, asumiendo que se trata del desarrollo y devenir de unas comunidades humanas concretas que ocuparon las tierras del Este peninsular. En este espacio se produjeron, probablemente, situaciones de exclusión, extinción e integración de las últimas bandas de cazadores-recolectores con respecto a los primeros grupos neolíticos; y, posteriormente, después de un proceso de expansión territorial y consolidación demográfica de grupos productores de alimentos, se iniciarían diversas situaciones de intensificación productiva, que solamente bajo determinadas condiciones materiales, históricamente determinadas, posibilitaron cambios en las relaciones sociales de producción hacia el surgimiento de claras disimetrías sociales institucionalizadas a partir de momentos avanzados del III milenio cal BC. Las bases arqueológicas disponibles, evaluadas desde la concatenación de distintas unidades de observación y análisis empleadas en arqueología (fig. 2.4), demandan, en las siguientes páginas, de una atención detenida.

## 2.2. Bases arqueológicas para el análisis del proceso histórico entre el VIII y el I milenio cal BC en el Levante peninsular

---

En 1989 se publicaba un relevante artículo sobre el patrón de asentamiento entre el Neolítico y la Edad del Bronce en las tierras valencianas (Bernabeu *et al.*, 1989) en el que, a pesar de contar, en aquellos momentos, con una información de enorme calidad sobre la secuencia arqueológica y la caracterización del patrón locacional, se hacían notar las carencias existentes en cuanto a cronología y de correlación material.

Aquellas deficiencias se han ido atenuando en el transcurso de las décadas con nuevas excavaciones arqueológicas, estudios de cultura material, un destacado número de dataciones absolutas y estudios paleoeconómicos y paleoambientales. Las numerosas propuestas de seriación material y secuencial de nuevos yacimientos publicados para el periodo comprendido entre el 7500 y el 750/725 cal BC han permitido configurar la fasificación arqueológica que, a grandes rasgos, intentamos concretar en la tabla adjunta (tabla 2.1) para facilitar y sintetizar la descripción de los procesos en estudio.

No obstante, la información arqueológica producida en el espacio geográfico en estudio procede de contextos muy dispares, a partir de intereses de investigación muy diferentes y obtenidos a través de la aplicación de una amplia gama de técnicas de registro –excavaciones puntuales y en área abierta, sondeos, prospecciones superficiales o con *auger*, registros superficiales, acciones furtivas, etc.–. Son numerosos los yacimientos que constituyen documentos arqueológicos de primer orden, tanto por la extensión de las diversas ocupaciones reconocidas, como por las características de los restos estructurales y volumen y aportación de las evidencias materiales. Sin embargo, ello no puede hacernos olvidar que la documentación disponible hasta la fecha ha estado enormemente limitada por numerosos procesos que han ocasionado la transformación y, en parte, la destrucción de los restos arqueológicos, a lo que debemos unir la pertinencia o no de los contextos registrados para contestar las cuestiones planteadas desde el ámbito de investigación arqueológica. Por lo tanto, se hace necesario que en el futuro inmediato se emprenda una profunda labor de evaluación de ambos aspectos.



2.2. Bases arqueológicas para el análisis del proceso histórico entre el VIII y el I milenio cal BC en el Levante peninsular

Fase arqueológica	Cronología cal BC	Principales yacimientos con dataciones	Patrón locacional	Máxima dispersión material (m <sup>2</sup> )	Tipo de asentamiento	Estructuras de hábitat y actividad	Prácticas funerarias	Cultura material	Especies vegetales consumidas	Especies animales consumidas
Muecas y denticulados	8000 - 6500	Tossal de la Roca Ila C. de Santa Maira 3 El Collado	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100	Campamentos residenciales y temporales	Cabañas endebles de morfología indefinida. Sin estructuración espacial de las actividades	Inhumación individual fosa al aire libre (El Collado)	Muecas y denticulados sobre lasca	Frutos silvestres	Cabra montés, ciervo y conejo.
Geométrico fase A	6500 - 5900	Benàmer I C. de la Cocina I Falguera XV/III Tossal de la Roca I	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100	Campamentos residenciales y temporales	Cabañas endebles de morfología indefinida. Sin estructuración espacial de las actividades	Inhumación individual fosa al aire libre (El Collado)	Láminas con muesca y estranguladas y trapecios de retoque abrupto. Adornos de malaco fauna	Frutos silvestre (bellotas, avellanas, etc.)	Ciervo, cabra montés, conejo, mesomamíferos y macromamíferos.
Geométrico fase B	5900 - 5400?	Cocina II Mas Cremat V-VI Mas Nou 2B	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100	Campamentos residenciales y temporales	Cabañas endebles de morfología indefinida. Sin estructuración espacial de las actividades	Sin evidencias	Láminas con muesca y estranguladas y triángulos, especialmente tipo Cocina. Adornos de malaco fauna?	Frutos silvestre	Ciervo, cabra montés, conejo y mesomamíferos.
Neolítico cardial	5600 - 5200	Benàmer II Mas d'Is Barranquet C. de l'Or C. de les Cendres C. d'en Pardo VIII-VIIIb Falguera VI	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100 - 5.000	Poblados dispersos abiertos y campamentos temporales o puntuales	Cabañas endebles alargadas (Mas d'Is). Estructuración espacial de las actividades. Almacenamiento de alimentos.	Inhumación individual o doble en cueva y al aire libre?	Elementos de hoz, molinos de mano. Vajilla cerámica decorada. Instrumental óseo, adornos de diversas materias primas	Cereales (trigo y cebada) y leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.
Neolítico epicardial	5200 - 4800	C. de l'Or C. de les Cendres C. d'en Pardo VII Calle Colón	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100 - 5.000	Poblados dispersos abiertos y asentamientos temporales o puntuales	Sólo se conoce la ocupación de cuevas y algunas áreas de almacenamiento y uso de fosos de gran tamaño.	Inhumación en cueva y al aire libre (Tossal de les Basses)	Elementos de hoz, molinos de mano, hachas, azuelas. Vajilla cerámica decorada impresa e incisa de instrumento. Instrumental óseo, adornos de diversas materias primas	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.
Neolítico postcardial	4800 - 4400	C. de l'Or C. d'en Pardo C. Sant Marí Benàmer III Barranquet A. de Falguera VI	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100 - 5.000	Poblados dispersos abiertos y asentamientos temporales o puntuales	Sólo se conoce la ocupación de cuevas y algunas áreas de almacenamiento y uso de fosos de gran tamaño.	Inhumación múltiple en cueva (C. de Sant Marí) e individual al aire libre	Elementos de hoz, molinos de mano, hachas, azuelas. Vajilla cerámica peinada. Instrumental óseo, brazaletes	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.

Fase arqueológica	Cronología cal BC	Principales yacimientos con dataciones	Patrón locacional	Máxima dispersión material (m <sup>2</sup> )	Tipo de asentamiento	Estructuras de hábitat y actividad	Prácticas funerarias	Cultura material	Especies vegetales consumidas	Especies animales consumidas
Neolítico medio	4400 - 3900	C. de l'Or C. de les Cendres C. d'en Pardo C. Santa Maira Ib Benàmer IV Barranquet Mas d'Is	Terrazas, fondos de valles, cuevas y abrigos	100 - 5.000	Poblados dispersos abiertos y asentamientos temporales o puntuales	Áreas de almacenamiento con silos de gran tamaño. Solo se conoce la ocupación de cuevas. Construcción de fosos. Estructuración del espacio.	Inhumación múltiple en cueva e individual al aire libre?	Elementos de hoz, molinos de mano, hachas, azuelas. Vajilla esgrafiada	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas)	Ovicaprilinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.
Neolítico final/ Calcolítico	3900 - 2500	Alt del Punxó Les Jovades Niuet Colata Platja del Carabassí Illeta dels Banyets El Prado La Torreta-El Monastil Vilches IV	Terrazas, fondos de valles	1000 - 50.000	Poblados delimitados por fosos	Cabañas endebles ovales o circulares. Áreas de almacenamiento con silos de gran tamaño. Construcción de fosos. Estructuración del espacio.	Inhumación múltiple en cueva e individual al aire libre	Elementos de hoz, puntas de flecha, molinos de mano, hachas, azuelas Vajilla lisa (platos y fuentes). Amplio instrumental óseo y adornos	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprilinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.
Campaniforme	2500 - 2200	Peñón de la Zorra Les Moreres Arenal de la Costa La Vital C. de les Cendres	Terrazas, fondos de valles, estribaciones montañosas y cuevas	500 - 2.000	Poblados delimitados por murallas, asentamientos dispersos en el llano	Cabañas circulares. Áreas de almacenamiento	Inhumación múltiple en cueva e individual en fosa y silo al aire libre (la Vital)	Dientes de hoz, molinos, hachas, puntas de flecha. Vasos campaniformes. Puñales de lengüeta, puntas de Palmaea, punzones de cobre	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprilinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.
Bronce pleno (antiguo y medio)	2200 - 1550	Terlinques Lloma de Betxi Muntanya Assolada Mas del Corral Les Raboses Laderes del Castillo Cabezo Pardo Tabayá	Cerros y estribaciones montañosas	100 - 15.000	Poblados en altura	Viviendas de distintos tamaños sobre aterrazamientos. Calles centrales Áreas de actividad en espacios domésticos y espacios comunales.	Inhumación múltiple en cueva e individual en fosa fuera de la zona de poblado en el Prebético. Inhumación individual o doble en fosa, cista o urna en el interior del poblado en el Subbético.	Dientes de hoz, molinos. Amplia vajilla. Hachas, punzones, puntas, aretes de cobre-bronce. Instrumental óseo	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprilinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), ciervo y conejo.



Fase arqueológica	Cronología cal BC	Principales yacimientos con dataciones	Patrón locacional	Máxima dispersión material (m <sup>2</sup> )	Tipo de asentamiento	Estructuras de hábitat y actividad	Prácticas funerarias	Cultura material	Especies vegetales consumidas	Especies animales consumidas
Bronce tardío	1550 - 1250	Cabezo Redondo Illta dels Banyets El Negret Mas del Corral Pic dels Corbs Orpessa la Vella	Cerros y estribaciones montañosas	100 - 15.000	Poblados en altura	Viviendas de distintos tamaños en ladera y calles. Áreas de actividad en espacios domésticos y espacios comunales.	Inhumación múltiple en cueva e individual en fosa dentro del poblado	Dientes de hoz, molinos. Amplia vajilla con varias producciones (algunos vasos decorados). Hachas, punzones, puntas arêtes de cobre-bronce. Instrumental óseo	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ), bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), caballo ( <i>Equus domesticus</i> ), ciervo y conejo.
Bronce Final I-II	1250 - 900	Pic dels Cobs Tabayá El Botx Caramoroll	Cerros y estribaciones montañosas y fondos de valle	100 - 10.000	Poblados en altura y asentamientos en llano	Viviendas de distintos tamaños en ladera. Viviendas ovaladas en llano. Áreas de actividad en espacios domésticos y comunales	Inhumación individual en cueva. Inicio de las cremaciones en urna.	Dientes de hoz, molinos. Diversas producciones cerámicas decoradas. Vasos acanalados de Campos de urnas	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ), y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), caballo, ciervo y conejo.
Bronce Final III	900 - 750	Penya Negra I Tabayá Mola d'Agres El Botx	Cerros y estribaciones montañosas y fondos de valle	100 - 20.000	Poblados en altura y asentamientos en llano	Viviendas rectangulares de distintos tamaños en ladera. Áreas de actividad en espacios domésticos.	Necrópolis de cremación, con la posibilidad de mantenimiento del ritual de inhumación	Diversidad de producciones cerámicas. Vasos decorados con perfiles aquilados. Hoces de metal	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), caballo, ciervo y conejo.
Orientalizante	750 - 550	Penya Negra II Secà La Alcudia La Fonteta	Cerros y estribaciones montañosas y fondos de valle	500 - 200.000	Poblados en altura y asentamientos en llano	Viviendas rectangulares de distintos tamaños en ladera. Áreas de actividad en espacios domésticos.	Necrópolis de cremación	Primeras cerámicas a torno. Producciones feniicias y a mano. Orfebrería	Cereales (trigo y cebada) leguminosas (guisantes, habas, garbanzos, lentejas) y frutos silvestres (bellotas, acebuchinas)	Ovicaprinos ( <i>Ovis aries</i> y <i>Capra hircus</i> ), cerdo ( <i>Sus domesticus</i> ) y bovinos ( <i>Bos taurus</i> ), caballo, ciervo y conejo.

Tabla 2.1. Síntesis de las principales fases arqueológicas establecidas secuencialmente para la zona de estudio.



Figura 2.5. Imagen de La albufera de Gaianes.

Una de las aportaciones más relevantes del registro arqueológico generado en los últimos años ha sido la constatación de la existencia de hiatos temporales en la ocupación de un buen número de los yacimientos documentados. Estos lapsos señalan fases de desocupación, con las implicaciones que ello tiene a la hora de emplear estos contextos como reflejo de una historia continua. Dicha circunstancia, no obstante, no se da por igual en todos los momentos. Mientras que en los yacimientos mesolíticos y neolíticos las discontinuidades suelen ser bastante frecuentes, a partir, especialmente, de la Edad del Bronce, la continuidad y estabilidad de la ocupación de los sitios se hace más evidente, en clara relación con un patrón de asentamiento más estable y la edificación de estructuras de hábitat más duraderas.

Debemos tener presente que, por sus condiciones, las zonas de interfluvio, las albuferas o los álveos lagunares fueron lugares de ocupación preferente para la implantación de los grupos humanos, con independencia de sus bases económicas y organización social, ya que sus inmediaciones son una auténtica despensa natural: agua abundante y constante, amplia variedad de especies silvestres vegetales y animales, buenas tierras cuaternarias y una infinidad de recursos necesarios para el mantenimiento humano (fig. 2.5). Esta serie de características, unida a unas magníficas condiciones topográficas y al hecho de ser el lugar de menor pendiente por donde circular dentro de las cuencas o zonas litorales, es lo que explicaría que

fuesen escogidos por diversos grupos, tanto de base cazadora-recolectora como productora de alimentos, para fijar sus asentamientos. Este conjunto de características se muestra a través de un patrón locacional recurrente a lo largo de la prehistoria, reflejando la conservación de evidencias arqueológicas unos conjuntos deposicionales complejos e historias ocupacionales discontinuas. Yacimientos como Casa de Lara (Fernández-López, 1999), con materiales desde el Mesolítico fase A hasta el Campaniforme, o Arenal de la Virgen (Fernández-López *et al.*, 2008; Rabuñal *et al.*, 2018), con ocupaciones del Mesolítico de muescas y denticulados y neolíticos antiguos avanzados, situados ambos en los márgenes de lagunas interiores; Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2002; 2005), con evidencias neolíticas, del III milenio e islámicas; o el yacimiento de Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011), en el que, además de ocupaciones mesolíticas, también se han documentado otras posteriores del Neolítico cardial, postcardial e ibérica, son algunos ejemplos que reflejan la racionalidad ecológica y económica de cualquier unidad productiva (Toledo, 1993), entendida como grupo básico de producción y consumo, con independencia de su modo de vida –cazador-recolector o campesino de base cerealista–, cuyas prácticas sociales de producción tienden a ser autosuficientes.

Es evidente, al margen de la fase o momento de ocupación a la que nos refiramos, que la experiencia vital de cada uno de los grupos habría generado un importante conocimiento acumulado sobre las características del espacio natural en el que vivían y que aprovechaban. Sin embargo, una de las diferencias más palpables se gestó a partir del Neolítico. Los grupos agricultores y ganaderos asentados inicialmente en las cuencas septentrionales del Prebético meridional valenciano establecieron una relación cualitativamente diferente con el medio en el que vivían, al invertir una mayor fuerza de trabajo en el mismo y transformar y apropiarse de los espacios más próximos al asentamiento, especialmente los dedicados a campos de cultivo. En cualquier caso, es en el ámbito de la esfera social, y no en el de la relación de los grupos humanos con el medio, donde podemos determinar significativas diferencias entre diversos grupos sincrónicos o no, en concordancia con las necesidades materiales, históricamente determinadas, que cada sociedad establece en relación con las labores de mantenimiento, producción y reproducción. Es aquí, desde el análisis de la esfera social, de donde parten las inferencias sobre el proceso histórico que nos interesa estudiar.

De este modo, a pesar de los problemas señalados en las bases arqueológicas disponibles, la calidad de la información conseguida permite validar una secuencia que, a grandes rasgos, es extensible a las tierras del Este peninsular y, en algunas fases, a buena parte de la fachada oriental de la península ibérica. Desde aproximadamente el 8000 hasta el 575/550 cal BC (ver tabla 2.1) se han determinado diversas fases que pasamos a comentar de forma agrupada, por estar imbricadas con importantes transformaciones generales en el proceso histórico objeto de atención en este ensayo. Las primeras corresponden a grupos cazadores-recolectores y su

inclusión y valoración en este texto se justifica en la necesidad de concretar y comparar el registro arqueológico disponible con anterioridad a la implantación de las primeras comunidades agropecuarias en la península ibérica.

### **8000-6500 cal BC: los primeros grupos mesolíticos**

El Mesolítico de muescas y denticulados (MMD) constituye la primera de las fases reconocida como mesolítica en Europa occidental (Perrin *et al.*, 2009). Sus inicios en las tierras levantinas todavía están poco definidos, pero a partir de las dataciones de Tossal de la Roca IIa, Santa Maira y El Collado podría situarse desde momentos iniciales del VIII milenio cal BC (Aura *et al.*, 2006; Martí *et al.*, 2009), prolongándose hasta mediados del VII milenio cal BC.

Esta etapa, que se caracteriza arqueográficamente por una producción sistemática de soportes lascars para la elaboración de muescas y denticulados, ha sido reconocida en diversos yacimientos de las tierras meridionales valencianas. Por un lado, encontramos ocupaciones en abrigos, como Tossal de la Roca (fig. 2.6) (Cacho *et al.*, 1995), en cueva, como Coves de Santa Maira (Aura *et al.*, 2006; Martí *et al.*, 2009), y al aire libre, tanto en puntos próximos al litoral, como ocurre en el caso del yacimiento de El Collado de Oliva (Aparicio, 1990a; 1990b; 2008; Fernández-López, 2016; Gibaja *et al.*, 2015), como en el álveo de zonas lagunares interiores, como es el caso de Arenal de la Virgen (Fernández-López *et al.*, 2008; Rabuñal *et al.*, 2018). El yacimiento del Mas del Gelat también podría situarse cronológicamente en el



Figura 2.6. Vista del Barranc del Penegrí en el cual se ubica, a la izquierda, el Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà).



tránsito de este periodo con la fase A del Mesolítico geométrico (Martí *et al.*, 2009; Miret *et al.*, 2006).

Todo parece indicar que los grupos cazadores-recolectores con amplia movilidad territorial residirían en campamentos al aire libre y, puntualmente, en cuevas o abrigos con la intención de aprovechar recursos de carácter estacional a través de prácticas de caza y recolección. Se trata de sitios de escasa extensión, siendo la superficie excavada realmente exigua. Las pocas evidencias relacionadas con estructuras y áreas de actividad contrastan con la amplia información sobre las características de las producciones líticas, las especies vegetales –frutos, leguminosas y gramíneas, especialmente bellotas– y animales –cabra montesa, ciervo y conejo, fundamentalmente– consumidas, así como con los cambios desarrollados en el paisaje del entorno de Arenal de la Virgen, Casa Corona, Santa Maira o Tossal de la Roca (Aura *et al.*, 2006; Fernández *et al.*, 2015).

Uno de los aspectos más destacados de esta fase es la constatación de prácticas de inhumación en fosa en el yacimiento de El Collado (Aparicio, 2008; Gibaja *et al.*, 2015) o el desollado de individuos humanos en Santa Maira (Aura *et al.*, 2010; Morales-Pérez *et al.*, 2017), interpretadas estas últimas como prácticas de canibalismo. A estas evidencias cabe sumar las halladas en la Peña del Comptador, Mas del Gelat, así como un diente en Tossal de la Roca (Aura *et al.*, 2006: 107; García Puchol *et al.*, 2012).

Por último, debe señalarse que en los yacimientos que proporcionan las bases arqueológicas más firmes para el estudio de esta fase –Tossal de la Roca, Santa Maira y El Collado– también se registra una cierta recurrencia en su ocupación durante la fase A del Mesolítico geométrico.

### **6500-5900 cal BC: la expansión de las armaduras geométricas**

Las evidencias arqueológicas correspondientes a los primeros grupos cazadores-recolectores mesolíticos geométricos se constatan a partir de mediados del VII milenio cal BC, caracterizándose, fundamentalmente, por la producción de trapecios de retoque abrupto y láminas con muescas y estranguladas (Martí *et al.*, 2009). En esta fase, el número de enclaves parece aumentar, ya que a los yacimientos del momento anterior –El Collado, Santa Maira, Tossal de la Roca, etc.– cabe sumar la cueva pequeña de la Huesa Tacaña (Fortea, 1973), Casa de Lara (Fortea, 1973), Abric de la Falguera (García Puchol y Aura, 2006), Mas del Gelat (Miret *et al.*, 2006), Barranc de l'Encantada (García *et al.*, 2001), Mas del Regadiuet (García *et al.*, 2008), Benàmer –fase I– (Jover, 2011a, Jover *et al.*, 2012) y Casa Corona (Fernández-López *et al.*, 2012), aunque este último también podría considerarse de tránsito a la fase siguiente, ya con triángulos. En concreto, 7 yacimientos al aire libre en terrazas fluviales, zonas lagunares o litorales, 2 yacimientos en abrigos y 2 en cuevas. Su interpretación permite considerar que se trataría de campamentos residenciales al aire libre y campamentos estacionales en cueva o abrigo empleados como cazaderos o



Figura 2.7. Encachado mesolítico afectado por numerosas estructuras negativas neolíticas en Benàmer (Muro d'Alcoi).

de aprovechamiento puntual de recursos naturales estacionales o temporales, evidenciando una combinación de patrones de movilidad logística y residencial (Martí *et al.*, 2009: 246). Las ocupaciones recurrentes de carácter discontinuo de cavidades no constituirían simples puestos de caza, ya que responderían a una movilidad logística a lo largo del espacio que comunica la llanura litoral y los valles interiores (García Atiénzar, 2011: 304).

Por el momento, una de las mejores evidencias de estructura de hábitat o de actividad ha sido descrita en el yacimiento de Benàmer (Torregrosa y Jover, 2011). Se trata de parte de un encachado, que conservaba unos 19 m de longitud por unos 3 m de anchura y cerca de 70 cm de espesor, donde, por los restos materiales documentados, se realizaron todo tipo de actividades, de forma que no parece existir una clara organización del espacio ocupado (fig. 2.7). No obstante, tampoco se puede descartar que se tratara de un área de hábitat de ocupación intermitente (Jover, 2013). En cualquier caso, lo que dejan patente asentamientos al aire libre como Benàmer es que las comunidades mesolíticas se asentaron en distintos puntos del valle del Serpis, aunque los datos actuales no permiten precisar si se trata de las mismas poblaciones que ocupan las regiones costeras –El Collado– o si son grupos distintos que mantuvieron estrechas relaciones de intercambio.



Figura 2.8. Lámina estrangulada de sílex documentada en Benàmer.

Aunque en buena parte de los yacimientos señalados los registros líticos son escasos, actualmente se puede plantear un dominio de la producción laminar, destinada a manufacturar láminas con muescas, laminas estranguladas y geométricos (fig. 2.8), básicamente trapecios con retoque abrupto (Fernández-López y Barton, 2014; García Puchol, 2005; Jover, 2011a; Jover *et al.*, 2012a). La producción lítica tallada estuvo orientada a labores de producción y mantenimiento de otros útiles y a la caza de mamíferos de pequeño, mediano y gran tamaño (Rodríguez, 2011).

A partir de los estudios efectuados en Benàmer (Jover, 2011b) se pueden anotar una serie de consideraciones sobre los momentos centrales y finales de esta fase y su tránsito hacia la fase B o Cocina II –dominio de triángulos–. En primer lugar, se ha podido reconocer un testimonial empleo de la técnica del microburil, ausente en Tossal de la Roca y Falguera (García Puchol, 2005), junto al masivo empleo del retoque abrupto en la conformación de los trapecios. Por otra parte, señalar el dominio de las láminas con muescas, y también de láminas estranguladas, acompañadas de trapecios y la presencia testimonial de algunos triángulos, uno de ellos posiblemente de espina central o de lados cóncavos –tipo Cocina–. Precisamente, el empleo de la técnica de microburil y la producción de triángulos son los principales rasgos que van a caracterizar a la fase B, teniendo como base fundamental la secuencia de Cocina (García Puchol, 2005), y cuyos inicios en la zona, a partir de las dataciones absolutas, hay que situarlos en los primeros siglos del VI milenio cal BC (Martí *et al.*, 2009: 238), mucho antes de la presencia de los primeros grupos neolíticos.

A estos momentos podemos asociar algunos registros superficiales aislados con presencia de algún triángulo que podrían ser considerados como de momentos avanzados de la fase A y no corresponder a la fase B. Es el caso del registro de un triángulo de tipo Cocina en Barranc de l'Encantada (García Puchol *et al.*, 2001) y el posible triángulo documentado en el nivel superficial de El Collado, asociado a

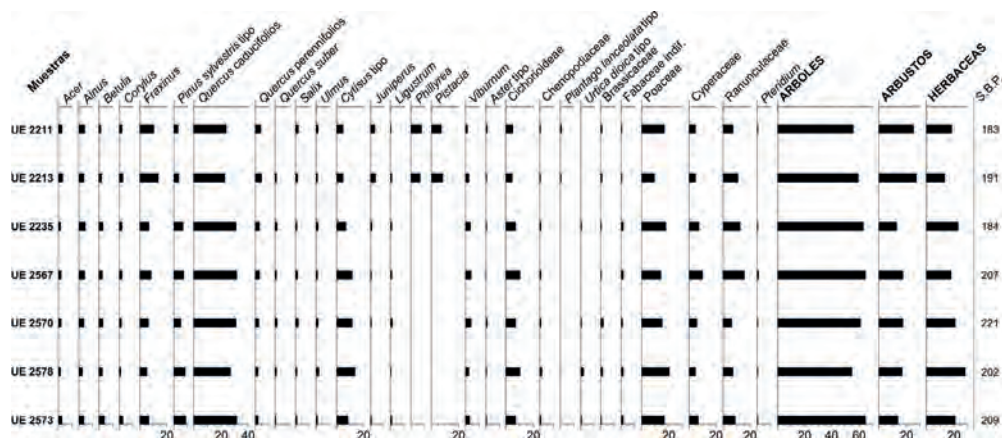


Figura 2.9. Histograma polínico de los niveles mesolíticos del área 4, sector 2, de Benàmer (López Sáez *et al.*, 2011: 110, fig. IX.3).

trapecios de base cóncava y láminas con muesca (Aparicio, 2008: 58, Fig. 27). Uno de los yacimientos más interesantes es el de Casa Corona (Fernández-López *et al.*, 2012), del que se conocen dos inhumaciones individuales en fosa y algunos apuntes sobre la presencia de trapecios.

También es importante la documentación de moluscos marinos y restos ictiológicos en yacimientos alejados de la línea de costa, como Cocina, Falguera, Santa Maira y Benàmer –fase I– (Barciela, 2011) que, además de mostrar la amplia movilidad de estos grupos hacia las zonas litorales y a lo largo de todas las cuencas mediterráneas, también evidencia la selección y empleo de algunos de estos soportes como adornos.

Por otro lado, los estudios palinológicos y antracológicos muestran un considerable desarrollo de un bosque de quercíneas caducifolias, donde también abundan otras especies mesófilas como el arce, el avellano y el alcornoque, junto a especies de ripisilva, como el fresno, el olmo y el abedul, así como arbustivas, como el durillo o el aligustre. No obstante, las muestras palinológicas cercanas al techo de la ocupación del yacimiento de Benàmer (López Sáez *et al.*, 2011), coincidentes con el evento 8.2 Kyr BP, detectan una fase más térmica, frente a la templada y húmeda de momentos previos, con una mayor importancia de la maquia xerotermófila de labiérnago y lentisco (fig. 2.9). En cualquier caso, estos cambios se ajustan al modelo paleoclimático regional, donde se desarrolló una fase más árida y térmica entre el 6400-5600 cal BC (McClure *et al.*, 2009), pero sin síntomas de antropización de los ecosistemas.

### 5900-5400? cal BC: los últimos cazadores-recolectores en las tierras levantinas

Esta fase de la secuencia regional se desarrolla cronológicamente entre inicios del VI milenio cal BC y fechas indeterminadas en torno al 5500 cal BC, solapándose,





Figura 2.10. Vista general del área de excavación de Casa Corona (Villena).

por el momento, en más de 100 años con las fechas absolutas de mayor antigüedad correspondientes a asentamientos de grupos neolíticos en el territorio levantino (Jover y García Atiénzar, 2014; 2015; Martí *et al.*, 2009). La particularidad de esta fase reside en la ausencia, por ahora, de yacimientos de grupos cazadores-recolectores en las cuencas septentrionales del Prebético meridional valenciano. Los enclaves más cercanos son los de Casa de Lara (Fernández-López, 1999) y Casa Corona (fig. 2.10) (Fernández-López *et al.*, 2013), ambos situados en la cubeta de Villena. Ni en la cuenca del Serpis, ni del Girona ni del Xaló se constata su presencia, a pesar de la intensa actividad de prospecciones y excavaciones desarrolladas (García Puchol y Aura, 2006; Juan-Cabanilles y Martí, 2002; Martí *et al.*, 2009).

Ante la ausencia de intervenciones sistemáticas en Casa de Lara y lo limitado del registro estratigráfico de Casa Corona, circunscrito a dos tumbas y una pequeña área de dispersión de materiales, el yacimiento clave para su reconocimiento y estudio sigue siendo la cueva de Cocina (Fortea, 1973, 1985; García Puchol, 2005; García Puchol *et al.*, 2016). En esta cavidad, además de la fase A o Cocina I, se constata la denominada fase B, representada a nivel material por una producción laminar destinada a la elaboración de triángulos, empleando para ello la técnica del microburil. A los triángulos cabe añadir la fabricación de láminas con muesca.

Del resto de yacimientos, la información disponible es realmente escasa y con un registro material exiguo. No parece constatarse cambios con respecto a la fase anterior, con la excepción de los señalados en la producción lítica. Uno de los yacimientos más significativos es el Cingle del Mas Cremat (Vicente *et al.*, 2009), con fauna exclusivamente salvaje asociada a un estrato con dos fechas absolutas de  $6780\pm 50$  BP y  $6800\pm 50$  BP. A esta ocupación de la fase B se le superpone, después de un hiato de ocupación prolongado, una ocupación epicardial. Esta misma secuencia es que la que parece desprenderse del análisis pormenorizado de la información del Cingle del Mas Nou (Martí *et al.*, 2009: 214), donde fueron documentados, al menos, 6 individuos inhumados en fosa –un hombre y una mujer jóvenes, junto a 4 individuos infantiles de 1 a 6 años (García Puchol *et al.*, 2012: 42)–, cuyas dataciones sitúan el evento *ca.* 5900-5700 cal BC (García Puchol *et al.*, 2012: 42, Fig. 3; Olaria y Gusi, 2005). También cabe señalar la presencia de esta fase en las covachas de Can Ballester (Martí *et al.*, 2009: 216-217), además de otros yacimientos como La Magranera, Estany Gran, cueva de las Vacas y cueva del tío Zorra.

### **5600-5200 cal BC: los primeros grupos neolíticos en tierras valencianas**

Hacia el 5600 cal BC empieza a constatarse en torno a la cuenca del río Serpis la presencia de grupos de economía agropecuaria con cerámicas impresas, entre cuyas técnicas decorativas, además de la técnica cardial, también se constatan otras como el *sillon d'impressions* (Bernabeu *et al.*, 2009; Bernabeu *et al.*, 2011; Soler Díaz *et al.*, 2013), cuya relación con el ámbito ligur-provenzal es más que evidente (García Atiénzar, 2009; 2010a; García Atiénzar y Jover, 2011).

Con la información disponible, debemos validar la hipótesis que relaciona la implantación de los primeros grupos neolíticos en las tierras meridionales valencianas con la llegada por vía marítima de diversos contingentes de poblaciones de procedencia mediterránea occidental (Bernabeu, 2006; García Atiénzar, 2010a; García Atiénzar y Jover, 2011; Jover y García, 2014; 2015; Bernabeu *et al.*, 2014; 2017; 2018; Olalde *et al.*, 2019). Estos grupos estuvieron implicados en un proceso de colonización marítima a lo largo de un periodo amplio que necesariamente abarcaría a varias generaciones. Las evidentes similitudes con algunos yacimientos del ámbito costero francés e italiano apuntan a una ruta septentrional como la más viable en la actualidad, sin que se puedan descartar otras vías para el ámbito meridional peninsular (Cortés *et al.*, 2012; Isern *et al.*, 2014).

A unos primeros momentos de implantación y reconocimiento del nuevo territorio a ocupar, le seguiría una fase de consolidación territorial en las tierras septentrionales del Prebético meridional valenciano –cuencas de los ríos Serpis, Girona, Xaló, Vinalopó, etc.–. Siguiendo la propuesta de J. Bernabeu (1989; 1995; 2006) y de P. García Borja y otros (2011), esta fase se caracterizaría arqueológicamente en sus momentos plenos por el dominio de la cerámica impresa cardial. Sin embargo,

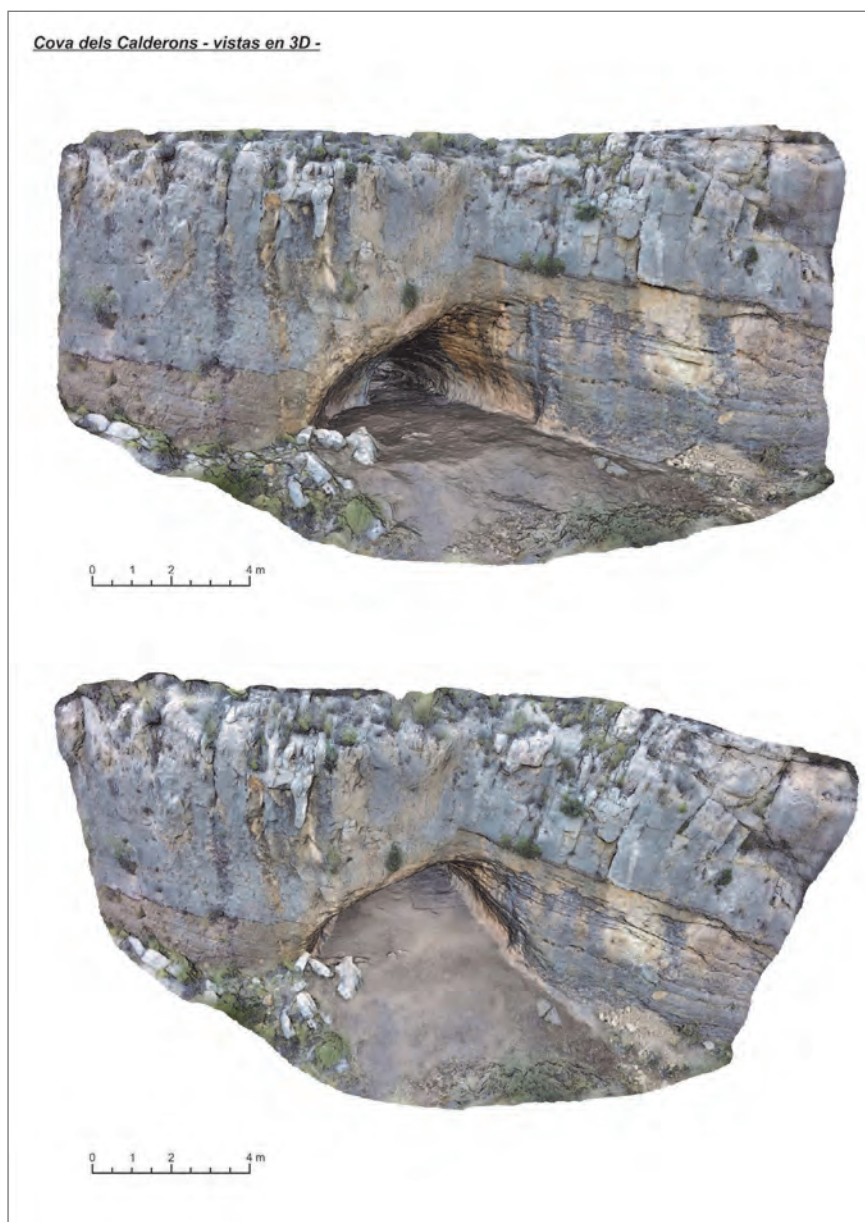


Figura 2.11. Vistas tridimensionales de la boca de acceso de la Cova dels Calderons (La Romana).

fuera de este territorio, en otras cuencas del Levante peninsular, no se constata esta fase (Jover *et al.*, 2014b), aunque, en algún caso, como en la Cova dels Calderons (Jover *et al.*, 2018a), se han registrado dataciones absolutas sobre domesticados que muestran que el proceso de expansión tuvo que ser muy rápido (fig. 2.11).

Para este momento se cuenta con información de un conjunto integrado por unos 30 yacimientos, situados entre las sierras de Mariola, Aitana, Benicadell y las

zonas costeras, donde es difícil diferenciar entre las fases IA o IB de la secuencia propuesta por J. Bernabeu (1989), aunque en algunos de ellos parecen estar presentes ambas (García Atiénzar, 2009; 2010). Este sería el caso de Cova de les Cendres (Bernabeu y Molina, 2009), Cova de l'Or (Bernabeu, 1989), Cova d'en Pardo (Soler *et al.*, 1999; 2008; 2013; Soler y Roca de Togores, 2008), Cova de la Sarsa (García Borja *et al.*, 2011; 2012a) o Cova Fosca (García Borja *et al.*, 2012b).

En cuanto a la información arqueológica, el mayor número de yacimientos excavados y referenciados se corresponde con cavidades, para las que se cuenta con un buen número de dataciones radiométricas de considerable antigüedad dentro el ámbito peninsular –Cova de les Cendres, Cova d'en Pardo, Cova de l'Or, Cova de la Sarsa–. No obstante, en los últimos años se ha podido determinar que los núcleos principales de poblamiento son asentamientos o poblados al aire libre, situados en el fondo de los valles o en los llanos litorales, para los que es muy difícil determinar su extensión superficial. Es el caso del Barranquet (Esquembre *et al.*, 2008), situado en los llanos litorales y cerca de la desembocadura del Serpis y del que se pudieron excavar algo menos de 200 m<sup>2</sup>; o Benàmer, en su fase II (Torregrosa *et al.*, 2011), ubicado en el interfluvio de los ríos Serpis y Agres, del que se han excavado cerca de 1900 m<sup>2</sup>. Sin olvidarnos de Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2003; Bernabeu y Orozco, 2005), localizado en la cabecera del río de Penàguila, para el que es difícil determinar su extensión ante la amplia distribución de estructuras de diferentes cronologías.

Las evidencias constatadas en estos núcleos son muy dispares. Mientras Barranquet se trata de un paleocanal rellenado por estratos con materiales y restos de consumo desechados, en el caso de Benàmer se constatan diversas áreas de producción y consumo vinculadas con actividades domésticas relacionadas con la combustión, consumo y trituración de cereales y talla de sílex, probablemente asociadas a un fondo de cabaña (Jover, 2013; Jover y Torregrosa, 2017). En Mas d'Is, por su parte, han sido documentadas lo que se ha interpretado como dos casas alargadas (fig. 2.12), distantes entre sí, con extremos absidiales construidos a base de postes de madera y barro, algunas estructuras de combustión y dos fosos de gran tamaño que fueron rellenándose progresivamente hasta finales del V milenio cal BC (Bernabeu *et al.*, 2003).

En todos los casos parece tratarse de grupos campesinos que hacen una gestión integral del territorio, con campos de cultivo de cereales y leguminosas en el entorno de los lugares de asentamiento, zonas de pastos para los animales domésticos y áreas de caza y recolección (García Atiénzar, 2009; Jover *et al.*, 2019a). Del mismo modo, estructuran sus espacios de actividad, separando sus actividades de consumo, producción y almacenamiento.

Estos grupos, además, desarrollaron unas manifestaciones gráficas singulares, como son el arte macroesquemático (Hernández, 1988) y un arte esquemático antiguo (Torregrosa, 2001; Hernández, 2005a) que en sus momentos iniciales



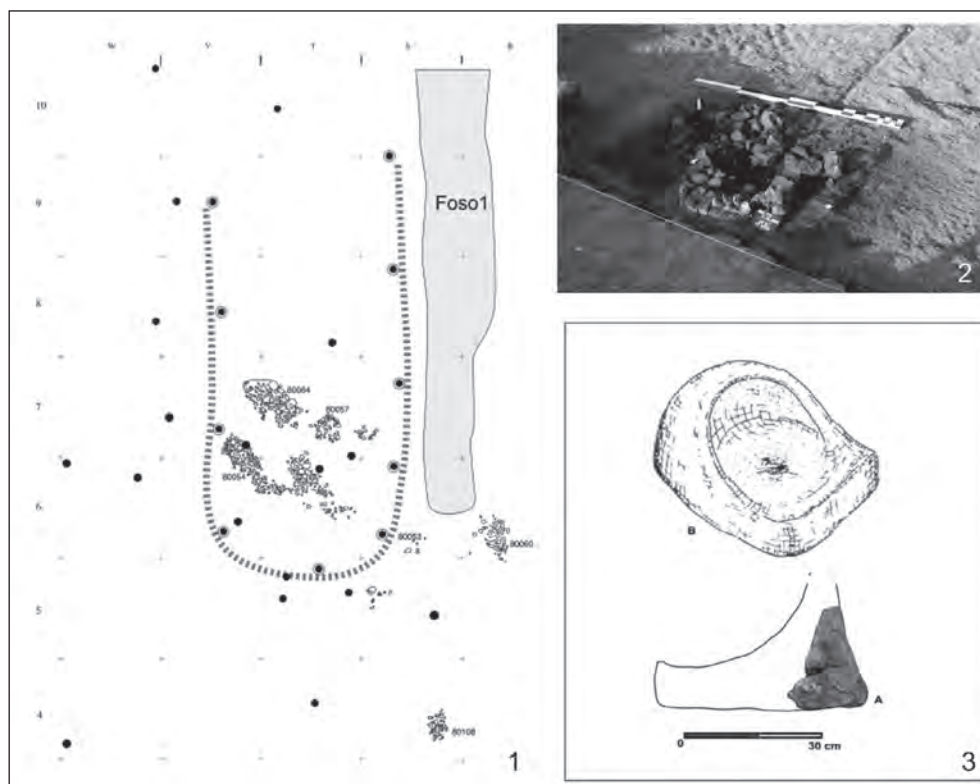


Figura 2.12. Reconstrucción de la planta de la casa 1 (1), estructura de combustión (2) y horno doméstico documentado en el interior de dicha vivienda (3) del yacimiento de Mas d'Is (Penàguila) (Bernabeu *et al.*, 2003: 42-44, fig. 2, lám. II y fig. 3, respectivamente).

tiene unos rasgos y motivos que empiezan a singularizarse claramente (fig. 2.13). También existen evidencias sobre las prácticas funerarias de estos primeros grupos, como es el caso de los inhumados registrados en la Cova de la Sarsa (García Borja *et al.*, 2011).

Por otro lado, los estudios paleoambientales efectuados en algunos asentamientos neolíticos, tanto del sector costero como de la cuenca alta y media del Serpis (Bernabeu *et al.*, 2001; Carrión, 2005; Fumanal, 1986; González Sampérez, 1998; Dupré, 1988; López Sáez *et al.*, 2011), muestran una cierta incidencia antrópica sobre el entorno circundante, manifestada a través de claros indicadores de transformación paisajística –predominio del pinar y riqueza de herbáceas, con un carrascal en retroceso– que se relaciona con un deterioro ecológico, causado por motivos naturales o por la temprana acción antrópica, que se traduce en la aparición paulatina de espacios abiertos.

Por último, hay que indicar que durante estos momentos se produciría el contacto entre los últimos grupos cazadores-recolectores y las primeras comunidades neolíticas. La información disponible permite interpretar no solo una dualidad



Figura 2.13. Orantes macroesquemáticos del abrigo II del Barranc de l'Infern (La Vall de Laguar).

cultural, económica y política, sino también su coexistencia en espacios territoriales colindantes. Las relaciones que se pudieron establecer entre ambas realidades sociales deben ser analizadas en el marco de procesos de exclusión, autoexclusión, extinción o integración de los primeros respecto a los segundos, dado el diferente grado de desarrollo social (Jover y García, 2014; 2015).

## 5200-4800 cal BC: la consolidación demográfica de los grupos campesinos

Entre el 5200 y el 4800 cal BC, aproximadamente, asistimos a una serie de cambios de especial trascendencia en la implantación y extensión de la economía productora de alimentos en la fachada oriental de la península ibérica. Probablemente, desde momentos previos al inicio de esta fase ya se habían producido varios procesos concatenados, los cuales se pueden concretar en:

- Afianzamiento poblacional y económico de los grupos neolíticos en el territorio cardial del Prebético meridional valenciano, reconocido como el grupo Or-Cendres (Bernabeu, 1996; Bernabeu *et al.*, 2003).
- Expansión territorial de los grupos neolíticos a otros valles más allá del área inicial de reconocimiento de lo cardial. Otras cuencas, como la cabecera del Vinalopó y los tramos bajos y medios del Júcar y Segura, empezaron a ser ocupados por poblaciones segregadas, procedentes del grupo Or-Cendres. También se constata, aunque el momento inicial pueda ser anterior al 5100 cal BC, una expansión poblacional por las tierras del norte de Castellón por parte de poblaciones procedentes de zonas más septentrionales de la cuenca del Ebro (Jover, 2011b). Asociados con los momentos iniciales de expansión debemos vincular los procesos de exclusión, autoexclusión, integración o extinción de los últimos grupos mesolíticos (Jover y García, 2014; 2015).
- Inicio de un proceso de diversificación cultural en los territorios de la fachada oriental de la península ibérica por los que se fueron expandiendo los grupos neolíticos, hecho que estaría en relación directa con los diferentes focos iniciales de consolidación de poblaciones neolíticas.

Desde el punto de vista de la materialidad, esta fase ha sido propuesta a partir de cambios en la aplicación de técnicas decorativas en la cerámica (Bernabeu, 1989; 1995; Bernabeu *et al.*, 2017). Hacia el 5100 cal BC se empieza constatar en el registro arqueológico un descenso en el empleo de técnicas decorativas, como la impresión cardial, y un progresivo aumento de técnicas impresas de instrumento, incisas e, incluso, de peinadas (Bernabeu *et al.*, 2011). Sobre el territorio, en los yacimientos cuya secuencia arranca en la fase cardial, el uso de esta técnica seguirá teniendo una especial relevancia, mientras que, en los asentamientos de nueva planta, fuera ya del territorio cardial, se constatan, o bien yacimientos con algún fragmento o vaso cardial junto al resto de técnicas, o bien vasos con técnicas impresas no cardiales u otras técnicas decorativas. La ausencia de excavaciones en extensión y la escasez de dataciones absolutas, en especial fuera del ámbito cardial, no permite todavía interpretar convenientemente esta distribución. Ahora bien, como hipótesis, parece plausible proponer que solamente en los yacimientos más cercanos al núcleo cardial inicial, es decir, en los territorios más próximos al grupo de yacimientos cardiales





Figura 2.14. Estructura neolítica documentada en la calle Colón (Novelda).

Or-Cendres, es donde se dio una pervivencia de las cerámicas cardiales, aunque siempre en porcentajes ínfimos, mientras que en lugares más alejados de este ámbito ya estarían casi o totalmente ausentes.

En este proceso también parece incidir la dimensión temporal, ya que los primeros asentamientos *ex novo* fuera del núcleo cardinal inicial serán los más antiguos, probablemente, todavía dentro de la fase cardinal e, mientras que los más alejados serían fundados ya dentro de la fase epicardial e, incluso, con posterioridad a esta. A modo de ejemplo, en el tránsito del VI al V milenio cal BC cabe situar las dataciones absolutas más antiguas de yacimientos situados en valles al sur de la zona inicial de implantación, como Calle Colón (fig. 2.14) (García Atiénzar *et al.*, 2006), Tossal de les Basses (Rosser y Soler, 2016) y Cova Sant Martí (Torregrosa y López, 2004). Del mismo modo, los trabajos de excavación efectuados en Lédua (Novelda) (Alberola y Hernández, 1988), Cova de les Aranyes del Carabassí (Santa Pola) (Guilabert y Hernández, 2014) o en Los Limoneros II (Elche) (Barciela *et al.*, 2014) evidencian una ocupación antigua de las tierras del curso bajo del río Vinalopó, aunque ya dentro del V milenio cal BC, con dominio de las cerámicas incisas y con una total ausencia de las cerámicas impresas cardiales.

En cualquier caso, los yacimientos fundamentales para el reconocimiento de esta fase siguen siendo Cova de les Cendres (Bernabeu y Molina, 2009), Cova



de l'Or (Martí *et al.*, 1980; Bernabeu, 1989), Cova d'en Pardo (Soler *et al.*, 2008; Soler y Roca de Togores, 2008), Cova del Randero (Soler *et al.*, 2014), Tossal de les Basses (Rosser y Soler, 2016) y Costamar (Flors, 2010), aunque en este último caso, a partir de las evidencias materiales publicadas, parece evidente su relación con el núcleo neolítico del Ebro (Jover, 2011b).

Los trabajos de prospección efectuados en el valle del Serpis parecen apuntar a una multiplicación de asentamientos al aire libre durante esta y, especialmente, durante la siguiente fase –IC de la propuesta de J. Bernabeu– (Bernabeu *et al.*, 2003; 2006; 2008; Molina Hernández, 2003; 2004), así como la continuidad en la ocupación de buena parte de los yacimientos en cueva de la fase previa. El tamaño de los asentamientos al aire libre es muy difícil de determinar, y solamente mediante la excavación en extensión se podrá establecer la superficie aproximada. La propuesta de J. Bernabeu y otros (2006) viene a considerar que se trataría de asentamientos de tipo granja, cuya superficie ocupada no excedería de las 6 ha. No obstante, este tamaño creemos que supera con creces los límites de lo que podría ser el área residencial y de actividad doméstica, quizá no superior a una hectárea, y solamente podría ser considerado así si incluimos en esta superficie los campos de cultivo de cada unidad de asentamiento.

Las bases económicas de estos grupos fueron las mismas que las de las comunidades campesinas iniciales, constatándose diversas especies de trigo y cebada, cultivo de varios tipos de leguminosas, aprovechamiento de frutos silvestres (Buxó y Piqué, 2008; Pérez Jordà, 2005; Pérez Jordà y Peña, 2013), junto a una cabaña ganadera donde los ovicaprinos parecen tener un mayor protagonismo frente al vacuno y suidos (García Atiénzar, 2009). Las prácticas de caza seguirían siendo habituales, centradas en ciervos, jabalíes y conejos.

### **4800-3900 cal BC: la plena ocupación agrícola de los fondos de valle en las tierras valencianas**

El periodo temporal aquí propuesto corresponde, al menos, a dos fases arqueológicas. Se trata de lo que ha venido a denominarse Neolítico postcardial (Juan-Caballero y Martí, 2002), integrado por un horizonte cerámico con dominio de producciones peinadas y al que le sigue otro caracterizado por la presencia de la decoración esgrafiada, aunque manteniéndose el peinado como dominante. Mientras que la primera alcanza su dominio en determinados territorios, aproximadamente, entre el 4800 y el 4500 cal BC, la segunda parece desarrollarse entre el 4500 y el 3900 cal BC. La dificultad para diferenciar claramente entre horizontes y la continuidad en la ocupación de diversos yacimientos en cueva y al aire libre es lo que impide separar claramente estos dos posibles momentos. La única vía depende por ahora de la constatación de la técnica del esgrafiado en determinados vasos cerámicos.

Ambas fases han sido determinadas secuencialmente en yacimientos de larga ocupación como Cova de les Cendres (Bernabeu y Molina, 2009), Cova d'en Pardo

(Soler *et al.*, 2008; Soler y Roca de Togores, 2008), Cova de l'Or (García Borja *et al.*, 2011; Martí *et al.*, 1980), Coves de Santa Maira (Aura *et al.*, 2006), Benàmer, en sus fases III y IV (Torregrosa *et al.*, 2011), Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2003), Cova del Randero (Soler Díaz *et al.*, 2014) y Tossal de les Basses (Rosser y Fuentes, 2007). La fase de cerámica peinada o Neolítico IC de J. Bernabeu (1989) está presente en un amplio número de yacimientos del área central y meridional de la fachada mediterránea, desde sierra de la Puerta o la cueva de Nacimiento (García Atiénzar, 2009) en la cuenca del Segura, hasta la cueva de la Cocina (Fortea, 1973), en la del Júcar, pasando por la Cova Sant Martí (Torregrosa y López, 2004) o la Calle Colón (García Atiénzar *et al.*, 2006) en el ámbito del Vinalopó.

En el desarrollo de estas fases se observan procesos de expansión del patrón de ocupación y explotación del territorio con respecto a las fases previas. Entre los cambios más significativos cabe destacar la consolidación del poblamiento y de la actividad agropecuaria, así como una multiplicación de los enclaves más allá de las zonas nucleares del área cardial inicial. A este momento se vinculan las estructuras de almacenamiento documentadas en el yacimiento de Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011); el yacimiento de Tamargut (Vall de Seta, Penàguila) (Molina Hernández, 2003), Mas del Regadiuet, situado en el extremo occidental de la Vall del Penàguila (Molina Hernández, 2003; García Puchol *et al.*, 2006) y otras evidencias documentadas en La Canal de la Sarga o el Riu Montnegre (Fairén y García, 2004; Molina y Barciela, 2008). En el valle del Vinalopó, corredor del Segura y Camp d'Elx también se multiplican los asentamientos, con el registro de ocupaciones en Casa de Lara (Fernández-López, 1999), Cova Sant Martí (Torregrosa y López, 2004), diversos solares de Novelda, como los ubicados en la calle Sentenero o la calle Colón, en Los Limoneros de Elche (García Atiénzar *et al.*, 2020) (fig. 2.15) o en El Alterón, en Crevillente (Trelis y Mas, 2009).



Figura 2.15. Estructura de tipo fosó documentada en el yacimiento de Los Limoneros II (Elche). Fotografía: V. Barciela González.

Se trata, por tanto, de un momento para el que se advierte un ligero aumento del número de asentamientos al aire libre y la ocupación de un amplio número de cavidades. Para los primeros todavía se hace necesario excavar en extensión algunos de ellos ante la dificultad para determinar de su extensión superficial. En este sentido, si atendemos a la información obtenida para el Tossal de les Basses (Rosser y Fuentes, 2007; Rosser y Soler, 2016; Soler Ortiz, 2012), la superficie ocupada por dos cabañas asociadas a fosos que las delimitan y por áreas de almacenamiento y de producción-consumo alcanza prácticamente las 4 ha. En el sitio de Los Limoneros II-III (Barciela *et al.*, 2014; García Atiénzar *et al.*, 2020), en el curso bajo del Vinalopó, se constata la presencia de cubetas y silos, así como fosos similares a los del Tossal de les Basses, que apuntarían a la existencia de una unidad doméstica similar a la descrita en el yacimiento alicantino. Por otro lado, estructuras siliformes como la del Tossal de les Basses, que posteriormente fueron amortizadas como fosas de inhumación (Rosser y Fuentes, 2007), o de Benàmer IV, con un área específica de almacenamiento con silos de gran tamaño, posiblemente delimitado artificialmente con algún elemento del que no ha quedado constancia (Pérez Jordá y Peña, 2013; Torregrosa *et al.*, 2011), no hacen más que redundar en la consolidación y fijación de los espacios habitados por grupos campesinos. El cálculo estimativo sobre la capacidad de algunas de los silos de Benàmer, que podrían haber almacenado más de 3.000 kg, y los cambios a nivel carpológico observados en este momento (Pérez Jordá, 2005; 2013) servirían como indicadores, a su vez, de la puesta en explotación de cereales en régimen de secano y, tal vez, del uso del arado.

En este sentido, los estudios palinológicos (López Sáez *et al.*, 2011) y antracológicos (Machado, 2011) de Benàmer en sus fases III y IV y del Tossal de les Basses (Carrión, 2012) son indicadores de la conformación en la zona de un paisaje plenamente antropizado como consecuencia de las prácticas productivas, agrícolas y ganaderas. Es importante recalcar que, aunque entre los taxones antracológicos están bien representadas las quercíneas perennifolias y la *Olea europaea*, en clara relación con la selección preferente de este tipo de madera como combustible, la presencia de un amplio abanico de formaciones vegetales configuraría un paisaje en mosaico, teniendo en cuenta que todavía dominaría el bosque de quercíneas y existiría una importante extensión en laderas soleadas y terrenos calcáreos de arbustos leñosos como el lentisco, el labiérnago y el acebuche, acompañados de leguminosas arbustivas –*Cytisus tipo*–, junto a una presencia destacada de plantas nitrófilas y antropozoógenas. Además, en los análisis polínicos de la fase IV de Benàmer se constata la presencia de polen de cereal (López Sáez *et al.*, 2011) en el relleno sedimentario de algunos silos, lo que remite a un clima cada vez más térmico y árido, así como la progresiva degradación del bosque, consecuencia de un proceso de antropización importante y constante después de casi un milenio de explotación por parte de comunidades campesinas.



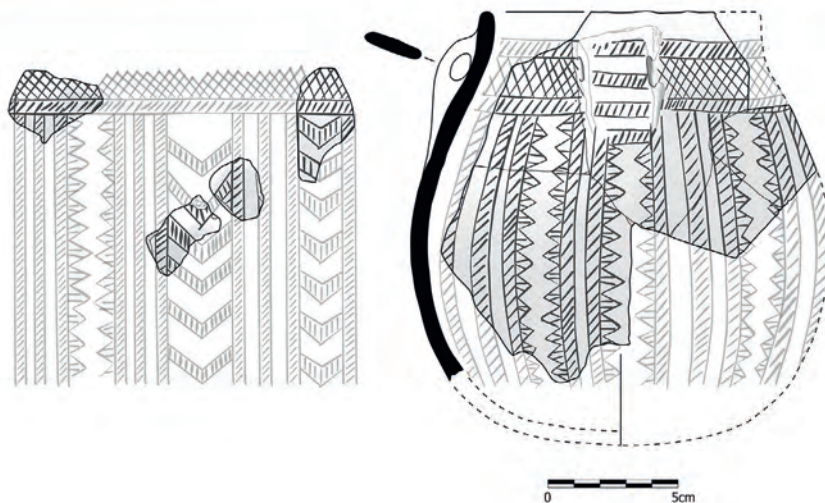


Figura 2.16. Vasija cerámica de la Cova de les Aranyes del Carabassí (Santa Pola). Dibujo de A. Guilabert Mas (Hernández y Guilabert, 2014: 70, fig. 7.13).

A pesar de las limitaciones de los restos faunísticos recuperados, los análisis arqueozoológicos disponibles (García Atiénzar, 2009) muestran la existencia de una cabaña ganadera básicamente de ovicaprinos, junto a la caza del ciervo. Esto permite reafirmar la importancia de la actividad pecuaria a partir de V milenio cal BC, atestiguada, además, por el uso exhaustivo, en todas las cuencas del Prebético meridional valenciano, de cuevas y abrigos como rediles (Badal, 1999, 2002; Badal y Atienza, 2009; García Atiénzar, 2006). Así se constata en varias cavidades con una larga secuencia ocupacional, como en Cova de les Cendres (Bernabeu *et al.*, 2001; Bernabeu y Molina, 2009), Cova d'en Pardo (Soler Díaz *et al.*, 2008a), Santa Maira (Verdasco, 2001), Bolumini e, incluso, en Cova de l'Or (Badal, 1999; 2002; Pérez Ripoll, 2016) y Cova de les Aranyes del Carabassí (fig. 2.16) (Guilabert y Hernández, 2014).

La imagen aquí planteada no debe entenderse como un cambio brusco en las estrategias económicas de las comunidades neolíticas, sino como la consolidación e intensificación productiva de grupos campesinos estabilizados, hecho que encuentra su mejor evidencia en la fase IV de Benàmer, pero también otros sitios contemporáneos como Camí de Missena, Tossal de les Basses o Limoneros. Estos asentamientos serían el reflejo de una unidad productiva y de consumo que pudo estar integrada por más de una familia mononuclear, pero cuyo nivel organizativo no parece exceder en ningún caso los límites estructurales de un grupo de filiación.

### **3900-2800 cal BC: Los inicios de la intensificación productiva en las comunidades campesinas del Levante peninsular**

Entre el 3900 y el 2800 cal BC se han señalado algunos cambios en la organización de los asentamientos, en las características de algunas de las estructuras y en los repertorios de cultura material (Bernabeu, 1995; 2011). En prácticamente todos los yacimientos se documentan fosos o segmentos de estos como estructuras delimitadoras de los espacios de hábitat, cuestión, por otro lado, que ya se venía advirtiendo en yacimientos del V milenio cal BC, como Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2012), Los Limoneros (García Atiénzar *et al.*, 2020) o Tossal de les Basses (fig. 2.17) (Rosser y Soler, 2016). Claros ejemplos lo constituyen los documentados en L'Alt del Punxó (García Puchol *et al.*, 2008), Niuet (Bernabeu *et al.*, 1994), Galanet (Jover *et al.*, 2014b) y, aunque algo más tardíos, en La Torreta-El Monastil (Jover, 2010) y Fuente de Isso (García Atiénzar, 2010b). También se empiezan a constatar cabañas o estructuras de hábitat reconocibles, de plantas circulares u ovales, ligeramente rehundidas en el suelo y, en algunos casos, con zócalos de mampostería, como las documentadas en la Illeta dels Banyets (Soler, 2006; 2009), Fuente de Isso (García Atiénzar, 2010b) y El Prado (Jover *et al.*, 2012b), a las que se une el posible fondo de cabaña, parcialmente conservado, de La Torreta-El Monastil (Jover, 2010). Un ejemplo destacado lo constituye el yacimiento de La Vital (Pérez *et al.*, 2011), donde han sido documentadas un amplio número de estructuras negativas,



Figura 2.17. Estructuras negativas del Tossal de les Basses (Alicante).

unas de planta ovoide y otras irregulares, varias de ellas interpretadas como fondos de cabaña.

No obstante, el rasgo más reconocible en el registro arqueológico de estos momentos es el amplio número de estructuras negativas de tipo silo, fosa o cubeta, como las documentadas en los yacimientos de Les Jovades (Bernabeu *et al.*, 1993), Colata (Gómez *et al.*, 2004), Camí de Missena (Ribera y Pascual, 2005), Molí Roig (Pascual Beneito, 2004), Galanet (fig. 2.18) (Jover *et al.*, 2014), Quintaret y Corcot (García Puchol *et al.*, 2014) o La Torreta-El Monastil (Jover, 2010). En algunos casos, el abandono de este tipo de yacimientos o de áreas de concentración de estructuras negativas parece anterior a la aparición de las cerámicas decoradas campaniformes, mientras que, en otros, su vigencia hasta momentos avanzados es más que evidente, como se constata en La Vital (Pérez *et al.*, 2011) o en Quintaret (Montesa) (García Puchol *et al.*, 2014), a tenor de las dataciones absolutas obtenidas y la presencia de vasos decorados.

Aunque se considera que la función principal de todas estas estructuras negativas sería la de servir de almacenamiento de productos agrarios de consumo –principalmente cereal en grano–, también es evidente que tras su abandono casi todas ellas fueron reaprovechadas como áreas de desecho, mientras que algunas fueron reutilizadas singularmente como continente funerario, principalmente de carácter





Figura 2.18. Estructuras de tipo silo documentadas en Galanet (Elche).

individual, práctica que ya se atestigua desde momentos neolíticos en yacimientos como Costamar (Flors, 2010) o Tossal de les Basses (Rosser, 2010). Evidencias de inhumaciones individuales con o sin ajuar practicadas en el interior de estructuras negativas se documentan –en algunos casos datadas por radiocarbono– en yacimientos como Barranc de Beniteixir (Pascual Beneyto, 2010) o Camí de Missena (Soler *et al.*, 2017).

La amplia extensión superficial que llegan a alcanzar los yacimientos con este tipo de estructuras ha llevado a algunos autores a considerar que el tamaño de algunos asentamientos podría superar las 50 ha, caso de Les Jovades (Bernabeu *et al.*, 2006), frente a otros asentamientos contemporáneos de menor tamaño. En este sentido, creemos interesante resaltar que yacimientos como La Torreta-El Monastil, Macolla o Figuera Reona no parecen superar las 1,5 ha de extensión superficial, mientras que Galanet (Jover *et al.*, 2014b) podría ser algo mayor, superior a las 7 ha, aunque en todos los casos se trata exclusivamente de áreas de amplia dispersión de estructuras de tipo silo o fosa. Estas evidencias apuntan a que en este momento se asistiría a la concentración de diversas unidades productivas, representadas por cabañas, que podría estar indicando la fusión de varias unidades domésticas o linajes que pudieron guardar lazos de parentesco. Este hecho se traduce arqueológicamente en la aparición de aldeas agregadas y delimitadas por fosos, algunas de ellas

de larga duración y caracterizadas por amplias concentraciones de silos de almacenamiento a su alrededor (Bernabeu *et al.*, 1993; 1994; Bernabeu y Pascual, 1998). Las motivaciones que condujeron a estas unidades productivas a renunciar al patrón disperso que se venía documentando desde el Neolítico antiguo son difíciles de establecer con el registro actual. En este punto, debe señalarse que el aumento de la producción exigido por el paulatino crecimiento de la demografía ya no se podría seguir solucionando a expensas de una expansión territorial, al encontrarse el territorio plenamente ocupado, sino que se realizaría incrementando la inversión laboral sobre la tierra. Así, el aumento de la inversión de trabajo se traduciría en la creación de unidades productivas de mayor tamaño capaces de poner en explotación una superficie mayor. Para conseguir un aumento de la producción se produciría un giro hacia una agricultura extensiva basada en el secano (Bernabeu, 1995), la especialización sobre los cultivos mejor adaptados (Pérez Jordà, 2005) y un mejor aprovechamiento de los recursos animales, quizá con la introducción del arado (Pérez Ripoll, 1999). Esta intensificación sobre el principal medio de producción, la tierra, debió derivar en una mayor capacidad de almacenamiento, reflejada en el tamaño de algunos silos o en su multiplicación.

No obstante, también existen otros yacimientos al aire libre, como el conjunto de áreas de consumo localizados en el yacimiento de la Platja del Carabassí (Soler Díaz *et al.*, 2008), que nos habla de una frecuentación estacional y puntual de las zonas costeras para un aprovechamiento de los recursos marinos, talleres líticos de talla de superficie y algunas evidencias de uso temporal de cavidades como refugio o redil, aunque prioritariamente como lugares de inhumación múltiple a lo largo de todo el periodo (Soler Díaz, 2002), con continuidad de forma intermitente durante momentos posteriores, especialmente durante el Campaniforme y la Edad del Bronce (McClure *et al.*, 2010; García Puchol *et al.*, 2010).

La percepción de cambio más significativa se encuentre, posiblemente, en relación con la cultura material. En este sentido, cabe destacar la existencia de una vajilla con un amplio repertorio de formas abiertas de gran diámetro, de tipo plato y fuente, casi en su totalidad sin decorar, de algunas cerámicas decoradas con bandas de triángulos incisos rellenos de puntillado que se constatan en diversos yacimientos, o de fuentes y platos con labios de tipo almendrado, cuya aparición debemos fijar hacia los momentos finales de la fase (Jover, 2010). Tampoco podemos olvidar la documentación de numerosos desechos relacionados con el proceso de producción masiva de cuentas de collar de caliza y lignito, vertidos en el interior de, al menos, 7 estructuras negativas del yacimiento de Quintaret (García Puchol *et al.*, 2014: 183-185). No obstante, lo más destacable de estos momentos quizá sea la masiva producción de puntas de flecha de retoque plano. En esta zona, se ha considerado una mayor antigüedad para las puntas de flecha romboidales con incipientes aletas o de tendencia cruciforme con respecto a las foliáceas y a las de pedúnculo y aletas (Soler Díaz, 2002; Juan-Cabanilles, 2009). Es probable que este incremento



en la producción de puntas de flecha se pueda relacionar, en el caso de asentamientos ubicados en nichos ecológicos especialmente ricos en recursos faunísticos, con el aumento en el consumo de especies salvajes –como el ciervo o el caballo– claramente documentado en yacimientos como la Ereta del Pedregal (Pérez Ripoll, 1999), Fuente Flores (Juan y Martínez, 1998), Fuente de Isso (García Atiénzar, 2010b) o El Prado (Jover *et al.*, 2012b). Sin embargo, tampoco debemos olvidar otros posibles estímulos para esta producción masiva de armaduras de flecha, en un momento álgido del proceso de consolidación grupal y de intensificación en el proceso de apropiación de los medios de producción que pudo generar escenarios de conflicto (López Padilla, 2006). En cualquier caso, la importancia de la caza en algunos asentamientos no puede hacer olvidar la existencia de una cabaña ganadera de ovicaprinos, bovinos y suidos bastante consolidada, como se documenta especialmente en yacimientos como Jovades o Niuet (Martínez Valle, 1993; 1994).

Recientemente, a partir de las evidencias documentadas en La Vital (Pérez *et al.*, 2011) se ha propuesto que los procesos de producción de cobre se llevarían a cabo en este asentamiento costero desde, prácticamente, el 2700 cal BC (Bernabeu, 2011). El metal de cobre, ya fundido, habría sido introducido en las tierras valencianas por vía marítima procedente, con mucha probabilidad, del Sudeste (García Puchol *et al.*, 2013). El asentamiento de La Vital sería uno de los lugares donde se llevaría a cabo la segunda reducción destinada a la elaboración de instrumentos y adornos, así como podría ser uno de los puntos de redistribución hacia los valles interiores.

### **2800-2200 cal BC: La consolidación de la intensificación productiva**

A pesar del amplio catálogo de yacimientos y materiales correspondientes al Campaniforme y de los nuevos datos y trabajos de síntesis (Soler Díaz, 2002; Juan-Cabanilles, 2005; Alba *et al.*, 2017) y de explicación histórica publicados en los últimos años (López Padilla, 2006; Bernabeu, 2011; García Puchol *et al.*, 2013), una de las fases arqueológicas más controvertidas en las tierras levantinas la constituye el momento en que determinados asentamientos comenzaron a construirse en puntos encumbrados, en lo alto de cerros o de estribaciones montañosas, rompiendo así con la continuidad en la ocupación de las tierras bajas de los valles, que se remontaba a los inicios del Neolítico (Jover *et al.*, 2019b).

Hace ya tiempo que se puso de relieve la íntima relación que muestra este proceso en el este peninsular con la aparición y desarrollo del llamado “fenómeno Campaniforme” (Bernabeu, 1984; Bernabeu *et al.*, 1989). Estudios posteriores vinieron a señalar que este proceso de transformación en las estrategias locacionales en el cuadrante suroccidental de la península ibérica podía acotarse tanto en lo cronológico como en lo geográfico, determinando que mientras al oeste del valle del Segura, en tierras murcianas y almerienses, este tipo de enclaves en altura se



Figura 2.19. Vista de la cabaña 3 de Vilches IV (Hellín) en proceso de excavación.

remontaba a la fase pre-campaniforme, al norte y al este del mismo los primeros asentamientos de este tipo se revelaban posteriores cronológicamente, ligados al Campaniforme (López Padilla, 2006). Excavaciones recientes en el área del Campo de Hellín (Albacete) han revelado, no obstante, que ambas vertientes de la cabecera del Segura se incorporaron a este proceso con anterioridad a la aparición de la vajilla campaniforme, como han mostrado los trabajos realizados en el yacimiento de Vilches IV (fig. 2.19) (García Atiénzar *et al.*, 2016; García Atiénzar y Busquier, 2020; Jover *et al.*, 2019b; 2019c). Ello permite fijar con mayor precisión los límites geográficos que, durante el primer tercio del III milenio cal BC, guardaron entre sí los territorios políticos de los grupos ligados al complejo millarenses meridional, por un lado, y los grupos calcolíticos del Levante peninsular, por otro. La principal novedad del registro arqueológico en esta zona la constituye la aparición de los primeros objetos de metal (Montero y Soriano, 2020), incluso de las primeras actividades metalúrgicas (Pérez *et al.*, 2011), mientras que las primeras evidencias de vajillas campaniformes comenzarían a materializarse en contextos arqueológicos hacia el 2500 cal BC (Jover *et al.*, 2019b; 2019c).

Este conjunto de cambios debe ser puesto en relación con la expansión del grupo de Los Millares hasta la cuenca del Segura y la mayor relación establecida entre estas comunidades y las asentadas en el Levante. Estas transformaciones revelan un claro



Figura 2.20. Excavaciones en el Promontori d'Aigua Dolça i Salada (Elche) en 1981. Fotografía: Museo Arqueológico y de Historia de Elche –MAHE–.

gradiente cronológico en sentido sur-norte (López Padilla, 2006), materializándose al norte de la cuenca del Segura-Mundo en torno al 2800 cal BC (García Atiénzar, 2020) y en la cuenca del Vinalopó hacia el 2500 cal BC, coincidiendo en este último territorio con la aparición de la cerámica campaniforme (Jover *et al.*, 2019b; 2019c).

Por el momento, son más de 70 los enclaves o yacimientos reconocidos como campaniformes, especialmente cuevas asociadas a prácticas de enterramiento y, en menor medida, poblados al aire libre ubicados tanto en llano como en altura. Los yacimientos excavados son muy pocos, y menos aun los que cuentan con dataciones absolutas. Apenas un puñado de ellos permiten caracterizar esta fase (Juan Cabanilles, 2005; Alba *et al.*, 2017): Cova de les Cendres (Bernabeu, 1984; 1986), Ereta del Pedregal (Juan Cabanilles, 1994), Les Moreres (González, 1986; González y Ruiz, 1992), Promontori d'Aigua Dolça i Salada (fig. 2.20) (Ramos, 1986), El Arsenal (Serna y García Atiénzar, 2020), Puntal de la Rambla Castellarda (Aparicio *et al.*, 1977), Arenal de la Costa (Bernabeu *et al.*, 1993), Cova de la Pastora (Soler Díaz, 2002; McClure *et al.*, 2010), La Vital (Bernabeu *et al.*, 2010; Pérez Jordà *et al.*, 2011) y el conjunto de yacimientos del Peñón de la Zorra y Puntal de los Carnicerros (Soler García, 1981; Jover y de Miguel, 2002; García Atiénzar, 2012a; 2012b; 2016b; 2017).



Las excavaciones llevadas a cabo en La Vital (Díez, 2011), de las que se ha obtenido una amplia serie de dataciones absolutas, han permitido constatar la introducción del Campaniforme hacia el 2500 cal BC, con posterioridad a las primeras evidencias de producción metalúrgica y en una fase de plena consolidación del asentamiento. Así mismo, destaca el hallazgo de varios enterramientos de individuos masculinos y femeninos acompañados del ajuar típico de la fase (García Puchol *et al.*, 2013). De igual modo, yacimientos localizados en el corredor de Montesa, documentados gracias a las labores de la arqueología de urgencia, ponen de manifiesto la continuidad de las ocupaciones de los fondos de valle desde, al menos, finales del IV milenio hasta mediados o avanzado el III milenio cal BC.

No obstante, entre los rasgos más significativos de esta fase, que en algunos territorios podría prolongarse hasta casi el tránsito al II milenio cal BC, cabe señalar la multiplicación de yacimientos delimitados por muros o murallas y emplazados en estribaciones o promontorios montañosos –Les Moreres, Peñón de la Zorra, Puntal de los Carniceros, Mola d'Agres, Tabayá, etc.– en las actuales tierras meridionales valencianas, acompañados por una clara continuidad de asentamientos en el llano –Promontori, Quintaret, Arenal de la Costa, Mas del Barranc, etc.–; prácticas funerarias, tanto colectivas, con inhumaciones con o sin ajuar en cueva –cueva del Cantal (López Seguí *et al.*, 1991; Szécsényi-Nagy *et al.*, 2017), Cova de la Pastora (fig. 2.21) (McClure *et al.*, 2010), etc.–, como en estructuras negativas, generalmente de tipo individual asociadas a asentamientos en llano –La Vital (Bernabeu *et al.*, 2010; Pérez Jordà *et al.*, 2011), Arenal de la Costa (Bernabeu *et al.*, 1993), etc.– y una cultura material en la que destacan los vasos campaniformes de diferentes estilos –marítimo internacional, mixto, inciso/pseudoexciso–, una metalurgia de objetos de cobre, como punzones biapuntados, hachas planas, agujas, puñales de lengüeta o puntas



Figura 2.21. Cova de la Pastora (Alcoi). Fotografía: Museu Arqueològic Municipal d'Alcoi.



Figura 2.22. Puntal de los Carniceros (Villena) desde el llano.

de Palmela, algunos productos líticos singulares como brazales de arquero, dientes de hoz y placas tabulares de tipo cuchillo-alabarda, además de diversos objetos de marfil, especialmente, botones de perforación en “V”.

Por el momento, desconocemos el tamaño de la mayor parte de los yacimientos, disponiendo solo en algunos casos de vagas referencias tomadas a partir de la dispersión superficial de evidencias materiales o por la presencia de muros delimitadores. Los situados en llano, como Mas del Barranc (Molina y Jover, 2000), Ereta del Pedregal (Juan Cabanilles, 1994), Arenal de la Costa (Bernabeu, 1993), Promontori o El Arsenal (Serna y García Atiénzar, 2020), no parecen superar los 600 m<sup>2</sup>, y de los ubicados en altura, como Peñón de la Zorra, Puntal de los Carniceros (fig. 2.22) o El Monastil, ninguno sobrepasa los 1.200 m<sup>2</sup>. Solo Les Moreres podría ser algo mayor, mientras que otros yacimientos de la Vega Baja del Segura, como Espeñetas, podrían alcanzar la hectárea, lo que permite suponer que estamos ante asentamientos de muy pequeño tamaño en buena parte de las tierras levantinas, con la excepción del corredor del Segura, donde parece posible plantear una amplia disparidad de tamaños, en clara relación con la dinámica poblacional e histórica del Sudeste.

En cualquier caso, y aunque se ha excavado en varios yacimientos, desde hace años se hacía necesario emprender la excavación en extensión de algún asentamiento con el objeto de profundizar en la secuencia regional y en la gestión de las actividades organizativas. Las excavaciones realizadas en el Peñón de la Zorra (fig. 2.23)



Figura 2.23. Peñón de la Zorra (Villena) desde el llano.

(García Atiénzar, 2012a; 2012b; 2016a; 2016b; 2017) han constatado la existencia de varios ambientes de plantas cuadrangulares con, al menos, una fase constructiva asociada al Campaniforme, a la que se superponen otras de la Edad del Bronce. El único ambiente campaniforme está asociado a una plataforma elevada que cierra el poblado en su parte más alta, pudiendo interpretarse como un puesto de control del territorio (Alba y García, 2018). Las dataciones obtenidas hasta la fecha permiten plantear una ocupación que se truncaría, al menos en el único espacio documentado, en torno al 2400 cal BC.

Muchos de estos asentamientos campaniformes parecen tener su antecedente poblacional en núcleos próximos de llanura, algunos de ellos abandonados como consecuencia de los cambios sociales generalizados en el ámbito del Sudeste peninsular (López Padilla, 2006). Es el caso del abandono del yacimiento en llano de La Torreta-El Monastil hacia el 2500-2400 cal BC y la ocupación del asentamiento campaniforme en altura de El Monastil (Jover, 2010). Pero también se documentan ciertos cambios y solapamiento entre esta fase y el inicio de la Edad del Bronce. Así, mientras los yacimientos argáricos parecen arrancar su secuencia desde el Campaniforme –Tabayá, Laderas del Castillo, San Antón o Pic de les Moreres–, en los territorios más septentrionales no argáricos, los poblados de la Edad del Bronce son, en su inmensa mayoría, fundaciones *ex novo*, como el caso de Terlinques, fundado hacia el 2150 cal BC, y no parecen asociarse a una ocupación previa campaniforme (Jover y López, 2004; López Padilla, 2006). No obstante, empiezan a constatar



excepciones, como el Peñón de la Zorra (García Atiénzar, 2016a; 2016b) o la Mola d'Agres (Peña *et al.*, 2014), aunque queda por determinar si en ambos casos existe o no continuidad entre la ocupación campaniforme y las sucesivas ocupaciones de la Edad del Bronce.

### **2200-1550 cal BC: la configuración sociopolítica de El Argar y del “Bronce Valenciano”**

Desde los trabajos de M. Tarradell (1963; 1965; 1969) se empezó a definir, para las tierras valencianas, la existencia de dos áreas culturales o, en términos materiales, de dos grupos arqueológicos perfectamente diferenciados en cuanto a prácticas sociales y materialidad (Jover y López, 2009). Entre El Argar, al sur, y los grupos arqueológicos que integrarían lo que tradicionalmente se consideró como “Bronce Valenciano” (Jover, 1999), al norte, se pudo establecer una frontera social y política dinámica (Jover y López, 1997) fijada en las estribaciones del eje montañoso de las sierras de Abanilla-Crevillente-Tabayá-Negra y con un enclave de tipo portuario, la Illeta dels Banyets (Soler Díaz, 2006), en el extremo septentrional.

El proceso histórico en las tierras valencianas, desarrollado entre el 2200 y el 1550 cal BC, además de por la constatación de diversas entidades sociales, se va a caracterizar, en esencia, por la multiplicación del número de asentamientos, en general ubicados en laderas y cimas de cerros o estribaciones montañosas y de tamaños muy variados. Un censo general de los yacimientos conocidos para este periodo nos muestra un número superior a los 500 para un espacio geográfico próximo a los 6.000 km<sup>2</sup> de las zonas del Prebético meridional y Subbético valenciano. En la mayor parte de los casos se trata de asentamientos de núcleos de muy reducidas dimensiones –entre los 200 y 600 m<sup>2</sup>– con una o dos construcciones aisladas. Por otra parte, aunque con un porcentaje inferior al 15%, se situarían aquellos poblados con varias edificaciones y superficies ocupadas de entre los 1.200 y 3.500 m<sup>2</sup>. De estas agrupaciones debemos excluir los yacimientos argáricos, entre los que sobresalen San Antón y Laderas del Castillo, para los que se ha considerado, por la extensión superficial de hallazgos cerámicos, un tamaño en torno a las 2 ha (López Padilla, 2009; Martínez Monleón, 2014) (fig. 2.24).

En este periodo se incluyen las fases arqueológicas iniciales de la Edad del Bronce que engloban lo que tradicionalmente se ha considerado como Bronce antiguo y medio (Gil-Mascarell, 1995). En algunos yacimientos arqueológicos de la zona en estudio, como Terlinques (Jover y López, 2004; 2009; López Padilla, 2011; Jover y López, 2016), se han podido reconocer y subdividirse, a través de una amplia serie de dataciones, al menos tres grandes momentos de ocupación-destrucción –del 2150 al 1950, 1950-1750 y 1750-1550 cal BC–, fases que también se documentan en las estratigrafías del Peñón de la Zorra (García Atiénzar, 2017) y de Cabezo Pardo, este último en el área argárica alicantina (López Padilla, 2009; 2014; Jover *et al.*, 2014a).



Figura 2.24. Ladera septentrional de San Antón (Orihuela).

En el área valenciana, los yacimientos excavados son menos de los deseables y las series de cultura material publicadas son poco numerosas. A la destacada información aportada por asentamientos del Prebético meridional valenciano y cuencas más septentrionales, entre los que debemos destacar la Lloma de Betxí (fig. 2.25) (de Pedro, 1998), Muntanya Assolada (Martí y Enguix, 1983), Pic dels Corbs (Barrachina, 1989), Terlinques (Jover y López, 1999; 2004; 2009; 2016), Barranco Tuerto (Jover y López, 2005), La Horna (Hernández, 1994) y Lloma Redona (Navarro, 1998), debemos unir las excavaciones desarrolladas los yacimientos argácicos del corredor de la Vega Baja-Camp d'Elx –Pic de les Moreres (González, 1983), la Illeta dels Banyets (Soler Díaz, 2006; 2009), Cabezo Pardo (López Padilla, 2014), Tabayá (Belmonte, 2004; Hernández Pérez, 1990; 2010; Hernández *et al.*, 2019; Mas, 1999) y Caramoro I (González y Ruiz, 1995; Jover *et al.*, 2019d)–.

Los estudios sobre los modelos de ocupación del territorio realizados en diversas zonas del área del Bronce Valenciano muestran patrones locacionales de distribución uniforme para los asentamientos, agrupándose los de menor tamaño en torno a los mayores (Jover y López, 1999; 2004; Jover *et al.*, 2017; 2018; López Padilla, 2009). En general, estos estudios (Jover *et al.*, 2018b) han mostrado la existencia de cuatro tipos de asentamiento: los de mayor tamaño –entre unos 3.500 y 2.000 m<sup>2</sup>–, ubicados en cerros o estribaciones de escaso desarrollo y cercanos a buenas tierras;





Figura 2.25. Vista aérea de la Lloma de Betxí (Paterna). Fotografía: M<sup>a</sup>. Jesús de Pedro Michó.

asentamientos intermedios –2.000 y 1.000 m<sup>2</sup>–, ubicados de forma equidistante con los de mayor tamaño y entre ellos; asentamientos de menor tamaño –inferiores a 1.000 m<sup>2</sup>, en su mayor parte con menos de 300 m<sup>2</sup>–, agrupados a escasos kilómetros en torno a los anteriores, unos dedicados a actividades agropecuarias y otros a servir de apoyo a los anteriores como establecimientos secundarios; y, por último, algunos asentamientos encumbrados, de muy pequeño tamaño, ubicados en lo alto de estribaciones montañosas y con una cuenca visual muy amplia, para los que se ha

propuesto un carácter logístico a partir de la excavación de Barranco Tuerto (Jover y López, 2005; Jover *et al.*, 2018b).

Con respecto a las características estructurales de los asentamientos, en las excavaciones efectuadas se han podido documentar importantes aterrazamientos empleados como plataformas para la edificación de viviendas o espacios de actividad, contruidos a base de muros de piedra trabada con morteros de tierra y enlucidos. Los espacios habitacionales documentados son de diverso tamaño y muestran la realización de todo tipo de actividades de producción, consumo y almacenamiento (de Pedro, 1998; Jover y López, 2004). Es significativa la constatación de cambios importantes en el tamaño de los edificios y en su organización y planificación a lo largo de estas fases. En asentamientos como Terlinques (Jover y López, 2004; 2009; 2016), de edificios de gran tamaño en los momentos iniciales se pasa a viviendas más pequeñas, adosadas y planificadas en torno a una calle que funciona como espacio central de paso. Esta planificación del espacio de residencia también la observamos en otros yacimientos como La Horna (fig. 2.26) (Hernández Pérez, 1994), pudiéndose deducir también a partir de la información publicada en yacimientos excavados hace décadas, como Mas de Menente o Mola Alta de Serelles.

Las diferencias con respecto al ámbito argárico son evidentes, en especial en lo que respecta a las prácticas funerarias. Frente a la práctica dominante en el ámbito



Figura 2.26. Vista de La Horna (Aspe). Fotografía: M. S. Hernández Pérez.





Figura 2.27. Cueva nº 9 del Monte Bolón (Elda).

argárico, caracterizada por el enterramiento individual o doble en el interior de los espacios de hábitat (Jover y López, 1997; López Padilla, 2006), en el ámbito del Este peninsular se mantiene el enterramiento individual, doble o múltiple en cavidades naturales próximas a los asentamientos y, solo esporádicamente, algunas inhumaciones individuales en fosa localizadas en las áreas comunales de los asentamientos (de Pedro, 2010). Destaca, por su excepcionalidad, la inhumación de un niño en la cueva nº 9 del Monte Bolón, asociado al asentamiento del Peñón del Trinitario (fig. 2.27) (Jover y López, 2013; Segura y Jover, 1997; Soler Díaz *et al.*, 2008b). La continuidad en el uso de las cavidades para inhumar a los individuos está atestiguada en esta zona desde el IV hasta el I milenio cal BC, como bien han puesto de manifiesto las dataciones radiocarbónicas obtenidas en la Cova de la Pastora (McClure *et al.*, 2010), Cova d'en Pardo (Soler *et al.*, 1999) y la Cova del Frare de la Font de la Figuera (García Borja *et al.*, 2013a). Solo en los momentos avanzados de la Edad del Bronce comenzarán a generalizarse enterramientos en el interior de los espacios de habitación documentados, entre otros yacimientos, en Cabezo Redondo (Hernández Pérez, 2009a; 2012).

Por último, los estudios paleoeconómicos muestran una importancia creciente de la dieta de base cerealística, junto a una cabaña ganadera propia de grupos plenamente campesinos, con predominio de los ovicaprinos y una importancia considerable de cerdo y ganado vacuno (Iborra y Martínez, 2016; Martínez e Iborra, 2001). La incidencia antrópica en el paisaje parece ser bastante acusada en los entornos de los asentamientos (Machado *et al.*, 2009), donde dominan los espacios de matorral abierto y zonas de bosque de pino carrasco.

### **1550-1250 cal BC: de la nuclearización poblacional al colapso sociopolítico**

Desde el 1750 cal BC se advierten diversos cambios en el registro arqueológico de las tierras levantinas que anuncian algunos de los aspectos que van a caracterizar la fase denominada como Bronce tardío (Hernández *et al.*, 2013; Jover *et al.*, 2016a; Molina González, 1978). Estas transformaciones se pueden relacionar con el aumento del tamaño de ciertos asentamientos, algunos ubicados en nudos de comunicación estratégicos, con la generalización de la aleación de bronce y con la constatación de significativos cambios en el repertorio cerámico (de Pedro, 2004; Hernández *et al.*, 2013). Precisamente a los momentos previos al Bronce tardío, cuando empiezan a gestarse estas novedades en el registro, corresponde el mayor número de dataciones absolutas efectuadas hasta ahora (Jover *et al.*, 2014a).

Hacia finales del siglo XVI cal BC comienzan a evidenciarse transformaciones en el patrón de asentamiento, que culminarán con el abandono de buena parte de los yacimientos ocupados en el ámbito de El Argar (Lull *et al.*, 2009; 2013) y en las tierras valencianas (de Pedro, 2004; Hernández *et al.*, 2013; Jover y López, 2004; 2009). A partir de 1550-1500 cal BC, en El Argar se constata una nueva fase de ocupación en yacimientos como Gatas –fase V– (Castro *et al.*, 1999) o Fuente Álamo –fase V– (Schubart *et al.*, 2000), iniciando el denominado Post-argar (Castro *et al.*, 1996) o Bronce tardío (Molina González, 1978). En las tierras valencianas, asentamientos como Terlinques (Jover y López, 2009), Lloma de Betxí (de Pedro, 1998; 2004), Puntal dels Llops (de Pedro, 2004: 47-49) o Pic dels Corbs –fase II– (Barra-china, 2012: 133-134), junto a muchos otros, parecen abandonarse o, en algunos casos, sufrir profundas transformaciones. En otros, como Cabezo Redondo (fig. 2.28), las recientes excavaciones están poniendo de manifiesto que, si bien su fundación pudo llevarse a cabo a inicios del II milenio cal BC, quedando circunscrita a la cima, en torno al 1700 cal BC se produciría una importante reestructuración del espacio, pasándose a construir en la ladera occidental un amplio conjunto de edificaciones. Esta reestructuración urbanística sería remodelada nuevamente hacia el 1550 cal BC, marcando el inicio de la fase denominada como Bronce tardío (Hernández Pérez, 2009a; Hernández *et al.*, 2016). Del mismo modo, se ha planteado la posibilidad de que en estos momentos se produjese un importante proceso de nuclearización que llevó a concentrar a la mayor parte de la población de la cubeta



Figura 2.28. Vista aérea de Cabezo Redondo (Villena).

de Villena en este asentamiento (Jover y López, 2009; Hernández *et al.*, 2013). Este fenómeno también podría hacerse extensible a otros valles. No obstante, es posible que este proceso se iniciara en momentos previos al colapso político propuesto para la entidad social argárica (Lull *et al.*, 2013), coincidiendo con la primera remodelación arquitectónica advertida en Cabezo Redondo.

Las dataciones absolutas disponibles, suficientemente amplias en Cabezo Redondo (Hernández Pérez, 2009a; Hernández *et al.*, 2016), empiezan a configurar una fase arqueológica entre finales del siglo XVI e inicios del siglo XIII cal BC. Junto a la última de las grandes fases arquitectónicas detectadas en Cabezo Redondo, cabe situar la unidad habitacional 2 de El Negret (Barciela *et al.*, 2012), L'Altet de Palau –con dos dataciones sobre muestras de vida corta para su posible abandono– (García Borja y de Pedro, 2013), y, con bastante probabilidad, la ocupación final de Les Raboses (Ripollés, 2000), El Torrelló d'Onda y Orpesa la Vella (Barrachina y Gusi, 2004; Aguilera *et al.*, 2018). No obstante, no se puede descartar que estas últimas ocupaciones, principalmente datadas sobre muestras de vida larga, puedan corresponder a niveles de la siguiente fase, más aún si tenemos en cuenta los conjuntos materiales publicados (Gusi y Olària, 2014).

Algunos de estos asentamientos surgirían *ex novo* durante el Bronce tardío, como L'Arbocer-Altet de Palau (García Borja y de Pedro, 2013), Peña de Sax (Hernández





Figura 2.29. El Negret (Agost) en proceso de excavación.

y Pérez, 2005; 2018) o El Negret (fig. 2.29) (Barciela *et al.*, 2012), situándose en puntos estratégicos de los principales corredores de comunicaciones. Desconocemos, en cambio, si determinados embarcaderos costeros como la Illeta del Banyets (Simón, 1997; Soler Díaz, 2006; 2009), con una destacada ocupación durante El Argar, se mantuvieron vigentes o si se abandonaron y se reactivaron en la fase posterior –Bronce final I– en sintonía con otros enclaves más septentrionales situados en promontorios con condiciones naturales apropiadas para el ataque, como Cap Prim (Simón, 1987) y Orpesa (Simón, 1987; 1997). En estos asentamientos resulta difícil, a tenor del registro arqueológico disponible, establecer si su ocupación se remonta al Bronce tardío, a la siguiente, ya en el Bronce final I, o bien si estuvieron ocupados en ambas.

Por el momento, Cabezo Redondo (Soler García, 1987; Hernández Pérez, 1997; 2001) sigue siendo el principal yacimiento para caracterizar dicha fase, tanto por la amplia serie de dataciones absolutas disponibles (Hernández Pérez, 2009a; 2012) como por sus características estructurales y la calidad de su información. Se trata de un asentamiento cuyo tamaño superaría la hectárea, sin evidencias de murallas, pero con un hábitat con aterrazamientos en ladera, con calles y una compleja planificación urbanística del espacio, con agrupaciones de casas y áreas de actividad entre unidades departamentales, pero también al interior de cada una de ellas,



Figura 2.30. Conjunto cerámico de Cabezo Redondo (Villena). Fotografía: Museo Arqueológico de Villena.

además de un cierto nivel de especialización en torno al trabajo del metal y el marfil (Hernández *et al.*, 2016), entre otras materias primas (López Padilla *et al.*, 2019).

Por otro lado, el conjunto material es muy variado. En relación con la vajilla cerámica (fig. 2.30), cabe indicar la presencia de un amplio repertorio de formas, tanto simples como carenadas, con diversos tratamientos y acabados. Entre las formas carenadas es significativa la presencia de cuencos y cazuelas de carena alta y borde diferenciado, así como de formas cerradas con carenas muy agudas. Destaca también un muy bajo porcentaje de vasos decorados –inferior al 0,3%– con diversas técnicas –incisión, impresión, boquique y excisión– y motivos –zigzags, espigas,

guirnaldas, etc.–. El trabajo del metal, en el que se constata tanto cobre arsenical como bronce (Simón, 1998), cabe citar la presencia de una variada gama de cuchillos con remaches, punzones y hachas. En la metalurgia sobresale, por su importancia, la presencia de metales preciosos, especialmente del oro, así como un amplio elenco de objetos, tanto instrumentos como adornos, elaborados en otras materias primas, como hueso, asta, marfil o concha (López Padilla, 2011; Barciela, 2015).

La complejidad registrada en Cabezo Redondo no es extensible, por ahora, al resto de poblados de los que, por otra parte, tampoco se conoce ninguno que lo iguale en tamaño ya que, en fechas sincrónicas, en la zona de estudio solamente se constatan asentamientos con extensiones, como máximo, en torno a los 3.500 m<sup>2</sup>. Este sería el caso de El Negret (Barciela *et al.*, 2012), aunque no toda su superficie parece corresponder a esta fase, siendo la mayoría todavía de menores dimensiones, en torno o por debajo de los 1.000 m<sup>2</sup>, como el caso de L'Arbocer-Altet de Palau (García Borja y de Pedro, 2013). En este asentamiento, prácticamente excavado en su totalidad, se ha detectado un importante muro de cierre del espacio de hábitat, con una posible torre o contrafuerte, así como una calle o pasillo de un metro de anchura, en torno al que se localizan diversas estancias de dimensiones variadas. En ellas se ha documentado un repertorio material bastante escaso y fragmentado como consecuencia de los importantes procesos erosivos que afectaron al depósito. Entre otros hallazgos, destacan un vaso de carena gruesa y marcada en el tercio superior, una base plana ligeramente talonada, un variado repertorio de objetos de cobre o bronce y una lámina perforada de plata decorada con líneas acanaladas (García Borja y de Pedro, 2013: 77-78).

Todo parece indicar que los cambios en la organización social y territorial que, desde un punto de vista arqueológico, darían comienzo al Bronce tardío son más perceptibles, por el momento, en las comarcas meridionales valencianas. No obstante, algunos autores (de Pedro, 2004; Barrachina y Gusi, 2004) han señalado que también en el ámbito septentrional del Levante se advierten cambios en el patrón de asentamiento y en algunos elementos de los ajuares domésticos, en especial en la vajilla cerámica. Sin embargo, mientras las zonas del Prebético meridional valenciano están claramente relacionadas con la dinámica histórica y política del Sudeste (Jover y López, 2009), sin que podamos determinar, por el momento, si estamos ante una descomposición política o ampliación de El Argar, en las tierras septentrionales, donde las relaciones económicas y políticas con el Sudeste son menos evidentes, se desarrollarían otras entidades sociales.

Todas estas transformaciones tienen también su reflejo en cambios en la tipología e incremento de la eficacia de algunos instrumentos de trabajo. En lo que respecta a la vajilla cerámica, se van a incorporar nuevas formas caracterizadas por carenas más agudas, gruesas y situadas en el tercio superior de los vasos, así como mejores tratamientos de las superficies y nuevas técnicas decorativas, como la incisión o el boquique, de claro origen meseteño (Abarquero, 2005). A estas innovaciones





Figura 2.31. Tesorillo de Cabezo Redondo (Villena). Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

debemos sumar diversos productos de procedencia alóctona o elaborados con materiales exóticos, como los pomos para mangos de puñal y los peines de marfil, las puntas de lanza de base hueca de bronce, las cuentas de pasta vítrea y un importante conjunto de adornos de oro (fig. 2.31) (Soler García, 1987; Hernández *et al.*, 2016; 2018).

En lo que se refiere a las prácticas funerarias, este conjunto de cambios va asociado a inhumaciones individuales en el interior de algunos poblados, como es el caso de Mas del Corral (Trelis, 1992), e, incluso, en el interior de los departamentos, como ocurre en Cabezo Redondo, además de en grietas y cavidades abiertas en los cerros en los que se ubican los asentamientos.

Los estudios faunísticos efectuados en algunos yacimientos, fundamentalmente en Cabezo Redondo (Puigcerver, 1992/94; Iborra y Martínez, 2016), Peña de Sax (Puigcerver y López, 2005) o L'Altet de Palau (García Borja, y De Pedro 2013: 78), muestran la importancia de la cabaña ovicaprina, en clara relación con un aprovechamiento intensivo de los productos derivados, además de una considerable importancia de la porcina y el vacuno, unido a la incorporación del caballo como animal de carga. En este sentido, se ha interpretado que el notable incremento en la representación de caballo entre los restos faunísticos hallados en los asentamientos

y de la distancia que se constata entre poblados podría estar indicando su empleo como animal de monta y transporte (Jover y López, 2004).

## **1250-1050 cal BC: La definitiva desestructuración política del mundo argárico**

Los cambios y transformaciones que se empiezan a determinar en distintos yacimientos del Levante peninsular, y que también se pueden relacionar con cambios producidos en el Sudeste (Castro *et al.*, 1999), permiten proponer una nueva fase arqueológica, cuyos inicios habría que fijar hacia 1300/1250 cal BC. En estos momentos se constata el abandono definitivo de asentamientos como Cabezo Redondo (Hernández *et al.*, 2016; Jover *et al.*, 2014a), L'Altet de Palau (García Borja y De Pedro, 2013) y La Horna (Hernández Pérez, 1994), mientras que en otros se determinan transformaciones arquitectónicas de importancia, como en El Negret (Barciela *et al.*, 2012).

Hace unos años, el Bronce final constituía un “saco sin fondo” en el que se incluía una gran cantidad de yacimientos (Mata *et al.*, 1994/96). La propuesta de fasificación de Gil-Masarell y Aranegui (1981), a partir de la secuencia desarrollada por Molina González (1978) para el Sudeste, ha constituido el armazón que ha venido sustentando todo intento de clasificación, aun cuando la separación entre el Bronce tardío –o Bronce reciente en palabras de otros autores (Mata *et al.*, 1994/96)– y Bronce final I todavía no está completamente resuelta en las secuencias de ocupación de muchos de los yacimientos excavados hace décadas. Es el caso de yacimientos como Orpesa la Vella en su fase III (Barrachina y Gusi, 2004; Gusi y Olària, 2014; Aguilera *et al.*, 2018) o La Illeta del Banyets (Simón, 1997; Soler Díaz, 2006). Tampoco ha contribuido a ello el hecho de que el número de yacimientos conocidos sea escaso y muchos menos los excavados en extensión. En los últimos años se han dado importantes pasos hacia la corrección de este problema. La secuencia del asentamiento del Pic dels Corbs en sus diversas fases (Barrachina, 2009; 2012), junto con algunos otros como Costamar (Flors, 2010), El Negret (Barciela *et al.*, 2012) o El Botx-Grupintex (García Borja y Pérez, 2012: 42-43; Trelis *et al.*, 2004), constituyen referencias obligadas para el desarrollo de una fasificación arqueológica, aun a riesgo de tener que ser mejorada cuando se cuente con nuevas bases estratigráficas y series radiocarbónicas.

Hace unos años se planteaba (Jover, 1999) que a partir del Bronce final –o fase IV de aquel trabajo– se produciría un importante abandono de muchos de los yacimientos ubicados en cerros, a la vez que parecía intensificarse la ocupación de enclaves en llano. Algunos asentamientos en cerros o estribaciones montañosas, como Tabayá, seguirían estando ocupados (fig. 2.32) (Hernández y López Mira, 1992; Molina Mas, 1999; Belmonte, 2004), mientras que otros, como Mola d'Agres, habrían experimentado un traslado del área ocupada a otras zonas del mismo cerro



Figura 2.32. Perfil estratigráfico del corte 8 de Tabayá (Aspe) durante las excavaciones realizadas por M. S. Hernández Pérez.

–sector V y VII– (Gil-Mas-carell y Peña, 1994; Peña *et al.*, 1996), aun cuando actualmente parece existir un hiato ocupacional durante las fases del Bronce tardío y final I. También parece ser significativa, para estos momentos, la constatación de ocupaciones puntuales, quizá de carácter estacional, y de alguna inhumación en cuevas, como ocurre en Cova de la Pastora (McClure *et al.*, 2011) o Cova d'en Pardo (Acosta y López Padilla, 2012; Soler Díaz *et al.*, 1999). Además, cabe señalar la más que evidente ocupación de los fondos de valle y zonas litorales, como revela el emplazamiento de Costamar (Flors, 2010). En cualquier caso, un indicador material que se podía considerar como diagnóstico, ante la falta de datacio-

nes absolutas, es la presencia de cerámicas decoradas del tipo Cogotas I y fuentes, platos o escudillas carenadas con inflexiones acusadas (Rodríguez y Fernández, 2012).

Las mejores bases cronoestratigráficas las proporcionan Pic dels Corbs (Barrachina, 2009; 2012) y Costamar (Flors, 2010). Para el primero, se ha dado a conocer una amplia información de las fases III y IV (Barrachina, 2012: 63-79; 133-134, tabla 5). Sus dataciones absolutas se sitúan en este intervalo cronológico y la cultura material constatada supone una auténtica transformación con respecto a la fase II. Una datación sobre una muestra de vida corta  $-2870 \pm 80$  BP/1263-843 cal BC ( $2\sigma$ )– indicaría el momento de abandono de esta fase que afectaría, al menos, a tres unidades habitacionales y a un área de basurero (Barrachina, 2009: 53-54; 2012: 63-79). Entre el repertorio cerámico de Pic dels Corbs destaca la presencia de un variado conjunto de bases planas, algunas con talón marcado, incluso

con decoración digitada. Entre las técnicas decorativas encontramos la incisión, impresión de círculos, el boquique, combinado en ocasiones con punteado, y la excisión. También es importante la ausencia de urnas acanaladas en las fases III y IV, momentos en los que, con anterioridad a las necrópolis de incineración, su presencia está ya atestiguada en el Noreste peninsular (López Cachero, 2007: 102, fig.1; 2011; Pons, 2012). No obstante, el hecho de que las dataciones absolutas disponibles en contextos de hábitat del área catalana sean sobre muestras de vida larga (López Cachero, 2007: 103, tab.1) obliga a rejuvenecer su presencia a momentos avanzados de esta fase. Por último, en cuanto al repertorio material, también es reseñable la producción en hueso de mangos y peines decorados con motivos triangulares incisos (Barrachina, 2009: 52). Con respecto al yacimiento costero de Costamar (Flors, 2010), las excavaciones han permitido reconocer la existencia de fondos de cabaña realizados con materiales endebles y de áreas de desecho con un amplio repertorio cerámico decorado similar a las fases III y IV del Pic dels Corbs e, igualmente, sin urnas acanaladas. Una de las dataciones sobre una muestra de vida corta coincide plenamente con el final de la fase III de Pic dels Corbs.

En esta fase también se deben incluir los registros de otros yacimientos, algunos de ellos con alguna datación absoluta, lo que viene a reforzar su individualización. Es el caso de la fecha obtenida de una muestra procedente del preparado sobre el que se edifica la unidad habitacional nº 1 de El Negret (Barciela *et al.*, 2012) –de la que, no obstante, apenas pudo recuperarse material arqueológico significativo– o de la ocupación y evidencias funerarias de la Cova d'en Pardo (Acosta y López, 2012: 283, fig. 13.3; Soler Díaz *et al.*, 1999), con bases planas talonadas y fragmentos cerámicos decorados con motivos incisos que, en algún caso, podrían llevarse también a la siguiente fase. En el sector 1 de El Castellet (Oliver *et al.*, 2005) se han documentado también niveles que deben corresponder a esta fase, con cerámicas decoradas similares a las de Pic dels Corbs y ausencia de las cerámicas acanaladas. Lo mismo ocurre en la fase III de Orpesa la Vella (Aguilella *et al.*, 2018; Barrachina y Gusi, 2004; Gusi y Olària, 2014) o, también, en el Torrelló de Boverot (Clausell, 2004), del que cabe deducir una larga secuencia de ocupación. A esta misma fase parecen pertenecer las estructuras negativas excavadas en el El Botx-Grupitex (Trelis *et al.*, 2004), con un importante lote de materiales amortizados para los que no se dispone de dataciones.

En cualquier caso, el problema sigue residiendo en la imposibilidad, por el momento, de diferenciar, desde la perspectiva del repertorio cerámico, el Bronce tardío del Bronce final I, como ya se ha manifestado en relación con asentamientos excavados como la Illeta dels Banyets (Soler Díaz, 2006), para los que no se cuenta con dataciones absolutas que permitan encuadrar cronológicamente dicha ocupación.



## 1050-900 cal BC: el proceso de reconfiguración de nuevos espacios sociales

El abandono, reestructuración arquitectónica o fundación de nuevos asentamientos que se detecta hacia el tránsito del II al I milenio cal BC, especialmente en lo que atañe a buena parte de las comarcas septentrionales y centrales del área valenciana, parece coincidir con diversos cambios en el Noreste peninsular (Ruiz Zapatero, 2001a; 2001b; 2014; López Cachero, 2008: 61; 2011) donde, además de un poblamiento estable y organizado, se advierte la generalización de las necrópolis de cremación, cuya definitiva consolidación y extensión este territorio parece producirse una vez avanzado el I milenio cal BC (Pons, 2012).

Para las tierras valencianas es probable, por tanto, que entre la ocupación de Costamar y las fases III-IV de Pic dels Corbs, cuyo final podríamos situar hacia finales del II milenio cal BC, y la fundación de Penya Negra (fig. 2.33) (González Prats, 1983; 1990), cuyo inicio, según las dataciones radiocarbónicas disponibles, remitiría a pleno siglo IX cal BC, se pueda individualizar una nueva fase arqueológica, de difícil definición por el momento ante la diferente incidencia de los tradicionalmente denominados como “Campos de Urnas” (Ruiz Zapatero, 2001a; 2014). Esta



Figura 2.33. Vista general de Penya Negra (Crevillente).

fase estaría presente y bien representada a nivel material en yacimientos como Pic dels Corbs –fase V– (Barrachina, 2012: 87-107), coincidiendo con una amplia reestructuración arquitectónica en la que se detecta, además, una ocupación más intensa en la zona sur del cerro con una tendencia al aumento de la curvatura en la planta de las viviendas, y con la presencia en el registro doméstico de urnas acanalladas, además de otros objetos hasta ahora inéditos (Barrachina, 2012: 87-107). Otras evidencias se pueden señalar para el asentamiento de la Solana del Castell (Pérez Ballester, 2014: 24), en cuya fase inicial o I se ha detectado un tramo de muro y calzos de poste asociados a un



importante lote de materiales cerámicos; también en el asentamiento amurallado de Caramoro II (García Borja *et al.*, 2010), con una datación absoluta de finales del II milenio cal BC (García Borja y Pérez 2012: 41, fig.8) y en el que se documentó una urna cerámica con restos cremados; y, por último, en la ocupación de los sectores V y VII de Mola d'Agres (Gil-Mascarell y Peña, 1994; Peña *et al.*, 1996), con evidencias de urnas de tipología antigua, aunque no se cuente con ninguna datación. A juzgar por la presencia de urnas acanaladas, esta misma fase también parece estar presente, entre otros yacimientos, en Cova de les Bruixes (Mesado, 2005), Ereta del Castellar (Ripollés, 2000: 177), El Castellet (Oliver, García y Morano, 2005), Torrelló de Boverot (Clausell, 2004), Tabayá (Hernández y López Mira, 1992), así como en muchos otros asentamientos incluidos en el trabajo de Mata, Martí e Iborra (1994/96).

Una cuestión fundamental que se puede inferir del registro arqueológico de esta fase, si lo comparamos con las fases plenas de la Edad del Bronce, es un claro descenso del número de asentamientos y la continuidad de procesos de desagregación poblacional iniciados en la fase previa. Todo lo contrario ocurre en las tierras catalanas, donde la estabilidad y el crecimiento poblacional parece ser un hecho contrastable (López Cachero, 2007; Pons, 2012). En cualquier caso, lo que sí parece evidente es el inicio de un proceso de basculación o traslado de parte de la población hacia las zonas costeras, en clara relación con la intensificación del intercambio por vía marítima (Gusi *et al.*, 2010; Jover, 2006). Un buen número de evidencias se localizan a partir de estos momentos en las franjas litorales, entre los que merece destacar la depresión litoral alicantina, donde, durante el II milenio cal BC, se constataba una mayor densidad poblacional (López Padilla, 2009). Mientras, algunos de los valles interiores, como el curso Alto y Medio del Vinalopó que habían sido ocupados de forma importante en las fases previas, parecen abandonarse.

Así, en las sierras que delimitan la depresión litoral alicantina se localizan dos de los asentamientos más importantes de esta fase. Uno de ellos, que parece mantener cierta continuidad poblacional desde momentos campaniformes hasta el Hierro antiguo, es Tabayá (Navarro, 1982; González Prats, 1985; Belmonte, 2004; Molina Mas, 1999). Aunque para esta fase de ocupación no se cuenta con dataciones absolutas, del Bronce final II destaca el repertorio de vasos acanalados (Hernández y López Mira, 1992) vinculados claramente con los Campos de Urnas. No obstante, mientras no se publique con detalle la información estratigráfica y secuencial del mismo, no se podrá concretar el carácter y la importancia de cada una de las ocupaciones y la existencia o no de hiatos entre ellas.

Por otro lado, en Caramoro II (fig. 2.34) (García Borja *et al.*, 2010: 49), yacimiento fortificado ubicado en el umbral montañoso que delimita el corredor de la Vega Baja-Camp d'Elx, las excavaciones realizadas no han proporcionado restos de cerámicas inciso-impresas y pintadas como las documentadas en Peña Negra, pero sí de urnas acanaladas y de un fragmento cerámico con incrustaciones metálicas



Figura 2.34. Estructuras de Caramoro II (Elche) en proceso de excavación (García Borja *et al.* 2010: 43, fig. 6.7).

(González y Ruiz, 1992), cuyos paralelos han sido fechados a lo largo de los siglos X-IX a.C. (Torres, 2008). Destaca la documentación de vasos con una doble ruptura en el perfil y en diferentes clases formales y una alta representación de bordes vueltos asociados a fuentes, cuencos y contenedores de tamaño grande y mediano, algunos con decoración acanalada (García Borja y Pérez, 2012: 48). Además, se constata el ritual funerario de la cremación por vez primera en la zona, aunque con unas características –una tumba aislada– y una localización –a intramuros del poblado– de manera clara anómalas, explicables posiblemente por su alta cronología (Lorrio, 2009/10: 154). Se ha propuesto una datación para el asentamiento entre los siglos XI y X cal BC, lo que desvincularía el yacimiento de cualquier relación con Peña Negra. En este momento ya estaría en uso el muro perimetral (García Borja y Pérez, 2012: 48), aunque la muralla de Caramoro II presenta una técnica constructiva que debe relacionarse, como ya destacaron González Prats y Ruiz Segura (1992: 23), con las registradas en diversas construcciones del Bronce final del Sudeste, entre ellas Peña Negra, para las que se consideran cronologías del siglo VIII cal BC (Lorrio, 2009/10: 154). También se ha hecho mención del hallazgo de un fragmento de cerámica a torno de tradición fenicia (González y Ruiz, 1992), lo que se ha relacionado con una ocupación esporádica posterior al abandono del lugar, dada la ausencia de materiales de época orientalizante en las excavaciones más recientes (García Borja y Pérez, 2012: 50).

Además de Tabayá y Caramoro II, ubicados en el umbral montañoso que separa y sirve de tránsito entre el curso medio y bajo del río Vinalopó, también existen evidencias de ocupaciones agrícolas en los fondos cuaternarios de la cuenca del Vinalopó y Hondo de Elche-Crevillente, como las de Camí de Catral y El Botx (Trelis, 1995; Trelis *et al.*, 2004), en las que se documentaron diversas estructuras excavadas

en el terreno rellenas de una amplia variedad de objetos desechados, especialmente, cerámicos.

### **900-750: Hacia los fundamentos del mundo ibero**

Con independencia de que las fases anteriores se puedan mantener o sufrir variaciones en cuanto a las franjas temporales propuestas, creemos oportuno considerar una nueva fase arqueológica, cuyos inicios, al menos para las tierras meridionales valencianas, deberían situarse en torno al 900/850 cal BC. El rasgo fundamental que caracterizaría esta fase –Bronce final III– sería, por un lado, la fundación de una serie de núcleos cuya relación con el ámbito del mediodía peninsular parece más que evidente, algo ya puesto de relieve hace tiempo por otros investigadores (Arteaga, 1982; González Prats, 1992; Gil-Mascarell y Aranegui, 1981; Llobregat, 1975; Mata *et al.*, 1994/96), y, por otro, la constatación en el registro arqueológico de una serie de materiales, principalmente cerámicos, y de unas prácticas funerarias –la aparición de necrópolis de incineración– que apuntan en esa misma dirección.

A esta fase se adscribiría, en primer lugar, la fundación de *Penya Negra*, en el denominado horizonte I (González Prats, 1983; 1990), aunque es posible que las primeras evidencias de ocupación en este asentamiento se remonten a la fase anterior, dentro del Bronce Final II; también la fase II de la *Solana del Castell de Xàtiva* (Pérez Ballester, 2014: 24) donde, en el sector E-3, se localizaron dos habitaciones absidales y un tramo de muralla con torre, cuya edificación es posterior a las dataciones obtenidas para los rellenos de acondicionamiento previos; igualmente, las estructuras del *Barranc del Botx* (García Borja y Pérez, 2012: 40-43), así como las fases I-A.1 y I-A.2 de *Los Saladares* (Arteaga, 1982; Arteaga y Serna, 1975). También puede reconocerse en parte de yacimientos como *Castellet de Nadal* (García y Moraño, 2005; Oliver *et al.*, 2005), *Torrelló de Boverot* (Clausell, 2004) o *Ereta del Castellar* (Ripollés, 1997), así como en otros de nueva planta como *Vinarragell* (Mesado, 1974; Mesado y Arteaga, 1979), donde en su fase I se documentan edificaciones con paredes de barro amasado, que en un segundo momento se verán sustituidas por otras de muros rectilíneos sin empleo de piedra (Mata *et al.*, 1994/96: 190). Por último, cabría situar en torno al 850-800 cal BC el abandono de *Pic dels Corbs* (Barrachina, 2012) y, probablemente, de la *Mola d'Agres* (Peña *et al.*, 1996).

Uno de los pocos yacimientos que cuenta con una datación absoluta sobre una muestra de vida corta es *Barranc del Botx* (García Borja y Pérez, 2012: 41, fig. 8). De los rellenos sedimentarios que amortizaban las estructuras negativas documentadas se recuperó un destacado repertorio cerámico. Se trata de un conjunto caracterizado por el dominio de vasos poco cuidados destinados a labores de almacenamiento y cocina, sin decorar, y un conjunto más depurado, en ocasiones decorado, similar a los documentados en *Penya Negra I* y en los niveles iniciales IA1 y IA2 del sector VIII de *Los Saladares* (García Borja y Pérez, 2012: 40-41). Entre las decoraciones, que suponen el 5,2% del total, destaca la presencia de impresiones sobre los labios

y cordones, impresiones en las paredes con relleno de pasta blanca, digitaciones en el cuerpo, incisiones y pintura. La datación obtenida sitúa la amortización de las estructuras en los inicios de esta nueva fase arqueológica, en la que ya se estaría gestando un nuevo proceso de nuclearización poblacional, cuyo máximo exponente es la fundación del gran asentamiento de *Penya Negra*, localizado en dos cerros adelantados de la sierra de *Crevillente*.

Repertorios cerámicos similares han sido documentados en la *Solana del Castell de Xàtiva* –fases I y II–, aunque aquí sí se constata la presencia, si bien muy escasa, de cerámicas acanaladas (Pérez Ballester, 2014: 29-31), o en *La Vital* (García Borja *et al.*, 2013), yacimiento situado en la línea de costa, en el que se ha documentado la presencia de cerámicas de base plana con talón, decoraciones inciso-acanaladas, impresas en el labio y engobadas, junto a una destacada actividad metalúrgica que debemos poner en relación con la existencia de un circuito marítimo de materias primas vinculado a otros puntos costeros. En este sentido, se documenta en varios de estos asentamientos una amplia variedad de objetos de bronce, como fíbulas, punzones, cinceles, hachas, hoces y espadas, aunque de estas últimas solo se hayan encontrado los moldes para su fabricación (González Prats, 1990; Simón, 1998; García Borja *et al.*, 2013).

En este sentido, la mayor o menor presencia de las cerámicas acanaladas y las prácticas funerarias de cremación son dos aspectos de enorme importancia en las que no se podrá profundizar hasta que no se disponga de nuevos registros arqueológicos. La necrópolis de *Les Moreres*, en su fase I (González Prats, 2002) asociada a *Penya Negra I*, viene a mostrar la consolidación de este tipo de prácticas desde momentos avanzados del siglo IX cal BC (Lorrio, 2008: 309). Esta primera fase, cuyo desarrollo fue fijado por González Prats (2002: 263) entre el 900 y el 725 cal BC, estaría caracterizada por la presencia de urnas tipo T1A, de cuerpos ovoides o troncocónicos invertidos, con hombros redondeados y cuellos altos, generalmente abiertos. Este momento también se define por cuencos carenados, generalmente de carena alta (tipo T1B) y vasos de cuerpo troncocónico con hombro redondeado y amplia boca con pequeño cuello vertical (tipo T1C). El ajuar funerario está integrado por cuentas de collar en bronce y piedra, y brazaletes de bronce.

Buena parte de los asentamientos conocidos se localizan en las zonas llanas y, en especial, en las planicies litorales (Mata *et al.*, 1994/96: 190-192). Determinar el tamaño de estos, sin embargo, constituye un problema de difícil resolución por el momento. De entre todos destaca, sin duda, el gran asentamiento de *Penya Negra*, ubicado en las estribaciones de la sierra de *Crevillente* y manteniendo el patrón locacional típico de la Edad del Bronce, que desde un punto elevado de la orografía le permitía observar y controlar visualmente buena parte del litoral alicantino. En general, todos los asentamientos situados en el llano parecen ser de pequeño tamaño, mientras que *Penya Negra* superaría las 30 ha. Aunque durante el Bronce final las cabañas se distribuirían de forma dispersa por el hábitat, el que

estas se hayan documentado en todos los sectores ocupados con posterioridad por el poblado orientalizante da idea de la entidad del asentamiento del final de la Edad del Bronce. Un caso similar sería el de la Solana del Castell de Xàtiva, ubicado en las laderas de la Serra Grossa, en la confluencia de los ríos Canyoles y Albaida. Para este asentamiento, que constituye el antecedente directo del *Saitabi* ibero, se ha estimado una extensión superficial de unas 2 ha (Pérez Ballester, 2014: 24).

Por otro lado, las únicas evidencias relativas al tipo de construcciones y de estructuras de estos asentamientos de las que se tiene noticia hasta ahora son las que se han registrado en Penya Negra (González Prats, 1983), Los Saladares (Arteaga, 1982; Arteaga y Serna, 1973; 1975; 1979/80), la Solana del Castell de Xàtiva (Pérez Ballester, 2014: 24), La Vital (García Borja *et al.*, 2013) y Barranc del Botx (García Borja *et al.*, 2007). De los dos últimos, ubicados en el llano, solo se conocen estructuras negativas excavadas en el suelo. En Los Saladares se pudo documentar, para sus momentos iniciales, un muro de mampostería trabada con arcillas verdosas y, en momentos más avanzados, un edificio de planta rectangular con paredes revocadas con arcillas amarillo-rojizas (Arteaga, 1982). Por su parte, en el área excavada en la Solana del Castell se localizaron los restos de dos habitaciones absidales alargadas y de un tramo de muralla con torre (Pérez Ballester, 2014: 24). Penya Negra, por último, presenta una interesante complejidad arquitectónica excepcionalmente documentada en el sector IIE (González Prats, 1990) que arranca con la presencia de fondos de cabaña a los que se superponen cabañas circulares y que continúa más tarde con casas de muros rectilíneos y esquinas redondeadas, con zócalos de piedra y arcilla, asociados a fosas con desechos de material y hornos de planta circular-oval, delimitados por bloques verticales (González Prats, 1983: 60).

El destacado trasiego comercial establecido por vía marítima es el que parece condicionar una cierta basculación poblacional hacia las zonas costeras, así como la gestación de núcleos de gran volumen poblacional e importancia política, desde donde se controlarían los procesos de intercambio y distribución de bienes (Soriano *et al.*, 2012), siendo claros ejemplos la Solana del Castell de Xàtiva y Penya Negra. No debe extrañar, por tanto, que hacia la segunda mitad del siglo VIII cal BC se implantase en la desembocadura del Segura el asentamiento fenicio de La Fonteta (González Prats, 1998; 2000).

### **750-550 cal BC: La organización en *Oppida* y el desarrollo del comercio marítimo**

Hacia mediados del siglo VIII cal BC, incluso alguna década antes, se constatan cambios de singular transcendencia para la dinámica histórica de las poblaciones del Este peninsular. En este proceso tuvo que incidir, sin ningún género de dudas, la fundación de dos asentamientos fenicios en el tramo final de la desembocadura del río Segura. Se trata, en primer lugar, del Cabezo Pequeño del Estaño (fig. 2.35) (Bueno *et al.*, 2013; García Menárguez, 2004; García Menárguez y Prados, 2014),



cuya ocupación fue bastante breve (Prados *et al.*, 2018; 2020). Y, en segundo lugar, de La Fonteta (González Prats, 2000; 2010; 2011; 2014; Rouillard *et al.*, 2007; Rouillard, 2010), con una datación absoluta (García Borja y Pérez, 2012: 41, fig.8) que situaría sus inicios hacia el último tercio del siglo VIII cal BC, probablemente una vez abandonado el Cabezo Pequeño del Estaño como consecuencia, al parecer, de un terremoto (Prados *et al.*, 2020).

La elección de la desembocadura del Segura como lugar de establecimiento de estas factorías, unido a la consolidación de La Fonteta, tuvo que espolear los procesos productivos y organizativos de las poblaciones locales, por cuanto ambas constituirían la puerta de entrada y salida de nuevos medios de producción y de productos desconocidos hasta la fecha en estas tierras. Es el caso del instrumental de hierro y del trabajo de la plata, así como de una variada vajilla a torno, entre la que cabe destacar el amplio volumen de ánforas, normalizadas tanto en forma como en volumetría, que explicitan el interés por controlar la cantidad de lo producido y lo intercambiado.

Al mismo tiempo, o como consecuencia de esta implantación, se detectan en los registros arqueológicos de los asentamientos indígenas amplias transformaciones en la organización espacial y arquitectónica, caso de Peña Negra –fase II– (González Prats, 1983; 2000), de Los Saladares, a partir de su fase I-A3 (Arteaga, 1982), o de la Solana del Castell –fase III– (Pérez Ballester, 2014: 25). También se comienza a fundar un amplio número de asentamientos, tanto en altura, en relación con el



Figura 2.35. Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura). Fotografía: F. Prados Martínez.

*hinterland* de Peña Negra (Moratalla, 2005), como de carácter agrícola, en las mejores tierras cuaternarias del Bajo Vinalopó, como Casa de Secà (fig. 2.36) o La Alcudia, en Elche, ya en el siglo VII a.C. (Soriano *et al.*, 2012). Del mismo modo, el valle Medio y Alto del Vinalopó, donde no se conoce ningún asentamiento de momentos previos, con la excepción de Tabayá, se reocupa densamente de nuevo, destacando núcleos con ocupaciones previas como El Monastil, así como otros fortificados en altura, surgidos *ex novo*, como El Castellar de Villena o Camara (Poveda Navarro, 1994).

En cualquier caso, esta fase, denominada tradicionalmente como Orientalizante o Hierro Antiguo, se ha caracterizado por la presencia generalizada en todo el ámbito del Levante peninsular de importaciones procedentes del comercio fenicio, junto a una amplia variedad y dominio de producciones cerámicas a mano (Gil-Mascarell, 1981; González Prats, 1983; Mata *et al.*, 1994/96; Vives-Ferrándiz, 2005). El número de yacimientos con esta fase arqueológica es cada vez más numeroso, encontrándose ampliamente distribuidos por todas las cuencas del Levante peninsular. Mata, Martí e Iborra (1994/96: 199, fig. 9) recogían 69 yacimientos, entre núcleos al aire libre, cuevas, necrópolis y hallazgos aislados. Aunque en su mayor parte se trata de hallazgos superficiales o de antiguas intervenciones, las excavaciones efectuadas en Peña Negra II, Los Saladares (fases I-A3, I-B1 y I-B2), La Fonteta I (fig. 2.37) (González Prats, 2010; 2011; 2014), Vinarragell I, Los Villares (Mata, 1991) y, recientemente, los niveles iniciales de El Molón (Lorrio *et al.*, 2009) o El Puig (Grau y Segura, 2013: 67-95), constituyen las bases estratigráficas esenciales para caracterizar esta fase, con ciertas diferencias materiales entre los núcleos meridionales, más próximos a las factorías semitas, frente a los más septentrionales (Grau Mira, 2013: 259-271).



Figura 2.36. Fosa documentada en Secà de Martínez (Elche) durante su proceso de excavación.



Figura 2.37. La Fonteta (Guardamar del Segura) en proceso de excavación. Fotografía: A. J. Lorrío Alvarado.

Como ha señalado I. Grau Mira (2013: 264), desde mediados o finales del siglo VIII cal BC se producirían importantes cambios en la organización territorial, al constatarse la aparición del *oppidum*, en torno al que se configuraría un poblamiento rural, así como áreas funerarias situadas en llano. Surgieron, así, poblados fortificados en altura, presidiendo un patrón de asentamiento claramente jerarquizado. En torno a los *oppida* se distribuiría un amplio número de pequeños asentamientos rurales emplazados en el llano, algunos con carácter permanente y otros, probablemente, temporal. Los valles del Serpis constituyen un buen ejemplo del amplio número de asentamientos ubicados en el fondo de la cuenca (Grau Mira, 2013: 265), al igual que otros valles más septentrionales como la Vall de Cànyoles y la Foia de Xàtiva (Rodríguez y Pérez, 2005). No obstante, algunos autores comienzan a señalar una tendencia de la población a concentrarse en asentamientos que, con el tiempo, ejercerán de centros regionales. Este sería el caso de La Carència de Turís, el Tossal de Sant Miquel de Lliria o Los Villares, en Caudete de las Fuentes (Bonet y Mata, 2001).

El caso mejor conocido es Peña Negra, que durante el Hierro antiguo se habría convertido en “una extensa y regularizada ciudad orientalizante”, que ya González Prats (1993: 181) identificara con acierto con la *Herna* del Periplo de Avieno (vv. 463), localizada en el límite septentrional de los tartessos (“*hic terminus quondam stetit Tartesiorum*”). Fue durante los primeros siglos de la Edad del Hierro cuando el asentamiento alcanzaría su máximo desarrollo, en gran medida por las estrechas



relaciones con el núcleo fenicio de La Fonteta. La interacción social estimuló el desarrollo socioeconómico con la introducción y uso de la escritura, del torno de alfarero, de la metalurgia del hierro, de bronce y joyas diversas, de complementos asociados a nuevas formas de vestir, como nuevos modelos de fíbulas o broches de cinturón, de collares de pasta vítrea y amuletos, entre los que se incluirían también perfumes, vajilla fina de lujo, realizada a torno y generalmente recubierta de barniz rojo, así como vino y aceite. Todos estos cambios están presentes en Peña Negra y afectarían a ámbitos tan diversos como el urbanismo, evidenciado en la nueva reorganización del asentamiento, en la planta de las casas, ahora cuadrangulares con muros medianiles, o las técnicas constructivas, en el que la presencia de fortificaciones y de un sistema de fortines que controlarían las vías de comunicación y el territorio inmediato ponen de manifiesto el papel jerarquizador de Peña Negra en la zona (Moratalla, 2005; Soriano *et al.*, 2012).

En definitiva, esta fase constituye la consolidación de una organización jerarquizada del poblamiento, políticamente dirigido, que tendrá su continuidad hasta la dominación romana y que solo en los territorios vinculados con Tartessos se reestructurará nuevamente con la formación de lo reconocido como lo Ibero. Es el caso del abandono de Peña Negra a finales del siglo VI cal BC.





# **3. Neolitización, intensificación productiva y desarrollo social en el Levante de la península ibérica**

---



Lo que denominamos Neolítico y, más concretamente, el proceso de neolitización es uno de los episodios de la Prehistoria reciente en la península ibérica al que se ha dedicado una mayor atención por parte de los investigadores. Ya desde los años 1950 se emprendieron numerosas excavaciones y se publicaron diversos ensayos que fijaron su atención en esta cuestión (San Valero, 1954; Bernabo Brea, 1956). Dicho interés se ha ido incrementado exponencialmente en las últimas décadas, como muestra no solo en el aumento del número de monografías (Fugazzola *et al.*, 2002; García Atiénzar, 2009; García Puchol y Salazar, 2017; Guilaine, 1994; Jover *et al.*, 2014b; Tarrête y Le Roux, 2008; Tiné y Pessina, 2012; Rojo *et al.*, 2008; 2012; entre otras), sino también la celebración de congresos y reuniones específicas (Congreso Internacional del Neolítico en la península ibérica –7 ediciones–, Early Neolithic of Europe, I Congreso Internacional Redes en el Neolítico, etc.).

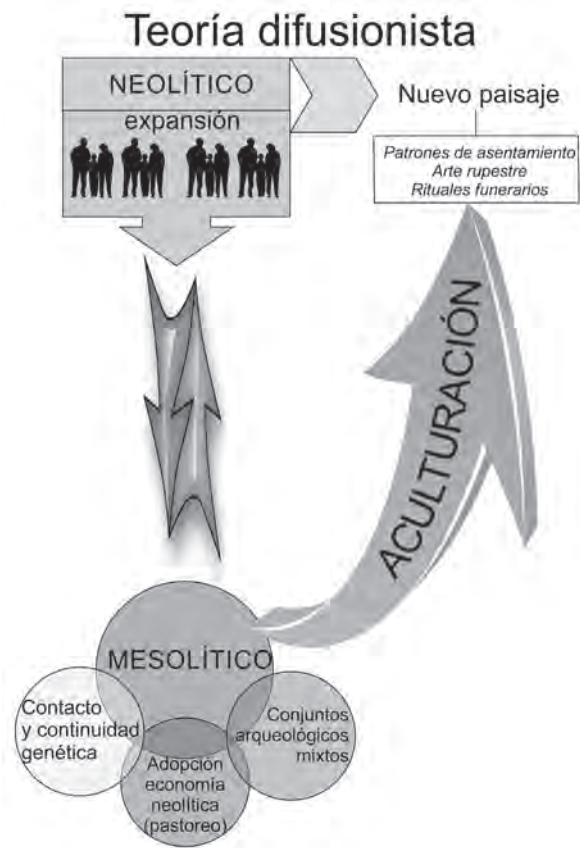


Figura 3.1. Esquema general de la teoría migracionista.

El Neolítico en la península ibérica ha sido analizado, primordialmente, desde la valoración de la aparición de una nueva materialidad arqueológica, claramente asociada a la práctica e introducción de nuevas actividades económicas como la agricultura y la ganadería, implementándose así nuevos modos de trabajo frente a las actividades previas de caza y recolección. Asimismo, también ha sido analizado desde la diversidad cultural, determinada a partir de la materialidad, observada en diferentes espacios geográficos del ámbito peninsular, considerando la coexistencia durante un tiempo de grupos cazadores-recolectores indígenas y poblaciones agrícolas y ganaderas alóctonas.



Figura 3.2. Esquema general de la teoría autoctonista.

Así, durante años, el debate investigador se centró en determinar si “lo neolítico” había sido introducido con la llegada de nuevos pobladores agrícolas (fig. 3.1) o si, por el contrario, se trataba de un proceso de invención autóctono (fig. 3.2) (Acosta y Pellicer, 1990; Hernando, 1999).

Más recientemente, y una vez admitido el hecho de que las primeras prácticas agrícolas y ganaderas y el bagaje cultural asociado forman parte del modo de vida y de la cultura de diversos grupos que arribaron por vía marítima (Bernabeu *et al.*, 2009; García Atiénzar, 2010; Jover y García Atiénzar, 2015; Marchand y Manen, 2010) o terrestre (Baldellou y Utrilla, 1999; Rojo *et al.*, 2008), el debate se ha centrado en dos cuestiones. Por un lado, en determinar quiénes fueron los agentes protagonistas del proceso de neolitización, para lo cual se ha señalado a las poblaciones cazadoras recolectoras locales (Cruz, 2012; Díaz del Río, 2011) o a las poblaciones agrícolas pioneras (Bernabeu, 2006; Rojo *et al.*,

# Teoría del conflicto

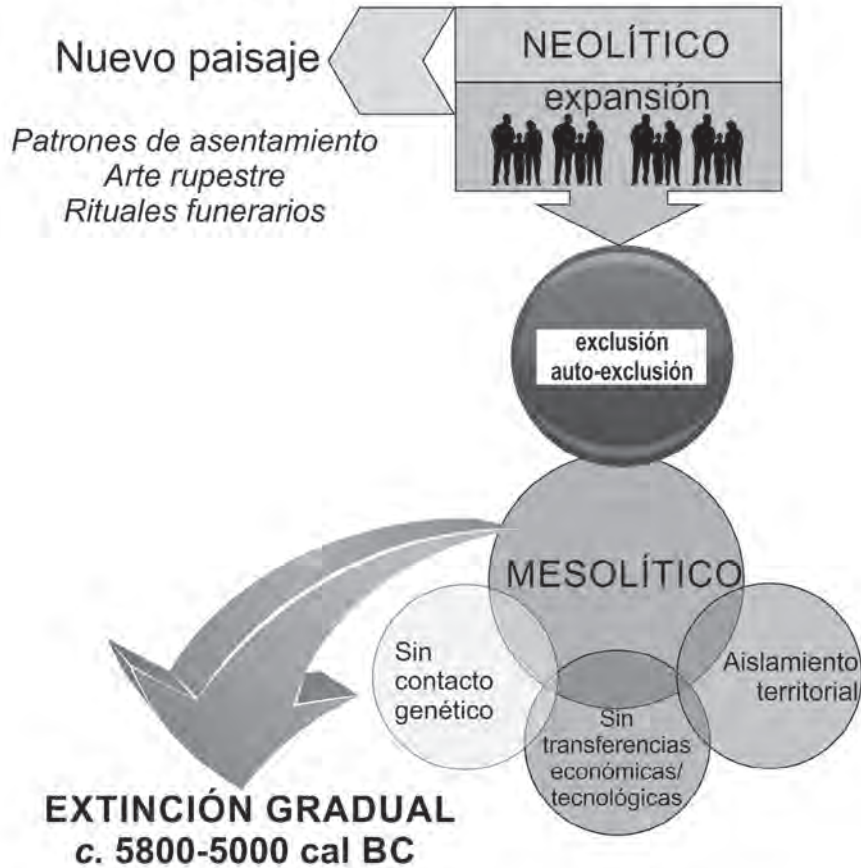


Figura 3.3. Esquema general de la teoría del conflicto.

2012). Por otra parte, también se ha generado discusión en torno al proceso de neolitización en diferentes regiones (Carvalho, 2008; Cortés *et al.*, 2012; García Martínez de Lagrán, 2014; García Puchol y Salazar, 2017; Oms *et al.*, 2012; Utrilla y Mazo, 2014), tendiendo a explicarse, de forma casi unánime desde la teoría de la integración, que dicho proceso se rigió por la búsqueda del progreso y del beneficio mutuo, ocasionando una rápida adopción de las bases tecnológicas y económicas por parte de las poblaciones locales y la consiguiente expansión de las prácticas agropecuarias propias de los grupos neolíticos foráneos. No obstante, recientemente comienzan a plantearse alternativas que intentan evidenciar que el proceso también pudo regirse por procesos de segregación y exclusión (Jover y García Atiénzar, 2014; 2015).



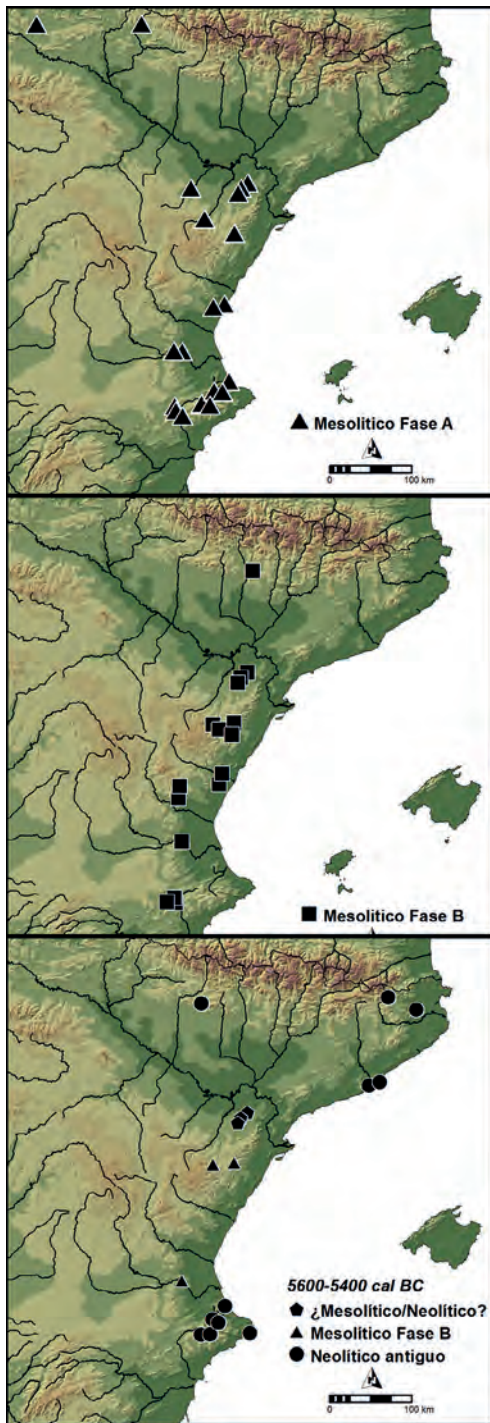


Figura 3.4. Esquema evolutivo general del poblamiento en el Este de península ibérica en el tránsito Mesolítico-Neolítico.

Así las cosas, creemos que el proceso en estudio no puede seguir analizándose exclusivamente desde la óptica de la materialidad, pero tampoco desde la implantación de nuevas prácticas subsistenciales, ni de la diversidad cultural o de la neolitización desde la integración. En nuestra opinión, debería contemplarse también desde la constitución y el afianzamiento territorial y político de nuevas sociedades de base agropecuaria que se expandieron por el ámbito mediterráneo y desde el marco de un proceso histórico de confrontación entre formaciones sociales tribales de base agropecuaria en expansión territorial y las últimas formaciones sociales pretribales –o, en algún caso, tribales– de grupos cazadores-recolectores (fig. 3.3) (Bate, 2004; Bate y Terrazas, 2002; Flores, 2007).

Un territorio de especial trascendencia, como caso de estudio para el análisis de este proceso, son las tierras orientales de la península ibérica (fig. 3.4) y, más concretamente, las zonas meridionales valencianas, al haberse desarrollado de forma consistente diversos proyectos de investigación (Bernabeu, 2006; Bernabeu *et al.*, 2008; 2011a; García Atiénzar y Jover, 2011; Jover *et al.*, 2014b; 2018 Torregrosa *et al.*, 2011) que han aportado un registro arqueológico de especial potencialidad interpretativa sobre el proceso histórico de las últimas sociedades cazadoras-recolectoras y las primeras entidades sociales tribales de base agropecuaria.

## 3.1. Sobre el reconocimiento de la formación económico-social de las sociedades en estudio

---

La caracterización desde el plano teórico de las sociedades concretas en estudio parte, necesariamente, de la determinación de los rasgos esenciales que definen su estructura. No se trata de encasillarlas o etiquetarlas dentro de un esquema evolucionista, sino de enriquecer, desde la praxis investigadora, el nivel más general de organización de toda sociedad concreta, que no es otro que el que se define a través de la categoría de la formación económico-social (Bate, 1998; Vargas, 1988). En este sentido, L.F. Bate (1998; 2004) ha concretado una teoría explicativa de la estructura y causalidad fundamentales de los procesos históricos a partir de la relación tricategorial de la cultura, el modo de vida y la formación económico-social como dimensiones concatenadas de toda sociedad concreta (Bate, 1998; Vargas, 1985).

Así, como hipótesis de partida, y a partir de la base empírica disponible, durante el proceso de expansión de comunidades agrícolas por el Mediterráneo occidental (Fugazzola, 2002; Guilaine y Manen, 2007; Martí y Juan-Cabanilles, 2002; entre otros), necesariamente tuvieron que entrar en contacto sociedades con diferentes sistemas organizativos si atendemos exclusivamente a la forma en la que obtenían los alimentos. Por un lado, los grupos cazadores-recolectores y, por otro, los productores de alimentos. Como algunos autores vienen sosteniendo, los grupos cazadores-recolectores previos a la aparición de la producción de alimentos pudieron corresponder, desde un punto de vista económico y organizativo, a distintos sistemas sociales (Bate, 2004; Flores, 2007), cuyas diferencias en cuanto al modo de producción permiten referirnos a ellos como sociedades cazadoras-recolectoras pretribales y sociedades tribales con este mismo modo de vida.

Las sociedades cazadoras-recolectoras pretribales se caracterizan por contar con un proceso productivo integrado por actividades laborales que van desde la obtención de alimentos y producción de instrumentos a labores de mantenimiento, protección e integración (fig. 3.5). Según L. F. Bate (2004: 9-38), las relaciones sociales fundamentales estarían establecidas en torno a la obtención y producción de bienes subsistenciales, sobre los que no se invierten esfuerzos en su reproducción biológica,



Figura 3.5. Partida de caza de bosquimanos en el Kalahari. Fotografía: Guy Bryant. stock.adobe.com.

pero sí en su captura y recolección. El tiempo transcurrido entre su obtención y su consumo sería breve, contando con un escaso desarrollo tecnológico en tareas de almacenamiento. Esta situación obligaría a que los procesos de búsqueda de alimentos fuesen continuos, exigiendo una constante inversión de tiempo y esfuerzo en su obtención.

Por otro lado, la ausencia de procesos de almacenamiento, más que al desconocimiento de las posibilidades de conservación, se debe asociar con la amplia movilidad de estos grupos de cazadores-recolectores y con la disponibilidad de recursos en los territorios habitualmente frecuentados. El nomadismo obligaría a estas comunidades a no apropiarse u obtener por encima de las necesidades reales. No obstante, la cantidad de trabajo que cada sociedad invierte en su subsistencia puede variar en relación con la estacionalidad, las condiciones naturales del territorio, el desarrollo tecnológico adquirido y otra serie de variables como la organización y división del trabajo o los conocimientos sobre los recursos explotados (Bate, 2004).

Todo ello pone en evidencia que lo que caracteriza a este tipo de sociedades es un estado de precariedad estructural permanente (Estévez y Vila, 1998), con un alto riesgo para la supervivencia en el caso de que el ciclo de producción-consumo se viese interrumpido. La continuada precariedad en las sociedades pretribales, al parecer, solo se superó a través de diversos mecanismos de solidaridad intra e intergrupales que posibilitarían la reducción de las situaciones de riesgo.

En estas sociedades, además, las relaciones sociales de producción se definen por los contenidos y formas de la propiedad que se establecen sobre la fuerza de trabajo y sobre los instrumentos o medios de trabajo. En ningún caso se estableció sobre los objetos de trabajo –recursos naturales–, que solo se poseen mediante un acuerdo socialmente consensuado (Bate, 2004). Tampoco se cuenta con la capacidad de establecer su defensa, ya que no se puede concretar su propiedad. Ya indicaba E. Service (1962: 74) a este respecto que los grupos cazadores-recolectores no podían sostener un esfuerzo militar durante un largo periodo de tiempo a causa de la ausencia de alimentos almacenados.

En este sentido, la forma de la propiedad es colectiva. Todo miembro de la comunidad participa de su copropiedad. No obstante, la posesión de instrumentos y fuerza de trabajo es individual o particular. En general, la relación entre producción y consumo suele estar mediada por procesos de distribución. El acto de compartir alimentos u otros productos es una forma de distribución que, a su vez, constituye un momento de la secuencia de los procesos de intercambio basados en la reciprocidad.

Por otro lado, las relaciones de adhesión se establecen directamente en torno a los procesos laborales. La reproducción social y biológica requiere de la realización de diversas actividades cíclicas que resuelven necesidades y permiten el mantenimiento de la vida en sus más variados aspectos individuales y sociales –higiene, alimentación, protección, afectos, diversión, socialización, etc.–. No obstante, en las sociedades cazadoras-recolectoras se da la contradicción entre las relaciones sociales de producción y de reproducción ya que, como sostienen Estévez y Vila (1998: 15), uno de los recursos sociales que mantienen las situaciones de precariedad en el modo de producción es generar un control restrictivo de la reproducción biológica.

No podemos olvidar que un aumento relativo de la población, disfunciones con la tecnología de apropiación, una disminución drástica de los recursos naturales habitualmente aprovechados o situaciones de conflicto con otros grupos con diferente grado de desarrollo social, como fueron las sociedades agropecuarias en su proceso de expansión territorial, serían factores que repercutirían en su proceso productivo, generando diversas situaciones de cambio que podrían afectar a las relaciones sociales de producción (Romano *et al.*, 2020). En algunos casos, esos cambios pudieron llevar hacia la denominada revolución tribal (Flores, 2007). Pero, lo más común, por lo general, habría sido la extinción o desaparición súbita o progresiva de sociedades pretribales e, incluso, en algunos casos, a la autoexclusión e integración junto a otras sociedades disgregadas.

En cualquier caso, frente al concepto de Neolítico o de neolitización, que solo se refiere a la transformación de los procesos de trabajo y el paso hacia un patrón de subsistencia basado en la producción de alimentos, la revolución tribal o el proceso de tribalización se entronca con lo social, con los procesos de integración-exclusión, consolidación y competencia social y, especialmente, con la transformación de las



formas de vinculación con el objeto de trabajo (Flores, 2006: 36). Una condición para ello fue que las posibilidades de expansión territorial llegaran al límite establecido por otras comunidades al ver sus recursos reducidos. En otros momentos históricos, el contacto con los neolíticos pioneros, como grupos tribales en expansión, los llevará a emprender el camino de la resistencia, mediante la tribalización, asumiendo así la necesidad de establecer la defensa del objeto de trabajo –el territorio de donde obtenían sus recursos alimenticios y de mantenimiento–. En definitiva, la causalidad generada por las interacciones entre comunidades, sean relaciones de alianza o de conflicto, pudo desembocar en el inicio de dicho proceso de tribalización. No obstante, no podemos obviar, en este sentido, que muchas sociedades cazadoras-recolectoras se tribalizaron con anterioridad al proceso de expansión y entrada en contacto con los grupos campesinos tribales, tratándose de una transformación social previa a la domesticación de plantas y animales (Bate, 2004).

Por su parte, la producción de alimentos en las sociedades tribales es el eje central de los procesos productivos, manteniéndose la propiedad comunal o colectiva, pero con un cambio esencial en su contenido: se establece la propiedad sobre el objeto de trabajo (Bate, 2004). Mientras que en las sociedades pretribales no se define la capacidad de disponer de los recursos en tanto existan de forma natural y se mantengan las condiciones para su uso, en las sociedades tribales se dispone directamente de ellos, lo que implica propiedad.

Por tanto, la formación social tribal se caracterizaría por la propiedad comunal de todos los elementos del proceso productivo: objetos, medios y fuerza de trabajo, la cual se ejerce bajo diversas formas de posesión, ya sea particular o individual (Vargas, 1988; Bate, 1998). A partir de esta condición, las formaciones sociales adquieren diferentes formas de desarrollo, que se materializan en el desarrollo de distintos modos de vida (Vargas, 1985; 1990). Las variantes están condicionadas por los objetos de trabajo, principalmente, la alimentación y la tecnología. De este modo, podemos encontrar sociedades tribales con un modo de vida cazador-recolector, pescador, agrícola o pastoril, aunque pudieron desarrollarse todo tipo de combinaciones (Bate, 2004). En este marco teórico, las sociedades tribales con un modo de vida cazador-recolector se desarrollarán al requerirse una intensificación de la producción, siendo la condición necesaria para tal proceso, el establecimiento de la propiedad sobre los recursos naturales objeto de trabajo.

Bajo estas condiciones, en los grupos tribales, los ciclos de producción y consumo se prolongan en el tiempo en, al menos, periodos estacionales o anuales, habiéndose ya desarrollado técnicas de almacenamiento y/o conservación de alimentos (fig. 3.6). Los grupos se concentrarían en torno a los alimentos procesados o sobre los recursos naturales sobre los que se habría establecido la propiedad. La mayor parte de los grupos se sedentarizarían o semisedentarizarían, especialmente aquellos con un modo de vida agrícola basado preferentemente en la producción de semillas duras, ante la necesidad de resguardar las reservas de alimentos sobre





Figura 3.6. Vivienda de barro tradicional (*takienta*) de los Batammariba, en Togo, flanqueada por graneros con forma de torre para el almacenaje del grano. Fotografía: homocosmicos. stock.adobe.com.

los que se ha establecido la propiedad. Pero, sobre todo, se comenzaría a requerir productos por encima de las necesidades reales –plusproductos– para aminorar o prevenir riesgos ante situaciones de escasa producción, carestía, epidemias, necesidad de defensa o adquirir mediante intercambio determinadas materias primas o productos necesarios no existentes en el territorio de residencia y necesarios en la reproducción social.

### **Argumentos de relevancia desde la perspectiva arqueológica**

Siguiendo los principios teóricos apuntados, las sociedades cazadoras-recolectoras no pueden hacerse corresponder con un único sistema social. Los atributos expuestos permiten diferenciar entre formaciones sociales pretribales y tribales (Bate, 2004; Flores, 2006). Dadas las características organizativas y de capacidad productiva de unas frente a otras, son varios los argumentos de relevancia que permiten reconocerlas, aunque algunos de ellos pueden ser comunes a ambas. Por esta razón, la identificación de la formación social de una sociedad concreta pasa necesariamente por la valoración del mayor número de argumentos posibles. Entre otros indicadores, podemos señalar:

#### **Sociedades cazadoras-recolectoras pretribales**

- 1) Se trataría de grupos organizados en unidades domésticas que integrarían lo que se denomina bandas (Newell *et al.*, 1990: 14-19). Los asentamientos

- podieron establecerse tanto en campamentos al aire libre de diferente entidad, como en cavidades naturales o abrigos.
- 2) Las actividades laborales estarían centradas en la obtención de alimentos silvestres, en la elaboración de los instrumentos necesarios para su obtención y procesado, así como en las labores de mantenimiento y reproducción del grupo.
  - 3) La amplia movilidad territorial del grupo por espacios geográficos habituales explicaría la limitada dedicación a labores de limpieza y mantenimiento de los espacios habitables, así como una escasa planificación y distribución espacial de las actividades a lo largo de un corto tiempo de uso. Las secuencias de ocupación de un sitio se caracterizarían por la acumulación de múltiples y recurrentes desechos generados en diferentes frecuentaciones o, simplemente, por los desechos de un único momento de uso.
  - 4) El nomadismo de dichos grupos no ocasionaría cambios perceptibles en el entorno biológico donde se emplazarían los asentamientos.
  - 5) La movilidad territorial facilitaría la obtención de recursos naturales de los lugares por donde transitaran, por lo que la mayor parte de los recursos bióticos y abióticos documentados en los asentamientos procederían del entorno inmediato a los mismos, o como mucho del territorio habitualmente frecuentado. No obstante, no se puede descartar la presencia en el registro arqueológico, de forma puntual, de algunos objetos o materias de procedencia alóctona, cuya forma de obtención habría que relacionar con redes sociales necesarias en la reproducción del grupo –relaciones de reproducción biológica, solidaridad, intercambio, etc.–.
  - 6) Dado que el ciclo de producción-consumo sería muy corto y la movilidad amplia, no se efectuarían, de forma habitual, prácticas de almacenamiento.
  - 7) La realización de prácticas de inhumación en los lugares de residencia habitualmente frecuentados, aunque no de forma recurrente, pueden ser interpretados como un indicador de posesión del espacio, socialmente establecido y acordado.

### **Sociedades tribales con un modo de vida cazador-recolector**

Desde un punto de vista arqueológico, son escasos los elementos de juicio que permitirían diferenciar los grupos cazadores-recolectores pretribales de las sociedades tribales con un modo de vida cazador-recolector. No obstante, y aunque puedan señalarse algunos más, nos gustaría hacer constar los siguientes:

- 1) Se trataría de grupos de mayor volumen poblacional que los grupos pretribales, aunque organizados también como unidades domésticas localizadas, preferentemente, en lugares ricos en recursos bióticos de carácter estacional o anual. Las cavidades naturales ya no serían los asentamientos habituales.

- 2) La movilidad de estos grupos sería más reducida, con una cierta tendencia al sedentarismo. La continuidad en un mismo emplazamiento durante mucho más tiempo explicaría la dedicación a labores de limpieza y mantenimiento de los espacios habitables, así como una cierta planificación y distribución en el espacio de las actividades a lo largo del tiempo. Por lo tanto, los asentamientos se caracterizarían por la acumulación de desechos de diversa naturaleza y de distintos momentos, con una cierta organización de los mismos espacios a lo largo del tiempo.
- 3) Mostrarían una mayor intensificación en los procesos productivos, materializable en los asentamientos a partir de una mayor presión en la obtención de determinados recursos naturales como fuente de alimentación, desarrollo en la tecnología de producción de instrumentales, cada vez más eficientes, aunque centrados en labores de caza, pesca y recolección. Se constata cierta degradación del medio biológico circundante a los asentamientos. Se trataría de asentamientos con dilatadas secuencias de ocupación y un gran volumen de evidencias materiales acumuladas en los que no se pueden determinar hiatos.
- 4) La menor movilidad territorial obligaría al aumento de las redes de intercambio a través de las que obtendrían materias o bienes necesarios en la reproducción social. Sin ser un indicador que se pueda delimitar claramente, en estas sociedades circularían una mayor cantidad de bienes y materias, lo que debería traducirse en su mayor presencia en el registro arqueológico.
- 5) Dado que el ciclo de producción-consumo sería más largo y la movilidad territorial de los grupos bastante más limitada, se comenzarían a efectuar prácticas de almacenamiento y de conservación de alimentos de forma recurrente.
- 6) La realización de prácticas de inhumación de forma recurrente en lugares de asentamiento más o menos permanentes puede ser interpretado como un indicador de continuidad grupal y, por tanto, de transmisión de la propiedad de los espacios ocupados por el grupo.

### **Sociedades tribales con un modo de vida agropecuario**

Este conjunto de sociedades no se diferenciaría en demasía de los grupos tribales con un modo de vida cazador-recolector, excepto por el hecho de que invertirían una mayor cantidad de trabajo –reproducción y mantenimiento de los espacios productivos y de residencia– en el objeto de trabajo del que son propietarios y por su mayor capacidad de crecimiento demográfico, lo que les obligaría a escindirse poblacionalmente en el momento que se superasen los límites estructurales que permiten la sostenibilidad del grupo, así como a trasladarse a nuevos espacios de los que pasarían a ser propietarios. Entre las características de estos grupos podemos señalar:

- 1) Al igual que las anteriores, se podrían organizar en unidades domésticas, aunque localizadas en torno a las tierras de cultivo y próximos a cursos de agua y recursos bióticos. También podrían existir agregaciones de unidades domésticas en un mismo lugar. En este caso, la magnitud e inversión de trabajo en infraestructuras de carácter colectivo sería muy superior a las documentadas en un asentamiento integrado por una sola unidad doméstica.
- 2) Se trataría de grupos sedentarios, aunque algunos también podrían ser semisedentarios. Los lugares de residencia y de actividad serían mantenidos de forma constante, con una cierta distribución y planificación de tareas en el espacio ocupado. A lo largo del tiempo, se podrían utilizar los mismos lugares para las mismas actividades –cocción y tratamiento de alimentos, molturación, áreas de talla, áreas de almacenamiento, etc.–.
- 3) Se caracterizarían por una intensificación en la producción de alimentos, con una tecnología acorde con las prácticas agrícolas y ganaderas y una significativa presión antrópica sobre el medio ecológico circundante a los asentamientos. La producción de recipientes cerámicos en la mayor parte de las sociedades tribales con un modo de vida agropecuario se debe relacionar con las nuevas necesidades de almacenar, transportar, cocinar y consumir los alimentos.
- 4) Los grupos tribales agropecuarios realizarían una gestión integral del espacio social, por lo que prácticas como la caza, pesca o recolección serían habituales como forma de satisfacer buena parte de las necesidades adquiridas, tanto para complementar la alimentación y cuidado del grupo, como para elaborar todo tipo de utensilios y bienes.
- 5) La integración y participación política de dichas unidades domésticas, junto a otras, en una entidad social más amplia, no solo serviría para demarcar y sancionar socialmente los espacios propiedad de la comunidad, sino también para mantener de forma constante la circulación de genes, bienes y materias necesarios en la reproducción económica y social.
- 6) Las prácticas de almacenamiento estarían presentes bajo diversas formas y condiciones, especialmente en estructuras para el almacenamiento de alimentos.

Asumiendo los argumentos señalados para la caracterización a nivel de modo de vida y formación social de los grupos humanos que vivieron el proceso histórico de tránsito hacia la tribalización, abordamos, el análisis de los últimos cazadores-recolectores en el Este de la península ibérica.

## 3.2. Los últimos cazadores-recolectores en el Levante de la península ibérica

El punto de partida de nuestro recorrido por el intervalo temporal que abarca el proceso histórico cuyo análisis intentamos abordar puede fijarse hacia el 6600-6500 cal BC, momento en el que se constatan cambios en el registro artefactual de los grupos cazadores-recolectores en el Levante peninsular (fig. 3.7). Junto a una producción

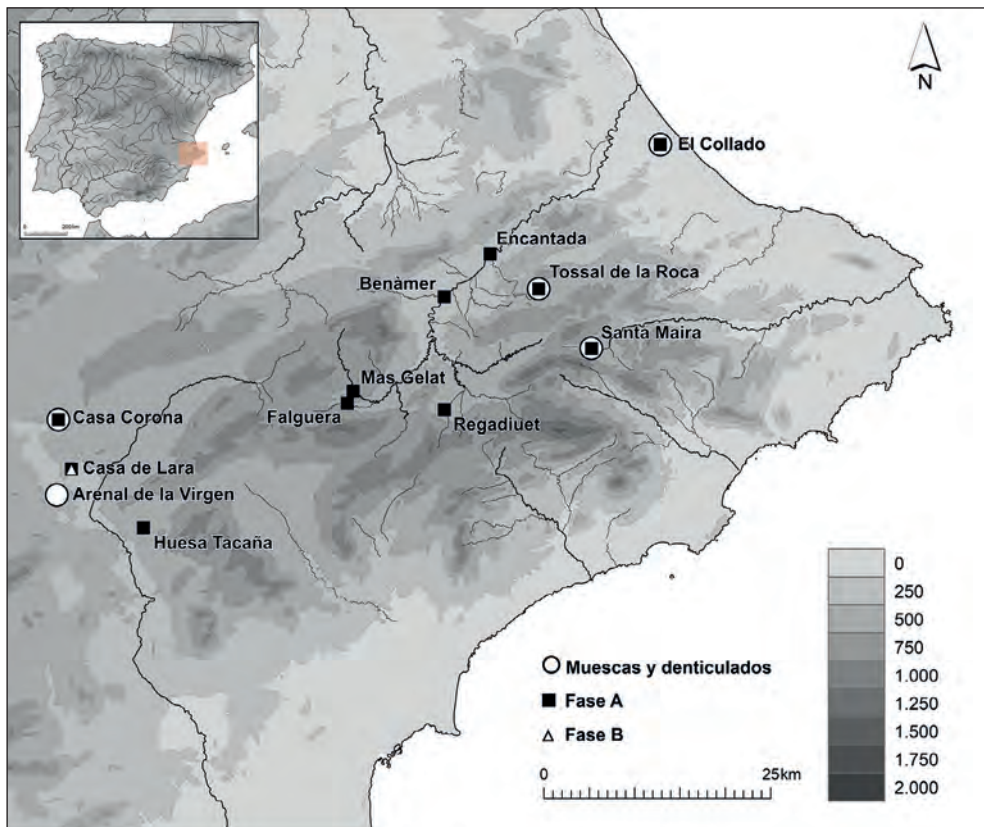


Figura 3.7. Mapa con distribución de los principales yacimientos mesolíticos de las cuencas del Serpis y Vinalopó.



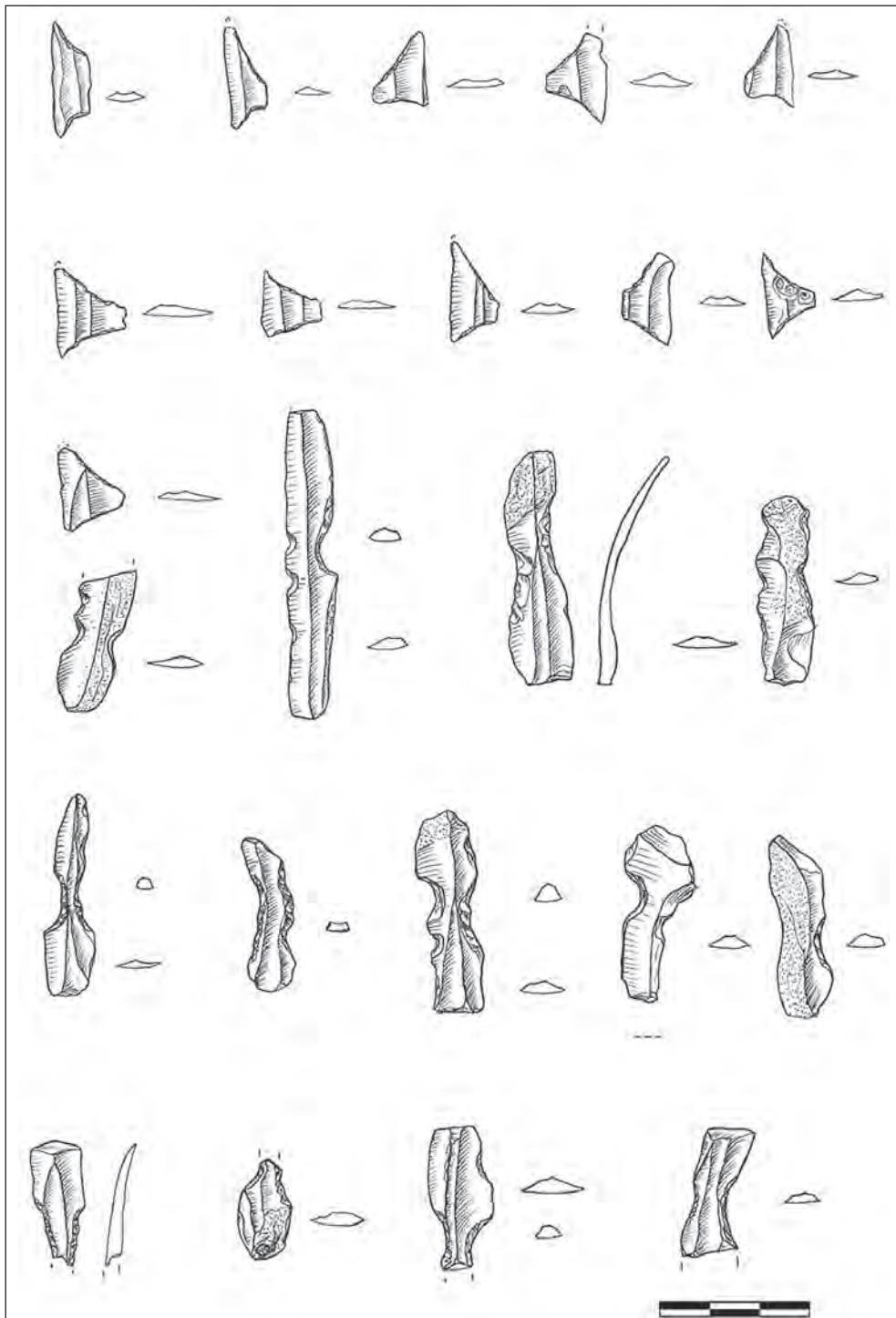


Figura 3.8. Conjunto lítico tallado representativo del complejo Mesolítico geométrico fase A. Soportes retocados procedentes de Benàmer.

sistemática de instrumentos líticos tallados sobre lasca, caracterizados por la aplicación de muescas y de retoques de delineación denticulada, comienza a introducirse la producción de láminas de pequeño formato, destinada a la manufactura de geométricos de tipo trapecio con retoque abrupto y láminas con muesca o estranguladas (fig. 3.8). Es lo que para el ámbito mediterráneo español fue denominado fase A del complejo Geométrico, propuesta por J. Fortea (1973) a partir, principalmente, de los niveles inferiores de la cueva de la Cocina.

Dicho horizonte, considerado como la segunda de las fases dentro del desarrollo del Mesolítico Europeo (Perrin *et al.*, 2009), seguiría a una primera fase caracterizada por la producción sistemática de muescas y denticulados (Alday, 2006), bien representado en yacimientos como El Collado, Tossal de la Roca y Santa Maira (Aura, 2001; Aura *et al.*, 2006; Fernández-López, 2016). Aunque, por el momento, las bases arqueológicas son escasas y presentan ciertas limitaciones, se ha empezado a considerar, a partir de dataciones absolutas disponibles, que existe un gradiente norte-sur y este-oeste en su desarrollo dentro de la península ibérica, además de un rápido proceso de expansión (Martí y Juan-Cabanilles, 2002; Martí *et al.*, 2009: 249).

La ausencia de la fase de muescas y denticulados en yacimientos como Benàmer (Jover, 2011a; 2011b) o Falguera (García Puchol, 2005) no permite ahondar en la problemática sobre su origen y desarrollo. Sin embargo, sí pueden realizarse algunas apreciaciones con respecto a las diferencias existentes en el registro entre los depósitos arqueológicos con mayor presencia de geométricos y láminas con muesca –Cocina, Falguera y Benàmer–, y aquellos con dominio de muescas y denticulados sobre lascas y un escaso número de geométricos –Tossal de la Roca, Santa Maira y El Collado–, en los que, probablemente, la explicación a la variabilidad pueda atender a:

- a) una cuestión meramente cronológica dentro del VII milenio cal BC, es decir, una mayor antigüedad para yacimientos con mayor presencia o dominio de muescas y denticulados sobre lasca, como Tossal de la Roca, Santa Maira y El Collado, cuestión que parece factible si tenemos en cuenta las dataciones disponibles (Martí *et al.*, 2009: 234-239; cuadro 3), a las que debemos sumar las de Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011).
- b) una cuestión relacionada con los procesos de formación de los depósitos o con la superficie y volumen excavado en cada uno de los yacimientos, o a una combinación de ambos factores.

No obstante, por el momento, el factor cronológico parece ser el de mayor importancia, ya que un detenido análisis de las dataciones absolutas realizadas sobre restos humanos y del conjunto industrial documentado, entre otros, en el yacimiento de El Collado, pero también en Tossal de la Roca y Santa Maira, permite plantear la



Figura 3.9. Detalle del encachado mesolítico documentado en el sector 2 de Benàmer durante su proceso de excavación en 2009.

progresiva incorporación a lo largo del VII milenio cal BC de la producción laminar acompañada de la manufactura de trapezios y láminas con muesca y estranguladas (Aparicio, 2008: 56-91; Fernández-López, 2016; Gibaja *et al.*, 2015), dominante en yacimientos como Benàmer, Cocina I o Falguera, ya entrada la segunda mitad del VII milenio cal BC.

Del conjunto de yacimientos destaca la ocupación de Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011) (fig. 3.9), cuyos datos permiten validar algunas de las hipótesis sobre el modo de vida y la organización social de los grupos cazadores-recolectores, en especial, las relacionadas con la preparación y uso del utillaje necesario en la caza y el procesado de biomasa animal –presas de pequeño y mediano tamaño–. Todo parece indicar que el registro de Benàmer corresponde a áreas de actividad no estructuradas en el espacio y acumuladas –consumo, producción y desecho–, caracterizadas por la superposición de numerosos cantos calizos conformando un encachado conservado de cerca de 19 m de longitud y unos 3 m de anchura, alcanzando una potencia estratigráfica que casi supera el medio metro. La superposición de hasta 4 hileras de cantos permite considerar que su formación no se realizó en un único momento. Ahora bien, la homogeneidad sedimentaria del conjunto, su carácter compacto y la no percepción de laminaciones de arroyadas o de depósito de limos por la acción eólica entre las distintas capas de cantos que definieran hiatos temporales marcados en la ocupación, permite interpretar que se trataría de un depósito generado a lo largo de un tiempo indefinido, pero de forma continuada. Las dos dataciones que se han podido obtener de dos unidades estratigráficas distintas han aportado

dos fechas estadísticamente idénticas (CNA-680: 7490±50 BP y Beta-287331: 7480±40 BP), la primera sobre agregados de polen y la segunda sobre una muestra singular de *Arbutus unedo* (Torregrosa *et al.*, 2011).

La constatación de labores de talla ampliamente extendidas en toda la ocupación, la preparación de útiles de trabajo para el ámbito doméstico y cinegético, el uso de diversos útiles en todo tipo de trabajos, el empleo de vegetales como combustible, el consumo de presas de pequeño, mediano y gran tamaño y el amplio volumen de las evidencias permiten considerar que la ocupación de Benàmer en su fase mesolítica corresponde a un campamento residencial al aire libre ocupado durante la fase A del Mesolítico geométrico. Se sitúa en el fondo de uno de los valles interiores, a mitad de camino entre la costa y de la cabecera del Serpis, y equidistante a otros pequeños valles transversales, donde encontramos otras evidencias de ocupación en abrigos –Abric de la Falguera, Tossal de la Roca– y cuevas –Mas del Gelat, Santa Maira–, relacionadas con una gestión plurifuncional de la cuenca del río Serpis –aprovechamiento de recursos vegetales, caza, obtención de recursos síliceos, etc.– (Martí *et al.*, 2009; García Atiénzar, 2011), o al aire libre –Mas del Regadiuet, Barranc de l’Encantada, El Collado de Oliva–. En todo caso, el número de yacimientos mesolíticos en las comarcas meridionales valencianas adscribibles al VII milenio cal BC es reducido y totalmente inexistente, por el momento, para la primera mitad del VI milenio cal BC (fig. 3.10).

De la Cova del Mas del Gelat (Miret *et al.*, 2006) y del Barranc de l’Encantada (García Puchol *et al.*, 2001) solamente conocemos referencias sobre su repertorio material. En Santa Maira se ha reconocido la presencia de ocupaciones de estos momentos en el techo de la unidad 3 –SM 3/s–, aunque claramente todo el paquete es de carácter redeposicional (Aura *et al.*, 2000). El número de efectivos líticos en este yacimiento es escaso y la mayor parte de los geométricos proceden de limpiezas superficiales. Recientemente, ha sido estudiado un conjunto de restos humanos con señales antrópicas (Aura *et al.*, 2017) correspondientes a la fase de muescas y denticulados. Del Tossal de la Roca se dispone de una información más amplia del “corte exterior”, donde su nivel I es calificado de “tardenoide”. Se cuenta con dos dataciones absolutas y amplios estudios sobre aspectos económicos y medioambientales (Cacho *et al.*, 1995). Del Abric de la Falguera (García Puchol y Aura, 2006) también se dispone de una información detallada, pero con ciertas limitaciones por las características del espacio excavado y el parco volumen de restos artefactuales registrado. Por último, de El Collado (Aparicio, 2008) la información es mucho más extensa. Se ha podido llevar a cabo una nueva lectura de la estratigrafía del depósito y un estudio de los materiales líticos recuperados que muestra un claro dominio de las muescas y denticulados sobre lasca y la presencia de soportes laminares, trapecios y láminas con muescas o estranguladas en los niveles más superficiales –superficial y I– (Fernández-López, 2016). Además, se ha llevado a cabo una amplia batería de



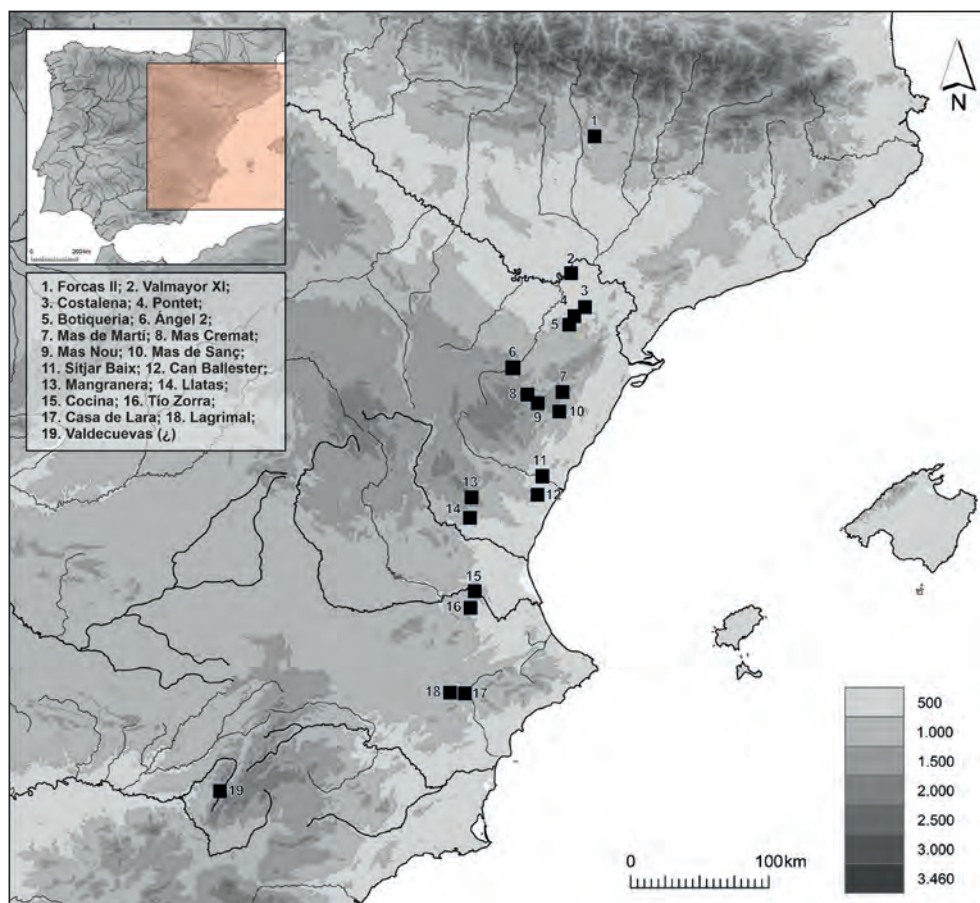


Figura 3.10. Mapa de distribución de los principales yacimientos del Mesolítico geométrico fase B.

dataciones absolutas sobre restos humanos, asociado al estudio de la necrópolis y de los individuos inhumados (Gibaja *et al.*, 2015). Los estudios de las piezas dentales, elementos traza e isótopos estables de algunos de los individuos vienen a coincidir en señalar una dieta básicamente cárnica, con aportación de proteínas de origen marino en la que los alimentos procedentes del mar rondarían aproximadamente el 25% (Subirà, 2008: 342). En este sentido, el estudio de las evidencias malacológicas y de ictiofauna ha mostrado la importancia de este tipo de recursos en la dieta de sus ocupantes y, posiblemente, una cierta fluctuación en su aprovechamiento a lo largo de la secuencia (Fernández-López y Gabriel, 2016).

Estos grupos cazadores-recolectores correspondientes a la fase A del Mesolítico geométrico se caracterizarían por su amplia movilidad territorial a lo largo de las cuencas levantinas, desde la cabecera y los valles transversales hasta la desembocadura (Aura *et al.*, 2006; García Atiénzar, 2011; Martí *et al.*, 2009). Su carácter nómada les permitiría la obtención, directa o por intercambio con otros grupos,



de algunos recursos silíceos, caparzones de gasterópodos y bivalvos e ictiofauna marina, entre otros productos y/o materias primas. Se han documentado valvas de especies como *Cerastoderma edule*, *Glycymeris* sp. y *Columbella rustica* en diferentes yacimientos alejados del litoral, como Benàmer, Cocina, Llatas, Santa Maira o Falguera (Barciela, 2011; Luján y Jover, 2019; Martí *et al.*, 2009: 250), algunos situados a más de 35 km de la costa en línea recta. En Benàmer destaca especialmente la presencia de *Cerastoderma edule*, incluso con valores relativos muy destacados con respecto a cualquier otro yacimiento coetáneo, e, incluso, superiores a los de la fase cardial posterior (Barciela, 2011), lo que, en principio, denota una movilidad constante hacia el litoral. Sin embargo, no debemos olvidar que el desplazamiento no implicaría unos costes excesivos, ya que Benàmer, situado en el curso medio del Serpis, se ubica a menos de una jornada de la costa (fig. 3.11).

El conjunto de yacimientos a los que hemos hecho referencia revela la actividad humana de lo que podemos caracterizar antropológicamente como hordas (Meillassoux, 1977) o bandas mínimas (Service, 1962), integradas por un número variable de miembros que, según diversas propuestas, podría oscilar alrededor de una veintena de individuos (Binford, 2001: 233) o de entre 25 a 75 (Williams, 1974). En estos grupos, caracterizados por un modo de vida cazador-recolector y una

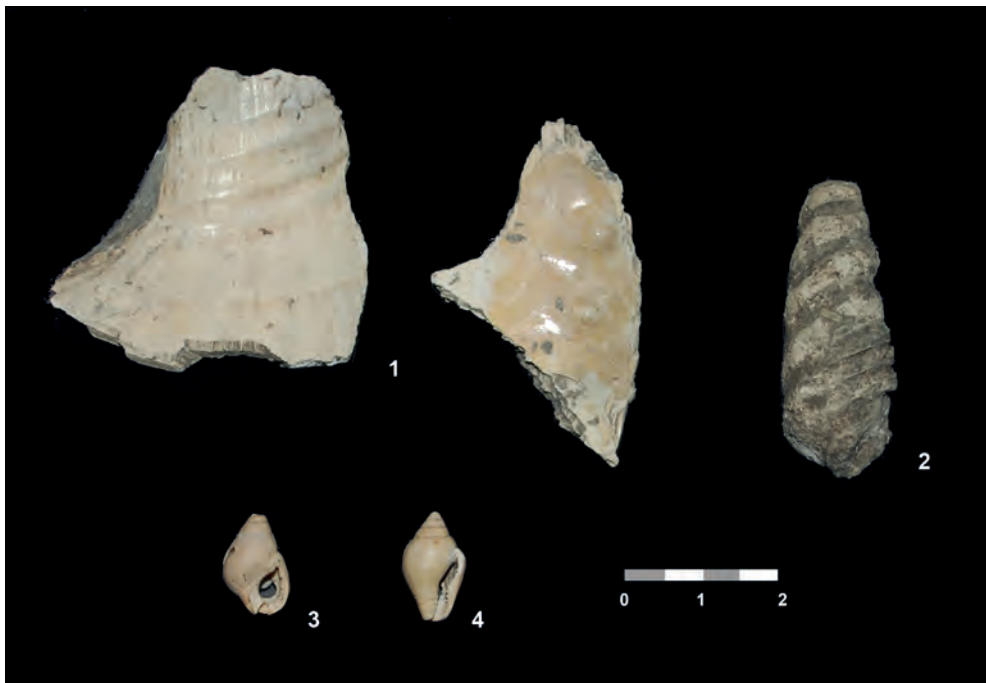


Figura 3.11. Evidencias de malacofauna marina documentadas en Benàmer. 1. *Ranellidae*; 2. *Turritella* fósil; 3. *Nassarius corniculum*; 4. *Columbella rustica* (Barciela, 2011: 246, fig. XVII.2).

organización social productiva ajustada a la práctica del nomadismo sin almacenamiento<sup>1</sup>, dominarían las relaciones de adhesión, de carácter voluntario, precario y reversible, contraídas con el grupo durante el periodo temporal en el que se desarrollara la participación efectiva de un individuo en las actividades comunes de la colectividad (Bate y Terrazas, 2002: 14). Se desplazarían sobre amplios territorios en los que ocuparían, reiteradamente y en función de las necesidades de cada momento, los mismos lugares conocidos. Ejemplos de continuidad en el uso y gestión de los mismos sitios lo constituyen yacimientos como Falguera, con dos momentos diferenciados (García Puchol, 2006), Santa Maira (Miret, 2007), Tossal de la Roca (Cacho *et al.*, 1995), Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011) y, sobre todo, El Collado (Aparicio, 2008; Fernández-López, 2016; Gibaja *et al.*, 2015) donde, además, también inhumaron a sus difuntos –hombres, mujeres e infantes–. De hecho, las serie de dataciones efectuada son ciertamente coherentes con las características de las producciones líticas asociadas, evidenciando el carácter de estos grupos, donde la reiteración de prácticas funerarias en los mismos lugares, con una cierta ritualidad, jugaría un papel relevante como forma ideológica de reivindicar la posesión sobre diversos recursos existentes en los espacios frecuentados, especialmente determinadas zonas costeras –marjales, desembocaduras de ríos, etc.– del ámbito Mediterráneo que, por sus características fisiográficas, constituirían auténticas despensas naturales durante buena parte del año.

En cualquier caso, la precariedad estructural de las fuerzas productivas de estos grupos cazadores-recolectores causada, entre otras razones, por la falta de control directo sobre la reproducción de las especies biológicas, por la falta de prácticas de almacenamiento de alimentos y por el desarrollo de estrategias que limitarían la sobreexplotación de los recursos, sería resuelta, habitualmente, mediante vínculos de reciprocidad entre bandas, pero, a la vez, su mantenimiento generaría mecanismos conservadores para continuar con la precariedad (Estévez y Vila, 1998). De ahí que, en determinados momentos y ante situaciones ambientales adversas o factores biológicos limitantes relacionados con la propia capacidad potencial de reproducción de cada grupo (Romano *et al.*, 2020), se pudieran dar prácticas antropofágicas de carácter alimenticio (Reeves, 1987) o demográfico (Harris, 2005). Así se ha constatado para la fase de muescas y denticulados en Santa Maira (Aura *et al.*, 2010: 169-174; 2017) (fig. 3.12), donde los cadáveres humanos fueron procesados del mismo modo que cualquier presa (Botella *et al.*, 2000).

La similitud de algunas de las prácticas sociales, en especial, de las producciones líticas, en amplios territorios de la fachada oriental de la península ibérica, con

---

1. Esta consideración no significa que no pudieran almacenar a muy pequeña escala en diversos lugares elegidos del territorio frecuentado. Objetos, e incluso, alimentos preparados para cubrir determinados déficits estacionales o temporales, especialmente los más fríos, serían reservados, minimizando así la precariedad de su modo de organización productiva y reproductiva.

una primera fase de muescas y denticulados y una extensión progresiva del geometrismo y de las producciones laminares ya entrado el VII milenio cal BC, evidencia la ampliación territorial de redes de intercambio y de apareamiento necesarias para la reproducción biológica de aquellos grupos. Estas redes se establecerían a través de relaciones de reciprocidad y alianzas fuera del grupo productivo básico que harían posible, aunque no necesario, congregarse a un mayor número de personas, así como el intercambio de bienes o materias primas a larga distancia, cuestión que por el momento no se detecta de forma destacada en el registro arqueológico del ámbito levantino.

Ahora bien, lo importante es señalar que en estos grupos o bandas no existiría una correspondencia entre el territorio frecuentado objeto de explotación económica y el territorio reproductivo, mucho más amplio, donde se involucraría a diferentes grupos humanos independientes económicamente, pero en estrecha relación biológica (Bate y Terrazas, 2002: 33). Los estudios teóricos manejados sobre la red mínima de apareamientos, acuñado por M. Wobst (1974), suponen considerar un número de individuos interrelacionados en la supervivencia cercano a los 519. Otros autores, como Williams (1968; 1974), propusieron una red que podría fluctuar entre los 210 y los 1.275 individuos, con una media de 600, integrados por diversas bandas autosuficientes económicamente. Ello supone considerar que el territorio reproductivo de la o las bandas que ocuparon y explotaron valles como el del Serpis fue muy amplio, abarcando al conjunto de bandas distribuidas por varias cuencas o territorios contiguos, para los que, por el momento y por desgracia, no tenemos un similar grado de conocimiento.



Figura 3.12. Coves de Santa Maira (Castell de Castells).

La información disponible sugiere que los grupos mesolíticos de la fase A deshabitaron los territorios del sur de Valencia y norte de Alicante hacia el tránsito del VII al VI milenio cal BC. No tenemos noticias, para las zonas ocupadas inicialmente por los grupos neolíticos, de ocupaciones mesolíticas de la fase B, definida a partir de la producción lítica tallada centrada en la elaboración de triángulos. Las evidencias más próximas se localizan en la cubeta de Villena, en el yacimiento de Casa de Lara (Fernández-López, 1999), y en el curso medio del Júcar, en Cocina (Fortea, 1973; García Puchol, 2005). Desconocemos cuáles pudieron ser las causas que llevaron a deshabitar determinados territorios, aunque no creemos que se pueda relacionar exclusivamente con el evento climático del 8.2 Kyr cal BP (Cortés *et al.*, 2012), ya que las condiciones de aridez y descenso de las temperaturas señaladas para esta pulsación no pudieron afectar de forma muy diferente a cuencas fluviales contiguas y con características fisiográficas y ecológicas similares, donde sí se constata la presencia de grupos humanos. Más bien habría que pensar en factores sociales internos que pudieron diezmar a estos grupos, o a cambios en la disponibilidad de recursos que les ocasionaran la necesidad de desplazarse hacia otras cuencas. Tampoco se podría descartar que el propio proceso de exploración e implantación de los grupos neolíticos en la zona pudiera ser el factor que les obligara a replegarse o desplazarse hacia otros lugares.

### 3.3. La interacción social: sobre la hipótesis de la progresiva neolitización de los grupos mesolíticos

---

El estudio del contacto entre los grupos mesolíticos y neolíticos en las tierras levantinas es uno de los temas en los que se ha centrado buena parte de la investigación sobre Prehistoria reciente (Aura, 2001a; 2001b; Aura *et al.*, 2006; Bernabeu, 2006; Bernabeu *et al.*, 2006; 2008; Bernabeu y Molina, 2009; Casabó, 2004; García Atiénzar, 2004; 2009; García Puchol, 2005; García Puchol y Aura, 2006; García Puchol y Salazar, 2017; Juan-Cabanilles y Martí, 2002; 2007/08; Martí, 2008; Martí *et al.*, 2009; Pardo *et al.*, 2019; Torregrosa *et al.*, 2011; entre otros). La calidad de los trabajos citados nos exige de realizar un análisis historiográfico y permite centrar nuestra atención en el que es, desde nuestro punto de vista, uno de los principales problemas del proceso investigador sobre la implantación del Neolítico en tierras levantinas: la neolitización de los grupos mesolíticos y su reconocimiento material en las secuencias estratigráficas de la fachada oriental de la península ibérica.

La hipótesis antes aludida, unida al estudio del proceso de implantación de la economía de producción de alimentos, han sido temas capitales desde hace varias décadas, pero, principalmente, desde que J. Fortea (1971; 1973; 1985) publicara extensamente la cueva de la Cocina y analizara la secuencia cultural del Mesolítico. Desde entonces, buena parte de las investigaciones emprendidas, en y desde el territorio valenciano, pero también desde otros ámbitos territoriales cercanos, han estado orientadas a mejorar las bases empíricas de caracterización cultural de los grupos cazadores-recolectores frente a los productores de alimentos, a cimentar mejor las bases cronológicas y secuenciales y a afianzar la hipótesis de la progresiva neolitización de los grupos locales hasta lo que se considera su definitiva integración. El denominado modelo dual (Bernabeu, 1996; Bernabeu *et al.*, 1993; Fortea, 1973; 1985), en el que se ha venido aceptando la existencia de procesos de colonización y de aculturación directa e indirecta, ha servido de marco general para describir un proceso histórico concreto en el que se asumía que los grupos mesolíticos locales irían progresando tecnológicamente, primero, y económicamente, después, hasta “transformarse en” o “integrarse con” los neolíticos. La propuesta secuencial y cultural, elaborada a partir del estudio de las estratigrafías y materiales de algunos





Figura 3.13. Cueva de la Cocina (Dos Aguas).

yacimientos en cuevas que habían sido considerados fiables y sin problemas post-deposicionales, como la cueva de la Cocina (fig. 3.13), Botiquería de los Moros o Costalena, sirvió de base para desarrollar y argumentar esta hipótesis durante años (Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08; Jover y García Atiénzar, 2014).

Sin embargo, en los últimos años, la obtención de nuevas bases estratigráficas, de amplias series de dataciones absolutas sobre muestras de vida corta y la revisión de colecciones líticas de viejas excavaciones han empezado a generar algunas dudas y a manifestar contradicciones que ponen en tela de juicio la posibilidad de poder observar la progresiva neolitización en el registro material. Las nuevas bases empíricas están sirviendo para cuestionar la secuencia propuesta en algunas de las cavidades aludidas, especialmente para la cueva de la Cocina, y empezar a plantear que, en el registro arqueológico de los grupos mesolíticos que, en teoría, iniciaron un proceso de progresiva neolitización, existen más rupturas que continuidades una vez implantados los grupos neolíticos en la fachada oriental de la península ibérica (García Puchol *et al.*, 2016; Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08).

Hasta hace poco la fase C de Cocina representaba el momento en que se producía la adopción por parte de los grupos mesolíticos de algunos elementos de la materialidad social de los neolíticos, aunque con signos de continuidad respecto a la tradición industrial geométrica (García Puchol, 2005). Sin embargo, recientemente se ha empezado a considerar que su existencia podría ser solo aparente, pudiendo tratarse de una perturbación de los niveles arqueológicos mesolíticos y

neolíticos posteriores. Con esta constatación, la fase C resulta imposible de diferenciarse del componente geométrico de la fase B, ni a nivel estratigráfico, ni cronológico (Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08; Martí *et al.*, 2009: 237). Coincidimos con Martí y otros (2009: 251) en que la fase B –dominio de triángulos de retoque abrupto– no puede seguir considerándose como una fase de transición asociada a la neolitización (Barandiarán y Cava, 2002), o hacerla coetánea de los primeros grupos neolíticos. Las dataciones disponibles, después de su valoración crítica, muestran su antecendencia cronológica en más de 400 años con respecto a los inicios del Neolítico, con un solapamiento de tan solo unos 80-90 años para la zona levantina (Jover y García Atiénzar, 2014; 2015).

Sin embargo, no todos los autores muestran su conformidad con esta propuesta. Para zonas como el Bajo Aragón (Utrilla *et al.*, 2009) se ha planteado una reinterpretación de la ocupación poblacional a partir de las dataciones absolutas, haciendo desaparecer la fase B, anteriormente reconocida en algunos de los yacimientos más destacados, e incidiendo en la materialización del proceso de neolitización a partir de la documentación de niveles con materiales propiamente mesolíticos y neolíticos –nivel IIa de Els Secans, nivel c inf. en Pontet, etc.–.

Desde nuestra perspectiva, aunque sea posible que en el Bajo Aragón se pudiese dar la contemporaneidad de los últimos mesolíticos con los primeros neolíticos, e incluso procesos de integración, y sin querer entrar en análisis pormenorizado de las secuencias estratigráficas en cuevas o abrigos de yacimientos implicados en este proceso, creemos que en la situación actual urge realizar una evaluación estratigráfica y tafonómica precisa de un buen número de contextos, especialmente del conjunto de yacimientos en cueva de la cuenca del Ebro y del área levantina. De hecho, los problemas relacionados con la formación de los yacimientos, y en especial los postdeposicionales, cuya importancia no había sido valorada suficientemente hasta fechas recientes en yacimientos como Cocina, ha sido la causa de una interpretación, probablemente errónea, de una secuencia arqueológica utilizada como base argumental durante décadas para inferir la progresiva neolitización de los grupos mesolíticos. Si la fase D de Cocina ya fue descartada hace tiempo (Juan-Cabanilles, 1992), en la actualidad, y teniendo en cuenta las consideraciones planteadas en los trabajos antes citados, también deberíamos descartar el reconocimiento de la fase C o Cocina III y, al mismo tiempo, plantear que la fase B es previa a las primeras evidencias neolíticas (Martí *et al.*, 2009). Faltaría determinar durante cuánto tiempo esta última pudo ser coetánea a los primeros neolíticos y si realmente se dio una asunción de determinados elementos de la materialidad social neolítica.

Con los datos disponibles en la actualidad, somos de la opinión de que en los yacimientos donde se interpretaba continuidad ocupacional de grupos mesolíticos con progresiva neolitización, primero con la adopción de elementos de cultura material y, más tarde, de prácticas económicas, ahora, con la debida reevaluación de la interpretación de estos contextos, podríamos empezar a plantear más bien situaciones de

ruptura, con ocupaciones puramente mesolíticas, hiatos y reocupaciones y neolíticas posteriores. Esta nueva situación en la investigación sobre los últimos grupos mesolíticos en la fachada oriental de la península ibérica permite reconsiderar algunos de los pilares fundamentales sobre los que ha pivotado la investigación durante varias décadas, y debe servir para reflexionar detenidamente sobre el proceso investigador desarrollado y para reformular las futuras vías de trabajo, sin llegar a refutar, necesariamente, la hipótesis sobre la progresiva neolitización de los grupos mesolíticos. No podemos seguir pensando que la validación o propuesta de un proceso debe hacerse extensible a toda la fachada oriental de la península ibérica, sobre todo, si consideramos que la neolitización de este amplio territorio se iniciaría con la llegada por vía marítima de grupos humanos, implantados con todos sus medios de producción, de forma puntual en determinadas zonas litorales, es decir, siguiendo la caracterización de algunos autores, “a salto de rana” (Zilhão, 1997; 2001; 2011). En este sentido, el grupo neolítico antiguo de las comarcas centro-meridionales valencianas pudo ser uno de los ejemplos de búsqueda e implantación en cuencas deshabitadas desde donde, después de un proceso de consolidación, se extendieron hacia otras zonas septentrionales, meridionales y del interior peninsular, entrando en conflicto con los últimos grupos mesolíticos localizados en zonas más interiores.

Sin embargo, lo verdaderamente difícil es que alguno de estos procesos de interacción se haya materializado en los registros arqueológicos. Si ya ha resultado complejo generar las bases para poder reconocer la progresiva neolitización y asimilación de nuevas prácticas sociales a partir de las secuencias arqueológicas, más escasas aún son las posibilidades de inferir procesos de segregación y conflictividad –y también de integración– intra e intersocial, a sabiendas de que los mismos no se prolongarían más de 3 ó 4 generaciones. Pero, aunque sean remotas, no por ello debemos renunciar ni a la hipótesis de trabajo ni a la búsqueda de indicadores. La ausencia de pobladores mesolíticos en determinados territorios, como se propone para las cuencas septentrionales alicantinas (García Puchol, 2005; Juan-Cabanilles y Martí, 2002), probablemente desde finales de la fase A, el reconocimiento de territorios despoblados entre mesolíticos y neolíticos o la adopción de determinadas técnicas o prácticas de cazadores-recolectores por parte de los grupos agricultores y ganaderos, podrían ser interpretados en este sentido, siempre y cuando no sean analizados de forma aislada y utilizados, como único argumento en la contrastación o refutación de las hipótesis.

En cualquier caso, con independencia de los problemas que suscita la cuestión planteada, su resolución ha partido hasta la fecha de la caracterización de la dualidad cultural, intentando concretar su contemporaneidad (Fortea y Martí, 1984/85; Fortea *et al.*, 1987; Martí y Juan-Cabanilles, 1997; 2000). La dinámica histórica y la materialidad social de los grupos mesolíticos se ha ido definiendo a lo largo de las últimas décadas (Aura *et al.*, 2006; Fortea, 1973; Martí *et al.*, 2009; Utrilla y Montes, 2009), al tiempo que se realizaba la de los grupos neolíticos, especialmente

en el ámbito de la fachada oriental de la península ibérica (Bernabeu, 1995; 1996; Bosch, 1994; Martí, 1978; 1985; Martí y Juan-Cabanilles, 1987; Utrilla, 2002), hasta el punto que se ha podido documentar territorialmente un grupo cultural muy homogéneo para los momentos iniciales del Neolítico en el ámbito de las comarcas meridionales valencianas (fig. 3.14). Nos referimos al denominado grupo cardial valenciano o grupo “Or-Cendres” (Martí y Juan-Cabanilles, 1987; Bernabeu, 1989; 2002) que se extiende por el espacio geográfico comprendido entre el mar Mediterráneo y las sierras de Benicadell, Mariola y Aitana, en el norte de la provincia de Alicante y sur de la de Valencia (Bernabeu, 2002; García Atiénzar, 2009; García Puchol, 2005; Jover *et al.*, 2007; 2008). Este grupo, integrado por el momento por algo más de una treintena de yacimientos en cuevas, abrigos y al aire libre (García Atiénzar, 2009; 2010a), son definidos básicamente por el dominio de la cerámica cardial –y también algunas técnicas impresas–, pero también por el denominado por algunos investigadores como “paquete neolítico” (Hernando, 1999), integrado, además de por la cerámica, por un instrumental macrolítico variado –molinos, manos de molino, hachas, azuelas, etc.–, una destacada producción ósea –cucharas, espátulas, etc.–, malacológica –adornos e instrumentos–, lítica tallada –elementos de hoz, taladros, láminas con retoques marginales, etc.– y por el conjunto de los animales y vegetales domesticados, además de otras manifestaciones, incluso gráficas, al coincidir territorialmente con el arte macroesquemático y esquemático antiguo (Hernández Pérez, 2006; Hernández y Martí, 2001; Torregrosa, 1999; 2001; Torregrosa y Galiana, 2000; 2001) (fig. 3.15). No obstante, aunque este grupo sigue siendo reconocido como cardial, recientemente se empieza a plantear un escenario mucho más complejo para el proceso de colonización ante la posibilidad de que interviniesen grupos neolíticos con tradiciones culturales e, incluso, procedencias diversas, aunque siempre dentro del horizonte de cerámicas impresas del Mediterráneo occidental (García Atiénzar, 2010a) (fig. 3.16). Así, se ha empezado a plantear la posibilidad de poder aislar una fase arqueológica de configuración inicial de este grupo Neolítico en torno a la cuenca del Serpis, caracterizada por la presencia de diversas técnicas decorativas impresas, entre las que destacan el tipo *sillon d'impression* o *roker* (Bernabeu *et al.*, 2009; Bernabeu y García Borja, 2011; García Borja, 2017), y en la que todavía no estaría presente la sintaxis propia del cardial pleno valenciano.

Con todo, desde que se publicaran las monografías de la Cova de l'Or (Martí, 1977; Martí *et al.*, 1980), se han intensificado las investigaciones sobre el Neolítico en el área levantina, mostrando una elevada densidad de asentamientos al aire libre. Entre los sitios documentados destaca el amplio número registrado en el valle del Serpis gracias al desarrollo de diversos programas de prospecciones (Barton *et al.*, 2002; Bernabeu *et al.*, 1999; 2003; García Puchol *et al.*, 2001; García Puchol y Aura, 2006; Molina Hernández, 2001; 2004). Estas prospecciones, centradas en los fondos del valle del Serpis, se iniciaron después de poner de manifiesto en algunas



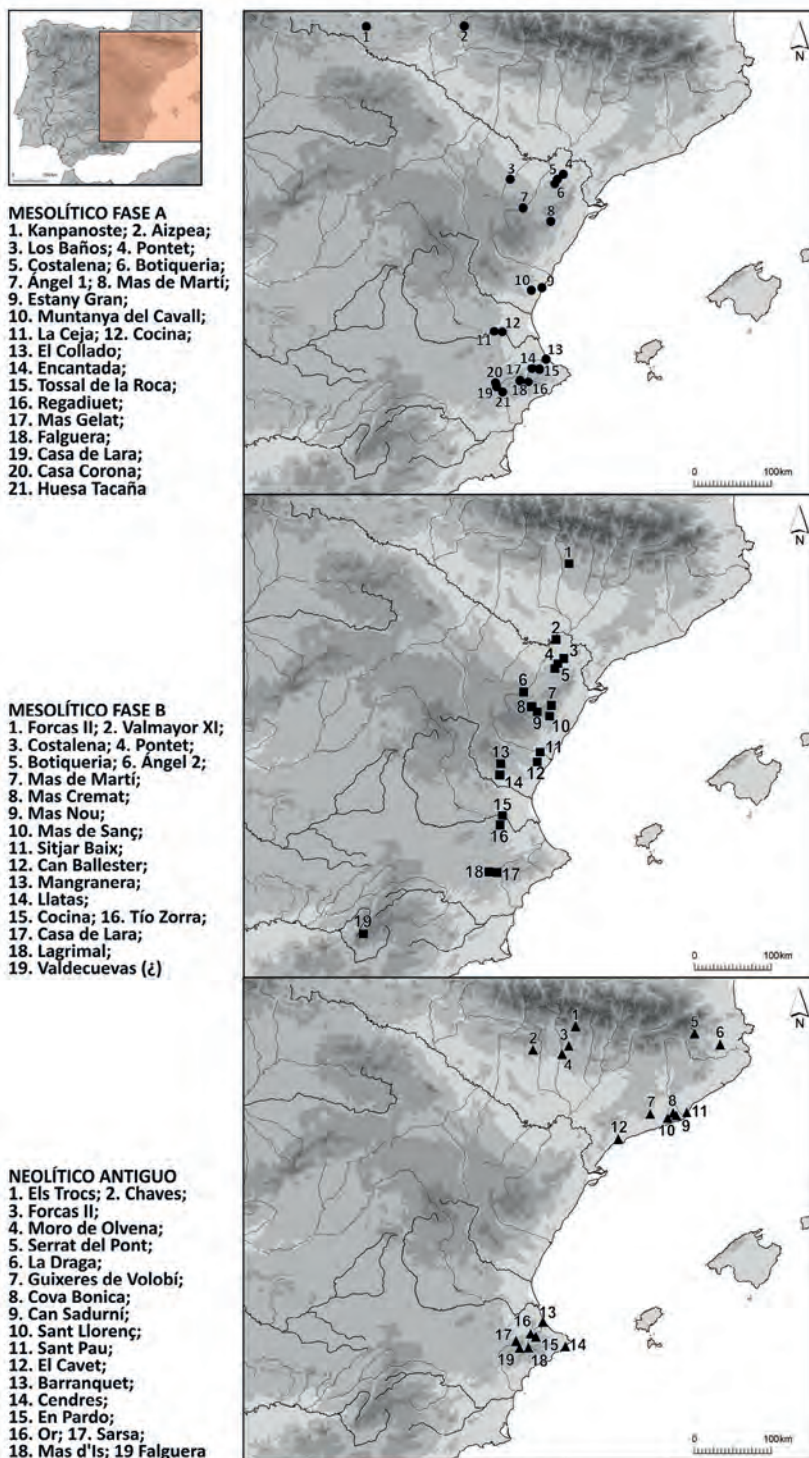


Figura 3.14. Mapa de distribución de los principales yacimientos mesolíticos y cardiales del Este peninsular.





Figura 3.15. Arte macroesquemático. Figura orante del Pla de Petracos (Castell de Castells). Fotografía: Museu Arqueològic d'Alcoi.

publicaciones la importancia de los poblados al aire libre desde los momentos antiguos del Neolítico (Soler García, 1961; 1965). El descubrimiento de yacimientos, como Mas del Pla o Bancal de Satorre (Bernabeu *et al.*, 1989: 101), junto a otros ya conocidos como Casa de Lara o Arenal de la Virgen en el entorno de la Laguna de Villena (fig. 3.17), o Mas d'Is venían a cambiar la orientación de las investigaciones sobre el Neolítico. Estos asentamientos al aire libre pasaban a ser los núcleos más destacados para el estudio del periodo desde sus momentos iniciales, y no desde el IV-III milenio cal BC como hasta esos momentos se había considerado (Bernabeu *et al.*, 1989: 101). Y, al mismo tiempo, se empezaba a considerar la existencia de ocupaciones epipaleolíticas geométricas al aire libre que iniciaban el proceso de neolitización y que, en algunos casos, podían haber prolongado su ocupación hasta la fase campaniforme –Casa de Lara, por ejemplo–, frente a poblados plenamente neolíticos, de momentos antiguos, sin evidencias de ocupaciones previas –Mas del Pla o Mas d'Is–.

A pesar de ello, hasta fechas relativamente recientes, las bases secuenciales para el estudio del Neolítico en estas tierras habían sido construidas a partir de la excavación de cuevas. Además de la Cova de l'Or (Martí, 1977; Martí *et al.*, 1980) y la Cova de les Cendres (Bernabeu, 1989; Bernabeu *et al.*, 2001; Bernabeu y Molina, 2009), que han servido para establecer la secuencia cronocultural, caracterizar a los grupos iniciales cardiales y su desarrollo y ser reconocidos en la investigación internacional (Fugazzola *et al.*, 2002; Guilaine, 1986; Mazurie, 2007; Pessina y Muscio,



Figura 3.16. Proceso de excavación y estratigrafía de El Barranquet (Oliva). Fotografía de M.A. Esquembre Bebia.





Figura 3.17. Laguna de Villena, tras las lluvias de primavera del 2020, en cuyo entorno se ubican varios asentamientos mesolíticos y neolíticos. Fotografía: J. García Guardiola

2000), se han excavado yacimientos en cueva o abrigo como Cova de la Sarsa (Asquerino, 1978; 1998; García Borja, 2017), Abric de la Falguera (García Puchol y Aura, 2006), Tossal de la Roca (Cacho *et al.*, 1995), Coves de Santa Maira (Aura *et al.*, 2000; 2002), Cova d'en Pardo (Soler Díaz *et al.*, 1999b; 2008a; 2012; Soler Díaz y Roca de Togores, 2008; Soler *et al.*, 2013), Cova de Bolumini (Guillem *et al.*, 1992) y Cova del Randero (Soler Díaz *et al.*, 2014). Son pocas aún las investigaciones centradas en asentamientos al aire libre, destacando algunos apuntes publicados sobre Mas d'Is (Bernabeu, *et al.*, 2002; 2003; Bernabeu y Orozco, 2005), con cabañas y fosos de gran tamaño y con una considerable complejidad estructural; Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011), con estructuras de combustión y la inferencia de lo que pudiera ser buena parte de una unidad doméstica (Jover, 2013; Jover *et al.*, 2019a); Mas del Regadiuet (García Puchol *et al.*, 2008), Barranquet (Esquembre *et al.*, 2008) o La Vital (Bernabeu *et al.*, 2011).

Este conjunto de excavaciones han ido acompañadas de una amplia batería de dataciones absolutas (Bernabeu, 2006; García Puchol, 2005; García Atiénzar, 2009; 2010; García Puchol y Aura, 2006; Pardo *et al.*, 2019), significativos estudios paleoeconómicos y paleoecológicos (Badal, 1999; 2002; 2009; Badal y Atienza, 2008; Carrión, 2006; Dupré, 1985; 1995; Fumanal, 1986; Fumanal *et al.*, 1993; Fumanal y Badal, 2001; López Sáez *et al.*, 2011; Machado, 2011; Pérez Ripoll, 1980; 2006; Sanchís, 1994; Soler Díaz *et al.*, 1999b; Soler Díaz y Roca de Togores, 2008;

Verdasco, 2001; entre otros), análisis teóricos desde la óptica de la arqueología del paisaje (García Atiénzar, 2006; 2009; 2011), amplios análisis y estudios de tecnología cerámica (del Pino *et al.*, 2021; García Borja, 2017; McClure, 2004a; 2004b; 2007; 2011; McClure *et al.*, 2006), lítico pulido (Orozco, 1999; 2000; 2010; 2016), líticos tallados (Fernández-López, 1999; Fortea *et al.*, 1987; García Puchol, 2005; 2006; 2009; 2010; Gibaja, 2006; 2008; Jover, 2011a; Juan-Cabanilles, 1984; 2002; 2008), de las producciones óseas y malacológicas (Barciela, 2011; Pascual Benito, 1998; 1999), del conjunto de las manifestaciones gráficas (Hernández Pérez, 2005a; 2008; Martí y Hernández, 1998; Hernández y Martí, 2001) e, incluso, hipótesis del proceso de constitución y expansión territorial de los grupos neolíticos en el ámbito valenciano (García Puchol, 2005; Jover y García Atiénzar, 2015), además de una propuesta sobre procesos de control de la producción y concentración del poder (Bernabeu *et al.*, 2006; 2008). Por todo ello, y sin olvidar la amplia producción generada en el área catalana (Mestres y Tarrús, 2009; Morales *et al.*, 2010; Oms *et al.*, 2014; Oms y Martín, 2018; entre otros), es lógico que consideremos que las comarcas meridionales valencianas constituyen uno de los territorios de la península ibérica con un mayor desarrollo de las investigaciones para el periodo Neolítico.

Como se exponía en el epígrafe anterior, uno de los problemas señalados repetidamente para el territorio del grupo cardial de las tierras meridionales valencianas es la falta de evidencias de yacimientos con niveles mesolíticos geométricos



Figura 3.18. Abric de la Falguera (Alcoi). Yacimiento con ocupaciones mesolíticas y neolíticas cardiales sin continuidad.

recientes con los que se pudiera abordar la problemática de la posible convivencia de grupos con tradiciones económicas y culturales diferenciadas. Solamente han sido atestiguadas algunas ocupaciones de cavidades o abrigos correspondientes a la fase A o Cocina I de la segunda mitad del VII milenio o principios del VI cal BC –Tossal de la Roca, Abric de la Falguera, Sant Maira, Collado, Benàmer I, Casa Corona, etc. (Fernández-López *et al.*, 2013; 2015; Martí *et al.*, 2009; Torregrosa *et al.*, 2011)–, sin continuidad posterior (fig. 3.18). La fase B o Cocina II, previa a los primeros grupos neolíticos de la zona, está totalmente ausente en este espacio geográfico, a pesar de los esfuerzos realizados en su búsqueda durante las prospecciones y la excavación de yacimientos como, por ejemplo, Falguera (García Puchol y Aura, 2006) o en los sondeos realizados en varios yacimientos de la zona (García Puchol *et al.*, 2001). Esta situación permitió hace unos años plantear que se trata de un territorio despoblado en el momento de la implantación de los primeros neolíticos, estableciéndose una “frontera” entre éstos y los mesolíticos en su proceso de expansión (García Puchol, 2005).





## 3.4. Los últimos cazadores-recolectores ante la implantación territorial de los primeros grupos agricultores

---

El estudio de conflictos sociales como la exclusión y/o autoexclusión de grupos cazadores-recolectores en relación con los agricultores no es nuevo. Ya M.D. Sahlins (1968) planteó esta cuestión desde el ámbito de la antropología en relación con la expansión de las prácticas agropecuarias por el planeta. Sin embargo, desde la arqueología, y en concreto para el Este de la península ibérica, esta posibilidad ha pasado casi desapercibida, centrándose el debate en la dicotomía difusionismo-evolucionismo y en la óptica de los beneficios de la adopción de la domesticación como forma de explicar los procesos de aculturación de los grupos mesolíticos.

Así, con el desarrollo del historicismo, se afianzaron las propuestas difusionistas-migracionistas que señalaban diversos orígenes para la domesticación en relación directa con la ampliación de la información empírica (Bernabó, 1956; Bosch, 1932; Reinach, 1893; San Valero, 1954). A partir de la década de 1970, frente a las ideas difusionistas, surgieron explicaciones contrarias que reivindicaban posiciones evolucionistas-autoctonistas en los procesos de domesticación (Bökönyi, 1974; Ducos, 1977). Estas propuestas, que intentaban resaltar el papel protagonista de las poblaciones indígenas (Dennell, 1983; Zvelebil, 1986), también se desarrollaron en la península ibérica (Acosta y Pellicer, 1990; Fernández-Miranda y Moure, 1975; Hernando, 1999; Olària, 1988; entre otros). Después de varias décadas, las propuestas que defendían un origen autóctono del Neolítico han sido casi abandonadas ya que los argumentos empleados se han ido refutando. En este sentido, cabe destacar que el exceso de confianza en el carbono-14, los problemas tafonómicos, la alteración de los depósitos arqueológicos considerados como prueba (Bernabeu *et al.*, 1999; Zilhão, 1993) y, sobre todo, la errónea clasificación de restos faunísticos como domésticos (Rowley-Cowney, 2003; Vigne, 1988) mostraron las dificultades para validar dichas propuestas, no solo en la península ibérica, sino también en el resto de Europa.

Después de muchos años de trayectoria investigadora, se ha afianzado la explicación difusionista-migracionista (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984; Bernabeu, 1996; Zilhão, 2001) para explicar el origen del Neolítico en buena parte del continente europeo. El modelo de colonización marítima propuesto para el Mediterráneo

occidental (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1973; 1984; Zilhão, 1993; 2000; 2001) planteaba el desplazamiento de poblaciones por vía marítima y su implantación en espacios geográficos muy concretos del litoral. Una vez asentados, estos grupos agropecuarios iniciarían un proceso de expansión territorial, entrando en contacto con las poblaciones mesolíticas. Comenzaría así lo que se ha venido considerando como un proceso de neolitización basado en la cooperación, mediante la interacción y aculturación, de las poblaciones de cazadores-recolectores locales.

La explicación sobre la progresiva neolitización se ha ido forjando durante varias décadas, habiéndose analizado los diferentes escenarios de contacto por numerosos investigadores (García Puchol, 2005; Richards, 2003; Whittle y Cummings, 2007; Zvelebil y Lillie, 2000; Zvelebil, 2001; entre otros). De entre las posibilidades apuntadas, el registro arqueológico y genético ha permitido validar la movilidad fronteriza (Alexander, 1977) o modelo de disponibilidad (Zvelebil y Lillie, 2000), un mecanismo integracionista que supone pequeños movimientos de población en zonas de frontera o contacto entre cazadores-recolectores y agricultores. Atendiendo a este modelo, se iniciaría un proceso de interacción en varias fases de desarrollo –disponibilidad, consolidación y sustitución– que finalizaría con la adopción de nuevas prácticas sociales y económicas por parte de los grupos mesolíticos. Esta situación fue planteada inicialmente para la Europa centroeuropea (Zvelebil, 2001: 5), aplicándose también en el ámbito Mediterráneo (Bernabeu, 2002; García Puchol, 2005). De este modo, en la franja mediterránea de la península ibérica se ha planteado que los primeros grupos agrícolas pudieron llegar a coexistir con los cazadores-recolectores, configurando el denominado modelo dual (Bernabeu, 1996; Fortea, 1973; Fortea y Martí, 1985).

En cualquier caso, algunos autores han seguido manteniendo explicaciones que apuestan por procesos de mutación autóctona, con o sin influencia externa, en el seno de las poblaciones mesolíticas indígenas de la península ibérica (Cruz y Vicent, 2007; Vicent, 1997). Para éstos, el protagonismo del cambio social recaería en los últimos cazadores-recolectores, planteando que las innovaciones neolíticas llegarían a través de las redes de intercambio existentes entre las comunidades mesolíticas del Mediterráneo, teniendo la agricultura y la ganadería un peso oportunista y marginal durante los primeros momentos (Cruz, 2004: 44).

Con independencia de la importancia que la investigación haya otorgado a las poblaciones emigrantes agrícolas o a las poblaciones locales en los cambios constatados, se viene aceptando que los contactos fueron beneficiosos y estuvieron regidos por la cooperación. Los procesos de interacción social y transmisión de conocimientos llevarían a los últimos cazadores-recolectores a adoptar, en un primer momento, los avances tecnológicos y, en segunda instancia, las bases económicas.

Sin embargo, en los procesos de contacto entre sociedades con diferente grado de organización y desarrollo social, como es el caso que aquí nos ocupa, se tuvieron que dar, con toda seguridad, situaciones de conflicto, concretadas en enfrentamientos,

procesos de exclusión y/o resistencia e, incluso, de autoexclusión social y territorial. La coexistencia entre entidades sociales –las neolíticas frente a las cazadoras-recolectoras– con modos de vida, de producción y reproducción distantes y opuestos (Bate y Terrazas, 2002), generaría situaciones de conflictividad social que conllevarían, en buena medida, la desaparición de los grupos mesolíticos en relación directa con el proceso de expansión y crecimiento de los grupos agrícolas. Y, en este sentido, no podemos descartar que en el proceso desarrollado en el Levante de la península ibérica también pudieran desarrollarse este tipo de situaciones.

### **Las investigaciones sobre la neolitización en el Este de la península ibérica**

Las investigaciones emprendidas en los años 1970 fueron importantes en la formalización de la secuencia del Mesolítico en la fachada oriental de la península ibérica y en el desarrollo de la hipótesis sobre la progresiva neolitización de los últimos cazadores-recolectores. J. Fortea (1973) realizó la revisión de todos los yacimientos mesolíticos del ámbito mediterráneo, prestando especial atención a los sectores excavados en la cueva de la Cocina por L. Pericot (1945). Esta cavidad proporcionó la base empírica a partir de la cual se propuso durante décadas la existencia de cambios en la materialidad de las sociedades mesolíticas y su proceso de neolitización (Fortea, 1971; 1973; García Puchol, 2005; García Puchol *et al.*, 2016; Juan-Cabanilles, 1990; 1992; Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08; Martí *et al.*, 2009). Aunque J. Fortea (1973: 500-502) ya señaló la dificultad para reconocer la progresiva aculturación a través de la producción lítica tallada, sí planteó un proceso de aculturación económica dilatado en el tiempo a través de la incorporación temprana de ovejas y cabras, cuya cría se adaptaría bien al modo de vida cazador-recolector de los últimos mesolíticos asentados en las tierras montañosas del interior (fig. 3.19).

La secuencia de Cocina (Fortea, 1973), complementada por otros abrigos como Botiquería de los Moros (Barandiarán, 1978) o Costalena (Barandiarán y Cava, 1989), permitió definir cuatro fases –A, B, C y D– en las que los cambios en la forma y porcentaje de los proyectiles geométricos –secuencia de trapecios, triángulos y segmentos– constituían el eje central de su evolución. Al tiempo que se ampliaban las bases secuenciales, se reafirmaba la posible transferencia de información entre ambos grupos. Así, en los momentos finales de las secuencias de algunos yacimientos mesolíticos se documentaba la presencia de vasos cerámicos y el retoque de tipo doble bisel consideradas, en aquellos años, como aportaciones adoptadas de los grupos neolíticos cardiales (Fortea, 1973: 468). La posterior excavación de contextos mesolíticos recientes previos a la aparición del Neolítico y a la constatación en ellos del doble bisel hizo que la idea anterior se plantease a la inversa, considerándose que “*la técnica del doble bisel [ ... ] podrían ser unos elementos adoptados por los grupos cardiales, en un lógico marco de transferencia con las poblaciones de base epipaleolítica*” (Juan-Cabanilles, 1992: 266). Por otro lado, las dataciones absolutas,



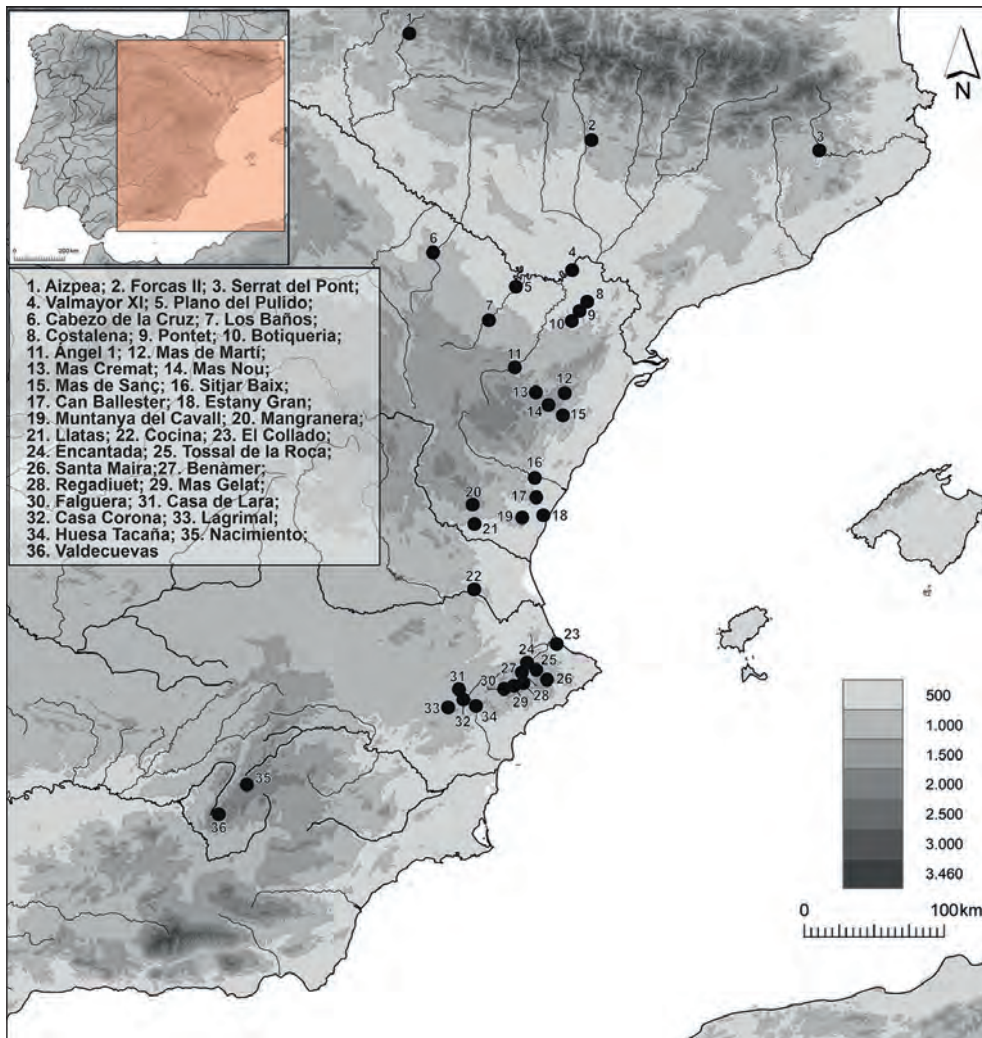


Figura 3.19. Distribución general de yacimientos mesolíticos en el Este peninsular.

muchas ellas sobre muestras de vida larga, avalaban la contemporaneidad de mesolíticos y neolíticos y la posibilidad de los procesos de aculturación.

De este modo, la dualidad cultural y el desarrollo de un claro proceso de neolitización, donde el mayor desarrollo técnico –y también económico– de los neolíticos acabaría imponiéndose, se justificaba en:

- a) diversas secuencias estratigráficas en cueva o abrigo en las que se interpretaba continuidad poblacional mesolítica hasta más allá de la llegada de los primeros neolíticos.
- b) la presencia entre la cultura material de los estratos finales de las secuencias mesolíticas de elementos o tecnología neolítica, ausentes en su tradición

cultural, pudiéndose destacar, entre otros, los vasos cerámicos y el retoque en doble bisel (simple/simple invasor).

Ahora bien, en los últimos años se han constatado problemas en algunos de los argumentos señalados. La excavación de nuevos contextos en los que se registra una clara ruptura estratigráfica entre las ocupaciones mesolíticas y neolíticas, unido a la reinterpretación de algunas de las secuencias y a la determinación del origen de la técnica del doble bisel, hacen necesario reevaluar la información generada.

### **Los nuevos contextos con rupturas estratigráficas y la reinterpretación de los “contextos aparentes”**

Así, las investigaciones emprendidas han ampliado considerablemente el número de yacimientos con secuencias arqueológicas en las que, frente a los procesos de continuidad que avalaban la progresiva neolitización de las poblaciones mesolíticas, se han evidenciado marcadas rupturas. El desarrollo de planteamientos teóricos y metodológicos más consistentes, en los que se ha empezado a determinar la historia de los contextos arqueológicos, ha posibilitado interpretaciones más acordes con la realidad. Esta lectura se ha determinado en abrigos como el Tossal de la Roca (Cacho *et al.*, 1995), el Abric del Mas de Martí (Fernández-López, 2006; Fernández-López *et al.*, 2005), Falguera (García y Aura, 2006) o en el Cingle del Mas Cremat (Vicente *et al.*, 2009).

Por otro lado, aunque el amplio debate generado entre los defensores del difusionismo y del evolucionismo deparó hace ya algunos años la realización de una importante labor crítica sobre los procesos de formación, alteración e interpretación de los contextos arqueológicos neolíticos (Bernabeu *et al.*, 1999; Fernández-López *et al.*, 2005), no ocurrió lo mismo con los yacimientos mesolíticos a partir de los que se definían los procesos de aculturación. Precisamente, han sido las observaciones obtenidas en los nuevos contextos con rupturas las que han hecho considerar la necesidad de reinterpretar algunas de las secuencias arqueológicas más destacadas del ámbito regional. Así, la revisión de diversas cavidades permite interpretar que las evidencias materiales constatadas podrían asociarse a intrusiones y alteraciones entre los diversos niveles de ocupación, ya sean mesolíticos, neolíticos e, incluso, de ocupaciones posteriores. Algunos ejemplos analizados son yacimientos como las cuevas de Valdecuevas o Nacimiento (Juan-Cabanilles y Martí, 2002), la cova de Llatas (García Puchol, 2005: 77-90), Forcas II (García Puchol, 2005: 319) o Cingle del Mas Nou (Martí *et al.*, 2009: 213-214; Olària *et al.*, 1987/88; 2005). Pero, quizás, la aportación más significativa en esta línea haya sido la revisión del sector EI de Cocina (García Puchol, 2005; García Puchol *et al.*, 2018; Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08). Según estos investigadores, el nivel III –fase C de Cocina– se corresponde, en el plano de la producción lítica tallada, con los estadios terminales de Cocina II o Fase B, mientras que la cerámica (García Puchol, 2005: 111-113)

muestra la presencia de fragmentos no decorados, peñados y la completa ausencia de impresas (Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08: 620, cuadro 4), lo que la sitúa en momentos avanzados de la secuencia neolítica. Solamente la ruptura de las ocupaciones, primero mesolíticas para Cocina I, II y III –este último nivel alterado con intrusionas de las ocupaciones neolíticas posteriores– y luego, neolíticas –Cocina IV–, parece ser la lectura más acorde en estos momentos a tenor de los datos expuestos y de la escasez de geométricos con retoque en doble bisel documentados en Cocina (Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08: 621).

Sin embargo, no todos los investigadores siguen esta propuesta. En los últimos años, para zonas como el Bajo Aragón (Rojo *et al.*, 2015; Utrilla *et al.*, 2009; Utrilla y Bea, 2015) se ha efectuado una reinterpretación de las secuencias y de la dinámica de ocupación territorial. Se ha propuesto la inexistencia de la fase B o de triángulos

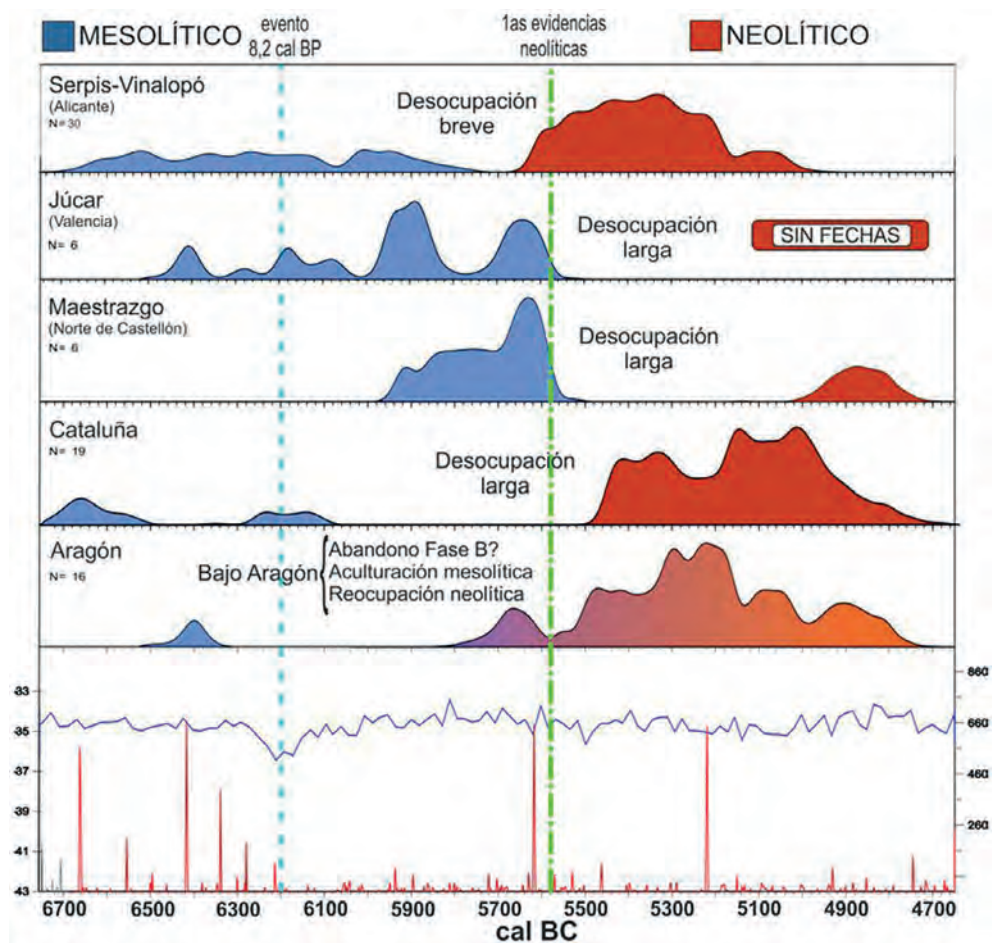


Figura 3.20. Esquema cronológico del desarrollo de las fases mesolíticas frente a las neolíticas en distintos territorios del Este peninsular.

de algunos de los yacimientos más destacados y se ha incidido en la existencia de una fase C, de transición al Neolítico, donde varios de los yacimientos vuelven a ocuparse después de un amplio periodo de vacío poblacional. En ellos, según estos investigadores, vuelve a documentarse el componente lítico propio de la tradición mesolítica –básicamente triángulos de tipo Cocina– unidos, en unos casos, a unos pocos geométricos con retoque en doble bisel. Esta situación se observaría en el nivel 4 de Botiquería de los Moros, con una datación de  $6830 \pm 50$  BP (GrA-13267), o en el nivel C inf. de Pontet, datado en fechas más tardías (GrN-14241:  $6370 \pm 70$  BP) y donde los triángulos de tipo Cocina aparecen junto a cerámica incisa, al igual que en Costalena y en el abrigo dels Secans (Utrilla *et al.*, 2009: 146-147). Para algunas de estas cavidades sería necesario efectuar nuevos trabajos de excavación, como los emprendidos por O. García Puchol y otros (2016) en Cocina con el objeto de evaluar nuevamente dichas secuencias (fig. 3.20).

Por tanto, desde esta perspectiva, la información expuesta es lo suficientemente amplia como para mantener una actitud crítica en torno a las inferencias que se han podido plantear a partir de algunos de los contextos en cueva excavados hace décadas y que vienen siendo utilizados para argumentar la hipótesis sobre la progresiva neolitización de los grupos cazadores-recolectores. En la mayoría de ellos todavía no se ha contemplado la necesidad de determinar la (su) historia de formación y transformación como contextos arqueológicos dinámicos.

### **Sobre la tecnología lítica tallada**

Por otro lado, los nuevos datos estratigráficos y la revisión de las secuencias de algunos yacimientos excavados hace décadas ponen bajo sospecha la interacción social que se reconocía en la posibilidad de que el retoque en doble bisel fuese una técnica neolítica adoptada por los grupos mesolíticos. Efectivamente, J. Fortea (1973: 458) ya señaló que el retoque de doble bisel no era una técnica de retoque preneolítica, sino de cronología neolítica evolucionada, pero presente en los yacimientos con componente geométrico de ascendencia epipaleolítica.

La ampliación de la base empírica en los últimos años en todo el ámbito mediterráneo está facilitando la determinación de diferencias cada vez más significativas entre las tradiciones tecnológicas, modo de vida y expresión cultural de los mesolíticos geométricos frente a los neolíticos, fundamentalmente impresos y cardiales. El estudio del Neolítico en la zona mediterránea francesa (Binder, 1987; Briois, 2005) y de yacimientos neolíticos antiguos no alterados por otros niveles de ocupación culturalmente diferenciados, como la cueva de Chaves (Cava, 2000), La Draga (Palomo, 2000), Guixeres de Vilobí (Mestres y Tarrús, 2009; Oms *et al.*, 2014), Caserna de Sant Pau (Borrell, 2008), Costamar (García Puchol, 2009) o Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011), entre otros, y la revisión de las secuencias de Cova de l'Or y Cova de la Sarsa (García Borja, 2017; García Puchol, 2005; Juan-Cabanilles, 2009) han servido para establecer una serie de rasgos tecnológicos y morfológicos que



Rasgos	Mesolítico fase B	Neolítico cardial
<b>Materias primas</b>	Obtención de las materias primas litológicas en el entorno inmediato	Uso de materias primas locales e incorporación de materias alóctonas obtenidas a través de redes de intercambio
<b>Sistemas de talla</b>	Talla centrada en producciones laminares	Talla mixta laminar-lascar
<b>Explotación de los núcleos</b>	Talla frontal rectilínea	Talla envolvente
<b>Módulos</b>	Laminitas de 8-11 mm de anchura	Mayor variabilidad
<b>Productos</b>	Triángulos con diferentes morfologías a través de la técnica del microburil y láminas con muescas	Lascas retocadas, muescas y denticulados, láminas con retoques marginales o invasores, elementos de hoz, taladros y geométricos con retoques singulares de tipo simple, simple invasor o doble bisel, plano/abrupto de tipo Jean Cros y abrupto

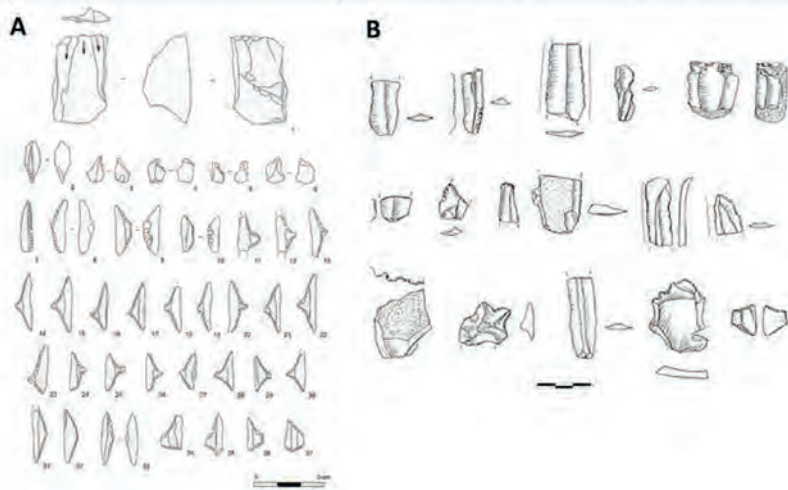


Figura 3.21. Principales rasgos de las producciones líticas mesolíticas fase B y del Neolítico antiguo.

permiten afianzar esas diferencias y reconocer con mayor firmeza las producciones líticas de unos y otros (García Puchol, 2005: 326-328; Jover, 2011a; Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08; Juan-Cabanilles, 2009; Martí *et al.*, 2009).

Con la idea de concretar algunos de los elementos esenciales para su reconocimiento y diferenciación conviene destacar (fig. 3.21) (García Puchol, 2005; Jover, 2011a):

- 1) Los grupos mesolíticos suelen obtener las materias primas litológicas de su entorno inmediato, mientras que los neolíticos incorporan algunas materias primas, como el cristal de roca o el sílex melado –en algunas zonas–, a través de redes de intercambio.

- 2) Los grupos mesolíticos desarrollan primordialmente la talla laminar, frente a los neolíticos, donde se combina con la lascar.
- 3) Los grupos neolíticos generan una mayor variabilidad métrica en la producción de láminas.

Mientras la producción mesolítica está orientada mayoritariamente a la elaboración de armaduras –triángulos– y láminas con muescas para el trabajo de la madera, la neolítica es más variada, aunque destacan los elementos de hoz, taladros, muescas y geométricos con retoques singulares de tipo simple/simple invasor o doble bisel y plano/abrupto de tipo Jean Cros, además del abrupto. Mientras el doble bisel, especialmente sobre triángulos, aparece de forma extendida en los contextos neolíticos del Nordeste peninsular, su presencia es escasa al sur del Turia.

Esta última cuestión es de especial trascendencia si tomamos en consideración las posibles alteraciones de los contextos mesolíticos anteriormente expuestos. El hecho de que la presencia de triángulos con retoque en doble bisel en los contextos arqueológicos neolíticos se constate desde los momentos iniciales de la ocupación, además de la prelación cronológica de estos frente a los de la supuesta fase C del Bajo Aragón (Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08: 625), avala la hipótesis de estos autores sobre el origen del retoque en doble bisel. Por ello, debe ser considerado como un elemento propio de los grupos neolíticos desde su implantación en la península ibérica.

Por tanto, los registros arqueológicos de la fachada oriental de la península, o bien muestran tradiciones puramente mesolíticas –salvando aquellos contextos que necesitan o requieren de una reevaluación de su historia deposicional– con reocupaciones neolíticas posteriores, o bien se ajustan desde sus inicios a la tecnología de talla y cultura material neolítica. Incluso, los yacimientos del Neolítico avanzado –epicardial y postcardial– muestran una clara continuidad con respecto a los momentos iniciales con cerámicas impresas. En consecuencia, las posibles transferencias tecnológicas y materiales entre mesolíticos y neolíticos se desvanecen, siendo la aculturación no tan evidente.

### **La exclusión como algo más que una posibilidad**

Ante esta situación, se hace necesaria una intensa labor crítica y comenzar a retomar otras posibles explicaciones sobre cómo se pudo gestar el proceso histórico de los últimos cazadores-recolectores del Este peninsular. Frente a las propuestas migracionistas con integración asumidas hasta ahora, en todo proceso de coexistencia de entidades sociales con diferentes grados de organización y desarrollo social –grupos cazadores-recolectores frente a comunidades agrícolas (Bender, 1988; Flores, 2007; Sahlins, 1968; Service 1966)–, se tuvieron que producir situaciones de conflicto, concretadas no solo en enfrentamientos, sino también en situaciones de resistencia y exclusión (Parkin, 1979: 45). Desde la teoría del conflicto y

de la resistencia (Miller *et al.*, 1988: 3-7) también pueden explicarse muchos de los procesos desarrollados en el devenir social, sin que por ello sea necesario negar que en los momentos de su desarrollo también se pudieron dar situaciones de dominio que desembocarían en la aceptación de prácticas y/o nuevos modos de vida o la integración aceptada de algunos grupos cazadores-recolectores en el seno de los agricultores.

En este sentido, las relaciones de dominación o de sometimiento no parecen ser las formas empleadas por los grupos agricultores en su proceso de expansión sobre espacios sociales ocupados por cazadores-recolectores. Este tipo de relaciones son habituales en el seno de sociedades de clases o en el contacto de estas con otras preclasistas (Keeley, 1996; Malinowski, 1941; Nocete, 1999). Sus relaciones tuvieron que regirse, más bien, por conflictos en relación con la gestión de recursos o demarcación de espacios territoriales, más aún si se trata de sociedades con mayor grado de desarrollo social, como las neolíticas, en proceso de expansión y consolidación demográfica y territorial. En las sociedades neolíticas, ya tribalizadas (Bate, 1989; Flores, 2007; Sahlins, 1968; Vargas, 1988), se asume que todos los miembros son copropietarios del objeto de trabajo (Bate, 1989). Frente a estos, las bandas de cazadores-recolectores con las que entraron en contacto pudieron estar o no tribalizadas (Bate y Terrazas, 2002; Flores 2007). Este último rasgo de la estructura política y organizativa de los grupos cazadores-recolectores es esencial ya que el desenlace de la interacción entre distintas sociedades concretas –neolíticas frente cazadores-recolectores– y, por tanto, entre formaciones socioeconómicas, pudo deparar consecuencias de muy diverso calado.

De este modo, la implantación de los grupos neolíticos llevaría consigo, necesariamente, la demarcación del espacio social del que es propietario el grupo. También la limitación o el control del acceso a los recursos naturales existentes en el mismo y la defensa de todo el producto resultante del trabajo invertido. En el proceso de demarcación de la propiedad territorial, todo grupo ajeno quedaría excluido del mismo, con independencia de que hasta ese momento hubiese sido la despensa natural de donde habrían obtenido los bienes necesarios para su subsistencia. Pero también muchos grupos cazadores-recolectores podrían no haber querido asumir el contacto con otros grupos con diferentes modos de organización, ni tampoco entrar en conflicto, por lo que iniciarían procesos de autoexclusión, desplazándose a otros territorios deshabitados, marginales o de bajo interés de explotación económica para los grupos agricultores, como bien planteaba Sahlins (1968).

Ahora bien, como prehistoriadores, el problema al que nos enfrentamos no es la asunción de la diversidad de eventos y desenlaces sociales que pudieron acontecer, sino determinar arqueológicamente cómo se pudieron materializar. Mientras que los procesos de integración social pueden conservarse y ser reconocidos en los registros arqueológicos a través de los denominados como contextos materiales “mixtos” o transicionales, las situaciones o eventos de conflictividad de breve

desarrollo temporal, como pudieron ser los que nos ocupan, no lo hacen tan claramente. Incluso, las pruebas pueden desaparecer totalmente si el resultado final de todo el proceso es la expansión, sobre los antiguos territorios de los cazadores-recolectores, de sociedades que, como las agrícolas, comprometen y transforman una mayor cantidad de la naturaleza. Los argumentos que, por el momento, vendrían a apoyar esta hipótesis sobre la exclusión y autoexclusión social de los grupos cazadores-recolectores son:

- 1) los vacíos poblacionales documentados en determinados territorios
- 2) la contemporaneidad de grupos con bases organizativas diferentes en territorios colindantes, pero con diferencias palpables en cuanto a recursos perfectamente reconocibles.

### **Sobre los vacíos poblacionales y la coexistencia en espacios colindantes**

Desde hace años se viene infiriendo del análisis del registro arqueológico del Este peninsular la existencia de vacíos poblacionales o drásticos cambios en el patrón de asentamiento durante un periodo de tiempo más o menos extenso, previo a la plena constatación de grupos neolíticos. En una rápida valoración territorial de la fachada mediterránea peninsular, de norte a sur, tenemos que referirnos a:

- a) el área catalana donde, por el momento, no se constata la presencia de ocupaciones del Mesolítico geométrico (Vaquero y García-Argüelles, 2009). Las últimas ocupaciones documentadas se relacionan con el horizonte de muescas y denticulados, aunque algunos contextos podrían estar evidenciando, no sin ciertos problemas, el tránsito hacia la fase A del Mesolítico geométrico (Vaquero y García-Argüelles, 2009: 198). Tras casi un milenio sin evidencias de ocupación humana, se documenta la plena implantación de grupos neolíticos cardiales a partir de fechas absolutas en torno al 5500 cal BC (Oms y Martín, 2018).
- b) el caso del Maestrazgo, donde parece evidente la continuidad del poblamiento mesolítico con la plena constatación de las fases A y B en el Abric del Mas de Martí y en otros contextos (Fernández-López *et al.*, 2006). Estas ocupaciones ofrecen una clara prelación y contemporaneidad con respecto a los primeros grupos neolíticos ubicados en otros territorios, como la cuenca del Serpis (Bernabeu, 2006; García Atiénzar, 2010a), teniendo en cuenta las dataciones obtenidas en el Cingle del Mas Cremat (Vicente *et al.*, 2009).
- c) lo mismo podemos plantear para el Bajo Aragón, considerando que varios de los contextos en abrigo y cueva excavados mostrarían una clara continuidad de la fase B con respecto a la fase A. No obstante, en diversos trabajos se ha propuesto un vacío ocupacional durante la fase B y una posterior



reocupación durante la fase C, momento en el cual se produciría el proceso de aculturación de los últimos cazadores (González-Sampériz *et al.*, 2009; Utrilla *et al.*, 2009). Como hemos expuesto anteriormente, los procesos postdeposicionales obligan a cuestionarse si las dataciones obtenidas para estos contextos se corresponderían con los últimos mesolíticos coetáneos a los primeros grupos neolíticos, o con la ocupación de dichos abrigos por parte de grupos neolíticos en proceso de expansión territorial. Se trata de una discusión abierta, máxime si tenemos presente la disparidad de contextos, desde la presencia en este mismo ámbito de yacimientos neolíticos sin niveles mesolíticos previos –Alonso Norte y Plano del Pulido– (Utrilla, 2012) en los que no se evidencian rastros de aculturación, hasta de contextos recientemente excavados –Valmayor XI-II– interpretados como mesolíticos con elementos neolíticos resultantes de la interacción entre grupos neolíticos de colonos pioneros y comunidades locales de cazadores-recolectores (Rojo *et al.*, 2015: 67).

- d) el caso de la cuenca media del Júcar, especialmente a partir de la cueva de la Cocina, donde se documenta una clara continuidad ocupacional durante el Mesolítico geométrico, estando bien representada tanto la fase A como la B (García Puchol, 2005; Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08). Esta situación ha sido avalada recientemente por diversas dataciones absolutas sobre muestras de vida corta (García Puchol *et al.*, 2016). Se advierte así una continuidad en la ocupación mesolítica hasta casi solaparse con los primeros neolíticos que ocuparían tierras más meridionales. Lo mismo se puede considerar para el Alto Vinalopó, donde se constata una clara continuidad desde la fase de muescas y denticulados hasta probablemente la fase B de triángulos en asentamientos al aire libre con enterramientos individuales en fosa, como Casa Corona, o en cueva, como El Lagrimal (Fernández-López *et al.*, 2013).
- e) las cuencas del norte de la provincia de Alicante, especialmente la cuenca del Serpis, ampliamente prospectada y excavada, donde no se infiere este último proceso (Bernabeu *et al.*, 2008; Bernabeu *et al.*, 2018). En el río Serpis se aprecia un evidente vacío poblacional de los grupos mesolíticos desde el tránsito de la fase A a la B –ca. 5900 cal BC–, así como la plena implantación de los grupos neolíticos a partir del 5600/5550 cal BC. El abandono de un buen número de yacimientos hacia principios del VI milenio cal BC muestra un vacío poblacional en este territorio de cerca de 400 años antes de la constatación de los primeros grupos neolíticos en la zona. Esta situación ha sido interpretada por algunos autores como exclusión territorial (Juan-Cabanilles y Martí, 2002).
- f) la región de las sierras del Segura y Alcaraz (Jaén-Albacete), donde los yacimientos de Valdecuevas (Carrión, 1980) y Nacimiento (Asquerino y López, 1981) han sido empleados como paradigmas de la neolitización del sustrato

mesolítico a partir de la presencia de instrumentos líticos mesolíticos asociados a cerámicas y domésticos (Rodríguez, 1997). La posterior revisión estratigráfica y material de ambas cavidades (Juan-Cabanilles y Martí, 2002) revela que su ocupación finalizaría en la fase B en el caso de Valdecuevas y a inicios de la fase A para Nacimiento. Ambas cuevas serían nuevamente ocupadas en momentos avanzados del Neolítico, además de otros lugares próximos como la cueva del Niño (Ayna) o el abrigo del Molino del Vadico (Yeste) o la cueva Blanca (García Atiénzar, 2010b; Mingo *et al.*, 2012; 2016).

Recientemente, estos vacíos poblacionales o abandonos territoriales se han puesto en relación con posibles migraciones de las poblaciones mesolíticas hacia zonas más húmedas, como se ha propuesto para la zona de Aragón (González-Sampériz *et al.* 2009) o el Sur peninsular (Cortés *et al.*, 2012). La posible causa de estos desplazamientos sería el desarrollo de un evento de crisis climática y medioambiental que se constata entre el 8.0 y el 7.3 ka cal BP –justo en lo que corresponde al desarrollo de la fase B del Mesolítico geométrico–, cuyos efectos pudieron afectar a los sistemas de subsistencia de las poblaciones mesolíticas. Según algunos autores, el aumento de la aridez y la reducción en la composición de los recursos terrestres y marinos habrían llevado a una crisis subsistencial de grupos mesolíticos. Para estos autores, este evento también podría haber propiciado la llegada e implantación de los grupos neolíticos en torno al 7.5 ka cal BP –este proceso podría haberse iniciado con anterioridad en forma de exploraciones o asentamiento inicial–, aunque los procesos erosivos que se constatan en el intervalo señalado podrían estar enmascarándolo (Cortés *et al.*, 2012: 231).

Es evidente que este evento, en el que se pudieron producir importantes aperturas de las formaciones forestales como consecuencia de un régimen de fuegos naturales más elevado (López Sáez *et al.*, 2008: 83) y una importante reducción de recursos alimenticios costeros, pudo generar cambios en la organización y en el patrón de movilidad de aquellas comunidades cazadoras y recolectoras, así como facilitar la expansión de colonos neolíticos hacia nuevas tierras (Duban y Rocían, 2001). Ahora bien, no creemos que sea casualidad que los vacíos poblacionales coincidan con los territorios donde inicialmente se asentaron los grupos neolíticos. Además, se constata una clara continuidad poblacional del Mesolítico geométrico, fases A y B, en aquellos otros donde la presencia neolítica fue posterior y como consecuencia de un posterior proceso de colonización agrícola hacia nuevas cuencas y tierras del interior peninsular (Juan-Cabanilles y Martí, 2002).

Por tanto, aunque la crisis climática señalada pudo influir en los grupos mesolíticos, no debió ser el factor causante de los vacíos poblacionales constatados. Más bien, el inicio de los procesos exploratorios de los grupos neolíticos en diferentes puntos de la costa peninsular, que no su definitiva implantación materializada y

datada en el registro arqueológico hacia el 7500 cal BP, es lo que podría generar el desplazamiento de los grupos mesolíticos por procesos de autoexclusión o de exclusión, siendo uno de los mejores ejemplos el valle del Serpis (Bernabeu *et al.*, 2008; 2018; García Atiénzar y Jover, 2011; Jover y García Atiénzar, 2015; Pardo *et al.*, 2019).

Por todo ello, donde se interpretaba continuidad ocupacional de grupos mesolíticos con progresiva neolitización, primero con la adopción de elementos de cultura material y, más tarde, de prácticas económicas, ahora se deberían plantear, al menos en algunos de los escenarios descritos, situaciones de ruptura, con ocupaciones puramente mesolíticas y reocupaciones posteriores neolíticas. Los procesos de autoexclusión y/o resistencia de los cazadores-recolectores, pero, sobre todo, de exclusión ejercidos por los grupos neolíticos en su proceso de expansión, ampliación y constitución de sus espacios sociales obligarían a los grupos mesolíticos, limitados demográficamente y con bases económicas inestables, a desplazarse hacia otros territorios con menos recursos y con mayores dificultades para conseguirlos. De este modo, los grupos neolíticos se pudieron consolidar rápidamente, primero ocupando pequeños valles cercanos a la costa mediterránea donde se daban las condiciones necesarias para su implantación y reproducción y, una vez consolidados, colonizando nuevas tierras de mayor calidad en cuencas de ríos más amplias. Sería a través de las redes sociales como las diferentes unidades domésticas podrían obtener recursos no existentes en los nuevos territorios ocupados, tal y como muestra la circulación de rocas o instrumentos de piedra pulimentada (Orozco, 2000; 2016).

Ahora bien, ello no implica considerar un proceso rigido exclusivamente por el conflicto y la exclusión, aunque somos de la opinión de que parte de los grupos mesolíticos acabarían quedando aislados y abocados a una desaparición gradual. En las zonas del agreste interior montañoso del Este de la península ibérica, como el Maestrazgo o el Matarraña, pero también en otras donde todavía no se ha investigado suficientemente, situados entre dos de los núcleos iniciales de colonización neolítica, es donde con mayor probabilidad será posible observar los procesos de autoexclusión, exclusión social y definitiva extinción de los mesolíticos, ya que es aquí, en los territorios más agrestes, angostos y con peores tierras para las actividades agrícolas, donde probablemente quedarían aislados algunos de los últimos grupos cazadores-recolectores.

### **Recapitulando: los últimos grupos cazadores-recolectores y los primeros agricultores y ganaderos en el Levante peninsular**

Tras lo expuesto, en torno al 5600-5500 cal BC se constata la presencia de asentamientos correspondientes, por un lado, a grupos cazadores-recolectores locales y, por otro, a grupos agropecuarios. La distribución espacial de unos y otros no es aleatoria, ya que mientras los grupos agropecuarios se localizan inicialmente en los distintos valles que configuran las comarcas centro-meridionales valencianas, desde

la costa hasta el interior, los grupos mesolíticos coetáneos se emplazan en valles interiores y zonas montañosas como el Maestrazgo, el Caroig y la cubeta de Villena. La contemporaneidad de ambas realidades sociales se puede comenzar a sostener gracias al aumento de las excavaciones y del número de dataciones absolutas sobre muestras de vida corta que comienzan a mostrar solapamientos (Jover y García Atiénzar, 2014; 2015). Las diferencias entre ambos contextos se hacen palpables si tomamos en consideración las variables e indicadores arqueológicos reseñados en el apartado anterior, más aún cuando la revisión de aquellos yacimientos que se empleaban para plantear la hipótesis de una progresiva aculturación evidencia ahora una clara discontinuidad en sus secuencias de ocupación, siendo el ejemplo más significativo la cueva de la Cocina (García Puchol, 2005; García Puchol *et al.*, 2016; Juan-Cabanilles y Martí, 2007/08; Juan-Cabanilles y García, 2013).

Los yacimientos neolíticos antiguos al aire libre más destacados de la zona –Mas d’Is, Benàmer, El Barranquet, Caserna de Sant Pau o Les Guixeres– muestran evidencias de hábitat asociadas a diversas actividades perfectamente distribuidas en el espacio ocupado (Molist *et al.*, 2008; Jover, 2013; Oms *et al.*, 2014; Oms y Martín, 2018). Estos emplazamientos buscan zonas llanas próximas a pequeños cauces fluviales. A nivel estructural, destacan los fondos de cabaña semiexcavados en la base geológica, como los documentados en Benàmer o los identificados a través de enchanchados de guijarros delimitados por agujeros de poste que, como en el caso de Mas d’Is, definirían una planta absidal (Jover *et al.*, 2019a). En torno a estas evidencias se documentan pequeñas estructuras negativas, interpretadas como silos de almacenamiento, y áreas de combustión (Bernabeu *et al.*, 2003). En algunos casos, como en Mas d’Is, se han documentado grandes fosos que requirieron de la inversión de una fuerza de trabajo que excede las posibilidades de una sola unidad doméstica (Bernabeu *et al.*, 2006). Estas evidencias muestran la presencia de un hábitat sedentario o semisedentario en torno a un espacio geográfico concreto, consolidación habitacional que vino acompañada por una mayor integración en el territorio marcada por la aparición de establecimientos complementarios que, ocupados esporádicamente en función de actividades como el almacenamiento, la caza o el pastoreo (Bosch, 1994; García Atiénzar, 2006; 2009), servían de apoyo a las actividades de producción y reproducción social llevadas a cabo en las aldeas. Esta mayor presencia e integración en el territorio se infiere también a partir de los estudios de polen de los yacimientos al aire libre, que muestran un importante grado de presión antrópica sobre el medio circundante (Badal, 2009; Iriarte, 2013; López Sáez *et al.*, 2011) relacionada con la apertura de campos de cultivo.

Los estudios carpológicos y faunísticos muestran, por otra parte, el control y reproducción de especies vegetales y animales introducidas (Pérez Jordà y Peña, 2013; Saña, 2013; entre otros). En estos primeros momentos, el sistema económico tiende a minimizar los riesgos propios de una economía primitiva, desarrollando una agricultura basada en una amplia variedad de cereales y leguminosas y una



ganadería trasterminante que aprovechaba los recursos del bosque como reserva de alimento para los ganados ovicaprinos. Por otra parte, en estos momentos los recursos silvestres, especialmente la caza, continuaron teniendo una especial importancia entre las poblaciones neolíticas, bien como complemento para la dieta cárnica, bien como forma de suprimir parte de la competencia que estas especies ejercían sobre los animales domésticos.

En todos los casos, además, se constata la presencia de nuevas técnicas y tipos de útiles tallados, una amplia gama de útiles pulimentados, adornos sobre diversos tipos de materias primas y un amplio repertorio de vasos cerámicos, muchos de ellos decorados con motivos secuenciales y figurativos recurrentes (Bernabeu *et al.*, 2011b; García Borja, 2011). Dentro de la materialidad arqueológica, destaca la mayor presencia de productos alóctonos que permiten inferir redes sociales de largo alcance. Las producciones líticas talladas, aunque predominan las materias primas locales, evidencian la existencia de estas redes de intercambio a través de las cuales circulan jaspe, cristal de roca o determinados tipos de sílex (García Puchol, 2005; Jover, 2011a). Algo similar ocurre con los productos líticos pulidos, entre los que se observan litologías que podrían conseguirse a través de sistemas de intercambio regionales, pero también de otro tipo de rocas, especialmente en la elaboración de adornos, como pulseras o pequeñas azuelas procedentes de otros ámbitos litológicos (Orozco, 2000; 2016).

Por otro lado, se documentan en abrigos situados en torno a algunos de estos yacimientos y en determinados territorios bien acotados, diversas manifestaciones gráficas pintadas, reconocidas como arte macrosquemático y esquemático (Hernández *et al.*, 1988; Torregrosa, 2000/01), también presentes en soportes cerámicos documentados en diversos yacimientos (Martí y Hernández, 1988; Torregrosa y Galiana, 2001). La dispersión de estos abrigos coincide con la de las primeras manifestaciones neolíticas, ubicándose tanto en las montañas que delimitan las cuencas ocupadas como en los valles que conectan los distintos territorios, convirtiéndose así en un demarcador del medio explotado e, incluso, como santuarios de agregación social, como sería el caso del Pla de Petracos (Hernández Pérez, 2003). En este mismo territorio se localizan prácticas funerarias en cavidades, algunas de ellas empleadas como hábitat, pudiendo destacarse el caso de Sarsa (García Borja, 2017; García Borja *et al.*, 2011). Estas prácticas sociales servirían no solo para reforzar los lazos de pertenencia a una comunidad más amplia que la propia entidad familiar que habitaba cada una de las aldeas, sino también para facilitar los procesos de intercambio de productos, conocimientos y genes.

Con estos antecedentes, podemos validar que se trataría de grupos agropecuarios ya tribalizados que habrían llegado a diferentes puntos de las costas orientales peninsulares y que, una vez implantados, iniciarían un proceso de consolidación, apropiación y expansión territorial hacia nuevos territorios (Jover y García Atiénzar, 2015). Durante este proceso, las diferentes entidades sociales de grupos tribales

agropecuarios entrarían en contacto con los últimos grupos locales cazadores-recolectores.

Todo parece indicar que estos últimos se podrían considerar grupos todavía no tribalizados (ver capítulo III.2), diferentes a los grupos agropecuarios, especialmente en lo que refiere al menor peso demográfico, la escasa inversión en las estructuras de hábitat, la nula transformación del medio, la ausencia de prácticas de almacenamiento y su importante movilidad territorial. Estas diferencias llevarían implícitas dos cuestiones esenciales sin las cuales no se puede explicar el proceso histórico en estudio. Por un lado, la efectiva coexistencia, durante un tiempo determinado y en un espacio concreto, de sociedades con diferente grado de fuerzas productivas y relaciones sociales de producción y reproducción (Bate, 2004; Bate y Terrazas, 2002). Y, por otro, considerar la posibilidad de que la entrada en contacto entre ambas formaciones sociales podría haber desencadenado un amplio abanico de procesos sociales, muchos de los cuales difícilmente se materializan en el registro arqueológico.

En definitiva, pocos han sido los trabajos en los que se ha intentado analizar dicho proceso desde la óptica de la entrada en contacto de sociedades concretas correspondientes a formaciones socio-económicas con diferente grado de desarrollo social, diferentes relaciones sociales de producción y reproducción, diferente relación con el objeto de trabajo y, en definitiva, con distantes intereses sociales y políticos, que ocasionarían situaciones y procesos muy diversos que difícilmente se pueden reducir tan solo a procesos de aculturación. Los indicadores que hemos venido manejando permiten inferir que, frente a las entidades pretribales cazadoras-recolectoras locales, los grupos tribales agropecuarios que arribaron a las zonas orientales de la península ibérica tendieron a consolidarse, crecer y expandirse territorialmente, apropiándose del objeto de trabajo fundamental para su sustento, que no era otro que la tierra y todos sus recursos. En dicho proceso de ocupación de nuevas tierras necesariamente entraron en contacto con distintas comunidades de cazadores-recolectores. Las consecuencias definitivas de dicho proceso expansivo y de interacción social, con independencia de las particularidades de cada zona y del tiempo que tuvo que transcurrir, sabemos cuales fueron: la configuración de un amplio número de sociedades concretas tribales de base agropecuaria en el solar de la península ibérica y la desaparición de las últimas sociedades cazadoras-recolectoras.

Ahora bien, en el periodo de transición pudieron acontecer eventos, situaciones y procesos muy diversos. En algunas situaciones de contacto pudo prevalecer la integración de las poblaciones mesolíticas en el seno de sociedades tribales (Rojo *et al.*, 2015; Utrilla y Montes, 2014). En otros casos, como el de las tierras meridionales valencianas, no pueden ser obviadas posibles situaciones de exclusión y de autoexclusión de los grupos cazadores-recolectores (García Puchol, 2005; Jover y García Atiénzar, 2014; 2015; Juan-Cabanilles y Martí, 2002).

En los momentos de coexistencia entre ambas comunidades se pudieron dar procesos de integración voluntaria –o forzada–, pero también de fenómenos de resistencia social mediante la tribalización de los primeros, de exclusión o de autoexclusión, así como también de extinción de algunas de las últimas sociedades cazadoras-recolectoras. Situaciones o eventos de enorme importancia que deberíamos considerar a la hora de abordar, desde el registro arqueológico, lo que denominamos proceso de neolitización, aun cuando sea enormemente difícil la materialización de indicadores directos de muchos de los procesos señalados.

## 3.5. Las primeras comunidades agropecuarias en las tierras meridionales valencianas y su proceso de expansión y consolidación

---

La base empírica disponible viene a validar la idea de que el territorio septentrional del Prebético meridional valenciano fue ocupado por grupos neolíticos de tradición impresa a partir de una fecha cercana al 5600/5500 cal BC, no constatándose la existencia de yacimientos mesolíticos de la fase B en la misma zona. Por lo tanto, se puede considerar, a modo de hipótesis, que los neolíticos pioneros que arribaron a la fachada oriental de la península ibérica, de los que tenemos constancia de estar plenamente implantados a partir de mediados del VI milenio cal BC, lo que obliga a pensar que el proceso exploratorio se tuvo que iniciar antes, eligieron los territorios ya deshabitados del norte de Alicante y sur de Valencia por varias razones que, desde nuestro punto de vista, responden a los propios límites estructurales y de organización productiva y reproductiva de estas comunidades.

En primer lugar, en relación con su carácter organizativo, las evidencias arqueológicas muestran que los grupos pioneros agropecuarios que se desplazaron por vía marítima a estas tierras desde otras zonas del Mediterráneo occidental (fig. 3.22), pero fundamentalmente por la denominada vía norte (Bernabeu, 2006; Bernabeu *et al.*, 2009; García Atiénzar, 2009; 2010a) se estructuraban en pequeños grupos familiares, probablemente, de carácter nuclear o extenso limitado. Su relación con otros núcleos costeros del área franco-ibérica –Cataluña costera, Provenza y Liguria– y también del área tirrénica (García Atiénzar, 2009: 90-94; 2010a) es más que evidente ante la similitud de la materialidad social y el desarrollo cronológico del proceso (Bernabeu, 2006; García Atiénzar, 2009). Algunos estudios de ADN mitocondrial (Fernández *et al.*, 2010; Olalde *et al.*, 2019; entre otros) son bastante elocuentes en relación con la ruptura genética existente entre las poblaciones mesolíticas locales y las poblaciones neolíticas pioneras, cuyos haplogrupos están emparentados con poblaciones orientales.

En este sentido, y aceptando la hipótesis de colonización marítima propuesta por J. Zilhão (1997; 2001), el ingreso y asentamiento de los grupos neolíticos tuvo que implicar toda una serie de procesos previos de carácter exploratorio y de reconocimiento de las condiciones del territorio de asentamiento con el objeto de conseguir



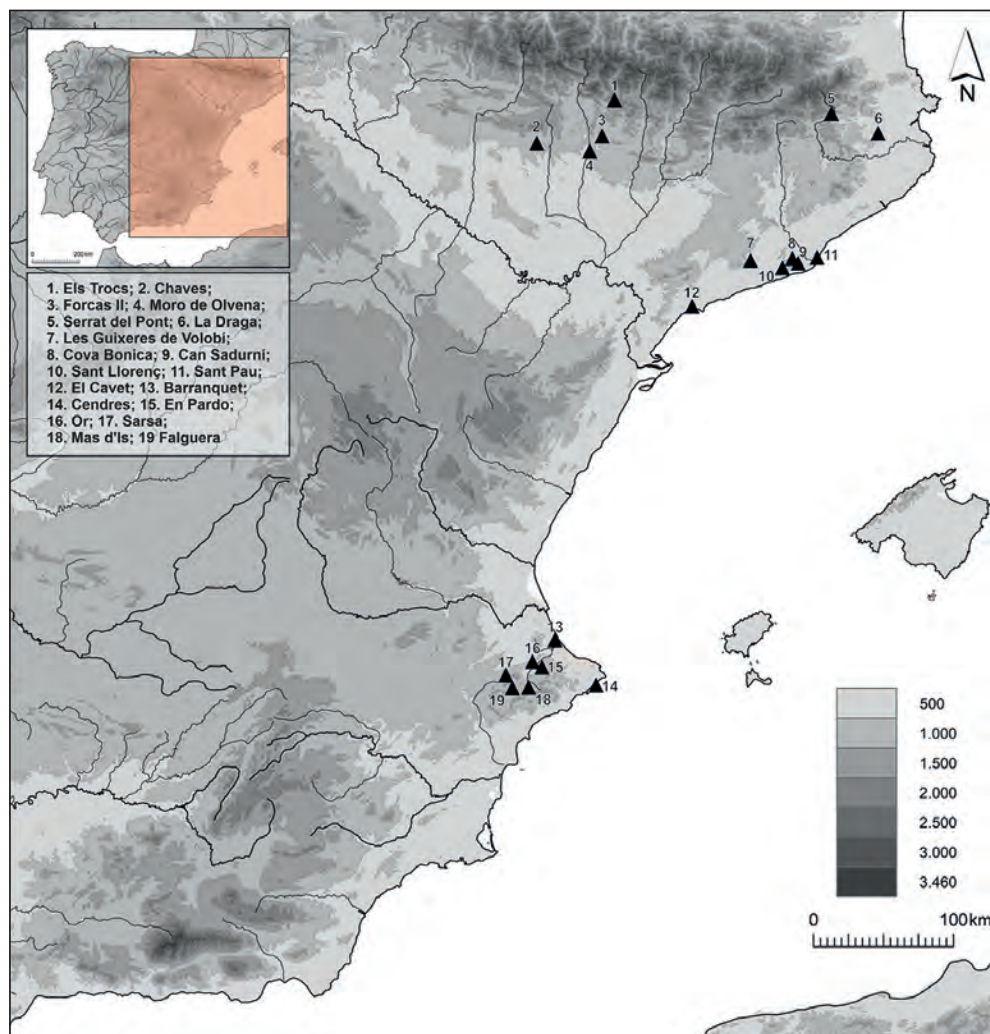


Figura 3.22. Mapa con la distribución de los principales yacimientos del Neolítico antiguo en el Levante y Noreste peninsular.

el éxito en la implantación (fig. 3.23). El escaso desarrollo de las fuerzas productivas –baja demografía y limitado desarrollo tecnológico– de los grupos implicados, la precariedad de su organización productiva y la necesidad de cubrir sus necesidades a partir de la consolidación de amplias relaciones en la esfera de la reproducción biológica y en el intercambio –materias primas, productos, animales y personas–, son las bases que determinarían que el proceso de implantación no se pudiera efectuar inicialmente con éxito en los fondos cuaternarios de grandes valles, sino en llanuras costeras, cuencas más reducidas o zonas con una amplia variedad de recursos que permitiesen a cada unidad productiva y de consumo mantenerse en la autosuficiencia productiva, al tiempo que facilitaría el establecimiento de los vínculos reproductivos y

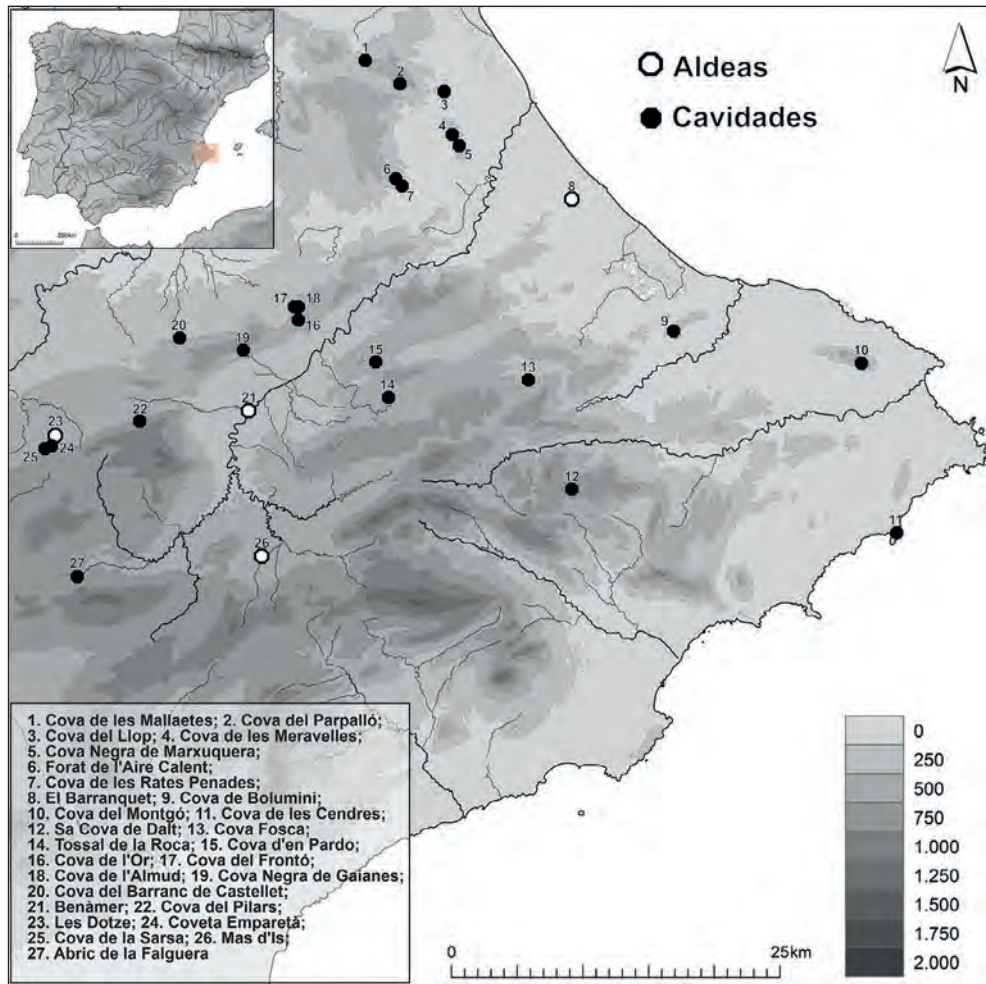


Figura 3.23. Mapa con los principales yacimientos neolíticos del grupo Or-Cendres.

de reciprocidad necesarios con el conjunto de unidades más próximas. De este modo, las condiciones y los recursos disponibles en cuencas como las del Serpis (fig. 3.24), Girona, Xaló o Algar garantizaban el éxito de la implantación, desarrollándose en este territorio un fuerte grado de cohesión y conciencia social, reconocido a través de manifestaciones gráficas como el arte macroesquemático y esquemático antiguo (Hernández Pérez, 2001; 2005; Torregrosa, 2001; Torregrosa y Galiana, 2001) (fig. 3.25).

Las relaciones de reciprocidad y de parentesco establecidas, la consolidación de los lazos o vínculos entre linajes o grupos de filiación, que llevaría parejo el aumento de los procesos de intercambio y el progresivo y rápido desarrollo social –aumento demográfico, aumento de la cabaña ganadera, etc.– serían los procesos que garantizarían el éxito definitivo de la implantación en las cuencas septentrionales del Prebético meridional valenciano.



Figura 3.24. Valle del Serpis desde Cova de l'Or (Beniarrés).

En este sentido, los indicadores arqueológicos evaluados permiten caracterizar antropológicamente a los grupos neolíticos que arribaron a las costas del Levante peninsular como tribales (Sarmiento, 1992; Vargas, 1985). Estamos ante sociedades agrícolas y ganaderas, con prácticas de almacenamiento y con relaciones de reproducción basadas en el parentesco. Estas relaciones serían impuestas por el nacimiento, establecidas de por vida, estatutarias e intangibles, y es a partir de ellas que se definiría la posición del individuo en las relaciones de producción y reproducción (Bate y Terrazas, 2002: 14). Los individuos estarían sometidos a las normas establecidas en el grupo de origen, transmitidas de generación en generación.

Pero, por otro lado, los vínculos sociales, regidos principalmente por el parentesco intra e intersociales, son los que posibilitarían a partir del Neolítico que determinados instrumentos de trabajo –hachas, azuelas, elementos de hoz, percutores, placas de esquisto, jaspe, cristal de roca, etc.– elaborados sobre diversos tipos de rocas y socialmente valorados para mejorar, entre otros, los rendimientos laborales, o que determinados adornos –brazales o pulseras, adornos sobre malacofauna, etc.–, para la propia distinción de los individuos, circularan entre todas las unidades de producción y consumo de carácter agropecuario distribuidas por las cuencas centro-meridionales de las tierras valencianas. En definitiva, las materias primas y productos alóctonos se convertían en los instrumentos vehiculares para el mantenimiento



y consolidación de relaciones de reciprocidad entre unidades en la esfera productiva ante situaciones anómalas –malas cosechas, epidemias del ganado, enfermedades, etc.–, ya que, de lo contrario, no podrían ni asegurar su continuidad ni la circulación de personas indispensable para la reproducción biológica y evitar problemas de consanguinidad.

Conviene recordar en este punto que en las sociedades tribales dominan como modo de organización social las normas de filiación como asignación de la descendencia, siendo muy importante, en este sentido, la movilidad

de los adultos púberes hombres o mujeres (Meillassoux, 1977: 44). No es lo mismo que las mujeres procreen en su grupo de origen que fuera de él, en un grupo externo o comunidad emparentada. El sistema ginecoestático no facilita la estabilidad del grupo ante situaciones anómalas en comunidades demográficamente reducidas, mientras que el segundo puede corregir los problemas o eventualidades que puedan surgir. Y este es un factor importante que debería evaluarse para los primeros grupos neolíticos que ocuparon las tierras valencianas y que empezaron a desestructurarse pocas generaciones después de su asentamiento, como consecuencia de su propio proceso de expansión neopionero y la ampliación de las redes de movilidad reproductiva.

Por otro lado, tampoco debemos olvidar que los estudios antropológicos centrados en la determinación del número de individuos que integrarían una población de supervivencia viable indican unos valores mínimos de 519 miembros (Wobst, 1974), aun cuando claramente se estructurasen a nivel productivo y de consumo en unidades mucho más pequeñas, grupos de filiación o linaje y unidad productiva familiar mononuclear. Si aceptamos estas propuestas teóricas, tendríamos que asumir que el volumen del contingente pionero desplazado tendría que situarse en unos valores teóricos próximos a estas cifras. Ello permite deducir que el proceso de colonización de la fachada oriental de la península ibérica, y particularmente de las comarcas centromeridionales valencianas, no se habría realizado ni en una única oleada ni, probablemente, desde un único punto de origen.



Figura 3.25. Vaso con decoración impresa cardinal y representación de un orante procedente de Cova de l'Or. Fotografía: Museu Arqueològic d'Alcoi.

Consideramos que solo así se puede explicar que en casi todos los yacimientos excavados se documente una materialidad social semejante que entronca directamente con otras zonas del Mediterráneo occidental (García Atiénzar, 2009; 2010a) –cerámica impresa cardial, *sillon d'impression*, *roker*, adornos de malacofauna, instrumental y adornos de hueso, productos líticos tallados y pulidos, etc.–, y la aplicación de las mismas técnicas en los procesos de trabajo, aunque sin la uniformidad propia de un taller especializado ya que, como unidades básicas en la esfera productiva, tienden a ser autosuficientes. Un ejemplo evidente de la falta de uniformidad lo encontramos en el estudio de la tecnología cerámica (McClure, 2007; 2011) ya que, como el resto de actividades –talla, pulimento, cestería, cordelería, vestimenta, etc.–, se trataría de trabajos artesanales de carácter primordialmente doméstico, a veces subsanados también a través de la distribución dentro del grupo de filiación o del intercambio entre linajes con los que estarían vinculados. En definitiva, los principales procesos de trabajo y el conocimiento práctico –saber hacer– estarían controlados en el ámbito doméstico, formando parte de la memoria y estereotipos de la sociedad en conjunto.

Otra cuestión importante es la ausencia, por el momento, de estructuras de almacenamiento de tipo silo en los pocos yacimientos al aire libre excavados en las tierras meridionales valencianas. En Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011) o en Mas d'Is (Bernabeu y Orozco, 2005), únicos yacimientos antiguos al aire libre excavados en extensión en la zona, existe constancia de cereales, bien a través de los estudios de polen, bien por la constatación de restos carpológicos. De igual modo, cabe citar la existencia de concentraciones de cereales torrefactados en Cova de l'Or (Hopf, 1966), lo que permite plantear la necesaria existencia de este tipo de estructuras desde los momentos iniciales, tal y como ha sido evidenciado en otros yacimientos de la cuenca del Llobregat como La Caserna de Sant Pau del Camp (Molist *et al.*, 2008: 21) o en La Meseta norte (Rojo *et al.*, 2008). Ello supone considerar que, al menos, en todas las unidades domésticas se desarrollarían prácticas de almacenamiento a pequeña escala o de ámbito doméstico con el objeto de asegurar rendimientos diferidos y poder reproducir el ciclo agrícola, almacenando la simiente para futuras cosechas y haciendo frente a periodos de escasez o a eventualidades (Jover *et al.*, 2019a).

En definitiva, durante la fase cardial –5500-5200 cal BC–, la escasez de yacimientos excavados al aire libre no permite hacer grandes precisiones, pero los datos obtenidos de la excavación de Benàmer (fig. 3.26), a los que hay que sumar la información publicada hasta la fecha de Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2003; Bernabeu y Orozco, 2005) y la disponible de otros ámbitos próximos implicados en el mismo proceso histórico, muestran que las evidencias arqueológicas al aire libre de los primeros grupos neolíticos debemos interpretarlas como unidades domésticas (Jover y Torregrosa, 2017; Jover *et al.*, 2019a) con ocupaciones sedentarias por la cantidad y tipo de estructuras documentadas. Se trataría de grupos que tenderían a





Figura 3.26. Estructuras de combustión neolíticas documentadas en Benàmer (fase II).

la autosuficiencia productiva a través del desarrollo de diversos modos de trabajo: agricultura de cereales y leguminosas, cría de una pequeña cabaña ganadera, fundamentalmente de ovinos, una recolección intensiva de recursos silvestres y la práctica de caza mayor y menor. Y, a través del necesario establecimiento de vínculos de parentesco para asegurarse la reproducción biológica es como mantendrían y desarrollarían el intercambio de materias primas o productos necesarios en la producción y el mantenimiento del grupo, evitando a su vez los conflictos que pudieran entorpecer la explotación y circulación de las materias primas o el recurso requerido. Así, el intercambio –de individuos y de bienes– entre unidades y/o grupos de filiación es una consecuencia de la necesidad de garantizar la reproducción y para asegurar la autosuficiencia, manteniendo cierta distancia entre las comunidades.

A partir del momento en el que esta serie de unidades de producción y consumo, denominadas por otros autores como granjas (Bernabeu *et al.*, 2006), empezaban a crecer demográficamente y a ver aumentada su capacidad de producción –que no su productividad–, iniciaron un doble proceso de reafirmación:

- a) por un lado, los grupos de filiación o linajes comenzarían a fisionarse y a multiplicarse en unidades de producción y consumo autosuficientes, poniendo en explotación nuevas tierras dentro de las mismas cuencas donde inicialmente las generaciones pioneras se habían asentado, ocupando tanto los tradicionales fondos de valle como zonas de laderas con peores condiciones edáficas. Las nuevas unidades de tipo granja reproducirían los mismos modos organizativos de la producción y reproducción que sus núcleos de origen. Los estudios efectuados en los valles de Penàguila y Ceta (Molina Hernández, 2003; 2004) son un claro ejemplo que podría servir de modelo para el conjunto de las cuencas.
- b) por otro, iniciarían un proceso de expansión territorial y puesta en explotación de nuevas tierras fuera de los espacios iniciales del núcleo cardinal, manteniendo importantes lazos de parentesco con los núcleos de origen y

respondiendo al mismo patrón locacional y a las mismas prácticas organizativas productivas y reproductivas (García Atiénzar, 2009; Jover *et al.*, 2008).

Estos procesos se iniciarían poco tiempo después de su consolidación como entidad social concreta, culturalmente reconocida como el grupo cardial Or-Cendres y cuyos límites quedarían fijados en los territorios comprendidos entre la sierra de Mariola y las cuencas del Serpis y del Algar (fig. 3.27). Hacia el 5400-5300 cal BC ya se estarían dando los primeros pasos del proceso de expansión demográfica y de colonización de nuevos territorios (Molina Hernández, 2004; Jover y Molina,

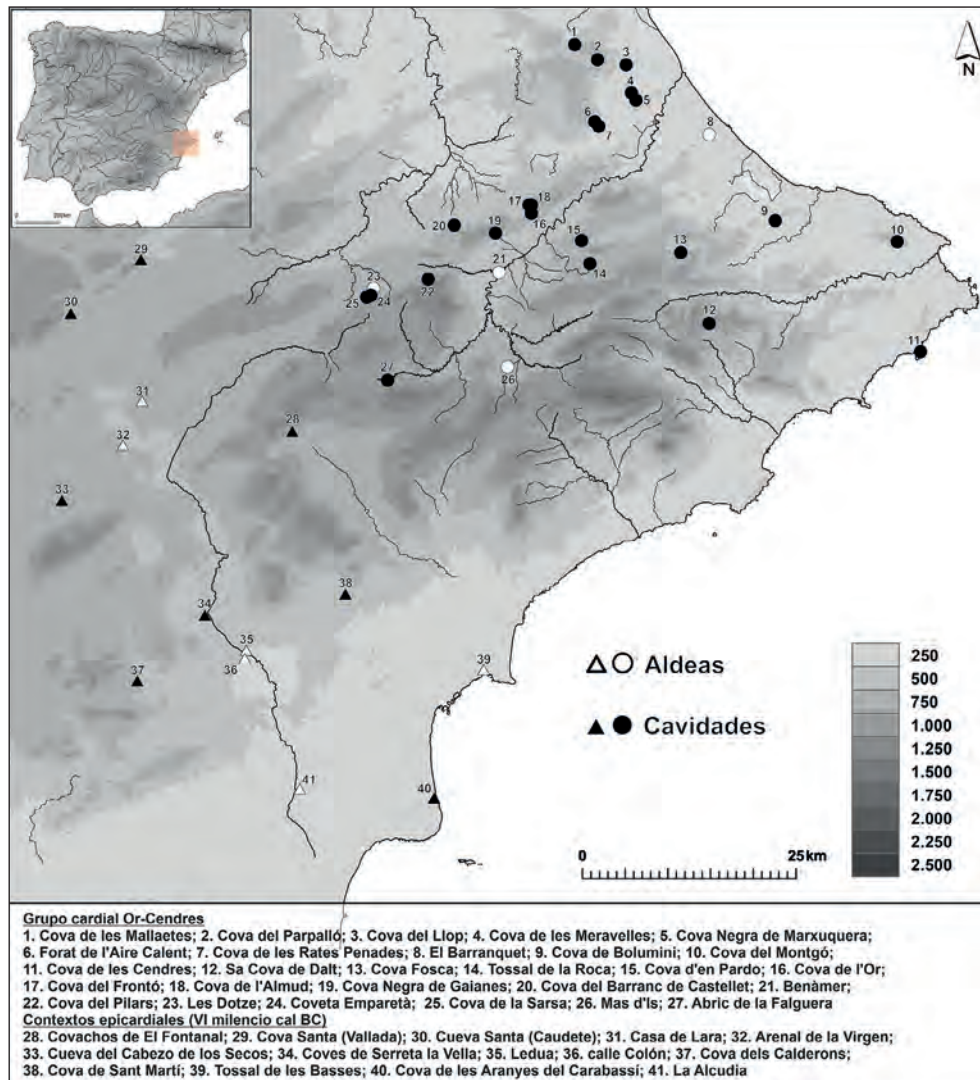


Figura 3.27. Mapa con distribución de los principales yacimientos del área cardial del norte del Prebético meridional valenciano y contextos epicardiales de la cuenca del Vinalopó.

2005; García Atiénzar *et al.*, 2006; Jover *et al.*, 2008; 2018). La rapidez del proceso haría que hacia el 5200/5100 cal BC ya se hubiesen implantado un buen número de unidades agropecuarias en buena parte de las zonas costeras próximas y de las grandes cuencas de la fachada oriental de la península ibérica (García Atiénzar, 2009; Martí y Juan-Cabanilles, 2002).

Es difícil determinar, por el momento, los límites concretos del proceso de expansión desde el núcleo cardinal inicial, y mucho más aun otros aspectos como los ritmos o la velocidad de expansión y las poblaciones implicadas. No obstante, con la información disponible, fundamentalmente el registro cerámico y la distribución del arte rupestre, se puede considerar una doble vía de expansión. Por un lado, hacia el conjunto de tierras situadas en el sur y suroeste, aprovechando los corredores intramontanos del Prebético –Vinalopó, altiplano de Yecla-Jumilla, Campo de Hellín, Alto Segura, etc.–. Hacia este ámbito, el núcleo cardinal pudo haberse extendido de manera temprana hasta la misma cabecera del Vinalopó e, incluso, hasta la zona de Caudete si atendemos a la similitud estilística de algunos vasos decorados aparecidos en la cueva Santa de Caudete con respecto a los de Sarsa (Martínez Amorós, 2018) y a la presencia de arte esquemático –un motivo en doble Y– en el interior de esta misma cavidad y que guarda notables similitudes con otros observados en Sarsa, pero también en el interior del territorio cardinal. Los grupos que se asentaron en el resto de la cuenca del Vinalopó presentan en estos aspectos marcadas diferencias respecto al de Or-Cendres. Por una parte, no se han constatado manifestaciones rupestres y, por otro lado, las decoraciones impresas, raramente cardiales, presentan patrones decorativos diferentes, elementos estos que permiten plantear la existencia de un proceso de reformulación cultural –creación de nuevos códigos de identificación grupal– similar al advertido en aquellos lugares de implantación inicial neolítica a lo largo de la expansión de las sociedades campesinas por las costas del Mediterráneo (Guilaine, 2000/01; García Atiénzar, 2010). Más allá del Vinalopó, la expansión puede rastrearse a través de lo que Hernández Pérez (2005; 2006) catalogó como arte rupestre de influencia macroesquemática, definido, entre otros, por zigzags verticales como los documentados en el abrigo II de Cantos de la Visera (Yecla), Benizar III y el abrigo de la Fuente (Moratalla) –muy cerca del abrigo de la Rogativa que presenta un fragmento con cerámica cardinal–, Solana de las Covachas (Nerpio), Tabla del Pochico (Aldeaquemada) o Río Frío II (Santiago de la Espada).

La segunda vía de expansión se realizaría hacia valles septentrionales, especialmente hacia la cuenca del Júcar, pudiendo reconocerse por la presencia de cerámica cardinal junto a otras incisas e impresas (Fortea, 1973; García Puchol, 2005; Martorell, 2019). En esta zona, la secuencia artística también muestra un punto de unión con la zona cardinal (Hernández Pérez, 2006) a través de una serie de composiciones antropomorfo-zigzags que se encuentran diseminadas a lo largo de la cuenca: Abric Roser (Millares), Los Gineses (Bicorp), Barranc del Bosquet (Moixent) y Beniatjar. Por otro lado, también se ha señalado la existencia de una serie de motivos en zigzag

paralelos y de desarrollo vertical, muchas veces infrapuestos a motivos levantinos, en un área mucho más extensa: cueva del Tío Modesto (Henarejos), Marmalo IV (Villar del Humo), cueva de la Araña (Bicorp), Balsa de Calicanto (Bicorp), cueva de la Vieja (Alpera) y cueva del Queso (Alpera). M.S. Hernández Pérez (2005: 55) planteaba, en función de la dispersión de estos motivos de raigambre macroesquemática, la existencia de un territorio en el cual el trasfondo simbólico original se habría perdido o transformado. Estas expresiones serían el reflejo de la exportación de la iconografía cardial fuera del territorio de colonización inicial en momentos avanzados y alejados de la ejecución de las manifestaciones macroesquemáticas clásicas, lejanía espacial y temporal que explicaría la evidente transformación de los motivos.

La cuenca del Turia, por el momento, es poco conocida y las evidencias más septentrionales del litoral costero castellonense muestran, desde nuestro punto de vista, una clara relación con poblaciones de la actual área catalana si atendemos a las características de la materialidad. El yacimiento de Costamar (Flors, 2010), con formas cerámicas y motivos decorativos similares, ausencia de peinadas, anillos-disco, empleo de corneanas, etc., sería un claro ejemplo de ese proceso de expansión desde territorios septentrionales a finales del VI milenio cal BC (fig. 3.28).

En cualquier caso, en el tránsito entre el VI y el V milenio cal BC, el modo de vida campesino se habría expandido hasta el límite definido por las zonas interiores montañosas de la fachada oriental de la península ibérica. Sería en este ámbito donde, con mayor probabilidad, fue posible observar los procesos de conflictividad/integración social con los últimos cazadores-recolectores, ya que es aquí donde algunos de estos grupos quedarían aislados.

En cualquier caso, el proceso de expansión territorial más allá de los territorios inicialmente consolidados y la ampliación de redes sociales de parentesco para asegurar la reproducción biológica y social pudo derivar en la descomposición del núcleo cardial inicial representados por el grupo Or-Cendres. Hacia inicios del V milenio cal BC ya se habrían ampliado y consolidado los lazos reproductivos –circulación de personas– más allá del propio núcleo cardial, desvaneciéndose la conciencia social que hasta la fecha había mantenido la cohesión social representada por lo “cardial” –arte macroesquemático, arte esquemático antiguo en el territorio pionero cardial o arte de influencia macroesquemático en los territorios neopioneros–. Ahora, la ampliación y consolidación de las redes sociales habría generado una nueva cosmovisión en un espacio mucho más amplio arqueológica y territorialmente representado por la producción, entre otras, de las cerámicas peinadas durante la primera mitad del V milenio cal BC y de cerámicas peinadas y esgrafiadas en la segunda mitad (fig. 3.29).

En este sentido, sugerimos, como hipótesis de trabajo, la idea de que los territorios del área central de la fachada oriental de la península ibérica por donde se



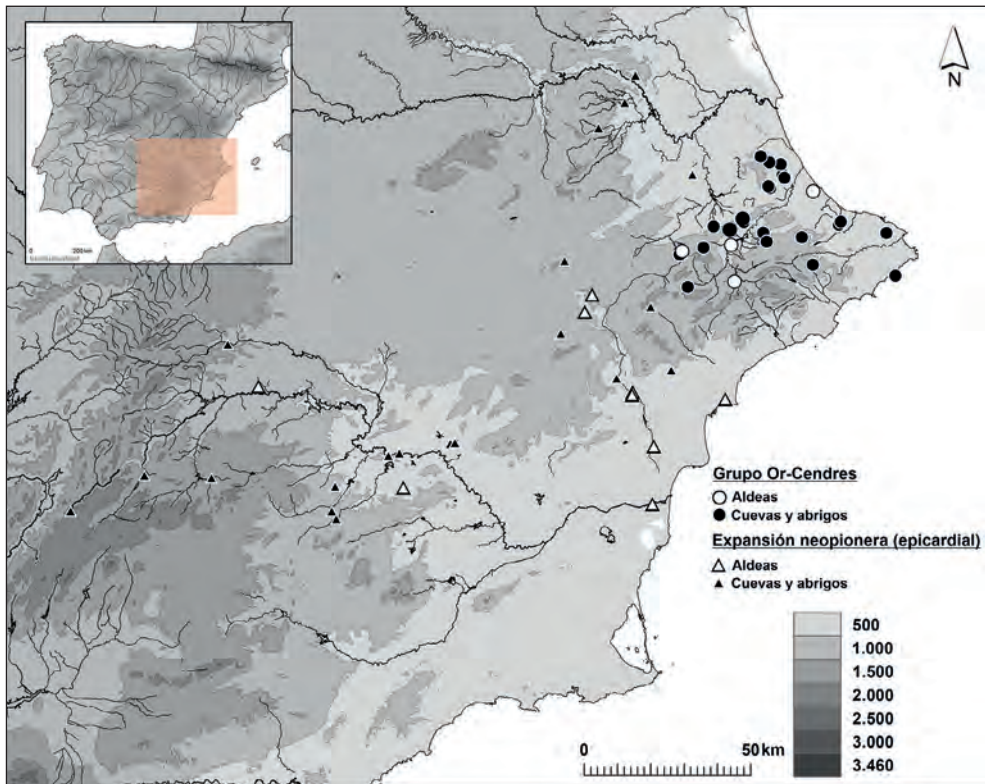


Figura 3.28. Mapa de distribución de los principales yacimientos del grupo cardial Or-Cendres y de los ubicados en el territorio pericardial.

extiende la cerámica peinada, que aparece como técnica dominante en el registro de la región durante buena parte del V milenio cal BC, pueden corresponder con los grupos vinculados a la expansión territorial de las poblaciones del grupo neolítico Or-Cendres. No obstante, esta hipótesis, como campo de trabajo a refutar o validar, deberá ser abordada con detenimiento en futuros trabajos.

El V milenio cal BC supone para las cuencas del Prebético meridional valenciano no solo la disolución de las estructuras sociales cardiales, sino también la consolidación de una nueva entidad social tribal con un modo de vida campesino, con una especial importancia de la cabaña ovicaprina (Badal, 2002; García Atiénzar, 2006; 2009) y el desarrollo de los primeros núcleos agropecuarios estables. En este sentido, una de las pocas evidencias de estos núcleos en las tierras valencianas es la fase IV de Benàmer (Torregrosa *et al.*, 2011) (figs. 3.30). Atendiendo a las características del registro, podemos considerar que se trataría de, al menos, un núcleo estable de campesinos sedentarizados (Jover, 2013) que utilizaría, de forma recurrente y durante varias generaciones, un mismo lugar como área de almacenamiento. La documentación de 201 estructuras de tipo silo y/o cubeta en un espacio mayor de 500 m<sup>2</sup> es un indicador de su estabilidad. Por otro lado, 4 grandes estructuras de

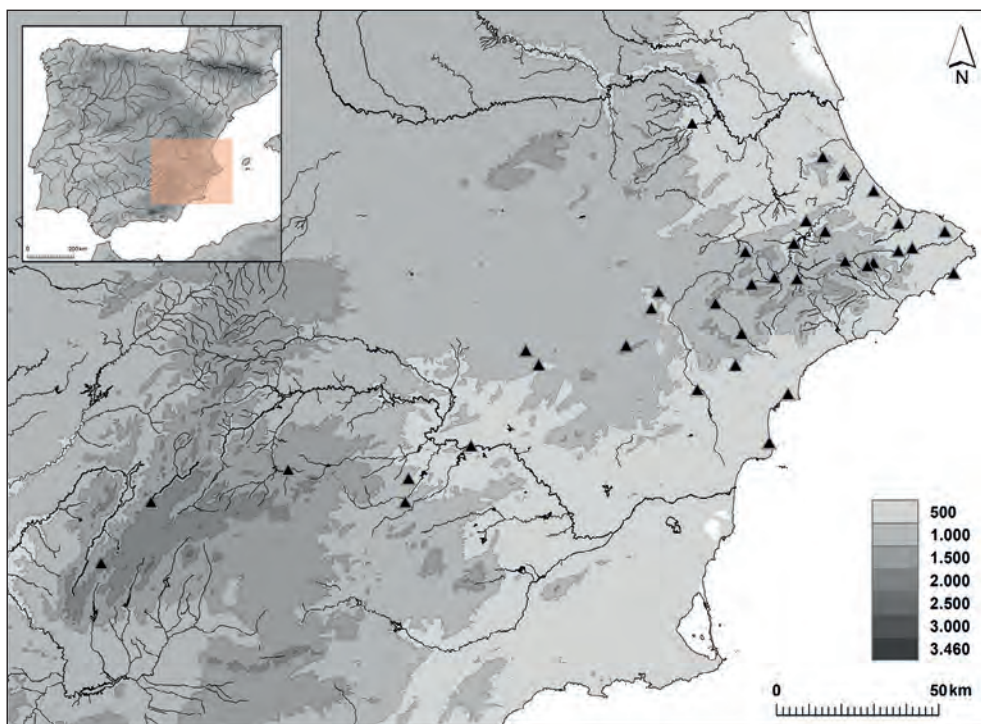


Figura 3.29. Principales yacimientos del área central del Levante peninsular con presencia de cerámica peinada.

tipo silo, no muy diferentes en cuanto a capacidad de las estructuras de gran tamaño documentadas en Les Jovades un milenio después (Bernabeu *et al.*, 2006; 2008), según cálculos teóricos podrían haber servido cada una de ellas para cubrir las necesidades anuales de no más de 25 personas (Martínez *et al.*, 2011).

En el devenir histórico de estas comunidades del Prebético meridional valenciano entre finales del VI e inicios del IV milenio cal BC se dieron cambios sustanciales en la esfera de lo cultural, arqueográficamente reconocibles, pero no así en el modo de producción. Se pudieron dar procesos de concentración poblacional e, incluso, de crecimiento demográfico consolidado en un determinado asentamiento, aunque todo parece indicar que no se dieron las condiciones necesarias –intensificación productiva en una rama no subsistencial y complementariedad entre territorios colindantes, etc.– como para haberse generado de forma independiente procesos de desarrollo de las fuerzas productivas que permitiesen consolidar cambios en las relaciones sociales de producción con los que institucionalizar la desigualdad e iniciar los pasos hacia una sociedad clasista inicial (Bate, 1984). Desde esta perspectiva, consideramos que el inicio de los procesos de desigualdad social en el seno de aquellas comunidades no se producirá hasta el III milenio cal BC, si atendemos al conjunto de los indicadores arqueológicos, y en clara relación con el desarrollo



Figura 3.30. Estructuras de almacenamiento documentadas en Benàmer (fase III-IV).

social y expansión del grupo de Los Millares-El Argar (Jover y López, 2010; López Padilla, 2006).

En general, el estímulo para obtener mayores rendimientos o plusproductos y conseguir el desarrollo de las fuerzas productivas en cualquier unidad de producción y consumo y en el conjunto de una comunidad de base agropecuaria no proviene, inicialmente, de la adopción de destacados avances tecnológicos. De hecho, los instrumentos de producción a lo largo del desarrollo del Neolítico en la península ibérica no variaron sustancialmente. La intensificación productiva solamente pudo provenir:

- a) del énfasis o el desarrollo en una rama productiva específica, asumiendo las consecuencias de tal adopción en relación con los posibles cambios climáticos o con agotamiento de la tierra o de los propios recursos. Un buen ejemplo lo constituye el núcleo catalán del Baix Llobregat con la explotación de las minas de variscita de Gavà (Estrada y Nadal, 1994) y de control de la producción e intercambio de adornos. El agotamiento o la dificultad para seguir explotando el recurso con los medios técnicos disponibles pudo suponer la paralización de los procesos de intensificación productiva iniciados.
- b) del afianzamiento de los procesos de intercambio y distribución entre comunidades humanas que ocuparon territorios colindantes, pero complementarios en cuanto a los recursos existentes y las actividades productivas asociadas. Es el caso de la Vega del Guadalquivir y los territorios montañosos circundantes, geológicamente diferentes (Nocete, 2001a; 2001b). En efecto, la cuenca del Guadalquivir es una gran llanura aluvial donde se



podían obtener grandes cosechas, pero se adolecía de algunas de las materias primas básicas para la elaboración y mantenimiento de los medios de trabajo necesarios para su producción. Sin embargo, en las estribaciones montañosas periféricas abundan los recursos abióticos –rocas y minerales, especialmente– con los que elaborar molinos y morteros para la molturación, hachas y azuelas, láminas de sílex o adornos, así como mineralizaciones cúpricas, siendo, por contra, los rendimientos agrícolas bajos. El desarrollo de la interdependencia entre estas zonas no solamente estimuló la intensificación de los procesos de producción, sino que favoreció y potenció la especialización artesanal y el desarrollo de procesos de nuclearización poblacional en las zonas aluviales donde existían extensas tierras para uso agrícola con rendimientos más elevados. Procesos similares han sido señalados para zonas tan importantes como la Baja Mesopotamia (Algaze, 2008), aunque, en este caso, también se ha hecho hincapié en el desarrollo diferencial de los medios de transporte –embarcaciones, domesticación del asno– desde los momentos iniciales.

- c) donde no se dieron las anteriores circunstancias, de la generación de procesos de nuclearización poblacional limitados, es decir, de concentración de fuerza de trabajo humana asociada a la intensificación en la explotación agropecuaria exclusivamente, siempre bajo tres condiciones necesarias: suficientes tierras cultivables –principal objeto de trabajo– en las que no fuesen necesarias grandes inversiones de trabajo para su puesta en explotación, recursos abióticos y bióticos básicos disponibles en las proximidades de los lugares de residencia –agua, y materias primas para la elaboración de los instrumentos de producción– y lazos de parentesco y alianzas consolidadas con otras comunidades con las que obtener de forma continuada recursos y valores de uso no existentes en el territorio de asentamiento. Este es el posible caso propuesto por algunos autores para las cuencas del Serpis y Albaida a partir del IV milenio cal BC en relación con posibles procesos de control de la producción y concentración de poder (Bernabeu *et al.* 2006; 2008).

Ahora bien, la nuclearización poblacional y el aumento de la capacidad productiva no necesariamente conducen a cambios en las relaciones sociales de producción, sino simplemente a un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, ya que no se consigue que las unidades de producción y consumo aumenten su dependencia de la esfera social en materia productiva y de consumo, ni tampoco el afianzamiento y consolidación de la división o especialización laboral a tiempo completo. Ambas circunstancias solamente parecen darse de forma prístina en la segunda de las opciones planteadas, generando, una vez consolidadas las redes sociales, importantes concentraciones poblacionales estables en zonas muy concretas, normalmente en el



fondo de grandes valles justo en los márgenes de ríos caudalosos, coincidiendo con nudos de comunicación naturales y emplazamientos cercanos a ensenadas costeras.

Así, en el seno de aquellas comunidades segmentarias consolidadas del Prebético meridional valenciano, la conflictividad social surgiría entre los linajes o grupos de filiación rectores –por lo general los más amplios demográficamente– y el resto familias. Sería entre los grupos de filiación o linajes, como auténtico límite de cooperación productiva en este tipo de sociedades donde la propiedad de los elementos del proceso productivo es colectiva (Sarmiento, 1992: 91), donde se generarían situaciones de conflictividad, estableciéndose algunas relaciones de desigualdad, dado que los linajes rectores tendrían una mayor capacidad productiva y, por extensión, mayor presencia en las tomas de decisión sobre el devenir del conjunto de la comunidad. A estos linajes no solamente les interesaría crecer demográficamente para estimular la disponibilidad de mayores cantidades de plusproducto y para mantener su situación de privilegio en la dirección política de la comunidad, sino que también intentarían estrechar y ampliar los lazos parentales de su grupo con otros linajes, con la idea de aumentar las distancias sociales. Por el contrario, los linajes no rectores intentarían evitar el desarrollo de las desigualdades, procurando la fisión de los grupos, manteniendo las relaciones de reciprocidad y de la propiedad comunal del objeto de trabajo. Sin embargo, la precariedad de la autosuficiencia económica de las unidades de producción y consumo y el aumento de las necesidades sociales y materiales, históricamente determinadas, les llevaría a posibilitar, en las tierras del Levante peninsular, el desarrollo de ciertos procesos de nuclearización o concentración poblacional, que en ningún caso llegaron a alcanzar el tamaño de algunos núcleos del Sudeste peninsular, como Lorca (Lomba, 2001; López Padilla, 2006), ubicado en plena vega del Guadalentín y en un importante corredor de comunicaciones, y, ni mucho menos, el de otros del ámbito del Guadalquivir, con grandes yacimientos, como Valencina de la Concepción, donde coinciden los factores naturales antes comentados.



## 3.6. La ausencia de megalitismo en el área central de la fachada oriental de la península ibérica: una propuesta de explicación

---

A finales del siglo XIX el insigne investigador valenciano J. Vilanova (1872: 410) describía como restos de un “dolmen” una serie de construcciones localizadas en el Castellet del Porquet. Unas décadas más tarde, L. y E. Siret (1890: 309) indicaban que, en su opinión, el supuesto “dolmen” no era tal, sino que probablemente los restos hallados correspondían a un poblado semejante a los que habían excavado en Murcia y Almería. A pesar de ello, cuando H. Obermaier (1919) estudió el dolmen de Matarrubilla, continuó dando por buena la interpretación de J. Vilanova, aunque en el mapa del megalitismo peninsular incluido en su trabajo sí se consideraban como dudosas las estaciones megalíticas señaladas en distintos puntos de Castellón y Alicante.

Las cosas empezaron a cambiar definitivamente cuando a inicios de los años veinte del siglo pasado L. Pericot (1925: 19) afirmaba en su tesis doctoral que no existían dólmenes entre el norte de Cataluña y Andalucía y, más aún, cuando I. Ballester (1937) confirmaba la naturaleza no megalítica del emplazamiento del Castellet del Porquet, planteando ya con total claridad la cuestión sobre la inexistencia de megalitos en el área valenciana.

La ruptura del paradigma histórico-cultural que esto supuso generó entonces una problemática a la que había que buscar respuesta ya que, si se aceptaban las claras analogías en el rito funerario –enterramiento múltiple– y las afinidades formales existentes entre los ajueres de muchas de las cuevas de enterramiento levantinas y el resto del ámbito “megalítico”–especialmente con respecto al Sudeste español (Ballester, 1929: 62)–, se hacía necesario buscar una explicación al hecho sorprendente de la falta de arquitectura megalítica en las tierras valencianas.

Las respuestas que a partir de ese momento empezaron a proponerse han sido diversas y su orientación general dependía en última instancia de la toma de postura ante una cuestión previa fundamental: la de si el registro disponible era o no suficientemente representativo como para evaluar de forma adecuada dicha ausencia.

Para N. P. Gómez Serrano (1929: 120) resultaba inconcebible que una cultura tan extensa y duradera como la megalítica pudiera faltar en zonas tan ricas como

el Levante, concluyendo que la ausencia de megalitos en el registro se debía a los desmanes de los buscadores de tesoros y, sobre todo, a la destrucción de los monumentos para emplear la piedra en construcciones posteriores. A pesar de ello, suponía que una parte podría estar aún sepultada en los valles bajo los sedimentos de innumerables aluviones (Gómez Serrano, 1929: 137). En su opinión, por tanto, los megalitos acabarían apareciendo, antes o después, en la parte central de la fachada oriental de la península ibérica. Asimismo, argumentó que las cuevas y grietas naturales debieron constituir la sepultura de las capas más bajas de la sociedad –“fosas comunes”–, mientras que las grandes sepulturas megalíticas, destinadas a los cadáveres de los personajes más poderosos, debían situarse en el llano, en los fondos de los valles que constituían el asiento de los núcleos de población, y que, por las razones antes aludidas, no habían podido ser registrados (Gómez Serrano, 1929: 136).

A medida que las intervenciones y prospecciones arqueológicas fueron incrementando los datos, este tipo de explicaciones resultaban cada vez más insostenibles, pero no por eso dejaron de tener defensores. Es el caso de D. Fletcher (1945), quien llegó a dejarse arrastrar por un entusiasmo que le llevó a publicar una construcción de época romana, hallada en Monforte del Cid (Alicante), como si se tratara de un megalito.

Para otros autores, en cambio, el registro disponible no se podía considerar mutilado en lo sustancial y, por tanto, no cabía explicar la inexistencia de construcciones megalíticas exclusivamente como resultado de la falta de prospecciones, debiendo argumentarse otras propuestas explicativas. A mediados del siglo XX comienza a consolidarse una posición, desarrollada y firmemente defendida por M. Tarradell (1961; 1963; 1965), aunque heredera de planteamientos propuestos anteriormente por investigadores como L. Pericot (1950), que abogaba por una superación del problema asumiendo que la semejanza formal de los ajuares funerarios hallados en los megalitos y en las cuevas de inhumación múltiple, indicaba que tanto unos como otras eran en realidad dos expresiones distintas de una misma cultura, por lo que la ausencia de construcciones megalíticas no respondía más que a una particularidad regional de la gran “cultura megalítica” occidental (Llobregat, 1965). Sin embargo, enfatizar los aspectos comunes entre el registro del Sudeste y Levante no eliminaba el hecho cierto de una sensible diferencia a escala regional que, como el propio M. Tarradell (1965: 23) admitía, todavía restaba por explicar.

Si bien las razones que se han aducido a este respecto han sido de diversos tipos –culturales, socioeconómicas, medioambientales, cronológicas–, a menudo las hipótesis se han combinado de una u otra forma en las distintas propuestas explicativas, tratando de apuntalar de ese modo conjeturas que siempre dejaban sin adecuada cobertura una parte sustancial del registro.

Entre la bibliografía arqueológica consultada hallamos básicamente tres tipos de explicaciones, que no en todos los casos presentan el mismo nivel de argumentación. En primer lugar, encontramos un conjunto de hipótesis caracterizadas por su



determinismo geo-ecológico, en su mayoría relacionadas con la naturaleza del sustrato predominantemente calizo del Levante peninsular que propiciaba un entorno cavernoso en el que resultaba fácil hallar cavidades y grietas naturales en donde ubicar las necrópolis o, por el contrario, a la falta de material granítico y la dificultad para encontrar grandes ortostatos (Pericot, 1950: 32; Jordá Cerdá, 1966: 73; Muñoz, 1985: 86; Soler Díaz, 2002: 101). Dentro de esta misma línea, aunque en el contexto de una explicación difusionista de otro orden, también estaría la hipótesis de A. Fernández Vega y C. Galán (1986: 25), sobre la que volveremos más adelante, que señalaba la ausencia de minerales metálicos en el área levantina como factor relacionado con la inexistencia de megalitismo. Por último, cabría añadir la hipótesis planteada por J. Lomba (1999: 75), para quien el impedimento fundamental a la ampliación territorial hacia oriente del “megalitismo”, más allá del valle del río Segura, estaría causado por la orientación noroeste-sureste del mismo, la cual dificultaría el mantenimiento de la fluidez de los contactos con el núcleo almeriense en contraste con las facilidades que ofrecerían para ello los valles occidentales murcianos, cuya orientación predominante es noreste-suroeste.

Por otra parte, estarían las explicaciones que se relacionan con la falta de una organización social lo suficientemente compleja o jerarquizada en la zona como para permitir el planeamiento y ejecución de una obra monumental de carácter megalítico. Es la hipótesis que, sin mayor argumentación al respecto, sostuvieron autores como G. Nieto (1959: 215).

El desarrollo de esta idea subyace, no obstante, en otras explicaciones que, por el contrario, sí trataron de buscar el origen de esas aparentes diferencias en cuanto a los modelos y escala de complejidad social entre el Levante y el Sudeste del III milenio cal BC (Jordá, 1958: 59). Es el caso de algunas de las hipótesis manejadas por M. Tarradell, como la que proponía una posible relación de los megalitos con grupos predominantemente pastores y las cuevas de enterramiento con otros fundamentalmente agricultores, a pesar de que admitía la imposibilidad de aplicarla a otros ámbitos que no fuesen estrictamente el comprendido entre los Pirineos y el valle del Segura (Tarradell, 1965: 24). Desarrollando esta misma línea argumental, para A. M<sup>a</sup>. Muñoz (1985: 86-87) la ausencia de megalitismo en el Levante podía deberse a la antigüedad y solidez de la implantación de la economía neolítica en esta zona, lo que de algún modo habría permitido preservar aquí unos modos de vida “tradicionales” frente a las transformaciones sociales acontecidas en el occidente peninsular, involucradas en la generación y desarrollo del megalitismo en un entorno cultural de “neolitización” supuestamente más tardía. Para A. Fernández Vega y C. Galán (1986: 24) el proceso habría sido distinto, por cuanto que el rito de inhumación múltiple en cuevas se generaría en el Levante hacia el final del Neolítico, en momentos aproximadamente sincrónicos al desarrollo del megalitismo en el resto de la península, y ya dentro de un “Calcolítico antiguo” vinculado a una expansión territorial relacionada con la búsqueda de metales. En consecuencia, la

3.6. La ausencia de megalitismo en el área central de la fachada oriental de la península Ibérica: una propuesta de explicación

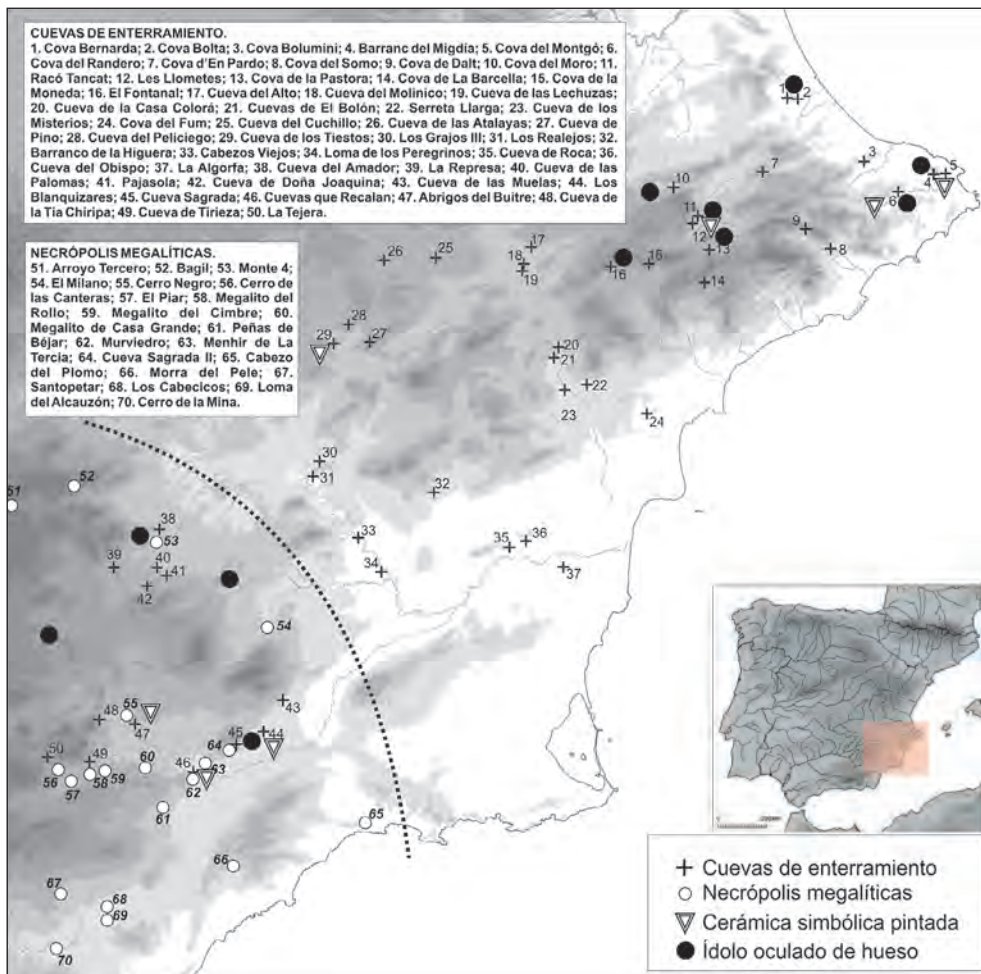


Figura 3.31. Distribución territorial en la zona de estudio de cuevas de enterramiento, megalitos, ídolos y cerámica pintada.

inexistencia de minerales metálicos en esta área peninsular se correspondería en el registro con la falta de elementos supuestamente característicos de los inicios del Calcolítico.

En la actualidad, la postura más extendida es la que profundiza en la hipótesis acerca del mantenimiento en el área central de la fachada oriental de la península ibérica de una poderosa tradición cultural que conllevaba el enterramiento en cuevas desde los inicios mismos del Neolítico (Bernabeu *et al.*, 2001: 33- 34; Soler Díaz, 2002: 101) (fig. 3.31). Esta práctica habría actuado como freno a la expansión de las expresiones funerarias megalíticas en la línea geográfica que marca la cuenca del Segura. Con diferentes matices, este último argumento es el que se ha mantenido también desde la perspectiva del Sur y Sudeste peninsular (Cámara, 2001: 61).

Es innegable que los hallazgos de N. Mesado y J. Andrés (1999) en l'Argilagar pusieron de relieve lo que todavía resta por hacer en cuanto a trabajo de prospección en el tercio septentrional del Levante peninsular, aportando nuevas bases empíricas que permitirían reconsiderar antiguas noticias referentes a grandes cistas de lajas, como la que al parecer se halló en la partida de l'Aixebe, en Sagunto, hace ya más de cuarenta años (Hernández Esteban, 1964).

La ausencia de edificaciones megalíticas para efectuar prácticas funerarias entre los grupos del centro y sur del área levantina, en cambio, resulta sin duda más desconcertante por cuanto que no puede achacarse a la ausencia de prospecciones o a la falta de investigación. Además, resulta evidente la proximidad formal de muchos de los objetos registrados en las cuevas levantinas con el registro artefactual de los megalitos del Sudeste.

Si, en lo sustancial, ello se debe a que ninguna de las diferentes hipótesis planteadas ha resultado ser plenamente satisfactoria. En primer lugar, los argumentos que permiten refutar una explicación fundamentada en determinismos medioambientales, como por ejemplo las relacionadas con diferencias en las condiciones geológicas del terreno, fueron esgrimidos ya hace tiempo (Pericot, 1950: 33; Tarradell, 1965: 24) y resultan fácilmente comprobables si se contrastan con el registro: existen megalitos en áreas geológicas calizas, en las que existen también cuevas y, por otra parte, la naturaleza caliza del sustrato geológico no impide obtener material útil para levantar un megalito. Es el caso de islas próximas a las tierras valencianas, como Menorca e, incluso, Formentera (Guerrero *et al.*, 2007).

En cuanto a la hipótesis de J. Lomba (1999), que trataba de hallar una causa en las diferentes características que ofrecía la disposición topográfica del relieve en una y otra región, consideramos que la razón que impuso un límite a la expansión del megalitismo desde el Sudeste nunca pudo residir en la existencia de condicionantes meramente paisajísticos que, de hecho, nunca dificultaron las posteriores relaciones culturales del grupo argárico entre el valle del Segura y las tierras almerienses.

Por último, las propuestas explicativas que han hecho hincapié en la existencia de diferencias de orden cultural, social, económico o de distinto nivel de jerarquización entre las comunidades “megalíticas” y “no megalíticas” del Sudeste y del Levante han pasado por alto una cuestión fundamental: si se acepta que el megalitismo del área occidental murciana responde a un proceso expansivo del “horizonte millareense” y que el motivo de la ausencia de megalitos en Levante fue una menor capacidad de organización del trabajo colectivo –entiéndase: un menor grado de “jerarquización”– de los grupos de Levante –supuestamente innecesaria debido al alto grado de adaptación y equilibrio económico alcanzado (Muñoz, 1985: 86)– ¿cómo pudieron estos entonces detener el avance de los grupos “megalíticos”, de superior capacidad de cohesión y organización social?

Si no hay respuesta a este interrogante es porque partes esenciales de las hipótesis planteadas hasta ahora se han desarrollado desde perspectivas con un marcado

sesgo culturalista o determinista medioambiental, cuando realmente lo que se precisa es una explicación histórica, que solo puede fundamentarse en el análisis del desarrollo de las contradicciones generadas en el sostenimiento y reproducción de las sociedades y en las derivadas de sus relaciones con otras sociedades vecinas, en condiciones históricas concretamente determinadas.

Tal y como ha planteado L. F. Bate (2004: 27), el elemento que determina la distinta calidad de las relaciones sociales de producción de las formaciones sociales tribales no es tanto la actividad productiva específica que constituye la base fundamental de su economía, sino el establecimiento de la propiedad comunal sobre el objeto de trabajo. En otras palabras, una situación en la que el conjunto social deba garantizar la capacidad de disposición del objeto de trabajo como condición para el desarrollo del proceso productivo, y no solo su posesión.

Como es sabido, el surgimiento o implantación de un modo de vida campesino agrícola conlleva siempre, en distinto grado de intensidad, el establecimiento de una relación de propiedad con el principal medio de producción: la tierra. Sin embargo, apropiarse socialmente de un territorio implica, por un lado, su demarcación, esto es, el señalamiento ante los otros grupos del espacio apropiado, mediante pinturas, grabados o la colocación de hitos reconocibles en el paisaje y, por otra parte, una justificación de la apropiación misma, es decir, una legitimación del derecho a disponer del territorio demarcado. Así, la extraordinaria importancia que a partir de ese momento cobran los lazos de parentesco deviene, ante todo, de su conversión en un vínculo de carácter “jurídico” que pretende justificar la apropiación actual mediante la referencia a los antepasados, aquellos de los que se recibieron los medios para subsistir y reproducirse como sociedad (Meillasoux, 1985: 66). Esta circunstancia es la que sienta las bases para el desarrollo de una ideología del antepasado, que actúa como elemento cohesionador de la comunidad, al tiempo que dota a esta de un componente de identificación excluyente en relación con otros grupos y sus territorios (Cámara, 2000).

Dicha ideología será, además, instrumentalizada por el sector de más edad, para el que tiende a quedar reservado el desempeño de un papel social fundamental, pues al concretarse la apropiación objetiva del espacio productivo, se desencadenan otras importantes contradicciones, como la derivada de la distribución no homogénea de los recursos (Montané, 1986). La imposición de límites restrictivos al territorio implica que el acceso a ciertos recursos queda recíprocamente restringido entre unos grupos propietarios y otros, de tal manera que su obtención quedará sujeta a la participación en un circuito intergrupal a través de la intermediación de aquellos individuos a los que se ha conferido socialmente la representación y autoridad grupal (Meillasoux, 1985: 70).

Del amplio elenco de productos que pudieron participar en esta circulación, solo unos pocos serían susceptibles de dejar restos registrables arqueológicamente, lo cual excluye explícitamente una porción esencial de los mismos que sin duda



tuvo como objetivo fundamental reequilibrar potenciales déficits productivos, a través de la solidaridad intergrupala que dicta el principio de la reciprocidad. Pero el hecho de que la mayoría de los productos intercambiados registrados se componga de objetos fácilmente sustituibles en cuanto a su valor de uso en unas y otras regiones, resulta indicativo de que el principal objetivo perseguido no era el intercambio mismo, sino la consecución y el sostenimiento de la propia relación intergrupala. Sin embargo, es precisamente con los matrimonios, que permiten materializar socialmente este vínculo a través del parentesco, con los que a menudo van asociados de forma preferente aquellos otros productos de mayor singularidad y escasez, o mayor inversión de tiempo de trabajo, y que suelen denotar además un menor valor de uso, los cuales se convierten, precisamente a consecuencia de ello, en elementos representativos de la autoridad grupal (Godelier, 1974: 284; Meillasoux, 1985: 95; Terray, 1978: 159).

Así pues, dado que las bases objetivas de la capacidad de dirección conferida a los rectores de linajes residían en su monopolio de la gestión de la relación intergrupala y del plusproducto social, su interés por intentar ampliar las primeras tenderá a orientarlos hacia el estímulo, incremento y desarrollo de la producción artesanal con que habilitar provechosamente dicha gestión (Terray, 1977: 120). Pero rebasado un determinado límite, en el marco de unas relaciones sociales de carácter igualitario, no es posible incrementar la dedicación a la producción artesanal de una parte del grupo sin aumentar a su vez la disponibilidad de plusproducto que permita su sustento (Sarmiento, 1992: 98), ni tampoco defender una mayor cantidad sin un incremento demográfico que paralelamente garantice su seguridad (Bate, 2000).

Sin embargo, la concentración y/o el incremento demográfico conllevan a su vez la multiplicación de individuos, genérica y generacionalmente aptos, deseosos de asumir responsabilidades sociales que solo muy pocos pueden desempeñar, lo cual plantea un conflicto potencial que cuando se desencadena acostumbra a concretarse en una escisión del conjunto social, que permite la restauración del nivel demográfico compatible con el mantenimiento de las relaciones sociales de producción existentes (Sahlins, 1983: 113).

No obstante, ciertas condiciones históricamente determinadas pueden llegar a fijar las circunstancias concretas en que se verifica tal escisión. En primer lugar, la apropiación de nuevos territorios tenderá a realizarse a costa de aquellos grupos con los que no se tiene relación parental y que, preferentemente, posean un menor grado de cohesión social. Pero, además, influirá decisivamente la importancia adquirida por la producción agropecuaria en los procesos de reproducción social, pues dado que la propiedad de los medios de producción colectivos deviene de los antepasados, de los que asimismo emana la autoridad parental que se pretende eludir, el abandono del grupo matriz en condiciones de plena autonomía política compromete la disponibilidad de la simiente con la que reproducir de manera inmediata el ciclo agrícola en otro lugar. En estas condiciones, la consecuencia lógica será un

sustancial incremento de las actividades predatorias en el seno de los grupos escindidos (Meillasoux, 1985: 47).

En cambio, si no es factible la separación grupal sin acompañarse esta de los medios para reproducir el ciclo agrícola, entonces no es posible escapar efectivamente de la autoridad parental, pudiendo adquirir así la escisión un carácter dirigido, que en tal caso tenderá a orientarse hacia la explotación de determinados recursos demandados por el conjunto social para su reproducción. De este modo, las relaciones parentales que conectan a uno y otro grupo acabarán por convertirse en canales de vehiculación de productos hacia el centro o centros políticos del territorio tribal, desde una periferia en progresiva expansión (Nocete, 2001a).

Un breve recorrido por la evidencia empírica del área comprendida entre las cuencas del Júcar y del Guadalentín nos permite inferir que, entre el VI y el IV milenio cal BC, se asistió a procesos expansivos de ambos tipos, en el marco de condiciones y circunstancias particulares, históricamente determinadas.

En toda la franja costera oriental de la península ibérica la práctica funeraria del enterramiento en cuevas naturales presenta, como ya indicara M. Tarradell (1963: 121), un acusado componente mediterráneo. Sin embargo, hasta hace relativamente poco tiempo, apenas era posible señalar hasta dónde podían remontarse en el tiempo estas prácticas, a las que no obstante hoy podemos atribuir una gran antigüedad (García Borja *et al.*, 2011). Su escasa representación en el registro arqueológico de los inicios del Neolítico se ha atribuido en parte a su “ocultación” tras la sucesión de contextos en las cavidades empleadas como necrópolis (Bernabeu *et al.*, 2001), pero esta se debe también, sin duda, a una escasez de datos –y dataciones– correctamente contextualizadas.

Por otro lado, la información generada en estos años evidencia que los grupos cardiales que se asientan en puntos aislados de la costa mediterránea peninsular en el VI milenio cal BC están plenamente tribalizados (Sarmiento, 1992), y esto se expresa en el registro empírico derivado de sus prácticas productivas tanto como del contenido inferible de sus prácticas socioideológicas (García Borja *et al.*, 2004; Juan-Cabanilles *et al.*, 2001).

No obstante, hacia finales del VI milenio cal BC parece marcarse el inicio de una ruptura, expresada en el registro arqueológico no solo en los cambios perceptibles en el patrón de ocupación del territorio, sino también en la mengua notable o incluso la completa desaparición de determinados productos como las cucharas de hueso, los brazaletes de esquisto o los vasos simbólicos, todos ellos profundamente implicados en los procesos de reproducción ideológica de la sociedad concreta que inferimos a través de la materialidad del grupo Or-Cendres (Bernabeu *et al.*, 2006: 111).

Paralelamente, los santuarios rupestres del estilo macroesquemático se abandonan o son reutilizados plasmándose ahora representaciones pictóricas de estilo levantino, como sucede en La Sarga (Hernández y Martí, 2001). La expansión

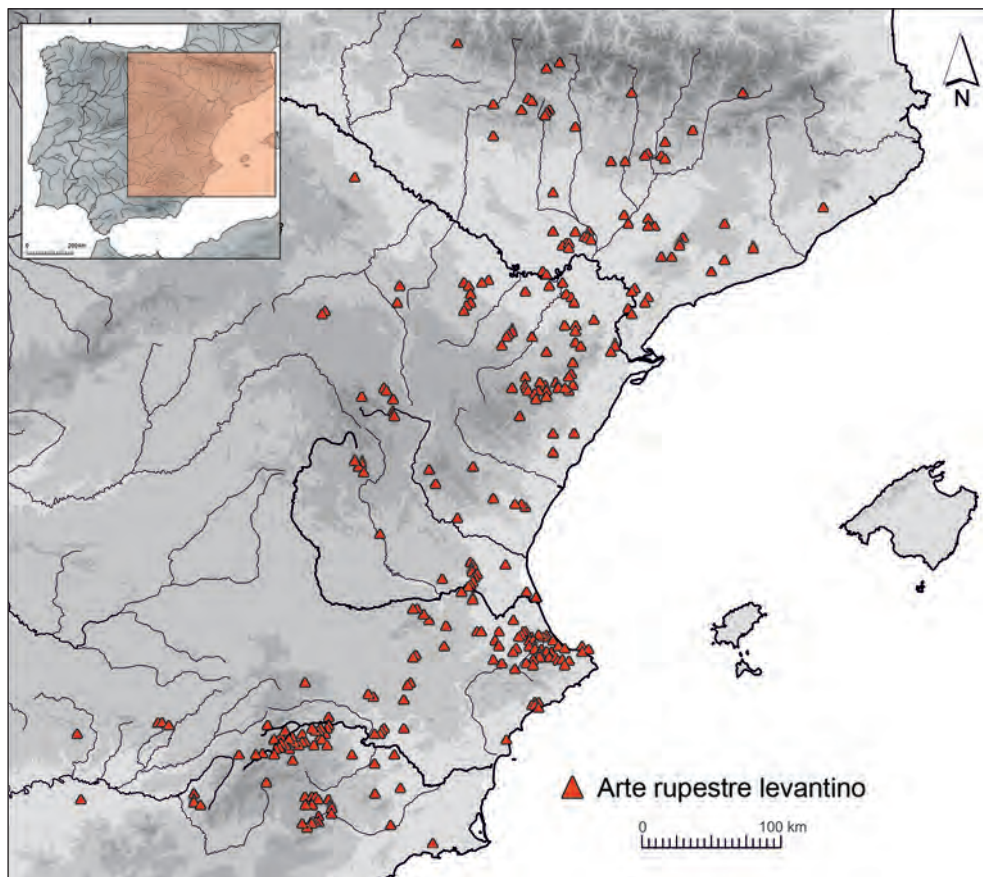


Figura 3.32. Distribución de los principales yacimientos con arte rupestre levantino.

de esta nueva manifestación gráfica, tan diferente en técnica y contenidos, por un amplio territorio del área más oriental de la península también parece coincidir en el tiempo con el desarrollo de un proceso de aparente consolidación del poblamiento neolítico, el cual estaría reflejándose en un mayor grado de homogeneidad artefactual a escala regional, que se ha querido ver sobre todo en función de la abundancia y generalización en las zonas meridionales valencianas de las cerámicas peinadas en los registros de los yacimientos (García Puchol *et al.*, 2004).

En lo que concierne al tema que aquí nos ocupa, hace ya tiempo que A. M<sup>a</sup>. Muñoz (1985: 87) recordaba la correspondencia señalada por autores como F. Jordá (1958: 57) entre el territorio del arte levantino (fig. 3.32) y el ámbito geográfico en el que se registraba la práctica del enterramiento múltiple en cuevas naturales, insistiendo en la pertinencia de investigar la hipótesis acerca de tal vinculación. Después de más de sesenta años, cabe aún esperar datos concluyentes que permitan inferir una conexión aún más definida entre ambas realidades. Si esta llegara a corroborarse empíricamente, permitiría explicar la aparición de ambos sobre un mismo

territorio como resultado de un único proceso de ampliación de la formación social, de este a oeste, hasta hallar los límites físicos a su modelo de expansión.

Sin embargo, los acontecimientos que a partir de finales del VI e inicios del V milenio cal BC pudieron conducir a la desintegración y transformación de este núcleo cardial continúan hoy siendo, no por casualidad, el contenido de una de las etapas con menor información arqueológica. Por ahora, la hipótesis más plausible invita a suponer una decisiva desarticulación de los anteriores núcleos de agregación poblacional (Bernabeu *et al.*, 2006), que al parecer pudo acompañarse de un repunte del componente predador en las actividades productivas relacionadas con la subsistencia. Esta disolución del armazón social ligado a la sociedad cardial del Este de la península se acompañó, previsiblemente, cuando no fuera directamente su propia causa, de la culminación del proceso de tribalización de toda la región en lo que podemos interpretar como la desaparición definitiva del modo de vida cazador-recolector en esta zona. Sin embargo, entre estos nuevos grupos tribalizados, las principales actividades capaces de generar y sostener los nexos intergrupales imprescindibles para el mantenimiento y reproducción de una formación social tribal serían no precisamente las agropecuarias, sino la guerra, la caza mayor e, incluso, la recolección (Meillasoux, 1985: 47). En estas circunstancias, la expresión de la apropiación colectiva del territorio tribal tendería a manifestarse por medio de las principales actividades que pueden cohesionar ahora el grupo social, que ya no son las relacionadas con la producción agrícola, en las que el arte macrosquemático encontraba su repertorio principal de temas (Hernández, 2000), sino, sobre todo, las actividades cinegéticas, bélicas o de recolección, que hallamos en la gran mayoría de las representaciones pictóricas de arte levantino (Martí, 2003).

Las dataciones obtenidas en la Cova de la Sarsa (García Borja, 2017; García Borja *et al.*, 2011) o la Cova Sant Martí de Agost (Torregrosa y López, 2004: 107) permiten remontar claramente al V milenio cal BC la práctica del enterramiento múltiple en cavidades naturales. Aunque la última se sitúa en un ámbito en el que no se conoce la existencia de pinturas de arte levantino, cabe preguntarse si la demarcación territorial mediante este tipo de pinturas rupestres se vio también acompañada, como parece probable, de unas prácticas funerarias dirigidas a justificar la apropiación del territorio, constituyendo ambas la manifestación material de un proceso de expansión territorial que en un determinado momento quedó bloqueado, generando la aparición de límites más o menos reconocibles en el espacio a las manifestaciones pictóricas levantinas y también a la práctica del enterramiento en cuevas naturales (Jordá Cerdá, 1966: 74).

Fuesen las que fuesen las razones que hicieron detener este proceso expansivo, estas pudieron condicionar de algún modo el inicio de una nueva fase arqueológica detectada en las tierras valencianas, en torno a 3800 cal BC, en la que diversos datos apuntan a una acentuación en el grado de fijación residencial de los grupos y a la multiplicación de fosos protectores o defensivos, al tiempo que se generaliza el uso



funerario de cuevas y covachas (Bernabeu *et al.*, 2006: 111). Con todos estos elementos, que permiten inferir una intensificación en el grado de apropiación objetiva del territorio, cabe relacionar además los datos referidos a la distribución e intercambio de algunos productos entre el ámbito valenciano y la región del Sudeste peninsular, como es el caso de ciertas clases de materias primas y manufacturas líticas que, aunque iniciados en fecha temprana, evidencian a partir de ahora incrementos significativos y en constante progresión a lo largo del IV y III milenios cal BC (Ramos Millán, 1999; Orozco, 2000).

Hacia la segunda mitad del IV milenio cal BC, tanto en las comarcas centro-meridionales valencianas (Soler Díaz, 2002) como en el sistema Ibérico (Lorenzo, 1990; Molina y Pedraz, 2000) y el área sudoriental de La Mancha (Hernández Pérez, 2002: 14; Hernández y Simón, 1993: 37; García Atiénzar, 2010b; Simón, 1987b), resulta muy notable la presencia de cavidades empleadas como necrópolis de inhumación múltiple. Sin embargo, entre las cuencas del Segura y del Guadalentín se abre una zona en la que este tipo de prácticas funerarias entra en contacto con el área máxima de expansión hacia el este de las necrópolis de tipo megalítico (Lomba, 1999; San Nicolás, 1994), lo que pone de relieve la existencia de una dicotomía en este tipo de prácticas sociales en un área muy concreta, que no puede interpretarse más que como zona de contacto entre dos sociedades con sensibles diferencias en sus modos de reproducción social y en los medios materiales empleados para justificar la apropiación del espacio productivo.

La explicación de esta dicotomía solo puede abordarse planteando su análisis juntamente con otras evidencias que nos permiten inferir disimilitudes coincidentes en términos geográficos. Este es el caso de la localización de algunos procesos productivos altamente especializados o la diferente diacronía que ofrecen unos modelos determinados de organización y gestión del espacio apropiado (López Padilla, 2006).

Sin embargo, creemos que una parte esencial del proceso histórico del que estas evidencias son resultado ha permanecido parcialmente oculta y sustancialmente inexplicada a causa de la superior importancia que la investigación ha otorgado a la distribución territorial que muestran ciertos tipos de productos singulares, como los denominados ídolos oculados, la cerámica pintada y “simbólica” de “estilo millarense” o los artefactos metálicos, que tradicionalmente han servido de base para establecer la existencia de unas relaciones o “influencias culturales” proyectadas desde el Sudeste sobre toda el área meridional valenciana (Tarradell, 1963).

En ese sentido, uno de los objetos más significativos podrían ser los llamados ídolos, especialmente los oculados elaborados sobre huesos largos –preferentemente radios– de los que L. Siret (1908 [1995]) localizó un excepcional conjunto en Almizaraque, y que encontramos tanto en contextos domésticos como, sobre todo, funerarios en el valle del Júcar y sus afluentes, del Turia (García Puchol *et al.*, 2010), en la Vall d’Albaida, valle del Serpis y La Marina, así como en el valle

del Segura y del Guadalentín (Ayala, 1985; Molina y Pedraz, 2000; Pascual Benito, 1998; San Nicolás, 1986), aunque están ausentes por el momento en el valle del Vinalopó (Soler Díaz, 2002; 2019).

Junto con estos, en toda la zona encontramos también diseminados hallazgos de cerámicas con decoraciones pintadas claramente vinculadas con los repertorios decorativos del Sudeste (Lomba, 1992; Martín *et al.*, 1983), tanto en yacimientos en cueva como en asentamientos al aire libre. Así, en la zona de Jumilla se localizan en la cueva de los Tiestos (Molina Burguera, 2004) y en el valle del Serpis en el yacimiento de Niuet (Bernabeu *et al.*, 1994), mientras que en La Marina Alta aparecen registrados en la Cova del Montgó (Salva, 1966) y en la Cova de les Meravelles (Boronat Soler, 1986).

El valle del Segura separa también, de forma explícita, dos ámbitos en los que se desarrollaron, de manera sincrónica, dos modelos distintos de organización y explotación del territorio, diferenciados fundamentalmente por la presencia o no de asentamientos en altura sobre posiciones estratégicas para el control del espacio social y de sus principales puntos de acceso y circulación.

En efecto, a lo largo y ancho del territorio comprendido aproximadamente entre el Júcar y el Segura aparecen distribuidos, entre mediados del IV y mediados del III milenio cal BC, toda una serie de emplazamientos a menudo definidos como “poblados de silos” (Gómez Puche, *et al.*, 2004) que artefactualmente caracterizan el Neolítico IIB de la periodización propuesta por J. Bernabeu (1995). De la mayoría apenas contamos con unos cuantos objetos procedentes de prospecciones o, con fortuna, de algunos datos estratigráficos. De otros, en cambio, se cuenta con un registro abundante y con información generada a lo largo de muchos años de trabajo. Todos ellos comparten, sin embargo, una misma característica en lo que se refiere a su localización, que no es otra que su implantación en zonas preferentemente cercanas a fuentes, áreas lagunares o con abundantes recursos hídricos, y próximas a terrenos óptimos para la producción agropecuaria, ocupando zonas llanas o, todo lo más, ligeramente elevadas sobre el terreno circundante, a menudo junto a la confluencia de ríos o barrancos sobre terrazas fluviales (López Padilla, 2006).

En cambio, Lorca, y en general toda la región suroccidental murciana, ofrece un panorama sensiblemente distinto hacia esos mismos momentos (fig. 3.33). A. Martínez (1999: 29) ya hacía notar que la mayoría de los asentamientos lorquinos podía agruparse en dos tipos de emplazamientos distintos según se dispusieran sobre laderas o pequeñas elevaciones en la confluencia de cañadas, ramblas o ríos –caso de El Capitán, Chorrillo Bajo (Gris, 2018), Valdeinfierno, Agua Amarga, Xiquena I y II o Torrealvilla, entre otros– o sobre relieves más elevados, controlando visualmente vías de comunicación –como La Parrilla y La Quintilla (Gris, 2005)– e, incluso, algunos, como El Castellar o el Cerro de la Salud (Eiroa, 2005), implantados sobre la cima de relieves destacados que dominan los terrenos

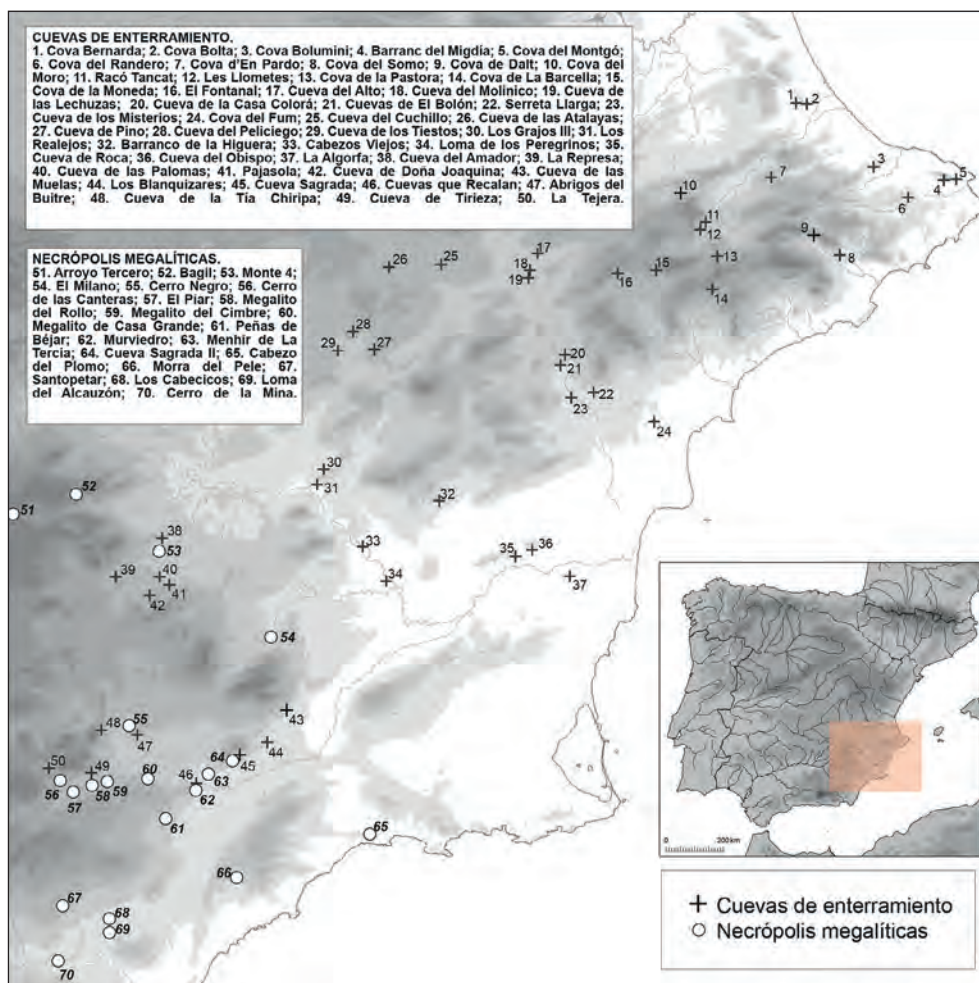


Figura 3.33. Cuevas de enterramiento y megalitos entre ca. 3000-2500 cal BC en el área de estudio.

circundantes (Gris y Gris, 2007). La fecha radiocarbónica obtenida en este último yacimiento, situada en torno a 2800 cal BC (Eiroa y Lomba, 1998) fija en las primeras centurias del III milenio cal BC la presencia en la región de Lorca de un patrón de asentamiento que está primando con claridad el control y dominio visual del espacio de explotación, insinuándose en algunos casos, y evidenciándose en otros, la inversión de trabajo en la construcción de estructuras pétreas con funciones defensivas, como también ponen de manifiesto las murallas con bastiones del Cabezo del Plomo, en Mazarrón (Muñoz Amilibia, 1993) o las de Murviedro, en Lorca (Idáñez *et al.*, 1987).

Por consiguiente, parece que, si bien la distribución de diversos tipos de productos permite inferir la existencia de contactos evidentes y de intercambios entre los grupos asentados a uno y otro lado del valle del Segura, la expresión fenoménica de

los aspectos más ligados a sus prácticas socioideológicas –como la organización y disposición de las necrópolis o la presencia de asentamientos en los que se optimiza el control estratégico del territorio grupal– posibilitan reconocer en este la presencia de un límite explícito que separó los espacios vividos de dos sociedades concretas y netamente diferenciadas. La presencia de productos singulares semejantes a uno y otro lado de ese límite evidencia, a nuestro juicio, que existieron contactos intersociales entre ambas en el marco de unas relaciones cuya naturaleza deberá explicarse, pero sin soslayar ni banalizar las disimilitudes de las prácticas sociales en las que estos encontraron significado en uno y otro lugar (Lull, 2005: 24).

Comparando los registros arqueológicos del Sudeste y del Levante de inicios del III milenio cal BC, se aprecian de inmediato las considerables diferencias observables en cuanto a la recurrencia en el primero de áreas de producción especializada (Castro *et al.*, 1998: 47) que, por el contrario, escasean en el área levantina.

Si ello manifiesta la mayor capacidad productiva, en estos momentos, de los grupos del Sudeste en general, no es menos cierto que dicha capacidad tampoco se distribuyó por igual entre los distintos asentamientos, sino que aquellos de mayor tamaño e importancia parecen haber concentrado en mayor número y variedad este tipo de espacios o talleres, como se aprecia de manera especialmente clara en lo que concierne a la producción metalúrgica. Así, por ejemplo, en Zájara los restos hallados se reducen a la presencia de algo más de medio centenar de gotas de metal fundido localizadas en el interior de una pequeña estructura excavada en el suelo y disociadas de cualesquiera otros elementos –crisoles, hornos o estructuras de combustión o tan siquiera señales de fuego– vinculados normalmente al desarrollo de la actividad metalúrgica. Estas evidencias resultan escasas, sin duda, si las comparamos con los que se documentan en yacimientos de mayor envergadura, como Las Pilas/Huerta Seca, un asentamiento de casi 6 ha de extensión, en donde se han registrado todos los elementos involucrados en el complejo proceso de la producción de artefactos metálicos –hornos con toberas, moldes, “vasijas- horno”, crisoles y escorias– que denotan un alto grado de especialización artesanal (Murillo Barroso *et al.*, 2017; del Pino *et al.*, 2018).

Por encima de estas notables diferencias entre los asentamientos, no obstante, hallamos dos rasgos ampliamente compartidos por todos:

- a) la búsqueda proximidad a las vetas metalíferas que muestran las dos terceras partes de los yacimientos del Sudeste de estos momentos, siempre inferior a 10 km (Suárez *et al.*, 1986: 205), lo que evidencia su interés por garantizarse el libre acceso a las mismas (Escanilla, 2017).
- b) que la producción metalúrgica se hallaba casi enteramente orientada a obtener valores de uso: hachas, sierras, cinceles, escoplos y, sobre todo, punzones (Montero, 1999: 340).



La expansión territorial del conjunto social –expresión y resultado del modelo de superación de las contradicciones planteadas por el desarrollo de las fuerzas productivas que los datos antes mencionados permiten inferir– se concretaría en la fundación de nuevos enclaves asociados a necrópolis de clara raigambre “millarensis” en puntos estratégicos para la comunicación o para la explotación de determinados recursos (fig. 3.34), como el Cerro de las Canteras, El Capitán, Cabezo de la Era, Cabezo del Plomo o Peñas de Béjar, por citar algunos de los más conocidos y mejor documentados (Gilman y San Nicolás, 1995; Lomba, 1999; 2004; Motos, 1918; Muñoz, 1993).

La concreción de este proceso expansivo es la que explicaría el particular panorama que en cuanto al registro funerario ofrece el área occidental murciana, donde las necrópolis megalíticas comparten territorio con cuevas de inhumación múltiple o con aquellas en las que se ha querido ver una especie de “mixtura” entre ambas, como Murviedro, Cueva Sagrada II, El Milano, Camino del Molino o Cabezos Viejos (Lomba, 1999; Lomba y Zapata, 2005; Lomba *et al.*, 2009), y que a nuestro juicio no son más que la expresión de la paulatina imposición en esta zona de la

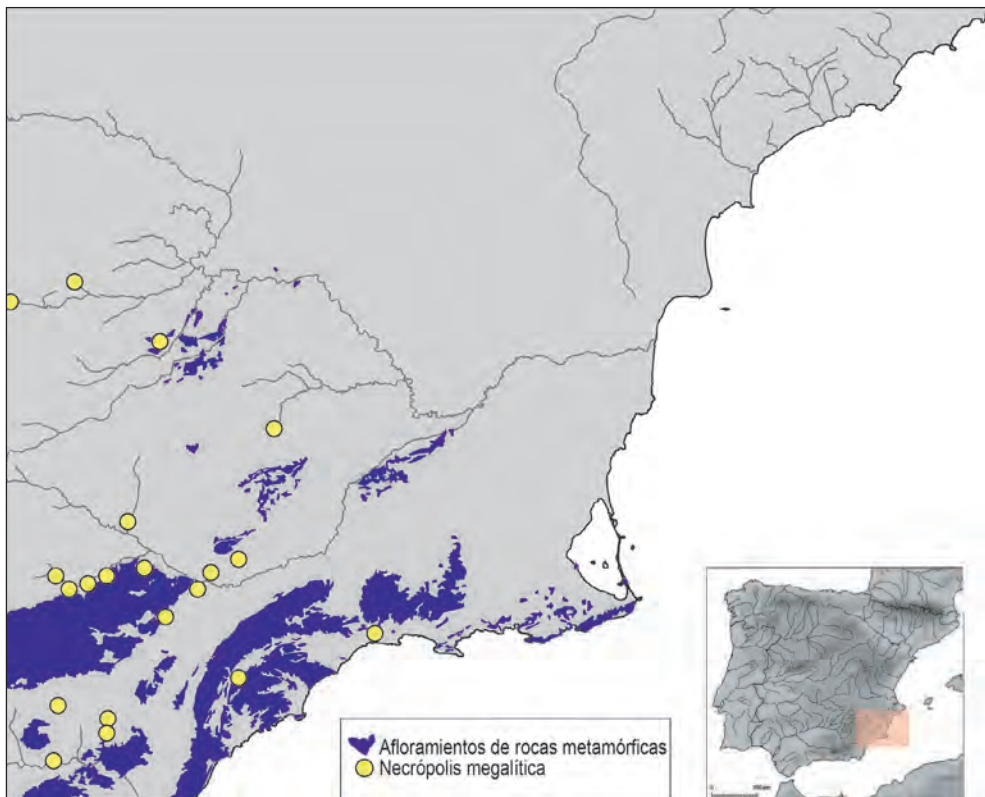


Figura 3.34. Relación entre necrópolis megalíticas y afloramientos metamórficos y metálicos.



nueva ideología “millarensis”, que trata de absorber y suplantar a las prácticas locales (Gailey, 1987: 38).

Como propuesta explicativa a corroborar en el futuro, creemos que cuando esta expansión territorial alcanzó los límites geográficos más allá de los cuales ya no existían vetas beneficiables, el mineral y los productos metálicos adquirieron una nueva importancia, pues al valor de uso inherente a los utensilios elaborados con él, implicados muy directamente –conviene no olvidarlo– en un proceso significativo de incremento de la productividad del trabajo, el metal cobró también el valor que se otorgaba socialmente a los materiales escasos, exóticos y difíciles de obtener, y por ello precisamente reservados a los sectores dominantes de la sociedad. De este modo, el modelo de reproducción ampliada, como medio de atenuar las contradicciones planteadas por el desarrollo de las fuerzas productivas, ya no resultó factible, puesto que carecer de metal implicaba asumir un nivel de dependencia política inaceptable en el marco de las relaciones sociales existentes.

El resultado de que las tendencias a la fisión social se vieran contenidas de este modo fueron unas nuevas condiciones para la sujeción de la fuerza de trabajo y para su concentración, en unos términos no conocidos hasta ese momento, probablemente plasmados en el registro en la constitución del asentamiento de proporciones más importantes de todo el valle del Guadalentín, actualmente bajo el casco urbano de Lorca, precisamente en el punto más estratégico para la comunicación interregional, y bajo el control de un enclave amurallado –Murviedro– establecido en altura (García *et al.*, 2002; Idáñez *et al.*, 1987; Martínez Rodríguez y Ponce, 2004).

El proceso transformador de esta situación bien pudo ser muy rápido. Pero podemos intentar evaluar su contenido en función de lo que ofrece el análisis del territorio a partir de mediados del III milenio cal BC, y que nos muestra un paulatino abandono de la mayoría de los asentamientos en llano del Guadalentín y del Segura (Lomba, 1996) –y también de buena parte de los fortificados en altura– y la fundación de toda una nueva serie de enclaves, todos ellos sobre cerros o promontorios destacados que guardan una cierta equidistancia entre sí, distribuidos precisamente a lo largo de la cuenca del Segura, hasta alcanzar el Vinalopó, y que en su inmensa mayoría se encuentran, no azarosamente, involucrados en la modelación del espacio argárico posterior, hacia 2200 cal BC.

En conclusión, creemos que la verdadera razón que explicaría en esencia la inexistencia de expresiones megalíticas en el centro y sur del Levante peninsular reside en que fue precisamente en la cuenca del Segura en donde el armazón social generado en torno a los centros políticos millarenses halló los límites a sus posibilidades de expansión oriental, los cuales solo pudieron superarse mediante su transformación social, en la que estuvo implícita, precisamente, el decaimiento de la práctica del enterramiento múltiple en megalitos.

La ocupación de nuevos territorios de óptimo agrícola, pero carentes de recursos metalíferos, solo pudo llevarse a cabo asumiendo el dictado de unas nuevas

reglas para la distribución de la producción, conectada ahora regionalmente, a escala inter-asentamientos, a través de unos lazos que no unían ya tanto a colectivos emparentados como a determinados miembros de ciertos linajes, iniciando así el vaciado de contenido ideológico a la práctica del enterramiento múltiple en megalitos como expresión material de un modelo de justificación y manifestación de la propiedad colectiva del territorio, que había quedado disuelto y sustituido por otro muy distinto, en el que los límites del espacio apropiado pronto no necesitarán concretarse físicamente en el territorio con tal tipo de hitos geográficos, sino con la creación y vigilancia constante de una auténtica frontera delimitadora de un nuevo territorio cultural y político.

Esto es lo que habría permitido que, más allá de los límites territoriales establecidos por el grupo argárico, la práctica del enterramiento múltiple en cuevas naturales pudiese perdurar como práctica muy generalizada hasta los inicios del primer milenio antes de nuestra era.



## **3.7. Sociedades en expansión entre el IV y el III milenio cal BC: los procesos de intensificación económica en el Levante de la península ibérica**

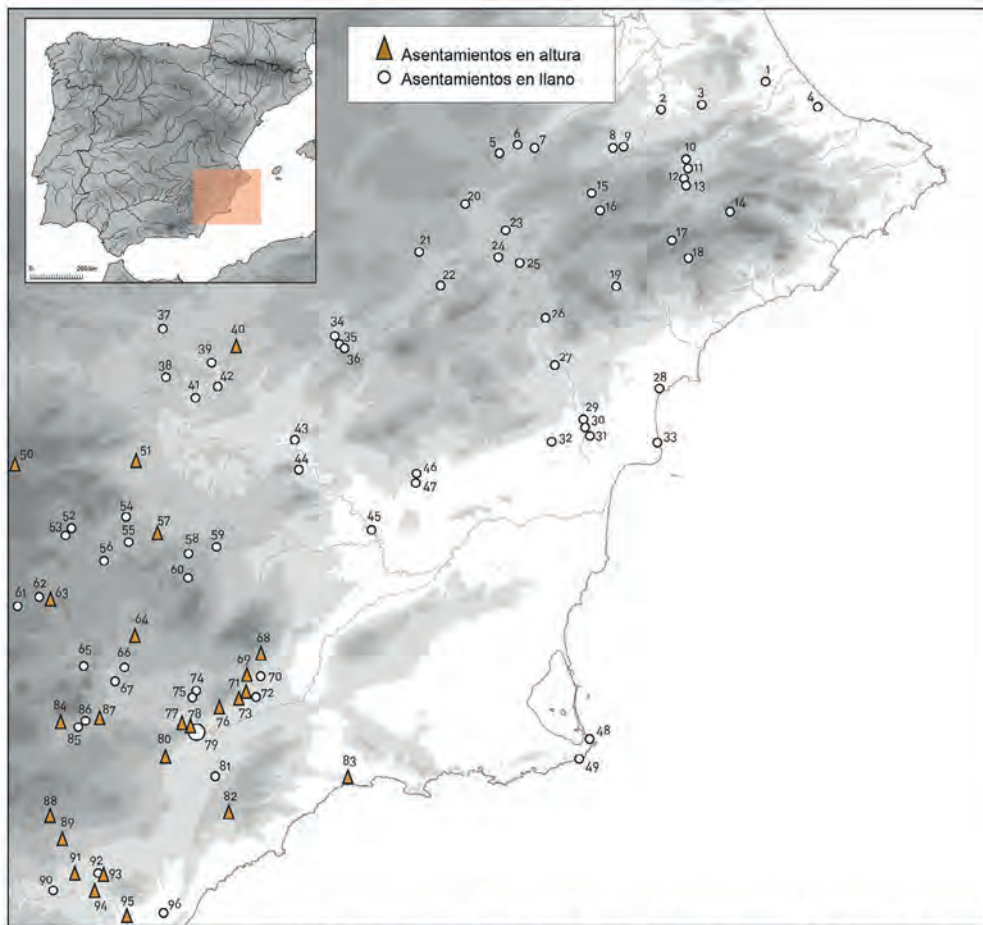
---

En los últimos años las investigaciones sobre el IV y la primera mitad del III milenio cal BC en el ámbito de Sudeste y Levante de la península ibérica han evidenciado la materialización arqueológica de prácticas sociales divergentes y coetáneas en dos territorios colindantes (Jover y López Padilla, 2010; López Padilla, 2006; 2008). Por un lado, el área suroccidental de la actual provincia de Murcia y Almería, cuyos límites septentrionales se pueden fijar en el valle del Guadalentín y Campo de Lorca (fig. 3.35), coincidente con la zona de expansión de prácticas funerarias en necrópolis artificiales de carácter megalítico; y, por otro el área geográfica situada al norte de este espacio, fundamentalmente desde la cuenca del río Segura hasta la cuenca del río Júcar, donde el ritual de inhumación, aun siendo igualmente colectivo, no se llevó a cabo en necrópolis artificiales, sino, en gran parte, en cavidades naturales (Soler Díaz, 2002).

El registro material también muestra otras divergencias notables, puesto que en el área meridional se constata una significativa abundancia de artefactos singulares –vasos cerámicos decorados a la almagra, recipientes de piedra, determinados tipos de puntas de flecha de sílex y una amplia diversidad de productos metálicos, entre otros– no comparable al detectado en las tierras situadas al norte del valle del Segura. Sin embargo, es en el patrón de asentamiento y en las formas de apropiación del territorio donde de forma más nítida se puede reconocer la existencia de estos dos ámbitos, con singularidades y distinto grado de desarrollo socioeconómico. No obstante, por el momento, la falta de bases estratigráficas perfectamente datadas dificulta, aunque no impide, la necesaria lectura diacrónica del proceso de conformación y desarrollo de ambas agrupaciones y su posterior desarrollo.

De este modo, a partir de mediados del IV y hasta mediados del III milenio cal BC, entre las cuencas de los ríos Júcar y Segura se documenta un patrón de asentamiento caracterizado por la presencia de enclaves situados en el llano, priorizando la ocupación de los fondos de valle, de las terrazas más próximas a los cursos de ríos o ramblas y de los álveos de áreas endorreicas. La mayor parte de los excavados hasta la fecha se corresponden con los denominados “campos de hoyos” o “poblados de





1. Molló Terrer; 2. Colata; 3. Camí de Missena; 4. Camí del Pla; 5. La Calera; 6. El Posino; 7. Mas del Fondo; 8. Montés I; 9. El Morenet; 10. Alt del Punxó; 11. Marges Alts; 12. Niuet; 13. Jovades; 14. Les Solanetes; 15. El Pla; 16. Ull de Canals; 17. Els Planets; 18. Santa Ana; 19. La Torrosella; 20. El Palacío; 21. La Coja; 22. La Balsa; 23. Casa de Lara; 24. Arenal de la Virgen; 25. La Macolla; 26. La Torreta; 27. Novelda; 28. Benalúa; 29. Figuera Redona; 30. La Rata; 31. La Aloudia; 32. Canyada Joana; 33. Playa del Carabassi; 34. El Prado; 35. La Borracha; 36. Herrada del Tollo; 37. Fuente de Isso; 38. El Conajo; 39. El Azaraque; 40. Vilchos; 41. Molino del Maeso; 42. Casas Altas; 43. Fuente de las Pulguinas; 44. Umbria del Mortero; 45. La Zobrina; 46. La Fuente; 47. Charco Junquera; 48. Las Amoladeras; 49. Calblanque; 50. Arroyo Tercero; 51. Los Molinicos; 52. Casa Noguera; 53. Las Casicas; 54. Molinos de Papel; 55. Jorquera; 56. Fuente de Pinilla; 57. Virgen de la Peña; 58. Fuente de Mula; 59. Reclin; 60. El Aconiche; 61. Loma de Selvalajo; 62. Los Royos; 63. El Estrecho; 64. Las Hermanillas; 65. Valdeinfierno; 66. El Capitán; 67. Agua Amarga; 68. Cerro de la Cueva de la Moneda; 69. Corral de Amargullo; 70. La Charca; 71. Carboneros; 72. Campico de Labor; 73. La Parrilla; 74. Chorrillo Alto; 75. Chorrillo Bajo; 76. La Salud; 77. La Quintilla; 78. Murviador; 79. Lorca; 80. Peñas de Béjar; 81. Finca de Féliz; 82. Cabezo de la Era; 83. Cabezo del Plomo; 84. Cerro de las Canteras; 85. Xiquena; 86. Barranco del Rollo; 87. El Castellón; 88. Cerro del Castillo; 89. Santopetar; 90. Cañada del Herrero 2; 91. Cerro del Túnel; 92. Cañada del Caño; 93. Cerro del Castillo; 94. Puente de Santa Bárbara; 95. Campos; 96. Los Sifones

Figura 3.35. Yacimientos en llano y en altura en momentos precampaniformes en la zona septentrional del Sudeste.

silos” (Gómez *et al.*, 2004), caracterizados por grandes extensiones superficiales con un número muy elevado de estructuras excavadas en el subsuelo, de tipo foso, fosa o cubeta. En función de su forma, longitud y profundidad, estas estructuras negativas han sido interpretadas como silos de almacenamiento, estructuras de combustión, fondos de cabaña o fosos dedicados a la delimitación del área de hábitat. Pueden citarse numerosos ejemplos, como Niuet (Bernabeu *et al.*, 1994), Colata (Gómez *et al.*, 2004), Galanet (Torregrosa *et al.*, 2014) o La Torreta-El Monastil (fig. 3.36) (Jover, 2010), pero también Les Jovades –sin constancia de fosos– (Bernabeu *et*

al., 1993; Pascual, 2005), Molí Roig (Pascual y Ribera, 2004), Camí de Missena (Pascual *et al.*, 2008), El Prado (Walker y Lillo, 1983; Jover *et al.*, 2012b) o La Balsa y la Ceja (Ruiz *et al.*, 1989; Vicente, 1998). Son, en cambio, muy escasos los yacimientos que muestran evidencias de cabañas con zócalos de mampostería, sirviendo de ejemplo más destacado el asentamiento de El Prado (Jover *et al.*, 2012b) o Fuente de Isso (García Atiénzar, 2010b).

Los trabajos de investigación desarrollados durante varias décadas en el valle del Serpis y la Vall d'Albaida han permitido reconocer cambios significativos en la dinámica de poblamiento y en las prácticas productivas a lo largo de IV y III milenio cal BC, transformaciones que han servido de base para plantear una hipótesis explicativa basada en el control político de la fuerza de trabajo y del producto por parte de las jerarquías locales (Bernabeu *et al.*, 2006; 2008). Dicha hipótesis, basada en el registro arqueológico generado en el valle del Serpis, propone un cambio sustancial en la dinámica del poblamiento a partir del 3600-3400 cal BC, momento en el que los asentamientos, que hasta entonces no superaban las 6 ha de extensión superficial, darían paso a núcleos que, a juzgar por la dispersión de las estructuras registradas, podrían rebasar las 20 ha. Uno de los mayores sería Les Jovades, para el que se llega a atribuir una superficie total de más de 50 ha (Bernabeu *et al.*, 2006: 112). Junto a estos continuarían existiendo núcleos de menor extensión, ampliamente distribuidos por el fondo del valle. De este modo, se planteaba una dicotomía entre aldeas *-village-* frente a granjas de carácter familiar *-household-*. En los primeros se constata la presencia de silos de gran tamaño concentrados en poca superficie, lo que constituye la base argumental para interpretar una distribución desigual del producto de las cosechas en el interior



Figura 3.36. Foso de Torreta-El Monastil (Elda) durante su proceso de excavación en 1999.

de las aldeas. A partir del 3200 cal BC aumentaría la competición dentro del grupo y entre grupos, generando situaciones de conflicto social que conllevarían la necesidad de cercar los asentamientos, siendo un claro ejemplo el yacimiento de Niuet (Bernabeu *et al.*, 2006: 113).

La menor información disponible por el momento en otras cuencas, como la del Vinalopó o Segura, no permite establecer comparaciones con el valle del Serpis. No obstante, la práctica arqueológica desaconseja emplear la dispersión superficial de materiales arqueológicos en las zonas llanas como un indicador para calcular las dimensiones de los asentamientos ya que solamente la realización de amplios sondeos y excavaciones en extensión pueden permitir estimaciones al respecto, siempre aproximativas. De hecho, muchos yacimientos neolíticos en llano no han sido constatados hasta que no se han realizado sondeos arqueológicos, como sucedió en el caso de La Torreta-El Monastil (Jover, 2010) o Galanet (Torregrosa *et al.*, 2014).

En función de los sondeos realizados y de la dispersión de las estructuras documentadas, La Torreta-El Monastil no superaría la hectárea, integrando cabañas dispersas, áreas de actividad y fosos delimitadores de todo el espacio, por lo que, de acuerdo con la escala empleada por Bernabeu y otros (2006) sería una granja muy pequeña –*household*–. En el caso de Galanet (fig. 3.37) (Torregrosa *et al.*, 2014) la dispersión de estructuras negativas de tipo silo y cubeta permite plantear una extensión superior a las 7 ha en el caso de que todas ellas fuesen coetáneas, cuestión difícilmente evaluable y muy poco probable.

Por tanto, aun aceptando la posibilidad de que en los valles del Serpis y del Albaida pudiera existir un volumen demográfico mayor que en el valle del Vinalopó, que justificara un superior tamaño de ciertos núcleos, deberíamos reconsiderar las dimensiones propuestas para algunos de los enclaves y tratar con prudencia la cuestión de la posible contemporaneidad del conjunto de estructuras documentadas, ya que existen claras discontinuidades espaciales en su localización y las dataciones obtenidas muestran ocupaciones que se prolongaron durante más de 1000 años. A



Figura 3.37. Estructuras negativas documentadas en Galanet (Elche) durante el proceso de excavación llevado a cabo en 2014.

nuestro juicio, las dimensiones de estos asentamientos difícilmente superarían las 5 ha de superficie, incluyendo en ellas tanto el espacio de hábitat disperso de cabañas como también buena parte de sus áreas de almacenamiento, actividad y desechos (fig. 3.38).

Hay, además, otras diferencias notables entre las cuencas del Vinalopó y el Serpis que cabe tener en consideración. En primer lugar, el número de cuevas de enterramiento documentadas es más elevado en la zona del Serpis, al igual que el número de enterramientos. Sin embargo, recientes estudios han mostrado una mayor complejidad de la esperada en relación con esta última circunstancia. El análisis llevado a cabo a un amplio conjunto de individuos inhumados en la Cova de la Pastora ha mostrado que, junto a un número significativo de enterramientos del IV y III milenio cal BC, la cavidad continuó empleándose de forma intermitente durante las siguientes fases arqueológicas, especialmente durante el Campaniforme y la Edad del Bronce (McClure *et al.*, 2010). Por otro lado, en numerosos yacimientos situados entre las cuencas del Júcar y del Segura se localizan ídolos oculados, tanto en asentamientos como, sobre todo, en cuevas de inhumación (García Atiénzar, 2006; Soler Díaz, 2019), pero están totalmente ausentes en las tierras del Vinalopó. Por último, y este quizás sea el aspecto más destacado, mientras que al norte de las cuencas del Vinalopó y del Montnegre se ha constatado la existencia de numerosos abrigos con arte rupestre esquemático con representaciones de “ídolos” (Soler y Barciela, 2018; Torregrosa, 2000; Torregrosa y Galiana, 2001), en las tierras del Vinalopó las manifestaciones gráficas rupestres postpaleolíticas están totalmente ausentes (Guilabert *et al.*, 1999).

En la cuenca del río Segura no se aprecian diferencias en lo que se refiere al patrón de asentamiento con lo constatado en comarcas más septentrionales, aunque la información es más imprecisa. Por el momento, se conocen referencias de algunos yacimientos situados a lo largo del valle, en las terrazas fluviales o pequeñas elevaciones sobre el llano, preferentemente en las inmediaciones de áreas endorreicas y del cauce de ramblas y ríos. Es el caso de yacimientos como la Fuente de las Pulguinas en Cieza (Lomba y Salmerón, 1995), de la Umbría del Mortero, en Abarán (Lisón, 1983), de La Fuente y Charco Junquera, en Fortuna (Matilla y Pelegrín, 1987) o el poblado de Las Amoladeras, en Cabo de Palos (García del Toro, 1998), el cual repite el modelo de ocupación de enclaves costeros constatado en áreas más septentrionales, como la Playa del Carabassí (Soler *et al.*, 2006; 2008). Los asentamientos de Casa Noguera de Archivel o Molinos de Papel, en Caravaca de la Cruz, muestran ocupaciones calcolíticas que se prolongan durante la fase Campaniforme (García y Martínez, 2004; Pujante, 2001), aunque no se han diferenciado las estructuras correspondientes a la fase precampaniforme, como tampoco se cuenta, por el momento, con dataciones absolutas suficientes con las que determinar su historia ocupacional.



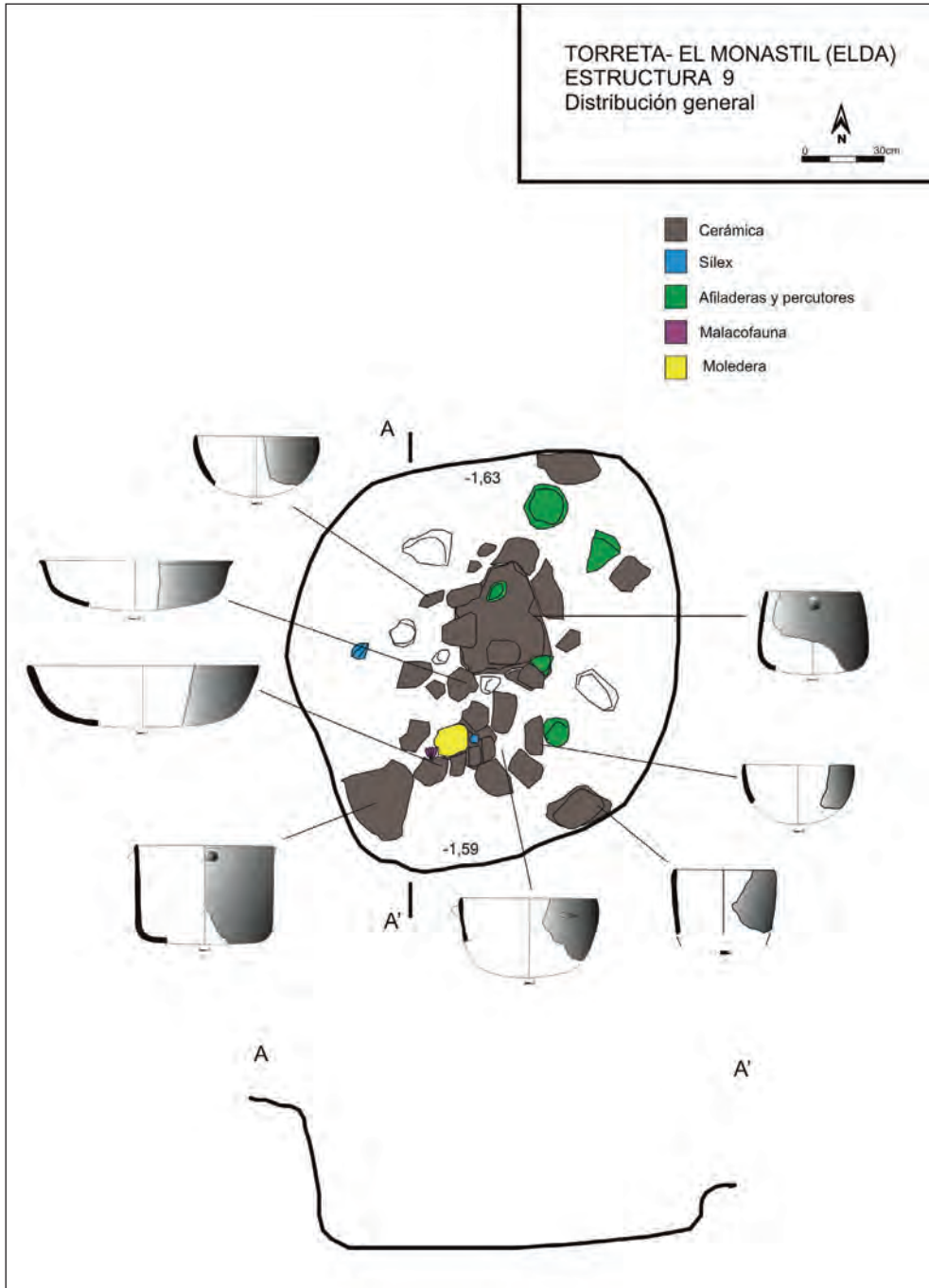


Figura 3.38. Conjunto material recuperado en la estructura 9 de Torreta-El Monastil (Elda).



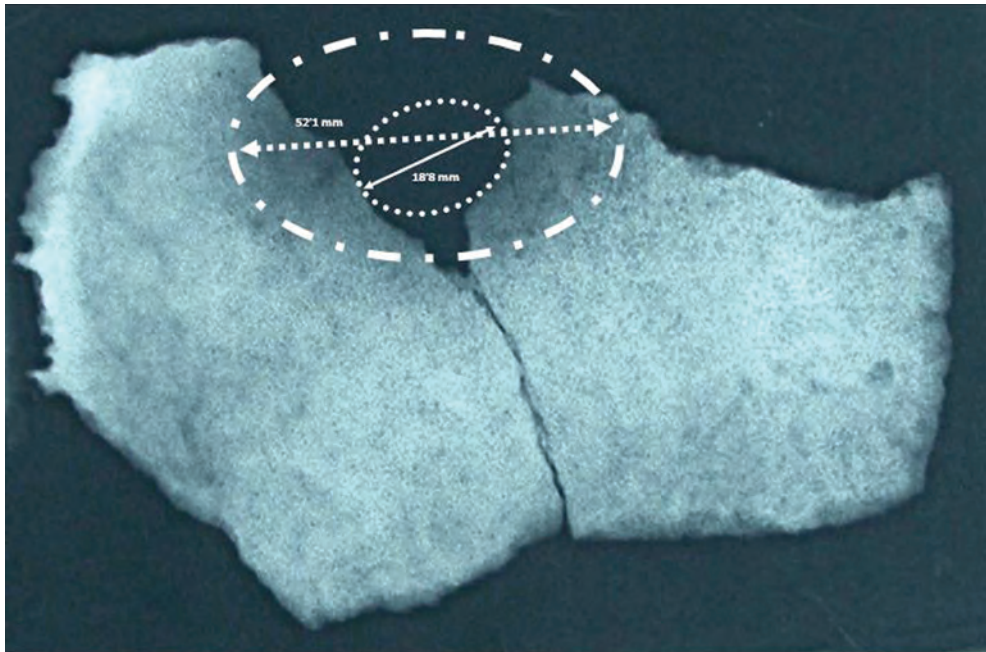


Figura 3.39. Cráneo trepanado de la cueva de la Casa Colorá (Elda).

Tampoco en lo que se refiere a las prácticas funerarias hallamos diferencias sustanciales. A lo largo y ancho de todo este vasto territorio comprendido entre las cuencas de los ríos Segura y Júcar se puede observar un patrón de proximidad de muchos de los asentamientos señalados a cavidades naturales que, por sus características, fueron seleccionadas como recintos funerarios de carácter múltiple (Soler Díaz, 2002). La Torreta-El Monastil y la cueva de la Casa Colorá constituyen un buen ejemplo (Hernández, 1982; Segura y Jover, 1997), que cuenta además con las primeras evidencias de trepanación en el Vinalopó (fig. 3.39) (Jover y de Miguel, 2010). En la cuenca del Segura se han localizado cavidades como Los Grajos III y Los Realejos en Cieza (Lomba y Salmerón, 1995), Barranco de la Higuera en Fortuna (García del Toro y Lillo, 1980) o la cueva de Roca en Orihuela (Moreno, 1942), entre otras (López Padilla, 2006). Pero también podríamos señalar más de 80 cavidades en el área del Prebético meridional valenciano (Soler Díaz, 2002), además de otras en el Altiplano de Yecla, Jumilla y Campo de Hellín (García Atiénzar, 2010b; García Atiénzar y de Miguel, 2009), empleadas como necrópolis de asentamientos localizados en sus proximidades. La inhumación múltiple en cuevas se mantuvo vigente durante la fase campaniforme (McClure *et al.*, 2010), aunque los enterramientos individuales en fosas, silos o estructuras negativas abandonadas, que ya venían efectuándose desde el V milenio cal BC (Flors, 2010; Rosser, 2010; Soler *et al.*, 2017), empiezan ahora a estar acompañados de ajuares integrados por

vasos campaniformes y objetos metálicos, como ocurre en el yacimiento de La Vital (Pérez *et al.*, 2011).

Sin embargo, estas características en el patrón de asentamiento y en las prácticas funerarias desaparecen al sur del valle del río Segura, especialmente desde la cuenca del Guadalentín hacia el sur. Por un lado, aquí empezamos a constatar algunos ejemplos de prácticas funerarias realizadas en el interior de construcciones artificiales de tipo megalítico (Lomba, 1998), que siguen fielmente el modelo observado en buena parte del mediodía peninsular. Por otro, se aprecian también sustanciales cambios en el patrón de asentamiento. Junto a yacimientos emplazados aún en los fondos de valle, priorizando la ocupación de laderas o pequeñas elevaciones en la confluencia de ramblas o ríos, como El Capitán, Chorrillo Bajo, Valdeinfierno, o Agua Amarga, entre muchos otros, también se localizan algunos sobre relieves mucho más elevados, controlando las zonas de paso o dominando amplios territorios, como La Parrilla, El Castellar o el Cerro de la Salud (Martínez, 1999). En el caso de La Parrilla, además de las estructuras de almacenamiento de tipo silo, se constatan unidades habitacionales de tendencia circular levantadas con zócalos de piedra (Lomba, 1996: 326). También se constatan estructuras similares en el Cerro de la Salud, llegando a plantearse la existencia de recintos fortificados delimitando toda el área de hábitat (Eiroa, 2005).

Por tanto, al menos desde la primera mitad del III milenio cal BC, se constata en las tierras del campo de Lorca y comarcas aledañas, un patrón de asentamiento donde, además de la ocupación y explotación de las mejores tierras de los fondos del valle, también se prima un claro control sobre el territorio y la necesidad de proteger la producción y los medios de producción. Esta serie de poblados emplazados en altura, algunos de los cuales estuvieron fortificados, se distribuyen a lo largo de las distintas estribaciones montañosas que van jalonando el valle del Guadalentín, controlando los distintos pasos o vías de comunicación hacia el campo de Lorca (López Padilla, 2006: 215).

Por otro lado, destaca la presencia de un asentamiento de gran tamaño ubicado bajo parte del actual casco urbano de Lorca, en el que se han documentado fosos, silos, cubetas y otras estructuras negativas. Aunque es difícil determinar sus dimensiones exactas, la constatación de numerosas evidencias en diversos solares excavados parece indicar que estamos ante uno de los núcleos más extensos de todo el Sudeste peninsular (Lomba, 2001; Pujante, 2003, 2011; García *et al.*, 2002). En la calle Floridablanca se pudo constatar la presencia de un foso, junto a silos y demás estructuras negativas, de las que se obtuvieron dataciones radiocarbónicas que permiten fijar su ocupación desde mediados del IV milenio hasta mediados del II milenio cal BC (Martínez *et al.*, 2004) y en el solar excavado en la calle Juan II, a un amplio conjunto de silos y estructuras negativas, con abundante material arqueológico (Pujante, 2011), se une al hallazgo reciente en la calle Marsilla de un depósito

ritual de animales sacrificados, que se ha datado por radiocarbono entre 2600 y 2500 cal BC (Cárceles *et al.*, 2018).

Por tanto, a partir de la primera mitad del III milenio cal BC ya parece estar plenamente implantado en el valle del Guadalentín un patrón de asentamiento jerarquizado, con al menos dos tipos de asentamientos articulados en torno a un núcleo de gran tamaño, situado en el casco urbano de la ciudad de Lorca (Martínez Rodríguez, 2019) y caracterizado por una abundancia de asentamientos menores, de carácter agrícola, junto a otros, fortificados en algunos casos, emplazados en cerros o estribaciones montañosas (Lomba, 1996: 322), desde los que se controlaban los corredores de acceso, pero también los procesos productivos y la producción.

El análisis del registro material muestra la circulación por este ámbito social situado al sur de la cuenca del río Segura de una serie de productos singulares. Un ejemplo significativo es la cerámica con decoración a la almagra –cuyos límites orientales de distribución se han establecido en la cuenca del Guadalentín (Lomba, 1996), estando totalmente ausentes en la cuenca del Segura (Lomba, 1992)– o también, la denominada cerámica simbólica y los objetos de marfil, metal o alabastro, cuya distribución hasta momentos imprecisos del III milenio cal BC parece estar restringida igualmente a los territorios al sur del Segura.

Por tanto, las proposiciones observables permiten deducir la existencia, al menos, de dos ámbitos con prácticas sociales diferenciadas entre las cuencas de los ríos Guadalentín y Júcar a partir de inicios del III milenio cal BC, cuyos límites territoriales se pueden establecer en torno al valle del Segura. El análisis de las distintas unidades de observación también permite sostener que el grado de desarrollo de las fuerzas productivas era mayor en los territorios meridionales. Así, en los grupos de la cuenca del Guadalentín, pasillo de Chirivel y de la zona almeriense observamos mayores concentraciones de población y, por extensión, de la fuerza de trabajo en diversos poblados con estructuras estables; una significativa inversión de trabajo en la construcción de grandes fosos y murallas para la delimitación y protección de la zona de hábitat y de tumbas artificiales de carácter megalítico; el desarrollo de prácticas extractivas de cantería y minería de rocas y explotación de afloramientos metalíferos; el inicio de procesos de especialización laboral centrados en la producción de diferentes tipos de productos, como láminas de sílex de gran tamaño, objetos de cobre y vasos cerámicos singulares; y, por último, la circulación de una mayor cantidad de productos de procedencia alóctona, como el marfil.

Por el contrario, en los grupos situados entre los valles de los ríos Segura y Júcar, los asentamientos son de menor tamaño y sin fortificaciones o, todo lo más, con fosos delimitadores excavados en el subsuelo. En La Vital (Pérez *et al.*, 2011) se documentaron estructuras negativas de planta muy irregular, interpretadas como posibles fondos de cabaña, sin que se pudiera determinar la existencia o no de fosos al tratarse de una intervención de urgencia que no posibilitó una excavación en extensión. Lo mismo podemos señalar para El Prado (Jover *et al.*, 2012b), aunque

en este caso claramente fueron registradas tres cabañas, de las que al menos dos contaban con zócalos de mampostería. Del mismo modo, en La Torreta-El Monastil (Jover, 2010) se halló un posible fondo de cabaña y un gran segmento de foso. En todos estos asentamientos se evidencia una orientación económica dirigida básicamente al desarrollo de prácticas agropecuarias destinadas al mantenimiento del grupo. No se constata una gran importancia de las actividades extractivas, puesto que la mayoría de las diversas materias primas empleadas para la elaboración de su instrumental procederían de laboreos superficiales, y tampoco hay indicios del desarrollo de procesos de especialización laboral, ya que la mayor parte de las actividades productivas de carácter artesanal se desarrollarían en el seno de cada unidad doméstica (Jover, 2010; García Atiénzar, 2010b; McClure, 2010a, 2010b).

La presencia de algunos artefactos y materias primas en los asentamientos situados al norte del valle del Segura, como en La Torreta-El Monastil, Fuente de Isso, El Prado, La Macolla o Niuet, cuya procedencia hay que situarla en las tierras del Sudeste (Orozco, 2000), permiten inferir la existencia de una serie de redes sociales que asegurarían su circulación y amplia distribución desde, al menos, inicios del V milenio cal BC. De este modo, en un buen número de asentamientos y cuevas de enterramiento situadas entre las cuencas de los ríos Segura y Júcar encontramos grandes láminas de sílex o fragmentos de estas, así como azuelas o cinceles de sillimanita, un buen número de adornos sobre caparzones de moluscos marinos (Luján *et al.*, 2014) e, incluso, algunos vasos cerámicos con desgrasantes micáceos, sin que, con las bases arqueológicas actuales, podamos señalar un acceso o consumo diferencial de los mismos. Lo mismo podemos inferir para las primeras producciones metalúrgicas, documentadas exclusivamente en La Vital (Pérez *et al.*, 2011), cuya materia prima se obtendría a través del intercambio con el Sudeste (García Puchol *et al.*, 2013) desde donde sería transportado, presumiblemente, por vía marítima.

Por tanto, entre finales del IV y la primera mitad del III milenio cal BC (fig. 3.40), en las tierras del Sudeste se estaban desarrollando procesos de intensificación económica y de desarrollo de las fuerzas productivas, estimulados, entre otros factores, por una considerable variedad de recursos zonales –entre los que cabe destacar las vetas metalíferas (Escanilla, 2017)– que potenciaron relaciones de complementariedad en la explotación de recursos entre diversos territorios colindantes. Estos procesos comenzarían a sentar las bases para el inicio de un cambio en las relaciones sociales de producción del que los territorios vecinos no pudieron mantenerse al margen (López Padilla, 2006) ya que, para su conformación, no solo sería necesaria la institucionalización del dominio intragrupal por parte de un segmento de la población, sino también la extracción sistemática de excedentes de las comunidades vecinas mediante la expansión y ampliación de las redes sociales y el control de la circulación y distribución de productos necesarios en la producción y reproducción social.

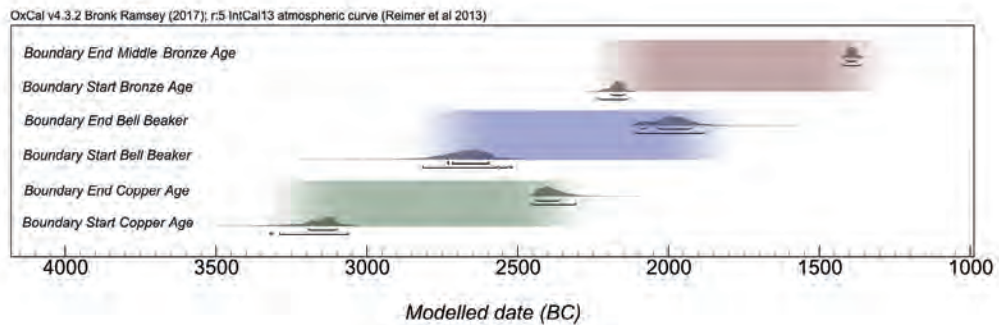


Figura 3.40. Secuencia cronológica entre el IV y el II milenio cal BC con agrupación de dataciones disponibles.

La intensificación en la producción agropecuaria en los territorios al sur del Segura y su progresiva conversión en la principal rama productiva supuso, a la vez, una mayor fijación de las comunidades a los territorios de explotación y al desarrollo de los mecanismos sociales de expresión de la apropiación objetiva del mismo. El aumento de la demanda de los valores de uso necesarios para la producción agrícola de determinados territorios deficitarios en diferentes tipos de rocas o minerales como, por ejemplo, las comunidades del valle del Guadalquivir (Nocete, 2001a), constituyó un estímulo para el aumento de los intercambios y para la intensificación de las actividades artesanales con las regiones periféricas, donde los recursos abióticos eran diversos y variados.

Conforme ciertos tipos de bienes fueron adquiriendo mayor relevancia en la articulación de la vida social, y en la medida en que los cauces de vehiculación de productos se extendían a la par que los vínculos parentales, se fue acentuando la importancia de los mecanismos de distribución fundamentados en la redistribución, la cual, en sí misma, no supone más que el mecanismo habilitado por la sociedad para permitir el abastecimiento de aquellos bienes de consumo de los que no se dispone, a cambio de que el producto se canalice hacia el núcleo redistribuidor (Manzanilla, 1983: 7). No cabe duda de que su importancia iría creciendo al mismo tiempo que se fue incrementando la cantidad y/o variedad de los procesos de producción que un número cada vez mayor de unidades domésticas no fueran capaces de continuar cubriendo por sí mismas, abriendo la posibilidad de ampliar el control económico y político sobre dichas unidades. Pero ello no implica que los linajes o grupos de filiación detentadores de su posición de privilegio fuesen capaces de desvirtuar el principio de intercambio equivalente, consustancial a la norma de reciprocidad, que regiría inicialmente los procesos de intercambio intracomunitario.

Sin embargo, las nuevas condiciones establecidas por la demarcación de los espacios de producción entre comunidades y su carácter excluyente abrían la puerta a la modificación de la norma, quebrando los principios de reciprocidad que posibilitaba la apropiación del trabajo de unas sociedades por parte de otras (Bate, 1984:



79; Godelier, 1974: 279). Aunque los recursos existentes en cada territorio seguían siendo propiedad comunal, los productos elaborados ya no lo eran, y el control de la fuerza de trabajo se convertía en el elemento clave para el desarrollo de la desigualdad entre linajes, ya que la realización de determinados procesos productivos solo quedaba al alcance de las unidades con mayor fuerza de trabajo disponible.

De este modo, se constituiría en el Sudeste una estructura social reconocida como el grupo arqueológico millarense –de similar entidad y desarrollo sociopolítico que otros constatados en la parte meridional de la península ibérica (Nocete, 2001a)–, cuyo proyecto político de expansión territorial se vería apoyado en las posibilidades de explotación y producción de recursos metalúrgicos con respecto a los grupos de su entorno oriental inmediato –cuenca del Guadalentín–, sobre los que se haría posible establecer condiciones de extorsión económica basadas en la propiedad sobre los recursos metalíferos y en el control de los procesos productivos relacionados. Así, teniendo en cuenta las escasas dataciones absolutas con las que se cuenta (Eiroa, 2005; Eiroa y Lomba, 1998), a inicios del III milenio cal BC, coincidiendo con la máxima expansión del enclave de Los Millares (Aranda *et al.*, 2020; Molina González *et al.*, 2004), ya estaría consolidado territorial y políticamente un nuevo espacio social en la cuenca del Guadalentín, claramente vinculado con el grupo arqueológico millarense y articulado en torno a la explotación de las tierras de mayor rendimiento agrícola del valle y de los recursos metalíferos de las distintas sierras que lo jalonan.

El control de la fuerza de trabajo se materializaría en la creación de, al menos, un importante asentamiento con una concentración demográfica sin precedentes en la zona, emplazado bajo el actual casco urbano de Lorca, cuyas dimensiones todavía están por determinar. Su localización a los pies de un recinto fortificado en altura, como Murviedro, sobre un punto estratégico de importancia determinante para el intercambio regional, garantizaría el control de la producción y la redistribución de los bienes necesarios en la producción y reproducción social, y en particular, la explotación y circulación de las producciones metálicas dentro y fuera del entramado social constituido.

Todas las comunidades situadas entre los valles del Segura y Júcar, que inicialmente habían quedado excluidas del control sobre los recursos metalíferos y de la participación en las redes sociales que garantizaban su distribución, comenzaron a integrarse en los circuitos de intercambio de mineral de cobre y de los beneficios de su transformación en bienes a partir de *ca.* 2800-2700 cal BC, si atendemos a la información proporcionada por la presencia de diversos desechos de su producción en La Vital (Pérez *et al.*, 2011), y el hallazgo de objetos de metal en Vilches IV (García Atiénzar *et al.*, 2016; Montero y Soriano, 2020) y El Prado (Jover *et al.*, 2012b). Tanto los corredores naturales con dirección SO-NE que conectan el Sudeste con el Levante, como especialmente el cabotaje marítimo, serían las vías a

través de las que se realizarían los procesos de intercambio y distribución de materia prima –lingotes de cobre de pequeño tamaño– y productos elaborados.

La posibilidad de incrementar la capacidad de disponibilidad de plusproductos agropecuarios en la zona del grupo millarensis, basado en un mayor control de la fuerza de trabajo, permitió a los sectores dominantes de determinados linajes aumentar el control sobre los procesos productivos de manufacturas, especialmente sobre las metálicas, ya que estas posibilitaban una mayor productividad en el trabajo, y contribuían a la consolidación del inicio de disimetrías sociales entre linajes.

Por tanto, se puede afirmar que el metal tuvo una importancia destacada en el desarrollo de las contradicciones generadas en la reproducción de la sociedad en función de su papel creador de necesidades, tanto en relación con su valor como medio de producción, capaz de mejorar el rendimiento productivo, como en el de su valor de cambio, que los grupos dominantes se esforzaron por detentar en exclusiva como medio de consolidar su situación de privilegio y seguir incrementando las distancias sociales. En este sentido, y ante el desarrollo de una demanda creciente de objetos metálicos desde comunidades emplazadas en territorios donde no existían vetas metalíferas, como eran las tierras del Prebético meridional valenciano, Campo de Hellín, Altiplano de Yecla y Jumilla y otras comarcas más septentrionales, los sectores dominantes de determinados linajes del ámbito millarensis sintieron el impulso de explorar la distribución zonal de los filones cúpricos y de controlar los procesos productivos implicados en la elaboración de los objetos metálicos, alentando la expansión territorial del proyecto político que encabezaban hacia otras tierras donde todavía quedaban vetas metalíferas, asegurándose, de este modo, el monopolio de su beneficio. Las posibilidades de explotar en provecho propio el valor de cambio que el metal, entre otros productos, cobraba al producirse el intercambio entre diferentes sociedades concretas (Godelier, 1974: 123) les permitía incrementar la plusvalía generada, a la par que consolidar su situación de privilegio y ampliar las distancias.

De este modo pueden explicarse los cambios que se empiezan a constatar en el patrón de asentamiento y en la organización del hábitat y de las actividades productivas en el Este peninsular a partir de momentos previos a mediados del III milenio cal BC, y que van a suponer el inicio de un proceso de desarrollo hacia mayores niveles de desigualdad social, que ya no tendrán vuelta atrás.



## 3.8. Sociedades en transición entre el 2800 y el 2200 cal BC: el desarrollo social de la desigualdad

---

Como hemos visto, parece evidente, a tenor de los estudios y las dataciones disponibles, que hacia mediados del IV milenio cal BC se iniciaría en las tierras del Sudeste peninsular un proceso de intensificación económica y de desarrollo de las fuerzas productivas, junto a los primeros pasos hacia la especialización laboral (Chapman, 1990; 2010: 139-154; Nocete, 2001), observable tanto en el desarrollo de las distintas ramas productivas –metalurgia, cantería, minería, artesanías, agricultura de regadío, etc.–, como en la significativa inversión de fuerza de trabajo en las esferas sociopolíticas e ideológicas –construcciones megalíticas, fortificaciones, infraestructuras, etc.–. A todo ello cabe añadir la configuración, en determinados lugares, de las primeras grandes concentraciones poblacionales, vinculadas a asentamientos fortificados en altura, frente al modelo anterior de dispersión poblacional en pequeñas unidades de asentamiento.

Las comunidades del Neolítico final del Levante de la península no permanecieron ajenas a este proceso de desarrollo social y económico, a pesar de la ausencia de recursos naturales diferenciados (Jover *et al.*, 2012b) y de existir una densidad demográfica más baja. Sin embargo, las facilidades para la comunicación por vía terrestre, especialmente en lo que se refiere al área meridional, habían posibilitado estrechos contactos con el Sudeste desde los momentos iniciales del Neolítico. En cualquier caso, hacia el 2800 cal BC constatamos en esta zona, por un lado, la persistencia del patrón de asentamiento característico del IV milenio cal BC, con una baja densidad en la ocupación de las zonas llanas, con asentamientos en lugares próximos a buenas tierras y cursos de agua. La mayoría de los núcleos habitados serían de pequeño tamaño, integrados por una o unas pocas cabañas, a veces protegidas por fosos, y con diversas áreas de trabajo localizadas en su entorno (fig. 3.41). Pero, por otro lado, en determinadas cuencas se advierte la aparición de asentamientos más grandes, en apariencia conformados por la agrupación de un número mayor de cabañas, todas ellas de similares características (Bernabeu *et al.*, 2008; Jover *et al.*, 2012b).

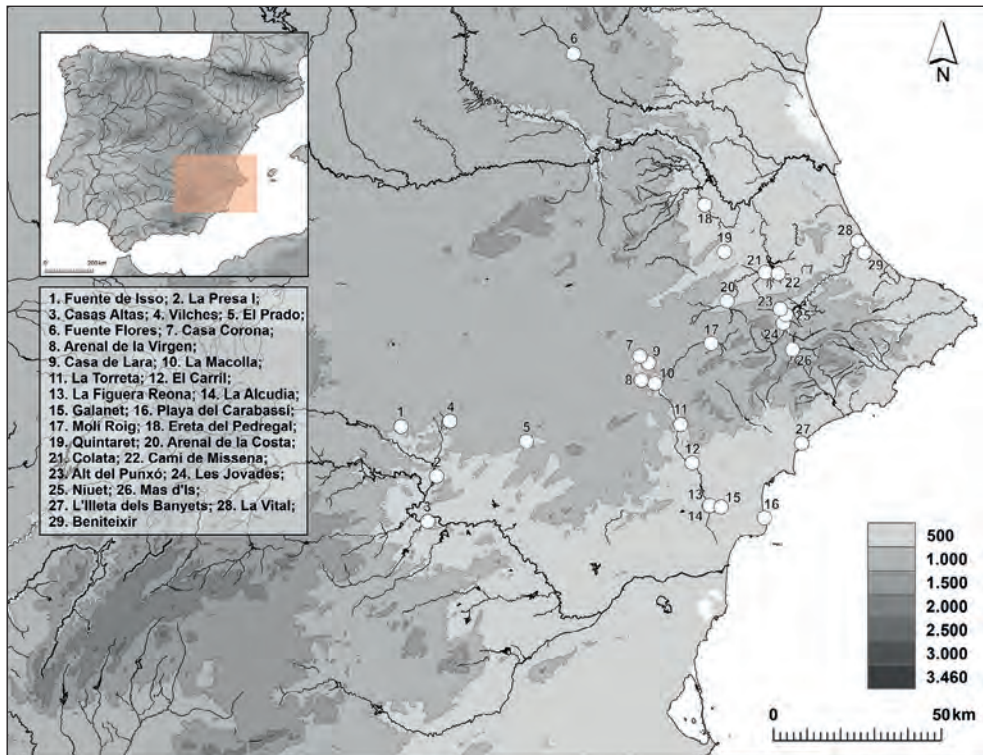


Figura 3.41. Distribución de asentamientos de la primera mitad del III milenio cal BC en el área de estudio.

Por el momento es muy difícil determinar la magnitud de estas primeras agrupaciones poblacionales, si bien diversos indicadores permiten relacionarlas con un cierto crecimiento demográfico, que parece haber sido mayor en aquellos valles donde existían buenas y amplias extensiones de tierras capaces de proporcionar altos rendimientos agrícolas. El registro arqueológico de este momento en el Este de la península ibérica ofrece, además, testimonios de una cierta intensificación productiva inferida a partir de un mejor aprovechamiento de las cabañas ganaderas, con la posible introducción del arado (Pérez Ripoll, 1999), de la aparición de cultivos extensivos especializados en las variedades mejor adaptadas a cada terreno (Pérez Jordà, 2013) y de un claro aumento en la capacidad de almacenamiento (fig. 3.42), dada la constatación de muchos más silos y de mucha mayor capacidad (Bernabeu *et al.*, 2006; Pérez Jordà *et al.*, 2011). Si a ello le unimos el aumento en la circulación de materias primas y objetos (Jover *et al.*, 2012b; Morales, 2017; Orozco, 2000), podemos considerar que aquí se dieron, en el tránsito del IV al III milenio cal BC, procesos similares a los que se observan en el sur de la península. Sin embargo, no hay aquí indicadores reconocibles que hagan pensar en sistemas de control social y económico en el seno de cada asentamiento semejantes a los detectados en el Sudeste. De hecho, las actividades productivas, al igual que en momentos anteriores,



se siguieron efectuando tanto en el interior de las cabañas como en espacios asociados, pudiendo definirse como una producción abierta y de tendencia colectiva. Este tipo de organización de las estructuras permite considerar la existencia de “complejos familiares” (Sánchez Romero, 2015) compuestos por una o más estructuras de hábitat que comparten un mismo espacio en el cual desarrollar actividades de diferente naturaleza y compartir utensilios y estructuras.

El proceso de intensificación observado en el tránsito entre el IV y III milenio cal BC debió llevar asociada una incipiente competencia entre las diversas comunidades. Desde este momento se generalizó el ritual de inhumación múltiple en el interior de cavidades naturales (García Puchol *et al.*, 2018; Soler Díaz, 2002). La ubicación de estos enterramientos colectivos en las sierras que rodean los valles ocupados y explotados podría interpretarse como un intento de apropiación de estos espacios (Vicent, 1990; López Padilla, 2008), institucionalizándose los derechos de propiedad colectiva y particular sobre los recursos existentes en cada valle frente a las comunidades vecinas. Este tipo de ritual no haría más que reforzar la idea de que las sociedades del Neolítico final-Calcolítico seguían estando organizadas a través de lazos de parentesco.

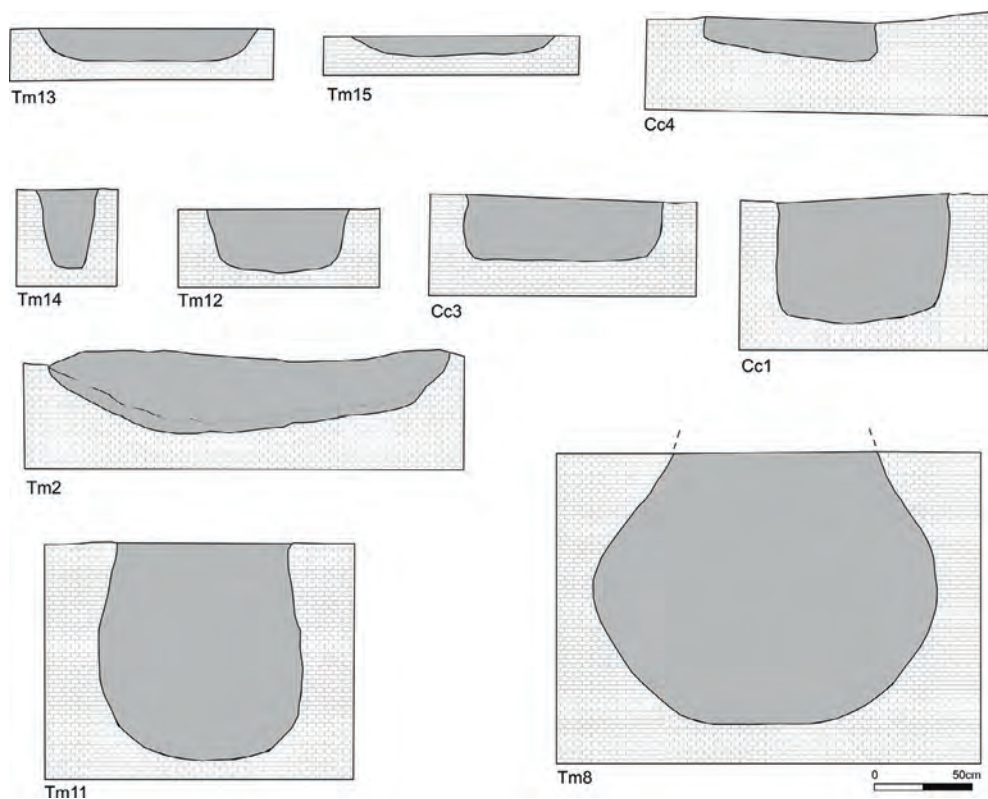


Figura 3.42. Sección de las estructuras negativas documentadas en Torreta-El Monastil.

Paralelamente a estos cambios en el área oriental de la península, en el Sudeste peninsular, a inicios del III milenio cal BC se asiste a una aceleración de los procesos de intensificación productiva y de desarrollo social que se concreta en la aparición de asentamientos de gran tamaño, en los que se constata una enorme inversión de trabajo en la edificación y mantenimiento de murallas con torres de mampostería y edificios singulares de planta rectangular dedicados, en algunos casos, a labores de producción metalúrgica (Cámara y Molina, 2005: 50; Molina *et al.*, 2020). Este tipo de asentamientos fortificados, de diferentes tamaños, no solo se emplazan en llano, como Los Millares o el Puente de Santa Bárbara (González *et al.*, 2018), sino que también comenzaron a ser fundados en altura –Cabezo del Plomo (Muñoz, 1993)–, controlando visualmente amplios territorios y zonas de paso. La proyección hacia oriente del proyecto político en el que se enmarca la aparición y consolidación de este tipo de asentamientos de tipo millarense explica ciertos cambios detectados en el curso alto del Segura, hacia 2800 BC, como la fundación de algunos emplazamientos en altura, por el momento sin fortificaciones que, como Vilches IV (García Atiénzar *et al.*, 2016; García Atiénzar y Busquier, 2020), remiten directamente a aquellos en cuanto a las características de sus viviendas y organización interna.

La secuencia de ocupación constatada en el yacimiento de Vilches IV (Hellín), con una extensión máxima estimada entre 0,1 y 0,2 ha, se desarrolla íntegramente durante el Calcolítico (2800-2400 cal BC) (García Atiénzar *et al.*, 2016; García Atiénzar y Busquier, 2020). En el área excavada (*ca.* 500 m<sup>2</sup>) se documentaron tres cabañas de planta circular con diámetros que oscilan entre los 5,5 y 3,5 m construidas con un zócalo de mampostería y una techumbre de barro y ramaje (fig. 3.43). En algunas de estas cabañas se detectaron diversas fases que cubren una secuencia interna de más de 300 años, lo cual certifica la durabilidad de las estructuras domésticas. En torno a las cabañas se sitúan áreas de actividad, delimitadas por muros y, posiblemente, techadas. Aunque este modelo de organización del espacio es similar al observado en las unidades domésticas de las aldeas situadas en el llano, en Vilches IV se definen agregaciones de varias cabañas que comparten un mismo espacio o patio, lo que rompe con la tendencia a la dispersión de unidades domésticas observado en los asentamientos en llano localizados en su entorno, característica del Levante peninsular. A pesar de que la materialidad arqueológica y el tipo de actividades registradas son similares a estos, el modelo de organización interna observado en Vilches se asemeja más al de los yacimientos calcolíticos del Sureste, como Los Millares, El Malagón, Cerro de la Virgen o Cabezo del Plomo (fig. 3.44) (Sánchez Romero, 2015). Sin embargo, y a diferencia de estos, en Vilches no se documentaron construcciones de carácter defensivo.

Así pues, Vilches IV puede considerarse uno de los asentamientos representativos de la máxima penetración hacia el este del entramado social millarense, interesado en establecerse en puntos estratégicos para el control de las relaciones inter-sociales que mantenía sobre su periferia territorial y en las que parece descansar un



Figura 3.43. Vista del emplazamiento e imagen de la cabaña 3 de Vilches IV (Hellín).

pilar esencial del sistema de consolidación de desigualdades sociales que los linajes dominantes perseguían.

Sin embargo, la generalización de asentamientos en altura en el resto de la cuenca del Segura, ligada al proceso de disolución y transformación del programa político “millarenses” (López Padilla, 2006), no se producirá en el Levante de la península ibérica hasta la fase campaniforme, en torno a 2500/2400 cal BC, cuando



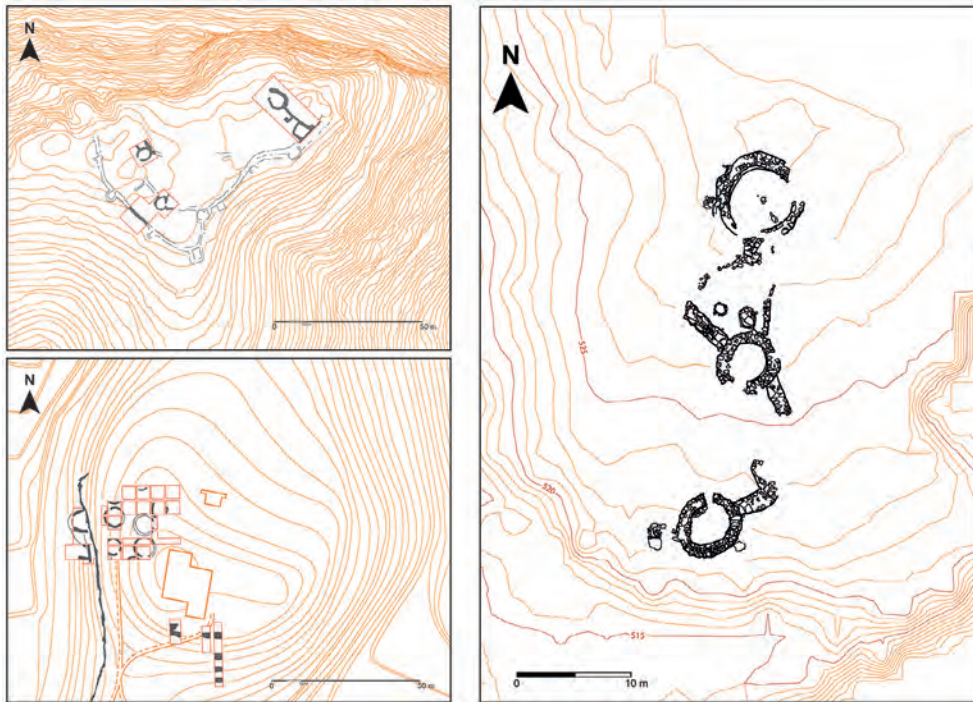


Figura 3.44. Planimetría de Cabezo del Plomo (arriba a la izquierda), Cerro de la Virgen (abajo izquierda) y Vilches IV (a la derecha).

se constata la aparición de un significativo número de asentamientos ubicados en cerros y promontorios rocosos, algunos con sistemas de fortificación, de los que el único que ha sido excavado es el de Les Moreres (Crevillente), en el Bajo Segura (fig. 3.45). Con una extensión aproximada de 0,5 ha, en el área excavada se encontraron varias cabañas de planta circular levantadas sobre zócalo de mampostería y con paredes y techos de barro (González y Ruiz, 1991/92).

El relativamente elevado número de este tipo de emplazamientos en esta zona, en la que se documentan las últimas y más orientales vetas cupríferas del sistema bético, y la aparente desaparición de los hábitats en llano, difiere de lo que se observa contemporáneamente en el Este peninsular donde, si bien hallamos los primeros emplazamientos en altura, sigue sin abandonarse el hábitat en llano junto a terrazas fluviales o en el fondo del valle con yacimientos, como El Promontori (Elche) o Casa de Lara y Casa Corona (Villena) (García Atiénzar, 2016), que perpetúan el modelo poblacional disperso del Neolítico final (Jover *et al.*, 2014b). En estos asentamientos se observa la continuidad de los sistemas de delimitación a través de fosos segmentados –Arenal de la Costa (Bernabeu *et al.*, 1993)– o de lienzos de muro –fase III de Ereta del Pedregal (Juan-Cabanilles, 1994)–. En este sentido, varios autores han propuesto que durante el Campaniforme algunos asentamientos serían de menores dimensiones, pero agregados y delimitados (Bernabeu *et al.*, 2006).



Figura 3.45. Vista general de Les Moreres (Crevillente) desde el noroeste.

Peñón de la Zorra (fig. 3.46) ofrece los datos más completos para asentamientos campaniformes en altura (García Atiénzar, 2016). En las excavaciones realizadas se documentó una única estancia de planta trapezoidal de unos 20 m<sup>2</sup> en cuyo interior se recuperó una amplia cantidad de vasos decorados, lo que difiere de las actividades de carácter doméstico registradas en las cabañas de los asentamientos en llano (Alba y García Atiénzar, 2018). Esta estancia se adosa a una construcción circular maciza, posiblemente una torre, desde la que es posible controlar visualmente los principales corredores que conectan el valle del Vinalopó con la costa mediterránea y la Meseta. En este mismo territorio se han documentado otros enclaves en altura –La Mola (Agres), El Monastil (Elda), Puntal de los Carniceros (Villena) o Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)– que estarían formando parte de una red de puntos de control a lo largo de estos corredores (García Atiénzar, 2016).

La fecha que podría marcar la definitiva ruptura de esta dualidad en el patrón de asentamiento, que combinaba la presencia de unos pocos enclaves en altura con la continuidad de ocupaciones permanentes en el llano y en los fondos de los valles, se situaría en torno al 2200 cal BC. En este momento parecen desaparecer definitivamente los núcleos de población situados en el llano y toda la población se traslada a asentamientos en altura.



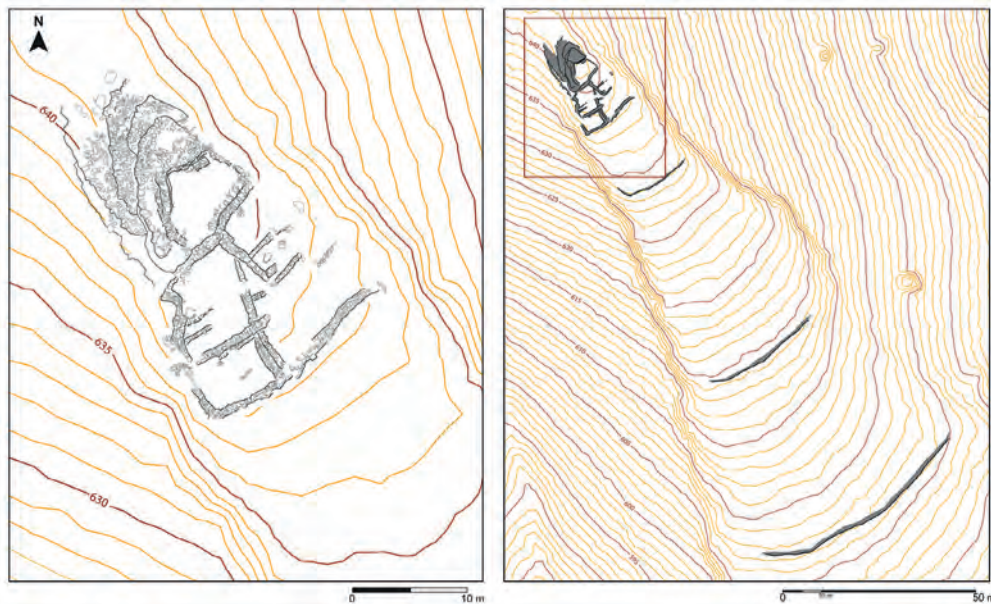


Figura 3.46. Planimetría del Peñón de la Zorra (Villena).

Este proceso de cambio en el patrón de asentamiento y en las características de las zonas de hábitat debe relacionarse con la progresiva incorporación de las sociedades ubicadas en las zonas más meridionales del Este peninsular al nuevo sistema sociopolítico que se estaba gestando en el Sudeste peninsular y que acabará configurándose de forma definitiva en el territorio hacia el 2200 cal BC, con el surgimiento de lo que reconocemos como el espacio social argárico (López Padilla, 2006). Así, en el Sudeste, buena parte de los asentamientos de tipo Millares se abandonaron o entraron en un progresivo abandono (Aranda *et al.*, 2020; Lull *et al.*, 2010). Otros, los menos, siguieron ocupados. Sin embargo, el aspecto más destacado fue la fundación de un buen número de nuevos asentamientos, algunos de grandes dimensiones, como La Bastida de Totana (Lull *et al.*, 2014) o Laderas del Castillo (López Padilla *et al.*, 2018).

Por su parte, en las tierras del Este peninsular también asistimos a cambios de enorme importancia. Prácticamente la totalidad de los asentamientos emplazados en el llano se abandonaron, así como algunos de los situados en altura y, al igual que en el Sudeste, comenzarían a fundarse nuevos enclaves ocupando la cima de cerros o de estribaciones montañosas. Es lo que fue definido en su momento como el área cultural del “Bronce Valenciano” (Tarradell, 1963).

# **4. Hacia la institucionalización de la desigualdad durante la Edad del Bronce en el Levante de la península ibérica**

---



## 4.1. El proceso de reconocimiento y caracterización de grupos arqueológicos coetáneos y colindantes: El Argar y el “Bronce Valenciano”

---

Hasta hace relativamente poco tiempo, los orígenes de la cultura argárica deambulaban aún al albur del difusionismo imperante durante casi todo el pasado siglo, enfatizando supuestas raíces culturales cuyo origen conducía a una u otra punta de Europa o Asia, dependiendo casi siempre del marco sociopolítico del momento y de la valoración que se hiciera de unos u otros de sus elementos de cultura material más relevantes (Bosch Gimpera, 1932; Martínez Navarrete, 1989: 340; Martínez Santa-Olalla *et al.*, 1947; Tarradell, 1963). Con todo, en sus primeras consideraciones, los hermanos Siret (1890: 323, 332-333) parecían proclives a pensar que la originalidad y personalidad propia del “pueblo árgarico” bastaban para justificar las innovaciones más relevantes con respecto a la etapa anterior, donde los prospectores de metal orientales –fenicios– habían tenido un gran protagonismo. Algo que, sin embargo, terminó por cambiar completamente con el transcurso del tiempo, pasándose a proponer Centroeuropa y el Oriente mediterráneo como origen último de estas innovaciones (Siret, 1913: 79).

A partir de ese momento, y salvo contadas excepciones que fueron quedando pronto en franca minoría (Bosch, 1932; Leisner y Leisner, 1949), prácticamente todas las explicaciones sobre la gestación y desarrollo de lo argárico giraron en torno a la llegada de poblaciones o influencias externas, casi siempre relacionadas de manera directa o indirecta con la explotación de los recursos metalúrgicos peninsulares. Así, hacia mediados del siglo pasado, J. Martínez Santa-Olalla y otros autores (1947: 153) llegaban a defender que la formación de la cultura argárica se debía a la llegada de prospectores de metales venidos desde el Próximo Oriente –concretamente de Anatolia– que habían alcanzado la península ibérica en una única oleada y durante un breve período de tiempo –lo que explicaba la ausencia de semejanzas culturales con otros lugares del centro del Mediterráneo– siguiendo un modelo típicamente invasionista.

El reconocimiento de la diversidad cultural durante la Edad del Bronce peninsular, llevada a cabo principalmente por M. Tarradell Mateu (1950; 1963) (fig. 4.1) a lo largo de los años cincuenta y, sobre todo, sesenta del pasado siglo, no hizo variar



Figura 4.1. Miquel Tarradell durante sus excavaciones en Mas d'en Miró en 1967.

en lo sustancial el poderoso influjo de estas ideas, que seguían haciendo recaer en el exterior, bien fuera en el corazón del continente europeo, como consecuencia última de la arribada de la célebre corriente de reflujo campañiforme de la hipótesis de E. Sangmeister (Blance, 1964: 131), o bien desde el extremo oriental del Mediterráneo (Schubart, 1976: 334), el protagonismo principal del proceso de creación y desarrollo de la cultura argárica.

Los cambios metodológicos y ontológicos, que no epistemológicos, iniciados a principios de los años ochenta se empezaron a introducir en la práctica arqueológica hispana (Vicent, 1981), auspiciados, en buena medida, por la extensión del programa de investigación procesual fuera del ámbito anglosajón.

Esto supuso el desarrollo de

importantes trabajos de investigación fuera de la tradicional corriente histórico-cultural. Las aportaciones de autores como Lull (1983), Mathers (1984) o Gilman (1987) en los años ochenta y la generalización del uso de dataciones radiocarbónicas, que hizo entrar en crisis el sistema de las cronologías cruzadas, terminarían por minar sensiblemente las bases de la hipótesis difusionista, tan sólidamente arraigada en la investigación durante décadas. Asimismo, la notable ampliación del número de proyectos de excavación durante esos mismos momentos (Jover y López, 2011) y la renovación de los planteamientos teóricos, especialmente de corte funcionalista y materialista histórico, desde los que la mayoría de estos se han abordado (Castro *et al.*, 1999; Cámara, 2001; Cámara y Molina, 2011; Chapman, 1991; Contreras, 2000; Lull, 1983; Lull y Estévez, 1986; Lull y Risch, 1995; Lull *et al.*, 2012; Molina y Cámara 2009; entre otros) ha permitido variar sensiblemente el signo de las



propuestas identificatorias o de inferencia del proceso de evolución social planteadas a lo largo de las últimas décadas.

Así, para R. Chapman (1991), la sociedad argárica constituía el resultado de un proceso de intensificación económica y progresiva jerarquización social que, arrancando desde el Neolítico, culminaba en la aparición de una sociedad de jefaturas (Service, 1964). En cambio, para V. Lull y R. Risch (1995) la naturaleza estatal del grupo argárico quedaba patente en el registro empírico a través de una normalización y uniformidad ideológicas –como formas de coerción psíquica– y la concentración y control de los procesos de producción subsistencial –deducidos a partir de la presencia de espacios especializados y una normalización de los contenedores de bienes subsistenciales– por parte de un segmento de la población que, además, tenía capacidad para disfrutar, usar y gozar de determinados productos de restringido acceso social.

No han faltado críticas a la interpretación realizada sobre determinados aspectos del registro considerados supuestamente probatorios de la existencia de una organización social de tipo clasista, pues tras ellos podrían estar solo incrementos sustanciales de la producción y la productividad del trabajo, y no cambios en las relaciones sociales de producción que supusieran nuevas formas de organización y control del trabajo, diseñadas para la explotación y obtención de excedentes (Jover, 1999: 177-181). Sin embargo, con posterioridad se han reconocido y propuesto argumentos más sólidos –como el registro funerario de las sepulturas de individuos infantiles y la comparación diacrónica del reparto en la composición de ajuares a lo largo del tiempo argárico (Lull *et al.*, 2004)– con los que validar una hipótesis de tipo identificatorio. Esta hipótesis ha permitido reconocer que la sociedad argárica en su proceso histórico se constituyó y afianzó como una entidad de clases (Lull *et al.*, 2009; 2012), para la que algunos investigadores han venido a otorgar un carácter “aristocrático” que se vería respaldado, entre otras evidencias, por el registro diferencial de patologías óseas entre los individuos inhumados en algunas tumbas argáricas de yacimientos como Peñalosa o Castellón Alto (Cámara, 2001; Contreras, 2000; Contreras *et al.*, 1995;). Este argumento, en cualquier caso, exigiría admitir como premisas fundamentales que los yacimientos estudiados son pertinentes para corroborar dicha hipótesis y, que, por otro lado, el registro funerario analizado es completamente representativo del conjunto de su población, cuestión que desde hace tiempo se ha sometido a constantes debates (Castro *et al.*, 1996; Chapman, 1991; Lull *et al.*, 2004). A lo ya señalado cabría añadir que las prácticas funerarias constituyen un elemento de observación empleado tradicionalmente en arqueología y que no puede ser interpretada y representada sin la información que aportan el resto de unidades de observación –productos, áreas de actividad, unidades estructurales o habitacionales, asentamientos y territorios– debidamente concatenadas (Jover, 1999).

En comparación, el estudio y caracterización de los grupos arqueológicos de la periferia argárica, en este caso el denominado Bronce Valenciano, ofrece una trayectoria en la investigación sustancialmente distinta. Su punto de partida se encuentra en el señalamiento y la delimitación de, al menos, tres grandes áreas culturales realizado por M. Tarradell (1950): la zona argárica en sentido estricto, localizada en el Sudeste; el grupo de influencia argárica situado a su alrededor; y un tercer grupo aún más alejado, que se extendía por Cataluña, gran parte de La Meseta y la zona Cantábrica. De este modo, soslayando la cuestión del origen del foco cultural de El Argar, se dividía y diferenciaba regionalmente el solar peninsular, reconociendo un área culturalmente más avanzada –el Sudeste– desde donde se difundían los progresos al resto, durante toda la Edad del Bronce (Martínez Navarrete, 1989).

Entre los grupos incluidos en el área considerada de influencia argárica ya se señalaba la personalidad propia que denotaba el grupo valenciano, con un importante número de yacimientos y la presencia de algunos objetos que, como las alabardas, resultaban indicativos de un desarrollo tecnológico avanzado (Tarradell, 1950: 77). Sin embargo, también resultaban características las reducidas dimensiones de la mayoría de los asentamientos y la monotonía de los materiales registrados, que hacían extremadamente difícil la distinción de etapas cronológicas (Tarradell, 1958: 112).

El a partir de entonces denominado “Bronce Valenciano” terminaba por definirse únicamente en oposición a los rasgos establecidos a finales del siglo XIX para el reconocimiento de la cultura argárica: enterramientos en recovecos o covachas fuera de los núcleos de residencia frente a los enterramientos argáricos en las zonas de hábitat; menor presencia de objetos metálicos junto a una variedad de tipos más reducida; tendencia a producir formas cerámicas globulares frente a los carenados argáricos; así como diferencias en la calidad de las pastas e inexistencia de copas (Tarradell, 1963; Hernández Pérez, 1985).

Fijados claramente los límites meridionales primero en la cuenca del Vinalopó (Tarradell, 1963), y más tarde en la cuenca del río Segura (Tarradell, 1969), y a pesar de que en los mapas publicados por M. Tarradell (1963: 149) no se señalaba la presencia de asentamientos en gran parte de la provincia de Castellón, sus escritos dejaban entrever una clara justificación de los límites de la nueva área cultural, haciéndolos coincidir aproximadamente con los límites administrativos de la Comunidad Valenciana. Sin embargo, M. Tarradell (1969: 26) encontró también elementos de diferenciación a escala regional dentro del territorio demarcado, pues como a su juicio denotaba la distribución de las cerámicas decoradas con cordones, el ámbito comprendido entre el Júcar y el Turia actuaba a modo de zona fronteriza entre un área septentrional, donde resultaban más abundantes los materiales relacionables con zonas de Cataluña y del Valle del Ebro, y otra más meridional, caracterizada por una notable ausencia de estos.

Para M. Tarradell (1969: 27), los orígenes del área cultural del Bronce Valenciano debían ponerse en relación con El Argar, y ambos debían una parte fundamental de sus rasgos a los contactos mantenidos con los focos culturales del Próximo Oriente (Tarradell, 1969: 27). De hecho, a su juicio sería la reducción sensible de la cantidad y calidad de estos contactos, a partir de la segunda mitad del II milenio a.C., la que explicaría la supuesta tendencia al estancamiento que mostraba el Bronce Valenciano (Tarradell, 1969: 26).

Resulta innegable que las aportaciones de M. Tarradell han constituido el pilar fundamental del que ha partido la investigación sobre la Edad del Bronce en tierras valencianas y en buena parte del resto del territorio peninsular a lo largo de más de medio siglo (Gil-Mascarell y Enguix, 1986; Hernández Pérez, 1985; Llobregat, 1975; Martí y Bernabeu, 1990; entre otros). En este sentido, no debemos olvidar tampoco sus referencias a los “*túmulos de Albacete*” –como La Peñuela o Cerrico Redondo– para los que consideró la posibilidad de que conformaran un grupo homogéneo (Tarradell, 1950: 78) que la investigación posterior terminó por definir como la Cultura de las Motillas (Nájera y Molina, 1977; Nájera, 1984).

Pero volviendo a la problemática planteada en relación con las zonas levantinas, durante los años setenta, al tiempo que se ocupaba de recomponer la secuencia crono-cultural desde el Neolítico a la Edad del Hierro, maltrecha por los resultados de las dataciones radiocarbónicas, E. Llobregat (1975: 135) (fig. 4.2) proponía, por primera vez, un origen autóctono para el Bronce Valenciano, el cual se conformaría como resultado de la evolución de un horizonte de transición, un planteamiento que, con matices, acogerían otros trabajos posteriores como el de J. Aparicio (1976: 40), quien compartía la idea de que la Edad del Bronce peninsular tuvo un origen autóctono como continuidad o perduración de la etapa anterior, aunque con unos cambios muy significativos motivados por causas externas, principalmente climatólogicas.

Por lo tanto, a mediados de la década de 1970 se había configurado ya en el panorama de la investigación



Figura 4.2. Enrique Llobregat en 1971. Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

peninsular un área cultural conocida como Bronce Valenciano y contemporánea a la cultura de El Argar. Sin embargo, dado que en el territorio que ocupaba la primera no existían vetas metalíferas y sí objetos de metal, cabía plantear su origen por influencias argáricas y explicar su desarrollo tecnológico, especialmente la introducción de la metalurgia, por un proceso de aculturación (Enguix, 1980: 164).

Durante los años ochenta estas hipótesis se mantuvieron claramente vigentes (Martí, 1983; Navarro, 1982), pero, al mismo tiempo, la intensificación de las investigaciones y excavaciones comenzó a revelar una heterogeneidad cultural del “Bronce Valenciano” hasta entonces solo sospechada. Las diferencias documentadas en diferentes asentamientos permitieron a M. S. Hernández (1985: 116) propugnar la existencia de facies comarcales dentro del Bronce Valenciano en función de la mayor o menor influencia argárica, irradiada desde el momento mismo de su constitución como cultura.

Por estas mismas fechas, J. Bernabeu (1984: 112) proponía dos posibles hipótesis referentes a la formación del Bronce Valenciano. En la primera, se habría formado a partir de una evolución local paralela a la Cultura de El Argar, y las influencias de esta incidirían sobre la cultura del Bronce Valenciano ya formado –opinión aparentemente compartida por M. S. Hernández (1985; 1986) y B. Martí (1983)– mientras que, por el contrario, en la segunda hipótesis las influencias argáricas habrían actuado sobre los grupos del Horizonte Campaniforme de Transición (fig. 4.3), contribuyendo, junto con las tendencias locales, a su formación. Para J. Bernabeu (1984), los fragmentos de cerámica campaniforme presentes en el asentamiento de San Antón, en Orihuela, los cubiletes cerámicos hallados en algunas cuevas de enterramiento campaniforme, con paralelos en yacimientos argáricos, y la asociación de elementos metálicos campaniformes –puñales de lengüeta, puntas de Palmela– con adornos de plata en la cueva Oriental del Peñón de la Zorra, en Villena, servían para sustentar la segunda de estas hipótesis, que implicaba también que el Bronce Valenciano debía ser posterior cronológicamente a El Argar. Casi una década más tarde, en un trabajo conjunto de B. Martí y J. Bernabeu (1992) terminaría de completarse la hipótesis, al considerar que este proceso se iniciaba antes en las comarcas meridionales que en las centrales, al tiempo que se insistía en la necesidad de definir la “comarcalización” de la Edad del Bronce, teniendo en cuenta el desarrollo cultural anterior, los recursos naturales y las relaciones externas para, de este modo, explicar los diversos “Bronces” presentes en la Comunidad Valenciana (Hernández Pérez, 1986).

Todo ello desembocó abiertamente en la problemática en torno al contenido real que cabía atribuir al término Bronce Valenciano, que M. Gil-Mascarell (1995: 69) abordó algunos años más tarde resolviendo. Su conclusión fue, a pesar de las evidentes diferencias regionales documentadas y de las afinidades reconocibles en otras zonas situadas más allá de los límites culturales de lo que cabría denominar propiamente como ámbito valenciano, como por ejemplo en los yacimientos de



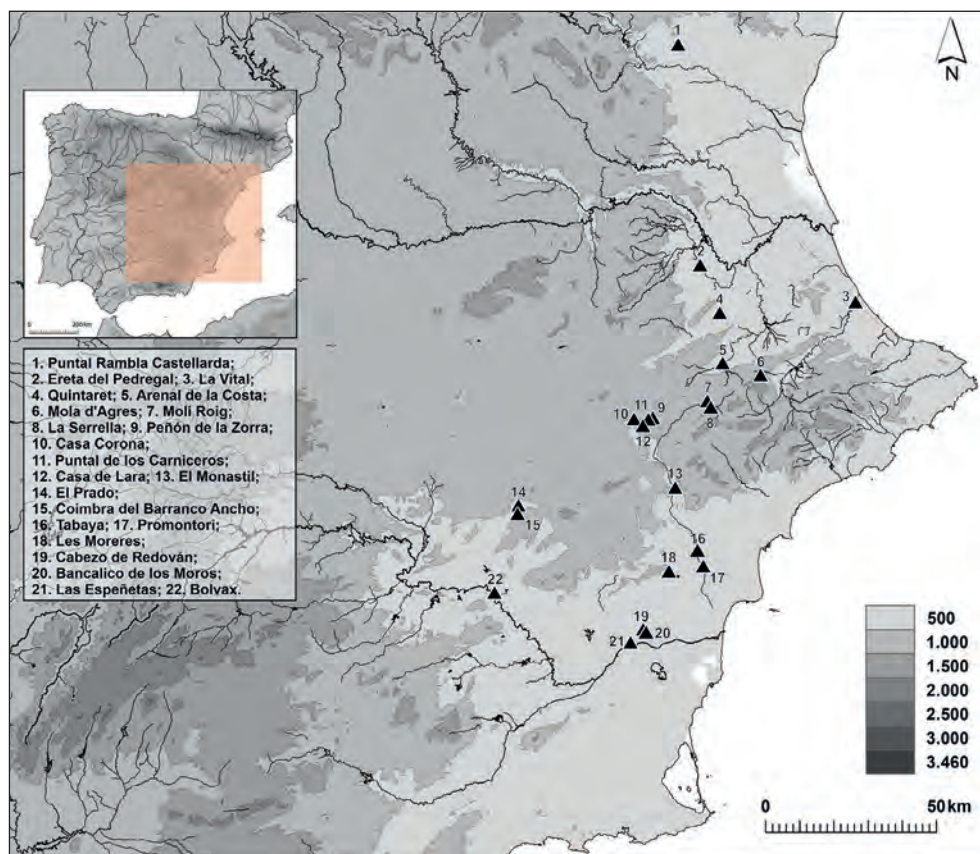


Figura 4.3. Mapa con la ubicación de los yacimientos campaniformes mencionados en el texto.

la serranía turolense, rechazar que el término de “Bronce Valenciano” no significaría, dado el registro disponible en esos momentos, más que un simple cambio de etiquetas sin contenido claro y coherente (Gil-Mascarell, 1995: 69). Los trabajos publicados con posterioridad adoptaron posturas diversas a este respecto: desde obviar el problema, pasando a hablar de la “Edad del Bronce en el País Valenciano” o “en las tierras valencianas” (Hernández, 1997) a seguir utilizando la denominación de “Bronce Valenciano” pero únicamente en referencia a las tierras centrales de las comarcas valencianas y dentro del ámbito cronológico que tradicionalmente se atribuye al Bronce antiguo y pleno, siguiendo la propuesta inicial de M. Gil Mascarell Boscà (Gil Mascarell, 1992; de Pedro, 2004).

A nuestro juicio, podría decirse que una parte sustancial de la controversia se ha debido a las propias circunstancias de la investigación que condujo al reconocimiento del Bronce Valenciano como área cultural de la Edad del Bronce, el cual se fundamentó –como probablemente no podía ser de otro modo– en la negación de lo argárico, y no en la definición de sus propios rasgos culturales. Esta apreciación, señalada hace ya más de tres décadas por M. S. Hernández (1985), denunciaba la



ausencia de una caracterización de los grupos de la Edad del Bronce emplazados más allá de la frontera septentrional argárica, y hacía apremiante la necesidad de conocer su propio proceso histórico de desarrollo. Apremio que realmente no cabía solo circunscribir al ámbito de Levante peninsular, pues podría considerarse en parecida situación a toda la amplia franja territorial que comprende desde el área oriental de La Mancha hasta el sector meridional del sistema Ibérico.

## 4.2. El grupo argárico en el extremo nororiental de El Argar

La investigación sobre el grupo argárico en las tierras valencianas hunde sus raíces en los albores del siglo XX, cuando el jesuita Julio Furgús inició sus excavaciones en los yacimientos de San Antón (fig. 4.4), en Orihuela, y en Laderas del Castillo, en Callosa de Segura (Furgús, 1937). Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en estos dos enclaves sacaron a la luz lo que en aquellos momentos se creyó eran sendas necrópolis, correspondientes a poblaciones supuestamente situadas en el llano, en los valles de los alrededores, aunque próximas a los cerros que se habían escogido para depositar a sus muertos. Tan profunda era la convicción de J. Furgús de que estaba excavando un cementerio que jamás fue capaz de advertir la presencia de las viviendas y espacios arquitectónicos entre los que se encontraban las numerosísimas sepulturas registradas, de manera que carecemos casi completamente de información contextual que acompañe a los materiales exhumados durante sus trabajos, los cuales integraron la



Figura 4.4. Ajuar cerámico de una sepultura de San Antón (Orihuela).

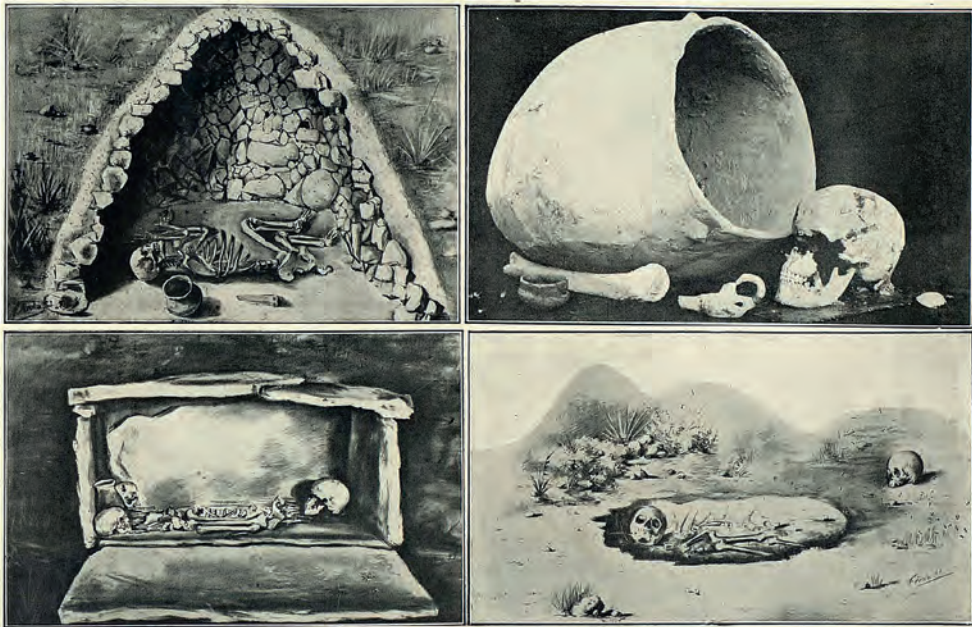


Figura 4.5. Representaciones ideales de los tipos de enterramiento documentados por J. Furgús en San Antón. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: enterramiento en túmulo, en urna de cerámica, en cista de lajas y en fosa (Furgús, 1902).

excepcional colección del Museo del Colegio de Santo Domingo de Orihuela (fig. 4.5).

Después de la muerte de J. Furgús, los trabajos realizados años más tarde por J. Colominas (1929) en Laderas del Castillo de Callosa no cambiaron en absoluto este panorama, pues se insistía igualmente en la suposición de que el yacimiento era exclusivamente una necrópolis, no reconociéndose en ningún momento la existencia de un asentamiento. Los objetos recogidos en las excavaciones de J. Colominas –depositados actualmente en el Museu d’Arqueologia de Catalunya, en Barcelona– y el conjunto de materiales procedentes de las excavaciones de J. Furgús –hoy disgregado y desperdigado en diversas colecciones– junto con algunos otros, fruto de rebuscas y actuaciones más o menos incontroladas, constituyeron durante muchísimo tiempo la única base material desde la que acometer el estudio del grupo argárico en la zona meridional del Levante peninsular (Hernández *et al.*, 2009). Esporádicamente, algunas de las piezas más sobresalientes fueron incorporadas a los estudios realizados durante la década de 1970 en torno a la periodización y sistematización de la cultura argárica, como los de B. Blance (1971) o H. Schubart (1975), teniendo que aguardar a los trabajos de V. Lull (1983) y, sobre todo, de R. Soriano (1984) para contar con una revisión actualizada de todo el conjunto artefactual argárico del corredor del Segura en su tramo final.

Entre tanto, las actuaciones arqueológicas iniciadas en la Illeta dels Banyets (Llobregat, 1986) y, especialmente, en Pic de les Moreres (González Prats, 1986), abrieron una nueva etapa de investigación arqueológica de campo en poblados argáricos de la zona que solo hasta cierto punto culminó en las excavaciones realizadas en el Tabayá, de las que por el momento solo se han dado a conocer aspectos parciales (Hernández Pérez, 1990; 1997; 2009; Hernández y López Mira, 1992; Hernández y López Padilla, 2010; Hernández *et al.*, 2019; Molina Mas, 1999). Del resto, únicamente se han conocido algunos datos relativos a los materiales más relevantes y a la organización arquitectónica y de ocupación del asentamiento de Caramoro I (Jover *et al.*, 2018; 2019; 2020; Pastor *et al.*, 2018; González y Ruiz, 1995; Ramos Fernández, 1988), a los que se uniría más tarde la revisión de las excavaciones de E. Llobregat en la Illeta dels Banyets (Simón, 1997) y, casi una década después, la memoria científica de los últimos trabajos realizados en este yacimiento (Soler Díaz, 2006; 2009).

Pero a pesar de los indudables avances que estos trabajos suponían con respecto a décadas pasadas, y al contrario que otras zonas de la geografía del Prebético peninsular, el territorio de la Vega Baja del Segura adolecía aún de una completa ausencia de información referente a determinados aspectos clave, como el modelo de articulación del poblamiento y de la organización del espacio así como la extensión y características de los yacimientos conocidos, a lo que se sumaba también la ausencia de un marco cronológico fundamentado en dataciones radiocarbónicas válidas.

Con respecto al primero de esos aspectos, en sus trabajos Julio Furgús tan solo apuntó algunas estimaciones muy vagas acerca del tamaño de las –para él– “necrópolis” de San Antón y Laderas del Castillo (Furgús, 1937: 16) y apenas han trascendido ciertas referencias sobre alguno de los yacimientos excavados en los años ochenta, como Pic de les Moreres (González Prats, 1986). Esta ausencia de datos básicos sobre las características de los asentamientos argáricos del sur de Alicante impedía comparar el modelo de ordenación y posible jerarquización del territorio y del espacio social de esta zona con el reconocido en otros ámbitos inmediatamente adyacentes, como la cubeta de Villena, la Vall d’Albaida, l’Alcoià o incluso el corredor de Almansa (Hernández y Simón, 1994; Jover *et al.*, 1995; Jover y López, 2004; Ribera y Pascual, 1994; Pascual Benito, 1988) e impedía básicamente corroborar cualquier tipo de hipótesis relacionada con la existencia de posibles diferencias entre unos modelos y otros.

En cuanto a las características de los asentamientos argáricos del Bajo Segura y Bajo Vinalopó empezamos a contar con información de relevancia (López Padilla, 2009; 2014; López Padilla *et al.*, 2014; Martínez Monleón, 2014). Los datos referentes a núcleos como San Antón o Laderas del Castillo permiten inferir que se trataría de asentamientos de gran tamaño, próximos a las dos hectáreas, con un hábitat concentrado en las zonas de laderas y de distribución más dispersa en las zonas de piedemonte y llanura próxima. Las recientes excavaciones en Laderas del Castillo





Figura 4.6. Aterrazamiento y estratigrafía documentada en las excavaciones efectuadas en Laderas del Castillo (Callosa de Segura).

(fig. 4.6) (López Padilla *et al.*, 2017; 2018; 2019) muestran la construcción de grandes aterrazamientos para la edificación de viviendas y la superposición de estas en los mismos espacios con ocupación continuada desde, al menos, el 2200 hasta el 1700 cal BC.

En cualquier caso, como ya se ha dicho, el convencimiento de Furgús de que ni en San Antón ni en Laderas del Castillo existían estructuras de habitación le impidió registrar ni una sola de las que obviamente destruyó mientras buscaba las tumbas. Ni tan siquiera el conocimiento de los trabajos de los Siret ni las observaciones que referente a este tema realizara H. Siret (1905) en el tomo XIX de los *Annales de la Société*

*d'Archéologie de Bruxelles* le hicieron cambiar de opinión, aunque es cierto que el tono de sus afirmaciones al respecto varió sensiblemente entre la publicación de sus primeros trabajos en San Antón (Furgús, 1937: 16) y los de sus últimas excavaciones en las Laderas del Castillo (Furgús, 1937: 64). En cualquier caso, algunos de los argumentos que empleó el jesuita para defender la supuesta inexistencia de habitaciones en estos dos yacimientos nos informan, siquiera de pasada, del hallazgo de muros de aterrazamiento de mampostería trabada con barro de aproximadamente un metro de anchura en San Antón (Furgús, 1937: 22) así como un tramo de muro transversal a la pendiente en Laderas del Castillo junto al cual se hallaron restos de barro con improntas de cañas o de ramaje (Furgús, 1937: 66). En lo que concierne a los yacimientos excavados con posterioridad, de haberse conservado viviendas argáricas en el sector excavado por E. Llobregat en la Illeta dels Banyets, estas no fueron registradas más que en breves notas en los diarios de campo, y nunca fueron publicadas (Soler y Belmonte, 2006), de modo que para conocer las características de las unidades habitacionales de esta zona del territorio argárico, solo se disponía de los datos del pequeño emplazamiento de Caramoro I (Ramos Fernández, 1988;



González y Ruiz, 1995) (fig. 4.7) y de las estructuras exhumadas en el área excavada en Pic de les Moreres (González Prats, 1986), a lo que podían tan solo añadirse los exiguos datos avanzados por M. S. Hernández (1990; 1997) acerca del Tabayá.

El que en su día constituyó el territorio argárico alicantino se extendía básicamente por los tramos finales de las cuencas de los ríos Segura y Vinalopó. Antes de la desecación de esta área pantanosa, llevada a cabo por el Cardenal Belluga a finales del siglo XVIII (Box, 1987), todo este ámbito comprendía un complejo sistema de zonas lagunares que ocupaban el extremo más oriental del área, en contacto con la línea de costa, las cuales determinaron durante mucho tiempo las posibilidades de ocupación del territorio (Jover *et al.*, 1997). Este sistema se extendía, de oriente a occidente, desde Agua Amarga y el Clot de Galvany, pasando por la zona de Balsares, hasta las lagunas de Santa Pola y el Hondo de Elche, prolongándose hasta el sur de la sierra de El Molar, en las proximidades de Guardamar de Segura. En este lugar el río Segura vierte definitivamente sus aguas al Mediterráneo tras recorrer serpenteante la vertiente septentrional de un conjunto de sierras que, dispuestas en sentido este-oeste, enmarcan por el sur una extensa planicie de inundación en la que se disponen las tierras de mayor rendimiento agrícola de Alicante. Por el norte, este espacio queda cerrado por otra alineación montañosa que, desde Abanilla, en



Figura 4.7. Caramoro I (Elche) desde el lecho del río Vinalopó.

su extremo más occidental, hasta las estribaciones orientales de la sierra del Tabayá y de la serranía de Elche, sirvió, como ya se ha comentado en repetidas ocasiones, de límite septentrional del grupo argárico durante buena parte del II milenio cal BC (Jover y López, 1999; 2004). Entre ambas líneas montañosas y dominando la planicie, se alzan como gigantescas atalayas las sierras de Orihuela y de Callosa de Segura, rodeadas de algunos relieves menores que salpican sus alrededores, como el Cabezo de Redován, el Cabezo del Pallarés o los Cabezos de las Fuentes o de los Ojales, entre otros.

Si bien el curso del Segura, que discurre al sur de estas sierras centrales, adquiere en esta zona cercana a su desembocadura una marcada orientación oeste-este, el resto de ríos, ramblas, barrancos y ramblizos que vertían sus aguas en el Hondo de Elche y en el resto de las áreas lagunares de la zona, mantenían una dirección norte-sur que las convertía en las principales arterias de comunicación entre los extremos meridional y septentrional de la región. Así, además del Vinalopó, hacia occidente encontramos el barranco de los Arcos, en Elche, el barranco de la Rambla, en Crevillente, la rambla de la Algüeda, en Albatera, y finalmente, en el extremo más occidental del alineamiento montañoso, el río Chicamo, en Abanilla.

A lo largo y ancho de todo este amplio territorio de más de 100.000 ha, se distribuían una serie de emplazamientos en los que las prospecciones llevadas a cabo en las últimas décadas habían registrado evidencias de ocupación durante el III y II milenio cal BC, los cuales fueron objeto de análisis en el programa de prospección sistemático realizado de los que se han dado cuenta en distintas publicaciones (López Padilla, 2009; Martínez Monleón, 2014).

La primera variable analizada en todos ellos ha sido el tamaño que, con la prudencia con la que conviene manejar este criterio, consideramos un dato revelador de una mayor o menor intensidad en la ocupación de los asentamientos, en correspondencia más o menos directa con una mayor o menor concentración demográfica en ellos a lo largo del lapso temporal considerado (fig. 4.8). Sin embargo, se tuvieron especialmente en cuenta dos factores:

a) en primer lugar, la afectación por procesos erosivos de carácter geológico y/o antrópico, que en el caso de la Vega Baja del Segura se han visto potenciados en muchos casos por el aprovechamiento de los propios cerros sobre los que se emplazan los asentamientos como canteras de piedra para la construcción. Ese es el caso del Cabezo del Pallarés, de Arroyo Grande o del Monte Calvario, en los que las canteras, las explanaciones del terreno o la construcción de plataformas y miradores o de urbanizaciones y zonas ajardinadas han destruido los depósitos arqueológicos y cualquier indicio relativo a sus dimensiones.

b) en otros casos, la importancia de los sucesivos emplazamientos que se superpusieron cronológica y estratigráficamente en el mismo lugar, y que ha impedido reconocer la extensión real que en un lapso determinado de tiempo pudo tener un yacimiento determinado. El caso más evidente podría ser el del Cabezo Soler, en

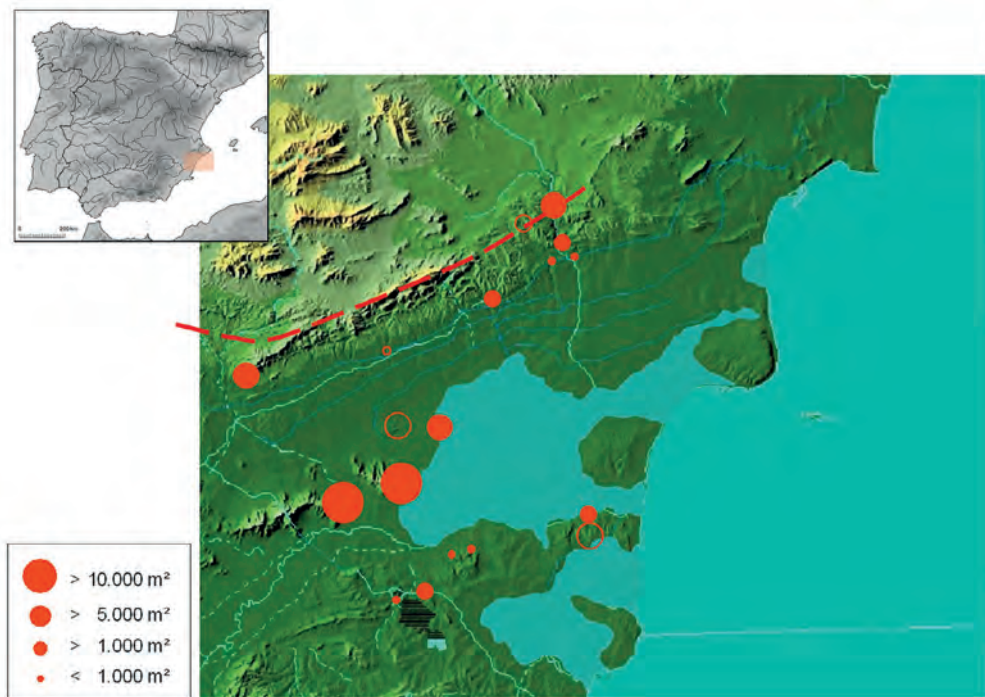


Figura 4.8. Distribución general de los yacimientos argáricos de la Vega Baja y Camp d'Elx, con indicación por agrupaciones según su extensión máxima.

donde la ocupación de los siglos V y VI d.C. y el núcleo medieval levantado en época posterior (Gutiérrez Lloret, 1996) han ocultado y seguramente transformado de forma ostensible los niveles arqueológicos precedentes del II milenio cal BC.

Ha resultado, por consiguiente, imposible valorar la extensión superficial de los yacimientos como una variable relevante para la inferencia del proceso histórico sin tener presente al mismo tiempo un segundo rasgo analizado en cada yacimiento: su distribución en el territorio prospectado. Porque si algo han permitido comprobar las prospecciones realizadas es la existencia de una ordenación, en absoluto aleatoria, de los enclaves argáricos situados al sur de la frontera establecida en la alineación que conforman, en sentido este-oeste, las sierras de Abanilla, Crevillente y Tabayá (López Padilla, 2009).

La inspección superficial de los yacimientos ha permitido comprobar cómo San Antón y Laderas del Castillo constituyeron muy claramente los asentamientos más importantes de toda la zona (fig. 4.9). Especialmente destacables son las más de 2 ha de extensión superficial del enclave oriolano, que a pesar de la intensa erosión que presentan sus vertientes ofrece todavía restos que denotan la enorme relevancia de la concentración poblacional que debió acoger. Ambos son los únicos poblados que aparentemente excedieron de los 15.000 m<sup>2</sup> de extensión, estimación que se aproxima bastante a las del propio J. Furgús, para quien San Antón se extendía por



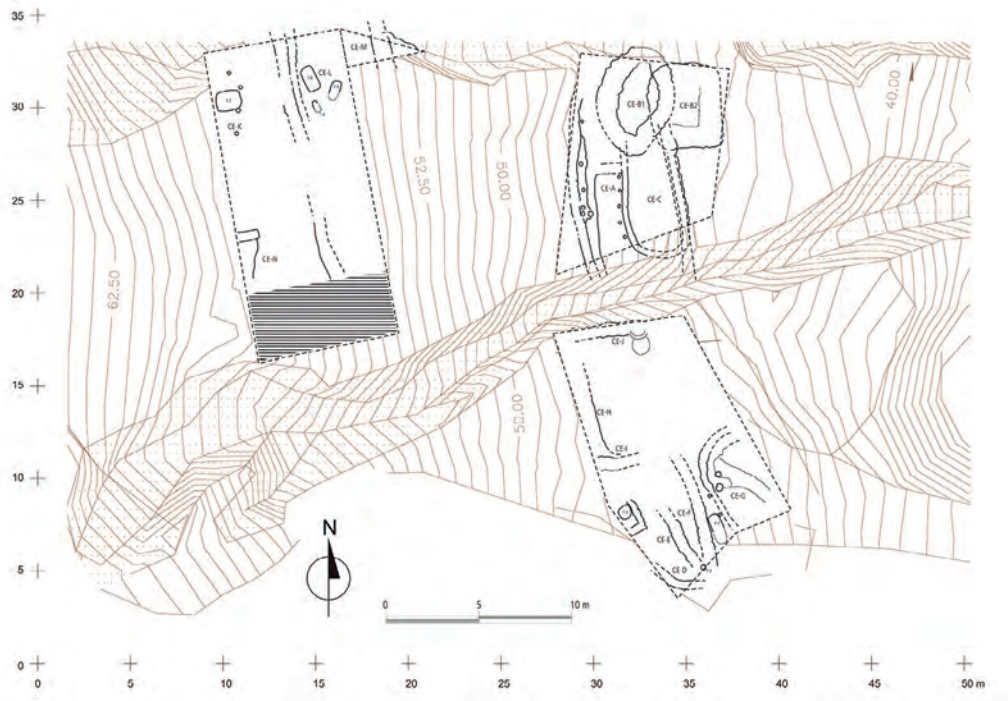


Figura 4.9. Plano del área excavada en la ladera este de Laderas del Castillo, con indicación de los edificios registrados.

una superficie cercana a las 2 ha, mientras que Laderas del Castillo ocuparía poco más de 1 ha (Furgús, 1937: 16, 64).

Otros tres asentamientos –Cabezo Pardo, El Morterico y Tabayá– superan o se aproximan a los 5.000 m<sup>2</sup>, lista a la que es probable que tuviéramos que añadir el Cabezo Soler, a pesar de que, como ya se ha comentado, no es posible corroborar este extremo, pues la inspección superficial realizada revela que el sedimento con material arqueológico de época argárica, aun siendo extenso, no parece alcanzar el área total del yacimiento, en el que tanto las estructuras como los rellenos de época tardoantigua y medieval parecen ser muy importantes, al igual que el volumen de restos cerámicos esparcidos en superficie. De ello deducimos que las 0,8 ha estimadas para este asentamiento exceden el tamaño real del enclave en época prehistórica, extremo que será imposible corroborar sin llevar a cabo trabajos arqueológicos que nos permitan contar con una estratigrafía bien registrada.

Todavía más difícil resulta calcular la extensión que pudo tener el Cabezo del Pallarés, completamente destruido por los trabajos de una cantera (Martínez Monleón, 2014). El gran tamaño que presentaba este último permitiría el asentamiento de un poblado de dimensiones importantes, pero su situación, muy próxima a Laderas del Castillo y Cabezo Pardo, también es un aspecto que debemos valorar. Hoy parece ya muy difícil pronunciarse en uno u otro sentido.

La ubicación de estos enclaves de en torno a 0,5 ha sobre el territorio parece evidenciar una cierta dicotomía entre aquellos claramente emplazados sobre puntos fronterizos –como Tabayá– y aquellos otros situados junto a las zonas encharcadas o nacimientos de agua y los terrenos de cultivo más productivos –Morterico, Cabezo Pardo y Cabezo Soler, entre otros–.

Situados a menudo en las proximidades de los anteriores, otros asentamientos de más de 0,1 ha se distribuyen por el territorio destacándose claramente dos grupos: uno vinculado estrechamente con el control de zonas de paso, como el Puntal del Búho y Pic de Les Moreres; y un segundo grupo asociado a zonas de alto rendimiento agrícola, junto al cauce del Segura o a humedales y zonas encharcadas, como el Cabezo del Moro o el Cabezo de las Particiones.

Y, por último, existe también un cierto número de yacimientos, de muy poca extensión superficial –aproximadamente 0,05 ha o un poco más– que aparecen custodiando los principales pasos entre la línea montañosa que enmarca el valle por el norte, como Caramoro I, Barranco de los Arcos y Loma de Hurchillo, o por el sur, como el Cabezo del Mojón o Arroyo Grande.

De este análisis escapa en principio la Illeta dels Banyets, enclave que por su localización se encuentra estrictamente fuera del ámbito geográfico que aquí analizamos, pero que consideramos debió jugar un papel esencial en la articulación geopolítica del grupo argárico en el extremo más oriental del territorio. A partir de los datos ofrecidos por las diversas excavaciones realizadas en el yacimiento (Soler Díaz, 2006) parece que debió alcanzar un tamaño de al menos 0,6 ha. A su ubicación en este punto estratégico para la comunicación marítima de cabotaje, ya señalada en varias ocasiones (Hernández Pérez, 1997; Soler Díaz *et al.*, 2004) se añade también, a nuestro juicio de manera tanto o incluso más relevante, su posición en el extremo de un punto clave de acceso hacia el interior, hacia el valle del Serpis, remontando el río Montnegre.

La situación estratégica que ocupan determinados asentamientos resulta a nuestro juicio altamente significativa del desempeño de funciones relacionadas con el control de los pasos principales de comunicación interfronterizos. El emplazamiento de El Morterico junto al río Chicamo, por una parte, pero sobre todo la estratégica posición de pequeños poblados ocupando puntales sobre las ramblas principales que bajan en dirección sur desde las sierras de Abanilla, Albaterra y Crevillente, denotan un especial interés por someter a vigilancia estos cauces que sin duda sirvieron como caminos entre el espacio social argárico y el del grupo del Prebético meridional valenciano.

Posiblemente el caso más evidente es el que registramos en el cauce del Vinalopó, donde se constata una medida equidistancia entre el pequeño asentamiento de Caramoro I, emplazado justo donde el río deja de encajonarse entre los relieves de la serranía, al sur, y Puntal del Búho –y sus otros 3 enclaves próximos asociados–, a medio camino entre aquel y el yacimiento de Tabayá, al norte, justo sobre el punto en el que el Vinalopó comienza a atravesar la sierra en dirección al Camp d'Elx.



Parece evidente, por tanto, que el pasillo que conforma el río Vinalopó en este tramo desempeñó un papel esencial como área de entrada y salida de personas, productos y materias primas, durante el intervalo temporal que venimos considerando.

De acuerdo con los datos generados en diversos trabajos de prospección territorial podría proponerse que la mayor concentración demográfica en la zona se daría en San Antón, yacimiento que supera holgadamente las 2 ha de terreno con niveles arqueológicos. La inspección superficial realizada reveló, en efecto, la abundante presencia de restos cerámicos pertenecientes no solo a época argárica, sino también algunos fragmentos atribuidos a cronologías avanzadas del II milenio cal BC, y también formas características de época ibérica, las cuales aparentan estar mejor representadas en la zona más oriental de la vertiente en la que se encontraba instalado el emplazamiento (López Padilla, 2009; Martínez Monleón, 2014). En el caso de San Antón disponemos además de algunas referencias estratigráficas –aunque procedan de las descripciones de J. Furgús, bastante vagas en ese sentido– que nos permiten conocer que bajo los estratos que contenían los restos de época ibérica se encontraron habitualmente las sepulturas argáricas, lo que nos señala que muy posiblemente el emplazamiento prehistórico alcanzó a ocupar, si bien quizá en distinto grado de intensidad, toda la ladera septentrional de La Muela.

Con algo más de la mitad del tamaño de San Antón, el yacimiento de Laderas del Castillo sería un núcleo importante en la zona. También aquí aparecen restos de cronología altomedieval que indican una reocupación del enclave en épocas posteriores a la argárica. La estratigrafía obtenida en las campañas de excavación realizadas hasta la fecha ha permitido comprobar su larga secuencia ocupacional, que arranca en el último tercio del III milenio cal BC.

Llegados a este punto se hace posible, por vez primera, comenzar a contrastar de manera un poco más fiable los datos obtenidos con los recopilados en los análisis territoriales realizados en las zonas periféricas adyacentes, lo que además permite extraer diversas inferencias de interés.

En primer lugar, cabe señalar importantes diferencias de tamaño entre los asentamientos argáricos señalados y los documentados más allá de la zona argárica, en los valles del Vinalopó y de la Vall d'Albaida. En estas zonas los yacimientos con mayor superficie de sedimento conservado o con un área de dispersión de material arqueológico mayor apenas alcanzan las 0,4 ha, lo que significa que en el territorio argárico de la Vega Baja y Bajo Vinalopó ni siquiera alcanzarían el tercer escalafón en cuanto a los niveles de concentración demográfica atribuidos. El contraste se hace aún más evidente cuando consideramos que, por otra parte, en la cubeta de Villena, intensamente prospectada y analizada, tan solo seis yacimientos de casi una treintena superan las 0,1 ha de superficie y ninguno sobrepasa las 0,4 ha –con la excepción del asentamiento de Cabezo Redondo–, proporción similar a la que puede observarse en el territorio de La Mancha oriental, de acuerdo con los datos dados a conocer recientemente (Fernández Posse *et al.*, 2008). Se infiere de inmediato, por

tanto, el superior tamaño de los asentamientos argáricos más destacados del área analizada con respecto a los yacimientos de análoga posición en el territorio periférico. Tan solo a partir de *ca.* 1700-1600 cal BC parece que Cabezo Redondo (Soler García, 1987; Hernández *et al.*, 2016) en el Alto Vinalopó, alcanzará los niveles de concentración demográfica de los principales centros argáricos precedentes.

En cuanto a la eventual correspondencia entre el tamaño superficial constatado y el grado de concentración demográfica del que el primero pudo ser consecuencia, una estimación a partir de un cálculo conservador de aproximadamente 1 persona por cada 25 m<sup>2</sup>, nos daría como resultado que un núcleo como San Antón no albergaría a más de 1.000 personas, mientras que los núcleos de rango medio, como Cabezo Pardo, no estarían habitados por más de un par de centenares, como máximo. Sin embargo, estos niveles estarían muy por encima de los que acogerían los enclaves más pequeños, como el Barranco de los Arcos o Caramoro I, en donde apenas habría una treintena de habitantes.

En cualquier caso, está claro que en comparación con estos, San Antón resultaba un centro poblacional de primer orden, y en ese mismo sentido resulta muy interesante a nuestro juicio la reflexión que recoge G. Algaze (2008: 44) acerca del hecho de que, en época preindustrial, mantener una concentración poblacional importante solo era posible mediante la agregación constante de nuevos efectivos demográficos más que por el crecimiento natural de la población ya concentrada, debido a la multiplicación de los riesgos sanitarios que conlleva la propia aglomeración humana. Ello vendría, en nuestra opinión, a subrayar el papel de centro político ejercido de manera continuada por San Antón y Laderas del Castillo, y que en la zona periférica del Prebético meridional valenciano sería asumido más tarde por Cabezo Redondo.

De este análisis preliminar de los yacimientos de la Vega Baja del Segura y Bajo Vinalopó podemos, pues, extraer una primera inferencia fundamental, cual es la existencia entre 2150 y 1500 cal BC de asentamientos de mayor tamaño que en los espacios geográficos adyacentes no argáricos y un mayor volumen demográfico a escala territorial. En el caso del Alto Vinalopó se ha indicado en varias ocasiones la relación que parece mantener el surgimiento hacia el 2100 cal BC a tenor de las dataciones disponibles del importante núcleo de Cabezo Redondo (Hernández *et al.*, 2016) y el abandono de prácticamente todos los asentamientos preexistentes de la cubeta de Villena (Hernández Pérez, 1997; Jover y López, 2004), algo que las excavaciones realizadas en Terlinques parecen corroborar, pues, a partir al menos del horizonte del 1500 cal BC, se constata un conjunto de importantes transformaciones en Cabezo Redondo.

Otro aspecto importante que ha mejorado considerablemente en la última década es la disponibilidad de fechas radiocarbónicas con las que comenzar a construir una secuencia comparable a las de los territorios argáricos vecinos del área murciana y, lo que se nos antoja aún más importante, a la de las áreas periféricas septentrional y oriental (Jover *et al.*, 2014a).

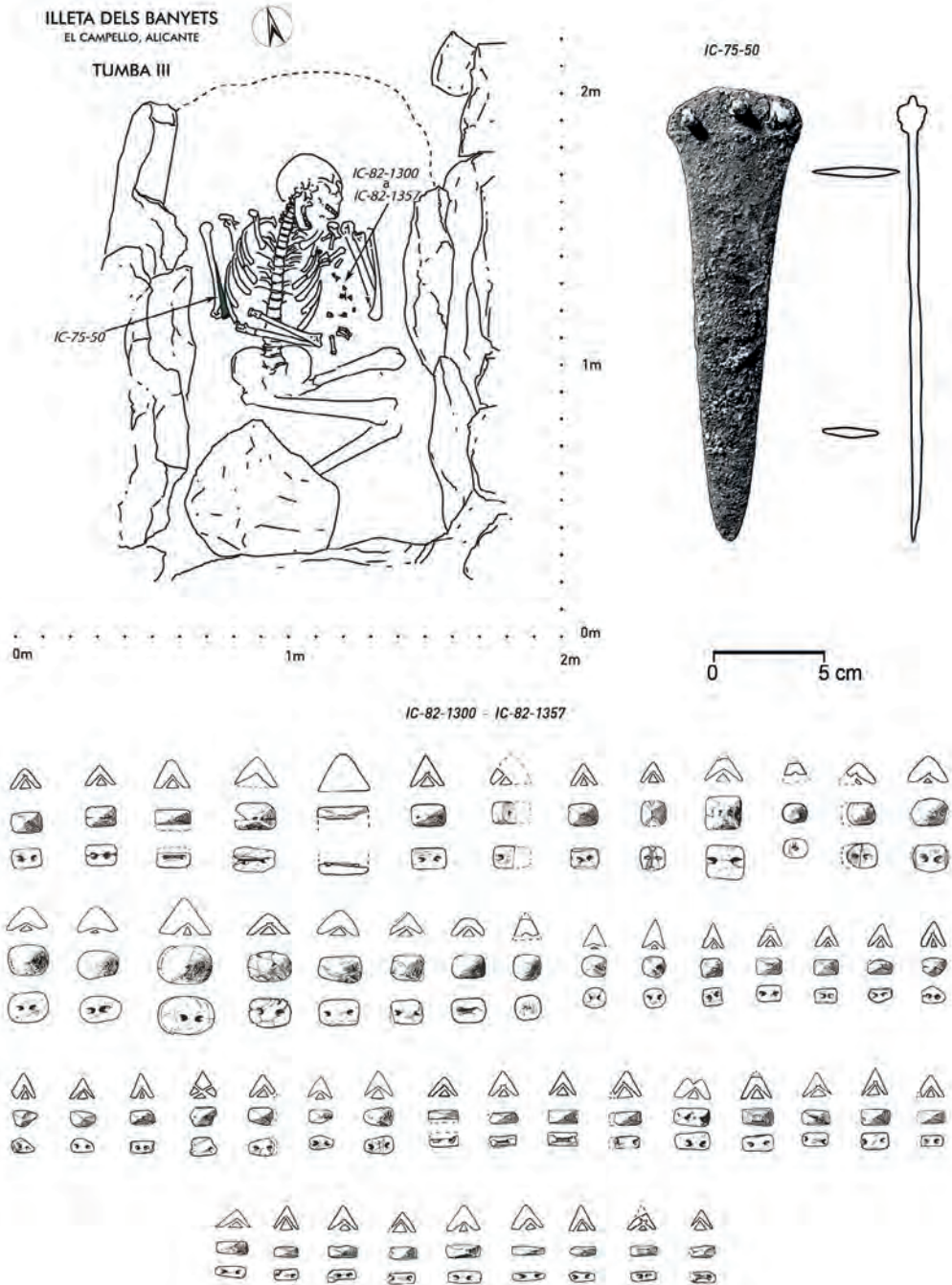


Figura 4.10. Tumba III de la Illeta dels Banyets (El Campello).

La fecha GAK-9775 de Pic de les Moreres, que constituyó durante mucho tiempo la única datación radiocarbónica disponible para el grupo argárico del Bajo Segura–Bajo Vinalopó, resultaba controvertida por varias causas: en primer lugar, por lo problemático de los resultados proporcionados por el laboratorio Gakushuin para otros yacimientos peninsulares (Castro *et al.* 1996: 29); y por otra, la procedencia estratigráfica de la muestra que, como el propio A. González (1986: 210) indicaba, consistió en un conjunto de huesos del abundante lote hallado en el estrato I del yacimiento, el más moderno en términos estratigráficos, infrapuesto a la capa vegetal (González Prats, 1986: 149), lo que sobre el papel hace aún más inverosímil la cronología propuesta para el contexto fechado (*ca.* 2800-2400 cal BC).

Claramente inserto en el entramado sociopolítico argárico de la zona, aunque alejado geográficamente del área estrictamente argárica del Bajo Segura-Bajo Vinalopó, el yacimiento de la Illeta dels Banyets proporcionó, gracias a las intervenciones arqueológicas realizadas a inicios de este siglo, una nueva batería de dataciones que en su mayor parte procedían de micromuestras carbonosas extraídas de los contados testigos y perfiles que restaron intactos tras las intervenciones dirigidas por E. Llobregat en las décadas de los setenta y ochenta (Soler Díaz *et al.*, 2006: 106. Tab. 3.2). La compleja articulación de estas fechas en la enrevesada estratigrafía de un yacimiento con diversas e intensas reocupaciones durante períodos de tiempo muy prolongados, que además había sido ampliamente excavada con anterioridad, menguaba ostensiblemente las posibilidades de ligar las dataciones obtenidas con eventos concretos o con las fases constructivas reconocidas en el asentamiento. Las tres fechas procedentes de las tumbas I y III, en cambio, permitían disponer de referencias cronológicas bastante precisas para acontecimientos bien determinados arqueológicamente (fig. 4.10). Sin embargo, tampoco resultan demasiado claras las relaciones estratigráficas que cabría proponer para estas sepulturas con respecto a otras estructuras documentadas en el yacimiento, como por ejemplo las cisternas y las diversas canalizaciones aparentemente vinculadas con aquellas (Soler Díaz, 2009).

La batería de fechas de la Illeta dels Banyets se completaría un poco más tarde, ya en el marco del proyecto vinculado al análisis del grupo argárico en Alicante, que bajo la dirección de J. A. López Padilla impulsó el MARQ en 2005. Como parte del mismo, y en el ámbito dedicado al estudio de las prácticas funerarias argáricas, procedimos a extraer muestras óseas de los esqueletos pertenecientes a las tumbas II, IV y V de la Illeta dels Banyets, obteniendo una fecha para cada uno de los cinco individuos –tres mujeres y dos hombres, según el estudio antropológico realizado (de Miguel, 2004; López *et al.*, 2006)– inhumados en ellas. Junto con las obtenidas para las tumbas I y III, estas fechas permitían establecer un primer marco cronológico para el funcionamiento de la necrópolis argárica del asentamiento, y posibilitar así su comparación con la secuencia proporcionada por las dataciones extraídas de las micromuestras de los perfiles y testigos.



También en el caso del Tabayá las fechas radiocarbónicas obtenidas proceden de niveles de abandono del momento inicial de ocupación, así como de enterramientos. En concreto, de las tumbas halladas en los cortes 10 –tumba 3– y 11 –tumba 1–, alguna de las cuales había sido ya dada a conocer junto con su destacado ajuar (Hernández Pérez, 1990; Hernández *et al.*, 2019) (fig. 4.11). Al margen de dotar de cronología radiocarbónica a la secuencia de ocupación del yacimiento, la elección de estas dos tumbas respondía también a la posibilidad que ofrecían de relacionarlas estratigráficamente. Todo ello ha servido para fijar con bastante precisión los momentos iniciales y centrales de la ocupación argárica del asentamiento.

De igual modo, los recientes trabajos llevados a cabo en Cabezo Pardo (López Padilla, 2014) (fig. 4.12) han permitido contar con una secuencia estratigráfica bien documentada y datada mediante el radiocarbono, lo que posibilita contar con una base documental que pueda comenzar a contrastarse con el registro de los núcleos argáricos del Guadalentín, del Almanzora y de la cuenca de Vera. De lo excavado hasta el momento pueden extraerse diversas conclusiones, la primera de las cuales es la antigüedad de la fundación del enclave, que según las dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de muestras de vida corta –semillas de trigo y cebada– debe remontarse a inicios del II milenio cal BC. Por otra parte, las dataciones proporcionadas por muestras de vida corta recuperadas sobre los pavimentos de las unidades habitacionales correspondientes a las fases más recientes arrojan fechas en torno a 1700 y 1600 cal BC, que por ahora nos hacen pensar en que el asentamiento



Figura 4.11. Detalle de la tumba nº 2 de Tabayá (Aspe). Fotografía: M.S. Hernández Pérez.





Figura 4.12. Cabezo Pardo (San Isidro), fase II. Vista del edificio O desde el sureste.

probablemente se abandonaría algo más tarde, en torno a 1500 cal BC o tal vez un poco antes.

Y, por último, la relectura estratigráfica efectuada en Caramoro I (Jover *et al.*, 2019) asociada a una amplia batería de dataciones absolutas, ha permitido concretar y fijar con precisión los momentos de fundación, remodelación y abandono, de igual modo, que las excavaciones de Laderas del Castillo (López Padilla *et al.*, 2017; 2018) y la veintena de dataciones efectuadas también han permitido concretar distintos momentos constructivos superpuestos desde la fundación argárica del núcleo hacia el 2200 cal BC, hasta momentos avanzados de su secuencia.

Con los datos disponibles en la actualidad, basado en diversas secuencias estratigráficas debidamente datadas es posible plantear algunas hipótesis relativas al surgimiento de lo argárico y su desarrollo en la zona. La primera cuestión de importancia es que algunas secuencias estratigráficas, como las de Laderas del Castillo y Tabayá, permiten asegurar que lo que reconocemos como Argar, ya estaría configurado en estas tierras del sur de Alicante desde 2200/2150 cal BC, aunque los rasgos plenamente argáricos a nivel material se registran hacia el tránsito del III al II milenio cal BC (López Padilla *et al.*, 2018).

En ese sentido, nos atreveríamos a sugerir que al menos el abandono de los yacimientos de adscripción campaniforme en la zona, como Espeñetas (fig. 4.13),

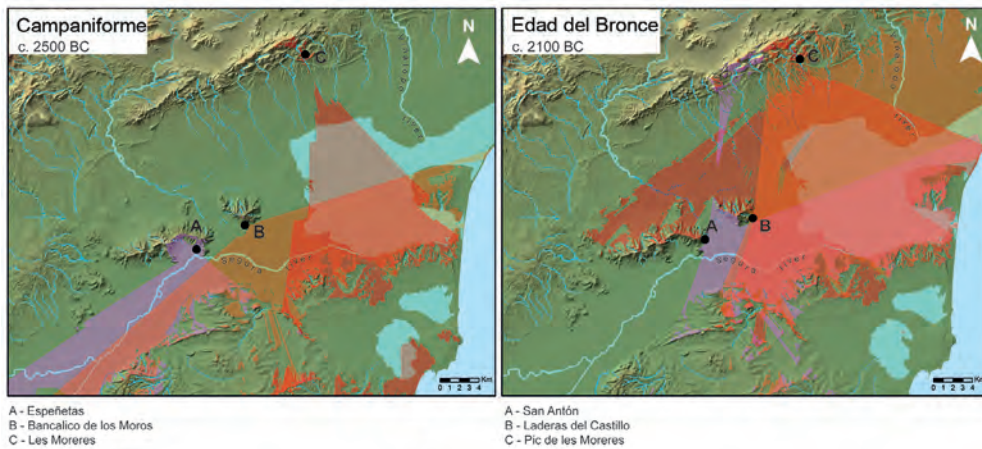


Figura 4.13. Izquierda: mapa de visibilidad de los yacimientos campaniformes de Les Moreres, Espeñetas y Bancalico de los Moros, en el curso inferior del río Segura. Derecha: mapa de visibilidad de los yacimientos de la Edad del Bronce de Pic de Les Moreres, San Antón y Laderas del Castillo, ubicados en la misma área.

Bancalico de Los Moros y Les Moreres, y la fundación de los enclaves argáricos de San Antón y Pic de les Moreres, se halla conectado de un modo más directo de lo que la mera presencia de fragmentos cerámicos con decoración campaniforme en estos asentamientos argáricos ha permitido apuntar, y que tal conexión tuvo sobre todo que ver con la propia constitución de la frontera septentrional argárica en la zona y el replanteamiento de la organización territorial del nuevo espacio (Jover y López, 1997; 1999).

Observado desde esta perspectiva, adquiere sentido el transvase poblacional que la clausura y nueva fundación de unos y otros pone de manifiesto, y que debió acontecer en un momento cronológico todavía impreciso, pero que a nuestro juicio cabría fijar en torno al 2200/2150 cal BC. Y es que la diferencia esencial que ofrecen los emplazamientos escogidos para unos y otros residió fundamentalmente en las posibilidades de interconexión y preeminencia visual que permitían en uno y otro caso (López Padilla, 2009): encajonado en el Barranc de la Rambla, el poblado de Les Moreres se sitúa sobre un paso estratégico de primer orden, pero sin conexión visual alguna ni con la cuenca del Vinalopó ni, especialmente, con el Camp d'Elx y Vega Baja del Segura; a su vez, y a pesar de su notable altura, desde el emplazamiento del Bancalico de los Moros no es posible visualizar ningún espacio situado a oriente de la sierra de Callosa de Segura, y en especial el Bajo Vinalopó; y desde Espeñetas, que con diferencia constituyó uno de los asentamientos campaniformes más importantes de la zona, la visibilidad se estrecha de tal modo que la sierra de Orihuela, al norte, y el cerro de San Miguel, al este, solo permiten una conexión visual directa hacia el sur y el oeste, es decir, remontando el cauce del Segura.

En cambio, con respecto a Les Moreres, y manteniendo una posición estratégica sobre el mismo Barranc de la Rambla, el enclave de Pic de les Moreres se sitúa sobre

un punto elevado de la vertiente meridional de la sierra de Crevillente, desde el que se divisa perfectamente no solo el Bajo Vinalopó, el Hondo de Elche y el tramo final del Segura, sino especialmente de la sierra de Callosa y un buen número de los emplazamientos argáricos diseminados por toda esta área.

En lo que respecta al final de la secuencia, al menos en la Vega Baja del Segura los datos recopilados en las recientes excavaciones realizadas en Cabezo Pardo indica que no todos los enclaves argáricos de la zona perduraron más allá del horizonte de 1500 cal BC, incluso algunos finalizaron mucho antes, caso de Caramoro I –1750 cal BC– (Jover *et al.*, 2019). Ello tal vez significó un transvase poblacional definitivo a otros núcleos mayores, en los que, si bien en escaso número, sí se constatan restos materiales adscribibles al periodo comprendido entre 1500 y 1250 cal BC. Son los casos de Tabayá (Belmonte, 2004) o San Antón.

Con todo, gracias a las excavaciones emprendidas en tres asentamientos de distinto tamaño y duración, como son Caramoro I (Jover *et al.*, 2019, 2020), Cabezo Pardo (López Padilla, 2014) y Laderas del Castillo (López Padilla *et al.*, 2018), ya contamos con información precisa acerca de las características de las unidades habitacionales y de áreas de actividad. A estos debemos sumar algunos datos publicados de Pic de les Moreres, Illeta dels Banyets y Tabayá.

El poblado del Pic de les Moreres (fig. 4.14) fue objeto de una campaña de excavaciones en 1982 de la que se publicaron los resultados en un extenso artículo (González Prats, 1986). Estructuralmente, el poblado de Pic de les Moreres se organiza a partir de la construcción una serie de muros longitudinales que recorren la ladera y que sirven a la vez para obtener una superficie de aterrazamiento y para delimitar las unidades habitacionales. En los dos momentos de ocupación detectados que han

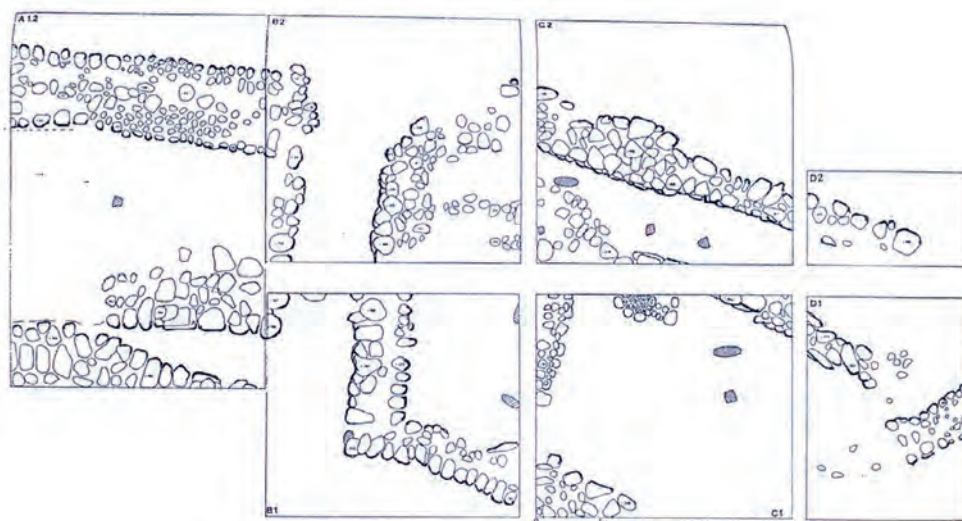


Figura 4.14. Planta de las estructuras de Pic de les Moreres (Crevillente) excavadas por A. González Prats (1986).



deparado estructuras –fases IV y VI– se aprecian plantas de tendencia rectangular para las viviendas, destacando el grosor de algunas de las paredes de las habitaciones más modernas que llegan a alcanzar en algún tramo los 1,20 m de anchura. Entre ellas se disponen –al menos en la etapa final de poblado– calles estrechas de aproximadamente 1 m de anchura.

Sometidos aún a estudio los resultados de las excavaciones realizadas, del Tabayá apenas pueden hacerse algunas precisiones en cuanto a las características de las unidades habitacionales argáricas registradas, todas ellas emplazadas en los cortes que se practicaron en la terraza baja del yacimiento, donde se localizaron las estratigrafías de mayor espesor (Hernández Pérez, 2009). En función de los datos que nos ha proporcionado su excavador, solo puede por el momento indicarse que estas sufrieron diversas modificaciones a lo largo de una secuencia temporal que, aún por definir, cabe sin embargo suponer considerablemente larga. Por lo que puede apreciarse en las planimetrías (fig. 4.15), la estructura arquitectónica de las viviendas argáricas ofrece en el sector excavado una orientación predominante norte-sur, con plantas de tendencia rectangular, dispuestas en dos terrazas conformadas por sendos muros perimetrales que en todo momento siguen un trazado perpendicular a la pendiente.

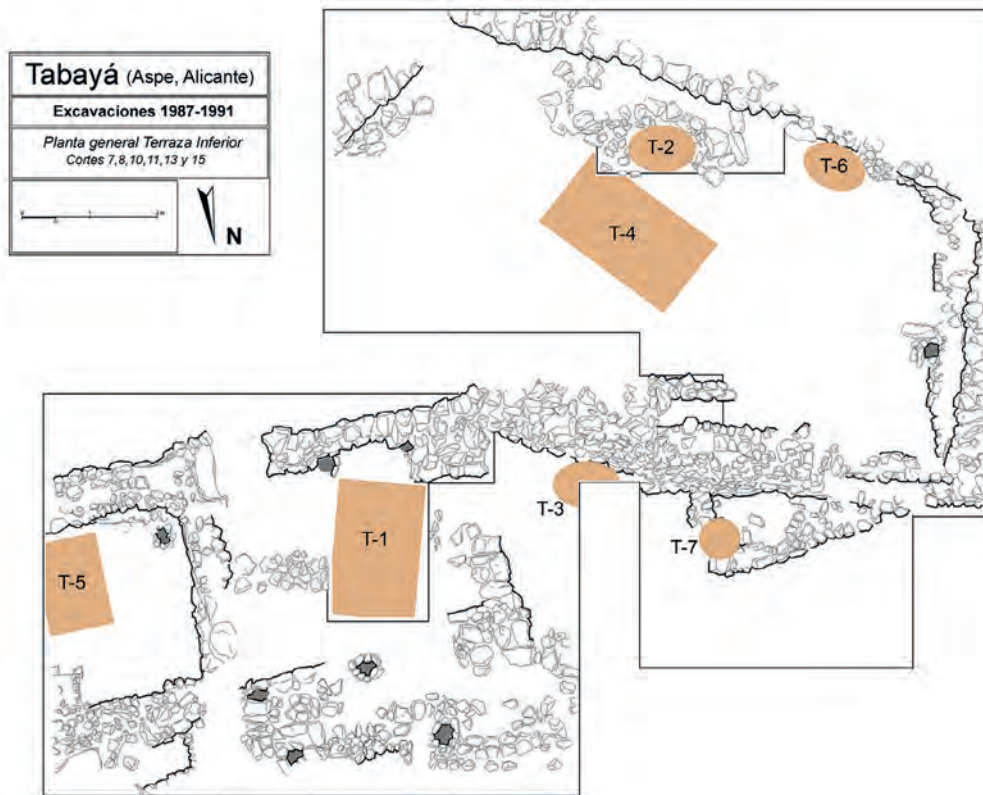


Figura 4.15. Planta de las estructuras documentadas en Tabayá (Aspe), con indicación de las tumbas excavadas.





Figura 4.16. Cisterna de la Illeta dels Banyets (El Campello). Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

En el interior de estos espacios, y en distintos momentos, se practicaron inhumaciones en fosas, urnas y cistas de mampostería, alguna de ellas con ajuares metálicos destacados (Hernández Pérez, 1990; Hernández y López Padilla, 2010).

Las excavaciones que realizara E. Llobregat en la Illeta dels Banyets, de las que tan solo llegó a publicar unas breves notas (Llobregat, 1986), no alcanzaron a identificar espacios de carácter doméstico de cronología argárica, a excepción quizá de una edificación de planta aproximadamente oval, consignada en las notas de sus diarios de campo (Soler Díaz y Belmonte, 2006: 34, fig. 6), de la que no quedaron restos. La única estructura de época prehistórica conservada actualmente en el yacimiento es la denominada “cabaña”, que inicialmente se consideró perteneciente a la fase inicial argárica (Simón, 1997) pero a la que, a tenor de los materiales hallados y de la datación radiocarbónica obtenida durante las excavaciones más recientes, se le atribuye una cronología mucho más antigua (Soler Díaz y Belmonte, 2006). De este modo quedamos huérfanos de información respecto a las viviendas y, por descontado, a su posible organización en el asentamiento para la etapa argárica, pues de estos momentos solo restan las sepulturas y un conjunto de rellenos y estructuras hidráulicas que, por otra parte, resultan de particular interés dadas sus características y cronología (fig. 4.16) (Pérez *et al.*, 2006; López *et al.*, 2006).

Por su parte, ya la primera intervención realizada en Caramoro I puso al descubierto la estructura urbanística básica del asentamiento, en la que resultaban claramente reconocibles una serie de elementos que parecían organizar el espacio



Figura 4.17. Vista desde el noroeste del asentamiento de Caramoro I (Elche).

habitado en un eje aproximadamente N-S, con un complejo entramado de construcciones creadas a base de muros adosados en el extremo septentrional del yacimiento, a modo de bastión defensivo (fig. 4.17), que le confería la forma “arriñonada” con que se describió la planta del yacimiento (Ramos Fernández, 1988: 95).

Abundando en su carácter de fortificación, los resultados de la excavación realizada años más tarde por A. González y E. Ruiz (1995) reveló que el yacimiento estaba conformado por nueve espacios de funcionalidad diferente: un bastión construido con un perímetro de mampostería y un relleno de bloques, al que se unía una posible línea de muralla, muy destruida, y un muro cuyo trazado longitudinal y progresivo engrosamiento hacia su extremo norte, definían la organización general del espacio habitado. Este aparecía ahora constituido como un ámbito de ingreso a la fortificación –vivienda A– defendido por un muro incurvado, por su parte occidental, y un grueso torreón de planta de tendencia circular, por la oriental, en donde aparecían restos, al parecer, del gozne de un portón de madera con el que se cerraría el acceso al interior del poblado. Desde este habitáculo, al parecer dotado de bancos de mampostería adosados a la pared oriental en un segundo momento, se daba paso, a través de un vano de 1 m de amplitud conformado por jambas y losas, a una habitación que a juicio de sus excavadores debía funcionar como distribuidor, a modo de pequeño patio o porche cubierto, pues desde esta se podía acceder al resto de unidades habitacionales registradas: las designadas como viviendas C, D, y E. Entre la primera y la última se disponía un pasillo alargado, de apenas 0,50 m de anchura, interpretado como desagadero (fig. 4.18).

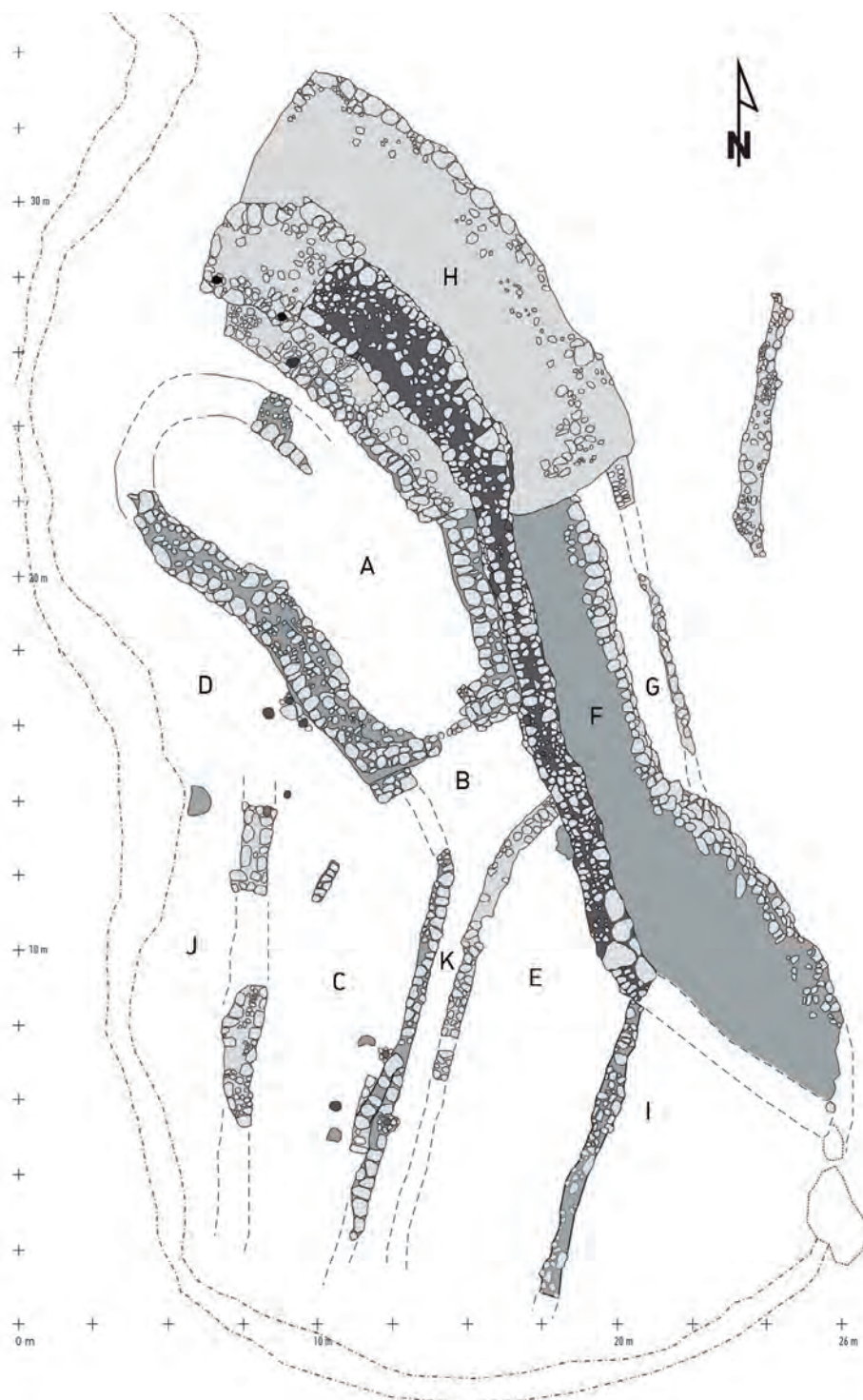


Figura 4.18. Planta de Caramoro I con indicación de los distintos espacios identificados.



Las recientes excavaciones efectuadas el Cabezo Pardo y Laderas del Castillo son las que proporcionan información más variada y de mayor calidad. En el primero, se pudieron determinar 3 grandes momentos de ocupación sucesivos en el tiempo, entre aproximadamente el 1950 y el 1550 cal BC. La primera ocupación viene representada por la documentación de parte de una cabaña rectangular de extremos absidales, edificada a partir de un pequeño zócalo de piedra y alzados de postes de madera y tierra (López Padilla, 2014; Pastor, 2014). Posteriormente, hacia el 1800 cal BC fue planificada una nueva distribución urbanística de la cima y, probablemente de todo el asentamiento. A ambos lados de una calle o pasillo se construyó una serie de departamentos o habitaciones adosadas, de planta rectangular-trapezoidal, varias de las cuales contaban con un vano de acceso directo a la calle (fig. 4.19). Esta, de apenas un metro de anchura, separaba dichas construcciones de otro edificio, de mayores dimensiones y muros más gruesos, que ocupaba la parte central de la cima. Aunque el callejón lo rodea por al menos dos de sus cuatro lados, probablemente debía circundarlo por completo, confiriéndole así una posición destacada en el espacio ocupado en la cima. Sin embargo, poco es lo que se pudo averiguar acerca de las actividades o características internas de esta edificación, debido a que fue seriamente afectada por construcciones medievales posteriores y por la excavación de amplias zanjas en época contemporánea.

Por último, en el caso de Laderas del Castillo, los sectores donde se ha excavado han permitido constatar la superposición de distintas viviendas edificadas sobre

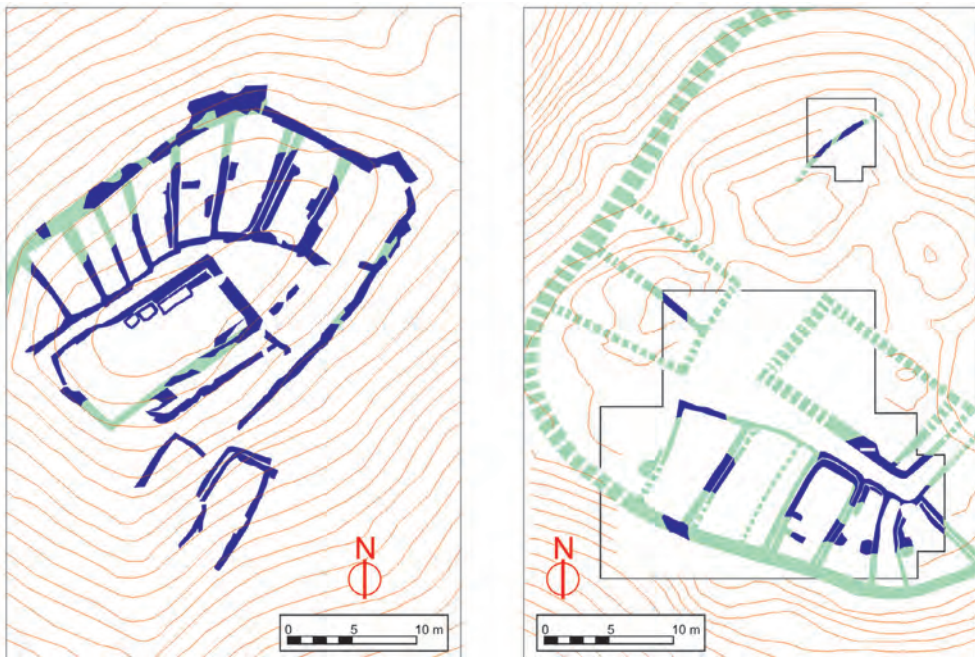


Figura 4.19. Planta de la Tira del Lienzo (Totana) –a la izquierda– y de Cabezo Pardo (San Isidro) –a la derecha–.





Figura 4.20. Complejo estructural CE-B2 correspondiente a los niveles iniciales de ocupación de Laderas del Castillo (Callosa de Segura).

grandes plataformas de aterrazamiento. Sí bien constatamos viviendas rectangulares de extremos absidales con zócalo y postes perimetrales desde momentos *ca.* 2200/2150 cal BC (fig. 4.20), hacia el tránsito de milenio, las viviendas adquieren una morfología rectangular con alzado de paredes de mampuestos y postes, conteniendo en su interior, bancos y estructuras de combustión, además de distintas áreas de consumo/producción de alimentos, en especial, actividades de molienda.

Si bien este tipo de áreas de actividad son las más recurrentes en todos los asentamientos en los que se ha excavado, como por ejemplo la detectada en una de las habitaciones del Tabayá (c.p. Hernández Pérez), Pic de les Moreres (González Prats, 1986) o en distintos espacios de Cabezo Pardo (Jover, 2014), también contamos con ciertos indicios de espacios especializados, como el detectado en la Illeta dels Banyets en relación con la presencia de cisternas para el almacenamiento de agua, además de los datos relativos a un taller de eboraria (Belmonte y López Padilla, 2006; López Padilla, 2012; Soler Díaz *et al.*, 2002).

No debe extrañar que de entre todas las actividades, las labores de procesado del cereal sean las más habituales y numerosas, a tenor de los numerosísimos molinos que ya J. Furgús detectó por doquier en San Antón –de los que algunos llegaban a alcanzar grandes dimensiones (Furgús, 1937: 39)– y que también eran numerosos en las Laderas del Castillo (Furgús, 1937: 67). En relación con ello se han de poner

también los más de tres centenares de dientes de hoz recogidos entre ambos yacimientos, de los que aproximadamente 200 procedían de San Antón (Furgús, 1937: 36). Junto a estos, la aparición de toda suerte de objetos vinculados a diversos procesos productivos –punzones, escoplos, cinceles y agujas de hueso, útiles de asta de ciervo, pesas de telar de dos y cuatro perforaciones, martillos, percutores, hachas y azuelas de piedra, morteros, etc.– en San Antón y Laderas del Castillo ha de ponerse en relación con el desarrollo en ambos enclaves de las más diversas actividades artesanales, tales como la fundición de metales, ya señalada, la manufactura de tejidos, la curtidería y tratamiento de pieles, la alfarería y la cestería, entre otras, sin que sea posible especificar los lugares en que estos procesos productivos fueron llevados a cabo (Furgús, 1937: 30 y ss.).

En otro orden de cosas, el grueso de la información empírica disponible referida a las prácticas funerarias argáricas en esta zona también ha variado sustancialmente gracias a los diversos trabajos de reestudio de tumbas documentadas hace décadas en la Illeta del Banyets (López Padilla y Belmonte, 2006), Caramoro I (Jover *et al.*, 2018; 2019; 2020), el conjunto de las documentadas en Tabayá (Hernández y López Padilla, 2010; de Miguel, 2003), Cabezo Pardo (López Padilla, 2014) y las recientemente documentadas en Laderas del Castillo (López Padilla *et al.*, 2017; 2018). A ellos debemos sumar la información proporcionada por J. Furgús (1937) de San Antón y Laderas del Castillo en lo concerniente a los ajueres depositados en las tumbas, y las noticias de un enterramiento en el Puntal del Búho (Jover y López, 1997).

La tumba encontrada en Caramoro I consistió en una fosa excavada en el ángulo noroccidental de una de las unidades habitacionales del poblado –la vivienda E– en la que se depositó un esqueleto infantil, y que se encontraba cubierta por el pavimento de la casa (González y Ruiz, 1995: 90). El estudio de los restos humanos (Cloquell y Aguilar, 1996) permitió precisar que pertenecían a un niño o niña de aproximadamente un año y medio de edad, y que en el cráneo mostraba la señal de un impacto con una hoja metálica (fig. 4.21). Durante un tiempo, este infante siguió viviendo, gracias a los cuidados y la alimentación aportada, rica en proteínas acuáticas. No obstante, su vida no debió alargarse demasiado, ya que no se aprecia en ningún momento un hueso compacto que recubra la parte esponjosa. Además, la detección de signos de hiperostosis en el esfenoides podría indicar alguna complicación infecciosa asociada a esta herida, que terminaría causándole la muerte (Jover *et al.*, 2018: 29).

Del enterramiento del Puntal del Búho apenas se dispone de información. A. Ramos Folqués (1989: 34) se limitó a reproducir lo que los aficionados que sacaron a la luz la sepultura le relataron sobre su hallazgo. De acuerdo con la imagen gráfica conservada, parece que la tumba consistió en un enterramiento individual en una cista de mampostería, y que al menos entre su ajuar se incluía una olla de unos 20



Figura 4.21. Detalle del cráneo del individuo infantil de Caramoro I.

cm de diámetro de boca, con algunos mamelones sobre la superficie exterior, a la altura del borde (Ramos Folqués, 1989: 34; lám. LXII, LXIII, LXIV y LXVI).

Por lo que concierne a los enterramientos de la Illeta dels Banyets, las actuaciones llevadas a cabo en el yacimiento, previos a su puesta en valor (Soler Díaz, 2006) permitieron revisar y actualizar, con nueva y fundamental información, los datos registrados durante las excavaciones de E. Llobregat en el yacimiento, en el transcurso de las cuales se localizaron nueve sepulturas (López Padilla *et al.*, 2006), que se suman a las otras once tumbas aparecidas en los años treinta y que ya refiriera F. Figueras (1950).

Al margen del indudable argarismo que, más allá de las características y composición de los ajuares, denotan las sepulturas de la Illeta dels Banyets, uno de los rasgos más relevantes es el elevado número de sepulturas dobles, de hombre y mujer adultos, registradas en este yacimiento. Las dataciones realizadas indican en todos los casos que transcurrió un cierto tiempo –a veces ciertamente prolongado– entre el enterramiento de uno y otro cadáver, y que en todos los casos registrados la mujer fue la que se inhumó primero (López Padilla *et al.*, 2006), aunque no siempre es así, como se pudo constatar en la tumba 1 de Cabezo Pardo (López Padilla, 2014).

Probablemente sea la necrópolis del Tabayá la que nos brinda por ahora los datos más relevantes acerca de las prácticas funerarias argáricas en territorio alicantino,





Figura 4.22. Sepulturas argáricas del Tabayá. A: Tumba 1. B: Ajuar cerámico y metálico de la tumba 1. C: Tumba 3 (Hernández *et al.*, 2019: 44, fig. 4).

en función del relativamente importante conjunto de sepulturas allí registradas. Durante las campañas realizadas en el yacimiento, entre 1987 y 1991, se documentó un total de once enterramientos, algunos de ellos claramente adscribibles a momentos cronológicos avanzados, posiblemente en torno al tránsito entre el II y I milenio cal BC (Hernández y López Mira, 1991), si bien un nutrido grupo se sitúa con claridad en los momentos de ocupación argárica del emplazamiento.

Se trata mayoritariamente de cistas de mampostería o fosas con las paredes parcial o completamente revestidas de mampuesto (fig. 4.22). Sin embargo, también se han encontrado varios enterramientos en fosas simples, así como un enterramiento infantil en urna. Este último resulta especialmente relevante por cuanto que, al margen del Tabayá –de donde se conocía ya la existencia de algún enterramiento de este tipo cuyo ajuar y vaso contenedor se exhibe actualmente en el Museo Arqueológico de Novelda (Jover y López, 1997)– y de las localizadas por Furgús y Colominas en San Antón y Laderas del Castillo, no se han documentado inhumaciones en urnas en ninguno de los demás yacimientos del territorio argárico en la provincia de Alicante.

De acuerdo con los estudios paleoantropológicos realizados por M. P. de Miguel (2003), todos los inhumados en las cistas de mampostería localizadas en el yacimiento eran varones o probablemente varones, y todos adultos o adultos jóvenes. Tan solo tres de ellas contenían ajuar, y solo una –tumba 1– presentaba ajuar



metálico (Hernández, 1990; de Miguel, 2003: 265; Hernández y López Padilla, 2010).

Podemos hoy añadir que las dataciones radiocarbónicas obtenidas de algunas de las sepulturas del Tabayá permiten corroborar la antigüedad de las prácticas funerarias argáricas en el asentamiento, fijándolas en torno al horizonte del 1950 cal BC, claramente en sintonía con lo que ya se había avanzado en este sentido a partir de los ajuares y materiales arqueológicos localizados durante los trabajos de campo (Hernández Pérez, 1990; 1997; 2009; Hernández *et al.*, 2019).

Por último, solo quedaría referirnos a las tumbas de Cabezo Pardo y Laderas del Castillo. En el primero fueron documentadas 2 tumbas –tumbas 1 y 3–. La primera



Figura 4.23. Tumba 7 de Laderas del Castillo (Callosa de Segura).

de ellas, una cista de lajas, fueron inhumados en orden sucesivo un hombre y una mujer (Gómez y Romero, 2014), acompañados de un cuenco y, posiblemente, un caparazón de un gasterópodo marino (Luján, 2014). El segundo es un enterramiento de un perinatal en urna bajo el pavimento del edificio (de Miguel, 2014). Ambos enterramientos corresponden a momentos plenos de la ocupación, entre 1800 y 1650 cal BC.

Por el contrario, en Laderas del Castillo son 7, hasta el momento, las tumbas documentadas (fig. 4.23). Solo se ha documentado un enterramiento infantil en el interior de una vasija. El resto se trata en todos los casos de fosas, la mayoría de ellas revestidas y cubiertas con piedras, practicadas bajo los pavimentos de distintos niveles de ocupación en distintas viviendas. Se trata de inhumaciones individuales de individuos jóvenes o infantiles, sin ajuar o acompañados de algún elemento de tipo vasija o de adorno personal como botones de perforación en "V". Por el momento, todos ellos se sitúan en el primer tercio del II milenio cal BC.

## 4.3. Los grupos arqueológicos del “Bronce Valenciano”

---

Al noreste del territorio argárico y durante el lapso entre 2200 y 1500 cal BC, posiblemente sean los valles del Vinalopó, Albaida, Turia y Mijares, los que permitan una mejor lectura del proceso de conformación de los distintos grupos arqueológicos que integrarían el tradicionalmente denominado como “Bronce Valenciano”. En función de los datos generales obtenidos en estos valles consideramos que es posible plantear, a grandes rasgos, algunas propuestas teóricas referentes al desarrollo paralelo del proceso en otras áreas en las que el volumen de información publicada es menor, o de las que contamos con escasa información.

En muchos aspectos, la cubeta de Villena constituye, seguramente, junto a otras cubetas geográficas aledañas (fig. 4.24), uno de los ámbitos de mayor relevancia para este propósito gracias al trabajo de prospección que llevara a cabo J. M<sup>a</sup>. Soler García en los años cincuenta y a la intensa labor de investigación que desde 1987 se viene realizando en Cabezo Redondo (Soler García, 1987; Hernández Pérez, 1997; 2001; Hernández *et al.*, 2016) y en otros yacimientos como Barranco Tuerto (Jover y López, 2005), Cabezo del Polovar (Jover *et al.*, 2016), Peñón de la Zorra (García Atiénzar, 2016; 2017) y Terlinques (fig. 4.25) (Jover y López, 2016). A ello se suman otros yacimientos excavados en la cuenca del Alto y Medio Vinalopó, como los asentamientos del Cerro de los Purgaticos (Jover *et al.*, 2017), La Peña de Sax (Hernández y Pérez, 2005), La Horna (Hernández Pérez, 1994) y Lloma Redona (Navarro, 1988). De Terlinques ya se dispone de una veintena de dataciones absolutas (Jover *et al.*, 2014; Jover y López 2016), a los que debemos sumar las realizadas en Cabezo Redondo (Hernández Pérez, 2001; 2009; Hernández *et al.*, 2016), Barranco Tuerto (Jover y López, 2005), Cabezo del Polovar (Jover *et al.*, 2016), Peñón de la Zorra (García Atiénzar, 2017), Cabezo de la Escoba (Cabezas, 2015), Lloma Redona (Jover y López, 2004) y las del cercano yacimiento del Cerro de la Campana de Yecla (Nieto y Clemente, 1983).

Enmarcada por una serie de serranías de mayor o menor entidad, la cubeta de Villena se caracterizó en su día por la importante red de áreas lagunares que, alimentadas principalmente por aportes freáticos, se distribuían de norte a sur por



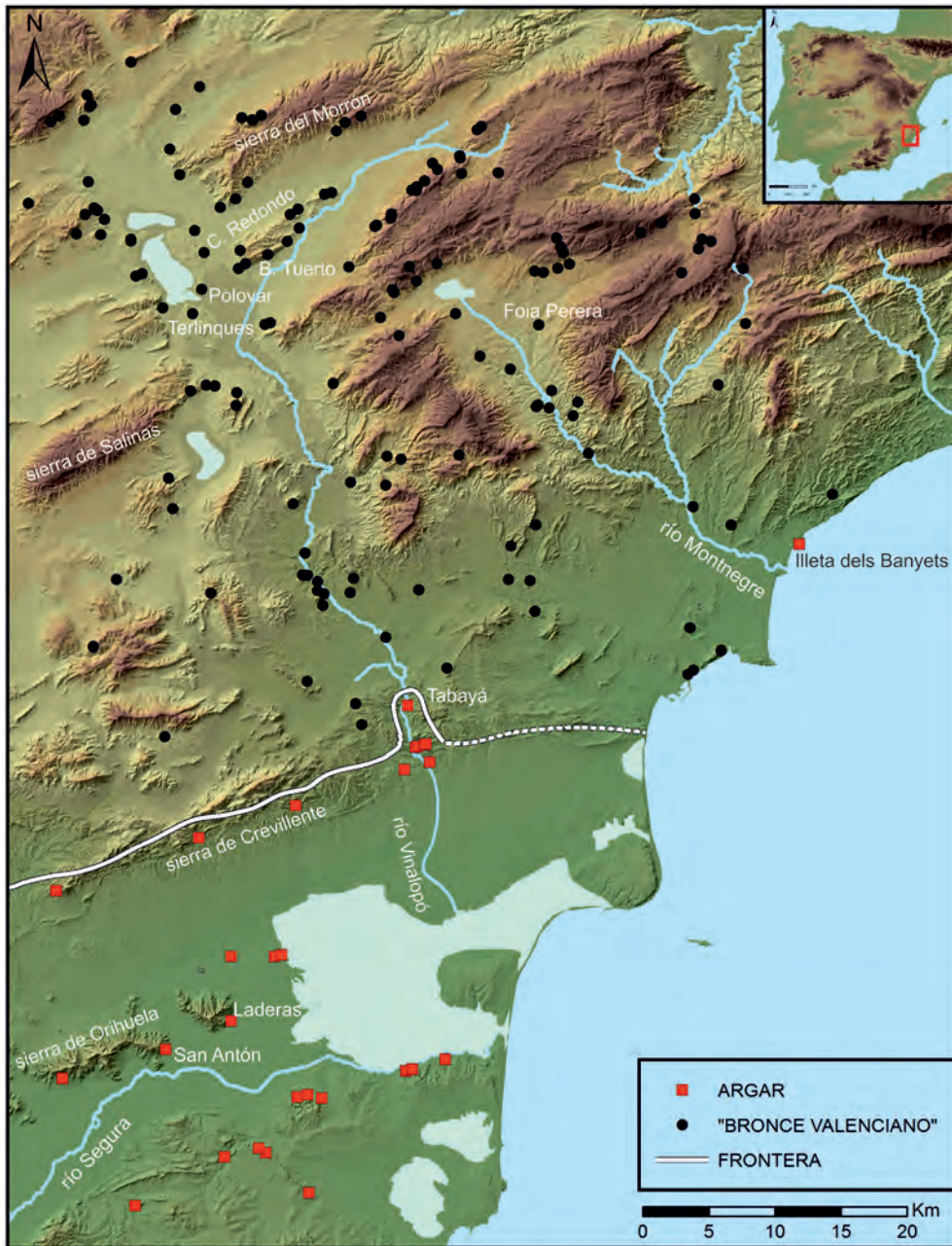


Figura 4.24. Distribución de los principales yacimientos en la zona meridional del “Bronce Valenciano” y del área septentrional de El Argar.

prácticamente todo su territorio, siendo la laguna de Villena la más importante de ellas, pero no la única (Box, 1987; Ferrer y Fumanal, 1997). Alrededor de estos humedales relictos situados en el centro de la cubeta y aprovechando cimas y





Figura 4.25. a. Barranco Tuerto (Villena) desde el piedemonte; b. Puntal del Ginebre (Petrer); c. Lloma Redona (Monforte del Cid); d. Terlinques (Villena).

laderas de cerros y estribaciones montañosas, se ha logrado identificar, mediante los trabajos de prospección realizados, cerca de un centenar de yacimientos adscritos a la Edad del Bronce (Jover *et al.*, 1995), incluyendo los referenciados por M. L. Pérez Amorós (1997) en el término municipal de Caudete y los hallados durante las prospecciones realizadas en el valle de los Alhorines (García Guardiola, 2006), la Vall d'Albaida (Ribera y Pascual, 1997) y el corredor de Beneixama (Esquembre, 1995; Poveda Hernández, 2018). En total, un territorio superior a los 500 km<sup>2</sup> de extensión.

A partir de la lectura directa de la distribución espacial de asentamientos, la implantación sobre el territorio ofrecía los rasgos de un patrón aleatorio, sin ningún

tipo de correlación lógica entre estos (Jover *et al.*, 1995). Sin embargo, considerando únicamente los yacimientos ocupados durante el periodo cronológico que va del 2200 al 1500 cal BC, aproximadamente, y ponderando un primer factor como el área superficial con evidencias arqueológicas, quedó señalada en el mapa una serie más restringida de asentamientos, en los que la superficie estimada sobrepasaba con claridad los 1.000 m<sup>2</sup> de extensión, de los que solo unos pocos alcanzaban extensiones entre 2.000 y 4.000 m<sup>2</sup>. De entre el resto, añadido un nuevo factor como era la altitud sobre el fondo del valle y su preeminencia visual, se diferenció a su vez otro rango de asentamientos caracterizados por su escaso tamaño, su gran altitud y su amplia visibilidad. Tomando como referencia los yacimientos de los grupos de mayor tamaño estimado –1.000 a 4.000 m<sup>2</sup>–, el establecimiento de los polígonos de *Thiessen* y el análisis del vecino más próximo –corregido hasta el tercer vecino–, permitía ahora reconocer un patrón de asentamiento de distribución uniforme entre ellos, a partir del cual podían establecerse unas áreas de captación aproximadas de en torno a unos 6 ó 7 km de diámetro para cada uno (Jover y López Padilla, 1999; 2004). La aplicación de esta trama sobre un mapa de calidad de suelos revelaba (fig. 4.26), por otro lado, que esta distribución ordenada de los asentamientos sobre la cubeta y los valles vecinos generaba unas áreas de captación desiguales en cuanto al rendimiento potencial de las tierras dentro de ellas, aunque probablemente serían suficientes, en todos los casos, para el desarrollo de unas prácticas agropecuarias con las que únicamente se buscaba cubrir las necesidades básicas de una comunidad campesina de tendencia autosuficiente, que no autárquica (Toledo, 1993).

El análisis territorial de la cubeta de Villena señalaba, pues, para la etapa comprendida entre 2200 y 1500 cal BC, un patrón de asentamiento uniforme, ligeramente jerarquizado referido a los asentamientos de mayor tamaño y un patrón tendente al agrupamiento de los yacimientos más pequeños en torno a aquellos (Jover *et al.*, 2018).

La información referida a las áreas del Prebético Meridional valenciano circundantes a la cubeta de Villena resulta en comparación mucho menos precisa, pues en los puntos mejor documentados, como el Altiplano de Yecla y Jumilla (Hernández Carrión, 2018), La Costera o la Hoya de Castalla, esta apenas se reduce a algunos análisis territoriales (Esquembre, 1997; Esquembre y Simón, 2001; García Borja, 2004; Pérez Amorós, 1997; Pérez Botí, 2000; Ribera y Pascual Beneyto, 1997;) y, en ocasiones, a avances relativos a las excavaciones llevadas a cabo en algunos asentamientos como el Cerro de la Campana (Nieto y Clemente, 1983), Foia de la Perera (Cerdá, 1994), La Mola d'Agres (Peña *et al.*, 1996; 2012) o Les Cabeçoles (Valero y Molina, 2013).

Todos los trabajos que han abordado el análisis del patrón de distribución de los asentamientos localizados en estas zonas evidencian una sintonía clara con lo observado en la zona de Villena respecto a la equidistancia guardada entre los principales núcleos, separados por tramos no superiores a los 6-7 km, y a la vecindad que con

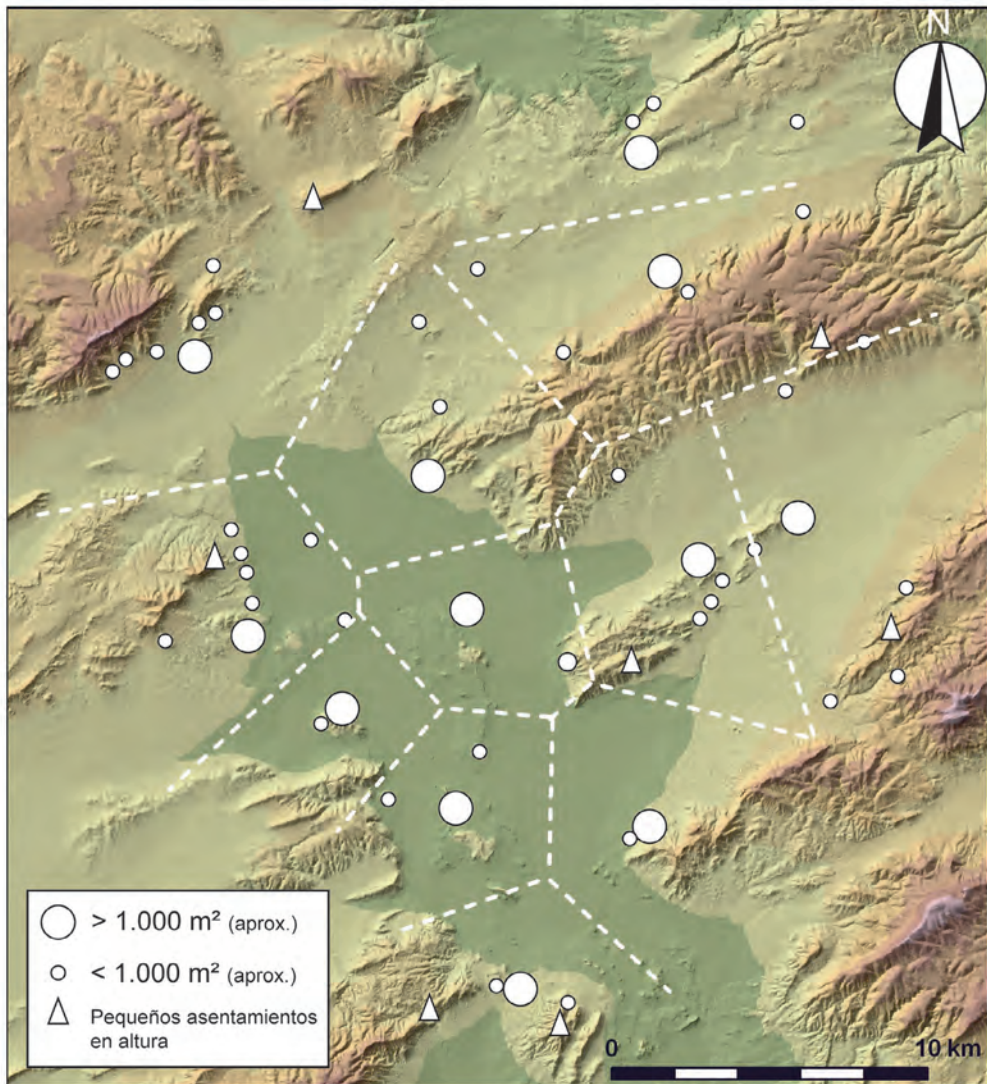


Figura 4.26. Aplicación de los polígonos de Thysen al conjunto de yacimientos de la cubeta de Villena.

respecto a algunos de ellos muestran otros núcleos de extensión mucho más reducida. Esta información vendría a señalar una clara organización en la ocupación del espacio, en la que es necesario seguir profundizando.

Esta información, procedente de la aplicación de técnicas asociadas al desarrollo de una arqueología extensiva, adquiere mayor capacidad explicativa si se complementa con la derivada de la práctica de una arqueología intensiva. En este sentido, las excavaciones que hemos venido desarrollando en los últimos años en asentamientos de distintos tamaños y posicionamientos sobre el territorio han permitido caracterizar mejor al conjunto de los asentamientos, determinar su funcionalidad,



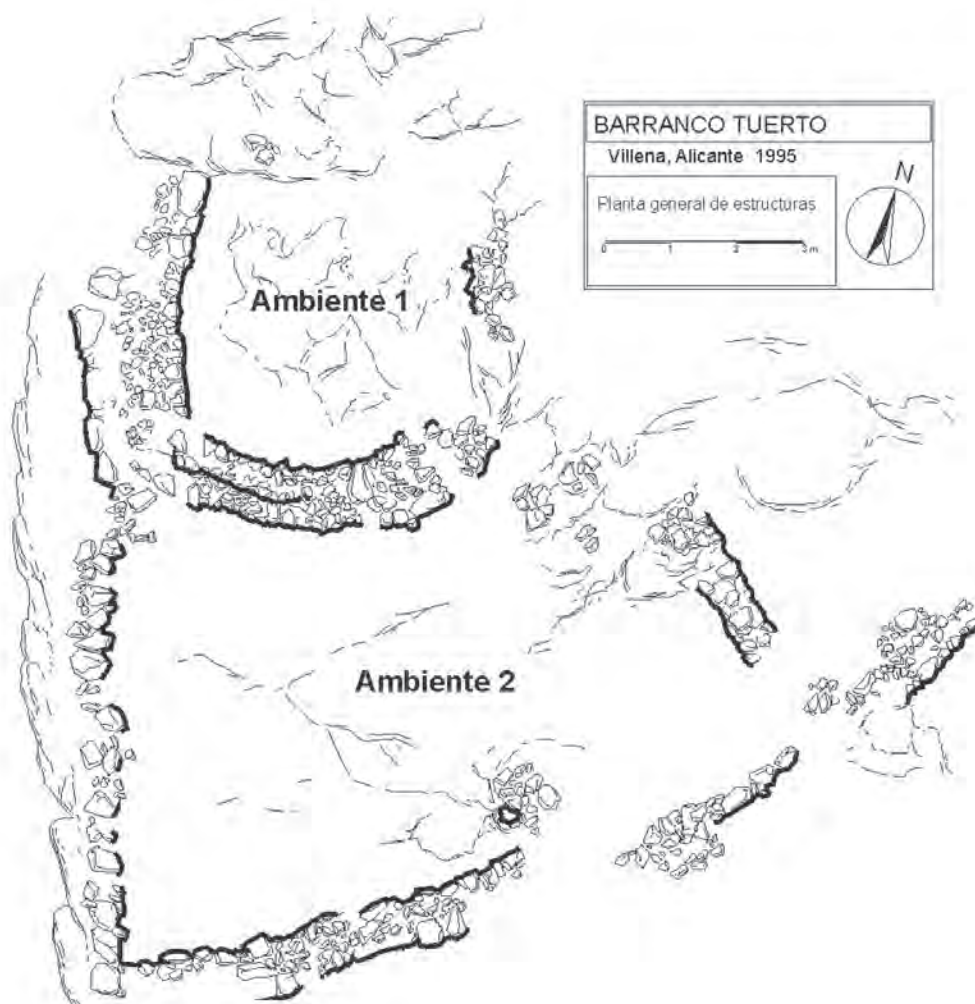


Figura 4.27. Planta general de estructuras de Barranco Tuerto (Villena).

concretar la secuencia arqueológica y proponer un modelo de conformación histórica del patrón de ocupación observado (Jover *et al.*, 2018).

Hace ya años, comenzamos este proceso de registro con la excavación de uno de los asentamientos de menor tamaño emplazados sobre alturas destacadas con respecto al fondo del valle. El yacimiento elegido fue Barranco Tuerto (Soler García, 1955; Jover y López, 2005) (fig. 4.27), ubicado sobre un espolón rocoso en la vertiente meridional de la sierra de la Villa, desde el que se domina ampliamente el área que pone en contacto el valle de Biar con la cubeta de Villena.

El yacimiento reveló una exigua estratigrafía que, no obstante, permitió la conservación de un considerable número de estructuras murarias, entre las que cabe destacar las primeras hiladas de unos gruesos muros perimetrales en cuyo interior se identificaron con claridad dos ambientes, así como la existencia de, al menos, dos



fases constructivas. Ello era especialmente evidente en el vano de acceso al interior del Ambiente 1, cegado con un nuevo muro tras el incendio que destruyó el poblado. La fundación del asentamiento se fechó a partir de una muestra de carbón –*Pinus halepensis*– perteneciente a parte de la cubierta, en el intervalo 1921-1762 BC  $-1\sigma-$  (Jover y López, 2005), para la que debemos contemplar algunas reservas al no tratarse de una muestra de vida corta.

En cuanto a los materiales arqueológicos aparecidos, se constató la presencia de vasos de pequeño y mediano tamaño con un abrumador dominio de las formas esféricas y una relativamente nutrida representación de bordes vueltos, además de un vaso geminado. En el interior del Ambiente 1 o cabaña situada en la cima, por otra parte, y bajo los niveles del derrumbe provocado por el incendio y destrucción de la primera fase de ocupación, se documentaron dos pesas de telar ovaladas de cuatro perforaciones, así como un fragmento de punta de flecha o cuchillo metálico y un fragmento de una pequeña azuela de diabasa. No se registraron dientes de hoz de sílex, así como tampoco molinos activos ni molederas completas, destacando la reutilización como mampostería de algunos de estos fragmentos. Entre los restos óseos de mamíferos cabe destacar la abundancia de extremidades de ovicaprinos y la ausencia de especies salvajes.

A diferencia de Barranco Tuerto, el yacimiento de Terlinques (fig. 4.28), situado a unos 6 km del anterior, se sitúa en el centro del corredor sobre un cerro aislado destacado al sur de la antigua laguna de Villena, constituyendo además uno de los asentamientos de mayor tamaño. Sobre su parte más elevada se pudo distinguir un área de relleno arqueológico de una superficie cercana a los 1.700 m<sup>2</sup> que ocupaba toda la cima y aproximadamente el tercio superior de sus laderas. A finales de los años sesenta se llevaron a cabo las primeras excavaciones (Soler y Fernández, 1970) que proporcionaron una de las primeras dataciones radiocarbónicas para el Levante peninsular, realizada sobre una agregación de carbones y que se remontaba al intervalo 2429-2135 BC  $-1\sigma-$  (Jover y López, 2009a), lo que, durante mucho tiempo situó a Terlinques como uno de los yacimientos característicos del Bronce antiguo.

Entre 1997 y 2011 se reanudaron las excavaciones en Terlinques (Jover y López, 2016), habiendo documentado algo más de 700 m<sup>2</sup>. Se ha podido registrar un amplio número de estructuras, así como una completa estratigrafía que presenta una compleja secuencia de ocupación. Desde la roca hasta el estrato superficial se han podido distinguir por el momento tres fases arqueológicas sucesivas que se prolongan desde el 2200 cal BC hasta el 1500 cal BC, aproximadamente (fig. 4.29) (Jover y López, 2016). Estas tres fases se reflejan de modo bastante claro en la disposición de las estructuras murarias registradas, las cuales podemos en principio correlacionar estratigráficamente con las dataciones radiocarbónicas obtenidas de muestras documentadas sobre los pavimentos a los que se asocian.

Por el momento, de la fase más antigua –fase I– se han documentado partes de diversas unidades habitacionales o espacios. Al menos una de ellas se corresponde

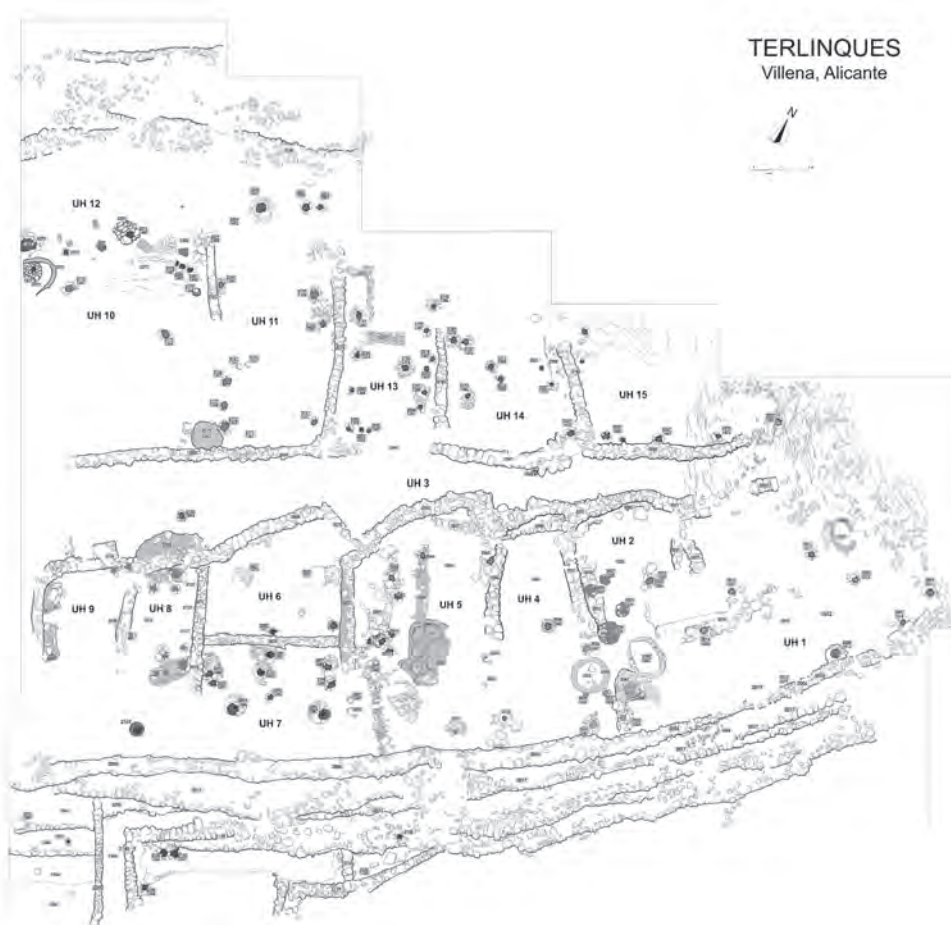


Figura 4.28. Planta general del asentamiento de Terlinques, indicando las unidades habitacionales (UH) identificadas.

un gran edificio, denominado Unidad Habitacional 1 –UH a partir de ahora–. Destaca claramente por sus dimensiones, tan grandes que todavía no se pudo localizar su límite occidental. En función de las fechas que han proporcionado sus materiales constructivos –un resto óseo procedente del relleno de aterrazamiento, troncos de pino de la techumbre o de la vigería y de una estructura de madera y barro empleada como alacena— y las semillas que se encontraban almacenadas en su interior en el momento de su destrucción, el edificio debió construirse hacia 2200/2150 BC y derrumbarse a causa de un incendio entre 1980-1950 cal BC, aproximadamente. En el interior de esta gran habitación, una serie de estructuras organizaban a su alrededor diferentes actividades de carácter doméstico. Entre estas estructuras hallamos un pequeño banco realzado dispuesto longitudinalmente; una serie de calzos de poste, situados a lo largo del muro meridional y sobre el eje longitudinal central de la casa; un tabique de troncos con un manteado de yesos; un hogar de forma oval



Figura 4.29. Unidad Habitacional 8 de Terlinques, correspondiente a la tercera fase de ocupación del yacimiento.

formado por un anillo de arcilla y piedras y, finalmente, un banco encima del que se sitúa un molino de grandes dimensiones con el elemento móvil aún intacto sobre él.

Mediante el análisis y estudio de la dispersión de los carbones, pudimos apreciar claramente la estructura de la techumbre y el entramado de ramas de pino carrasco que la integraba. Además de estas, sobre el pavimento de la casa ardieron otros elementos de madera con señales de manipulación antrópica, tales como un conjunto de palos de taray y de acebuche afilados mediante cortes limpios en su extremo distal (Machado *et al.*, 2009).

En cuanto al material cerámico, se halla en abundancia fragmentado sobre el pavimento. A un extremo y otro del banco corrido hallamos grandes vasijas de almacenamiento conteniendo, en mayor o menor medida, cereales carbonizados. En algún caso, alguno de estos vasos presenta cuerdas de esparto rodeando el cuello de la vasija. En conjunto, la tabla tipológica que obtenemos para este primer momento de ocupación ofrece por ahora un claro predominio de las formas esféricas y elipsoides en todas sus variantes y una total ausencia de formas carenadas. Con respecto a la decoración, tan solo cabe mencionar la presencia, en vasos de gran tamaño, de una serie decorativa a base de incisiones o de digitaciones aplicadas directamente sobre el labio.

En lo que se refiere al resto de productos, resulta destacable el hallazgo de un lingote de metal, así como de un cuchillo, que probablemente se hallaban colgados o dispuestos sobre lejas de madera en el tabique de postes. En disposición similar debía encontrarse un saco de esparto lleno de cereales que apareció volcado, cubriendo la tapa circular que debía cerrarlo. En su interior, junto con el grano, aparecieron unas bobinas o husos de hilo cuyo análisis posterior reveló que se habían fabricado con junco y cuyas varas eran de fresno y viburno (Jover *et al.*, 2001). En este sector se documentó también un conjunto de dientes de hoz que probablemente formaban parte de dos hoces que en el momento del incendio debían estar allí depositadas. En el mismo lugar aparecieron calcinadas varias vértebras de ovicaprino en posición anatómica, al igual que la parte distal de una tibia, el astrágalo y un metapodio de bovino, partes que es posible que pertenecieran a porciones de carne secada o simplemente dispuesta para ser consumida.

Al extremo occidental del banco adosado, una estructura servía de apoyo para la base de un molino de gran tamaño que conservaba *in situ* la parte móvil sobre él, de modo que aparentemente se encontraba preparado para ser utilizado en el momento del incendio. Alrededor de esta estructura se documentó la presencia de más de una decena de molinos, desperdigados y desplazados de su lugar, pero sobre el pavimento.

Tal cantidad de elementos de molturación no es de extrañar considerando el volumen de cereal carbonizado aparecido en el interior de esta habitación. El estudio carpológico (Precioso y Rivera, 1999) ha revelado que la inmensa mayoría del grano recuperado pertenece a trigo desnudo –*Triticum aestivum-durum; compactum; diccocum*–, hallándose también una saca llena mayoritariamente de cebada. La presencia de malas hierbas características de zonas de humedal entre los granos de cereal almacenado nos indica que había sido probablemente cultivado en las proximidades de las zonas lagunares, siendo trillado, pero no cribado y con un importante aporte de agua en su cultivo (Mora *et al.*, 2016). Parte del cereal contenido en uno de los sacos proporcionó dos muestras para carbono 14 que arrojaron una fecha aproximada de mediados del siglo XX cal BC para la destrucción de la UH 1.

Finalmente, almacenado también en sacos de esparto, se conservaron lotes de excrementos de ovicaprino tanto en la zona de almacenaje situada junto al tabique de madera como en el interior del hogar, sin duda, en este último caso colocado allí para hacer uso de él como combustible.

En conclusión, lo que puede deducirse del registro arqueológico proporcionado por esta unidad habitacional es que se trataba de un amplio espacio cubierto en cuyo interior se realizaron actividades, tanto de almacenamiento, como de transformación y consumo de cereales, así como otras de producción de mantenimiento y consumo doméstico. Pero, sin duda, uno de los aspectos más relevantes es la enorme inversión de trabajo colectivo involucrado en la construcción de las terrazas meridionales destinadas a descargar a favor de pendiente el peso del muro sur de la vivienda y



su techumbre. En efecto, una gran cantidad de material constructivo, que en algún punto incluye bloques de gran tamaño y peso, se dispone formando líneas que corren más o menos paralelas al muro meridional de la UH 1, de tal modo que puede afirmarse que la construcción de los primeros espacios habitados de Terlinques respondió a la ejecución de un plan urbanístico perfectamente definido que implicó, sin duda, un esfuerzo colectivo de primer orden por parte de la comunidad allí asentada.

Tras el incendio que en torno a 1950 cal BC destruyó esta gran vivienda se construyeron nuevas unidades habitacionales –fase II– reaprovechando buena parte de las estructuras de la primera fase, por lo que su organización repite muchas de las características de la fase anterior, si bien en este caso no se constataron divisiones internas. A pesar de ello, los datos permiten inferir la existencia de unidades habitacionales un tanto más reducidas de tamaño, pero en cualquier caso aún de dimensiones considerables. Las fechas obtenidas de un larguero de techumbre y las de un fragmento de esparto perteneciente a una estera o capacho proporcionan unas fechas aproximadas de 1850 y 1750 cal BC para el final de esta segunda fase (Jover *et al.*, 2014).

Con la destrucción de estas viviendas asistimos a la transformación radical de la trama urbanística del poblado, organizada ahora en torno a una calle o corredor central (fig. 4.30) que da acceso a los distintos departamentos o unidades habitacionales,



Figura 4.30. Pasillo de acceso a la plataforma superior del asentamiento de Terlinques por su ladera meridional durante su fase III.

de las que se excavaron algo más de una docena, y que se disponen a ambos lados del mismo. En un punto determinado de su trazado, un marcado estrechamiento en el que se aprecian huellas de cuatro calzos de poste sobre la roca, equidistantes unos de otros, parece marcar en este punto el acceso al asentamiento por el lado oriental. Atravesado este, al norte se disponen una serie de espacios de trabajo y áreas de almacenamiento, en los que se concentra una gran cantidad de instrumentos líticos y prácticamente la totalidad de los grandes recipientes de almacenamiento registrados para esta fase. Junto a ellos se documenta además una concentración inusual de molinos y molederas, fundamentalmente en la UH 12, donde aparecieron en número cercano a la veintena.

Por el contrario, al sur de la calle se abren los vanos de entrada a una serie de unidades habitacionales de tamaño más o menos equivalente, que se diferencian netamente de las viviendas de las fases anteriores tanto en proporciones como en las características de su registro artefactual. Las casas presentan pavimentos o suelos de ocupación en los que frecuentemente se practican pequeñas fosas circulares, amortizadas más tarde con rellenos de tierra y piedras. El mobiliario interior resulta diferente, no solo con respecto a las estructuras domésticas de fases anteriores, sino también entre las propias unidades habitacionales. Destaca la presencia en el interior de la UH 5 de una gran fosa revestida de una gruesa capa de arcillas impermeabilizantes, que pudo servir como contenedor de líquido, por lo que se ha considerado como una pequeña cisterna para almacenar agua.

La fecha proporcionada por un hueso integrado en los rellenos de nivelación de los pavimentos de las UH 10 y 11 marca el inicio de la fase III en torno a 1750 cal BC, desarrollándose una intensa actividad constructiva, sobre todo en torno a 1600 cal BC, según las dataciones que brindan los postes y largueros en las UH 6, 7 y 11. Esta fase finalizaría en torno a 1500 BC, de acuerdo con la datación obtenida a partir de una tira de esparto carbonizada hallada sobre el último pavimento registrado en la UH 7. La ausencia de semillas carbonizadas en los niveles de abandono del asentamiento impide concretar su cronología.

En fechas más recientes, el registro arqueológico relativo a los asentamientos de la Edad del Bronce en la cubeta de Villena se ha visto aumentado con la excavación de dos núcleos de pequeño tamaño. El primero de ellos es el Cabezo del Polovar (fig. 4.31) (Jover *et al.*, 2016). Se trata de un gran cerro, cuya cima se halla conformada por tres crestas rocosas, todas ellas con rellenos arqueológicos de escasa extensión superficial, no más de 150 m<sup>2</sup> respectivamente. La excavación de una de estas crestas, la occidental, ha permitido inferir una ocupación monofásica, donde el edificio constatado no corresponde a una vivienda en sentido estricto, sino una estructura que, a juzgar por los restos hallados en su interior, se acerca a lo que etnográficamente vendría a ser un cobertizo. En el mismo, asolado por un incendio, no se documentó ninguno de los indicadores propios de lugares de residencia, tales como hogares, áreas de molienda, desechos de fauna, grandes vasos cerámicos de



Figura 4.31. Polovar (Villena). Proceso de excavación de la UH 2 de la cresta central.

almacenamiento, elementos de hoz, etc.–. Únicamente se registró parte de un saco o capazo de esparto con cebada y algunos vasos cerámicos de pequeño tamaño. En la segunda de las crestas excavada, la central, sí se hallaron, en cambio, vasos cerámicos de diverso tamaño, molinos y molederas, percutores y un silo. Las dataciones obtenidas muestran que mientras esta última ocupación se construyó y abandonó hacia mediados del II milenio cal BC, la construcción occidental había sido ya abandonada mucho antes, *ca.* 1900-1800 cal BC.

Otro de los asentamientos de pequeño tamaño excavado recientemente es el Peñón de la Zorra (García Atiénzar, 2012a; 2016; 2017). Las excavaciones efectuadas en su extremo más elevado han deparado, además de una posible torre y un departamento de cronología campaniformes, la sucesión de tres momentos de ocupación de la Edad del Bronce. Estas fases se definen por una fuerte transformación de la trama a partir de la construcción de muros transversales –que ya J. M. Soler (1981) definió como lienzos de muralla– que conectan ambos bordes del espolón y que sirven, a su vez, de muros de aterramiento y para delimitar las unidades habitacionales. El muro de mayor cota y la reutilización del muro meridional de la UH 5, que presenta en esta fase varias refacciones, sirvieron para delimitar un sector de unos 180 m<sup>2</sup>. En un primer momento –fase II–, estos dos lienzos quedaron unidos por una línea perpendicular de idéntica factura y que, al igual que los

muros transversales, apoya sobre la base geológica del cerro. A partir de estos lienzos se construyeron hasta cuatro unidades habitacionales con similares características morfológicas, arquitectónicas y estratigráficas. Estos espacios de planta rectangular –UHs 1, 2, 3 y 4– se caracterizan por la presencia de pavimentos de barro endurecido a los que se asocian diferentes estructuras de combustión y huellas de poste. Aunque el estado de conservación presenta importantes limitaciones –la erosión afecta a los muros de cierre próximos a la ladera oriental y varias estructuras quedan amortizadas por la construcción de otras asociadas a la fase IV– podrían definirse como espacios domésticos cuyo espacio útil oscilaría entre los 20 y los 35 m<sup>2</sup>.

La UH 1, de poco más de 20 m<sup>2</sup>, es la peor conservada al haber quedado afectada por intensos procesos postdeposicionales. En el interior de este espacio se documentaron algunas estructuras, como pequeños muros medianeros y una huella de poste. En el interior de esta última, que aprovechaba una oquedad natural de la roca y estaba delimitada por un anillo de barro, se documentó un relleno sedimentario amarillento y arcilloso similar al localizado en la trabazón de los muros, y que resultaba diferente al que rellenaba la estancia. Como era de esperar, en el interior de la huella de poste no aparecieron artefactos, aunque sí varios restos carpológicos que permitieron datar lo que podría ser un momento de uso o destrucción de esta estancia (3590±30 BP; 2027-1884 cal BC).

La UH 2, con una superficie ligeramente superior a los 30 m<sup>2</sup>, presenta una estratigrafía mejor definida y con mayor nivel de complejidad, documentándose claramente dos momentos constructivos –fase II-III–, aunque entre ambos se observa la continuidad de los muros delimitadores. El evento más antiguo viene definido por un pavimento de barro endurecido asentado sobre un relleno antrópico datado en 3680±30 (2142-1964 cal BC). Sobre este pavimento se documentó, aunque parcialmente conservado, un nivel de incendio con unos pocos artefactos restituibles, básicamente recipientes cerámicos de diferentes tamaños y capacidades, molederas y percutores, dientes de hoz y una punta metálica, así como materiales constructivos de naturaleza vegetal y otros ecofactos carbonizados que permitieron la datación de este contexto en 3530±30 BP (1942-1763 cal BC). Sobre el paquete de incendio se construyó un nuevo pavimento, al cual se asocian diferentes estructuras: huellas de poste y una cubeta construida con el mismo material que el pavimento. Al igual que en el momento anterior, sobre este suelo se documentó un contexto de abandono por destrucción, habiéndose conservado algunos elementos de molienda y varios vasos cerámicos de diferente morfología. Varios restos carpológicos asociados a los recipientes que permitieron datar este segundo evento destructivo en 3500±30 BP (1907-1743 cal BC).

La UH 3 presenta una secuencia similar a la observada en la UH2 (fig. 4.32). En este caso, los lienzos que delimitan el espacio también permanecen invariables a lo largo de la fase II-III, aunque las estructuras internas varían de morfología y ubicación. La primera fase de ocupación –fase II– viene definida por un pavimento





Figura 4.32. Unidad Habitacional 3 del Peñón de la Zorra (Villena).

de barro endurecido que fue configurado sobre un relleno antrópico que repite el esquema y las características tafonómicas observadas bajo el suelo de la UH 2, habiéndose datado también a partir de un resto carpológico en  $3660\pm 30$  BP (2135-1950 cal BC). A este pavimento se asocia un hogar centrado y una pequeña estructura de combustión localizada en una de las esquinas. El relleno de este pequeño hogar, formado fundamentalmente por cenizas y algún resto vegetal carbonizado, fue datado en  $3620\pm 30$  BP (2039-1894 cal BC) a partir de una bellota carbonizada. Colapsando este nivel, se documentó un potente incendio que se repartía por buena parte de la estancia, determinándose varios vasos cerámicos aplastados, artefactos asociados a la molienda y la siega, varios adornos personales, así como restos arquitectónicos carbonizados, reflejo de un proceso de destrucción súbita que pudo ser datado a través de una semilla en  $3570\pm 30$  BP (1985-1875 cal BC). Este espacio fue reconstruido –fase III– con la colocación de un nuevo pavimento, de similares características al de la fase anterior, y construyendo nuevas huellas de poste. La fecha de este evento constructivo resulta difícil de precisar, aunque, dada la continuidad arquitectónica observada, debió ser inmediatamente posterior a la de destrucción. La definitiva amortización de este espacio puede vincularse a un momento en el cual no se observan rastros claros de incendio, pero sí artefactos y ecofactos que permiten situar el abandono de esta fase en  $3470\pm 30$  BP (1884-1734 cal BC).

La fase II, situada cronológicamente en el tránsito del III milenio al II milenio cal BC supone la reorganización completa del espacio ocupado en la terraza

superior, una vez amortizadas las construcciones campaniformes. Esta misma circunstancia podría haber afectado al resto del cerro si se toman en consideración las relaciones estratigráficas observadas en perfil en las otras terrazas artificiales –no excavadas– en las que se distribuye el asentamiento, que podría haber alcanzado a una superficie de 0,35 ha.

Cabe reseñar el hecho de que en los niveles constructivos de la fase II aparece material campaniforme, posiblemente reaprovechando los sedimentos asociados a la destrucción de la primera fase de ocupación. Este material y la distancia cronológica entre la destrucción de la fase I y la construcción de la fase II obligan a discutir sobre la continuidad poblacional entre ambos momentos. Esta cuestión es, con las bases estratigráficas existentes, de difícil solución, máxime si se tiene en consideración que las construcciones de la fase II se asientan directamente sobre la base geológica, no habiéndose documentado evidencias arqueológicas previas, ni tampoco cobertura edáfica, que pudieron haber sido eliminadas para facilitar las tareas de construcción.

La similitud en los contextos de uso observada entre las UH 2 y 3 sería reflejo de una semejante funcionalidad, pudiendo inferirse, en ambos casos, la existencia de ambientes domésticos. Las relaciones estratigráficas, así como la proximidad cronológica entre las fechas de destrucción de la fase II, a las que se podrían añadir la facies de abandono/destrucción de la UH 1, aunque con las reservas ya expuestas, podría vincularse con un incendio generalizado que debió afectar, cuanto menos, a la terraza superior. Sin embargo, la rápida reconstrucción siguiendo el esquema inicial no permite hablar de una reordenación del espacio, por lo que este evento debe enmarcarse en la dinámica interna del proceso de formación y transformación del asentamiento.

El momento de abandono de la fase III debió ser coetáneo o, cuanto menos, muy próximo en el tiempo. En ambos casos –UH 2 y UH 3–, parece que el abandono de los espacios domésticos no puede asociarse a facies de incendio, aunque bien podría haber sucedido que el material vegetal carbonizado hubiera quedado a la intemperie durante tiempo, produciéndose su desaparición o su transformación en los lentejones cenicientos mencionados. En ambos casos, se han documentado vasos cerámicos, muchos restituibles, artefactos asociados al procesado y consumo de productos vegetales, así como los propios productos –semillas y bellotas carbonizadas–, hecho que ahonda en su consideración como basura de facto que fue dejada en el interior de los espacios habitacionales coincidiendo con el abandono/destrucción de esta fase del asentamiento. Lo que parece claro, por tanto, es que la construcción, reconstrucción y definitiva destrucción de estos espacios debió estar asociado a una misma dinámica social que, como veremos más adelante, puede ser relacionada con procesos y transformaciones más amplias que afectan a un extenso territorio.

En el techo estratigráfico del área excavada –fase IV– se documenta, tras un lapso de abandono, la última fase constructiva, en la que no se han registrado suelos de

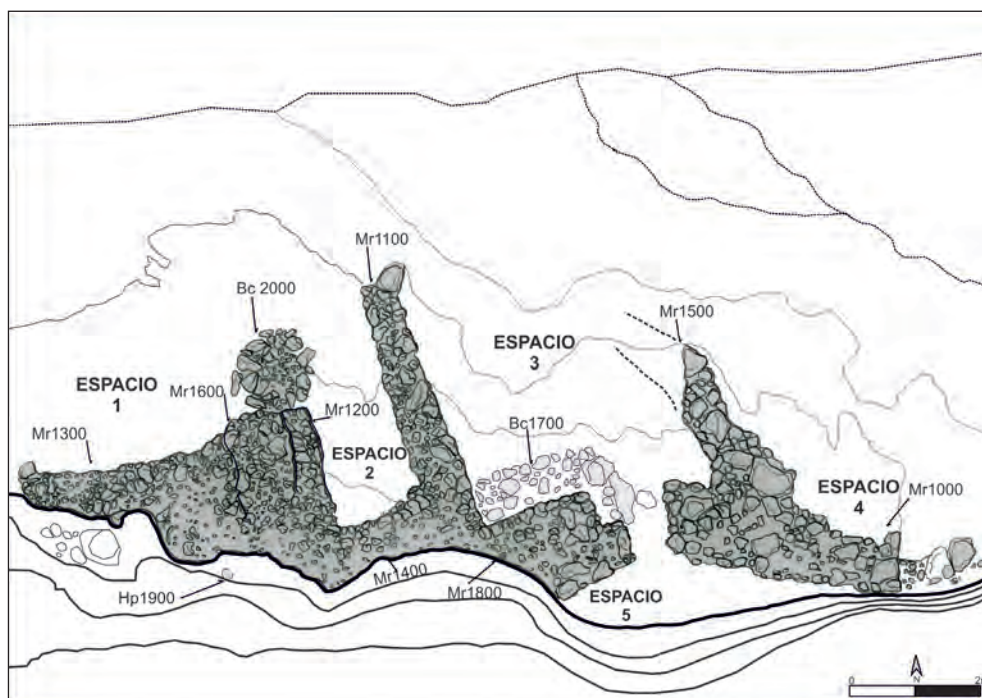


Figura 4.33. Planta del Cerro de los Purgaticos (La Canyada).

ocupación a causa de la erosión superficial y la fuerte actividad vegetal. Tan solo se conservan las bases de muros de mampostería que, además, no se levantan en la vertical de los lienzos correspondientes a la fase II-III. A nivel de organización interna, se aprecia una reducción de la superficie de las distintas unidades habitacionales. Así, el único espacio que ha podido delimitarse con claridad presenta una separación interna que la divide en dos pequeñas estancias, teniendo la más pequeña dos silos.

La ausencia de muestras en las pocas unidades estratigráficas fiables imposibilitó la datación de este momento. Sin embargo, la existencia de un hiato sedimentario entre la destrucción de la fase III y la fase IV hace posible considerar un abandono cuya duración se antoja difícil de establecer con los datos disponibles, aunque bien podría relacionarse con el segundo uso funerario de la cueva oriental del Peñón de la Zorra, fechado en 1700-1650 cal BC (García Atiénzar, 2016).

En cuanto al asentamiento excavado en el cerro de los Purgaticos, y sin ánimo de extendernos en demasía sobre sus características (fig. 4.33) (Jover *et al.*, 2017), sí queremos incidir en algunos aspectos singulares relativos a su emplazamiento, ya que se trata de una construcción edificada como cierre de un pequeño abrigo oculto al valle del Vinalopó. En su registro están totalmente ausentes los instrumentos de molienda, dientes de hoz, restos de fauna, además de contar con una vajilla cerámica de ollas de boca cerrada de reducida volumetría. Esta serie de características permitió interpretarlo como un establecimiento complementario, de tipo abrigo-refugio,





Figura 4.34. Vista de Cabezo Redondo (Villena) desde el Cabezo de las Cuevas realizada en 1959. Fotografía: Fundación José María Soler.

más que de tipo residencial, como sí se puede afirmar para buena parte de los asentamientos excavados.

En cuanto al gran yacimiento de Cabezo Redondo (fig. 4.34), son de sobra conocidos los trabajos que se vienen llevando a cabo desde los años ochenta del siglo pasado, continuación de los ya realizados con anterioridad (Soler García, 1987; Hernández *et al.*, 2016). Su tamaño, la secuencia estratigráfica y las dataciones obtenidas ponen de manifiesto su importancia en la explicación de las relaciones entre el Argar y su periferia septentrional. La fundación de Cabezo Redondo se situaría en torno al 2100 cal BC, teniendo en cuenta las dataciones disponibles, aunque la fase de máxima expansión y transformación urbanística se produciría a partir de 1750 cal BC, coincidiendo en el tiempo con los cambios observados en Terlinques. Las estructuras que hasta esa fecha se ubicarían en la cima del cerro, parecen extenderse también a la ladera occidental. En este espacio se planificó la edificación de viviendas escalonadas comunicadas entre sí y en su conjunto por un complejo sistema de calles estrechas en pendiente. Los distintos departamentos excavados, más de 30 hasta la fecha, muestran importantes secuencias de ocupación, con numerosas reestructuraciones y pavimentaciones, destacando una imponente arquitectura con mampuestos, vegetales y tierra. En el interior de las estancias se documentan bancos de muy diversa morfología, poyetes, hornos y hogares a los que se vincula un importante conjunto de instrumentos y desechos de consumo. También es destacable la presencia de tumbas en buena parte de los departamentos, tanto de tipo cista de mampostería, como en fosa o en urna, en el caso de infantes. La reocupación de los mismos espacios, aunque con transformaciones en su organización interna y cultura



material, se prolongaría hasta *ca.* 1250 cal BC, a tenor de las evidencias y dataciones obtenidas (Hernández *et al.*, 2016).

En lo que respecta a las prácticas funerarias en la zona de estudio, con la excepción de Cabezo Redondo, en el resto de los yacimientos analizados y excavados no se han hallado inhumaciones en el interior del espacio habitado. En cambio, se constata una diversidad de prácticas donde domina la inhumación en cuevas y grietas cercanas a los poblados (Soler Díaz, 2002; Szécsényi-Nagy *et al.*, 2017), tal y como ya se señalaba hace tiempo (Jover y López Padilla, 1997). Las únicas excepciones reseñables en este sentido son, por un lado, los yacimientos de la Mola d'Agres y del Mas del Corral, y por otro, los datos proporcionados por el reestudio del enterramiento localizado por J. Ma. Soler en el Cabezo de la Escoba. En el caso de la Mola d'Agres, un individuo masculino joven, acompañado de un puñal, recibió sepultura en la plataforma exterior de la muralla (Martí *et al.*, 1996), mientras que, en el interior del poblado, se localizó un enterramiento infantil sin ajuar (Peña *et al.*, 2014) del que, no obstante, no se ha podido concretar si se llevó a cabo en momentos de la Edad del Bronce o con anterioridad, durante la ocupación Campaniforme. En el caso del Mas del Corral (Trelis, 1991) también fue documentado un individuo masculino adulto en el interior de una cista de mampostería, así como dos recipientes cerámicos con inhumaciones de perinatales. La datación y estudio de estos últimos ha puesto de manifiesto su adscripción a momentos avanzados del Bronce tardío o inicios del Bronce final I (de Miguel y Siles, 2020). Por otro lado, el reestudio de la tumba del Cabezo de la Escoba (Cabezas, 2015) ha revelado que este se llevó a cabo en hipogeo aislado y distanciado del asentamiento, en el que se inhumaron 3 individuos, con toda probabilidad un hombre y dos mujeres (fig. 4.35) (de Miguel, 2015). Las dataciones disponibles, al igual que las efectuadas en cuevas tradicionalmente consideradas como exclusivamente campaniformes, como la cueva oriental del Peñón de la Zorra o la cueva del Puntal de los Carniceros, vienen a señalar la continuidad del empleo de estas cavidades como contenedores funerarios durante la primera mitad del II milenio cal BC.

Los estudios antropológicos (de Miguel, 2016), de estrías dentales (Romero, 2016) y de dieta (Salazar, 2016) efectuados en Cabezo Redondo, muestran un predominio del consumo de productos terrestres, en especial cereales, aunque alguno de los individuos analizados muestra consumos alejados de la tendencia general.

En suma, aunando toda esta información y teniendo en cuenta el conjunto de los eventos datados en la secuencia de ocupación de cada uno de los asentamientos, así como el conjunto de sus características, estamos en condiciones de proponer coincidencias significativas de transcendencia en la representación de su proceso histórico (Jover *et al.*, 2014).

Parece evidente que hacia el 2200-2100 cal BC se produciría la fundación de asentamientos de gran tamaño en la zona, como Terlinques o Cabezo de la Escoba, circunstancia que probablemente se puede hacer extensible a otros muchos



Figura 4.35. Proceso de excavación de la tumba del Cabezo de la Escoba (Villena) efectuado por J. M<sup>a</sup> Soler García. Fotografía: Fundación José María Soler.

núcleos de similares características, o la reocupación de otros que habían estado ocupados durante el Campaniforme, como el Peñón de la Zorra. En fechas algo posteriores, entre el 2000-1800 cal BC, se producirían reestructuraciones de calado en asentamientos como Terlinques –fases I-II–, a la vez que se fundarían nuevos asentamientos, entre los que se encuentran Cerro del Rocín, Lloma Redona, Puntal de Bartolo, etc. Asociados a estos, encontramos establecimientos complementarios de tipo logístico, como pudieron ser el cerro de los Purgaticos, cresta occidental del Cabezo del Polovar o Barranco Tuerto. Otro evento destacado se sitúa en torno a 1750 cal BC. En esta fecha se detectan cambios fundamentales en Terlinques, Peñón de la Zorra y Cabezo Redondo. Durante el periodo 1750-1500 cal BC se siguen detectando reestructuraciones internas en asentamientos ya fundados, así como la creación de nuevos núcleos, como es el caso de la cresta central de Polovar.

Toda esta secuencia de eventos constructivos, de reestructuración y de abandono y su coincidencia en el tiempo dentro del periodo comprendido entre *ca.* 2200 y 1500 cal BC permite concretar, a modo de hipótesis, una propuesta de explicación histórica.

## 4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas

---

Desde una perspectiva que compartimos con otros autores (Burillo y Picazo, 1997: 51; Fernández-Posse *et al.*, 1996: 121), resulta evidente la sintonía cronológica que muestran entre sí la mayor parte de los acontecimientos registrados en los yacimientos excavados en el cuadrante suroriental peninsular. Los hitos que manifiestan –abandonos, fundaciones, transformaciones urbanísticas, implantación de modelos de organización de las actividades productivas, etc.– implican su participación protagonista en el devenir histórico, tanto del grupo argárico, como de los grupos arqueológicos situados más allá de sus confines, de donde cabe también deducir que todo el territorio considerado estuvo de un modo u otro involucrado en un proceso de transformación en el que cada grupo arqueológico jugó un papel determinado. Esta interrelación, que hemos convenido en acotar en una categoría teórica esencialmente estructural como es la de formación social –ver capítulo 2–, se materializa dinámicamente en el desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas y en los cambios en la organización social del trabajo producido en el seno de cada una de las sociedades concretas que la integraría.

A continuación trataremos de exponer una propuesta de explicación del proceso en las comarcas levantinas donde, durante cerca de 700 años, se configuró una frontera política entre dos sociedades concretas: el grupo argárico y los grupos del llamado “Bronce Valenciano”, con prácticas sociales perfectamente diferenciadas, producciones materiales claramente singulares y una clara restricción recíproca en el acceso a determinados productos y conocimientos (fig. 4.36).

### **Entre ca. 2200 BC y 1950 cal BC**

Como ya se ha señalado, el hábitat en el llano se mantendrá vigente junto a la ocupación puntual de estribaciones montañosas en altura hasta aproximadamente el 2200/2100 cal BC, momento en el que se detectan cambios significativos en la reorganización territorial del poblamiento, aunque con diferencias entre lo que reconocemos como espacio social argárico y el espacio social del “Bronce Valenciano” en el Prebético meridional valenciano.

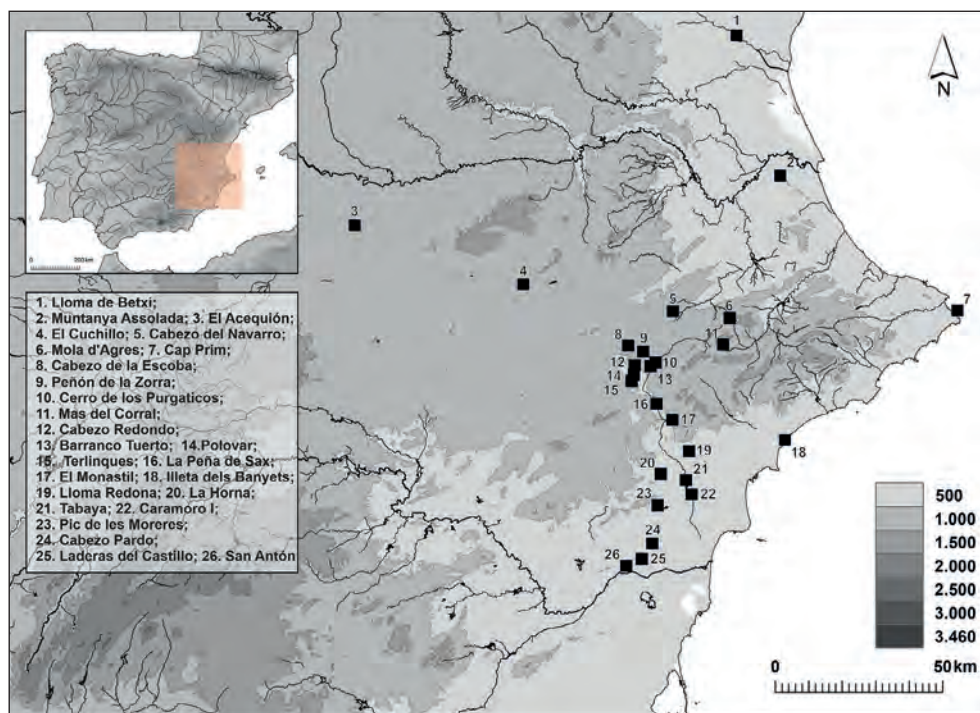


Figura 4.36. Mapa con la localización de los yacimientos de la Edad del Bronce citados en el texto.

Para el primero de los territorios, el argárico, las prospecciones y excavaciones realizadas en las últimas décadas en el ámbito del Bajo Segura y del Bajo Vinalopó revelan que el abandono de ciertos asentamientos campaniformes localizados en las inmediaciones de otros argáricos parece relacionarse con un cambio claro en el objetivo de control visual del territorio. Todo indica que los orígenes de muchos de estos emplazamientos estarían directamente involucrados en el desmantelamiento de asentamientos campaniformes, como cabría deducir de su inmediata proximidad geográfica. En ese sentido, en el territorio de la Vega Baja del Segura y Bajo Vinalopó se puede inferir que el abandono de asentamientos campaniformes como Espeñetas, Bancalico de Los Moros y Les Moreres (González y Ruiz, 1992; Ruiz, 1990), y la fundación de los enclaves de San Antón y Pic de les Moreres, se halla conectado más directamente de lo que la mera presencia de fragmentos cerámicos con decoración campaniforme en estos tres asentamientos argáricos ha permitido apuntar, y que tal conexión tuvo sobre todo que ver con la propia constitución del espacio social argárico en la zona y el replanteamiento de la organización territorial del nuevo espacio (López Padilla, 2009). Incluso de algunos de los más destacados asentamientos argáricos como Laderas del Castillo, ya conocemos que su fundación arranca al menos de momentos campaniformes con continuidad ocupacional hasta la configuración de lo argárico.



Partiendo de esta deducción, cobra sentido el transvase poblacional que la clausura y nueva fundación de unos y otros pone de manifiesto, y que debió acontecer en un momento cronológico todavía impreciso, pero que cabría fijar en una fecha próxima al 2200 cal BC, tal y como otros autores vienen señalando para la transición del grupo millarense y argárico (Lull *et al.*, 2010). La diferencia esencial que ofrecen los emplazamientos escogidos para unos y otros residió fundamentalmente en las posibilidades de interconexión visual que, a nuestro entender, permitían en uno y otro caso: encajonado en el Barranc de la Rambla, el poblado de Les Moreres se sitúa sobre un paso geográfico destacado, pero sin conexión visual alguna ni con la cuenca del Vinalopó ni, especialmente, con el Camp d'Elx y Vega Baja del Segura; a su vez, y a pesar de su notable altura, desde el emplazamiento del Bancalico de los Moros no es posible visualizar ningún espacio situado a oriente de la sierra de Callosa de Segura, y en especial el Bajo Vinalopó; y desde Espeñetas, que con diferencia constituyó uno de los asentamientos campaniformes más importantes de la zona, la visibilidad se estrecha de tal modo que la sierra de Orihuela, al norte, y el cerro de San Miguel, al este, solo permiten una conexión visual directa hacia el sur y el oeste, es decir, remontando el cauce del Segura hasta divisar la estilizada figura de un peñón que se recorta claramente reconocible en el horizonte: el asentamiento de Monteagudo. Por su parte, el poblado de San Antón pasa a ocupar las vertientes meridionales y septentrionales de un promontorio manifiestamente emplazado en el extremo oriental de la sierra de Orihuela, variando completamente la perspectiva visual que ofrecía Espeñetas.

En cambio, con respecto a Les Moreres, y manteniendo una posición estratégica sobre el mismo Barranc de la Rambla, el enclave de Pic de les Moreres se sitúa sobre un punto elevado de la vertiente meridional de la sierra de Crevillente, desde el que se divisa perfectamente no solo el Bajo Vinalopó, el Hondo de Elche y el tramo final del Segura, sino especialmente la sierra de Callosa, la sierra de Orihuela y un buen número de los emplazamientos argáricos diseminados por toda esta área.

Por ahora, los únicos asentamientos del Bajo Segura y Bajo Vinalopó (fig. 4.37) que pueden aportar información fundamental para el estudio de la conformación de lo que reconocemos como El Argar son Les Moreres-Pic de les Moreres (Crevillente), Tabayá (Aspe) y Laderas del Castillo (Callosa de Segura).

En el primero de ellos, con una extensión aproximada de 0,5 ha, se documentaron distintas fases de ocupación con superposición de cabañas de planta circular levantadas sobre zócalo de mampostería y paredes y techos de barro (González y Ruiz, 1991/92), incluso algunas sin zócalos de mampostería, perimetradas por una muralla. En todas ellas se determinó la presencia de cerámicas campaniformes, aunque en número reducido, contando con varias dataciones absolutas que vienen a situar sus distintas ocupaciones entre el 2400 y 2200 cal BC.

Justo enfrente de Les Moreres, se localiza el Pic de les Moreres, que fue excavado en 1982 por A. González Prats (1983; 1986a; 1986b), siendo considerado como el

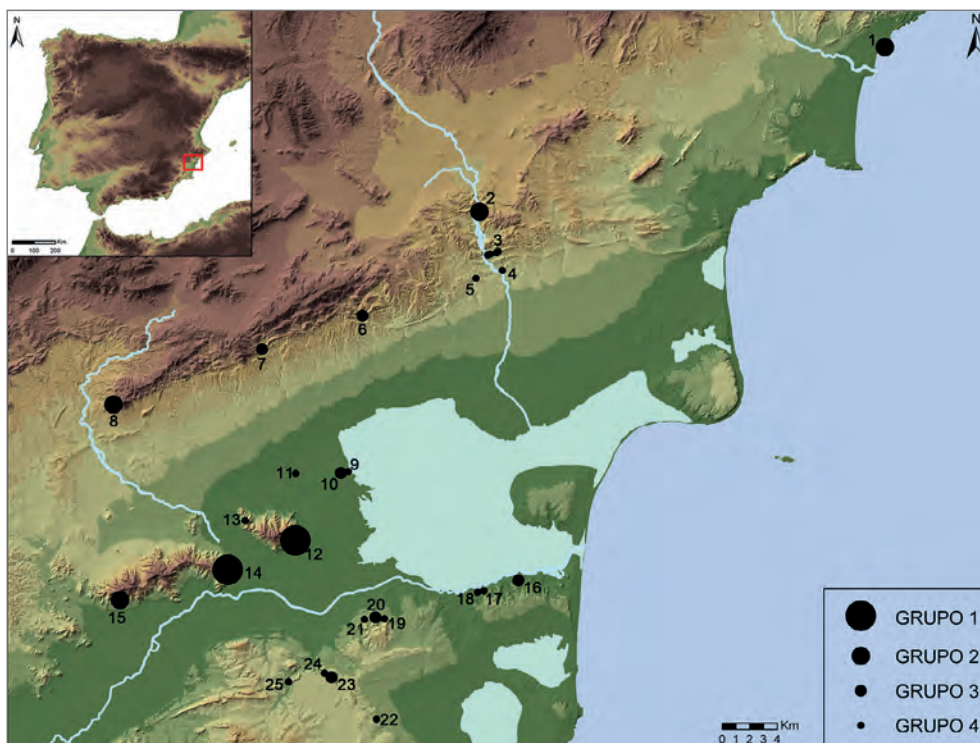


Figura 4.37. Distribución de los yacimientos argáricos agrupados a partir de su extensión superficial. Grupo 1. Asentamientos superiores a 1,5 ha; 2. Asentamientos entre 0,5 y 1 ha; 3. Asentamientos entre 0,2 y 1 ha; 4. Asentamientos inferiores a 0,2. Relación de yacimientos: 1-Illeta dels Banyets; 2-Tabayá; 3-Conjunto de la Serra del Búho, de oeste a este Serra del Búho I, Puntal del Búho, Serra del Búho III, Serra del Búho IV; 4-Caramoro I; 5-Barranco de los Arcos; 6-Pic de les Moreres; 7-Cabezo de Hurchillo; 8-El Morterico; 9-Cabezo del Molino; 10-Cabezo Pardo; 11-Cabezo del Pallarés; 12-Laderas del Castillo; 13-Grieta de los Palmitos; 14-San Antón; 15-La Mina; 16-Cabezo Soler; 17-Monte Calvario; 18-Cabezo del Muladar; 19-Cabezo de las Yeseras; 20-Cabezo del Mojón; 21-Cabezo del Rosario; 22-Cabezo de la Mina; 23-Cuestas del Pelegrín; 24-Cabezo del Moro; 25-Arroyo Grande.

Sector XIII del conjunto arqueológico de la sierra de Crevillente (González Prats, 1986a: 145). Aunque su excavador diferenció dos zonas, la excavación principal se centró en el subsector B, ya que la otra se encontraba muy afectada por los procesos postdeposicionales. La secuencia en el subsector B se inició con la presencia de dos pavimentos de arcilla que no se encontraban asociados a ninguna estructura constructiva y donde se documentaron varios molinos *in situ*. La siguiente fase proporcionó los restos de una estancia de planta cuadrangular o rectangular, con unas dimensiones aproximadas de 5 x 2,20 m (González Prats, 1986a: 159), con un hogar o vasar en su ángulo norte y varios molinos depositados sobre el pavimento, además de restos cerámicos, un diente de hoz y un punzón óseo. La fase más reciente se caracterizaba por la presencia de dos estancias de planta rectangular separadas por una calle con una anchura de 1 m. La construcción mejor conservada presentaba unas medidas máximas de 8 x 5,80 m, y en ella se documentó un vasar con los restos

de varios recipientes cerámicos. Vinculadas a esta fase también se excavaron dos espacios definidos por dos muros dispuestos de forma perpendicular. En las unidades habitacionales de esta fase se documentó un amplio repertorio de materiales compuesto por un importante número de vasijas cerámicas, molinos, dientes de hoz, hachas y otros objetos, cuya tipología lo sitúa cronológicamente hacia los momentos iniciales del desarrollo de la secuencia argárica.

Por su parte, Tabayá es un asentamiento de unas 0,6 ha, expoliado repetidas veces y excavado entre 1987 y 1991 (Hernández Pérez, 2009). La posibilidad de obtener una secuencia completa en alguno de los cortes estratigráficos practicados –cortes 8 y 11– ha permitido determinar la existencia un nivel inicial de ocupación caracterizado por la presencia de espacios domésticos con instrumentos de molienda, hoces, pesas de telar oblongas de 4 perforaciones y algunas formas cerámicas argáricas junto a algunos fragmentos decorados con series de motivos triangulares realizados con puntillado, para los que se dispone de dataciones absolutas sobre fauna del momento de abandono que viene a situarlo cronológicamente *ca.* 2100 cal BC (fig. 4.38) (Hernández *et al.*, 2019).

Las últimas excavaciones realizadas en Laderas del Castillo han permitido comprobar que antes de 2150 cal BC gran parte de la ladera oriental del asentamiento se encontraba completamente aterrazada y ocupada con viviendas, lo que permite inferir una concentración de población relevante en fechas muy tempranas. El edificio más completo es el C (fig. 4.39), que ofrece una planta de forma alargada, con tendencia oval, conformada por muros compuestos por una sola hilada de piedras sobre la que se levantaron paredes de barro construidas con la técnica del bahareque –un entramado vertical de cañizo y/o ramas cubierto por pellas de barro amasado–. Las dimensiones de este edificio debieron superar los 8-9 m de largo y alcanzar al menos los 3,5-4 m de anchura. El edificio G, ubicado un poco más al sur, apunta a una superficie parecida, si bien la parte conservada es menor. Ambas construcciones presentan, como rasgo peculiar, una alineación de calzados para postes verticales que siguen el perímetro exterior de las paredes. Por lo que se deduce de su localización en la ladera del cerro, la distribución de estas estructuras era dispersa, sin seguir un trazado de calles, ni tampoco adosarse unas a otras. Tanto en este rasgo como en las dimensiones y, sobre todo, en la planta y técnicas constructivas empleadas, estas viviendas de Laderas del Castillo parecen seguir el modelo documentado en los momentos iniciales de ocupación de otros yacimientos argáricos, como La Bastida (Totana, Murcia) o Gatas (Turre, Almería) (Lull *et al.*, 2014).

Algo similar parece ocurrir en el asentamiento argárico localizado bajo el suelo urbano de Lorca, en donde las muestras de semillas y de carbones datadas en las excavaciones del Convento de las Madres Mercedarias, y en las calles Cava, 35 y Rubira, 12, ubican en torno *ca.* 2200-2100 cal BC los niveles subyacentes a las primeras ocupaciones reconocidas como argáricas, si bien la datación de niveles supuestamente contemporáneos en el vecino solar de la calle Cava, 16, proporciona

4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas

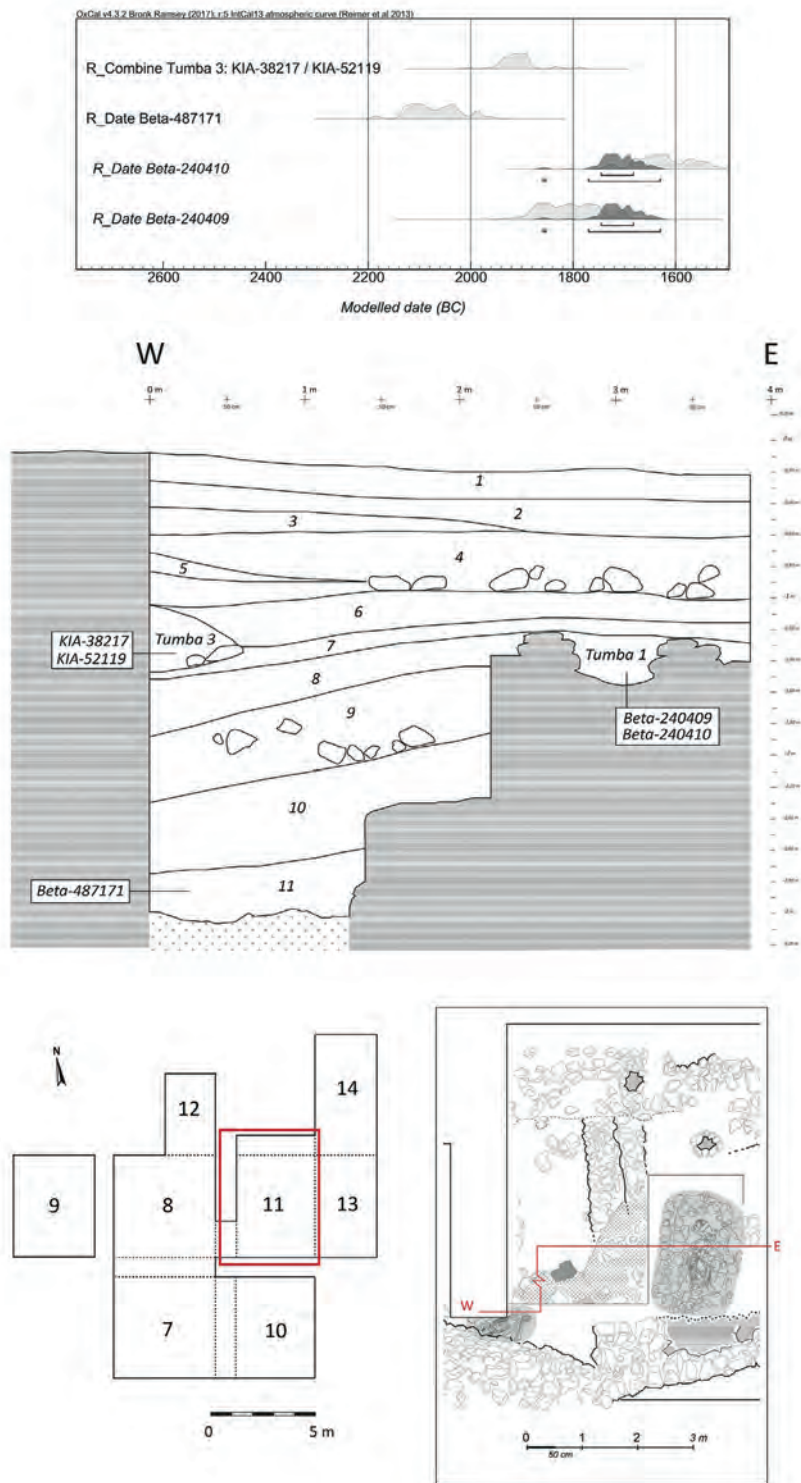


Figura 4.38. Secuencia estratigráfica del corte 11 de Tabayá (Aspe).



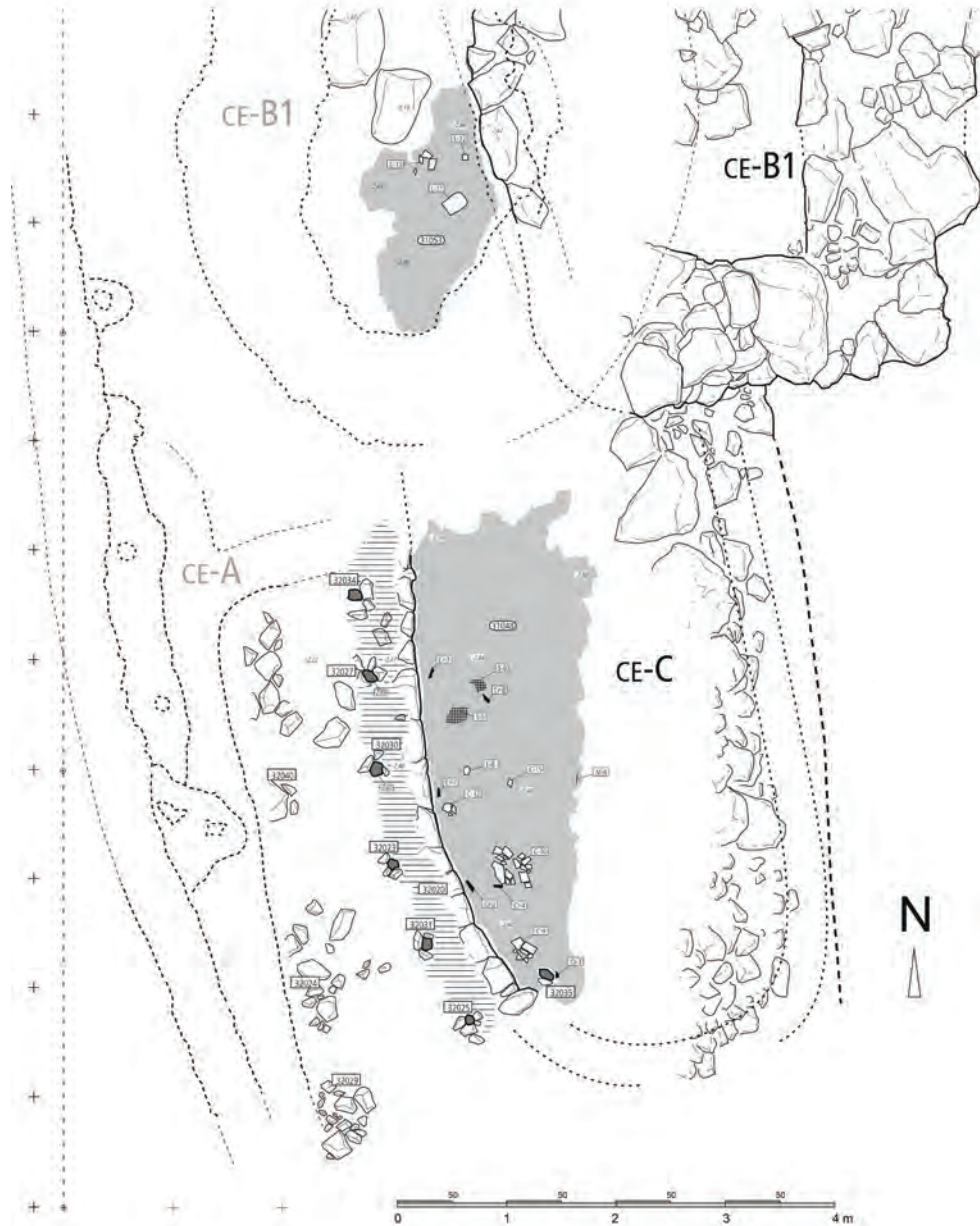


Figura 4.39. Detalle de la casa CE-A abandonada como consecuencia de un incendio en Laderas del Castillo (Callosa de Segura) con la distribución espacial de los restos materiales aparecidos.

una fecha de *ca.* 2050 BC, más o menos sincrónica a la de los restos humanos datados del primer inhumado en la tumba 2 de la calle de Los Tintes –*ca.* 2080 BC–. Por consiguiente, los estratos en los que se verifica la transición entre los últimos niveles con cerámicas campaniformes y las primeras manifestaciones reconocidas como argáricas en Lorca se encuadran entre aproximadamente 2200 BC –en donde

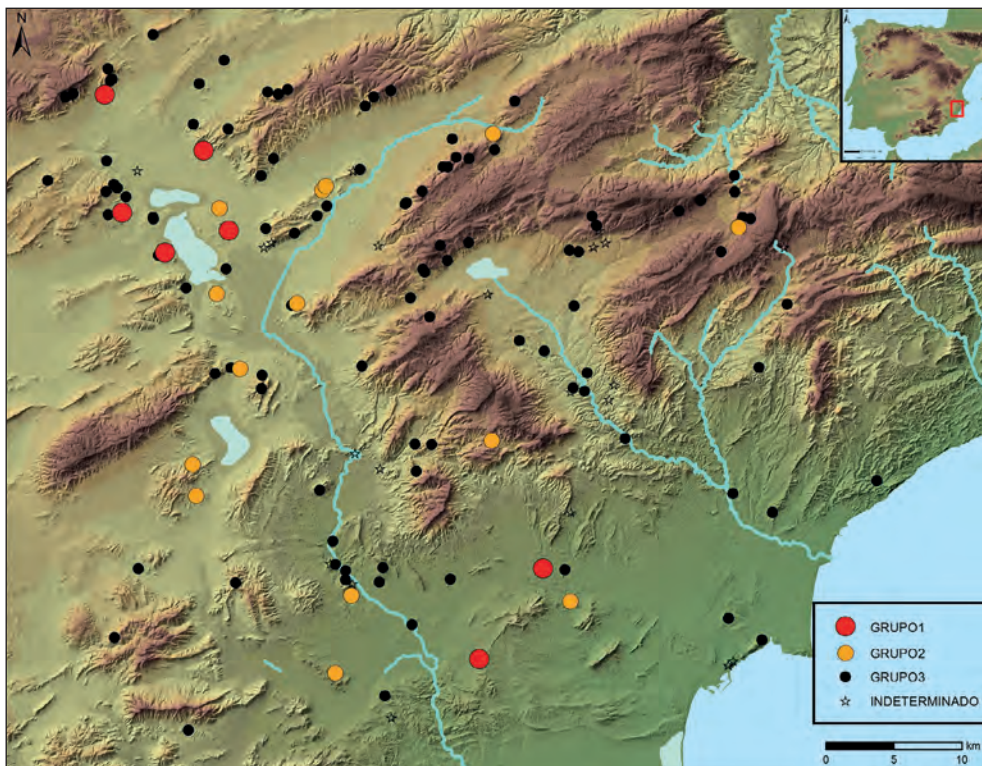


Figura 4.40. Distribución agrupada de los asentamientos meridionales del Bronce Valenciano. Grupo 1. Asentamientos de mayor tamaño, entre 0,3 y 1 ha; 2. Asentamientos intermedios entre 0,1 y 0,3 ha; 3. Núcleos inferiores a 0,1 ha.

cabe fijar la destrucción de las unidades habitacionales detectadas con registro campaniforme– y 2080 BC –fecha del primer inhumado argárico–. Del mismo modo, las dataciones de la primera fase de La Bastida de Totana (Lull *et al.*, 2014; 2015) se sitúan en estos momentos.

En cambio, en el amplio territorio que se extiende al norte de la frontera argárica, ya dentro de la tradicionalmente conocida como área del “Bronce Valenciano”, el traslado de la población a emplazamientos en altura no respondió a un esquema similar. Aquí, el patrón observado en todas las cuencas tiende a mostrar una equidistancia entre una serie de asentamientos de modestas dimensiones –apenas 0,4-0,2 ha– que se distribuyen de manera uniforme por el territorio (Jover y López, 2004). En su entorno se localizan otros emplazamientos aún más pequeños que no siempre poseen las mismas secuencias de ocupación (fig. 4.40) (Jover *et al.*, 2018).

En función de las dataciones de Terlinques, pero también de otras, como una de las obtenidas en el Cerro de la Escoba (Cabezas, 2015), podemos inferir que en torno a 2200-2100 cal BC se produciría el desmantelamiento de buena parte de los asentamientos campaniformes en llano y el abandono o restructuración de los emplazados en altura –Mola d’Agres (Peña *et al.*, 2014), Peñón de la Zorra (García

Atiénzar, 2016)–, además de la fundación de una serie de enclaves, ocupando cerros situados en las zonas con más recursos bióticos, como el entorno de la laguna de Villena. Estos nuevos asentamientos constituirían los núcleos a partir de los cuales se estructuraría el poblamiento del valle del Vinalopó y de zonas más septentrionales y orientales del Prebético meridional valenciano, e incluso de otros valles más alejados.

Los poblados de este momento estarían integrados por unidades habitacionales de gran tamaño, semejantes a la UH 1 de Terlinques, en donde bajo el mismo techo se da una división espacial de las áreas de actividad: almacenamiento de alimentos, textiles, carne en seco, metal, productos para la combustión; elaboración de instrumentos sobre soportes duros como asta de ciervo o madera; molturación de cereal; área de consumo, etc., como expresión de una comunidad autosuficiente –probablemente un grupo familiar extenso– que almacena, procesa y consume la producción generada por su trabajo en el campo y el pastoreo de ganado, y que a través del intercambio o por medio de relaciones de reciprocidad diferida obtendrían metal y otros materiales foráneos (Jover y López, 2016).

Carecemos de datos concernientes a unidades domésticas de similar cronología en el valle del Vinalopó que permitan aumentar el apoyo empírico a esta proposición, y otros yacimientos excavados en zonas próximas, que cuentan con dataciones radiocarbónicas comparables, como Mas del Corral, ni han sido publicados aún en extenso ni la superficie excavada permite, en principio, evaluar tal extremo. Afortunadamente, sí contamos con la publicación de los trabajos llevados a cabo en el yacimiento de la Lloma de Betxí (de Pedro, 1998) (fig. 4.41). Integradas en una horquilla cronológica similar a la UH 1 de Terlinques –fase I–, las excavaciones de la Lloma de Betxí revelaron dos amplias habitaciones, comunicadas entre sí por un vano, en cuyo interior se documentaron áreas de actividad y consumo muy semejantes en su configuración, a la UH 1 de Terlinques, ilustrando una organización doméstica significativamente similar.

Sin duda, otro tanto podría afirmarse a partir de la información proporcionada por asentamientos situados ya en la zona oriental de la Meseta, como es el caso de El Acequión (Balsera *et al.*, 2016). El único espacio de carácter doméstico publicado hasta ahora de este asentamiento, muestra que, en las fechas señaladas, se asiste a la ocupación de una amplia franja del anillo murario exterior en donde aparecen distribuidos diversos espacios destinados al procesado y consumo de alimentos, así como varias áreas de almacenamiento, alguna posiblemente construida en varias alturas con madera y barro y fijada al suelo mediante postes, lo que a nuestro juicio indujo a sus excavadores a interpretarla como restos de una cabaña circular. En esta área se localizó un gran número de vasijas de cerámica, algunas de ellas conteniendo piezas líticas recién elaboradas y lascas preparadas para ser retocadas, así como una gran diversidad de productos, como hachas planas de metal, pesas de telar de cuatro perforaciones, polvo de ocre y marfil, entre otras (Fernández-Miranda *et al.*, 1990).



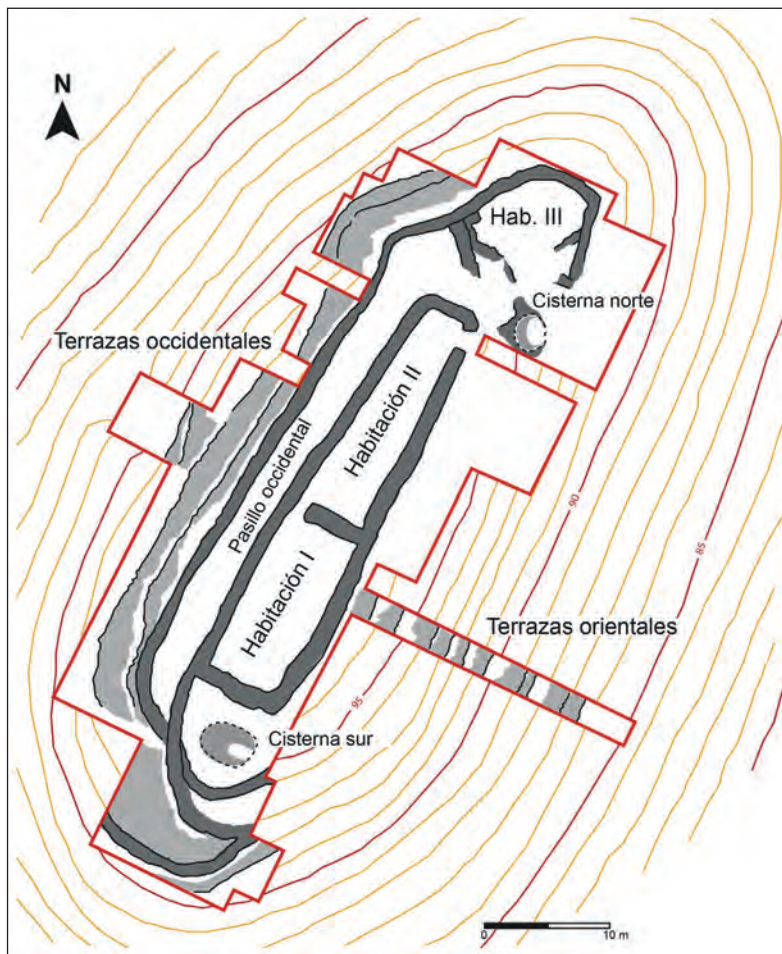


Figura 4.41. Planimetría de la Lloma de Betxí (Paterna).

Es posible suponer, pues, que se trate de uno de los tipos más característicos de unidades habitacionales en esta primera fase, si bien es cierto que contemporáneamente parecen también darse otros modelos de organización arquitectónica de los espacios domésticos, como podrían indicar los zócalos de mampostería, de planta circular, localizados también en El Acequión o el caso del Alto Mijares, en donde aparentemente hallamos viviendas de muy reducidas dimensiones –en torno a 25 m<sup>2</sup>–, con paredes de barro y postes, muy mal conservadas o incluso desaparecidas, que emplean como pared maestra un gran muro longitudinal de casi 2 m de espesor y algo más de 15 m de longitud, sobre el que también se apoyan una serie de estructuras de barro para el almacenamiento del cereal (Picazo, 1993).

El crecimiento demográfico en el seno de estos núcleos, estimulado, entre otros factores, por la necesidad de consolidar un nuevo proyecto económico y político basado en la explotación de tierras con menores rendimientos agrícolas, generaría,



pasado un tiempo, contradicciones cuya superación se alcanzaría, en condiciones de mantenimiento del mismo grado de desarrollo de las fuerzas productivas, mediante un nuevo proceso de fisión grupal. Los grupos escindidos se asentarían en nuevos enclaves, reproduciendo una organización productiva y social idéntica a la de la unidad de asentamiento de origen, con la que seguiría manteniendo lazos de filiación y de reciprocidad. Las tierras asignadas a cada grupo doméstico serían repartidas de forma equitativa en propiedad, a condición de que no se solapasen con las de otros grupos ya establecidos previamente en el territorio.

La apropiación de estos nuevos enclaves se expresaría en el registro, además, en la inhumación de algunos individuos en el interior del área del asentamiento, fundamentalmente en las terrazas exteriores de los mismos (de Pedro, 2010). Enterramientos de este tipo, practicados en fosas y por lo general únicos y aislados, se han documentado en la Lloma de Betxí (fig. 4.42), El Acequión, Castillo de Frías y Muntanya Assolada, y la mayoría muy probablemente se llevaron a cabo en fechas cercanas a su fundación. Al menos es lo que cabe inferir a partir de las dataciones que han proporcionado algunos de ellos (de Pedro, 2010).

De este modo tomaría cuerpo el patrón de distribución uniforme de los asentamientos que se advierte con claridad en los casos mejor estudiados, como el valle del Vinalopó y los valles del Alfambra-Turia y Alto Mijares, vinculado a la consecución de una garantía de mantenimiento y funcionamiento de la agrupación social



Figura 4.42. Inhumación en la terraza exterior septentrional de la Lloma de Betxí (Paterna). Fotografía: M<sup>a</sup>. J. de Pedro Michó.

integrada por varios grupos de filiación bajo relaciones sociales de carácter igualitario, que impidiesen la concentración de los medios de producción –la tierra, especialmente– y preservasen la plena autosuficiencia productiva de cada grupo doméstico, al tiempo que se acrecentaba la consolidación territorial y se alcanzaba un mayor grado de cohesión grupal.

En ese contexto se explica el patrón de ocupación observado en la mayoría de las cuencas, que en el caso del Vinalopó indica que los asentamientos de mayor superficie ocupada, aproximadamente equidistantes unos de otros y presuntamente contemporáneos de Terlinques, ofrecen unas similares características en cuanto a la altura media sobre el fondo del valle, accesibilidad, condiciones de defensa y distancia con respecto a los terrenos más aptos para el cultivo (Jover y López, 1999), lo que constituye exactamente la misma tónica observada en los valles del Alfambra-Turia y Alto Mijares (Burillo y Picazo, 2001: 105) en estos mismos momentos. El patrón que se dibuja en La Mancha parece ofrecer, en cambio, un panorama dominado por la dualidad que implica la presencia a un tiempo de reductos fortificados con murallas, donde parece concentrarse y controlarse buena parte de la producción de los grupos de filiación, por una parte, y agrupaciones de unidades domésticas emplazadas en sus inmediaciones, pero al exterior de los mismos, por otra, modelo que se documenta en El Acequión y en la fase más antigua de la Morra del Quintanar.

En este proceso de ocupación del territorio, culminado durante esta primera etapa, tampoco parece buscarse específicamente el control de las vías de comunicación. Al menos en la cubeta de Villena en ningún caso parece poder señalarse con claridad esta vinculación, como sí ocurría con la mayoría de los enclaves en altura campaniformes del Prebético Meridional valenciano en la fase anterior. Los escasos productos alóctonos documentados en los asentamientos excavados debieron obtenerse a través de procesos de intercambio, ya fuera por distribución intragrupal o intergrupal, en relación con el mantenimiento o potenciación de alianzas, celebraciones, matrimonios y reciprocidad diferida (Meillassoux, 1981). La importancia de este tipo de relaciones entre los distintos grupos de filiación puede también valorarse, al menos en el caso del Vinalopó, en el hecho de que la mayoría de los enclaves no guardan entre sí una distancia superior a los 5 o 7 km en línea recta, o lo que es lo mismo, la que aproximadamente puede cubrirse en dos horas de camino con un buey cargado (Chapman, 1991).

### **Entre ca. 1950 cal BC- 1750 cal BC**

A partir de la segunda mitad del siglo XX cal BC se infiere del registro arqueológico una serie de cambios, perceptibles tanto en el ámbito argárico (Lull *et al.*, 2011) como en su periferia oriental y septentrional (Jover y López, 2009). En el primero, estas transformaciones se concretan, a escala territorial, por un lado, en la culminación de la etapa expansiva que implicó la incorporación del espacio más

occidental del Argar, la Vega de Granada y la campiña jienense –alcanzando así, probablemente, los límites máximos de la expansión en el marco de los parámetros determinados por la propia estructura de las relaciones sociales de producción argáricas–; y por otro, en la aparición y multiplicación, por todo el Campo de Lorca y la cuenca del Guadalentín, de una serie de enclaves emplazados en llano, cercanos a cursos fluviales, caracterizados por la dispersión de las unidades habitacionales que los integran, como Los Cipreses o Rincón de Almendricos (Ayala, 1991). Paralelamente, en los asentamientos en altura mejor conocidos, como Gatas y, sobre todo, Fuente Álamo, se producen otros cambios no menos relevantes en cuanto a la organización urbanística, que en este último yacimiento implicaron la construcción del edificio turriforme H, que junto con el edificio P, pasaron a articular en torno suyo prácticamente todas las actividades productivas y de almacenamiento de la cima del poblado (Risch, 2002; Schubart *et al.*, 2000).

En lo que concierne al grupo argárico, por tanto, se trataría de una fase claramente expansiva en todos los órdenes, pues a la incorporación de nuevos territorios occidentales en los que estaban disponibles tanto vetas metalíferas como tierras de alto aprovechamiento agrícola, en el área nuclear lorquina, en el centro del territorio argárico constituido durante las etapas anteriores, se asistiría a un proceso de intensificación en el aprovechamiento agropecuuario mediante la fundación de enclaves al pie mismo de las áreas de cultivo, consecuencia de las óptimas condiciones que para ello ofrecía la nueva situación geopolítica generada durante dicha expansión.

En el caso concreto de las tierras septentrionales argáricas del tramo final de los ríos Segura y Vinalopó, asistimos a la fundación de un buen número de nuevos asentamientos en estribaciones montañosas y cerros aislados, en especial, de núcleos de menores dimensiones que ocupan tanto zonas de paso o de comunicaciones entre valles, como de tierras fértiles con amplias posibilidades de usos agropecuuarios (Jover *et al.*, 2020). Dos casos bien documentados en los últimos años son Cabezo Pardo (López Padilla, 2014) y Caramoro I (Jover *et al.*, 2019). Las excavaciones emprendidas en 2006 en el primero de ellos pusieron de manifiesto que se trataba de un asentamiento de carácter agrícola de un tamaño inferior a las 0,3 ha, ocupado entre *ca.* 1950 y 1550 cal BC, en el que se produjeron diversas remodelaciones en su trama urbanística y organización interna.

La vivienda mejor conservada de la ocupación fundacional de Cabezo Pardo –edificio A– presenta paredes con un zócalo de mampostería y alzados de barro, y unas dimensiones equiparables a las de los edificios C y G de Laderas del Castillo (López Padilla, 2014). En este caso, se pudo documentar también un poste central para sustentación de la techumbre y un probable vano de entrada en una de las esquinas, al igual que sucede en el edificio J de Fuente Álamo (Schubart *et al.*, 2000: 72), fechado en un horizonte cronológico similar, en torno al 1950 cal BC.

En los asentamientos mayores, como Laderas del Castillo, el modelo de vivienda también se transforma en estos momentos, agrandando sus dimensiones y

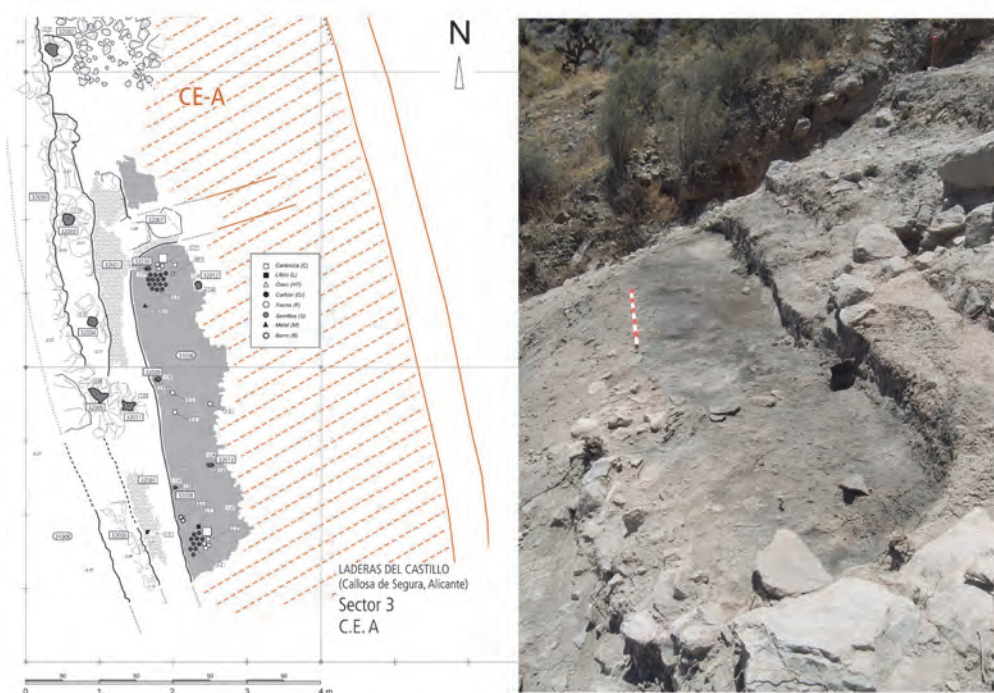


Figura 4.43. Planta (izquierda) y vista desde el norte (derecha) de la vivienda CE-A de Laderas del Castillo (Callosa de Segura).

compartimentando su interior, separándolo en espacios funcionalmente distintos. La construcción mejor documentada hasta ahora en este yacimiento es el edificio A, de más de 10 m de longitud y alrededor de 5 m de anchura aproximados (fig. 4.43). Estas construcciones aparecen ya levantadas sobre las terrazas, adosándose unas a otras de forma escalonada, anticipando el modelo de las grandes viviendas argáricas que observamos a partir de 1900 cal BC en yacimientos como La Bastida (Lull *et al.*, 2014a; 2015a), pero también en Tabayá (Hernández *et al.*, 2019).

Hacia 1950 cal BC, junto a este modelo de asentamientos con grandes espacios cubiertos, encontramos también otro tipo de enclaves, considerablemente más pequeños y claramente fortificados, que se caracterizan por el agrupamiento de los espacios de hábitat en torno a ciertos edificios más grandes en los que se concentran las actividades y las áreas de almacenamiento de productos e instrumentos de trabajo. El mejor ejemplo sería Caramoro I, donde el espacio principal –edificio A– no solo alberga un amplio y diverso catálogo de áreas de actividad, sino que además constituye el área de ingreso al poblado, comunicándose con el resto de viviendas a partir de un patio distribuidor al que se accede por una puerta ubicada al fondo de la estancia (fig. 4.44) (González y Ruiz, 1995; Jover *et al.*, 2019). Otra versión de este modelo es el que se documenta en el área más oriental de La Mancha, en el Cerro de El Cuchillo (Almansa) (Hernández *et al.*, 1994), donde las últimas dataciones



radiocarbónicas obtenidas están marcando un horizonte cronológico en torno al 2000 BC para su fundación.

Por su parte, hacia estas mismas fechas también se empiezan a observar en los grupos arqueológicos periféricos a El Argar cambios fundamentales en el registro arqueológico que permiten plantear ciertas transformaciones en la organización socioeconómica precedente, materializadas de manera muy clara en la imposición de un nuevo modelo organizativo.

Estos cambios se concretan fundamentalmente en la fundación de nuevos enclaves como Cerro de El Rocín, Barranco Tuerto (fig. 4.45) o la cresta occidental del Cabezo del Polovar (fig. 4.46), ocupando exclusivamente la cima mediante la construcción de consistentes aterrazamientos; reestructuraciones en otros asentamientos aprovechando las estructuras previas, como en el caso del Peñón de la Zorra; también se constata la destrucción de las viviendas fundadas en la fase anterior –UH 1 de Terlinques; habitaciones I y II de la Lloma de Betxí– y en algunos casos, como sucede en La Mancha Oriental, en el abandono total –El Acequión– o parcial –Morra del Quintanar– de los asentamientos, mientras que en las cuencas del Alfambra y del Mijares, el abandono de unos poblados tras destrucciones violentas –Las Costeras– viene a coincidir con la fundación de otros nuevos –Hoya Quemada–.



Figura 4.44. Vista del espacio B de Caramoro I (Elche), desde la estancia A.

4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas



Figura 4.45. Proceso de excavación de la estancia 1 de Barranco Tuerto (Villena) en 1995.



Figura 4.46. Proceso de excavación de la cresta central del Cabezo del Polovar (Villena) en 2012.

En función de los datos que ofrece el registro del Medio y Alto Vinalopó, que constituye uno de los ámbitos con los que contamos con una información más directa, puede proponerse que el modelo precedente de expansión pudo

reproducirse hasta el momento en que todas las tierras de óptimo agrícola de las distintas cubetas del valle estuvieron ocupadas. A partir de ese momento se haría ya imposible una mayor división del territorio grupal en el marco de un mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, el estímulo para la expansión demográfica en el seno de las unidades domésticas ya asentadas se mantendría constante: en primer lugar, como consecuencia de su competencia por el liderazgo grupal, lo que en atención a ejemplos etnográficos sabemos que suele estar íntimamente relacionado con las capacidades productivas y la aportación de cada una de ellas a la esfera de las relaciones de reciprocidad intragrupal (Meillasoux, 1981; Terray, 1971). Y, en segundo lugar, por las condiciones de desigualdad existentes en el marco de las relaciones intersociales impuestas en la formación social, implícitas en las propias contradicciones generadas en su dinámica expansiva, las cuales continuaron jugando un papel esencial en la estimulación y catalización de cambios en la organización social de las sociedades concretas involucradas. A partir de entonces, los distintos núcleos ya establecidos en las tierras de la amplia franja periférica septentrional argárica se verían abocados, o bien a plantear un conflicto con los linajes asentados en los territorios vecinos por el dominio de sus tierras de cultivo óptimo; o bien a asumir y sostener en sus propios territorios el aumento poblacional necesario para continuar incrementando el volumen de producción, único modo posible –en unas condiciones de mantenimiento del mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas– de garantizar la reproducción social y asegurar la disposición del excedente exigido en el marco de las relaciones de explotación impuestas por el grupo argárico. Creemos que, muy probablemente, las destrucciones que clausuran la fase precedente, como la de la UH 1 de Terlinques, estarían estrechamente relacionadas con este contexto de transformaciones que no es lógico suponer se produjera sin tensiones intra e intergrupales, y que, como veremos, acabaría reorientando en gran medida la tendencia a la fisión de la comunidad.

Con todo, el desarrollo de las fuerzas productivas que se empieza a generar en los grupos de la periferia septentrional argárica dentro de esta nueva dinámica es inferible a partir de diversos indicadores, aunque los más evidentes, por el momento, son los que se desprenden del análisis de los patrones de ocupación del territorio:

- a) con la presencia de nuevos asentamientos que, extendiéndose desde las unidades principales, constituirían grupos familiares más pequeños, pero dentro del territorio de producción propio de cada unidad de asentamiento nuclear. En el Vinalopó se observa esta circunstancia en la repetitiva asociación de asentamientos de tamaño más reducido en las proximidades de los núcleos de mayor tamaño, de la que es posible enumerar muchos ejemplos –Cabezos de Valera 1 y 2; Cerro de la Virgen 1 y 2; Cabezos de Penalva 1 y 2, Terlinques, Polovar y Peñón de los Mosquitos (fig. 4.47), Peñón de la Zorra y Pedruscales, etc.–. Se trata del mismo patrón observado en el corredor de





Figura 4.47. Vista del Peñón de los Mosquitos (Villena) con el Cabezo del Polovar a la izquierda y Terlinques a la derecha.

Almansa por M. S. Hernández y J. L. Simón (1994: 207), constatado igualmente en el resto del área oriental manchega (Gilman *et al.*, 2002).

- b) en la habilitación de mecanismos más exigentes para el control del espacio productivo grupal, consecuencia de la intensificación en la explotación de los recursos y el aumento de la presión demográfica, con el que ha de ponerse en relación la creación de enclaves con una clara función logística, tales como Barranco Tuerto, Puntal del Ginebre, Peñón de la Moneda o Sierra del Collado (Jover y López, 2005). Esta mayor especialización de una parte de los asentamientos pertenecientes a esta fase también se observa en otro de los ámbitos más intensamente estudiados: las cuencas de Alfambra y del Alto Mijares, en donde algunos enclaves comienzan a potenciar claramente las características defensivas y de control visual del territorio, seleccionando ubicaciones en áreas montañosas muy alejadas de los recursos agrícolas del valle (Burillo y Picazo, 2001: 105).

El registro disponible apenas ofrece en la actualidad datos que permitan corroborar la intuida sincronía que parecen presentar ambos procesos, pues apenas contamos con dataciones y estratigrafías bien documentadas en asentamientos de estos dos tipos. En el caso del Alto Vinalopó, la excavación de Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) sitúa la fundación del poblado en esta fase, lo que permitiría proponer que, al menos en esta zona, la aparición de enclaves en los que se potencia la



capacidad de control visual directo sobre los corredores y pasos más allá del propio territorio inmediato de captación se produce efectivamente en estos momentos. Por ahora, consideramos que las limitadas bases cronológicas que apunta Barranco Tuerto podrían ser en general extrapolables tanto a los pequeños poblados instalados en alturas destacadas, alejados del fondo del valle, como al resto de asentamientos menores y establecimientos complementarios localizados en algunos puntos en torno a los grandes núcleos fundados en la fase anterior. Un ejemplo lo constituye el núcleo occidental del Cabezo del Polovar (Jover *et al.*, 2016), considerado por sus características como un cobertizo, o el cerro de los Purgaticos (fig. 4.48) (Jover *et al.*, 2017), cuya hipótesis de funcionalidad probable lo acerca a un abrigo-refugio.

Todo ello acontecería, no de forma azarosa, con el inicio del aumento de tamaño de determinados enclaves en cada cuenca hidrográfica, los cuales pasarán a consolidar definitivamente, en la fase siguiente, un papel preponderante resultado de la asunción de funciones específicas como centros redistribuidores a escala regional. A pesar de que para algunos autores, como A. Gilman, M. D. Fernández-Posse y C. Martín (2002), la escasa entidad de las diferencias de tamaño constatadas entre los asentamientos de la periferia argárica no puedan considerarse suficientemente expresivas de la existencia de un determinado nivel de jerarquización poblacional –que no necesariamente social–, las diferencias existen, y su relevancia cobra más



Figura 4.48. Vista frontal del Cerro de los Purgaticos (La Canyada) durante su proceso de excavación en 2017.

sentido cuando se observa que, además de ser los de mayor tamaño, tales asentamientos se ubican casi invariablemente en posiciones de centralidad con respecto a las cuencas y valles respectivos o en puntos neurálgicos para la comunicación interregional. De hecho, la funcionalidad logística y estratégica propuesta para los asentamientos encumbrados con alta visibilidad como Barranco Tuerto, cobra sentido y muestra no solo su complementariedad con respecto a los de mayor tamaño, sino fundamentalmente que su fundación fue dirigida y controlada por estos.

Analizando desde esta perspectiva la información disponible para diversos ámbitos del territorio periférico argárico, podemos comprobar que esta posición de centralidad se manifiesta claramente en numerosos casos como, por ejemplo, en la Vall d'Albaida, en donde el asentamiento del Cabezo del Navarro, cercano a las 0,4 ha de extensión (Ribera y Pascual Benito, 1994: 24) se sitúa precisamente en la cabecera del río, sobre el punto en el que se produce el tránsito entre el valle de Los Alhorines, al oeste, y la cuenca del Clariano, al este. En otras zonas donde las investigaciones no han profundizado tanto en el análisis del territorio, como por ejemplo en el valle del Turia, parecen sin embargo darse las mismas características, pues el emplazamiento más grande de la cuenca, el Tossal de Sant Miquel, ocupa también una posición marcadamente central con respecto a la misma (de Pedro, 1998: 262).

Idéntica situación se repite en los valles del Alfambra y del Alto Mijares, analizados de forma exhaustiva por F. Burillo y J. V. Picazo (2001). En el primero, el poblado del Castillo de Alfambra, que es el de mayor tamaño de la cuenca, ocupa también una posición central con respecto al valle del Alfambra, a medio camino entre las estribaciones meridionales de la sierra y la confluencia del río con el curso del alto Turia, de forma análoga a lo que ocurre contemporáneamente en el tramo alto del Mijares, en donde el emplazamiento de Puntal Fino, el de mayores proporciones, no solo se ubica en la zona media de la cuenca sino que además ocupa un punto altamente estratégico para las comunicaciones a escala interregional, en la confluencia del río Mijares con el Albentosa, remontando el cual, y a través del puerto de Torrijas y continuando por el valle del Arcos, se atraviesa en sentido NE-SO la sierra de Javalambre para alcanzar el valle del Alto Turia.

En zonas como el área oriental manchega, la inexistencia de excavaciones y, por consiguiente, de estratigrafías y dataciones de un conjunto suficientemente representativo de los yacimientos registrados, impide corroborar aquí la cronología de este proceso. Pero, empleando los datos de las prospecciones realizadas, podemos deducir cómo también en esta zona se observa el mismo modelo de organización del territorio.

La Morra de Cola Caballo, de casi 1 ha de superficie y ubicado sobre la orilla occidental de la laguna de Pétrola, no solo se encuentra, ciertamente, en un entorno de humedal con un alto potencial agrícola (Gilman *et al.*, 2002: 318), sino que además ocupa un lugar marcadamente central en la amplia área comprendida entre las sierras de Monte Aragón y de Higuera, al norte y la sierra de Pinilla, al sur.

Por su parte, los yacimientos de Bolinches y Cerro Pelado, en la cuenca del Alto Júcar, que destacan claramente por sus dimensiones del resto de los localizados en su entorno (Fernández-Miranda *et al.*, 1994: 265), ocupan sensiblemente áreas centrales del curso del río, aspecto especialmente marcado en el caso del Cerro Pelado, justo sobre el cauce del arroyo de Abengibre a medio camino entre las estribaciones meridionales de la serranía conquense y el valle del Júcar. En el caso de Bolinches se une, además, el hecho de estar sobre la confluencia de dos cursos fluviales como son el Júcar y el Valdemembra. Otro tanto cabe inferir de la estratégica situación que ocupa la morra de Dehesa de las Carnes, en la cuenca del río Jardín, también muy destacada con respecto al resto de yacimientos registrados (Gilman *et al.*, 2002: 318). Sus dimensiones, de alrededor de 3.600 m<sup>2</sup>, bien pueden ponerse en relación con el papel que debió ejercer como puerta de entrada y salida al llano albaceteño en dirección al valle del Guadalmena, remontando el curso del río Jardín por el Puerto de los Pocicos, exactamente por el mismo camino que hoy recorre la carretera que une las poblaciones de Balazote y de Alcaraz.

Cabría añadir un ejemplo más que podría sumarse a los ya planteados. Se trata del gran asentamiento de Cabezo Redondo (Soler García, 1987; Hernández Pérez, 2009; Hernández *et al.*, 2016) en la cubeta de Villena (fig. 4.49). Su fundación hacia ca. 2100 cal BC, los cambios que se detectan en su organización interna hacia el 1750 cal BC, su tamaño y la envergadura de sus construcciones, no vienen más que a apoyar esta idea, más aún, cuando de la mera observación del patrón que ofrece la disposición de los yacimientos de la cubeta de Villena, se desprende de inmediato su más que marcada centralidad en el corredor con respecto a todos los demás, y su posición oculta hacia las zonas de tránsito dentro del corredor de Villena.

El surgimiento de estos asentamientos de mayor tamaño que creemos oportuno calificar como “centrales”, aun cuando aceptemos lo modesto de sus dimensiones en comparación con los principales núcleos argáricos contemporáneos, solo pudo acontecer al mismo tiempo que se consolidaba un nuevo modelo de apropiación del territorio, ligado a un mayor grado de cohesión social y mayor control sobre la fuerza de trabajo que hiciera posible aumentar las capacidades productivas y mantener una progresión constante en el crecimiento de la producción y de la disposición de fuerza de trabajo, pero sin transgredir más que tangencialmente los principios de propiedad territorial colectiva. Solo en ese marco resultaría factible sustituir el mero reparto del espacio entre grupos de filiación, característico de los momentos iniciales del proceso, y la autonomía de cada núcleo en la gestión de la producción de bienes artesanales y subsistenciales que llevaba aparejado, por un reparto y reasignación de ciertas funciones a una escala territorial, lo que implica cambios fundamentales en los criterios de gestión de lo producido y su distribución, pero no necesariamente en la propiedad de los medios de trabajo. Así podría explicarse el que los pequeños asentamientos fundados junto a los núcleos mayores o sobre



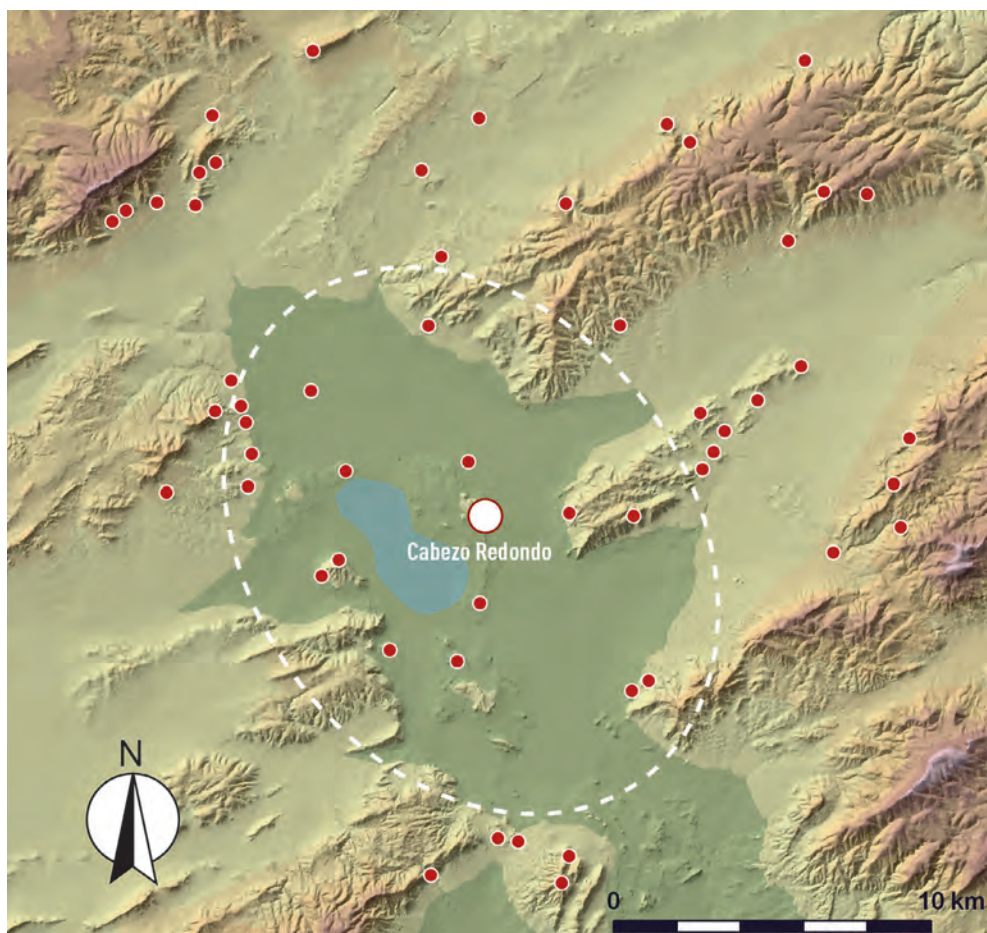


Figura 4.49. Mapa de ubicación de Cabezo Redondo, destacando su posición central con respecto al conjunto de asentamientos de la cubeta de Villena.

puntos geográficos destacados, orientados al control visual del territorio, presenten características morfológicas tan similares a los asentamientos más grandes.

Estas nuevas bases para la cohesión y articulación regional de los espacios ocupados se advierten también, en los casos más intensamente analizados hasta ahora, en el inicio de la diferenciación de patrones decorativos en determinados productos, tales como la cerámica, como acontece en los casos del Alfambra y del Alto Mijares (Burillo y Picazo, 1997: 50). Tal vez sea este el momento en que otras diferencias, por ahora solo intuitas en el registro, comenzasen a tomar cierta consistencia, como por ejemplo la práctica del enterramiento infantil en urna, hasta ahora solo constatada en La Mancha en el Campo de Montiel y, en general, a occidente de la cuenca del Júcar –en la Motilla de Azuer (Nájera *et al.*, 2006), en Morra del Quintanar (Martín *et al.*, 1993), y en el Cerro Pelao de Tébar (Díaz-Andreu, 1994).



### Entre ca. 1750 - 1500 cal BC

Durante el tránsito del siglo XVIII al XVII cal BC empiezan a materializarse en el registro arqueológico cambios de considerable magnitud respecto de la organización de la producción en, al menos, una parte de la zona argárica y su ámbito periférico. Es lo que cabe inferir de las estratigrafías de los yacimientos de Fuente Álamo y Gatas –en donde se desarrollan, respectivamente, el horizonte Fuente Álamo IV y la fase Gatas IV– y también más allá del espacio social argárico, en núcleos como Terlinques o Morra del Quintanar, donde comienzan las últimas fases de ocupación –fase III de Terlinques y fase III de Quintanar–. A grandes rasgos, tanto en una como en otra área parece asistir a una notable concentración de los medios de producción en determinados espacios o ambientes dentro de los asentamientos, en los que también se suele constatar el almacenaje de bienes subsistenciales, mientras que el resto de las unidades habitacionales documentadas parecen destinarse básicamente al consumo.

En el espacio argárico, la construcción del edificio O de Fuente Álamo, muy semejante al edificio H de la fase anterior, parece repetir en lo fundamental un mismo modelo de concentración de actividades de producción y almacenaje en torno suyo, independientemente de las funciones de representación o de carácter socioideológico e identitario que pudieran también haberse desarrollado en su interior o alrededores (Schuhmacher, 2003). En cambio, en la ladera meridional se registra ahora una acusada concentración de áreas de actividad vinculadas con la transformación de grano, faltando sin embargo los grandes contenedores de cerámica y documentándose únicamente recipientes de tamaño mediano o pequeño. En Fuente Álamo parece darse también una creciente especialización de los espacios de consumo, visible en una cierta tendencia a la concentración de los hogares, los cuales ya no aparecen en todas las unidades habitacionales (Risch, 2002: 225).

Este esquema de centralización y especialización productiva de ciertos ambientes se reconoce también en la denominada “Casa de las Urnas”, en Gatas (Castro Martínez *et al.*, 1998: 16), una unidad habitacional de aproximadamente 55 m<sup>2</sup> en donde se localizó una importante concentración de instrumentos para la molienda del cereal dispuestos para ser utilizados, junto a una banqueta de tapial alrededor de la cual aparecieron diversos contenedores cerámicos de gran tamaño destinados al almacenaje de grano. Asimismo, en su interior se constató también el almacenamiento de rocas para la producción de molinos. A juicio de sus excavadores, el volumen potencial de harinas que podía elaborarse en el interior de este ambiente superaría con mucho el necesario para mantener a una unidad doméstica autosuficiente, en donde solo sería necesario mantener operativos uno o dos molinos.

En otro orden de cosas, el inicio de esta fase aparece también marcado en el grupo argárico por una expansión importante de los contactos con el exterior. Al menos eso es lo que insinúan hallazgos como el aplique de marfil dentado de la tumba I de la Illeta dels Banyets (fig. 4.50), cuya cronología y semejanzas morfológicas orientan

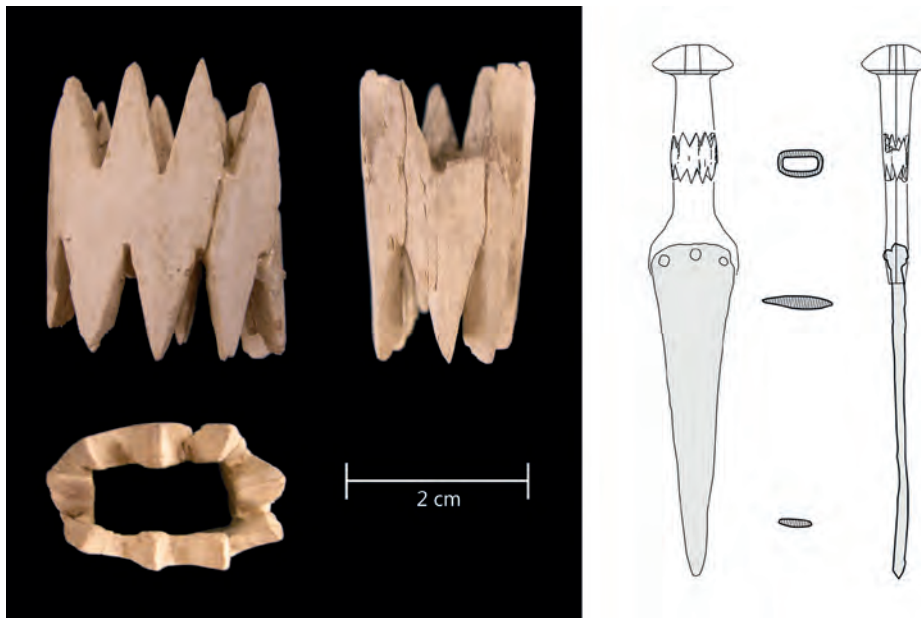


Figura 4.50. Aplique de marfil dentado procedente de la tumba I de la Illeta dels Banyets (El Campello).

tanto hacia el Mediterráneo como al Atlántico (López Padilla, 1995; López Padilla *et al.*, 2006). No es casual tampoco que sea en estos momentos cuando encuentran contexto muchos de los elementos que permitieron señalar a H. Schubart (1975) las “relaciones mediterráneas” del Argar y que, entre otros, incluían las cuentas de fayenza o pasta vítrea de Fuente Álamo.

En lo que respecta a las prácticas funerarias (Castro *et al.*, 1996; Lull *et al.*, 2004), es ahora cuando parece normalizarse definitivamente en todo el espacio argárico el enterramiento de infantiles (Lull *et al.*, 2004), generalmente en el interior de urnas de cerámica, pero también en fosas y otros tipos de receptáculos. Por otro lado, también es en estos momentos en los que se sitúan cronológicamente la mayoría de las sepulturas datadas por radiocarbono de la Illeta dels Banyets y de los yacimientos argáricos del Bajo Vinalopó y Bajo Segura, como los documentados en Cabezo Pardo y Laderas del Castillo (López Padilla, 2009; 2014; López Padilla *et al.*, 2018).

Por su parte, en el área del Campo de Lorca y del Guadalentín se asistirá a lo largo de estos momentos al abandono de los poblados ubicados en el llano, como Los Cipreses o Rincón de Almendricos. A pesar de los acontecimientos de carácter catastrófico que pudieron desarrollarse en los momentos finales de la ocupación de algunos de ellos –como por ejemplo la riada que parece sepultar la última fase del Rincón de Almendricos (Ayala, 1991)– este posible despoblamiento de los núcleos emplazados a pie de monte o junto a las ramblas pudo ser, sobre todo, consecuencia del cambio en las circunstancias sociopolíticas que, sin duda, conllevaron un mayor grado de conflictividad intrasocial en el grupo argárico. La fundación de nuevos

enclaves amurallados en lo alto de cerros, como el Barranco de la Viuda (Medina y Sánchez, 2016), coincidente en gran medida en el tiempo, apuntaría en la misma dirección.

Para la zona del tramo final del Segura y Vinalopó asistimos, por un lado, al abandono de algunos de los asentamientos menores de carácter fortificado, como es el caso Caramoro I (Jover *et al.*, 2019; 2020), cuya ocupación no parece prolongarse más allá del 1700 cal BC; y, por otro, a la completa reorganización urbanística de Cabezo Pardo (López Padilla, 2014) donde, en torno al 1800/1750 cal BC, se constata una nueva ordenación de las edificaciones de la cima, con un complejo de departamentos adosados, distribuidos en torno a una calle y rodeando a un edificio que parece ocupar una posición central (fig. 4.51). Esta reorganización, vigente hasta el 1550 cal BC, no es un fenómeno aislado en el territorio argárico, sino que también se detecta en otros asentamientos de similar tamaño como la Tira del Lienzo (Lull *et al.*, 2015), así como en territorios aledaños más allá del ámbito argárico.

Muy probablemente, la reorganización de los espacios domésticos, su remodelación, y la separación cada vez más acusada de la mayoría de las áreas de actividad de consumo respecto de las áreas de actividad productiva, son aspectos que en la orla territorial periférica del grupo argárico tampoco comienzan en estos momentos, sino que arrancaron desde momentos previos. Sin embargo, el registro estratigráfico disponible en los yacimientos mejor conocidos no permite precisar exactamente cuándo comenzarían *de facto* estas transformaciones.

En todo caso, hacia 1750 cal BC ya se detectan algunos cambios de enorme interés, en la misma línea que los producidos en el ámbito argárico, tanto en la esfera de la ocupación del territorio como en la organización interna de los asentamientos y de las áreas de actividad (Hernández *et al.*, 2013). A nivel general, parece producirse un aumento del número de los asentamientos y una mayor diversificación, aunque, por el momento, esta cuestión es difícilmente cuantificable (Jover *et al.*, 2018). Aunque en algunos valles, como en el Vinalopó, ya se constatan asentamientos de un tamaño superior a 0,1 ha desde finales del III milenio BC, es a partir de *ca.* 1750 cal BC cuando parece observarse un incremento de su número, llegando a alcanzar algunos de ellos las 0,4 ha. En el caso de Terlinques (Villena), las excavaciones efectuadas en un área de unos 700 m<sup>2</sup> han puesto de manifiesto el aumento de tamaño que experimenta el área habitada, hasta alcanzar unas 0,17 ha, documentándose la construcción de edificaciones más allá de las terrazas levantadas en el momento de su fundación (Jover y López, 2016) o la ocupación correspondiente a las fases II-III del Peñón de la Zorra, cuando se constata una agrupación de viviendas de planta rectangular en las que las actividades de consumo y transformación del cereal fueron las labores fundamentales (García Atiénzar, 2016). Por tanto, todo parece indicar que es a partir de estos momentos cuando podría señalarse una amplia ocupación del territorio, con asentamientos de distintos tamaños localizados de forma

4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas



Figura 4.51. De arriba a abajo, planta urbanística de Cabezo Pardo (fase III), La Horna y Terlinques (fase III).



jerarquizada (Jover *et al.*, 2018) –que en ningún caso superarían los 0,4 ha–, con un patrón uniforme y agrupado en torno a los asentamientos mayores –entre 0,1 y 0,4 ha– donde un buen número de los yacimientos de menores dimensiones –0,03 ha– serían establecimientos complementarios.

Al mismo tiempo, se detecta una profunda reestructuración de los espacios construidos, configurando una nueva trama urbanística, así como cambios en la organización y distribución de las actividades productivas dentro del asentamiento. Lo mismo podemos señalar para el yacimiento de Cabezo Redondo (Villena) donde, en este momento, se constata una gran expansión del área habitada, que debió superar la hectárea (Hernández *et al.*, 2016) (fig. 4.52).

Junto a estos asentamientos mayores se detectan, ampliamente distribuidos a su alrededor, otros núcleos de menor tamaño, inferiores a 600 m<sup>2</sup> de extensión, para los que han sido propuestos distintos roles (Jover *et al.*, 2018) y cuya existencia ya estaría vigente desde siglos anteriores. Algunos de ellos, como la cresta central del Cabezo del Polovar (Villena) o Lloma Redona (Monforte del Cid), responden plenamente a las características propias de lugares residenciales. En el caso del primero, se trataría de un edificio aislado de planta rectangular, de unos 70 m<sup>2</sup>. Estaba integrado por dos habitaciones separadas por un tabique. En ambas estancias, de entre 30 y 35 m<sup>2</sup>, fueron localizados instrumentos de molienda y vasijas cerámicas de consumo y procesado de alimentos. En uno de ellos también se documentó un pequeño silo de escasa capacidad, así como dientes de hoz y diversos desechos de consumo (Jover *et al.*, 2016). En la Lloma Redona solo fue excavada una vivienda rectangular de similares características a las anteriores. En su interior se registró un hogar, junto a molinos y vasijas cerámicas. Otros yacimientos, sin embargo, no debieron ser lugares residenciales habituales, sino más bien establecimientos secundarios complementarios.

Las excavaciones efectuadas también han evidenciado variaciones importantes en la organización de la trama urbanística, unidas a nuevas características de las edificaciones y a la localización de las actividades productivas. Por un lado, el modelo de unidad de asentamiento caracterizado por viviendas de gran tamaño de planta rectangular, constatados en la fase anterior en sitios como Terlinques o la Lloma de Betxí, parece abandonarse (Jover y López, 2016). A partir de estos momentos las viviendas, de mucho menor tamaño –30-35 m<sup>2</sup>–, se van a agrupar en torno a una o varias calles o zonas de tránsito (fig. 4.53). Las estancias, normalmente de planta rectangular, estarán integradas por un único ambiente, adosadas unas a otras por muros medianeros. Este es el caso de la nueva planificación urbanística de Terlinques en su fase III (Jover y López, 2016), donde 11 viviendas se disponen a ambos lados de una calle central; de La Horna (Hernández, 1994), donde a lo largo de una calle ascendente se van disponiendo distintos edificios, algunos de ellos viviendas y otros, áreas de trabajo; o también, de Cabezo Redondo (Hernández *et al.*, 2016),



Figura 4.52. Planimetría general de la zona excavada en Cabezo Redondo (Villena).

donde las viviendas se organizan en torno a diversas calles o pasillos ascendentes, así como a espacios abiertos.

Resultan muy significativas las diferencias observables entre las viviendas de Cabezo Redondo y las de otros asentamientos menores contemporáneos, como Terlinques o La Horna. Mientras en Cabezo Redondo las viviendas pueden alcanzar los 80 m<sup>2</sup>, e, incluso, los 100 m<sup>2</sup>, con muros de mampostería de gran tamaño –0,80/0,90 m de anchura–, en los otros estas no superan los 35 m<sup>2</sup> y los muros edificados son de pequeño formato –0,45 m de anchura como máximo–. De igual



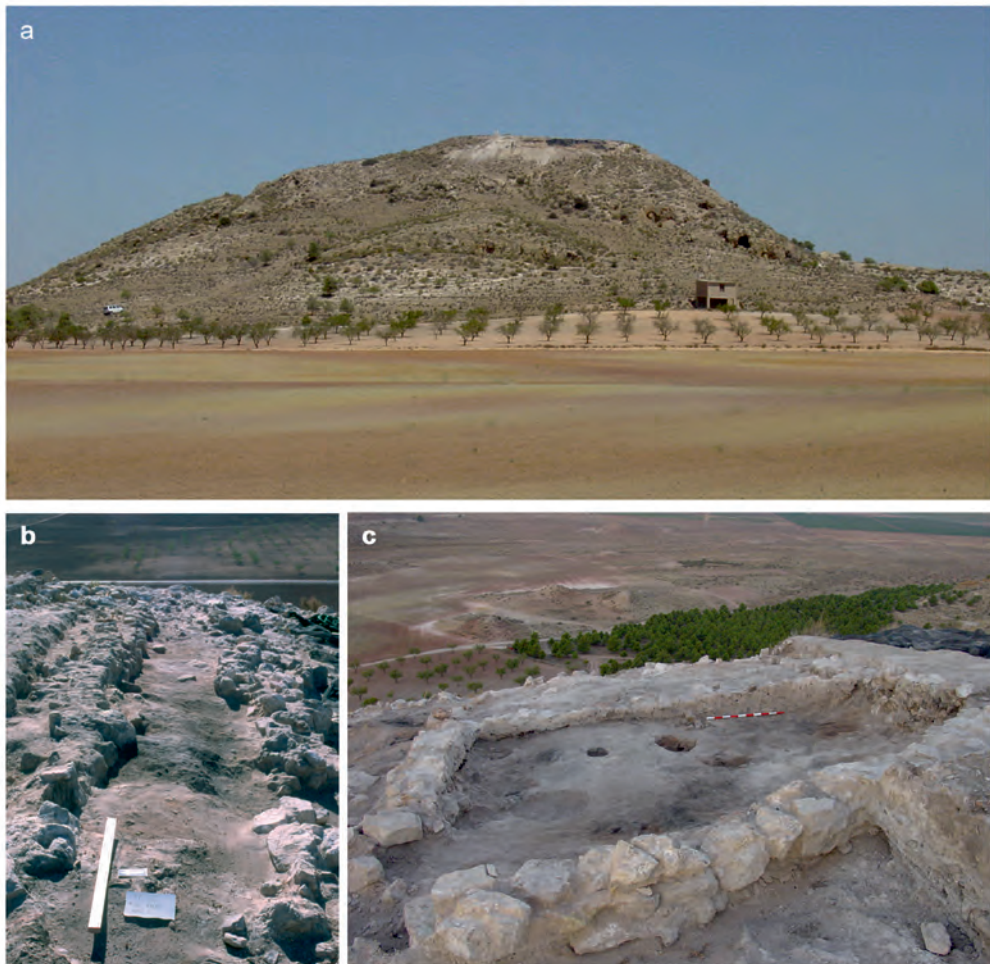


Figura 4.53. a. Vista general de Terlinques (Villena) desde el suroeste; b. Vista desde el oeste de la calle o pasillo central de Terlinques en su fase III; c. Vista desde el norte de la UH 7.

modo, en Terlinques se documenta un edificio central de mayor tamaño, integrado por dos ambientes, donde se localizaban buena parte de las actividades productivas necesarias para la reproducción del grupo –actividades textiles, almacenamiento y molienda de cereales, etc.–. En Cabezo Redondo, en cambio, no se constata, por el momento, la existencia de edificios de estas características, mientras que todo este tipo de actividades parece desarrollarse en el interior de los diferentes espacios domésticos.

Otra diferencia sustancial se da en el aspecto funerario. En Terlinques o La Horna, al igual que en otros asentamientos de menor tamaño, no hay evidencias de enterramientos ni en el interior de las viviendas ni en el interior del asentamiento. Las inhumaciones asociadas a estos enclaves se llevan a cabo fuera de ellos, en grietas rocosas o cuevas próximas, acompañando a los difuntos con ajuares de diverso



Figura 4.54. Inhumación en urna del Departamento XX de Cabezo Redondo (Villena).

valor social (Jover y López, 2016; de Pedro, 2010). Por el contrario, Cabezo Redondo es el único emplazamiento que, con anterioridad al 1500 cal BC, presenta enterramientos individuales en fosa, cista de mampostería y urna (fig. 4.54), en algunos casos con elementos de ajuar de oro o plata (Hernández *et al.*, 2016). Esta característica, de clara raigambre argárica, vincula estrechamente a este yacimiento con el ámbito de El Argar, al igual que la morfología, técnicas constructivas y tamaño de sus casas y estructuras domésticas.

De igual modo, aunque con un registro algo más parco, debido a las construcciones de época ibérica que se le superponen y que las han afectado parcialmente o han impedido su completa documentación, las estruc-

turas exhumadas en el Puntal dels Llops ofrecen unas dimensiones y características semejantes (de Pedro, 2002) y una fecha plenamente coincidente con esta fase (3310±40 BP). Aunque se trata de una muestra de vida larga, y es un poco más tardía que los inicios de la fase III de Terlinques en la cubeta de Villena, esta datación podría hacerse extensible a otros asentamientos de la cuenca del Turia en los que se han registrado también unidades habitacionales de tamaño y características similares, como en el Puntal de Cambra (Alcácer, 1955). Aquí, sin que sea posible apreciar un patrón de distribución de las viviendas claramente organizado, se observa la presencia de un estrecho corredor o calle que discurre entre los departamentos 1 y 3, y que daba acceso al departamento 4, situado junto a la base de una estructura de forma rectangular, construida con grandes bloques de piedra, que alcanzaba cerca de 0,70 m de alzada en algunos puntos y que resulta muy similar en dimensiones al documentado en el Cerro de El Cuchillo (fig. 4.55) (Hernández *et al.*, 1994). El yacimiento manchego, sin embargo, presenta aún con más claridad que



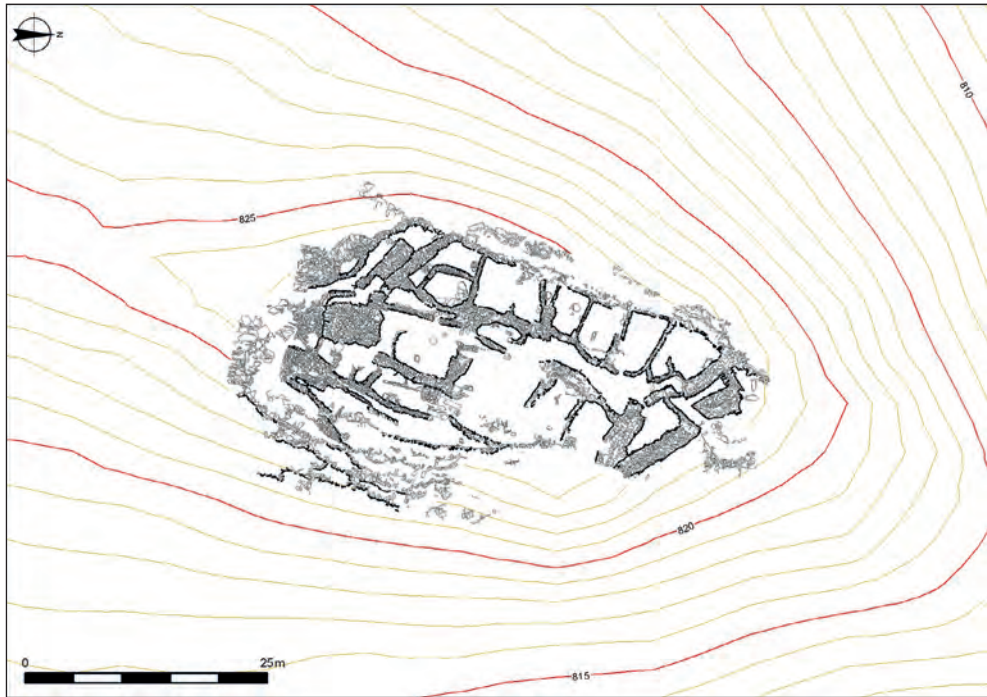


Figura 4.55. Planimetría general del Cerro de El Cuchillo (Almansa).

aquel, el trazado de una calle central y habitaciones distribuidas a los lados, si bien las dataciones radiocarbónicas obtenidas, tanto en la calle, como en los niveles más profundos de los Departamentos IV y VIII, se sitúan en un horizonte cronológico algo más antiguo, hacia los inicios del II milenio cal BC. En cualquier caso, las fechas obtenidas del nivel II del Departamento V y del nivel I del Departamento VI, ambas sobre carbón, permiten inferir la contemporaneidad de los contextos fechados con la fase III de Terlinques y, por ende, con la cronología atribuida a esta última fase de los poblados del Serpis y del Turia antes mencionados, así como también del Mijares, en donde el horizonte temporal que ofrece el yacimiento de Hoya Quemada, con viviendas de características muy parecidas y también organizadas en manzanas de casas a un lado y otro de un estrecho corredor exterior (Picazo, 1993: 41) resulta comparable al que ofrece el resto de yacimientos.

En cuanto a las áreas de actividad, parece que asistimos a una concentración tanto de las áreas de almacenamiento como de los ámbitos implicados en la transformación y procesado de los productos subsistenciales básicos, que en principio podemos suponer orientada hacia un mayor control de los bienes producidos. En el caso de Terlinques, el registro de las unidades habitacionales 11, 12, 13 y 14, localizadas al norte de la calle central, denota la realización de diversas actividades relacionadas con el empleo de gran número de percutores, cantos y otros instrumentos líticos. En las habitaciones 11 y 12, a ello se une también la existencia de un área



Figura 4.56. Detalle del proceso de excavación del conjunto de morteros documentados en el Departamento V de La Horna (Aspe). Fotografía: M.S. Hernández Pérez.

reservada al almacenamiento, con dos grandes tinajas de cerámica, y también a la molienda de grano, pues se registraron cerca de 20 molinos y molederas esparcidos por todo el pavimento, lo que contrasta de forma notoria con la escasez de este tipo de productos en el registro de las demás habitaciones documentadas en esta fase. En la unidad habitacional 13, adyacente a las anteriores, la concentración muy notable de percutores y cantos rodados con señales de uso indica el desempeño especializado de otro tipo de actividades, también en esta zona del poblado.

Esta tendencia a la especialización productiva de determinadas habitaciones puede también observarse en otros yacimientos antes citados y que han sido completamente excavados, como La Horna (fig. 4.56), con diferentes departamentos con concentración de actividades de almacén y molienda de grano y otros con producción metalúrgica (Hernández Pérez, 1994a). También es lo que cabe inferir de las parcas anotaciones aportadas en ese sentido por antiguas excavaciones, como las que nos refiere E. Botella (1928: 9) acerca de la concentración de moldes de fundición en el departamento 1 y de molinos en el departamento 2 de la Mola Alta de Serelles. No disponemos de datos relativos a la distribución de los artefactos relacionados con el procesado del cereal en el Cerro de El Cuchillo, aunque de lo hasta ahora publicado sí cabe señalar la aparente concentración de silos de almacenamiento excavados en la roca en solo dos de las viviendas localizadas –departamentos VIII y IX–, correspondientes a la fase más antigua de la ocupación.

Frente a estas diferencias en cuanto a las actividades productivas desempeñadas en el interior de las unidades habitacionales, lo que por otra parte denota el registro es que tampoco se dieron en esta fase variaciones sustanciales en el tipo de instrumental agrícola empleado. El mantenimiento de un mismo elenco básico de herramientas en el período comprendido entre 2100 BC y 1500 BC –rasgo que también se observa claramente en el registro artefactual argárico (Risch, 2002)– denota que el incremento de la producción que inferimos del aumento del número de asentamientos y del tamaño de otros a lo largo de todo este tiempo, estuvo basado fundamentalmente en estrategias dirigidas a incrementar la inversión de fuerza de trabajo y maximizar la efectividad en la gestión de la disponible, no a aumentar la productividad mediante una mejora de los instrumentos.

En la elección de esta estrategia subyace un interés básico por mantener bajo una apariencia de propiedad colectiva el medio de trabajo fundamental: el territorio de producción. Así se explica, de una parte, el bloqueo tecnológico que impidió incrementar la productividad del instrumental agrícola, puesto que un escaso nivel técnico y unos bajos costes de producción garantizaban que toda la comunidad accediera a los medios de trabajo fundamentales; y por otra parte, permite también explicar por qué aunque diferentes en dimensiones, y salvo contadas excepciones, con anterioridad a *ca.* 1500 cal BC todos los asentamientos ofrecen características similares en lo relativo a su emplazamiento y morfología, y un registro semejante en cuanto a los medios de trabajo y los sistemas de almacenamiento. La mayor concentración demográfica que en principio cabe inferir del superior tamaño de ciertos yacimientos de cada cuenca con respecto a sus vecinos, indica que aquellos también concentraron, almacenaron y consumieron mayores cantidades de bienes subsistenciales. Lo que no significa que los enclaves más pequeños, integrados en la misma red, tuvieran que estar necesariamente desprovistos de almacenes o de áreas propias de procesado de bienes subsistenciales básicos, pues a su vez eran igualmente propietarios de sus propios territorios de producción y responsables de lo producido en ellos.

Pero no es menos cierto que los pequeños asentamientos de fundación más reciente se vieron obligados a ocupar terrenos menos productivos que los ocupados a finales del III milenio cal BC, y que, por tanto, su puesta en explotación requería en mayor medida que antes la garantía de disponer, en caso necesario, de una parte suficiente de la producción comunitaria generada en el conjunto del espacio grupal, como salvaguarda ante situaciones catastróficas o bajo rendimiento de la producción agropecuaria. Los mecanismos intragrupal desarrollados como defensa ante este tipo de circunstancias cobrarían, de ese modo, mayor relevancia que en fases anteriores.

Este escenario no vendría más que a reforzar, cada vez en mayor medida, el papel desempeñado por los individuos rectores de los grupos de filiación, cuya responsabilidad en la organización del trabajo y gestión de la producción y su papel

como representantes ante el resto de la comunidad, no haría sino incrementarse. Es en este punto en el que cabría tal vez destacar la presencia de un reseñable elemento arquitectónico que se documenta con cierta asiduidad en los asentamientos excavados hasta ahora en nuestro ámbito de estudio y que, en los casos en que han podido registrarse estratigráficamente, parecen comparecer en esta fase o poco antes de 1750 cal BC. Se trata de las “torres” o edificios “turriformes” registrados en yacimientos como Fuente Álamo –edificios H y O– Cerro de El Cuchillo, Mola Alta de Serelles, Puntal de Cambra, y tal vez también en otros, como Hoya Quemada (Picazo, 1993), a los que cabría unir los documentados en prospecciones superficiales en las cuencas del Agra y del río Mundo (Jordán Montes, 1992; 1996), en el corredor de Almansa (Simón, 1987b) y en otros yacimientos manchegos, y entre los que sin duda deben incluirse las torres centrales de las motillas de Ciudad Real.

Con independencia de que pudieran haber desempeñado un cierto papel en la defensa de los emplazamientos, o servido de atalayas de observación del entorno inmediato a los mismos, resultan manifiestamente singulares ante todo por su unicidad. Creemos oportuno recordar, a modo de fuente de hipótesis, las opiniones de K. Kenyon respecto a la torre circular hallada en Jericó, en los niveles correspondientes al Neolítico Precerámico, a propósito de sus pretendidas funciones defensivas, y las observaciones de O. Bar-Yosef (2001: 20) cuando indica que lo desconcertante de dicho edificio no era solo su ubicación –sorprendentemente, por detrás de la línea de muralla que supuestamente debía defender– sino también el hecho de que solo existiera una en todo el asentamiento y su relación con un espacio abierto, a modo de plaza, ubicado inmediatamente al norte de la misma.

La relación que cabría establecer, como se ha hecho, salvando las distancias, en el caso de Jericó (Naveh, 2003) entre la construcción de este tipo de edificios con carácter “monumental” y el desarrollo y ampliación de relaciones inter e intra-grupales vinculadas a lazos redistributivos cada vez más notorios en el seno del conjunto social, y a su materialización en el corazón mismo de los asentamientos, resulta una hipótesis ciertamente sugestiva, en la que cabría profundizar en el futuro. Tal vez podría explicar, por un lado, la ausencia de tales estructuras en yacimientos antiguos del área periférica argárica –como se acredita, al menos, en los casos bien documentados de El Acequión o la Lloma de Betxí– y su inexistencia en los momentos iniciales de la secuencia en yacimientos argáricos como Fuente Álamo o La Bastida (Lull *et al.*, 2015a); y, por otro, la vinculación que en los ejemplos con un mejor registro parecen tener este tipo de edificios con el desarrollo de prácticas sociales de carácter socioideológico –como en el edificio O de Fuente Álamo (Schuhmacher, 1999)– o de consumo comunitario o de representación identitaria del grupo, tal como parece suceder en el Cerro de El Cuchillo (Hernández *et al.*, 1994). Allí, en el Departamento V –el más amplio de los registrados en el poblado y adyacente a la pared norte de la estructura turriforme– no solo se hallaron diversos hogares conteniendo cenizas, sino que además aparecieron los únicos vestigios bien documentados



estratigráficamente de la asociación de cazoletas excavadas en la roca –interpretadas como una de las escasas manifestaciones de carácter religioso-ideológico de la Edad del Bronce– con contextos claramente pertenecientes al II milenio cal BC (Hernández *et al.*, 1994: 107).

Esta concentración de áreas de consumo en unidades habitacionales con registro material presuntamente con contenido de carácter ritual, emplazadas junto a elementos constructivos “preeminentes” en asentamientos en los que se da una manifiesta especialización espacial en cuanto a la distribución de los medios de producción básicos y almacenamiento de los bienes subsistenciales, cabe interpretarse como reflejo del control creciente ejercido sobre la fuerza de trabajo por parte de los rectores de determinados grupos de filiación y la importancia adquirida en virtud de su papel de gestores de la producción comunitaria, lo que los situó en posición de materializar una distancia social cada vez más marcada con respecto al conjunto social. No resulta casual, en este contexto, que en el Vinalopó se registren en estos momentos joyas de oro y plata de clara filiación argárica en sepulturas como la del Cabezo de la Escoba (fig. 4. 57) (Soler García, 1969) o Cabezo Redondo (Soler García, 1987; Hernández *et al.*, 2014), cuyos modelos pueden reconocerse fácilmente en El Argar (Schubart y Ulreich, 1991; Siret y Siret, 1890) o en La Bastida de Totana (Martínez Santa-Olalla *et al.*, 1947).

Varias de las dataciones obtenidas hasta la fecha en Cabezo Redondo (Hernández Pérez, 2009; Hernández *et al.*, 2016) se sitúan en esta fase arqueológica. Sin embargo, a pesar de que durante la fase III de Terlinques ambos enclaves convivieron, el registro arqueológico documentado en uno y otro emplazamiento muestra grandes contrastes. Basta con recordar las diferencias en el tamaño de las unidades habitacionales o la gran diversidad y variedad de productos documentados en Cabezo Redondo en comparación con Terlinques.

Sin embargo, por encima de cualquier otro elemento, es el registro funerario el que arroja una diferencia más palmaria entre ambos, pues si en Terlinques no se ha localizado ninguna tumba, en Cabezo Redondo se conoce ya un conjunto numeroso de sepulturas que muestran



Figura 4.57. Arete de plata con carrete de oro procedente de un enterramiento en hipogeo del Cabezo de la Escoba (Villena). Fotografía: Archivo gráfico del MARQ-Museo Arqueológico de Alicante.

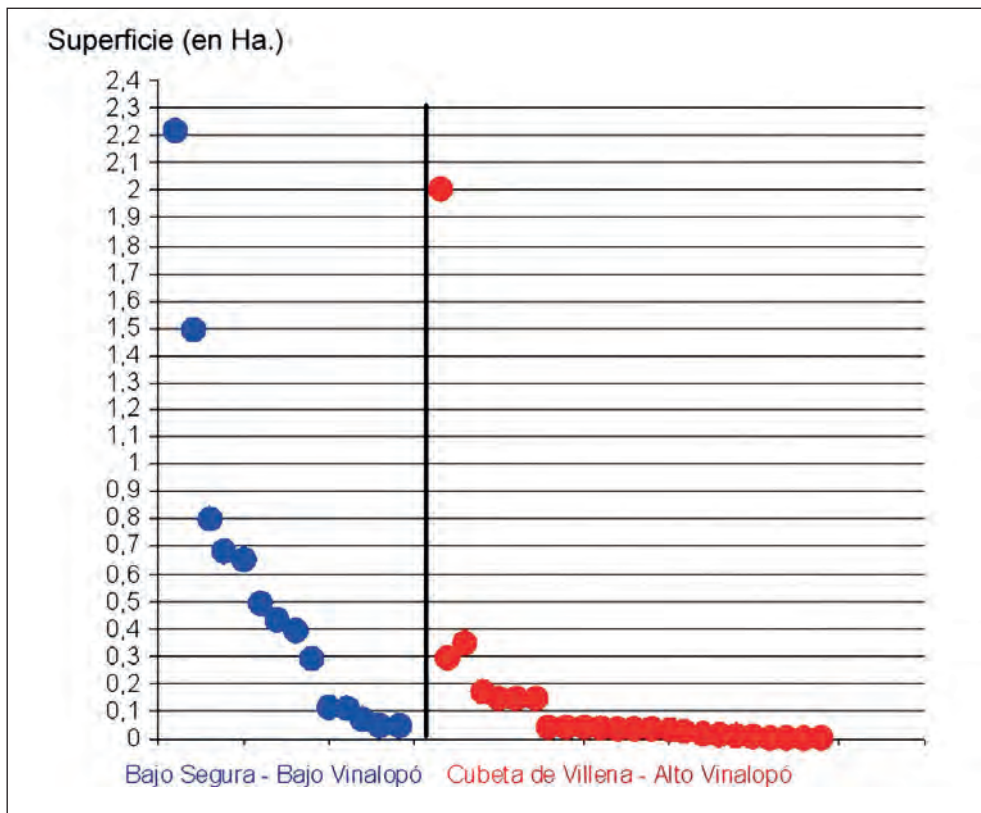


Figura 4.58. Comparación de la extensión superficial de los yacimientos argáricos de la Vega Baja y Bajo Vinalopó, y los asentamientos del Bronce Valenciano de la cuenca del Vinalopó (Cabezo Redondo oscilaría entre 1 y 2 ha).

semejanzas notables con los tipos de inhumaciones y los ritos de enterramiento argáricos. A las tumbas localizadas y excavadas por J. M<sup>a</sup> Soler (1987) se unen ahora cerca de media docena de enterramientos localizados en el interior de las unidades habitacionales excavadas. El empleo de cistas de mampostería, fosas y, especialmente, las inhumaciones infantiles en urnas de cerámica, así como los ajuares localizados en el interior de algunas de ellas, consistentes en joyas de oro en forma de carrete o vasos carenados (Jover y López, 1997), constituyen rasgos muy reconocibles en la tradición funeraria argárica. Significativamente, varias tumbas de Cabezo Redondo (Hernández *et al.*, 2014; 2016) que han sido datadas por radiocarbono ofrecen unas fechas plenamente coincidentes con los momentos avanzados de la fase III de Terlinques, sin que tal cronología deba necesariamente hacerse extensiva al resto de enterramientos.

En consecuencia, Cabezo Redondo habría pasado a ocupar la cabeza de una red de enclaves situados en su entorno que, como Terlinques, tenían un tamaño inferior, reflejo de una menor densidad poblacional (fig. 4.58), y que ofrecían un

diseño urbanístico y una distribución de los espacios de producción y de consumo muy distintos de los documentados en Cabezo Redondo. Todo lo cual indica que podrían encontrarse en situación de dependencia política con respecto a sus grupos rectores. Cabezo Redondo parece haberse convertido así en un centro redistribuidor asimétrico, en el que un grupo dominante, cuyas vinculaciones y relaciones con el sur argárico resultan más que evidentes, pasó a apropiarse del excedente de un buen número de comunidades campesinas repartidas por un amplio territorio, constituyéndose de ese modo, incluso antes del 1550 cal BC, en un asentamiento destacado en el ámbito del arco mediterráneo peninsular por su tamaño, características y riqueza (Barciela, 2015; Hernández y López Padilla, 2001; Hernández *et al.*, 2016; Simón, 1998).

En definitiva, la información generada en las últimas dos décadas ha permitido constatar para el periodo 1750-1500 cal BC la implantación en el área del Este de la península ibérica de un patrón de asentamiento progresivamente jerarquizado, aun cuando las diferencias de tamaño entre asentamientos no fuesen altamente significativas (Jover *et al.*, 2018) y las diferencias en las prácticas funerarias solamente se puedan establecer, por el momento, entre el asentamiento de mayor tamaño de la zona –Cabezo Redondo (fig. 4.59)– y el resto (de Pedro, 2010). La gestación de este escenario, en el marco de una nueva situación geopolítica, explica las particularidades que sirvieron durante bastante tiempo para justificar las pretendidas “influencias argáricas” sobre el Alto Vinalopó. A nuestro modo de ver, en una primera etapa comprendida, *grosso modo*, entre 2200 BC y 1750 cal BC, el grupo argárico configuró y consolidó su frontera oriental y septentrional, orientándola básicamente a mantener un control de la circulación de personas y productos y, sobre todo, de la salida de cobre y de otros materiales como el marfil (López Padilla, 2012) para la manufactura de productos en su periferia dependiente. A partir de 1750 cal BC se vería empujado a favorecer, en cambio, la entrada de recursos potencialmente valiosos para la expresión de una creciente distancia social (Castro *et al.*, 1996; Lull *et al.*, 2006), pero también para mejorar la productividad y rendimiento de algunos objetos como los metálicos, elaborados en bronce estannífero, al tiempo que se mantenía y consolidaba su creciente demanda de excedentes agropecuarios a la periferia, indispensable para mantener la escalada demográfica inherente al desarrollo de las estrategias de plusvalía absoluta impuestas por el sistema productivo argárico (Lull *et al.*, 2009; 2011; Risch, 2002). La necesidad de potenciar las vías de acceso a estos productos, circulantes en redes de intercambio periféricas constituidas fuera de su ámbito de influencia directa, estimuló a los grupos dominantes argáricos a buscar canales a través de los cuales vehicularlos hacia los centros políticos bajo su control, lo que condujo a un cambio de situación en el equilibrio mantenido hasta entonces en las relaciones del grupo argárico con su área periférica que, como veremos, desembocaría entre el 1750 y el 1600 cal BC en una transformación sustancial, en todos los órdenes, del territorio periférico nororiental de El Argar.



4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas



Figura 4.59. Vista aérea de Cabezo Redondo (Villena) e imagen del Departamento XXV tras su restauración.



### Entre *ca.* 1500-1250 cal. BC

Todo parece indicar que en torno a 1500 cal BC, o poco antes, el conjunto de pobladores del área del Prebético Meridional valenciano, que hacia finales del III milenio BC se había constituido socialmente a partir de unas relaciones, al menos en apariencia, de carácter igualitario, fue incapaz de reproducirse sin cambiar sus relaciones sociales de producción, superando de este modo las contradicciones generadas por su participación en una formación social clasista en proceso de expansión y consolidación, en concreto, como resultado de las relaciones establecidas con el ámbito argárico (Jover y López, 2004; Hernández *et al.*, 2013). Los problemas que se detectan en el ámbito argárico a partir del denominado como Bronce tardío (Lull *et al.*, 2013)–, reconocido por algunos investigadores como post-argar (Castro *et al.*, 1996; 1999)–, condujeron, probablemente, a su desintegración y a su rearticulación en unidades políticas de menor entidad, resultantes de un proceso de reorganización poblacional cuyo desarrollo afectó, al menos, a todo el Sudeste peninsular, y que claramente se gestó y desarrolló a una escala macrorregional.

Una prueba de la dimensión geográfica alcanzada por los cambios acontecidos en este momento se infiere del registro estratigráfico de los yacimientos mejor documentados del área periférica argárica, fundados en las fases arqueológicas precedentes, que muestran un abandono sistemático coincidente con el horizonte del 1550-1500 cal BC –caso de Terlinques, Lloma de Betxí, Hoya Quemada, Morra del Quintanar y Cerro de El Cuchillo, entre otros. Así, mientras en el territorio argárico asistimos al desarrollo de la fase Gatas V y del horizonte V de Fuente Álamo, la ocupación de las cuencas del ámbito periférico queda ahora, en casi todos los casos, restringida a un solo núcleo poblacional, en un modelo recurrente que se advierte con claridad en zonas como el Camp del Turia o los valles del Serpis y Vinalopó. En otras, los asentamientos al aire libre parecen incluso desaparecer casi por completo del registro, como en el caso del Mijares, en donde los principales conjuntos artefactuales vinculados a esta fase se documentan en cuevas como la Sima del Ruidor (Picazo, 1993).

El abandono de gran cantidad de poblados y la concentración demográfica en un número reducido de asentamientos constituye el reflejo de un cambio sustancial en el modelo de explotación del territorio. En el valle del Vinalopó, este proceso de nuclearización poblacional alcanzó su máxima expresión, manteniéndose casi como único referente el asentamiento de Cabezo Redondo, que en este momento pudo haber alcanzado la hectárea de extensión superficial, equiparándose así, a algunos de los más importantes centros políticos argáricos de las fases precedentes. En este enclave se excede ahora claramente el ámbito familiar, frente a otros asentamientos en el curso medio del Vinalopó y Camp d'Alacant, que se mantienen entre los 1.200 m<sup>2</sup> y los 3.000 m<sup>2</sup>, como Portitxol, El Negret (Barciela *et al.*, 2012), o L'Altet de Palau (fig. 4.60) (García Borja y de Pedro, 2013). A pesar de que estos asentamientos de menor rango parecen seguir siendo plenamente autosuficientes en la esfera

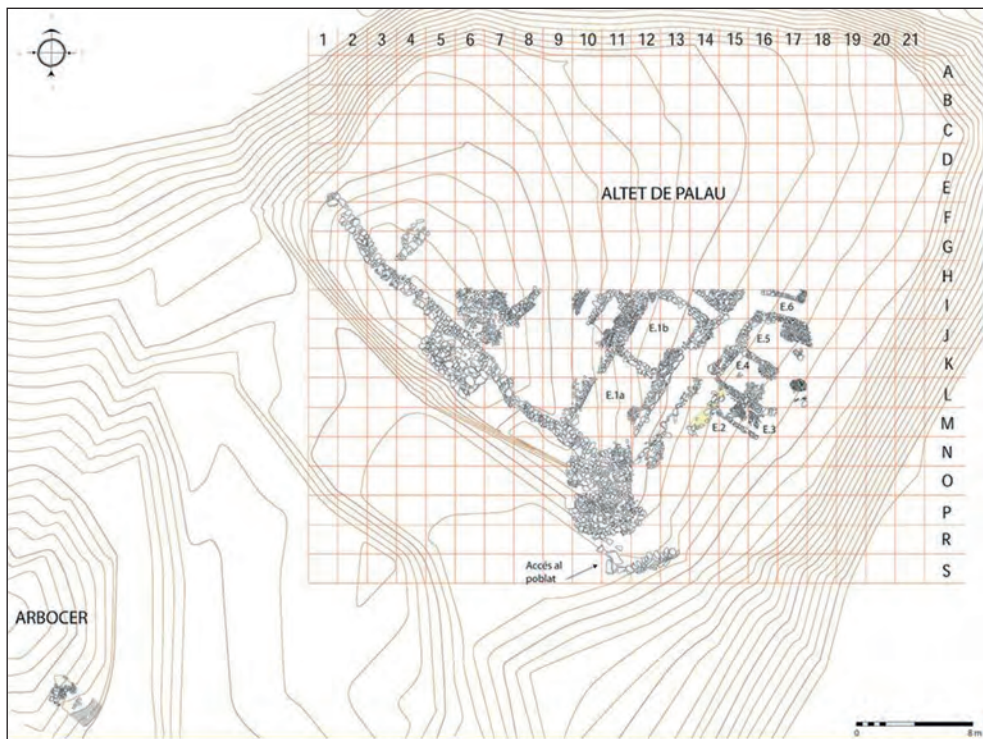


Figura 4.60. Planimetría de L'Altet de Palau (La Font de la Figuera) (García Borja y de Pedro, 2013: 75, fig. 5).

productiva –en casi todos se constata producción metalúrgica, textil, agrícola, etc.–, en ellos también recaía sin duda una función de control y mantenimiento de una compleja red a través de la cual circulaba una amplia variedad de productos entre el Sudeste y las zonas más septentrionales –La Meseta, Levante y Noreste peninsular–. Este amplio entramado de caminos, custodiado por una serie de enclaves distribuidos estratégicamente sobre el territorio, implicó probablemente un cambio radical en la velocidad de los circuitos de intercambio: frente a la tupida red anterior, con distancias cortas entre asentamientos, constituida durante las fases I y II y conformada sobre los principios básicos de la reciprocidad intergrupal, veremos sustancialmente aumentada la distancia media entre los asentamientos, separados ahora por trayectos de entre 11 y 15 km, lo que habría resultado inviable sin una mejora de los medios de transporte que, a no dudar, podemos relacionar con la importancia que denota la presencia de restos de caballo en yacimientos costeros como la Illeta dels Banyets (Benito Iborra, 1994), pero también del interior, como la Peña de Sax (Puigcerver y López Padilla, 2005) o L'Altet de Palau (García Borja y de Pedro, 2013; Tormo y de Pedro, 2013). La importancia de Cabezo Redondo en este contexto devino, pues, de su papel de centro regional, en torno al cual se reorganizó políticamente un vasto territorio cuyos límites aún resulta difícil marcar con

precisión, pero que podemos suponer notablemente mayor que el controlado por los anteriores centros argáricos de las cuencas del Segura y Bajo Vinalopó.

Dependientes de esta nueva red jerárquica entre asentamientos, en cuyo ápice se ubicaban los grupos dominantes residentes en Cabezo Redondo, encontraríamos además determinados enclaves orientados al control de puntos estratégicos de las rutas marítimas de cabotaje (Simón, 1999). Un circuito de enclaves portuarios que repetían, en cuanto a emplazamiento y características, el modelo ya observado durante las fases precedentes en asentamientos argáricos como la Punta de los Gavi-lanes (Ros, 2004; Ros *et al.*, 2008) o la Illeta dels Banyets (Soler Díaz, 2006), que continuaron habitados y a pleno rendimiento durante estos momentos. Se trata de una serie de emplazamientos, de los que no es posible por ahora fijar con precisión en todos los casos el momento exacto de su fundación, situados sobre cerros adelantados o pequeñas penínsulas que se adentran en el mar, como el Cerro de Calnegre, en la Cala del Pino, en la Manga del Mar Menor (Martín y Roldán, 1994) y más al norte, en la Bahía de Xàbia, el yacimiento de Cap Prim (fig. 4.61) (Simón, 1987a; Simón y Esquembre, 2001). En el extremo septentrional de este circuito marítimo-costero se encontraría el enclave de Orpesa la Vella, situado sobre un pequeño cerro adelantado a la línea de costa y excavado en los años setenta, en cuya potente estratigrafía se registran estructuras de habitación y productos claramente adscribibles a su fase IV (Barrachina y Gusi, 2004; Barrachina, 2010; 2012; Gusi y Olària, 2014).

La cuenca del Ebro, por tanto, parece marcar el límite septentrional de esta red de enclaves litorales. Un valle que, en su tramo más alto, se adentra en el territorio nuclear del denominado “Círculo Cultural de Cogotas I”, del que resultan características tanto las formas como los motivos decorativos de muchas de las cerámicas aparecidas en los asentamientos mencionados, muy bien representadas en Cabezo Redondo (Delibes y Abarquero, 1997; Hernández Pérez, 1997; 2001; Soler García, 1987) y consideradas desde hace tiempo un indicador material fidedigno del “post-argar” (Molina González, 1978).

Desde los primeros años ochenta, la hipótesis defendida por V. Lull (1983) para explicar la disolución del grupo argárico se ha basado fundamentalmente en una supuesta sobreexplotación del medio ambiente, en el marco de un colapso producido por el fracaso de las estrategias productivas desarrolladas en las últimas etapas de su desarrollo que acabaría repercutiendo en un deterioro considerable de las condiciones de vida de la población (Lull *et al.*, 2001: 209; 2013).

Sin embargo, el análisis y explicación de los procesos relacionados con la transformación de las estructuras socioeconómicas del grupo argárico debe también abordarse desde la perspectiva de los modelos de superación de las contradicciones planteadas en las sociedades concretas periféricas participantes de una formación social en proceso de expansión, pero con importantes limitaciones estructurales –tecnológicas, organizativas y reproductivas– históricamente determinadas. Ya



Figura 4.61. Vista aérea del Cap Prim (Xàbia). Fotografía: Csar. stock.adobe.com

hemos expuesto que el sistema de relaciones mantenidas entre los núcleos argáricos y sus áreas periféricas de La Mancha, el área centro meridional del sistema Ibérico, el Llano Litoral levantino y el Prebético meridional valenciano se fundamentaría, probablemente, en una explotación de carácter intersocial sostenida y alimentada por el control de la producción de vetas de cobre y plata, así como de otros productos, en un intercambio desigual. Nuestra hipótesis asume que el grupo argárico se benefició de tal situación para disponer de un volumen de excedente agropecuario todavía difícil de cuantificar, debido a su casi nula representación en el registro arqueológico, a cambio de un mineral del que sí existe constancia empírica en los yacimientos de la periferia en forma de productos manufacturados, acompañado de un control sobre la circulación de otros productos como el marfil o el lino (Jover y López, 2013).

A pesar de referirse a un sistema que involucró a sociedades con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas muy superior al que nos ocupa en este trabajo y a un ámbito geográfico lejano y muy distinto del que encontramos en el cuadrante sudoriental de la península ibérica, a nuestro juicio resulta muy ilustrativo, también como fuente de hipótesis, el trabajo que a finales de los años ochenta e inicios de los noventa realizó G. Algaze (1989) en relación con el modelo expansivo de Uruk de inicios del III milenio cal BC y la naturaleza y consecuencias de las relaciones establecidas durante este proceso entre las sociedades de la llanura mesopotámica y las



de la orla montañosa que se emplazaba en su periferia. A partir de las observaciones planteadas por J. Gallagher y R. Robinson (1953) con respecto al modelo imperialista británico del siglo XIX, en las que se hacía énfasis en la mayor importancia de los nexos económicos como medio de control de las diferentes regiones de un imperio frente a los métodos más formales de control político –es decir, la anexión territorial–, G. Algaze (2004: 31) aplicó el enfoque adoptado por los autores con respecto a las teorías wallersteinianas de los sistemas mundiales, asumiendo la naturaleza “informal” que adoptó en su momento la expansión y el dominio de Uruk sobre una vasta red de territorios, de los que obtenía una amplia red de recursos con respecto a los cuales la llanura mesopotámica era deficitaria o de los que carecía por completo.

Es evidente que ni el contexto histórico ni el grado de desarrollo de las sociedades mesopotámicas del 3000 cal BC resultan comparables al caso que nos ocupa –como tampoco el uso del término “imperio”, que bajo ningún concepto puede emplearse aquí– pero sí creemos extrapolable el modelo expansivo en el que a fases de “dominio informal” de unas sociedades sobre otras, sucede una fase posterior de “dominio formal” y anexión territorial. Desde este punto de vista y, por supuesto, desde una perspectiva territorial y cronológica no demasiado al uso en la investigación prehistórica peninsular, a la fase expansiva iniciada en el Sudeste en torno a mediados del III milenio cal BC –coincidente con la ocupación de los nuevos núcleos sobre cerros elevados, distribuidos a lo largo del curso medio y bajo del río Segura– que instauraba un modelo de control “informal” de estas zonas mediante la fundación de enclaves sobre puntos estratégicos –como Espeñetas, Les Moreres, Puntarrón Chico, etc.–, seguiría a partir de *ca.* 2200 cal BC una fase de “anexión territorial” y “dominio formal” del territorio sobre el que se había extendido el control, coincidente con la constitución del espacio argárico y su delimitación explícita mediante fronteras de carácter coercitivo. A nuestro juicio, a partir de *ca.* 1750 cal BC a esta fase seguiría una nueva pulsión expansiva que de nuevo habría comenzado tratando de proyectar un “dominio informal” sobre los territorios periféricos, que no llegaron a culminar con una nueva fase de consolidación efectiva del control político y territorial, a partir de *ca.* 1550 cal BC, dado el colapso detectado en todo el ámbito argárico.

En este caso, todo parece indicar que a partir de 1550 cal BC se truncaría la política expansiva y de consolidación de dominio formal de los grupos dominantes argáricos, produciéndose en el ámbito del Prebético meridional valenciano, la toma del control, por parte de los grupos locales dominantes, de los principales asentamientos del territorio en los que recaía el poder político y bajo cuyo dominio se hallaban las redes de intercambio a las que pretendían tener acceso. Desde estos y mediante una serie de enclaves estratégicos en las rutas terrestres y marítimas, se garantizaría un mejor control sobre las poblaciones situadas en los territorios próximos.



Figura 4.62. Inhumación en fosa de un individuo adulto localizada en una zona de tránsito entre los departamentos XVIII y XX de Cabezo Redondo (Hernández *et al.*, 2016: 80).

Cabezo Redondo constituye un exponente muy claro –sin duda el más significativo, y desde luego con una importancia que pudo superar el ámbito meramente regional– de cómo los linajes locales dominantes establecieron relaciones parentales con otros linajes foráneos (fig. 4.62), una vez que los primeros habrían alcanzado la preminencia política en una zona que, por su situación, había pasado a convertirse en punto cardinal de unas nuevas y trascendentales rutas de intercambio de productos. A nuestro modo de ver, ello explica que a partir de momentos previos a mediados del II milenio cal BC, de todos los yacimientos de la cuenca del Vinalopó constatados, solo en Cabezo Redondo se practicaran inhumaciones dentro de la tradición argárica –dado que era allí donde residían los

grupos rectores del linaje dominante con las que habían emparentado los linajes argáricos–, al tiempo que el resto de enclaves transformarían las formas de organización y gestión de la producción, como se constata en los casos mejor conocidos de Terlinques y La Horna.

Al mismo tiempo, la estrategia basada en la creación de una red de puntos estratégicos para el control de las rutas de intercambio se hará reconocible con especial claridad en la cadena portuaria –de la que muy probablemente desconocemos muchos de sus eslabones– que conectó las estribaciones meridionales del sistema costero catalán y la costa murciana y almeriense. Sin embargo, el registro también permite inferir la existencia de otra serie de puntos bien conectados con este circuito marítimo a través de rutas terrestres, remontando los cursos fluviales, de los que serían buen ejemplo Pic dels Corbs (Barrachina, 1997; 1999), el Tossal del Castellet

(Oliver *et al.*, 2005) o El Torrelló, por citar solo algunos de los mejor conocidos. En nuestra opinión, la creación y funcionamiento de esta red de enclaves interconectados a través de las rutas marítimas y terrestres que se organizaron a partir de 1550 cal BC explica un aspecto del registro arqueológico del área centro-meridional del Levante peninsular que ya se ha señalado (Martí y de Pedro, 1997) pero para el que no se había propuesto hasta ahora una explicación plausible más allá del enfoque tradicional relativo a la “dilución cultural”: la existencia de dos “tradiciones” en el “Bronce Tardío” de la zona centro-meridional del Levante peninsular. Bajo este prisma, podemos entender mejor, a nuestro juicio, la presencia en el registro de los productos que en su trabajo clásico identificaba M. Gil-Mascarell (1981) con el Bronce tardío, como aquellos que nos permiten reconocer los emplazamientos que tomaron parte activa en el circuito de intercambios controlado por Cabezo Redondo. Frente a estos, el resto de poblados ocupados en esta fase se caracterizaría por un registro artefactual diferente, en el que no se incluyó el consumo de determinados tipos de vajilla muy conectada con los prototipos meridionales.

Llegados a este punto se hace necesario contextualizar de un modo más completo la nueva situación que impuso un sistema de relaciones intersociales completamente distinto al que permaneció vigente por espacio de casi mil años en el cuadrante sudoriental de la península ibérica. Como ya expuso F. Nocete (2001b), a la inercia que alimentó al conjunto de sociedades concretas del mediodía peninsular, impulsadas por el desarrollo autónomo de sus propias contradicciones, se unió, a partir de mediados del II milenio cal BC, su imbricación en el juego de relaciones intersociales impulsado por otra formación social en plena expansión y de mucha mayor amplitud y complejidad, vertebrada en torno al Mediterráneo, en la que acabarían integradas por completo.

Si a partir de *ca.* 1400 cal BC asistimos a la consolidación de este escenario, los prolegómenos pueden ya intuirse con cierta claridad, como vimos, hacia el 1600 cal BC, cuando la clase dominante argárica comenzaba a esforzarse por establecer lazos con unas nuevas y pujantes rutas de transvase de productos respecto de las cuales el área bajo su control directo se hallaba en posición excéntrica. Por ello, es posible establecer una estrecha relación con la ampliación del circuito comercial micénico al área occidental europea observada desde al menos finales del siglo XVIII BC, y en especial con el grupo de los Túmulos del Suroeste de Francia, con el que a partir de aproximadamente del 1600 cal BC se intensificarán los contactos (Kristiansen y Larsson, 2006: 153). Productos como el oro o el ámbar, circulantes en estas redes, se convirtieron en objetos de clase de unos grupos sociales dominantes y residentes en los principales centros argáricos, cada vez más necesitados de hacer expresión pública de una distancia social incrementada exponencialmente a lo largo de varias centurias. No resulta casual que sea en este contexto en el que se sitúen algunos objetos singulares amortizados en los ajuares de ciertas sepulturas argáricas anteriores al 1550 cal BC, como las cuentas de fayenza de la tumba 9 de Fuente



Figura 4.63. Brazaletes lisos y anillos de oro del Tesorillo Cabezo Redondo (Villena). Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

Álamo (Siret y Siret, 1890: 261, lám. 68) o la tumba AY38 de La Almoloya (Lull *et al.*, 2015b: 90-100). Pero creemos que no cabe minusvalorar el papel que pudo haber jugado también en estos momentos un material del que, si bien el territorio argárico no carecía, sus artesanos metalúrgicos no parece que hubiesen sido capaces de beneficiar: el estaño, en torno al cual girará a partir de ahora, según todos los indicios, la transición a una extendida y compleja organización de la actividad metalúrgica del bronce en el Sudeste y Levante de la península ibérica (Montero, 1999: 352; Montero *et al.* 2019; Simón, 1998: 356).

La potenciación de las rutas micénicas del occidente Mediterráneo que señalan los hallazgos de Italia meridional y Sicilia se ha relacionado con los contactos que *ca.* 1400 cal BC parecen establecerse entre los centros micénicos y el grupo de las Terramara (Kristiansen y Larsson, 2006: 153) y, en general, con la activación y ampliación de las rutas marítimas entre Liguria y las islas de Córcega y Cerdeña con el golfo de León, activando y consolidando, a nuestro juicio, una serie de circuitos menores interdependientes en los que se hallaría integrado el Levante español. Así, entre 1500 y 1300 cal BC, Cabezo Redondo habría alcanzado una posición preeminente al constituirse en punto de entrada y salida hacia este circuito para una amplia porción del antiguo territorio argárico, constituyendo el máximo exponente de un proceso que, según el esquema típico, los núcleos conformados en la franja más exterior del territorio argárico habrían pasado a detentar una posición muy ventajosa gracias al control estratégico que su situación les permitiría ejercer sobre las nuevas rutas de intercambio (Nocete, 2001b). Como síntoma perceptible de tales transformaciones podríamos señalar la distribución periférica que muestran algunos de los principales hallazgos áureos fechados en estos momentos con respecto a los antiguos centros argáricos de la cuencas de Vera y del Guadalentín, como por ejemplo la diadema de oro con adornos en repujado de la Placica de Armas, en Caravaca (Perea, 1991), o el cono de plata, también con decoración puntillada, localizado en una sepultura en urna en Los Molinicos, en Moratalla (Lillo, 1987:



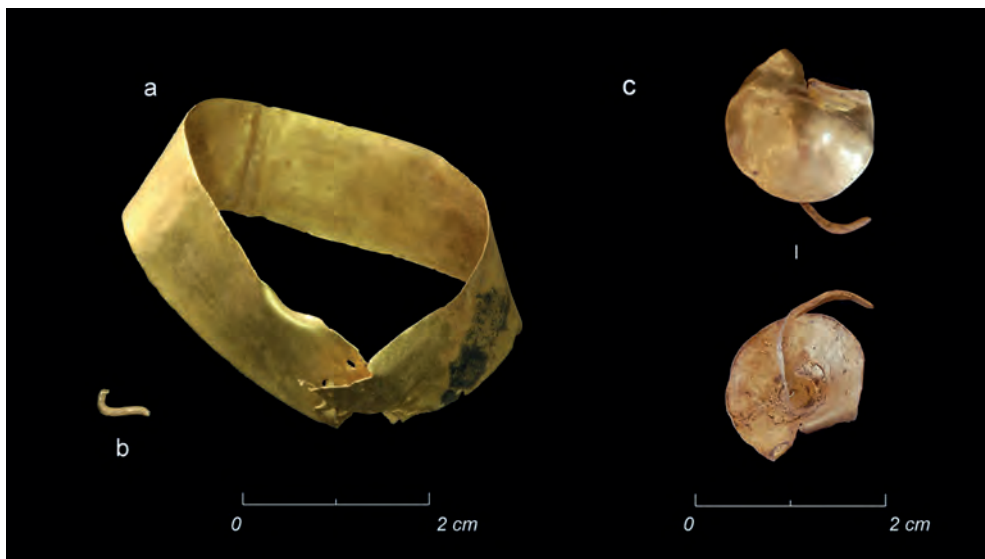


Figura 4.64. Elementos ornamentales de oro de Cabezo Redondo (Villena). Brazaletes (a) y pasador (b) de oro documentado en el Departamento XXVIII y tachuela (c) documentada en el pasillo entre los departamentos XXVII y XXX (Hernández *et al.*, 2017: figs. 8 y 10).

258), cuya relación con el conjunto de piezas que compone el Tesorillo del Cabezo Redondo, en Villena, el mayor número de las cuales pertenece al tipo de cono o *tutuli*, también adornado con decoraciones de puntos repujados (Hernández Pérez, 1997; Soler García, 1987; Simón, 1998) resulta manifiesta.

En este sentido, Cabezo Redondo destaca no solo por su capacidad para jerarquizar y aglutinar buena parte de la fuerza de trabajo disponible en una amplísima franja de territorio –de lo que es testigo, además, la abundancia, variedad, calidad y singularidad de las producciones artesanales registradas (Soler García, 1987; Hernández Pérez, 2001; Hernández *et al.*, 2016)– sino también por la escala e intensidad con la que un selecto grupo social, allí residente, hizo gala de su exclusivo acceso a determinados recursos y productos, exhibiendo una capacidad de centralización incluso superior a la de las elites argáricas, para las que hasta los productos de acceso más limitado, como espadas o diademas, presentaban una distribución mucho más amplia en el territorio. La notoria concentración –incluso por primera vez, atesoramiento– de gran cantidad de adornos de oro en Cabezo Redondo (fig. 4.63) (Hernández *et al.*, 2014; 2017) contrasta fuertemente con su completa ausencia en otros asentamientos contemporáneos excavados, como Tabayà (Hernández y López Mira, 1992), Illeta dels Banyets (Simón, 1998), Peña de Sax (Hernández y Pérez, 2005), El Negret (Hernández *et al.*, 2009) o El Monastil (Poveda Navarro, 1988) en donde no hay evidencias de oro, ni de otros productos de alto valor social.

Esta privilegiada posición de Cabezo Redondo en la jerarquía de asentamientos en el Sudeste, única capaz de explicar, la presencia de productos de carácter

4.4. Una propuesta de explicación para el proceso histórico de las sociedades campesinas de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas

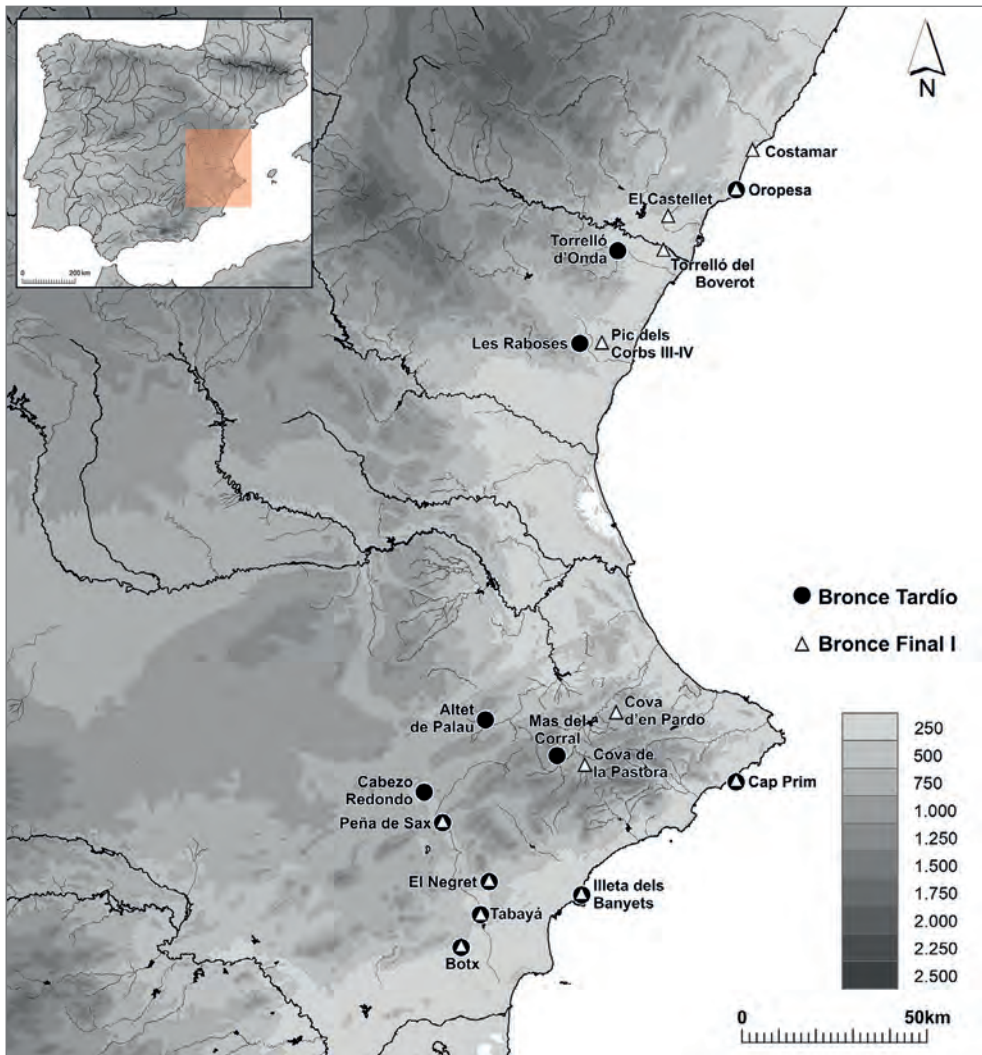


Figura 4.65. Distribución de yacimientos adscritos al Bronce tardío (1550-1250 cal BC) y Bronce final I (1250-1050 cal BC).

netamente excepcional –como puntas de lanza de bronce, de pedúnculo hueco (Hernández, 2005b), brazaletes de oro (fig. 4.64) o tachuelas de oro, comparables a las que acompañaban a las empuñaduras áureas del Tesoro de Abía de la Obispaía, en Cuenca (Lucas, 2004) o a elementos de adorno personal (Hernández *et al.*, 2017)– se basó, no obstante, en el aprovechamiento de una coyuntura de relaciones intersociales sobre la que los grupos arqueológicos del Sudeste y del área centro-meridional del Levante peninsular ya no poseían el control. Los principios sobre los que se había cimentado la expansión de una formación social de desarrollo autóctono, gestada al menos desde mediados del IV milenio cal BC en el mediodía de la península ibérica quedaba, en cuanto a su devenir histórico, a merced de las

sinergias expansivas de otra formación social con mayor grado de desarrollo social, tecnológico y organizativo, distintas y muy distantes de las que hasta ese momento habían sido protagonistas del desarrollo histórico peninsular.

De esta forma podríamos relacionar, siquiera tangencialmente, el abandono de Cabezo Redondo, acaecido según las fechas radiocarbónicas en torno a 1250 cal BC, con la desintegración del circuito comercial centromediterráneo micénico y la modificación de sus rutas en Occidente, lo que acarrió también el abandono, a su vez, de prácticamente todos los enclaves litorales conectados con ellas, desaparición que afectó también a una gran cantidad de los asentamientos distribuidos por todo el corredor del Vinalopó y cuencas próximas (fig. 4.65). Este acontecimiento sin duda tuvo que estar condicionado por múltiples factores, entre los cuales debió jugar un papel fundamental la propia decadencia de los centros micénicos y de los circuitos comerciales vinculados directa o indirectamente con ellos en el Mediterráneo central y occidental.





## 4.5. Los procesos de desagregación y nuclearización poblacional en las tierras meridionales valencianas entre los siglos XIII y VII cal BC

---

La forma en que se configuró la dinámica poblacional en el tránsito del II al I milenio cal BC apenas dispone de evidencias en el registro arqueológico, y las que existen distan mucho de ser suficientes para proporcionarnos un relato que podamos considerar plenamente consistente. En la actualidad, las líneas maestras del mismo se reducen, básicamente, a la certeza de que en estos momentos se produjo la desarticulación del entramado sociopolítico en el que, durante varias centurias, estuvieron involucrados los grandes núcleos argáricos, como San Antón o Laderas del Castillo (López Padilla, 2009b), y también otros ubicados en los corredores del interior, como Cabezo Redondo (Hernández, 2009). Aunque comenzamos a disponer de indicios que señalan un despoblamiento de alguno de los centros argáricos de la Vega Baja del Segura incluso anterior, los estratos más recientes de Cabezo Redondo señalan en torno a 1250-1200 cal BC una paulatina degradación de los muros y estructuras que apuntan a que el asentamiento se encontraba ya completamente desocupado o en vías de desaparición.

Desde hace ya años se ha venido relacionando el decaimiento del gran núcleo villenense con la ocultación del celeberrimo Tesoro de Villena (fig. 4.66), ocultado o amortizado de manera intencional en el cauce de una pequeña rambla abierta en la vertiente meridional de la sierra del Morrón (Soler García, 1969). Como todo hallazgo excepcional, este extraordinario conjunto de piezas de oro y plata, hallado en un contexto cerrado, privado de cualquier relación inequívoca con su entorno arqueológico, ha suscitado todo tipo de hipótesis a partir del análisis de los objetos que lo componen (García Atiénzar y Barciela, 2017). Aunque se han llegado a proponer una cronología en momentos avanzados del Bronce final, o incluso en los prolegómenos de la colonización fenicia, no pocos indicios permiten relacionar su ocultación con el ocaso de las élites de Cabezo Redondo, en particular las relaciones formales que se han establecido entre algunas piezas del Tesoro de Villena y otras del Tesorillo de Cabezo Redondo (Hernández *et al.*, 2014).



Figura 4.66. Tesoro de Villena. Fotografía: Archivo gráfico del MARQ - Museo Arqueológico de Alicante.

Ya se trate de una destrucción simbólica o de una ocultación, el Tesoro de Villena parece situarse en un momento crítico de profundas transformaciones tanto en el plano social como político.

Hace unos años ya planteábamos que a partir del 1250 cal BC parecía producirse un cambio en el patrón de asentamiento al abandonarse numerosos yacimientos ubicados en cerros, a la vez que se intensificaba la ocupación de enclaves en terrazas fluviales (Jover, 1999). Solo algunos asentamientos en cerros o estribaciones montañosas, como Tabayá, desde donde se controlaba el paso entre el Vinalopó y las tierras litorales, o El Negret (Barciela *et al.*, 2012), siguieron ocupados (Hernández y López Mira, 1992; Molina Mas, 1999), mientras que, para otros, como Mola d'Agres, se proponía un traslado del área ocupada a otras zonas del mismo cerro (Gil-Mascarell y Peña, 1994; Peña *et al.*, 1996), aun cuando también podría interpretarse un hiato ocupacional. En tierras más septentrionales del área levantina son pocos los yacimientos que presenten una secuencia ocupacional para estos momentos (fig. 4.67). El asentamiento más destacado por la calidad y cantidad de la información aportada es Pic dels Corbs (Barrachina, 2009; 2012). En él se ha documentado la superposición de diversos niveles de ocupación de ambientes domésticos –fases III, IV y V–, bien datados mediante C-14 entre el 1300 y el 800 cal BC, en

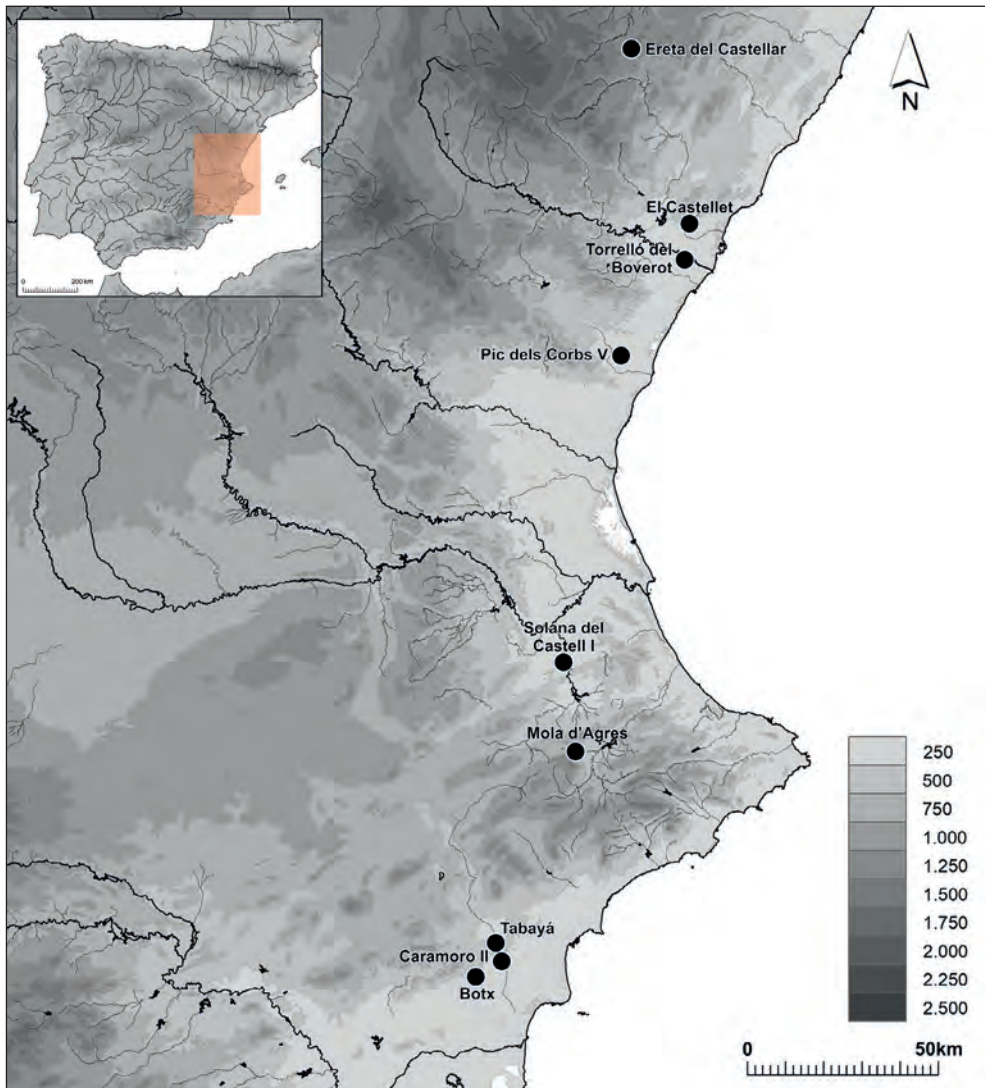


Figura 4.67. Distribución de yacimientos adscritos al Bronce final II (1050-850 cal BC).

los que los repertorios cerámicos muestran la presencia de cerámicas decoradas con diversas técnicas, especialmente boquique y excisión, a las que a partir de momentos próximos a los inicios del I milenio cal BC, claramente asociado a un nuevo momento constructivo, se incorporarían las cerámicas acanaladas del tipo campos de Urnas. Esta ocupación se mantuvo vigente, con diversos cambios, hasta aproximadamente el 800 cal BC (Barrachina, 2012).

Para las comarcas meridionales valencianas todavía no contamos con secuencias debidamente datadas para el periodo 1200-1000 cal BC, con la excepción de uno de los ambientes excavados en El Negret (Barciela *et al.*, 2012), del que se





Figura 4.68. Urna acanalada de Tabayá, depositada en el Museo Arqueológico Municipal de Novelda. Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

obtuvo una fecha de 1268-1113 cal BC. Sin embargo, la exigüidad del registro material hallado en su interior no aporta apenas información. Para el tránsito del II al I milenio cal BC, considerado como correspondiente a la fase del Bronce final II (fig. 4.68) (Jover *et al.*, 2016) se dispone de menos información aún. Las pocas evidencias de importancia constatadas proceden de Caramoro II (García Borja *et al.*, 2010; González y Ruiz, 1992), El Castellar –con importantes reservas– (López Padilla, 2008: 25-28) y Tabayá (Hernández y López Mira, 1992) en la margen izquierda del Vinalopó, y El Botx (Trelis, 1995, Trelis *et al.*, 2004) en los llanos de Crevillente.

Con posterioridad, a mediados del siglo IX cal BC, si atendemos a las escasas dataciones absolutas sobre muestras de vida larga disponibles, cabe situar la ocupación inicial del gran asentamiento de Peña Negra –fase I– (González Prats, 1983; Torres, 2008: 543, tabla 1), su necrópolis asociada de Les Moreres (González Prats, 2002; Lorrio, 2008) (fig. 4.69), así como los Saladares (Arteaga, 1982; Arteaga y Serna, 1979/80) en la margen derecha del río Segura. Es reseñable la escasez de yacimientos documentados en un territorio muy amplio, probablemente en directa



relación con un patrón de asentamiento heterogéneo donde se primaría la ocupación de las zonas llanas frente a laderas o cerros, como es el caso de *Penya Negra*, y en consonancia con el empleo de materiales constructivos deleznable y poco duraderos, al igual que se constata en otras zonas del Sudeste (Lorrio, 2008).

Al mismo tiempo, los restos estructurales documentados en las excavaciones de estos yacimientos son muy diferentes. En las distintas actuaciones efectuadas en *Caramoro II* (García Borja *et al.*, 2010; González y Ruiz, 1992) se ha determinado la existencia de una línea de muralla de considerable anchura y complejidad, junto a residuales evidencias de hábitat. En el asentamiento de llanura de *El Botx* (García Borja *et al.*, 2007), las estructuras documentadas estaban practicadas en la base geológica, correspondiendo a fosas empleadas como áreas de desecho. Y, por el contrario, en *Penya Negra*, la complejidad arquitectónica y secuencial documentada en el sector E (González Prats, 1990) es considerable, ya que la estratigrafía arranca con la presencia de fondos de cabaña, a las que se superponen cabañas circulares y



Figura 4.69. Urna de la necrópolis de Les Moreres. Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

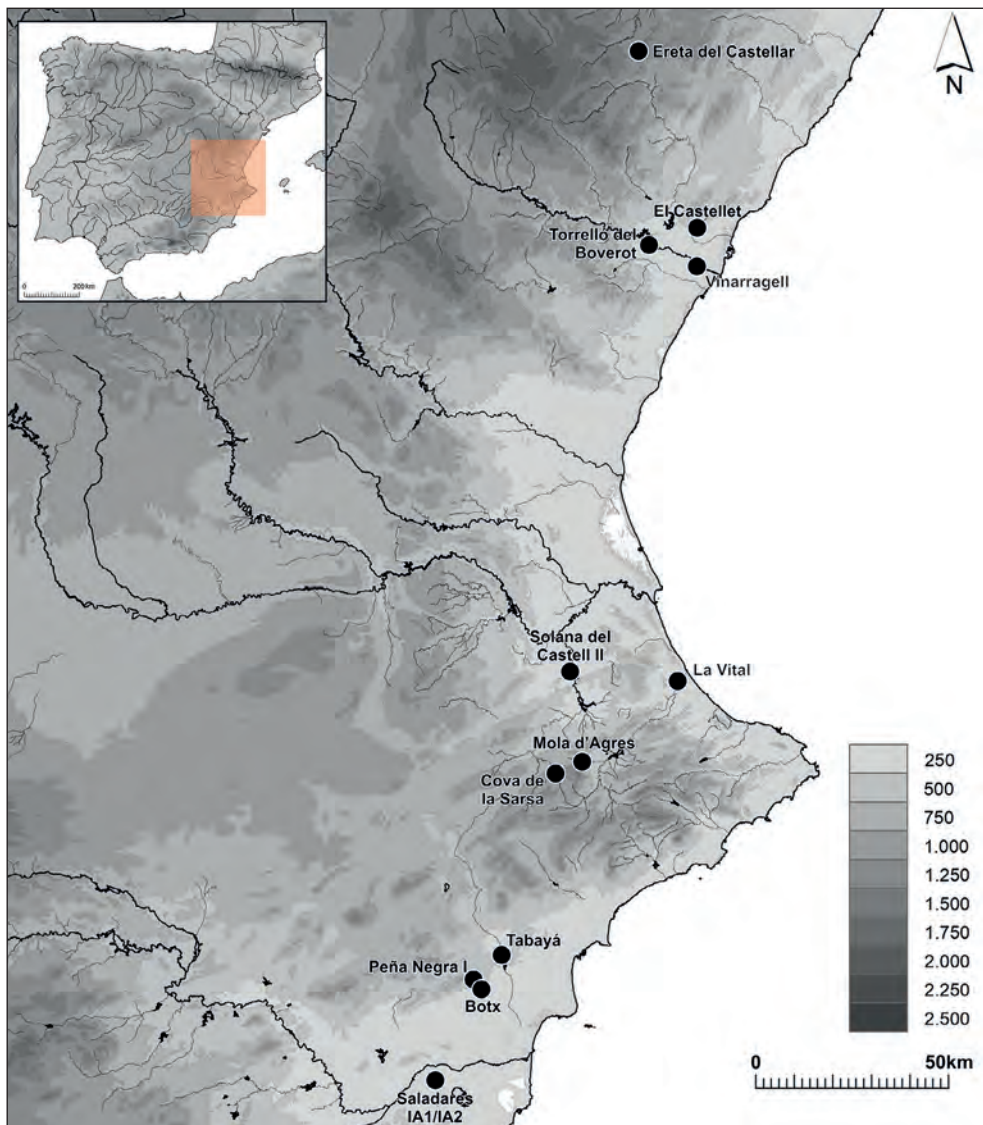


Figura 4.70. Distribución general de yacimientos reconocidos como del Bronce final III (850-725 cal BC).

más tarde casas de esquinas redondeadas, con zócalos de piedra y arcilla, asociadas a fosas con desechos de material y hornos de planta circular-oval delimitados por bloques verticales (González, 1983: 60).

Por tanto, a partir del siglo IX cal BC (fig. 4.70), después de casi tres siglos de desagregación poblacional en las comarcas meridionales valencianas, ya podemos considerar la reconfiguración en estos territorios de un nuevo núcleo poblacional con una dilatada secuencia ocupacional –Peña Negra–, implantado en plena sierra, siguiendo el patrón de asentamiento argárico previo, al que se asocia un

poblamiento disperso de unidades agrícolas, representado por núcleos como El Botx o Los Saladares. La ruta de conexión hacia el valle del Vinalopó podría haber estado controlada por núcleos encumbrados, como Tabayá, El Castellar, o fortificados como Caramoro II, aunque las recientes excavaciones plantean una probable fundación anterior a Peña Negra. La extensión superficial de este último núcleo –unas 15 ha siguiendo los trabajos de algunos autores (Grau y Moratalla, 2001: 194; Moratalla, 2005)–, la amplia actividad metalúrgica, centrada fundamentalmente en la producción de bronce (González Prats, 1983), y su registro material, lo convierten en el núcleo rector desde donde se habría articulado el control sociopolítico de las poblaciones diseminadas por un amplio territorio –Depresión meridional, Prebético septentrional–, antes incluso a la fundación de las factorías fenicias costeras del Cabezo Pequeño del Estaño y de La Fonteta, en la desembocadura del río Segura, ya en momentos del siglo VIII cal BC (González Prats, 2000; 2004; 2005; 2010a; 2011; Prados *et al.*, 2020; Rouillard *et al.*, 2007; Rouillard, 2010).

El Cabezo Pequeño del Estaño es un establecimiento emplazado en un pequeño cabezo de la margen derecha del río Segura, ubicado a escasa distancia de la línea de costa. Según las recientes investigaciones fue fundado por los fenicios occidentales procedentes de las costas andaluzas ya entrado el siglo VIII cal BC, lo que se ha reafirmado recientemente al determinar la procedencia desde estas tierras de la mayor parte de las producciones cerámicas, en especial, las realizadas a mano (Prados *et al.*, 2020: 13). Del mismo destaca su potente defensa de casamatas, la documentación de estructuras domésticas de almacenamiento, así como un taller de producción metalúrgica centrado en la copelación de la plata (fig. 4.71) (Prados *et al.*, 2018: 88). Su abandono se ha relacionado con un terremoto (Prados *et al.*, 2020: 15) y ha llevado a sus investigadores a considerar que se trataría de un establecimiento de corta duración.

Por su parte, La Fonteta es un núcleo emplazado en la costa, de aproximadamente 1,5 ha, construido *ex novo* hacia finales del siglo VIII a.C. y amurallado en torno al 600 a.C. (fig. 4.72). Su abandono parece producirse a finales del siglo VI cal BC y hasta entonces habría funcionado como un puerto comercial (Rouillard, 2010). No dispone de tierras fértiles en un perímetro inmediato, ya que su posición en la costa con ambientes dunares y junto al humedal de influencia marina que se desarrolla por el norte, desde la Albufera de Elche (Ferrer, 2010), hacen inviables las tareas agrícolas. En cambio, sí que parece ser un centro con actividad metalúrgica desde sus primeras fases de ocupación, tanto de bronce, como de hierro, dadas las evidencias de fundición y la amplia gama de productos de ambos metales (González Prats, 2010b).

Siguiendo la opinión de diferentes autores, dos yacimientos emplazados en sus proximidades estarían estrechamente relacionados: el Castillo de Guardamar y el Cabezo Pequeño del Estaño. El primero, interpretado desde hace años como un santuario por el elevado número de fragmentos de exvotos de época ibérica (Abad,



4.5. Los procesos de desagregación y nuclearización poblacional en las tierras meridionales valencianas entre los siglos XIII y VII cal BC



Figura 4.71. Vista cenital del Cabezo Pequeño del Estañó (Guardamar del Segura) con indicación de las principales áreas documentadas. Fotografía: F. Prados Martínez.



Figura 4.72. Vista de La Fonteta (Guardamar del Segura). Fotografía: A. J. Lorrio Alvarado.



1992), fue excavado posteriormente, remontando su ocupación a época orientalizante (García Menárguez, 1994). Los materiales de filiación fenicia aparecidos confirmaron el origen semita de este lugar (González Prats, 2010<sup>a</sup>; García Menárguez, 1994), planteando el funcionamiento de La Fonteta como un puerto en primera línea y el Castillo de Guardamar como un santuario que garantizara la neutralidad de los intercambios (Grau y Moratalla, 2001: 192).

El Cabezo Pequeño del Estaño, por su parte, ha sido identificado como un puerto de comercio, con un rol de producción metalúrgica y redistribuidor de mercancías (Prados *et al.* 2020: 13). Correspondería, dadas las dataciones absolutas obtenidas, a una factoría fenicia primigenia (García Menárguez y Prados, 2014), fundada a principios del siglo VIII cal BC y abandonada durante la segunda mitad del mismo siglo.

Con estos datos, hace ya dos décadas, I. Grau y J. Moratalla (2001: 173-203) en un amplio estudio del poblamiento ibérico del Bajo Segura, que también incluía sus fases previas, planteaban una organización del territorio diferenciando dos sectores, el río Segura y el río Vinalopó, separados ambos por más de 20 km de distancia y por un área de marjal –la Albufera de Elche–. Ambas áreas de explotación no entrarían en competencia. En la primera, el patrón de asentamiento seguiría criterios semitas: un establecimiento en la costa, casos del Cabezo Pequeño del Estaño y La Fonteta, guardando una distancia prudencial respecto a los asentamientos indígenas y asegurando el fondeado de barcos. Para estos autores, se trataría de un asentamiento mixto, fruto de la intensa relación comercial existente, que además explicaría el elevado porcentaje de cerámica elaborada a mano –el 60% en el último cuarto del siglo VIII cal BC– (Rouillard, 2010). Para la desembocadura del Vinalopó, por el contrario, se proponía un patrón de asentamiento agrupado en torno a Peña Negra. Este gran núcleo de hábitat, sin amurallar, estaría rodeado de pequeños asentamientos encumbrados y amurallados –Cantal de la Campana, Les Barricaes y Coto Memoria (Moratalla, 2005)– y en las tierras cuaternarias del piedemonte se dispondrían diversos asentamientos agropecuarios dependientes, como El Botx (Trelis *et al.*, 2004) y Camí de Catral (González Prats, 1989; 2010). Peña Negra, en su fase II, ya sería, por tanto, un gran núcleo de hábitat disperso, con áreas artesanales y residenciales, rodeado de pequeños asentamientos encumbrados que controlarían y defenderían visualmente su espacio de influencia sociopolítica. Para estos autores la diferencia entre el periodo orientalizante y el ibérico antiguo radicaría en el control de las relaciones comerciales que, a partir de mediados del siglo VI cal BC estarían bajo control indígena, a diferencia de la etapa precedente.

En la misma línea, J. Moratalla (2005) planteaba que a partir del último cuarto del siglo VIII cal BC –momento en el que al parecer se produjo la implantación de las poblaciones semitas en estas costas– hasta mediados del VI a.C., estos grupos con una organización política, económica y tecnológica más desarrollada controlarían durante más de un siglo los derroteros y circuitos marítimos, cuyos límites más

septentrionales se encontraban en L'Alt de Benimaquia (Denia) y Sa Caleta (Ibiza). Dentro de ese circuito comercial se hallaban áreas territoriales jerarquizadas regidas por un poblado central que ejercía el control político de un territorio más o menos próximo. Peña Negra sería el gran centro poblacional y político de la Depresión meridional alicantina.

Poblado o aldea central, atalayas y/o fortines y caseríos siguiendo la denominación de otros autores (Moratalla, 2005) configurarían las unidades básicas del poblamiento en la Depresión meridional alicantina, a la que habría que sumar la factoría o puerto de comercio del Cabezo Pequeño del Estaño (García Menárguez y Prados, 2014) y el asentamiento urbano de La Fonteta (González Prats, 2010a; 2011). Este emplazamiento en la costa ejercería el papel de puerto natural de entrada y salida de productos, y de centro de manufactura de muchos otros.

A. González Prats ya planteó un origen completamente colonial para La Fonteta (González Prats, 2000; 2010a) y el Cabezo Pequeño del Estaño (García Menárguez, 2010; García Menárguez y Prados, 2014; González y García, 1997). Serían asentamientos fenicios que entrarían en contacto con las poblaciones indígenas, ya configuradas desde la fase previa y con una posición estratégica en el caso de Peña Negra que, desde mediados o finales del siglo IX cal BC, controlarían las rutas comerciales terrestres, además de poseer una producción metalúrgica que no solo estaría destinada a cubrir las necesidades propias.

De tal manera que es necesario cuestionarse si la presencia semita en las costas del sur de Alicante se debe a la importancia del núcleo de Peña Negra, en cuanto a tamaño, control territorial y actividades productivas, o si su desarrollo se produjo como consecuencia del trasiego comercial y capacidad productiva que se gestaría con la fundación de las instalaciones costeras (González Prats, 2000). Se plantea, pues, que la estrategia de estas colonias fenicias en el río Segura fue la de ejercer el control económico del *hinterland* más próximo, en este caso, el ejercido desde Peña Negra, uno de los núcleos poblacionales de mayor tamaño de todo el Sudeste (fig. 4.73).

Con independencia del carácter de La Fonteta y su importancia durante el siglo VII cal BC, en lo que sí parecen coincidir las propuestas investigadoras es en la importancia sociopolítica del asentamiento de Peña Negra desde antes de la creación de La Fonteta. Emplazado en las laderas de un cerro en la sierra de Crevillente, constituye un asentamiento de considerable magnitud, ubicado en tierras de bajo rendimiento agrícola. Las dificultades de control visual desde el mismo serían cubiertas por los diversos asentamientos encumbrados en elevaciones de la propia sierra, dominando todos los llanos litorales descendientes: piedemonte de la sierra, Camp d'Elx y Vega Baja del Segura, donde se encuentran las mejores condiciones para el uso agrícola. Es en estos llanos donde han sido localizados diversos yacimientos con secuencias estratigráficas poco dilatadas o monofásicas, algunos con estructuras de diversa entidad, que permiten deducir la existencia de un poblamiento disperso y

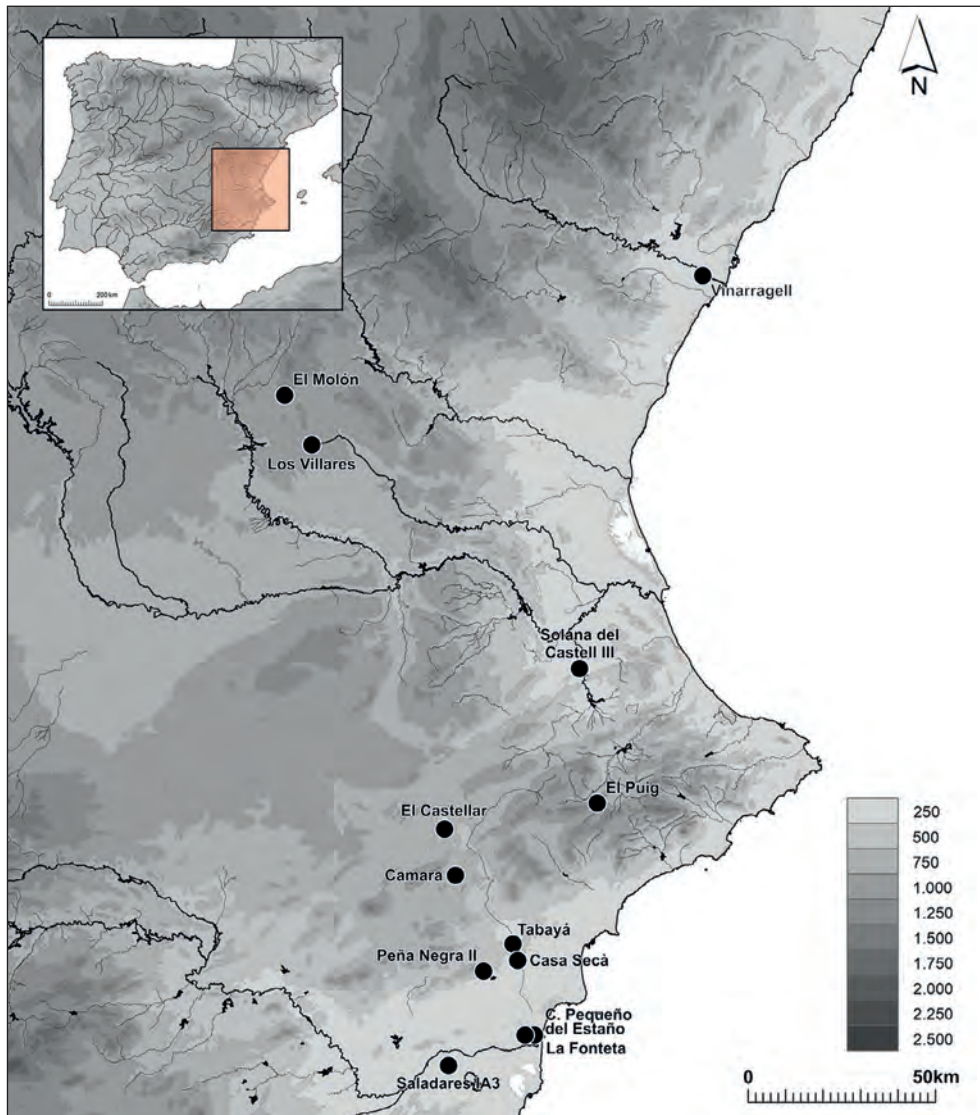


Figura 4.73. Mapa de distribución de los yacimientos del Hierro antiguo citados en el texto.

amplio de pequeñas comunidades agrícolas, que se va incrementado a partir del siglo VII cal BC a tenor de las evidencias documentadas en Casa de Secà (Soriano *et al.*, 2012) y en otros puntos del tramo final del Vinalopó.

En cualquier caso, y con toda esta información, consideramos oportuno plantear, a modo de hipótesis, una representación de la dinámica poblacional en las tierras de la Depresión litoral alicantina o área del Subbético valenciano, una de las mejor conocidas en las tierras valencianas. Las marcadas diferencias observables entre yacimientos coetáneos como los anteriormente señalados, al menos desde inicios del siglo VII cal BC, en lo que se refiere a su distribución territorial y tamaño

(Moratalla, 2005), carácter monofásico o no de las ocupaciones, entidad de las estructuras domésticas reconocidas, inversión de trabajo en estructuras defensivas, planificación urbanística en determinados enclaves (González Prats, 2010a; 2011; Rouillard, 2010; Rouillard *et al.*, 2007), localización de actividades artesanales y metalúrgicas diferenciadas, prácticas funerarias (Lorrio, 2008), atesoramiento en el asentamiento de mayor entidad (González Prats, 1976) o en claras diferencias entre asentamientos en el consumo de materias primas y productos alóctonos (González Prats, 2002), son argumentos suficientes para considerar que se trata de una sociedad de clases consolidada, con marcadas diferencias en el acceso a la propiedad de medios y objetos de trabajo. No en vano, en la zona ya se constatan muchas de estas diferencias un milenio antes con el grupo argárico (Lull y Risch, 1995; Lull *et al.*, 2009; 2011; 2013).

En la dinámica poblacional de ese territorio y en la explicación del proceso histórico de aquellas comunidades, es evidente la importancia de asentamientos como Peña Negra o La Fonteta, desde donde los grupos dominantes intentarían legitimar y consolidar su posición sobre un amplio conjunto de comunidades ampliamente distribuidas por el ámbito regional. Desde nuestra visión de la realidad en estudio, creemos que aquellos grupos dominantes encontrarían un mecanismo para el incremento de las disimetrías sociales en el control e imposición social de nuevos medios de producción, materias primas y productos, obtenidos gracias a la aceptación de las reglas establecidas por los grupos propietarios de los medios de transporte marítimos y controladores de los derroteros del sur peninsular, que no parecen ser otros que las poblaciones semitas (García Alfonso, 2007). Por tanto, la inclusión de las poblaciones del territorio de la depresión litoral murciana en los circuitos de distribución por vía marítima de materias primas y productos supuso la aceptación por parte de los grupos dominantes emplazados en enclaves como Peña Negra, de los principios del valor de cambio y, por tanto, su extorsión a través de la plusvalía.

Si las poblaciones campesinas de las etapas previas de la Edad del Bronce habían conseguido reproducirse con un importante grado de autosuficiencia al obtener de forma directa o a través de limitados procesos de intercambio y distribución buena de parte de las materias primas con las que elaborar los instrumentos de trabajo relacionados con las actividades agrícolas –hoces de sílex, instrumentos de piedra pulida, etc.–, o con el transporte y procesado de alimentos, a partir de finales del siglo VIII BC, con la consolidación de Peña Negra y la fundación de los establecimientos del Cabezo Pequeño del Estaño y de La Fonteta, la situación se transformó radicalmente. Los grupos campesinos diseminados por las tierras llanas pasarían a depender plenamente de la esfera social –no de la relación de los grupos humanos con el espacio natural y transformado– para la obtención de buena parte de los medios de producción y consumo implicados en los procesos productivos. Los beneficios aportados a los grupos productores con la introducción en los procesos laborales del instrumental de hierro (González Prats, 2010b; Mansel, 2000), el empleo



de recipientes cerámicos de tamaño estandarizado y de fácil fiscalización, como las ánforas (fig. 4.74), de mayor capacidad y facilidad en el transporte marítimo; o el uso generalizado de conservantes para alimentos, entre muchos otros elementos, fueron rápidamente asumidos e incorporados entre sus condiciones y necesidades materiales para la producción y el consumo, a cambio de consentir la enajenación de mayor cantidad de bienes producidos. Los grupos dominantes generaban así un mayor grado de integración social, pero sobre todo aumentaban la dependencia de los grupos campesinos.

El incremento del número de enclaves y evidencias arqueológicas en la ocupación de las tierras llanas a partir del siglo VII cal BC como es el caso de Casa de Secà y de otros sitios en el Camp d'Elx –La Alcudia,

Hacienda Botella, Finca del tío Bou, etc.–; en el piedemonte de la sierra de Crevillente –Camí de Catral (González Prats, 1989), Corral Oeste (Moratalla, 2005)– o en la Vega del Segura –Los Saladares (Arteaga y Serna, 1975; 1979/80), Castillo de Santa Bárbara (Moratalla, 2005)–, viene a ser una prueba de la intensificación productiva en las tierras de mayor capacidad agrícola, extensible también a otros valles de interior, en los que también se establecieron enclaves en altura en los umbrales montañosos –Tabayá, Camara, Cerro de la Virgen– para el control de las vías de comunicación, en clara relación con la intensificación de la circulación de todo tipo de productos.

En la misma línea consideramos que debería interpretarse la presencia de lingotes de bronce acumulados en algunos yacimientos como los documentados en



Figura 4.74. Ánfora fenicia documentada en Penya Negra (Crevillente). Fotografía: Archivo gráfico del MARQ- Museo Arqueológico de Alicante.

la zona del Camp d'Elx o Tabayá (González, 1985; Simón, 1998). Este material almacenado, probablemente para ser refundido, reutilizado y redistribuido, permite plantear, como hipótesis, la atribución de un rol más destacado para determinados enclaves, en clara relación con la articulación de redes de distribución de productos sobre el amplio agro ilicitano y para su circulación hacia comunidades implantadas en tierras interiores.

Con todo, estas evidencias son clarificadoras de la existencia de un entramado sociopolítico de control de la distribución de productos manufacturados, sin el que no se podría explicar la consolidación y desarrollo posterior, una vez que las poblaciones semitas perdieron el dominio de las rutas marítimas meridionales y los grupos dominantes locales no pudieron asegurar al conjunto de la sociedad el abastecimiento de materias primas, instrumentos de trabajo y productos introducidos y básico ya, también elaborados en La Fonteta. La cercanía de La Alcuña, uno de los principales centros de la Contestania Ibérica, a tierras fértiles y al mar; su posible papel redistribuidor desde momentos indeterminados de los siglos VI-V a. C. y la creación de un nuevo enclave portuario como el de La Picola (Molina Vidal, 2005), facilitarían el traslado progresivo de la población –en especial de los grupos dominantes y los grupos artesanales especializados asociados, residentes en núcleos como Peña Negra–, al mismo tiempo que se gestaba el abandono definitivo de enclaves como La Fonteta. De este modo, se conseguiría consolidar un nuevo marco social bajo una nueva materialidad que identificamos como los grupos iberos.

## 5. Bibliografía

---

- Abad Casal, L. (1992): "Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar". En *Trabajos Varios del SIP. Homenaje a E. Pla Ballester*, 89: 225-238. Museu de Prehistòria. Diputació de València. Valencia.
- Abarquero Moras, F.J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- Abarquero, F.J. y Delibes, G. (1997): "La presencia de Cogotas I en el País Valenciano: anotaciones al tema desde una perspectiva meseteña". *Saguntum*, 30: 115-134. Valencia.
- Acosta, L. y López Padilla, J.A. (2012): "Apuntes sobre la ocupación de la Cova d'en Pardo durante la Edad del Bronce". En J.A. Soler Díaz (Coord.), *Cova d'en Pardo. Arqueología en la memoria: 287-297*. MARQ-Museu Arqueologic d'Alcoi. Alcoi
- Acosta, P. y Pellicer, P. (1990): *La Cueva de la Dehesilla (Jerez de la Frontera). Las primeras civilizaciones productoras en Andalucía Occidental*. CSIC. Jerez de la Frontera.
- Aguilella, G., Barrachina, A., Falomir, F., Viciach, A. y Medina, P. (2018): "El yacimiento arqueológico de Orpesa la Vella (Orpesa del Mar, Castellón). Resultados de las campañas de 2005 a 2008 y su contextualización" *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 36: 27-71.
- Alarcón García, E. (2010): *Continuidad y cambio social. Las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*. Tesis doctoral. Universidad de Granada. <https://hera.ugr.es/tesisugr/18930979.pdf> (consulta: 05-01-2020).
- Alba Luzón, M. y García Atiénzar, G. (2018): "Beaker pottery in the Peñón de la Zorra (Alicante, Spain): Change and emergence of social complexity between the Neolithic and the Bronze Age". *Journal Neolithic Archaeology*, 20: 59-76.
- Alba, M., Saura, P. J. y García, G. (2017): "La vajilla campaniforme en las comarcas de L'Alcoia y El Comtat: aproximación a través del Estilo cerámico". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 26: 23-46.

- Alberola, E. y Hernández, M.S. (1988): "Ledua (Novelda, Alacant). Un yacimiento de llanura en el Neolítico valenciano". *Archivo de Prehistoria Levantina*, 18: 149-158.
- Alcacer Grau, J. (1955): *El Puntal de Cambra (Villar del Arzobispo)*. Trabajos Varios del SIP, 5. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Alday Ruiz, A. (dir.) (2006): *El campamento prehistórico de Mendandia: ocupaciones mesolíticas y neolíticas entre el 8500 y el 6400 BP*. Fundación José Miguel de Barandiarán. Vitoria.
- Algaze, G. (1989): "The Uruk Expansion: Cross-Cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization". *Current Anthropology*, 30, 5: 571-608.
- Algaze, G. (2004): *El Sistema Mundo de Uruk*. Bellaterra. Barcelona
- Algaze, G. (2008): *La antigua Mesopotamia en los albores de la civilización. La evolución de un paisaje urbano*. Bellaterra. Barcelona.
- Amín, S. (1976): *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*. Anagrama. Barcelona.
- Aparicio Pérez, J. (1976): *Estudio económico y social de la Edad del Bronce Valenciano*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia.
- Aparicio Pérez, J. (1990): "El Collado (Oliva, La Safor)". *Excavacions arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana (1984-1988)*. II. *Intervencions rurals*. Valencia: 163-166. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Valencia.
- Aparicio Pérez, J. (2008): "Estudio Arqueológico". En *La necrópolis mesolítica de El Collado (Oliva-Valencia)*: 9-176. Academia de Cultura Valenciana, Sección de Prehistoria y Arqueología. Valencia.
- Aparicio, J., Gurrea, V. y Climent, S. (1983): *Carta Arqueológica de La Safor*. Gandía.
- Aranda, G. y Esquivel, J.A. (2006): "Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del Sureste Peninsular: la Cultura de El Argar". *Trabajos de Prehistoria*, 63, 2: 117-133.
- Aranda, G., Díaz-Zorita, M., Hamilton, D., Milesi, L. y Sánchez, M. (2020): "The radiocarbon chronology and temporality of the megalithic cemetery of Los Millares (Almería, Spain)". *Archaeological and Anthropological Sciences*, 12: 104.
- Aranegui Gascó, C. (1981): "Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro". En *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 1: 41-66. Valencia.
- Aranegui, C. y Gil-Mascarell, M.M. (1981): "El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano". *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 1. Valencia.
- Arteaga Matute, O. (1982): "Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante Meridional y Sudeste de la península ibérica". *Huelva Arqueológica*, VI: 13-183.
- Arteaga Matute, O. (1992): "Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar". *SPAL*, 1: 179-208.



- Arteaga Matute, O. (2000): "La sociedad clasista inicial y el origen del Estado en el territorio de El Argar". *Revista Atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, III: 121-219.
- Arteaga, O. y Serna, M.R. (1975): "Los Saladares-71". *Noticiero Arqueológico Hispánico, Arqueología*, 3: 7-140.
- Arteaga, O. y Serna, M.R. (1979-80): "Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (estudio crítico 1)". *Ampurias*, 41-42: 65-137.
- Arteaga, O. y Serna, M.R. (1973): "Los Saladares. Un yacimiento protohistórico en la región del Bajo Segura". *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*: 437-450. Zaragoza.
- Asquerino Fernández, M.D. (1978): "Cova de la Sarsa (Bocairente, Valencia). Análisis estadístico y tipológico de materiales sin estratigrafía (1971-1974)". *Saguntum-PLAV*, 13: 99-225.
- Asquerino Fernández, M.D. (1998): "Cova de la Sarsa. Sector II: Gatera". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 7: 47-88.
- Atrián, P. (1974): "Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín (Teruel)". *Instituto de Estudios Turolenses*, 52: 7-32.
- Aura Tortosa, J.E. (2001): "Cazadores en el bosque. El Epipaleolítico en el País Valenciano". En Villaverde, V. (ed.), *De neandertales a cromañones. El inicio del poblamiento humano en las tierras valencianas*: 219-238. Universitat de València. Valencia.
- Aura, J.E., Morales, J. V. y de Miguel, M.P. (2010): "Restes humanes amb marques antròpiques de les Coves de Santa Maira". En A. Pérez y B. Soler (coords.), *Restos de Vida, Restos de Muerte. La Muerte en la Prehistoria*: 169-174. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Aura, J.E., Seguí, J. R., Pérez, M., Verdasco, C., Pérez, C.I., Soler, B., García-Puchol, O., Vidal, S., Carballo, I. y Nebot, B. (2000): "Les Coves de Santa Maira (Castell de Castells, La Marina Alta-Alacant): primeros datos arqueológicos y cronológicos". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 9: 75-84.
- Aura, J.E., Carrión, Y., García-Puchol, O., Jardón, P., Jordá, J.F., Molina, Ll., Morales, J.V., Pascual, J.L., Pérez, G., Pérez, M., Rodrigo, M.J. y Verdasco, C. (2006): "Epipaleolítico-Mesolítico en las comarcas centrales valencianas". En A. Alday (coord.), *El Mesolítico de muescas y denticulados en la cuenca del Ebro y el litoral mediterráneo peninsular. Memorias de Yacimientos Alaveses*, 11: 65-120. Vitoria-Gasteiz.
- Ayala Juan, M.M. (1985): "Aportación al estudio de los ídolos calcolíticos de Murcia". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 1: 23-32. Murcia.
- Ayala Juan, M.M. (1991): *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*. Ayuntamiento de Lorca-Real Academia Alfonso X El Sabio. Murcia.

- Ayala, M.M. e Idáñez, J.F. (1987): “Avance al estudio del vaso campaniforme en la región de Murcia”. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*: 285-300. Zaragoza.
- Ayala, M.M., Jiménez, S. y Gris, L. (1995): “Asentamientos permanentes de agricultores y ganaderos del Sureste peninsular. El Cerro de las Viñas y el Chorrillo Bajo, dos poblados neolíticos de Lorca, Murcia”. *Verdolay*, 2: 41-57.
- Badal, E. (1999): “El potencial pecuario de la vegetación mediterránea: las cuevas Redil”. *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV*, Extra-2: 69-75.
- Badal, E. (2002): “Bosque, campos y pastos: el potencial económico de la vegetación mediterránea. El paisaje en el Neolítico mediterráneo”. *Saguntum-PLAV*, Extra-5: 129-146.
- Badal, E. (2009): “¿Cambios ambientales y/o impacto agrícola?”. En J. Bernabeu y Ll. Molina (eds.), *La Cova de les Cendres (Teulada, Moraira, Alicante)*. Serie Mayor, 7: 135-140. MARQ. Alicante.
- Badal, E. y Atienza, V. (2008): “Volver al redil. Plantas, ganados y estiércol”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*, vol. I: 393-401. MARQ. Alicante.
- Baldellou, V. y Utrilla, P. (1999): “Le Néolithique en Aragon”. En *XXIVe Congrès Préhistorique de France (Carcassonne, 1994). Le Néolithique du Nord-Ouest méditerranéen*: 225-237. Société Préhistorique Française. Paris.
- Balsera, V., Bernabeu, J., Costa-Caramé, M., Díaz del Río, P., García San Juan, L. y Pardo, S. (2015): “The radiocarbon chronology of Southern Spain’s Late Prehistory (56000-1000 BC): A Comparative Review”. *Oxford Journal of Archaeology*, 34(2): 139-156.
- Balsera, V., Díaz del Río, P., Díaz-Zorita, M., Hervé Bocherens, A.W., Thomas, J., Peate, D. y Martínez, I. (2016): “El Acequión: paleodieta y movilidad humana durante la Edad del Bronce en La Mancha”. En B. Gamo y R. Sanz (coords.), *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete*: 331-343. Instituto de Estudios Albacetenses ‘Don Juan Manuel’. Albacete.
- Ballester Tormo, I. (1929): “La covacha sepulcral del Camí Real, Albaida”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, I: 30-35.
- Ballester Tormo, I. (1937): *El Castellet del Porquet*. Treballs Solts del SIP, 1. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Barciela González, V. (2010): “El Negret (Agost, Alicante)”. En F. Tendero y A. Guardiola (coords.), *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2008*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Barciela González, V. (2011): “El estudio de la malacofauna: implicaciones paleoambientales y antrópicas”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (eds.), *Benàmer (Muro de l’Alcoi, Alicante). Mesolític y neolític en las tierras meridionales valen-*

- cianas*. Trabajos Varios del SIP, 112: 239-256. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Barciela González, V. (2015): *El lenguaje de los adornos: tecnología, uso y función. Adornos personales de la Edad del Bronce en Alicante y Albacete*. Tesis doctoral. <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/53182> (Consulta: 21.12.2019).
- Barciela, V. y Torregrosa, P. (2010): “El Negret”. En A. Guardiola y F. Tendero (coords.), *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2009*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Barciela, V., García Atiénzar, G. y López Seguí, E. (2014): “El yacimiento prehistórico de Los Limoneros II (Elche)”. En F.J. Jover, P. Torregrosa y G. García Atiénzar (eds.), *El Neolítico en el Bajo Vinalopó (Alicante, España)*. BAR International Series, 2616: 101-104. Archaeopress. Oxford.
- Barciela, V., Hernández Pérez, M. S., López Seguí, E. y Torregrosa Giménez, P. (2012): A medio camino. Excavaciones arqueológicas en El Negret (Agost, Alicante). *MARQ. Arqueología y museos*, 5: 103-131.
- Barciela, V., Hernández, M.S., López, E. y Torregrosa, P. (2012): “A medio camino. Excavaciones arqueológicas en El Negret (Agost, Alicante)”. *MARQ. Arqueología y museos*, 5: 103-131.
- Barrachina Ibáñez, A. M. (1989): “Breve avance sobre el estudio del poblado del Pic dels Corbs”. *Homenaje a A. Chabret*: 31-42. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Valencia.
- Barrachina Ibáñez, A. M. (1997): “El sector W del Pic dels Corbs (Sagunt), campañas de 1974 y 1978”. *Arse*, 30-31: 35-72.
- Barrachina Ibáñez, A. M. (1999): “El “sector S” del Pic dels Corbs de Sagunt: materiales cerámicos de la fase final de su ocupación: campañas de 1990 y 1991”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 23: 209-232.
- Barrachina Ibáñez, A. M. (2009): “Nuevos datos para el estudio del final de la Edad de Bronce en las comarcas septentrionales valencianas: la fase III del Pic dels Corbs de Sagunt”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 27: 41-62.
- Barrachina Ibáñez, A. M. (2012): *Indesinenter: permanencia y cambio. El Pic dels Corbs como modelo de interpretación de la edad del bronce en el norte del País Valenciano*. Serie de Prehistòria i Arqueologia. Servei d’Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló. Castellón de la Plana.
- Barrachina, A. y Gusi, F. (2004): “Primeros resultados del estudio cerámico de las fases del Bronce tardío y final de Orpesa la Vella (Orpesa, Catelló)”. En L. Hernández y M.S. Hernández Pérez, (coords.), *La Edad del Bronce en las tierras valencianas y zonas limítrofes*: 137-146. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Alicante.

- Barton, C.M., Bernabeu, J., Aura, J.E., García, O, Schmich, S. y Molina, L. (2004): “Long-term socioecology and contingent landscapes”. *Journal of Archaeological method and theory*, 11, 3: 253-295.
- Barton, M., Bernabeu, J., Aura, J.E., García-Puchol, O. y La Roca, N. (2002): “Dynamic Landscapes, Artifact Thaphonomy, and Landuse Modelling in the Western Mediterranean”. *Geoarchaeology*, 17, 2: 155-190.
- Bate Petersen, L. F. (1977): *Arqueología y materialismo histórico*. Ediciones de Cultura Popular. México.
- Bate Petersen, L. F. (1978): *Sociedad, formación social y cultura*. Ediciones de Cultura Popular. México.
- Bate Petersen, L. F. (1984): “Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial”. *Boletín de Antropología Americana*, 9: 47-86.
- Bate Petersen, L. F. (1992): “Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico”. *Boletín de Antropología Americana*, 26: 49-68.
- Bate Petersen, L. F. (1993): “Teoría de la cultura y arqueología”. *Boletín de Antropología Americana*, 27: 75-94.
- Bate Petersen, L. F. (1996): *Una posición teórica en arqueología*. Universidad de Sevilla. Tesis doctoral inédita.
- Bate Petersen, L. F. (1998): *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica. Barcelona.
- Bate Petersen, L. F. (2000): “Condiciones para el surgimiento de las sociedades clasistas”. *XIV Coloquio de Historia Canario-Americana*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas.
- Bate Petersen, L. F. (2004): “Sociedades cazadoras recolectoras y primeros asentamientos agrarios”. En *Sociedades recolectoras y primeros productores. Actas de las Jornadas Temáticas Andaluzas de Arqueología*: 9-38. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura. Sevilla.
- Bate, L.F. y Terrazas, A. (2002): “Sobre el modo de reproducción en sociedades pretribales”. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, V: 11-41.
- Belda, J. (1929): *Excavaciones en el Monte de La Barsella. Término de Torremanzanas, Alicante*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 100. Madrid.
- Belmonte Mas, D. (2004): “Un conjunto cerámico del Bronce tardío e inicios del Bronce Final del yacimiento de Tabayà (Aspe, Alicante). Excavaciones arqueológicas de 1987 a 1991. Corte estratigráfico 11”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 333-345. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Alicante.
- Belmonte, D. y López Padilla, J. A. (2006): “Productos, desechos y áreas de actividad en la Illeta dels Banyets de El Campello (ca. 1900- ca. 1400 ANE): Actuaciones



- de 2000- 2001". En J.A. Soler Díaz (ed.), *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*, Serie Mayor 5: 173- 208. MARQ. Alicante.
- Benito Iborra, M. (1994): "Estudio de la fauna de la Edad del Bronce de la Illeta dels Banyets de la Reina (El Campello, Alicante). Primeros resultados". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI: 119-134.
- Bernabeu, J. (1979): "Los elementos de adorno en el eneolítico valenciano". *Saguntum-PLAV*, 14: 109-125.
- Bernabeu Aubán, J. (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano*. Trabajos Varios del SIP, 80. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Bernabeu Aubán, J. (1989): *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica*. Trabajos Varios del SIP, 86. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Bernabeu, J. (1995): "Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce". *Actes de les Segones Jornades d'Arqueologia (Alfàs del Pi, 1994)*: 37-60. Conselleria de Cultura. Valencia.
- Bernabeu, J. (1996): "Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2): 37-54.
- Bernabeu, J. (2003): "Del Neolítico a la Edad del Bronce". En G. Vega, J. Bernabeu y T. Chapa, *La Prehistoria. Historia de España 3er milenio*. Síntesis. Madrid.
- Bernabeu, J. (2006): "Una visión actual sobre el origen y difusión del Neolítico en la península Ibérica". En O. García-Puchol y J.E. Aura (coords.), *El Abric de la Falguera (Alcoi, Alacant). 8000 años de ocupación humana en la cabecera del río de Alcoi*: 189-211. Ajuntament d'Alcoi. Alicante.
- Bernabeu, J. y Martí, B. (1992): "El País Valenciano de la aparición del Neolítico al Horizonte Campaniforme". En M.P. Utrilla Miranda (coord.), *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 213-234. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- Bernabeu, J. (dir.) (1993): "El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)". *Saguntum-PLAV*, 26: 11-179.
- Bernabeu, J., Guitart, I. y Pascual, J. Ll. (1989): "Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce". *Saguntum-PLAV*, 22: 99-124.
- Bernabeu, J., Aura, J.E. y Badal, E. (1993): *Al oeste del edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Síntesis. Madrid.
- Bernabeu, J., Pascual, J. L., Orozco, T., Badal, E., Fumanal, M. P. y García-Puchol, O. (1994): "Niuet (L'Alquería d'Asnar). Poblado del III milenio a.C.". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3: 9-74.
- Bernabeu, J., Pérez, M. y Martínez, R. (1999): "Huesos, neolitización y contextos arqueológicos aparentes". *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV Extra 2*: 589-596.

- Bernabeu, J., Molina, Ll. y García-Puchol, O. (2001): “El mundo funerario en el horizonte cardial valenciano. Un registro oculto”. *Saguntum-PLAV*, 33: 27-36.
- Bernabeu, J., Orozco, T. y Díez, A. (2002): “El poblamiento neolítico: Desarrollo del paisaje agrario en el Valle de l’Alcoi”. En M.S. Hernández y J.M. Segura (eds.), *La Sarga: Arte rupestre y territorio: 171-184*. Ajuntament d’Alcoi. Alcoi.
- Bernabeu, J., Orozco, T., Díez, A., Gómez, M. y Molina, F.J. (2003): “Mas d’Is (Penàguila, Alicante): Aldeas y recintos monumentales del Neolítico Inicial en el Valle del Serpis”. *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2): 39- 59.
- Bernabeu, J. y Orozco, T. (2005): “Mas d’Is (Penàguila, Alicante): Un recinto monumental del VI milenio cal AC”. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso sobre el Neolítico en la Península Ibérica (Santander, 2003)*: 485-495. Universidad de Cantabria. Santander.
- Bernabeu, J., Molina, Ll., Díez A. y Orozco, T. (2006): “Inequalities and Power. Three millennia of Prehistory in Mediterranean Spain (5600- 2000 cal BC)”. En P. Díaz del Río y L. García Sanjuán (coords.), *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. BAR International Series, 1525: 97-116. Archaeopress. Oxford.
- Bernabeu, J., Molina, Ll., Orozco, T., Díez, A. y Barton, C.M. (2008): “Early Neolithic at the Serpis valley, Alicante, Spain”. En M. Diniz (ed.), *The Early Neolithic in the Iberian Peninsula. Pregional and transregional components*. BAR International Series, 1857: 53-59. Archaeopress. Oxford
- Bernabeu, J. y Molina Ll. (ed.) (2009): *La Cova de les Cendres (Moraira-Teulada, Alicante)*. Serie Mayor MARQ, 7. MARQ. Alicante.
- Bernabeu, J., Molina, Ll., Esquembre, M.A., Ortega, J.R. y Boronat, J. (2009): “La cerámica impresa mediterránea en el origen del Neolítico de la península Ibérica”. En *De Méditerranée et d’ailleurs. Melanges offerts à Jean Guilaine*: 83-95. Archives d’Ecologie Préhistorique. Toulouse.
- Bernabeu, J., Carrión, Y., García-Puchol, O., Gómez, O., Molina, Ll. y Pérez, G. (2010): “La Vital (Gandía, La Safor, Valencia)”. En A. Pérez y B. Soler (coords.), *Restos de Vida, Restos de Muerte. La Muerte en la Prehistoria*: 211-216. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Bernabeu, J., García, P., Gómez, O. y Molina, Ll. (2011b): “El componente decorativo en las producciones cerámicas”. En J. Bernabeu, M.A. Rojo y Ll. Molina (coords.), *Las primeras producciones cerámicas: el VI milenio cal AC en la península Ibérica*. *Saguntum-Extra* 12, 17-35.
- Bernabeu, J., Gómez, O., Molina, Ll. y García-Puchol, P. (2011a): “La cerámica neolítica durante el VI milenio cal AC en el mediterráneo central peninsular”. *Saguntum*, Extra 12: 153-178.
- Bernabeu, J., Orozco, T. y Díez, A. (2012). “Mas d’Is y las construcciones con fosos del VI al III milenio cal a.C.”. *MARQ, Arqueología y Museos*, 5: 53-72.

- Bernabeu, J., García-Puchol, O., Pardo, S., Barton, M. y McClure, S.B. (2014): “AEA 2012 Conference Reading: Socioecological dynamics at the time of Neolithic transition in Iberia”. *Environmental Archaeology*, 19, 3: 214-225.
- Bernabeu, J., Lozano, S. y Pardo-Gordo, S. (2017a): “Iberian Neolithic Networks: The Rise and Fall of The Cardial World”. *Frontiers in Digital Humanities*: 4,7.
- Bernabeu, J., Orozco, T. y Pascual, J. Ll. (2017b): “A propósito de tres nuevas fechas. El Camí de Missena y los poblados con fosos en el País Valenciano”. *MARQ. Arqueología y museos*, 8: 57-61.
- Bernabeu, J., Jiménez-Puerto, J., Escribà Ruiz, P. y Pardo-Gordo, S. (2018): “C14 y poblamiento humano en las comarcas centro-meridionales del País Valenciano (c. 7000-1500 cal BC)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 27: 35-48.
- Bernabó Brea, L. (1956): *Gli scavi nella caverna delle Arene Candide, (Finale Ligure) - Gli strati con ceramica. Vol. II. Campagna di scavo 1948-50*. Collezione di monografie preistoriche de archeologiche, 1. Genoa.
- Binford, L. (1964): “A consideration of archaeological research design”. *American Antiquity*, 29 (4): 425-440.
- Binford, L. (2001): *Constructing frames of reference. Constructing frames of reference*. University of California Press. Berkeley.
- Blance, B. (1964): “The Argaric Bronze Age in Iberia”. *Revista de Guimarães*, LXXIV: 129-142.
- Blance, B. (1971): *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*. Studien zu den Anfängen der Metallurgie, 4. Berlín.
- Bonet, E. y Mata, C. (2001): Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano entre los ss. VII y II a.C. En L. Berrocal-Rangel y Ph. Gardes (eds.), *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones prehistóricas de las Galias e Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8: 175-186. Casa de Velázquez-Real Academia de la Historia. Madrid.
- Bonet, E., Garibo, J., Guerin, P., Mata, C., Valor, J.P. y Vives-Ferrándiz, J. (2004): “Las ánforas importadas de las comarcas centrales del País Valenciano. La circulació d’àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III a.C.): aspectes quantitativs i anàlisis de continguts”. En *Actes de la II Reunió Internacional d’Arqueologia de Calafell*. *Arqueomediterrànea*, 8: 203-227. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Boronat, J. D. (1986): “El poblamiento neolítico en la Marina Alta”. *Primer Congrés d’Estudis de la Marina Alta*: 105-111. Institut d’Estudis Juan Gil Albert. Alicante.
- Bosch Gimpera, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Alpha. Barcelona.
- Bosch Lloret, A. (1994): “El Neolítico antiguo en el noreste de Catalunya. Contribución a la problemática de la evolución de las primeras comunidades neolíticas del Mediterráneo occidental”. *Trabajos de Prehistoria*, 51: 55-75.

- Botella Candela, E. (1928): *Excavaciones arqueológicas en la "Mola Alta" de Serelles (Alcoy). Memoria de los trabajos y descubrimientos realizados*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 79, nº 9 de 1924-25. Madrid.
- Botella, M.C., Aleman, I. y Jiménez, S.A. (2000): *Los huesos humanos. Manipulaciones y alteraciones*. Bellaterra. Barcelona.
- Box, M. (1987): *Humedales y áreas lacustres en la provincia de Alicante*. Universidad de Alicante. Alicante.
- Brandherm, D., Maass, A., Müller-Kissing, M. y Diz, E. (2014): "Prospecciones arqueomineras en la Sierra de Orihuela". En *Orihuela. Arqueología y museo*: 114-125. MARQ. Alicante.
- Bronk Ramsey, C. (2017): "Methods for Summarizing Radiocarbon Datasets". *Radiocarbon*, 59 (2): 1809-1833.
- Bronk Ramsey, C. y Lee, S. (2013): "Recent and Planned Developments of the Program OxCal". *Radiocarbon*, 55 (2-3): 720-730.
- Brotos, F. (2004): "El poblado calcolítico de Casa Noguera de Archivel. Excavaciones urgentes durante 1997 en calle Reyes-calle Casa Noguera". *Memorias de Arqueología*, 12: 211-234.
- Bueno, P., García, A. y Prados, F. (2013): "Murallas fenicias en Occidente. Una valoración conjunta de las defensas del Cerro del Castillo (Chiclana, Cádiz) y del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar, Alicante)". *Heracleion*, 6: 27-75.
- Burillo, F. y Picazo, J. (1986): *El poblado de la Edad del Bronce Medio de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel)*. Colegio Universitario de Teruel. Teruel.
- Burillo, F. y Picazo, J. (1997): "El sistema ibérico turolense durante el segundo milenio a.C.". *Saguntum-PLAV*, 30: 29-58.
- Burillo, F. y Picazo, J. (2001): "Prospección arqueológica y Edad del Bronce: una experiencia en la serranía turolense". En M. Ruiz Gálvez (coord.), *La Edad del Bronce. ¿Primera edad de oro en España? Sociedad economía e ideología*: 87-120. Crítica. Barcelona.
- Buxó, R. y Piqué, R. (2008): *Arqueobotánica. Los usos de las plantas en la península Ibérica*. Ariel. Barcelona.
- Cabezas Romero, R. (2015): *El Cabezo de la Escoba (Villena, Alicante): revisión de un asentamiento de la Edad del Bronce en el corredor del Vinalopó*. Fundación José María Soler. Villena.
- Cacho, C., Fumanal, M.P., López, P., López, J. A., Pérez, M., Martínez, R., Uzquina, P., Arnanz, A., Sánchez, A., Sevilla, P., Morales, A., Roselló, E., Garralda, M.D. y García, M. (1995): "El Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà, Alicante). Reconstrucción paleoambiental y cultural de la transición del Tardiglaciario al Holoceno inicial". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 4: 11-101.
- Calvo Gálvez, M. (1993): "Antropología física". En J. Bernabeu (dir): *El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)*. *Saguntum-PLAV*, 26: 153-158.



- Cámalich, M.D. y Martín, D. (dirs.) (1999): *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la antigüedad*. Sevilla.
- Cámara Serrano, J.A. (2000): “Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la península Ibérica”. *Saguntum-PLAV*, 32: 97-114.
- Cámara Serrano, J.A. (2001): *El ritual funerario en la Prehistoria Reciente en el Sur de la Península Ibérica*. BAR International Series, 913. Archaeopress. Oxford.
- Cámara, J.A. y Molina, F. (2011): “Jerarquización social en el mundo argárico (2000-1300 a.C.)”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 29: 77-104.
- Cámara, J.A. y Molina, F. (2013): “Indicadores de conflicto bélico en la Prehistoria Reciente del cuadrante sudeste de la Península Ibérica: el caso del Calcolítico”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 23: 99-132.
- Cárceles, E., Soler, A. y López, C. (2018): “De la prehistoria al medievo: los hallazgos arqueológicos de la calle Marsilla 12 de Lorca (Murcia)”. *Alberca*, 16: 49-69.
- Carrión Marco, Y. (2006): “La secuencia antracológica del Abric de la Falguera”. En O. García Puchol y J.E. Aura Tortosa (coords.), *El Abric de la Falguera (Alcoi, Alacant)*. 8.000 años de ocupación humana en la cabecera del río de Alcoi (vol. 2): 60-110. Ajuntament d'Alcoi. Alcoi.
- Carvalho, A.F. (2008): “A Neolitização do Portugal Meridional. Os exemplos do Maciço Calcário Estremenho e do Algarve Ocidental”. *Promontoria Monográfica*, 12: 17-35.
- Casabó Bernad, J. (2004): *Paleolítico superior final y Epipaleolítico en la Comunidad Valenciana*. MARQ. Alicante.
- Castro, P.V., Chapman, R. W., Gili, S., Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, M.E. (1993-94): “Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos”. *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 9-10: 77-105.
- Castro, P.V., Chapman, R.W., Gili, S., Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, E. (1996): “Teoría de las prácticas sociales”. *Complutum Extra-6 (II)*: 35-48.
- Castro, P.V., Lull, V., Micó, R. y Rihuete, C. (1995): “La Prehistoria Reciente en el Sudeste de la Península Ibérica. Dimensión socioeconómica de las prácticas funerarias”. *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*, 3: 127-167. Xinzo de Limia.
- Castro, P.V., Chapman, R.W., Gili, S., Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, E. (1999): *Proyecto Gatas 2. La dinámica arqueoecológica de la ocupación prehistórica*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- Castro, P.V., Chapman, R.W., González, P., Lull, V., Micó, R., Picazo, M., Risch, R. y Sanahuja, M.E. (1991): “4ª campaña de excavaciones en el yacimiento de Gatas (Turre-Almería)”. En *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1991. II Actividades sistémicas*: 17-23. Junta de Andalucía. Sevilla.

- Castro, P.V., Gili, S., Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, M.E. (1998): “Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el Sudeste ibérico”. *Boletín de Antropología Americana*, 33: 25-77.
- Castro, P., Lull, V. y Micó, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR International Series, 652. Archaeopress. Oxford.
- Catarina Basilio, A. (2019): “Bell beaker or not bell beaker: a perspective on Chalcolithic at the Iberian península paired fingernail imprints in s-shaped vesels”. *Zephyrus*, LXXXIV: 15-39.
- Cerdà Bordera, F.J. (1995): “El II mil.lenni a la Foia de Castalla (Alacant); Excavacions arqueològiques a la Foia de la Perera (Castalla)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 3: 95-110.
- Clausell, G. (2004): “El Torrelló del Boverot: del Bronce Medio al comienzo del Hierro”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 167-176. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.
- Cloquell, B. y Aguilar, M. (1996): “Mortalidad en poblaciones prehistóricas del Vinaopó (Alicante)”. *Salud, enfermedad y muerte en el pasado. Actas del III Congreso Nacional de Paleopatología*: 76-80. Barcelona.
- Colominas Roca, J. (1929): “La necrópolis de “Las Laderas del Castillo” (Callosa de Segura, provincia d’Alacant”, *Anuari del Institut d’Estudis Catalans*, VIII: 33-41.
- Contreras Cortés, F. (coord.). (2000): *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y la Depresión de Linares-Bailén*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- Contreras Cortés, F. (2001): “El mundo de la muerte en la Edad del Bronce. Una aproximación desde la cultura argárica”. En M.S. Hernández Pérez (coord.), *Y acumularon tesoros... mil años de Historia en nuestras tierras*: 67-87. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante.
- Contreras, F., Cámara, J.A., Lizcano, R., Pérez, C., Robredo, B. y Trancho, G. (1995): “Enterramiento y diferenciación social I. El registro funerario del yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)”. *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1):87-108.
- Contreras, F., Moreno, A., Arboledas, L., Alarcón, E., Mora, A., Padilla, J.J. y García, A. (2014): “Un poblado de la Edad del Bronce que tiene mucho que decir, Peñalosa: últimas novedades en la acrópolis oriental”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 24: 347-390.
- Cortés, M., Jiménez, F.J., Simón, M.D., Vallejo, M.D., Gibaja, J.F., Carvalho, A.F., Martínez, F., Rodrigo, M., Flores, J.A., Paytan, A., López, J.A., Peña-Chocarro, L., Carrión, J.S., Morales, A., Roselló, E., Riquelme, J.A., Dean, R.M., Salgueiro, E., Martínez, R.M., De la Rubia, J.J., Lozano, M.C., Vera, J.L., Peláez, J.L., Llorente,

- L. y Bicho, N.F. (2012): "The Mesolithic–Neolithic transition in southern Iberia", *Quaternary Research*, 77: 221-234
- Cruz Berrocal, M. (2012): "The Early Neolithic in the Iberian Peninsula and the Western Mediterranean: A Review of the Evidence on Migration". *World Prehistory*, 25, 123-156.
- Chapa, T., López, P. y Martínez, M. (1979): *El poblado de la Edad del Bronce de "El Recuenco" (Cervera del Llano)*. Arqueología Conquense, IV. Cuenca.
- Chapman, R.W. (1990): *Emerging Complexity: The Later Prehistory of South-East Spain, Iberia and the West Mediterranean*. New Studies in Archaeology. Cambridge.
- Chapman, R.W. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El Sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*. Crítica. Barcelona.
- Chapman, R.W. (2010). *Arqueologías de la complejidad*. Bellaterra. Barcelona.
- Chapman, R.W., Lull, V., Picazo, M. y Sanahuja, M.E. (1987): *Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el Sudeste de España c. 2500-900 cal ANE*. BAR International Series, 348. Archaeopress. Oxford.
- Chase-Dunn, C. y Hall, T.D. (1997): *Rise and Demise: Comparing World-Systems*. Westview Press. New York.
- De Miguel Ibañez, M<sup>a</sup>.P. (2001): "Aspectos antropológicos y paleopatológicos de las inhumaciones prehistóricas del Tabayá (Aspe, Alicante)". *Actas del VI Congreso Nacional de Paleopatología*: 263-278.
- De Miguel Ibañez, M<sup>a</sup>. P. (2003): "Aspectos antropológicos y paleopatológicos de las inhumaciones prehistóricas del Tabayá (Aspe, Alicante)" *Actas del VI Congreso Nacional de Paleopatología (Madrid, 2001)*: 263-278. Madrid.
- De Miguel Ibañez, M<sup>a</sup>.P. (2014): "Una inhumación perinatal argárica en Alicante. La tumba 3 de Cabezo Pardo". En J.A. López Padilla (coord.), *Cabezo Pardo (San Isidro/Granja de Rocamora, Alicante)*. *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce*: 231-240. MARQ. Alicante.
- De Miguel Ibañez, M<sup>a</sup>.P. (2015): "Estudio osteopatológico de los restos humanos hallados por J. M. Soler García en el enterramiento del Cabezo de la Escoba". En R. Cabezas Romero, *El Cabezo de la Escoba (Villena, Alicante)*. *Revisión de un asentamiento de la Edad del Bronce en el corredor del Vinalopó*: 171-181. Fundación José María Soler. Villena.
- De Miguel Ibañez, M<sup>a</sup> P. y Siles González, J. (2020): "Perinatales en el registro funerario del yacimientos de la Edad del Bronce de El Mas del Corral (Alcoi, Alicante, España)". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 29: 19-28.
- De Pedro Michó, M. J. (1998): *La Lloma de Betxí (Paterna, Valencia)*. *Un poblado de la Edad del Bronce*. Serie de Trabajos Varios del SIP, 94. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- De Pedro Michó, M. J. (2002): El poblado de la Edad del Bronce. En H. Bonet y C. Mata (coord.), *El Puntal del Llops. Un fortín edetano*. Trabajos Varios del SIP, 99. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.

- De Pedro Michó, M.J. (2004): “La Cultura del Bronce Valenciano: consideraciones sobre su cronología y periodización” En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 41-57. Instituto Alcantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.
- De Pedro Michó, M.J. (2010): “Cuevas, fosas y cistas. Evidencias funerarias del II milenio A.C. en tierras valencianas. En torno al Argar y el Bronce Valenciano”. En A. Pérez y B. Soler (eds.), *Restos de vida, restos de muerte. La muerte en la Prehistoria*: 55-72. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- De Pedro Michó, M.J. y Martí Oliver, B. (2004): “Los poblados de la Cultura del Bronce Valenciano”. En M.R. García y J. Morales (coord.), *La península ibérica en el II milenio a.C.: poblados y fortificaciones*: 299-334. Col. Humanidades. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- Del Pino, M., Day, P., Massieu, M., Martín, D. y González, F. (2018): “Plus ça change: pots, crucibles and the development of metallurgy in Chalcolithic Las Pilas (Mojácar, Spain)”. *Journal of Archaeological and Anthropological Sciences*, 11: 1553-1570.
- del Pino, M., Day, P.M., Soler, J.A., García, G; Roca de Togores, C, (2021): “Cutting down on the grog: the crystallisation of Neolithic ceramic traditions at Cova d’En Pardo (Alicante, Spain) and cultural change in the western Mediterranean basin (mid-6th and 5th millennia cal. BC)”. *Archaeological and Anthropological Sciences*, 13, 11 (2021)
- Del Val, E. (1948): “El poblado del Bronce I Mediterráneo del Campico de Lébor, Totana (Murcia)”. *Cuadernos de Historia Primitiva*, 1: 5-36.
- Delgado, S. y Risch, R. (2006): “La tumba nº 3 de Los Cipreses y la metalurgia argárica”. *Alberca*, 4: 21-50.
- Delibes, G., Fernández-Miranda, M., Fernández-Posse, M.D., Martín, C., Rovira, S. y Sanz, M. (1989): “Almizaraque (Almería): Minería y metalurgia calcolíticas en el Sureste de la Península Ibérica”. En C. Domergue (coord.), *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, I: 81-96. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Madrid.
- Díaz Andreu, M. (1994): *La Edad del Bronce en Cuenca*. Diputación Provincial de Cuenca. Cuenca.
- Díaz del Río, P. (2010): “The Neolithic Argonauts of the Western Mediterranean and other underdetermined hypotheses of colonial encounters”. En D.J. Bolender (ed.), *Eventful Archaeologies New Approaches to Social Transformation in the Archaeological Record*: 88-99. Suny Pres. New York.
- Diniz, M. (2008): *The Early Neolithic in the Iberian Peninsula. Regional and transregional components*. BAR International Series, 1857. Archaeopress. Oxford.
- Dupré, M. (1986): “Contribution de l’analyse pollinique à la connaissance du paléoenvironnement en Espagne”. *L’Anthropologie*, 90 (3): 589-591.



- Dupré, M. (1988): *Palinología y paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias. Trabajos Varios del SIP, 84.* Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Dupré, M. (1995): “Cambios paleoambientales en el territorio valenciano. La palinología”. En AEQUA (ed.), *El Cuaternario del País Valenciano*: 205-216. Universitat de València. Valencia.
- Eiroa Juan, J.J. (1995): “Aspectos urbanísticos del Calcolítico y el Bronce Antiguo. El caso del Cerro de las Víboras de Bagil”. *Estudios de Vida Urbana*, 2: 59-83.
- Eiroa Juan, J.J. (1998): “Dataciones absolutas del Cerro de la Víboras de Bagil (Moratalla, Murcia)”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19: 131-148.
- Eiroa Juan, J.J. (2004): *La Edad del Bronce en Murcia*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.
- Eiroa Juan, J.J. (2005): *El Cerro de la Virgen de la Salud (Lorca). Excavaciones arqueológicas, estudio de materiales e interpretación histórica*. Servicio de Patrimonio Histórico. Murcia.
- Eiroa, J.J. y Lomba, J. (1998): “Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 13-14: 81-118.
- Enguix Alemany, R. (1980): “La Edad del Bronce”. En *Nuestra Historia*, I: 151-170. Valencia.
- Enguix, R. y Martí, B. (1988): “La cultura del Bronce Valenciano y la Muntanya Assolada de Alcira: aproximación al estado actual de investigación”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 241-250.
- Escanilla Artigas, N. (2017): “Minería y metalurgia calcolíticas en el sudeste de la península ibérica. Hacia un modelo interconectado”. *MARQ. Arqueología y museos*, 8: 77-100.
- Espí, I., Grau, I., López, E. y Torregrosa, P. (2010): “La aldea ibérica del l'Alt del Punxó: producción agrícola y asentamiento campesino en el área central de la Contestania”. *Lvcentvm*, XXVIII: 23-50.
- Esquembre Bebia, M.A. (1995): “Contribución al análisis de los asentamientos prehistóricos en el Alto Vinalopó”. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3: 75-94.
- Esquembre Bebia, M.A. (1997): *Asentamiento y territorio. La Prehistoria en los municipios de la Biar, la Canyada de biar, Camp de Mirra, Beneixama y Banyeres de Mariola*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.
- Esquembre, M.A. y Simón, J.L. (2001): “Consideraciones en torno al poblamiento de la Edad del Bronce en la Marina Alta”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 24: 199-222.
- Esquembre, M.A., Boronat, J.D., Jover, F.J., Molina, F. J., Luján, A., Fernández, J., Martínez, R., Iborra, P., Ferrer, C., Ruiz, R. y Ortega, J.R. (2008): “El yacimiento neolítico del Barranquet de Oliva (Valencia)”. En M.S. Hernández, J.A. Soler, y

- J.A. López Padilla (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*: 183-190. MARQ. Alicante.
- Estévez, J. y Vila, A. (1998): "Tierra de Fuego, lugar de encuentros". *Revista de Arqueología Americana*, 15: 187-219.
- Estrada, A. y Nadal, J. (1994): *El Neolítico postcardial a les mines prehistòriques de Gavà (Baix Llobregat)*. Rubricatum, O. Gavà.
- Fairén Jiménez, S. (2006): *El paisaje de la Neolitización. Arte rupestre, poblamiento y mundo funerario en las comarcas centro meridionales valencianas*. Universidad de Alicante. Alicante.
- Fairén, S. y García, G. (2004): "Consideraciones sobre el poblamiento neolítico en la Foia de Castalla". *I Congrès d'Estudis de la Foia de Castalla. Home i paisatge*: 207-217. Ajuntament de Castalla. Castalla.
- Fernández de Avilés, A. (1946): "La Loma de los Peregrinos en Alguazas (Murcia)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, II: 73-79.
- Fernández Martínez, V., Martínez, M.I., Martínez, C. y Ruiz, G. (1991): "La prospección arqueológica". En P. López (ed.), *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la Comarca Noroeste de Murcia*: 317-402. CSIC. Madrid.
- Fernández Miranda, M., Fernández, M.D. y Martín, C. (1990): "Un área doméstica de la Edad del Bronce en el poblado de "El Acequión" (Albacete)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX: 351-362.
- Fernández Miranda, M., Fernández, M.D., Gilman, A. y Martín, C. (1994): "La Edad del Bronce en La Mancha Oriental". *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio*: 243-277. Diputación Provincial de Toledo. Toledo.
- Fernández Miranda, M., Fernández, M.D. y Martín, C. (1988): "Caracterización de la Edad del Bronce en La Mancha: algunas proposiciones para su estudio". *Espacio, tiempo y forma*, I: 193-310.
- Fernández Posse, M. D., Gilman, A. y Martín, C. (1996): "Consideraciones cronológicas sobre la Edad del Bronce en La Mancha". *Complutum*, Extra 6, 2: 111-138. Madrid.
- Fernández Posse, M. D., Gilman, A., Martín, C. y Brodsky, M. (2008): *Las comunidades agrarias de la Edad del Bronce en la Mancha Oriental (Albacete)*. CSIC. Madrid.
- Fernández Vega, A. y Galán, C. (1986): "Las denominadas "cuevas sepulcrales colectivas eneolíticas" del País Valenciano y La Meseta". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IV, 1: 7-6.
- Fernández-Domínguez, E., Gamba, C., Turbón, D. y Arroyo, E. (2010): "ADN antiguo de yacimientos neolíticos de la cuenca mediterránea. La transición al Neolítico desde una perspectiva genética". En J.F. Gibaja y A.F. Carvalho (eds.), *Os últimos caçadores-recolectores e as primeiras comunidades produtoras do sul da Península Ibérica e do norte de Marrocos*: 205-212. Universidade do Algarve. Faro.

- Fernández-López de Pablo, J. (1999): *Casa de Lara (Villena, Alicante). Un yacimiento del Holoceno superior en el Alto Vinalopó: cultura material y producción lítica*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.
- Fernández-López de Pablo, J. (2016): “The timing of postglacial coastal adaptations in Eastern Iberia: A Bayesian chronological model the El Collado Shell midden (Oliva, Valencia, Spain)”. *Quaternary International*, 407, Part B: 94-105.
- Fernández-López de Pablo, J., Gómez, M., Díez, A., Ferrer, C. y Martínez-Ortí, A. (2008): “Resultados preliminares del proyecto de investigación sobre los orígenes del Neolítico en el Alto Vinalopó y su comarca: la revisión del Arenal de la Virgen (Villena, Alicante)”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso de Neolítico Peninsular*, vol. 1: 107-116. MARQ. Alicante.
- Fernández-López, J., Salazar-García, D.C., Subirà-Galdacano, M.E., Roca De Togo-res, C., Gómez-Puche, M., Richards, M.P. y Esquembre-Bebìà, M.A., (2013): “Late mesolithic burials at Casa Corona (Villena, Spain): direct radiocarbon and palaeodietary evidence of the last forager populations in Eastern Iberia”. *Journal of Archaeological Science*, 40: 671-680.
- Fernández-López de Pablo, J. y Barton, M. (2015): “Bayesian Estimation Dating of Lithic Surface Collections”. *Journal of Archaeological Method and Theory* 22, 559-583.
- Fernández-López, J., Gómez-Puche, M. y Esquembre-Bebìà, M.A., (2015): “Casa Corona (Villena, Alicante, Spain)”. En R. Sala, E. Carbonell, J. M. Bermúdez de Castro y J.L. Arsuaga (cords.): *Pleistocene and Holoceno Hunter-Gatherers in Iberia and the Gibraltar strait: The Current Archaeological Record Mediterranean Basins*: 331-337. Fundación Atapuerca. Universidad de Burgos. Burgos.
- Fernández-López de Pablo, J. y Gabriel, S. (2016): “El Collado shell midden and the exploitation patterns of littoral resources during the Mesolithic in the Eastern Iberian Peninsula”. *Quaternary International*, 407, Part B: 106-117.
- Ferrer García, C. (2010): “El medio físico de la Vega Baja y el litoral de Guardamar: la génesis cultural de un paisaje”. *Guardamar de Segura. Arqueología y museo*: 32-45. Museos Municipales en el MARQ. MARQ. Alicante.
- Ferrer, C. y Fumanal, P. (1997): “Factores geomorfológicos que caracterizan la Laguna de Villena”. En T. Pérez Medina et al. (eds.), *Agua y Territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó*: 35-44. Ajuntament de Petrer. Petrer.
- Fletcher Valls, D. (1945): “La construcción megalítica de Monforte del Cid”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II: 165- 190.
- Flores, J.A. (2007): *Patrón de asentamiento e inferencia social. Una propuesta metodológica para la construcción de inferencias sociales*. INAH. México.
- Flors Ureña, E. (coord.) (2010): *Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón). Evolución del paisaje antrópico desde la prehistoria hasta el Medioevo*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 8. Diputació Provincial de Castelló. Castelló.

- Fontanals, M., Euba, I., Morales, J.I., Oms, F.X. y Vergès, J.M. (2008): “El asentamiento litoral al aire libre de El Cavet (Cambrils, Tarragona)”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López, J.A. (eds.), *IV Congreso del Neolítico peninsular: 168-175*. Alicante.
- Fortea Pérez, F.J. (1971): *La Cueva de la Cocina. Ensayo de cronología del Epipaleolítico (Facies Geométrica)*. Trabajos Varios del SIP, 40. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Fortea Pérez, F.J. (1985): “El Paleolítico y Epipaleolítico en la Región central del Mediterráneo peninsular: Estado de la cuestión industrial”. En *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas: 31-52*. Universidad de Alicante. Alicante.
- Fortea Pérez, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- Fortea, J. y Martí, B. (1984-1985): “Consideraciones sobre los inicios del neolítico en el Mediterráneo español”. *Zephyrus*, 37-38: 167-199.
- Fortea, F.J., Martí, B. y Juan, J. (1987): “La industria lítica tallada del Neolítico antiguo en la vertiente mediterránea de la Península Ibérica”. *Lxcentvm*, VI: 721.
- Fugazzola Delpino, M. A. (2002): “Les facies a ceramica impresa dell’area medio-tirrenica”. En M.A. Fugazzola, A. Pessina y V. Tiné (eds.), *Le ceramiche impresse nel Neolitico antico. Italia e Mediterraneo: 97-116*. Roma.
- Fugazzola, M.A., Pessina, A. y Tiné, V. (2002): *Le ceramiche impresse nel Neolitico antico. Italia e Mediterraneo*. Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato. Roma.
- Fumanal García, M.P. (1986): *Sedimentología y clima en el País Valenciano. Las cuevas habitadas en el Cuaternario reciente*. Trabajos Varios del SIP, 83. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Fumanal García, M.P. (1990): “Dinámica sedimentaria holocena en los valles de cabecera del País Valenciano”. *Cuaternario y Geomorfología*, 4: 93-106.
- Fumanal García, M.P. (1995): “Los depósitos cuaternarios en cuevas y abrigos. Implicaciones sedimentarias”. *Cuaternario del País Valenciano: 115-124*. Universitat de València. Valencia.
- Fumanal, M.P. y Badal, E. (2001): “Estudio geológico y paleogeográfico”. En J. Bernabeu et al. (eds.), *La Cova de les Cendres. Paleogeografía y estratigrafía: 13-36*. Universitat de València. Valencia.
- Fumanal, M.P., Viñals, M. J., Ferrer, C., Aura, J. E., Bernabeu, J., Cacabó, J., Gisbert, J. y Senti, M.A. (1993): “Litoral y poblamiento en el litoral valenciano durante el Cuaternario reciente, Cap de Cullera-Puntal de Moraira”. *Estudios sobre Cuaternario: 249-259*. Universitat de València-AEQUA. Valencia.
- Furgús, J. (1905): “La edad prehistórica en Orihuela (1)”. *Historia de Orihuela*, 2: 703-761. Ayuntamiento de Orihuela. Orihuela.
- Furgús, J. (1937): *Col·lecció de treballs del P.J. Furgús*. Trabajos Varios del SIP, 5. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.



- Gailey, C.W. (1987): "Culture Wars: Resistance to State Formation" En T.C. Patterson y C.W. Gailey (eds.), *Power Relations and State Formation*: 35-56. American Anthropological Association. Washington.
- Gailey, C.W. y Patterson, T.C. (1988): "State Formation and uneven development" En J. Gledhill, B. Bender y M.T. Larson (eds.), *State and Society. The emergence and development of social hierarchy and political centralization*: 71-90. Unwin Hyman. Londres.
- Gándara Vázquez, M. (1990): "Algunas notas sobre el análisis del conocimiento". *Boletín de Antropología Americana*, 22: 5-20.
- Gándara Vázquez, M. (1992): "El análisis teórico: aplicaciones al estudio de los orígenes de la complejidad social". *Boletín de Antropología Americana*, 25: 93-104.
- Gándara Vázquez, M. (1993): "El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social". *Boletín de Antropología Americana*, 27: 5-20.
- Gándara Vázquez, M. (1988): "Hacia una teoría de la observación en arqueología". *Boletín de Antropología Americana*, 15: 5-14.
- García Alfonso, E. (2007): *En la orilla de Tartessos: indígenas y fenicios en las tierras malagueñas, siglos XI-VI a.C.* Fundación Málaga. Málaga.
- García Atiénzar, G. (2004): *Hábitat y Territorio. Aproximación a la ocupación y explotación del territorio en las comarcas centro-meridionales valencianas durante el Neolítico cardial.* Fundación municipal José María Soler. Villena.
- García Atiénzar, G. (2006): "Abrigos, valles y pastores. Análisis espacial del paisaje pastoril en las tierras centro-meridionales valencianas". En I. Grau Mira (ed.), *La Aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*: 149-170. Universidad de Alicante. Alicante.
- García Atiénzar, G. (2009): *Territorio Neolítico. Las primeras comunidades campesinas en la fachada oriental de la península Ibérica (ca. 5600-2800 cal BC)*. BAR International Series, 2021. Archaeopress. Oxford.
- García Atiénzar, G. (2010a): "Las comarcas centromeridionales valencianas en el contexto de la neolitización de la fachada noroccidental del Mediterráneo (1)". *Trabajos de Prehistoria*, 67 (1): 37-58.
- García Atiénzar, G. (2010b): *El yacimiento de Fuente de Isso (Hellín) y el poblamiento neolítico en la provincia de Albacete.* Instituto de Estudios Albacetenses 'Don Juan Manuel'. Albacete.
- García Atiénzar, G. (2012a): *Prestigio y eternidad. Los ajuares funerarios de la cueva oriental del Peñón de la Zorra, Villena.* MARQ. Alicante.
- García Atiénzar, G. (2012b): "Peñón de la Zorra". En A. Guardiola y F. Tendero (eds.), *Intervenciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2011*: 1-9. Edición digital.
- García Atiénzar, G. (2016): "El Peñón de la Zorra (Villena, Alicante) y la caracterización del Campaniforme (2400-2100 cal AC) en el Alto Vinalopó". En *Del neolítico a l'edat del bronze en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat*

- Martí Oliver*. de Trabajos Varios del SIP, 119: 365-377. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- García Atiénzar, G. (2017): La secuencia crono-cultural del yacimiento de Peñón de la Zorra (Villena, Alicante). En J.A. Barceló, I. Bogdanovic y B. Morell (eds.), *IberCrono 2016. Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica. Actas del Congreso de Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica*: 128-142. Barcelona.
- García Atiénzar, G., Jover, F. J., Ibáñez, C., Navarro, C. y Andrés, D. (2006): “El yacimiento neolítico de la calle Colón (Novelda, Alicante)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 15: 19-28.
- García Atiénzar, G. y de Miguel, M<sup>a</sup>.P. (2009): “Mundo funerario y poblamiento eneolítico en el área sudoriental manchega (Albacete)”. *Veleia*, 26: 215-231.
- García Atiénzar, G. y Jover, F.J. (2011): “The introduction of the first farming communities in the western Mediterranean: the Valencian region in Spain as example”. *Arqueología Iberoamericana*, 10: 17-29.
- García Atiénzar, G., Busquier, J.D., Mataix, J.J., Cañizares, F., Domene, P., Carrión, Y., Tormo, C., Pérez, G., Jover, F.J., López, J.A., Barciela, V., Montero, I. y Soriano, I. (2016): “El poblado de Vilches IV: un asentamiento calcolítico en altura en el Campo de Hellín”. En B. Gamo y R. Sanz (eds.), *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete*. Ser. III 16: 313-329. Instituto de Estudios Albacetenses ‘Don Juan Manuel’. Albacete.
- García Atiénzar, G. y Barciela, V. (2017): “El Tesoro de Villena: caracterización, uso y función de una ocultación de la Edad del Bronce”. En A. Rodríguez, I. Pavón y D. Duque (eds.): *Historia de Tesoros, Tesoros con Historia*: 61-86. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- García Atiénzar, G. y Busquier, J.D. (eds.) (2020): *El poblado calcolítico de Vilches IV (Torre Uchea, Hellín, Albacete): un asentamiento del III milenio a. C. en la Submeseta sur*. Universidad de Alicante. Alicante.
- García Atiénzar, G., Barciela González, V., Martínez Amorós, S., Jover Maestre, F. J., Molina Hernández, F. J., Tormo Cuñat, C., Pastor Quiles, M., del Pino Curbelo, M., de Miguel Ibáñez, M. P., López Seguí, E., Torregrosa Giménez, P., Ferrer García, C., Pérez Jordà, G., Carrión Marco, Y., López Sáez, J. A., y Sirvent Cañada, L. M. (2020). “El asentamiento neolítico de Limoneros (Elche, Alicante)”. *Complutum*, 31(1), 25-48.
- García Blánquez, L.A. y Martínez Sánchez, C. (2004): “Intervención arqueológica en Casa Noguera (Archivel, Caravaca de la Cruz)”. *Memorias de Arqueología*, 12: 235-352.
- García Blánquez, L.A., Martínez, C. y Ponce, J. (2002): “Excavaciones arqueológicas en la Glorieta de San Vicente (Lorca)”. *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*: 20-22. Murcia.

- García Borja, P. (2004): “Avanç sobre el poblament de la Vall del Cànyoles durant l’Edat del Bronze”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronze en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 203-211. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert- Ayuntamiento de Villena. Villena.
- García Borja, P. (2017): *Las cerámicas neolíticas de la Cova de la Sarsa (Bocairent, Valencia): tipología, estilo e identidad*. Trabajos Varios del SIP, 120. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- García Borja, P., Domingo, I. M., Roldán, C., Verdasco, C., Ferrero, J., Jardín, P. y Bernabeu, J. (2004): “Aproximación al uso de la materia colorante en Cova de l’Or”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 13: 35-52.
- García Borja, P., De Pedro, M. J. y Sánchez, A. (2005): “Conjunto de materiales procedentes del poblado de la Edad del Bronze de l’Arborcer (La Font de la Figuera, Valencia)”. *Trabajos de Prehistoria*, 62 (1): 181-191.
- García Borja, P., Verdasco, C., Muñoz, M., Carrión, Y., Pérez, G., Tormo, C. y Trelis, J. (2007): “Materiales arqueológicos del Bronze final aparecidos junto al Barranc del Botx (Crevillent, Alacant)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 16: 89-112.
- García Borja, P., Carrión, Y., Collado, I., Montero, I., Muñoz, M., Pérez, G., Roldán, C., Román, D., Tormo, C., Verdasco, C. y Vives-Ferrándiz, J. (2010): “Campanya de excavación arqueológica de urgencia en Caramoro II (Elx, Alacant)”. *MARQ. Arqueología y museos*, 4: 37-66.
- García Borja, P., Salazar-García, D.C., Pérez Fernández, A., Pardo, S. y Casanova, V. (2011): “El Neolítico antiguo cardial y la Cova de la Sarsa (Bocairent, València) Nuevas perspectivas a partir de su registro funerario”. *Munibe*, 62: 175-195.
- García Borja, P. y Pérez, G. (2012): “Ensayo tipológico para el estudio de cerámica prehistórica del País Valencià. Aplicación a colecciones del Bronze final”. *Lvcen-tum*, XXXI: 31-59.
- García Borja, P., Martins, H., Sanchis, A. y Pardo, S. (2012): “Dataciones radiocarbónicas en contextos del Neolítico antiguo de la Cova Fosca de la Vall d’Ebo (Alacant, España)”. *Alberri*, 22: 11-31.
- García Borja, P., Salazar, D.C., Martins, H., Pérez, G. y Sanchis, A., (2012): “Dataciones radiocarbónicas de la cova de la Sarsa (Bocairent, València)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 21: 19-24.
- García Borja, P. y De Pedro, M.J. (2013): “El conjunt arqueològic de l’Edat del Bronze de l’Arborcer-Altet de Palau (La Font de la Figuera, València)”. En P. García Borja, E. Revert, A. Ribera y V. Biosca (eds.), *El naixement d’un poble. Historia i arqueologia de la Font de la Figuera*: 61-72. Ajuntament de la Font de la Figuera. La Font de la Figuera.
- García Borja, P., Pérez, A., Biosca, V., Ribera, A. y Salazar-García, C. (2013a): “Los restos humanos de la Coveta del Frare (La Font de la Figuera, València)”. En P. García Borja, E. Revert, A. Ribera y V. Biosca (eds.), *El naixement d’un poble*.

- Historia i arqueología de la Font de la Figuera: 47-60.* Ajuntament de la Font de la Figuera. La Font de la Figuera.
- García Borja, P., Carrión, Y., Carolina, P., Iborra, P. López, D., Miret, C., Montero, I., Pascual, J. Ll., Pérez, G., Rovira, S., Valero, A. y Vives-Ferrándiz, J. (2013b): “Nuevas aportaciones al horizonte del Bronce final de La Vital (Gandía, Valencia)”. *Saguntum-PLAV*, 45: 79-100.
- García del Toro, J.R. (1987): “El hábitat eneolítico de Las Amoladeras (La Manga). Campañas 1981-1984. Memoria sucinta”. *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*, I: 65-92.
- García del Toro, J.R. (1998): “Los hábitats neo-eneolíticos de Las Amoladeras y de Calblanque en Cabo de Palos treinta años después. Nuevas perspectivas de futuro y puesta en valor”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 13-14: 301- 315.
- García del Toro, J.R. y Lillo, P. (1980): “Un nuevo enterramiento colectivo eneolítico en la Cueva del Barranco de la Higuera (Baños de Fortuna, Murcia)”. *Anales de la Universidad de Murcia*, XXXVII, nº 3: 191-200.
- García Guardiola, J. (2006): *Arqueología, patrimonio y paisaje. El valle de los Alhorines (Villena, Alicante)*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.
- García Menárguez, A. (1994): “El Cabezo Pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura”. En A. González, J.L. Cunchillos y M. Molina (eds.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. Coloquios de Cartagena I*: 269-280. Universidad de Murcia. Murcia.
- García Menárguez, A. (2010): “Guardamar. Arqueología y Museo”. En *Guardamar de Segura, Arqueología y museo*: 10-31. Museos Municipales en el MARQ. MARQ. Alicante.
- García Menárguez, A. y Prados, F. (2014): “La presencia fenicia en la península Ibérica: El Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)”. *Trabajos de Prehistoria*, 71 (1): 113-133.
- García Puchol, O. (2005): *El proceso de neolitización en la fachada mediterránea de la península Ibérica. Tecnología y tipología de la piedra tallada*. BAR International Series, 1430. Archaeopress. Oxford.
- García Puchol, O. (2009): “La piedra tallada del Neolítico en Cendres”. En J. Bernabeu y Ll. Molina (eds.), *La Cova de Les Cendres (Moraira-Teulada, Alicante)*. Serie Mayor nº 6: 85-104. MARQ. Alicante.
- García Puchol, O. (2010): “Contextos de producción y consumo de piedra tallada durante el Neolítico en Costamar: Avance de resultados”. En E. Flors (coord.), *Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón). Evolución del paisaje antrópico desde la prehistoria hasta el Medioevo*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 8: 243-261. Diputació Provincial de Castelló. Castelló.
- García Puchol, O., Barton, C.M., Bernabeu, J. y Aura, J.E. (2001): “Las ocupaciones prehistóricas del Barranc de l’Encantada (Beniarrés, Alacant). Un primer balance



- de la intervención arqueológica en el área a través del análisis del registro lítico”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 10: 25-42.
- García Puchol, O, Molina, Ll. y García, M.R. (2004): “El Arte Levantino y el proceso de neolitización en el arco mediterráneo peninsular: el contexto arqueológico y su significado”, *Archivo de Prehistoria Levantina XXV*: 61-90.
- García Puchol, O. y Aura, J.E. (coord.) (2006): *El Abric de la Falguera (Alcoi, Alacant). 8000 años de ocupación humana en la cabecera del río de Alcoi*. Ajuntament d’Alcoi. Alcoi.
- García Puchol, O., Barton, C.M. y Bernabeu, J. (2008a): “Programa de prospección geofísica, microsondeos y catas para la caracterización de un gran foso del IV milenio cal AC en Alt del Punxó (Muro de l’Alcoi, Alicante)”. *Trabajos de Prehistoria*, 65 (1): 143.154.
- García Puchol, O., Díez, A., Bernabeu, J. y La Roca, N. (2008b): “El yacimiento prehistórico de Regadiuet (Alcoi, Alacant): Datos preliminares de la secuencia mesolítica y neolítica”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*, vol. I: 70-78. MARQ. Alicante.
- García Puchol, O., Molina, L., Aura, J. E. y Bernabeu, J. (2009): “From the Mesolithic to the Neolithic on the Mediterranean Coast of the Iberian Peninsula”. *Journal of Anthropological Research*, 65: 237-251.
- García Puchol, O., Cotino, F., Miret, C., Pascual-Benito, J.Ll., McClure, S.B., Molina, Ll., Alapont, Ll., Carrión, Y., Morales, J. V., Blasco, J. y Culleton, B. (2010): “Cavidades de uso funerario durante el Neolítico final/calcolítico en el territorio valenciano: trabajos arqueológicos en Avena dels Dos Forats o Cova del Monedero (Carcaixent, Valencia)”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 139-206.
- García Puchol, O., Aura, J. E. y McClure, S. B. (2012): “Mesolithic and Neolithic funerary practices in the Central Mediterranean Region of Spain”. En J.F. Gibaja, A.F. Carvalho y P. Chambon (eds.), *Funerary Practices in the Iberian Peninsula from the Mesolithic to the Chalcolithic*. BAR International Series, 2417: 41-50. Archaeopress. Oxford.
- García Puchol, O., Bernabeu, J., Carrión, Y., Molina, Ll., Pérez, G. y Puche, M. (2013): “A funerary perspective on Bell Beaker period in the Western Mediterranean. Reading the social context of individual burials at La Vital (Gandía, Valencia)”. *Trabajos de Prehistoria*, 70 (2): 264-277.
- García Puchol, O.; Molina, Ll., Cotino, F., Pascual, J.Ll., Orozco, T., Pardo, S., Carrión, Y., Pérez, G., Clausí, M. y Gimeno, L. (2014): “Hábitat, marco radiométrico y producción artesanal durante el Neolítico final y el Horizonte Campaniforme en el corredor de Montesa (Valencia). Los yacimientos de Quintaret y Corcot”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXX: 159-211.
- García Puchol, O. y Salazar-García, D. C. (2017): *Times of Neolithic Transition along the Western Mediterranean*. Fundamental Issues in Archaeology. Springer. Cham.

- García Puchol, O., McClure, S. B., Juan-Cabanilles, J., Díez, A., Bernabeu, J., Martí, B., Pardo, S., Pascual, J. L., Pérez, M., Molina, Ll. y Kennett, D.J. (2018): “Cocina cave revisited: Bayesian radiocarbon chronology for the last hunter-gatherers and first farmers in Eastern Iberia”. *Quaternary International*, 472, part B: 259-271.
- García Sánchez, M. (1963): “El poblado argárico del cerro del Culantrillo en Gorafe (Granada)” *Archivo de Prehistoria Levantina*, X: 69-96.
- García Gazólaz, J. y Sesma, J. (2001): “Los Cascajos (Los Arcos, Navarra). Intervenciones 1996-1999”. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 15: 299-306.
- García-Martínez de Lagrán, I. (2014): “Recent Data and Approaches on the Neolithization of the Iberian Peninsula”. *European Journal of Archaeology*, 18, 3: 429-453
- Garrido-Pena, R. (1996): “Redes de intercambio entre el Sureste y el País Valenciano durante el Calcolítico. Reflexiones en torno a un patrón decorativo campaniforme”. *Complutum*, 7: 63-72.
- Garrido-Pena, R. (2005): “El Laberinto Campaniforme: Breve historia de un reto intelectual” En M.A. Rojo, R. Garrido-Pena e I. García (coords.), *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*: 29-60. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León. Valladolid.
- Gibaja Bao, J.F. (2006): “Resultados preliminares del análisis funcional del utillaje lítico del Abric de la Falguera: los niveles del Mesolítico reciente y del Neolítico antiguo”. En O. García Puchol y J.E. Aura (coords.), *El Abric de la Falguera (Alcoi, Alacant). 8000 años de ocupación humana en la cabecera del río de Alcoi*: 160-163. Ajuntament d'Alcoi. Alcoi.
- Gibaja Bao, J.F. (2008): “La funció de l'utillatge lític tallat documentat al jaciment neolític de la Caserna de Sant Pau”. *Quaderns d'Arqueologia i Història de la Ciutat de Barcelona*, època II, 4: 46-47.
- Gibaja, J.F., Subirà, M.E., Terradas, X., Santos, F.J., Agulló, L., Gómez-Martínez, I., Allières, F. y Fernández López de Pablo, J. (2015): “The Emergence of Mesolithic Cemeteries in SW Europe: Insights from the El Collado (Oliva, Valencia, Spain) Radiocarbon Record”. *Plos One* 10 (1): e0115505.
- Gil, F. y Hernández, E. (1999): “Ritual funerario, complejidad social e interacción a finales de la Edad del Cobre en Jumilla (Murcia)”. *Pleita*, 2: 11-37.
- Gilman, A. y San Nicolás, M. (1995): “El poblado calcolítico de El Capitán (Lorca): Campaña 1987”. *Excavaciones y prospecciones en la Región de Murcia, 1987-1988. Memorias de Arqueología*, 3: 46-51. Consejería de Cultura. Murcia.
- Gilman, A. (1987): “El análisis de clase en la Prehistoria del Sudeste”. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 27-44.
- Gilman, A. y Thornes, J.B. (1985): *El uso del suelo en la prehistoria del sureste de España*. Fundación Juan March. Madrid.
- Gil-Mascarell Boscà, M. (1981): “A propósito de una forma cerámica del Bronce Valenciano”. *Saguntum-PLAV*, 16: 93-98.

- Gil-Mascarell Boscà, M. (1984): “El bronce final i l’inici del procés d’iberizació al País Valencià”. *Fonaments*, 4: 11-29.
- Gil-Mascarell Boscà, M. (1980): “El poblado de la Mola d’Agres. Dos cortes estratigráficos”. *Saguntum-PLAV*, 16: 75-90.
- Gil-Mascarell Boscà, M. (1985): “El final de la Edad del Bronce: Estado actual de la investigación”. *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas*: 141-153. Universidad de Alicante. Alicante.
- Gil-Mascarell Boscà, M. (1992): “La agricultura y la ganadería como vectores económicos del desarrollo del Bronce Valenciano”. *Saguntum-PLAV*, 28: 63-73.
- Gil-Mascarell Boscà, M. (1995): “Algunas reflexiones sobre el Bronce Valenciano”. *Saguntum-PLAV*, 28: 63-73.
- Gil-Mascarell, M. y Aranegui, C. (1981): *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Papeles del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia, 1. Universitat de València. Valencia.
- Gil-Mascarell, M. y Enguix, R. (1986): “La Cultura del Bronce Valenciano: Estado actual de la investigación”. *Homenaje a Luis Siret, 1934-1984 (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 418-424. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Gil-Mascarell, M. y Peña, C. (1994): “Las fases de ocupación en el yacimiento de la Mola d’Agres (Agres, Alicante)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 3: 101-113.
- Godelier, M. (1967 [1974]): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Siglo XXI. Madrid.
- Gómez González, S. y Romero, A. (2014): “Estudio antropológico de los restos óseos humanos de la tumba 1 de Cabezo Pardo”. En J.A. López Padilla (coord.), *Cabezo Pardo (San Isidro/Granja de Rocamora, Alicante)*. *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce*: 226-230. MARQ. Alicante.
- Gómez Serrano, N. P. (1929): “Un ‘hiatus’ prehistórico en las estaciones arqueológicas de altura, levantinas”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, 1: 113- 156.
- Gómez Bach, A., Guerrero, E., Clop, X., Bosch, J. y Molist, M. (2008): “Estudi de la ceràmica neolítica del jaciment de la Caserna de Sant Pau”. *Quaderns d’Arqueologia i Història de la Ciutat de Barcelona, època II*, 4: 25-35.
- Gómez Puche, M., Díez, A., Verdasco, C., García, P., McClure, S.B., López, M.D., García, O., Orozco, T., Pascual, J.L., Carrión, Y. y Pérez, G. (2004): “El yacimiento de Colata (Montaverner, Valencia) y los “poblados de silos” del IV milenio en las comarcas centro-meridionales del País Valenciano”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 13: 53-128.
- González Marcén, P. (1994): “Cronología del grupo argárico”. *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 4: 7-46.
- González Prats, A. (1976): “Breve noticia sobre el tesoro orientalizador de la sierra de Crevillente”. *Pyrenae*, 12: 173-175.
- González Prats, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente*. Anejo I de Lucentum. Universidad de Alicante. Alicante.

- González Prats, A. (1985): "Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del Sudeste peninsular". *Lucentum*, IV: 97-106.
- González Prats, A. (1986): "La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico (Campaña de 1982)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 145-221.
- González Prats, A. (1989): "Dos bronce fenicios de la Colección Candela. Aportación al conocimiento de la orfebrería e iconografía orientalizante de la península Ibérica". En M.E. Aubet (coord.) *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 411-430. AUSA. Sabadell.
- González Prats, A. (1990): *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Universidad de Alicante. Alicante.
- González Prats, A. (1992): "El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la península Ibérica". *Complutum*, 2-3: 137-150.
- González Prats, A. (1993): "La metalurgia del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica". En S.F. Ramallo, A.M. Muñoz, M.M. Ros y R. Arana (coords.), *Minería y Metalurgia de la Península Ibérica durante el Primer milenio AC*: 21-43. Universidad de Murcia. Murcia.
- González Prats, A. (1998a): "La Fonteta, 1997. Memoria preliminar de la 2ª campaña de excavaciones ordinarias en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar (Alicante)". *Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios. La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio (Guardamar del Segura, 1997)*: 257-301. Universidad de Alicante. Alicante.
- González Prats, A. (1998b): "La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97". *Rivista di Studi Fenici*, 26 (2), 191-228.
- González Prats, A. (2000): "Fenicios e indígenas en el Levante peninsular". *Fenicios e indígenas en el mediterráneo y occidente: modelos e interacción*: 107-118. *Actas de los Encuentros de Primavera de la Universidad de Cádiz en el Puerto de Santa María, 1998*. Universidad de Cádiz. El Puerto de Santa María.
- González Prats, A. (2002): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII a.C.)*. Universidad de Alicante. Alicante.
- González Prats, A. (2005): "El fenómeno orientalizante en el sudeste de la Península Ibérica". *El Período Orientalizante, volumen II, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, XXXV: 799-807. CSIC. Madrid.
- González Prats, A. (2010a): "Anzuelos, fíbulas, pendientes y cuchillos: una muestra de la producción de los talleres metalúrgicos de La Fonteta". *Lucentum*, XXIX: 33-56.
- González Prats, A. (2010b): "La presencia fenicia en el Bajo Segura". En *Guardamar de Segura. Arqueología y museo*: 58-65. MARQ. Alicante.



- González Prats, A. (2011): *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Gardamar de Segura, Alicante)*, Vol. 1. Seminarios Internaciones sobre Temas Fenicios. Alicante.
- González Prats, A. (2014): *La Fonteta (Guardamar de Segura, Alicante)*. Universidad de Alicante. Alicante.
- González Prats, A. y Ruiz, E. (1995): “Urbanismo defensivo en la Edad del Bronce en el Bajo Vinalopó. La fortificación argárica de Caramoro I (Elche, Alicante)”. *Estudios de vida urbana*, 2: 85-107.
- González Prats, A. y Ruiz, E. (1992): “Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó”. En *Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Trabajos Varios del SIP, 89: 17-27. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- González Quintero, P., Mederos, A., Díaz, A., Bashore, C., Chamón, J. y Moreno, A. (2018): “El poblado fortificado metalúrgico del Calcolítico medio y final de Puente de Santa Bárbara (Huércal-Overa, Almería)”. *Zephyrus*, 81: 71-91.
- Grau Almero, E. y Martí, M.A. (1996): *El poblado de la Mola d’Agrés. Homenaje a Milagro Gil-Mascarell Boscá*. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. Valencia
- Grau Almero, E., Martí, M.A., Peña, J.L., Pascual, J.L., Pérez, G. y López Gila, M.D. (2004): “Nuevas aportaciones para el conocimiento de la Mola d’Agres (Agres, Alicante)”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 241-246. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.
- Grau Mira, I. (2002): “La formación del mundo ibérico en los valles de l’Alcoià y El Comtat (Alicante): un estado de la cuestión”. *Lvcentvm*, XIX-XX: 95-111.
- Grau Mira, I. (2013): “Síntesis: El Puig y el paisaje de los *Oppida* en las comarcas de las montañas de la Contestania”. En I. Grau y J.M. Segura (eds.), *El oppidum ibérico de El Puig d’Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*: 259-290. Museu Arqueològic, 2. Ajuntament d’Alcoi. Alcoi.
- Grau Mira, I. y Moratalla, J. (2001): “Interpretación socioeconómica del enclave”. En L. Abad y F. Sala (eds.), *El poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera*, Bibliotheca Archaeologica Hispania, 12: 173-203. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Grau Mira, I. y Segura, J. M. (2013): *El oppidum ibérico de El Puig d’Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania*. Museu Arqueològic, 2. Ajuntament d’Alcoi. Alcoi.
- Gris Martínez, L. (2005): “El poblado neo-eneolítico de La Quintilla (Lorca)”. *Alberca*, 3: 25-38.
- Gris Martínez, L. (2018): “El poblado calcolítico del Chorrillo Bajo (Lorca, Murcia)”. *Alberca*, 16: 23-47.
- Gris, L. y Gris, J. (2007): “Disimilaridad cultural en el Calcolítico lorquino”. *Alberca*, 5: 15-42.

- Guerrero Ayuso, V.M., Calvo Trias, M. y Gornés Hachero, S. (2007): *Prehistoria de las Islas Baleares. Registro arqueológico y evolución social antes de la Edad del Hierro*. BAR International Series, 1654. Archaeopress. Oxford.
- Guilabert, A.P., Jover F J. y Fernández, F.J. (1999): “Las primeras comunidades agropecuarias del Río Vinalopó (Alicante)”. II *Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV*, Extra-2: 283-290. Universitat de València. Valencia.
- Guilabert, A.P. y Hernández Pérez, M.S. (2014): “La Cova de les Aranyes (o del Frare) de les Aranyes (Santa Pola)”. En F.J. Jover, P. Torregrosa y G. García Atiénzar (eds.), *El Neolítico en el Bajo Vinalopó (Alicante, España)*, BAR International Series, 2616: 49-86. Archaeopress. Oxford.
- Guilaine J. (1994): *La Mer partagée: la Méditerranée avant l'écriture: 7000-2000 av. J.-C.* Hachette. Paris
- Guilaine, J. (1986): “Le Néolithique ancien en Languedoc et Catalogne”. En J.P. Demoule y J. Guilaine (dirs.), *Le Néolithique de la France. Hommage à Gerard Bailloud*: 71-82. Picard. Paris.
- Guilaine, J. y Manen, C. (2007): “From Mesolithic to Early neolithic in the western mediterranean”, *Proceedings of the British Academy*, 144: 21-51.
- Guilaine, J.; Manen, C. y Vigne, J.D. (dirs.) (2007): *Pont de Roque-Haute. Nouveaux regards sur la néolithisation de la France méditerranéenne*. Centre d'Anthropologie. Toulouse.
- Guillem, P., Guitart, I., Martínez, R., Mata, P. y Pascual, J.L. (1992): “L'ocupació prehistòrica de la Cova de Bolumini (Beniarbeig-Benimeli, La Marina Alta)”. *III Congrés d'estudis de la Marina Alta*: 31-48. Institut d'Estudis Comarcals de la Marina Alta. Dènia.
- Guitart i Perarnau, I. (1989): “El Neolítico Final en el Alto Vinalopó”. *Saguntum-PLAV*, 22: 67-97.
- Gusi Jener, F. (1974): “Excavación en el recinto fortificado del Torrelló de Onda”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1: 19-62.
- Gusi Jener, F. (1975): “Las dataciones de C.14 de la Cueva del Mas d'Abad (Coves de Vinromà). Campaña 1975. Ensayo cronológico para la periodización del Bronce Valenciano”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2: 75-79.
- Gusi Jener, F. (1976): “1ª Campaña de excavaciones en el poblado del Bronce de Oropesa la Vella (Orpesa)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3: 283.
- Gusi, F. y Olària, C. (1977): “El poblado de la Edad del Bronce de Oropesa la Vella (Castellón)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, 4: 79-100.
- Gusi, F. y Olària, C. (1995): “Cronologies absolutes en l'arqueologia del País Valencià”. *Actes de les jornades d'Arqueologia (Alfàs del Pi, 1994)*: 119-149. Conselleria de Cultura. Valencia.
- Gusi, F., Luján, J., Barrachina, A. y Aguilera, G. (2010): “Aproximación al estudio del poblamiento litoral-costero durante la Edad del Bronce en la fachada oriental de

- la Península Ibérica y del Mediodía francés”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, 28: 59-138.
- Gusi, F. y Olària, C. (2014): *Un poblado fortificado del Bronce medio y Bronce final en el litoral Mediterráneo: Orpesa la Vella (Orpesa la Vella, Castellón, España)*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques 10. Diputació Provincial de Castelló. Castelló.
- Gutiérrez Lloret, S. (1996): *La Cora de Tudmir. De la Antigüedad Tardía al mundo islámico*. Casa de Velázquez. Madrid-Alicante.
- Harnecker, M. (1969): *Los conceptos fundamentales del materialismo histórico*. Siglo XXI. México.
- Harris, M. (2005). *Bueno para comer*. Alianza. Madrid.
- Harrison, R.J. (1974): “El vaso campaniforme como horizonte delimitador en el Levante Español”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1: 63-70.
- Harrison, R.J. (1977): *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*. American School of Prehistoric Research. Cambridge University. Massachusetts.
- Harrison, R.J., Andrés, M.T. y Moreno, G. (1998): *Un poblado de la Edad del Bronce en El Castillo (Frias de Albarracín, Teruel)*. BAR International Series, 708. Archaeopress. Oxford.
- Hernández Carrión, E. (2018): “Nuevo complejo cultural de la Edad del Bronce pleno en el Sureste de la península ibérica”. *Discurso de apertura del Curso Académico de 2018*: 1-35. Real Academia Alfonso X El Sabio. Murcia.
- Hernández Esteban, M. (1964): “Descubrimientos. Por el Centro Arqueológico Saguntino” *Arse*, 7: 18-19.
- Hernández Pérez, M.S. (1982): “La Cueva de la Casa Colorá: un yacimiento eneolítico en el valle Medio del Vinalopó (Alicante)”. *Lvcentvm*, I: 5-18.
- Hernández Pérez, M.S. (1985): “La Edad del Bronce en el País Valenciano: Panorama y Perspectivas”. *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas*: 101-119. Universidad de Alicante. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (1986): “La cultura de El Argar en Alicante. Relaciones espacio temporales con el mundo del Bronce Valenciano”. *Homenaje a Luis Siret, 1934-1984 (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 341-350. Junta de Andalucía. Cuevas de Almanzora.
- Hernández Pérez, M.S. (1990): “Un enterramiento argárico en Alicante”. En *Homenaje a Jerónimo Molina*: 87-94. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia.
- Hernández Pérez, M.S. (1994): “La Horna (Aspe, Alicante). Un yacimiento de la Edad del Bronce en el Medio Vinalopó”. *Archivo de Prehistoria Valenciana*, XXI: 83-116.
- Hernández Pérez, M.S. (1997): “Desde la periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas”. *Saguntum-PLAV*, 30: 93-114.

- Hernández Pérez, M.S. (2000): “Sobre la religión neolítica. A propósito del Arte Macroesquemático”. En M.H. Olcina y J.A. Soler Díaz (coords.), *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, I: 137-155. MARQ. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2001): “La Edad del Bronce en Alicante”. ...Y acumularon tesoros. *Mil años de historia en nuestras tierras*: 201-217. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2002): “El poblamiento prehistórico de Albacete. Estado actual y perspectivas de futuro”. *II Congreso de Historia de Albacete. Arqueología y Prehistoria*: 11-20. Instituto de Estudios Albacetenses ‘Don Juan Manuel’. Albacete.
- Hernández Pérez, M.S. (2003): “Las imágenes en el Arte Macroesquemático”. En T. Tortosa y J.A. Santos (coords.), *Arqueología e Iconografía. Indagar en las imágenes*: 41-58, L’Erma di Bretschneider. Roma.
- Hernández Pérez, M.S. (2004): “¿Cuándo tuvo principio ésta? La ocupación prehistórica de Ilici y de su entorno”. En M.S. Hernández y L. Abad (eds.), *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*: 13-24. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2005a) “Neolítico y arte. El paradigma de Alicante”. En M.S. Hernández y J.A. Soler, (eds.), *Actas del congreso arte rupestre en la España Mediterránea*: 13-21. MARQ. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2005b): “La Contestania Ibérica desde la Prehistoria”. En L. Abad (coord.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*: 17-36. Universidad de Alicante. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2006): “Arte esquemático en la fachada oriental de la península ibérica. 25 años después”. *Zephyrus*, 59: 199-214.
- Hernández Pérez, M.S. (2009a): “Tiempos de cambio. El final del Argar en Alicante”. En M.S. Hernández, J.A. López y J.A. Soler (eds.), *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*: 292-305. MARQ. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2009b): “Entre el Medio y Bajo Vinalopó. Excavaciones arqueológicas en el Tabayá (Aspe, Alicante)”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (coords.), *En los confines del Argar: una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*: 160-169. MARQ. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S. (2012): “El Cabezo Redondo (Villena, Alicante) y el Bronce Tardío en las tierras meridionales valencianas”. En J.A. Rodríguez y J. Fernández (coords.), *Cogotas I: La cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Homenaje a M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse*: 111-146. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- Hernández Pérez, M.S. (2018): *La Prehistoria de Sax*. Colección Picayo. Aula Universitaria de Sax. Sax.
- Hernández Pérez, M.S., Ferrer, P. y Catalá, E. (1988): *Arte rupestre en Alicante*. Fundación Banco Exterior. Alicante.



- Hernández Pérez, M.S. y López, J.A. (1992): “Bronze Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante)”. En *Estudios de arqueología ibérica y romana: homenaje a Enrique Pla Ballester*: 1-15. Trabajos Varios del SIP, 89. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Hernández Pérez, M.S. y Simón, J.L. (1993): “El II milenio a.C. en el Corredor de Almansa (Albacete). Panorama y perspectivas”. En J. Blánquez, R. Sanz, R. y M.T. Musat (coords.), *Arqueología en Albacete*. Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha, nº 9. Consejería de Cultura. Toledo.
- Hernández Pérez, M.S. y Martí, B. (2001): “El arte rupestre de la fachada mediterránea: entre la tradición epipaleolítica y la expansión neolítica”. *Zephyrus*, 53-54: 241-265.
- Hernández Pérez, M. S. y Simón, J.L. y López, J.A. (1995): *Agua y poder. El cerro del Cuchillo (Almansa, Albacete), excavaciones 1986-1990*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.
- Hernández Pérez, M.S. y Pérez, J.M. (2005): “En busca de nuestros orígenes. El poblamiento prehistórico de Sax”. En *Historia de Sax*, I: 103-128. Ayuntamiento de Sax. Sax.
- Hernández Pérez, M.S., López, J.A. y Soler, J.A. (2009): *Los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*. MARQ. Alicante.
- Hernández Pérez, M. S., García, G. y Barciela, V. (2010a): “Cabezo Redondo”. En A. Guardiola y F. Tendero (coords): *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2008*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Hernández Pérez, M.S., García, G. y Barciela, V. (2010b): “Cabezo Redondo”. En A. Guardiola. y F. Tendero (ccords): *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2009*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.º
- Hernández Pérez, M.S., García, G. y Barciela, V. (2014): “The treasures of Villena and Cabezo Redondo, Alicante, Spain”. En H. Meller, R. Risch y E. Pernicka (eds.), *Metal of power. Early gold and silver*: 593-610. Tagunden des landesmuseums für Vorgeschichte Halle, band 11/II. Halle.
- Hernández Pérez, M.S., García, G. y Barciela, V. (2016): *Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*. Universidad de Alicante. Alicante.
- Hernández Pérez, M. S., García, G. y Barciela, V. (2017): “Reflejos del pasado: el oro en la Edad del Bronce en Villena (Alicante)”. *Bylyana*, 2: 20-39.
- Hernández Pérez, M.S., Jover, F.J. y López, J.A. (2013): “The social and political situation between 1750 and 1500 cal BC in the central Spanish Mediterranean: an archaeological overview”. En H. Meller, F. Bertemes, H.R. Bork y R. Risch (eds.), *1600 Cultural change in the shadow of the Thera-Eruption?:* 303-314. Tagunden des Landmuseums für Vorgeschichte Halle, band 9. Halle.

- Hernández Pérez, M.S., López, J.A. y Jover, F.J. (2019): “Estratigrafía y radiocarbono: la tumba 1 y la cronología de la ocupación argárica del Tabayá (Aspe, Alicante)”. *Spal*, 28.1: 35-55.
- Hernando Gonzalo, A. (1999): *Los primeros agricultores de la península Ibérica. Una historiografía crítica del Neolítico*. Síntesis. Madrid.
- Hodder, I. (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica. Barcelona.
- Hopf, M. (1966): “Triticum monococcum y Triticum dicoccum en el Neolítico antiguo español”. *Archivos de Prehistoria Levantina*, 11: 53-73.
- Idáñez, J. F., Manzano, J. y García López, M. (1987): “El poblado de la Edad del Bronce de Murviedro, Lorca, Murcia. (Interrelación topografía-material superficial)”. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*: 419-435. Zaragoza.
- Iriarte Chiapusso, J. M. (2013): “El reflejo del paisaje vegetal del Holoceno medio en el VIII milenio BP en el yacimiento arqueológico del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza) y su entorno”. En J.M. Rodanés y J.V. Picazo (coords.), *El campamento mesolítico del Cabezo de la Cruz. La Muela. Zaragoza*: 100-105. Monografías Arqueológicas, 45. Zaragoza.
- Johnson, M. (2000): *Teoría arqueológica. Una introducción*. Ariel. Barcelona.
- Jordá Cerdá, F. (1958): “Los enterramientos de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castelnovo- Castellón de La Plana)”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII: 55-92.
- Jordá Cerdá, F. (1966): “Notas para una revisión de la cronología del Arte Rupestre Levantino”. *Zephyrus*, XVII: 47-76.
- Jordán Montes, J.F. (1992): “Prospección arqueológica en la comarca de Hellín-Tobarra. Metodología, resultados y bibliografía”. *Al-Basit*, 31: 183-227.
- Jover Maestre, F.J. (1999): *Una nueva lectura del “Bronce Valenciano”*. Universidad de Alicante. Alicante.
- Jover Maestre, F.J. (2006): “La ocupación prehistórica en el valle de Elda”. En A.M. Poveda Navarro y J.R. Valero Escandell (coords.), *Historia de Elda*, Tomo I: 29-43. Ayuntamiento de Elda. Elda.
- Jover Maestre, F.J. (2008): “Caracterización de los procesos de producción lítica durante la Edad del Bronce en el Levante de la península Ibérica”. *Lvcentum*, XXVII: 11-32.
- Jover Maestre, F.J. (coord.) (2010): *La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante) del IV al III milenio AC en la cuenca del río Vinalopó*. Alicante.
- Jover Maestre, F.J. (2011a): “El instrumental lítico tallado de Benàmer: continuidad y ruptura en los procesos de producción lítica tallada entre el VII y el IV milenio cal BC”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López, E. (dirs.), *Benàmer (Muro de l’Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas*: 133-204. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.

- Jover Maestre, F.J. (2011b): “El proceso histórico del VII al IV milenio cal BC en las tierras meridionales valencianas: algunas inferencias a partir de la documentación arqueológica de Benàmer”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l’Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas*. Trabajos Varios del SIP, 112: 341-358. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Jover Maestre, F.J. (2013): “Las áreas de actividad y las unidades domésticas como unidades de observación de lo social: de la sociedades cazadoras-recolectoras a las agricultoras en el Este de la península Ibérica”. En S. Gutiérrez y I. Grau (eds.), *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*: 13-38. Universidad de Alicante. Alicante.
- Jover Maestre, F.J., López, J.A. y López, J.A. (1995): *El poblamiento durante el II Milenio a.C. en Villena (Alicante)*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (1995): “El Argar y el Bronce Valenciano. Reflexiones en torno al mundo funerario”. *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1): 71-86
- Jover Maestre, F.J. y López Padilla, J.A. (1997): *Arqueología de la muerte. Prácticas funerarias en los límites de El Argar*. Universidad de Alicante. Alicante.
- Jover Maestre, F.J., Guilabert, A., Lorrío, A., Segura, G. y Torregrosa, P. (1997): “La evolución del poblamiento en el Camp d’Elx (Alicante) en la Prehistoria y la Antigüedad”. *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 2: 265-274. Cartagena.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (1999): “Campesinado e Historia. Consideraciones sobre las comunidades agropecuarias de la Edad del Bronce en el Corredor del Vinalopó”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII: 233-257.
- Jover Maestre, F.J., López, J.A. y Guilabert, A. (1999): “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce de Barranco Tuerto (Villena, Alicante). 1995”. *Memorias arqueológicas y paleontológicas de la Comunidad Valenciana*. Nº 0. Conselleria de Cultura. Valencia.
- Jover Maestre, F.J., Soler, M<sup>a</sup>., Esquembre, M.A. y Poveda, A.M. (2001): “La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del río Vinalopó”. *Lvcentvm*, XIX-XX: 27-40.
- Jover Maestre, F.J. y de Miguel, M.P. (2002): “Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros (Villena, Alicante): revisión de dos conjuntos de yacimientos campaniformes en el corredor del Vinalopó”. *Saguntum-PLAV*, 34: 59-74.
- Jover Maestre, F.J.; Martínez Monleón, S. y López Padilla, J.A. (coords.) (2020): *La vida en la frontera argárica: el asentamiento de Caramoro I (Elche, Alicante)*. Trabajos Varios del SIP, 124. Museu de Prehistòria. Diputació Provincial. Valencia.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2004): “2110- 1200 BC. Aportaciones al proceso histórico en la cuenca del río Vinalopó”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 285-302. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.

- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2005): *Barranco Tuerto y el proceso histórico en el corredor del Vinalopó durante el II milenio BC*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.
- Jover Maestre, F.J., y Molina, F.J. (2005): “El proceso de implantación de las primeras comunidades agropecuarias en las tierras meridionales valencianas”. *Revista del Vinalopó*, 8: 11-28.
- Jover Maestre, F. J., Molina, F.J. y García, G. (2008): “Asentamiento y territorio. La implantación de las primeras comunidades agropastoriles en las tierras meridionales valencianas”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*: 90-97. MARQ. Alicante.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2009): “Miquel Tarradell y José María Soler: la revolución radiocarbónica y la Edad del Bronce en la península Ibérica”. *Pyrenae*, 40.2: 79-103.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2010): “3500-2200 AC. Sobre el proceso histórico entre las cuencas del Segura y el Júcar”. En F.J. Jover (coord.), *La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante) del IV al III milenio AC en la cuenca del Vinalopó*: 273-280. MARQ. Alicante.
- Jover Maestre, F.J. y de Miguel, M.P. (2010): “Las evidencias funerarias asociadas al asentamiento de la Torreta-El Monastil: la cueva de la Casa Colorá”. En F.J. Jover Maestre (coord.), *La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante) del IV al III milenio AC en la cuenca del río Vinalopó*: 173-182. MARQ. Alicante.
- Jover Maestre, F. J., López, J. A., Luján, A., Acosta, L. y Tamayo, C. (2010): “Terlinques”. En A. Guardiola y F. Tendero (coords): *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2009*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2011): “La observación en el estudio de la edad del bronce en tierras valencianas. Del ensalzamiento del “objeto” y la revolución radiocarbónica al necesario reencuentro con la estratigrafía”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, 29: 209-230.
- Jover Maestre, F.J., Rodríguez, A.C. y Molina, F.J., (2012a): “Obtención, producción y uso de rocas silíceas en el Mesolítico Geométrico, fase A, de la fachada oriental de la península Ibérica: el yacimiento de Benàmer (Muro, Alicante)”. *Munibe*, 63: 105-135.
- Jover Maestre, F.J., García, G., Moratalla, J., Segura, G., Biete, C., Tormo C. y Martínez, S. (2012b): “Continuidad residencial e intensificación productiva durante la primera mitad del III milenio cal. BC en el Levante de la Península Ibérica: las aportaciones del asentamiento de El Prado (Jumilla, Murcia)”. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*: 14: 15-54.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2013): “La producción textil durante la Edad del Bronce en el cuadrante suroriental de la península Ibérica: materias primas, productos, instrumentos y procesos de trabajo”. *Zephyrus*, LXXI: 149-171.



- Jover Maestre, F.J. y García, G. (2014): “Sobre la neolitización de los grupos mesolíticos en el Este de la península Ibérica: la exclusión como posibilidad”. *Pyrenae*, 45 (1): 55-88.
- Jover Maestre, F.J., López, J.A. y García-Donato, G. (2014a): “Radiocarbono y estadística bayesiana: aportaciones a la cronología de la Edad del Bronce en el extremo oriental del Sudeste de la península Ibérica”. *Sagvntvm-PLAV*, 46: 41-69.
- Jover Maestre, F.J., Torregrosa, P. y García, G. (2014b): *El Neolítico en el Bajo Vinalopó* (Alicante, España), BAR International Series, 2646. Archaeopress. Oxford.
- Jover Maestre, F.J. y García, G. (2015): “Sociedades en transición durante la expansión y consolidación de las primeras comunidades agrícolas en el Mediterráneo Occidental: el ejemplo del Levante de la península Ibérica”. *Vegueta*, 15: 133-157.
- Jover Maestre, F.J. y López, J.A. (2016): “Nuevas bases para el estudio de las comunidades campesinas de la Edad del Bronce en el Levante peninsular: el asentamiento de Terlinques (Villena, Alicante)”. En *Del neolítico a l'edat del bronze en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat Martí Oliver*: 427-450. Trabajos Varios, 119. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Jover Maestre, F.J., Lorrio, A.J. y Díaz, M.A. (2016a): “El Bronce final en el levante de la península Ibérica: bases arqueológicas y periodización”. *Complutum*, 27 (1): 81-108.
- Jover Maestre, F.J., Pastor, M., Martínez, I. y Vilaplana, E. (2016b): “El uso de la cal en la construcción durante la Prehistoria reciente: nuevas aportaciones para el levante de la península ibérica”. *Arqueología de la Arquitectura*, 13: e039.
- Jover Maestre, F.J., Martínez, S., Pastor, M., Poveda, E. y López, J.A. (2016c): “Los asentamientos de pequeño tamaño de la Edad del Bronce en tierras valencianas: a propósito del Cabezo del Polovar (Villena, Alicante)”. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 25: 47-68.
- Jover Maestre, F.J. y Torregrosa, P. (2017): “Las unidades domésticas de los primeros grupos neolíticos en el Este de la península ibérica”. *Munibe*, 68: 135-153.
- Jover Maestre, F.J., Moratalla, J., Martínez, S. y Segura, G. (2017): Poblados, cuevas, cobertizos y refugios de la Edad del Bronce: la aportación del cerro de los Purgaticos (La Canyada, Alicante). *Sagvntvm-PLAV*, 49: 9-27.
- Jover Maestre, F.J., Martínez, S. y López, J.A. (2018a): “Sobre la estructura poblacional de las sociedades del sur del Bronce Valenciano”. *Zephyrus*, LXXXII: 93-117.
- Jover Maestre, F.J., Torregrosa, P., García, G., Pastor, M., Luján, A., Molina, F.J., Pérez Díaz, S., Ruíz Alonso, M., López Sáez, J.A., Ferrer, C. y Tormo, C. (2018b): Los inicios del Neolítico en las tierras meridionales valencianas: a propósito de la cova dels Calderons (La Romana, Alicante). *Munibe*, 69: 93-121.
- Jover Maestre, F.J., Martínez, S., de Miguel, M.P., López, J.A., Torregrosa, P., Pastor, M. y Basso, R. (2018c): “¿Violencia física o accidente? Nuevos datos sobre el

- enterramiento infantil de Caramoro I (Elche, Alicante, España)". *Arqueología Iberoamericana*, 38: 25-31.
- Jover Maestre, F.J., Pastor, M. y Torregrosa, P. (2019a): "Advances in the analysis of households in the early neolithic groups of the Iberian Peninsula: Deciphering a partial archaeological record". *Journal of Anthropological Archaeology*, 53: 1-21.
- Jover Maestre, F. J., García, G., y López, J. A. (2019b): "Del fondo del valle a lo alto de la montaña: cambios en la organización del hábitat y del territorio en el Este de la península ibérica entre el Calcolítico y la Edad del Bronce". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 28: 79-100.
- Jover Maestre, F.J., López, J.A. y García, G. (2019c): "Territory, settlements and households: Chalcolithic and Bronze Age in the Eastern Iberian Peninsula". En H. Meller, S. Firederich, M. KüBner, H. Stäuble y R. Risch (eds.), *Late Neolithic and Early Bronze Age Settlement Archaeology*: 1003-1027. Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte Halle, Band 20 (2). Halle.
- Jover Maestre, F. J., Pastor, M., Basso, R.E., Martínez, S. y López, J.A. (2019d): "Secuencia de ocupación y desarrollo constructivo del asentamiento de Caramoro I (Elche, Alicante): aportaciones a la arquitectura argárica". *Arqueología de la arquitectura*, 16: e083.
- Jover Maestre, F.J., Rodríguez Rodríguez, A.C. y Torregrosa Giménez, P. (2019e): "Dientes de hoz, hoces y Edad del Bronce: la contribución de un programa experimental de siega". *Complutum*, 30(1): 131-154.
- Juan-Cabanilles, J. (1992): "La Neolitización de la vertiente mediterránea peninsular: modelos y problemas". En P. Utrilla (coord.), *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 255-268. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- Juan-Cabanilles, J. (1994): "Estructuras de habitación en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-1982 y 1990". *Saguntum-PLAV*, 27: 67-97.
- Juan-Cabanilles, J. (2005): "Las manifestaciones del Campaniforme en el País Valenciano. Una visión sintética". En M.A.Rojo, R. Garrido-Pena e I. García, I. (coords.), *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*: 389-399. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León. Valladolid.
- Juan-Cabanilles, J. (2009): *El utillaje de piedra tallada en la Prehistoria reciente valenciana. Aspectos tipológicos, estilísticos y evolutivos*. Trabajos Varios del SIP, 108. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Juan-Cabanilles, J. (1984): "El utillaje neolítico en sílex del litoral mediterráneo peninsular". *Saguntum-PLAV*, 18: 51-102.
- Juan-Cabanilles, J., Martínez Valle, R., Arias, A. y Martí, B. (2001): "Los tubos de hueso de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante): instrumentos musicales en el Neolítico Antiguo de la Península Ibérica" *Trabajos de Prehistoria*, 58 (2): 41-67.

- Juan-Cabanilles, J. y Martí, B. (2002) “Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio AC”. *Saguntum Extra*, 5: 45-87.
- Juan-Cabanilles, J. y Martínez Valle, R. (1988): “Fuente Flores (Requena, Valencia)”. Nuevos datos sobre poblamiento y la economía del neo-eneolítico valenciano”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 181-232.
- Juan-Cabanilles, J. y Martí, B. (2007-2008): “La fase C del Epipaleolítico reciente: lugar de encuentro o línea divisoria. Reflexiones en torno a la neolitización en la fachada mediterránea peninsular”. *Veleia*, 24-25: 611-628.
- Juan-Cabanilles, J. y Martí, B. (2017): “New approaches to the Neolithic Transition: The Last Hunters and First Farmers of the Western Mediterranean”. En O. García Puchol y D.C. Salazar-García (eds.), *Times of Neolithic Transition along the Western Mediterranean*. Fundamental Issues in Archaeology: 33-68. Springer. Cham.
- Kalb, PH. (1969): “El poblado del Cerro de la Virgen de Orce (Granada)”. *X Congreso Nacional de Arqueología*: 216-225. Zaragoza.
- Knipper, C., Rihuete, C., Voltàs, J., Held, P., Lull, V., Micó, R. Risch, R. y Alt, K. W. (2020): “Reconstructing Bronze Age diets and farming strategies at the early Bronze Age sites of La Bastida and Gatas (southeast Iberia) using stable isotope analysis”. *PloS ONE* 15(3): E0229398.
- Kristiansen, K. (2001): *Europa antes de la Historia: los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro*. Península. Barcelona
- Lakatos, I. (1982): *La metodología de los programas de investigación científica*. Alianza. Madrid.
- Lillo Carpio, P. (1987): “El poblado ibérico de Los Molinicos (Moratalla). Últimas campañas”. *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*: 256-262. Consejería de Cultura. Murcia.
- Lisón Hernández, L. (1983): *Aproximación al pasado histórico de Abarán*. Grupo Abarán V Centenario. Abarán.
- Lomba Maurandi, J. (1992): “La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 7-8: 35-46.
- Lomba Maurandi, J. (1996): “El poblamiento del Eneolítico en Murcia: estado de la cuestión”. *Tabona*, IX: 317-340.
- Lomba Maurandi, J. (1998): “El Portillo: estructuración urbanística y territorio en un asentamiento argárico del noroeste”. En A.L. Molina et al. (eds.), *La recuperación de los núcleos urbanos y su entorno (aportaciones para su estudio histórico-geográfico)*: 67-80. Universidad de Murcia. Murcia.
- Lomba Maurandi, J. (1999): “El megalitismo en Murcia. Aspecto de su distribución y significado”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20: 55-82.
- Lomba Maurandi, J. (2001): “El calcolítico en el valle del Guadalentín. Bases para su estudio”. *Clavis*, 2: 7-47.

- Lomba Maurandi, J. (2002): “Cabezos Viejos (Archena)”. XIII *Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*: 16-17. Consejería de Cultura. Murcia.
- Lomba Maurandi, J. (2004): “Verificación de megalitismo en el área del Cabezo de la Era (Águilas, Murcia)”. *Memorias de Arqueología*, 13: 47-59. Consejería de Cultura. Murcia.
- Lomba Maurandi, J. y Salmerón, J. (1995): “VI. El Eneolítico. Los comienzos de la metalurgia”. En F. Chacón (dir.), *Historia de Cieza, Vol I*: 153-183. Ayuntamiento de Cieza. Cieza.
- Lomba Maurandi, J., y Zapata Crespo, J. (2005): “El enterramiento múltiple de Cabezos Viejos (Archena, Murcia). Reflexiones sobre secuencias funerarias calcolíticas”. *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 21: 9-38.
- Lomba Maurandi, J., López Martínez, M., Ramos Martínez, F., Avilés Fernández, A. (2009). “El enterramiento múltiple, calcolítico, de Camino del Molino (Caravaca, Murcia). Metodología y primeros resultados de un yacimiento excepcional”. *Trabajos de Prehistoria*, 66(2), 143-159.
- López Cachero, F.J. (2008): “La periodidització del Bronze Final al Ferro inicial a Catalunya”. *Cypsela*, 17: 51-64.
- López Cachero, F.J. (2011): “Cremation cemeteries in the Northeastern Iberian Peninsula: funeral diversity and social transformation during the Late Bronze and Iron Ages”. *European Journal of Archaeology*, 14, 1-2: 116-132.
- López Cachero, F.J. (2007): “Sociedad y economía durante el Bronce final y la primera Edad del Hierro en el Noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas”. *Trabajos de Prehistoria*, 64 (1): 99-120.
- López García, P. (1980): “VII. Los cereales”. En B. Martí, V. Pascual, M.D. Gallart, P. López, M. Pérez, J.D. Acuña y F. Robles (eds.), *Cova de l'Or (Beniarrés-Alicante)*: 175-192. Trabajos Varios del SIP, 65. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- López García, P. (ed.) (1991): *El cambio cultural del IV al III milenio a.C. en la Comarca Noroeste de Murcia*. Vol. I. CSIC. Madrid.
- López Padilla, J.A. (2005): *El proceso histórico en el Bajo Segura y Bajo Vinalopó entre 2100 y 1200 cal BC. La prospección arqueológica*. Memoria presentada ante la Dirección General de Patrimonio. Conselleria de Cultura i Educació. Valencia.
- López Padilla, J.A. (2006): “Consideraciones en torno al Horizonte Campaniforme de transición”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXVI: 193-243.
- López Padilla, J.A. (2008): “Entre piedras y cavernas. Una propuesta de explicación histórica a la ausencia de megalitismo en el área centro-meridional del Levante peninsular”. En Hernández, M.S., Soler, J. y López, J.A. (Eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*, II: 374-384. Alicante.



- López Padilla, J.A. (2009): “El grupo argárico en los confines orientales del Argar”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (coords.), *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante: 247-267*. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A. (2010): “L'ocupació prehistòrica de El Castellar”. En J.L. Menéndez (ed.), *El Castellar d'Elx. L'origen de la ciutat medieval: 25-28*. Ajuntament d'Elx. Elche.
- López Padilla, J.A. (2011): *Asta, hueso y marfil. Artefactos óseos de la Edad del Bronce en el Levante y Sureste de la Península Ibérica (c. 2500-c.1300 cal BC)*. Serie Mayor, 9. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A. (2012): “Dinámica de la producción y consumo de marfil en el Sudeste y área meridional del Levante peninsular entre c. 2200 BC y c. 1200 BC”. En A. Banerjee, J. A. López y Th.X. Schuhmacher (eds.), *Marfil y Elefantes en la península Ibérica y el Mediterráneo occidental*. Iberia Archaeologica band 16: 139-156. Deutsches Archäologisches Institut. Verlag Phillip Von Zabern. Mainz.
- López Padilla, J.A. (coord.) (2014): *Cabezo Pardo (San Isidro/Granja de Rocamora, Alicante). Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce*. Excavaciones arqueológicas Memorias, 6. Diputación Provincial de Alicante. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A., Belmonte, D. y de Miguel, M<sup>a</sup> P. (2006): “Los enterramientos argáricos de la Illeta dels Banyets de El Campello. Prácticas funerarias en la frontera oriental de El Argar”. En J.A. Soler Díaz (ed.), *La ocupación prehistórica dels Banyets (El Campello)*. Serie Mayor 5: 119-171. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A. y Jover, F.J. (2014): “Cabezo Pardo. Una aldea de campesinos en el confín de El Argar”. En J.A. López (coord.), *Cabezo Pardo (San Isidro/Granja de Rocamora, Alicante). Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce*. Excavaciones arqueológicas Memorias, 6: 395-409. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A., Jover, F.J. y Martínez, S. (2014): “San Antón y los orígenes de la Edad del Bronce en el sur de Alicante”. En *Orihuela. MARQ. Arqueología y Museo*: 80-103. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A., Jover, F.J., Martínez, S., Sánchez, A., Pastor, M., Basso, R.E., Luján, A. (2018): “Los toros de arcilla de Laderas del Castillo”. En J.A. López y F.J. Jover (eds.), *Los toros de El Argar. Figurillas de arcilla de la Edad del Bronce: 5-19*. MARQ. Alicante.
- López Padilla, J.A., Jover, F.J., Pastor, M., Basso, R. E., Martínez, S. y Sánchez, A. (2019): “¿Una sociedad iconoclasta? Nuevas terracotas de bóvidos del asentamiento argárico de Laderas del Castillo (Callosa de Segura, Alicante, España)”. *Arqueología Iberoamericana*, 41: 45-51.
- López Precioso, F.J. y Serna, J.J. (1996): “Neolítico”. *Macanaz*, 1.: 43-54.
- López Sáez, J.A., Pérez, S. y Alba, F. (2011): “Estudios sobre evolución del paisaje palinología”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l'Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas*. Trabajos

- Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- López Seguí, E. (1996): *Arqueología de Agost (Alicante)*. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- López Seguí, E., Torregrosa, P. y Jover, F. J. (2010): “Circunvalación sur de Elche. Tramo N-340 intersección CU-851 PK 722+000 de la N-340. Galanet P.P.K.K. 1+450 al 2+290”. En A. Guardiola y F. Tendero (coords), *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2009*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Lorenzo Lizalde, J.I. (1990): “La Paleoantropología turolense”. *Teruel*, 80-81(I): 67-137.
- Lorrio Alvarado, A. J. (1996): “Materiales cerámicos de la Cova Bolomini (Alfafara) en el Museo Camilo Visedo de Alcoy”. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5: 191-198.
- Lorrio Alvarado, A.J. (2008): *Qrénima: El Bronce Final del sureste de la península Ibérica*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Lorrio Alvarado, A.J. (2009-2010): “El Bronce Final en el Sureste de la península Ibérica: una (re)visión desde la arqueología funeraria”. *Anales de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Murcia*, 25-26: 119-176.
- Lorrio Alvarado, A.J., Almagro-Gorbea, M. y Sánchez de Prado, M.D. (2009): *El Molón (Camporrobles, Valencia)*. Oppidum prerromano y hisn islámico. *Guía turística y arqueológica*. Real Academia de la Historia. Camporrobles.
- Lucas Pellicer, M.R. (2004): “De la Meseta al Levante: cerámica de Cogotas y otros vectores interregionales”. En L. Hernández y M.S. Hernández (coords.), *La Edad del Bronce en las tierras valencianas y zonas limítrofes*: 585-602. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Alicante.
- Luján Navas, A. y Jover, F.J. (2019): “De los grupos cazadores-recolectores a las primeras sociedades neolíticas: a propósito del uso y consumo de la malacofauna marina en el Este de la península ibérica”. En J.Ll. Pascual y A. Sanchis (eds.), *Recursos marins en el passat. IV Jornades d'Arqueozoologia del Museu de Prehistoria de València*: 107-134. Museu de Prehistòria de València. Valencia.
- Luján Navas, A., Jover, F. J. y Barciela, V. (2014): “Obtención, intercambio y consumo de recursos malacológicos marinos durante el IV y el III milenio cal BC entre los ríos Júcar y Segura”. En J.J. Cantillo, D. Bernal y J. Ramos (eds.), *Moluscos y púrpura en contextos atlánticos-mediterráneos: nuevos datos y reflexiones en clave de proceso histórico*. *Actas de la III Reunión científica de arqueomalacología de la península ibérica*: 97-106. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- Lull Santiago, V. (1983): *La 'Cultura de El Argar'. Un modelo para el estudio de las formaciones económico sociales prehistóricas*. Akal. Madrid.
- Lull Santiago, V. (2005): “Marx, producción, sociedad y arqueología” *Trabajos de Prehistoria* 62 (1): 7-26.

- Lull, V. y Estévez, J. (1986): “Propuesta metodológica para el estudio de la necrópolis argáricas”. *Homenaje a Luís Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 441-452. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Lull, V. y Risch, R. (1995): “El Estado Argárico”. *Verdolay*, 7: 97-109.
- Lull, V. y Micó, R. (2007): *Arqueología del origen del Estado: las teorías*. Bellaterra. Barcelona.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2004): “Las relaciones de propiedad en la sociedad argárica. Una aproximación a través del análisis de las tumbas de individuos infantiles”. *Mainake*, XXVI: 233-272.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2006): “La investigación de la violencia: una aproximación desde la arqueología.” *Cypsela*, 16: 91-112.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2009): “El Argar: la formación de una sociedad de clases”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*: 224-245. MARQ. Alicante.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2010): “Límites históricos y limitaciones del conocimiento arqueológico: la transición entre los grupos arqueológicos de Los Millares y El Argar”. En P. Bueno, A. Gilman, C. Martín y F.J. Sánchez (eds.), *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje, Homenaje a M<sup>a</sup> Dolores Fernández Posse*: 75-94. CSIC. Madrid.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2011): “El Argar ant the beginning of Class society in the Western Mediterranean”. En S. Hansen y J. Müller (eds.), *Sozialarchäologische perspektiven: Gessellschaftlicher wandel 5000-1500 v. Chr. zwischen Atlantik und Kaukasus*: 381-414. Döutsches Archäologisches Institut. Von Zabern. Berlin.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2013): “Political collaps and social change at the end of El Argar”. En H. Meller, F. Bertemes, H.R. Bork y R. Risch (eds.), *1600 Cultural change in the shadow of the Thera-Eruption?: 283-302*. Landesmuseum für Vorgeschichte, 9. Halle.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2014a): “The La Bastida fortification system: new light and new questions on Early Bronze Age societies in the western Mediterranean”. *Antiquity* 88: 395-410.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2014b): “Social value of silver in El Argar“. En H. Meller; R. Risch y E. Pernicka.(eds.), *Metalle der Macht–Frühes Gold und Silber. Metals of Power –Early Gold and Silver*: 557-575. Halle
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2015a): Transition and conflict at the end of the 3<sup>rd</sup> millennium BC in south Iberia. En H. Meller, H. W. Arz, R. Jung y R. Risch (eds.), *2200 BC – Ein Klimasturz als Ursache für den Zerfall der Alten Welt? (2200 BC–A climatic breakdown as a cause for the collapse of the old world?)*: 365-407. Tagungen Landesmus. Vorgesch, 12,1. Halle

- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R., Celdrán, E., Fregeiro, M.I., Oliart, C. y Velasco, C. (2015b): *La Almoloya (Pliego, Murcia)*. Ruta argárica. Guías arqueológicas, 2. Murcia.
- LLobregat Conesa, E.A. (1975): “Nuevos enfoques para el estudio del periodo del Neolítico al Hierro en la región valenciana”. *Papeles de Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11: 119-140.
- LLobregat Conesa, E. A. (1986): “Illeta dels Banyets”. *Arqueología en Alicante 1976-86*: 63-67. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- LLobregat Conesa, E.A. (1965): “Estudio de los megalitos portugueses por los Leisner, y las cuevas de enterramiento múltiple del País Valenciano”. *Archivo de Prehistoria Levantina* XI: 81-90.
- Machado Yanes, M.C. (2011): “El medio ecológico y la utilización de combustible, entre 6400 cal BC y el 3700 cal BC”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l'Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas*: 97-104. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Machado Yanes, M.C., Jover, F.J. y López, J. A. (2004): “Primeras aportaciones antropológicas del yacimiento de Terlinques (Villena, Alicante)”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 241-246. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.
- Mansel, K. (2000): “Los hallazgos de metal procedentes del horizonte fenicio más antiguo B1 del Morro de la Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)”. En M. Barthélemy (ed.), *Actas del IV Congreso Internacional de estudios Fenicios y Púnicos*, vol. IV: 1601-1614. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- Manzanilla, L. (1983): “La redistribución como proceso de centralización de la producción y circulación de bienes”. *Boletín de Antropología Americana*, 7: 5-18.
- Marchand, G. y Manen, C. (2010): “Mésolithique final et Néolithique ancien autour du détroit : une perspective septentrionale (Atlantique / Méditerranée)”. En J.F. Gibaja y A.F. Carvalho (dirs.), *The last hunter-gatherers and the first farming communities in the South of the Iberian peninsula and North of Morocco*: 173-179. Promontoria Monográfica, 15Faro.
- Martí Bonafé, M.A., Grau, E., Poeña, J.L., Simón, J.L., Calvo, M., Plasencia, E., Pallarés, A. y Piqueras, F. (1996): “La Mola d'Agres: aportaciones desde una óptica interdisciplinar al estudio de una inhumación individual”. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5: 67-82.
- Martí Oliver, B. (2003): “El Arte Rupestre Levantino y la imagen del modo de vida cazador: entre lo narrativo y lo simbólico”. En T. Tortosa, y J.A. Santos (eds.), *Arqueología e Iconografía. Indagar en las imágenes*: 59-75. Bibliotheca italica, 26. Roma.



- Martí Oliver, B. (1977): *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*, vol. 1. Trabajos Varios del SIP, 51. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Martí Oliver, B. (1983): *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad del Bronce*. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Martí Oliver, B. (2004): "La Edad del Bronce en el País Valenciano: una cultura en los confines del Argar". En L. Hernández y M.S. Hernández (coords.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 15-24. Diputación Provincial de Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.
- Martí, B. y Juan-Cabanilles, J. (1987): *El Neolítico valencià. Els primers agricultors i ramaders*. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia
- Martí, B. y Bernabeu, J. (1992): "La Edad del Bronce en el País Valenciano". En M<sup>a</sup>.P. Utrilla (coord.), *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 555-567. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- Martí, B. y Hernández, M.S. (1988): *El neolítico valencià: art rupestre i cultura material*. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Martí, B. y Juan-Cabanilles, J. (1997): "Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la península Ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 10: 215-264.
- Martí, B. y Juan-Cabanilles, J. (2002a): "Epipaleolíticos y neolíticos en la Península Ibérica del VII al V milenio a.C. Grupos, territorios y procesos culturales". *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum (PLAV)*, Extra-5: 45-87. Valencia.
- Martí, B. y Juan-Cabanilles, J. (2002b): "Dualitat cultural i territorialitat en el Neolític valencià". En M.H. Olcina y J.A. Soler (coord.), *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat*: 119-135. MARQ. Alicante
- Martí, B., Aura, J.E., Juan-Cabanilles, J., García Puchol, O. y Fernández López, J. (2009). "El Mesolítico Geométrico de tipo "Cocina" en el País Valenciano". En P. Utrilla y P. Montes (coords.), *El Mesolítico Geométrico en la Península Ibérica*: 205-258. Monografías Arqueológicas, 44. Zaragoza.
- Martí, B., De Pedro, M.J. y Enguix, R. (1995): "La Muntanya Assolada de Alzira y las necrópolis de la cultura del Bronce Valenciano". *Saguntum-PLAV*, 28: 75-91.
- Martí, B., Pascual, V., Gallart, M.D., López, P., Pérez, M., Acuña, J.D. y Robles, F. (1980): *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*. Vol. II. Trabajos Varios del SIP, 65. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Martín Socas, D., Cálalich, M.D. y Tarquis, E. (1983): "La cerámica con decoración pintada del Eneolítico en Andalucía Oriental". *Tabona*, IV: 95- 138.
- Martín, C., Fernández Miranda, M., Fernández Posse, M.D. y Gilman, A. (1993): "The Bronze Age of La Mancha". *Antiquity*, 67, 254: 23-45.

- Martínez Amorós, S. (2018): “El estilo decorativo en las primeras producciones cerámicas en el valle del río Vinalopó (Alicante)”. *Panta Rei. Revista Digital de Ciencia y Didáctica de la Historia*: 9-32. ISSN: 2386-8864.
- Martínez Mira, I., Vilaplana, E., Such, I. y García, M.A. (2011): “Análisis instrumental del recubrimiento de las paredes internas de dos silos del yacimiento neolítico de Benàmer”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l'Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas: 277-300*. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Martínez Monleón, S. (2014): *El Argar en el Bajo Segura y Bajo Vinalopó. Patrón de asentamiento en un territorio de frontera*. Fundación Municipal José María Soler. Villena.
- Martínez Navarrete, M.I. (1988): “Morras, motillas y castillejos. ¿Unidad o pluralidad cultural durante la Edad del Bronce en La Mancha?”. En *Homenaje a Samuel de los Santos*: 81-92. Instituto de Estudios Albacetenses ‘Don Juan Manuel’. Albacete.
- Martínez Navarrete, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española. La Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI. Madrid.
- Martínez Rodríguez, A. (1999): “Desde nuestros lejanos antepasados hasta época romana”. En J.F. Jiménez (coord.), *Lorca Histórica. Historia, Arte y Literatura*: 19-59. Ayuntamiento de Lorca. Lorca.
- Martínez Rodríguez, A. (2002): *10º Aniversario del Museo Arqueológico Municipal de Lorca*. Ayuntamiento de Lorca. Lorca.
- Martínez Rodríguez, A. (2019): “Vida y muerte en Lorca desde la Prehistoria reciente hasta la Edad Media”. En J.L. Molina y J.A. Ruiz (coords.), *Amicitiae Lectio. Homenaje a Domingo Munuera Rico*: 153-171. Tes columnas. Lorca.
- Martínez Rodríguez, A., Ponce, J. y Ayala, M. M. (1996): *Las prácticas funerarias de la cultura argárica en Lorca. Murcia*. Caja de Ahorros de Murcia-Ayuntamiento de Lorca. Murcia.
- Martínez Rodríguez, A. y Ponce, J. (2002): “Excavación arqueológica de urgencia en el subsuelo de la antigua iglesia del Convento de las Madres Mercedarias (C/ Zapatería- C/ Cava, Lorca)”. *Memorias de Arqueología*, 10: 90-137.
- Martínez Rodríguez, A. y Ponce, J. (2004): “Excavaciones arqueológicas de urgencia en un enclave romano y un asentamiento del Neolítico Final en la calle Florida-blanca, espalda Huerto Ruano (Lorca, Murcia)”. *Memorias de Arqueología*, 12: 291- 306.
- Martínez Sánchez, C. y San Nicolás, M. (2003): “El Neolítico en Murcia. Continuidad y cambio durante el Calcolítico”. *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*: 155-173. Universidad de Murcia. Murcia.
- Martínez Santaolalla, M., Sáez, B., Ponsac, F., Sopranis, J.A. y Val, J.A. (1947): *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)*. Informes y Memorias 16. Madrid.

- Martínez Valle, R. e Iborra, P. (2001): “Los recursos agropecuarios y silvestres en la Edad del Bronce del Levante peninsular”. En M.S. Hernández Pérez (ed.), *Y acumularon tesoros... mil años de historia en nuestras tierras*: 221-230. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante.
- Martorell Briz, X. (2019): *Arte rupestre en el macizo del Caroig (Valencia). El abrigo de Voro como paradigma*. Tesis Doctoral. Universidad de Alicante.
- Marx, K. (1991 [1957]): *Introducción general a la crítica de la economía política*. 23ª edición. México.
- Mata Parreño, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia): origen y evolución de la Cultura Ibérica*. Trabajos Varios del SIP, 88. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Mata, C., Martí, M<sup>a</sup>.A. e Iborra, M<sup>a</sup>.P. (1994-96): “El País Valencià del Bronce recent a l’Ibèric antic: el procés de formació de la societat urbana ibèrica”. En J. Rovira (eds.), *Models d’ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 1500 A.N.E. a la Catalunya Meridional i zones limítrofes de la Depressió de l’Ebre*. *Gala*, 3-5: 183-218.
- Mata, C., Moreno, A., Pérez, P., Quixal, D. y Vives-Ferrándiz, J. (2009): “Casas y cosas del campo: hábitat agrícola y estructura social en los territorios de *Edeta* y *Kevin* (siglos V-III a.n.e.)”. En M.C. Belarte (ed.), *Espai domèstic i l’organització de la societat a la Protohistòria de la Mediterrànea occidental (Ier mil·lenni aC)*: 143-152. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Mathers, G. (1984): “Linear regression, inflation and prestige competition: 2nd millennium transformations in southeast Spain”. En *The Deya conference of Prehistory. Early settlement in de Western Mediterranean island and de peripheral areas*. BAR International Series, 229: 1167-1196. Archaeopress. Oxford.
- Matilla Séiquer, G. y Pelegrín García, I. (1987): “Contexto arqueológico de la Cueva Negra de Fortuna”. *Antigüedad y Cristianismo*, IV: 109-132.
- Mazuríe de Keroualin, K. (2007): *El origen del neolítico en Europa. Agricultores, cazadores y pastores*. Ariel. Barcelona.
- McClure, S.B. (2004a): “Análisis tecnológico de la cerámica de Colata, Montaverner: resultados preliminares del análisis macrovisual”. En M. Gómez, A. Díez, C. Verdascó, P. García, S.B. McClure, M.D. López, O. García, T. Orozco, J.L. Pascual, Y. Carrión, y G. Pérez “El yacimiento de Colata (Montaverner, Valencia) y los “poblados de silos” del IV milenio en las comarcas centro-meridionales del País Valenciano”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 13: 53-128.
- McClure, S.B. (2004b): *Cultural Transmission of Ceramic Technology during the Consolidation of Agriculture in Valencia, Spain*. Cambridge University Press. Santa Barbara.
- McClure, S.B., Bernabeu, J., Aura, J.E., García, O., Molina, Ll, Descantes, C., Speakman, R. y Glascock M. D. (2006): “Testing technological practices: neutron activation analysis of Neolithic Ceramics from Valencia, Spain”. *Journal of Archaeo-*

- logical Science*, 33: 671-680. McClure, S.B. (2007): "Gender, technology, and evolution: cultural inheritance theory and prehistoric potters in Valencia, Spain". *American Antiquity*, 72(3): 485-508.
- McClure, S.B. y Molina, Ll. (2008): "Neolithic ceramic technology and Cardial Ware in the Alcoi Basin, Valencia". En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*, 2: 298-304. MARQ. Alicante.
- McClure, S.B., Barton, C. M. y Jochim, M.A. (2009): "Human behavioral ecology and climate change during the transition to agriculture in Valencia, Eastern Spain". *Journal of Anthropological Research*, 65: 253-269.
- McClure, S. B., García, O., Roca de Togores, C., Culleton, B. J. y Kennett, D.J. (2011): "Osteological and paleodietary investigation of burials from Cova de la Pastora, Alicante, Spain". *Journal of Archaeological Science*, 38: 420-428.
- Mederos, A. y Ruiz, L.A., (2002): "Transhumancia, sal y comercio fenicio en las cuencas de los ríos Vinalopó y Bajo Segura (Alicante)". *Lvcentvm*, XIX-XX, 83-94.
- Medina Ruiz, A. J. y Sánchez González, M. J. (2016): "El Barranco de la Viuda (Lorca, Murcia), un poblado argárico en el valle del Guadalentín. Excavación arqueológica de 1998-1999". *Alberca*, 14: 31-52.
- Meillasoux, C. (1985): *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI. Madrid
- Meller, H., Wolfgang Arz, H., Jung, H. y Risch, R. (2015): *2200 BC. A climatic breakdown as a cause of the collapse of the old world?*. Tagungen des Ladesmuseum für Vorgeschichte Halle, 12. Halle.
- Mesado Oliver, N. (1974): *Vinarragell (Burriana, Castellón)*. Trabajos Varios del SIP, 46. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Mesado Oliver, N. (2005): *La Cova de Les Bruixes (Rosell, Castellón)*. Trabajos Varios del SIP, 105. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Mesado, N. y Andrés, J. (1999): "La necrópolis megalítica de l'Argilagar del Mas de García (Morella, Castellón)" *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII: 85-156.
- Mesado, N. y Arteaga, O. (1979): *Vinarragell (Burriana, Castellón), II*. Trabajos Varios del SIP, 61. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Mestres, J. y Tarrús, J. (2009): "Habitats neolíticos al aire libre en Catalunya". En *De Méditerranée et d'ailleurs...mélanges offerts à Jean Guilaine*: 521-532. Archives d'Écologie Préhistorique. Toulouse.
- Mingo A., Barba J., Uzquiano P., Casas M., Benito A., Yravedra J., Cubas M., Canales J., Galante J. A., Avezuela B., Martín I., López F. J., Hernández J. y Palacios E. (2016): "El yacimiento mesolítico de Cueva Blanca (Hellín, Albacete): 6 años de investigación multidisciplinar". En B. Gamo y R. Sanz (coords.), *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete*: 271-286. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". Albacete.
- Miret Estruch, C. (2007): "Estudi de la tecnologia lítica de la Unitat 3 de les Coves de Santa Maira –boca oest- (Castell de Castells, Marina Alta, Països Catalans)". *Saguntum-PLAV*, 39: 85-102.



- Miret, C., Morales, J. V., Pérez Ripoll, M., García Puchol, O. y Aura, J. E. (2006): “Els materials mesolítics de la Cova del Mas del Gelat (Alcoi, l’Alcoià, Alacant)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 15: 7-18.
- Molina Burguera, G. (2004): *Fronteras culturales en la Prehistoria Reciente del Sureste peninsular. La Cueva de Los Tiestos (Jumilla, Murcia)*. Universidad de Alicante. Alicante..
- Molina Burguera, G. y Pedraz, T. (2000): “Nuevo aporte al Eneolítico valenciano: La Cueva de las Mulatillas I (Villargordo del Cabriel, Valencia)”. *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*: 7-15.
- Molina González, F. (1978): “Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sureste de la Península Ibérica”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 3: 159-232.
- Molina González, F., Cámara, J.A., Capel, J., Nájera, T. y Sáez, L. (2004): “Los Millares y la periodización de la Prehistoria Reciente del Sureste”. *II y III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja*: 142-158. Fundación Cueva de Nerja. Nerja
- Molina González, F. y Cámara, J.A. (2005). *Los Millares. Guía del yacimiento arqueológico*. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Molina González, F. y Cámara, J.A. (2009): “La cultura argárica en Granada y Jaén”. En M.S. Hernández, J.A. López y J.A. Soler (eds.), *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*: 196-223. MARQ. Alicante.
- Molina González, F., Afonso, J.A., Cámara, J.A., Dorado, A., Martínez, R.M. y Spanedda, L. (2020): “The chronology of the defensive systems at Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería, Spain)”. En D. Delfino, F. Coimbra, D. Cardoso y G. Cruz (eds.), *Late Prehistoric Fortifications in Europe: Defensive, Symbolic nad Territorial Aspects from the Chalcolithic to the Iron Age*: 31-43. Archaeopress. Oxford.
- Molina Grande, M. C. y Molina, J. (1991): *Carta Arqueológica de Jumilla. Addenda 1973- 1990*. Real Academia Alfonso X el Sabio. Jumilla.
- Molina Hernández, F.J. (2001): “Análisis del poblamiento en el área oriental de las comarcas de l’Alcoià y El Comtat durante el Neolítico I a partir de la localización de nuevos yacimientos al aire libre (Alicante)”. *Bolskan*, 18: 195-205.
- Molina Hernández, F.J. (2003): “Nuevas aportaciones al estudio del poblamiento durante el Neolítico I en el área oriental de las comarcas de L’Alcoià y El Comtat (Alicante)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 11/12: 27-56.
- Molina Hernández, F.J. (2004): “La ocupación del territorio desde el Paleolítico medio hasta la Edad del Bronce en el área oriental de las comarcas de L’Alcoià y El Comtat (Alicante)”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXV: 91-125.
- Molina Hernández, F.J. y Barciela, V. (2008): “Neolítico en La Canal (Alcoi-Xixona, Alicante)”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*: 41-49. MARQ. Alicante.
- Molina Hernández, F.J. y Jover, F.J. (2000): “Mas del Barranc: un yacimiento campaniforme en el Barranc del Cint (Alcoi)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 9: 85-96.

- Molina Hernández, F.J., Tarrío, A., Galván, B. y Hernández, C. (2010): “Áreas de aprovisionamiento de sílex en el Paleolítico Medio en torno al Abric del Pastor (Alcoi, Alicante). Estudio macroscópico de la producción lítica del Abric del Pastor”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 19: 65-80.
- Molina Mas, F. (1999): “La cerámica del Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el valle medio del río Vinalopó: el ejemplo del Tabayá (Aspe, Alicante)”. *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 9: 117-130.
- Molina Vidal, J. (2005): La *cetaria* de Picola y la evolución del *Portus Ilicitanus* (Santa Pola, España), En Molina, J. y Sánchez, M.J. (Eds.), *III Congreso Internacional de Estudios Históricos. El Mediterráneo: la cultura del mar y la sal*: 110-145. Ayuntamiento de Santa Pola. Santa Pola.
- Molist, M., Vicente, O. y Farré, R. (2008): “Estudi del jaciment neolític de la Caserna de Sant Pau (Barcelona)”. *Quaderns d’Arqueologia i Història de la Ciutat de Barcelona*, època II, núm. 4: 14-87.
- Montané, J. (1986): “Sociedades igualitarias y modo de producción”. *Boletín de Antropología Americana*, 3: 71-90.
- Montero Ruiz, I. (1999): “Sureste”. En G. Delibes e I. Montero (coords.), *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II, Estudios regionales*: 333-357. CSIC. Madrid.
- Montero Ruiz, I. y Soriano, I. (2020): Los metales de Vilches IV y la primera metalurgia en la submeseta sur de la Península Ibérica. En G. García Atiénzar y J.D. Busquier (eds.), *El poblado calcolítico de Vilches IV (Torre Uchea, Hellín, Albacete). Un asentamiento del III milenio en la submeseta sur*: 129-134. Universidad de Alicante. Alicante.
- Mora-González, A., Delgado-Huertas, A., Granados-Torres, A., Contreras, F., Jover, F.J. y López, J.A. (2016): “The isotopic footprint of irrigation in the western mediterranean southeast Iberian Peninsula”. *Vegetation and History Archaeobotany*, (25): 459-468.
- Morales Tomás, F. (2017). Los procesos de manufactura de plaquetas retocadas de sílex del III milenio cal BC en el Levante de la península Ibérica a través de la tecnología lítica experimental. *DAMA*, 2: 51-66
- Morales, J.I., Fontanals, M., Oms, F. X., Vergès, J. M., (2010) : “La chronologie du Néolithique ancien Cardial a Catalogne. Datations, Problématiques et Méthodologie”. *L’Anthropologie*, 114: 427-444.
- Morales, J.V., Salazar-García, D. C., De Miguel, M. P., Miret, C. y Aura, J. E. (2018) : “Funerary practices or food delicatessen? Human remains with anthropic marks from the Western Mediterranean Mesolithic”. *Journal of Anthropological Archaeology*, 45: 115-130.
- Moratalla Jávega, J. (2004-2005): “La Alcudia ibérica: una necesaria reflexión arqueológica”. *Lvcentum*, XXIII-XXIV, 89-104.

- Moratalla Jávega, J. (2005): “El territorio meridional de la Contestania”. En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*: 91-117. Anejo a la revista *Lucentum*, 13. Universidad de Alicante. Alicante.
- Moreno Tovillas, S. (1942): *Apuntes sobre las Estaciones prehistóricas de la Sierra de Orihuela*. Trabajos Varios del SIP, 7. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Motos, F. de (1918): *La Edad Neolítica en Vélez Blanco*. Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Madrid.
- Muñoz Amilibia, A.M. (1985): “El eneolítico en el País Valenciano y Murcia”. *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*: 85-99. Universidad de Alicante. Alicante.
- Muñoz Amilibia, A.M. (1993): “Neolítico final-Calcolítico en el sureste peninsular: El Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)”. *Espacio, Tiempo y Forma*, 6: 133-180.
- Murillo-Barroso, M., Martín-Torres, M., Camalich, M. D., Martín, D. y Molina, F. (2017): “Early metallurgy in SE Iberia. The workshop of Las Pilas (Mojácar, Almería, Spain)”. *Archaeological and Anthropological Sciences*, 7: 1539-1569.
- Nájera Colino, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha occidental*. Granada.
- Nájera, T. y Molina, F. (1977): “La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las motillas de Azuer y Los Palacios (campana de 1974)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Granada*, 2: 251-300.
- Navarro Mederos, J.F. (1988): “Lloma Redona (Monforte del Cid, Vinalopó Mitjà)”. En *Memorias Arqueológicas de la Comunidad Valenciana. 1984-85*: 79-81. Conselleria de Cultura. Valencia.
- Navarro Mederos, J.F. (1982): “Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)”. *Lucentum*, II: 19-70.
- Newell, R.R., Kielman, D., Constandse-Westermann, T.S., van der Sanden, W.A.B. y van Gijn, A. (1990): *An Inquiry into the Ethnic Resolution of Mesolithic Regional Groups. The Study of Their Decorative Ornaments in Time and Space*. E J. Brill. Leiden.
- Nieto Gallo, G. (1959): “La cueva artificial de la Loma de los Peregrinos”. *Ampurias*, XXI: 189-244.
- Nieto, G. y Sánchez, J. (1980): *El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*. E.A.E., 113. Madrid.
- Nieto, G., Sánchez, J. y Clemente, M. (1983): “El Cerro de la Encantada. Granátula de Calatrava. Campana de 1979”. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 17: 7-42.
- Nocete Calvo, F. (1989): *El estado de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del alto Guadalquivir (España)*. BAR International Series, 492. Oxford.
- Nocete Calvo, F. (1994): *La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000- 1500 a.n.e.)*. Universidad de Granada. Granada.
- Nocete Calvo, F. (1999): “Las relaciones y contradicciones centro/periferia de la sociedad clasista inicial. Hacia la definición de una unidad arqueológica para la

- evaluación empírica de los estados prístinos”. *Boletín de antropología americana*, 34: 39-51.
- Nocete Calvo, F. (2001a): *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/ periferia en el Valle del Guadalquivir*. Bellaterra. Barcelona.
- Nocete Calvo, F. (2001b): “Entre el colapso de los primeros estados y el final de un desarrollo histórico autónomo. Las formaciones sociales del sur de la Península Ibérica de inicios del II milenio anterior a nuestra era”. En M.S. Hernández (ed.), *...Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. 41-50. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante.
- Obermaier, H. (1919): *El Dolmen de Matarrubilla, Sevilla*. Madrid.
- Olalde, I., Mallick, S., Patterson, N., Rohland, N., Villalba-Mouco, V., [ ... ] y Reich, D. (2019): “The genomic history of the Iberian Peninsula over the past 8000 years”. *Science*, 363: 1230-1234.
- Oliver, A., García, J. M. y Moraño, I. (2005): *El Castellet, Castelló de la Plana. Yacimiento emblemático en la historiografía de la Edad del Bronce peninsular*. Fundación Dávalos-Fletcher. Castellón.
- Oms, F.X. y Martín, A. (2018): “Els primers pagesos i ramaders dels Nord-est de la península ibérica: el Neolític ca. 5600-2300 cal BC”. En G. Remolins y J.F. Gibaja (eds.), *Les valls d’Andorra durant el neolític: un encreuament de camins al centre dels Pirineus*: 37-62. Museu d’Arqueologia de Catalunya. Monografias del MAC 2. Barcelona.
- Oms, F.X., Petit, M.A., Morales, J.I. y García, M.S. (2012): “Le processus de néolithisation dans les Pyrénées orientales. Occupation du milieu, culture matérielle et chronologie”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 109, 4: 651-670.
- Oms, F.X., Esteve, X., Mestres, J., Martín, P. y Martins, H. (2014): “La neolitización del nordeste de la Península Ibérica: datos radiocarbónicos y culturales de los asentamientos al aire libre del Penedès”. *Trabajos de Prehistoria*, 71(1): 42-55.
- Orozco Köhler, T. (1996): “Recursos líticos empleados en la fabricación del utillaje pulimentado durante el Neolítico en el País Valenciano”, *Rubricatum*, I (*Actes del I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica*): 215-221. Gava-Bellaterra.
- Orozco Köhler, T. (2000): *Aprovisionamiento e intercambio. Análisis petrológico del utillaje pulimentado en la Prehistoria Reciente del País Valenciano (España)*. BAR International Series, 867. Archaeopress. Oxford
- Orozco Köhler, T. (2010): “La industria pulimentada de Costamar”. En E. Flors (coord.), *Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón). Evolución del paisaje antrópico desde la prehistoria hasta el Medioevo*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 8. Castelló.
- Orozco Köhler, T. (2016): “Los brazaletes de esquisto. Un elemento de identidad cardial”. En *Del neolític a l’edat del bronze en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat Martí Oliver*: 141-146. *Trabajos Varios*, 119. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.



- Palacios Morales, F. (1986): “Águilas desde la prehistoria hasta la Edad Media”. En A. Morata (dir.), *Aproximación a la Historia de Águilas*: 15-39. Águilas.
- Palomar Macian, V. (1990-91): “Las dataciones de C-14 de la cueva del Murciélago (Altura, Alto Palància)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 15: 437-442.
- Pardo Gordo, S., Bernabeu, J., García, O., Barton, C. M. y Bergin, S.M. (2015): “The origins of agriculture in Iberia: a computational model”. *Documenta Praehistorica* XLII: 117-131.
- Pardo Gordo, S., García, O., Bernabeu, J. y Díez, A. (2019): “Timing the Mesolithic-Neolithic Transition in the Iberian Peninsula: The Radiocarbon Dataset”. *Journal of Open archaeology data*, 7: 1-4.
- Pascual Beneyto, J. (1993): “Les capçaleres dels rius Clariano i Vinalopó del Neolític a L’Edat del Bronze”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 2: 109-139.
- Pascual Beneyto, J.L., Barberá, M. y Ribera, A. (2005): “El Camí de Missena (La Pobla del Duc). Un interesante yacimiento del III milenio en el País Valenciano”. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*: 803-813. Universidad de Cantabria. Santander.
- Pascual Beneyto, J. y Ribera, A. (2004): “El Molí Roig. Un jaciment del III mil.lenni a Banyeres de Mariola”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 13: 129-148.
- Pascual Beneyto, J., Barberá, M. y Ribera, A. (2005): “Camí de Missena (la Pobla del Duc): un interesante yacimiento del III milenio en el País Valenciano”. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó, C. (eds.), *III Congreso de Neolítico en la península Ibérica*: 803-814. Universidad de Cantabria. Santander.
- Pascual Beneyto, J., Barberá, M., López, L., Cardona, J., Rovira, S. y Pascual, J.L. (2008): “L’Alqueria de Sant Andreu (Gandia). Avanç sobre un assentament costaner de finals del neolític”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*: 58-69. MARQ. Alicante.
- Pascual Benito, J.Ll. (1995): “Origen y significado del marfil durante el horizonte campaniforme y los inicios de la Edad del Bronce”. *Saguntum-PLAV*, 29: 19-32.
- Pascual Benito, J. Ll. (1996): “Los adornos del Neolítico I en el País Valenciano”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, V: 17-52.
- Pascual Benito, J. Ll. (1998): *Ustillaje óseo, adornos e ídolos neolíticos valencianos*. Trabajos varios del SIP, 95. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Pascual Benito, J. Ll. (2005): “Les Jovades”. *El patrimoni Històric i artístic de Cocentaina i la seua recuperación*: 343-395. Ajuntament ed Cocentaina. Cocentaina.
- Pascual Benito, J. Ll. (2008): “Instrumentos neolíticos sobre soporte malacológico de las comarcas centrales valencianas”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *Actas IV Congreso del Neolítico Peninsular*, vol. II: 290-298. MARQ. Alicante.

- Pascual Benito, J. Ll. (2010): “La malacofauna marina en los poblados del Neolítico Final de las comarcas centrales valencianas”. En E. González, V. Bejega, C. Fernández y N. Fuertes (eds.), *I Reunión de Arqueomalacología de la Península Ibérica*: 121-130. Férvedes, 6. Vilalba.
- Pascual Benito, J. Ll. (1984): “Les Jovades (Cocentaina). Notes per a l’ estudi del poblament eneolític a la conca del Riu d’ Alcoi”. En *El Eneolítico en el País Valenciano. Actas de coloquio (Alcoi, 1-2 de diciembre de 1984)*: 73-89. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- Pascual Benito, J. Ll. (1990): “L’ Edat del Bronze en la comarca del Comtat”. *Ayudas a la investigación 1986-87. Arqueología. Arte. Toponimia*, III: 83-103. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- Pascual Benito, J. Ll. (1993): “El sílex”. En *El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)*. *Saguntum-PLAV*, 26: 67-82.
- Pastor Quiles, M., Jover, F.J., Martínez, S. y López, J.A (2018): “La construcción mediante amasado de barro en forma de bolas de Caramoro I (Elche, Alicante): Identificación de una nueva técnica constructiva con tierra en un asentamiento argárico”. *CuPAUAM*, (44): 81-99.
- Peña Sánchez, J.L., Enrique, M. Grau, E. y Martí, M. (1996): *El poblado de la Mola d’Agres. Homenaje a Milagros Gil Mascarell Boscà*. Generalitat Valenciana. València.
- Peña Sánchez, J.L., Grau, E. y Huélamo, T. (2014): “Estado de la cuestión del poblado de la Mola d’Agres (Agres, Alicante)”. *MARQ. Arqueología y museos*, Extra-1: 222-226.
- Perea Caveda, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Casa del Monte. Madrid.
- Pérez Amorós, L. (1997): “Contribución al estudio de la Edad del Bronce al noroeste del Alto Vinalopó. Poblamiento del término municipal de Caudete (Albacete)”. *Congreso Nacional de Arqueología*: 123-134. Elche.
- Pérez Ballester, J. (2014): “Entre el Bronce final y el Hierro antiguo. Las cerámicas a mano de la Solana del Castell (Xàtiva, València)”. *Lvcentvm*, XXXIII: 23- 39.
- Pérez Botí, G. (2000): “Una aproximación a la Edad del Bronce en la cabecera del río Polop (Alcoi, Alacant)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 9: 97-106.
- Pérez Ripoll, M. (1980): “La fauna de vertebrados”. En B. Martí *et al.*, *Cova de l’Or (Beniarrés, Alicante)*. Trabajos Varios del SIP, 65: 193-252. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Pérez Ripoll, M. (1999): “La explotación ganadera durante el III milenio a.C. en la Península Ibérica”. *Sagvntvm* Extra-2: 95-103.
- Pérez Ripoll, M. (2006): “La fauna de los niveles mesolíticos de Falguera”. En O. García Puchol, O. y J.E. Aura (coords.), *El Abric de la Falguera (Alcoi, Alacant). 8000 años de ocupación humana en la cabecera del río de Alcoi*: 158-159. Alicante.

- Pérez Ripoll, M. (2016): “Los niveles de corral en el yacimiento de la Cova de l’Or, sectores K34, K35 y K36. Información aportada por el estudio de la fauna”. *Del neolític a l’edat del bronze en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat Martí Oliver*: 417-424. Trabajos Varios, 119. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Pérez Ripoll, M. y Martínez, R. (2001): “La caza, el aprovechamiento de las presas y el comportamiento de las comunidades cazadoras prehistóricas”. En Villaverde, V. (Ed.), *De Neandertales a Cromañones. El inicio del poblamiento humano en tierras valencianas*: 119-124. Valencia.
- Pérez Rodríguez, M. (2008): “Producción reproducción y el concepto de Neolítico”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *Actas del IV Congreso del Neolítico peninsular, vol. 2*: 385-390. MARQ. Alicante.
- Pérez Jiménez, R., Soler, J.A. y Belmonte, D. (2006): “Arquitecturas del agua en una punta al mar. A propósito de las estructuras de la Edad del Bronce que se identifican en la Illeta dels Banyets, El Campello, Alicante” En J.A. Soler Díaz (coord.), *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*: 67-118. MARQ. Alicante.
- Pérez-Jordà, G. (2013). *La agricultura en el País Valenciano entre el VI y el I milenio a.C.* Tesis doctoral. Universidad de Valencia. (Valencia 2013) <<http://roderic.uv.es/handle/10550/31152>> (consulta: 18.12.2019).
- Pérez-Jordà, G. y Peña Chocarro, L. (2013): “Agricultural production between the 6th and 3rd millennium cal BC in the central part of the Valencia region (Spain)”. En M.Groot, D. Lentjes y J. Sèller (eds.), *Barely surviving or more than enough?. The environmental archaeology of subsistence, specialisation and surplus food production*: 81-100. Sidestone Press. Leiden.
- Pérez-Jordà, G., Bernabeu, J., Carrión, Y., García, O., Molina, Ll. y Gómez, M. (eds.) (2011): *La Vital (Gandía, Valencia). Vida y muerte en la desembocadura del Serpis durante el III y el I milenio A.C.* Trabajos Varios del SIP, 113. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Pericot, L. (1925): *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Pericot García, L. (1950): *Los sepulcros megalíticos catalanes y la Cultura Pirenaica*. CSIC. Barcelona.
- Pericot, L. y Ponsell, F. (1928): “El poblado del “Mas de Menente (Alcoy)”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, I: 101-117.
- Pernas García, S. (2012): *Las cuevas de enterramiento del Bronce final. Mundo funerario en los valles del Vinalopó y Serpis*. Fundación José María Soler de Villena. Villena.
- Perrin, T., Marchand, G., Allard, P., Binder, D., Collina, C., García-Puchol, O. y Valdeiron, N. (2009): “Le second Mésolithique d’Europe occidentale: origines et gradient chronologique”. *Annales de la Fondation Fyssen*, 24: 160-177.

- Pessina, A. y Muscio, G. (dir.) (2000): *La Neolitizzazione tra Oriente e Occidente*. Museo Friulano di Storia Naturale. Udine.
- Pessina, A. y Tinè, V. (2008): *Archeologia del Neolitico. L'Italia tra sesto e quarto millennio*. Carocci. Roma.
- Picazo Millán, V. (1993): *La Edad del Bronce en el sur del Sistema Ibérico turolense I. Los materiales cerámicos*. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense. Teruel.
- Picazo, J.V. y Rodanés, J.M. (coords.) (2009): *Los poblados del Bronce Final y primera Edad del Hierro. Cabezo de la Cruz. La Muela. Zaragoza*. Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte. Zaragoza.
- Pons Brun, E. (2012): “Les necròpolis d’incineració en el Nord-Est català (1100-550 ANE): una nova síntesi”. En M.C. Rovira, F.J López y F. Mazière (eds.), *Les necròpolis d’incineració entre l’Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC). Metodologia, practiques funeràries i societat*: 57-74. Departament de Cultura. Barcelona.
- Pou, R., Martí, M., Jordana, X., Malgosa, A. y Gibaja, J.F. (2010): “L’enterrament del neolític antic de la plaça de la Vila de Madrid (Barcelona). Una estructura funerària del VIè mil.lenni aC”. *Quarhis, época II*, 6: 94-107.
- Poveda Hernández, E. (2018): *El poblamiento prehistórico en la Vall de Biar (Alicante)*. Fundación José María Soler. Villena
- Poveda Navarro, A.M. (1998): *El poblado ibero-romano de El Monastil*. Ayuntamiento de Elda- Universidad de Alicante. Elda.
- Poveda Navarro, A.M. (1994): “La fase del Hierro antiguo y la influencia fenicia en la cuenca interior del Vinalopó (Alicante)”. *Alebus*, 4-5: 49-71.
- Prados, F., García, A. y Jiménez, H. (2018): “Metalurgia fenicia en el sureste ibérico: el taller del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar, Alicante)”. *Complutum* 29 (1): 79-94.
- Prados, F., García, A. y Jiménez, H. (2020): “La ciudadela fenicia. Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar de Segura, Alicante)”. En A. Carretero y C. Papí (coords.), *Actualidad de la investigación arqueológica en España II (2019-2020)*: 1-20. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
- Precioso, M.L. y Rivera, D. (1999): “Estudio paleoetnobotánico”. En F.J. Jover y J.A. López (1999): *II Campaña de excavaciones arqueológicas en Terlinques (Villena, Alicante). Memoria científica anual. Memorias arqueológicas y paleontológicas de la Comunidad Valenciana*. Nº 0. Generalitat Valenciana. Valencia.
- Puigcerver Hurtado, A. (1992-94): “Arqueología de la Edad del Bronce en Alicante: La Horna, Foia de la Perera y Lloma Redona”. *Lucentum*, XI-XIII: 63-72.
- Puigcerver, A. y López, J.A. (2005): “Caza y ganadería durante la Edad del Bronce en el Alto Vinalopó. La fauna de la Peña”. *Historia de Sax*, vol. I: 133-139. Ayuntamiento de Sax.
- Pujante Martínez, A. (2001): “El yacimiento de “Los Molinos de Papel”, Caravaca de la Cruz”. *XII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*: 21-22. Consejería de Cultura. Murcia.



- Pujante Martínez, A. (2003): “Excavación arqueológica en el solar de calle Juan II nº3 y calle Leonés nº5 (Lorca- Murcia)”. *XIV Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología de la Región de Murcia*: 30-31. Consejería de Cultura. Murcia.
- Pujante Martínez, A. (2011): “Estructura del poblado calcolítico de Lorca en las excavaciones arqueológicas de la calle Juan II esquina calle Leonés”. *Alberca*, 9: 9-37.
- Pujante, A., Martínez, A., Madrid, M.J. y Bellón, J. (2003): “Excavación arqueológica de urgencia en el poblado del Bronce Tardío de Murviedro (Lorca)”. *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*: 26-29. Consejería de Cultura. Murcia.
- Rabuñal, J.R., Polo-Díaz, A. y Fernández López de Pablo, J. (2018): “The Early Mesolithic open-air site of El Arenal del Virgen (Villena, Alicante, SE Iberian Peninsula). *New technological and spatial data from recent excavations. 18th UISPP World Congress*: 212-213. Paris.
- Ramón Torres, J.R. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del mediterráneo central y occidental*, Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Ramos Fernández, R. (1975): *La ciudad romana de Illici*. Alicante.
- Ramos Fernández, R. (1981): “El Promontorio del Aigua Dolça i Salá de Elche. Avance a su estudio”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI: 197-218.
- Ramos Fernández, R. (1983): “Precisiones evolutivas sobre cerámicas de tipo campaniforme”. *XVI Congreso Nacional de Arqueología*: 113-120. Zaragoza.
- Ramos Fernández, R. (1984): “Memoria de las excavaciones realizadas en El Promontori de Elche durante las campañas 1980-1981”. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 19: 11-33.
- Ramos Fernández, R. (1988): “Caramoro: una fortaleza vigía de la Edad del Bronce”. En *Homenaje a Samuel de los Santos*: 93-107. Albacete.
- Ramos Folqués, R. (1989): *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*. Serie Arqueológica II. Elche.
- Ramos Millán, A. (1999): “Culturas neolíticas, sociedades tribales: economía política y proceso histórico en la Península Ibérica”. *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica*: 597-608. Saguntum, Extra-2. Universitat de València. Valencia.
- Reeves Sanday, P. (1987): *El canibalismo como sistema cultural*. Lerna. Barcelona.
- Reimer, P. J., Bard, E., Bayliss, A., Beck, J. W., Blackwell, P. G., Bronk Ramsey, C., Buck, C. E., Cheng, H., Edwards, R. L...y Van Der Plicht, J. (2013): “IntCal13 and Marine13 Radiocarbon Age Calibration Curves 0-50,000 Years cal BP”. *Radiocarbon*, 55 (4): 1869-1887.
- Ribera, A. y Pascual, J. (1997): “Els poblats de l’Edat del Bronze d’Ontinyent i la Vall d’Albaida Occidental (I-III). Anàlisi i consideracions”. *Alba*, 12: 25-78.
- Ribera, A. y Pascual, J. (1994): “Els poblats de l’Edat del Bronze d’Ontinyent i la Vall d’Albaida Occidental (I)”. *Alba*, 9: 13-53.
- Ribera, A., Pascual, J. y Barberà, J.M. (2005): “El poblament de l’Edat del Bronze a la Font de la Figuera (València)”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 14: 27-78.

- Ripollés Adelantado, E. (2000): “Notas en torno a la tipología, cronología y origen de una punta de flecha de hueso localizada en el yacimiento de les Raboses (Albalat dels Tarongers, València): las puntas con doble hilera de aletas de la Edad del Bronce”. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 21: 95-108.
- Ripollés Adelantado, E. (1997): “La Ereta del Castellar (Villafranca): avance a la revisión de un yacimiento del Bronce Valenciano”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXII: 157-178.
- Risch, R. (2002): *Recursos naturales, medios de producción y explotación social*. Iberia Archaeologica, 3. Deutsches Archäologisches Institut. Mainz.
- Risch, R. y Ruiz, M. (1994): “Distribución y control territorial en el Sudeste de la Península Ibérica durante el tercer y segundo milenios A.N.E.”. *Verdolay*, 6: 77-87.
- Rizo Antón, C. (2009): *Ganadería y caza durante la Edad del Bronce*. *Arqueozoología del Tabayá (Aspe, Alicante)*. Fundación José María Soler. Villena.
- Rodanés, J.M. y Picazo, J.V. (2005): *El proceso de implantación y desarrollo de las comunidades agrarias en el valle medio del Ebro*. Monografías Arqueológicas, 40. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- Rodanés, J.M. y Picazo, J.V. (2013): *El campamento mesolítico del Cabezo de la Cruz. La Muela*. Zaragoza. Monografías Arqueológicas, 45. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- Rodríguez Marco, J.A. y Fernández, J. (eds.) (2012): *Cogotas I: La cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- Rodríguez Rodríguez, A. (2011): “Análisis funcional del instrumental lítico tallado. Un estudio preliminar. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dir.) *Benàmer (Muro de l'Alcoi, Alicante)*. *Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas*: 205-214. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Rodríguez Traver, J.A. y Pérez, J. (2005): “El poblamiento ibérico antiguo en el valle del río Canyoles. En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.), *La Contestania ibérica, treinta años después*: 211-225. Universidad de Alicante. Alicante.
- Rojo Guerra M.A., Garrido, R. y García, I. (coords.) (2005): *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León. Valladolid.
- Rojo Guerra M.A., Garrido, R., Kunst, M. y García, I. (2008): *Paisajes de la memoria: asentamientos del neolítico antiguo en el valle de Ambrona (Soria)*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- Rojo Guerra, M.A., Tejedor, C., Jiménez, I., Peña, L., Royo, I., [...] y Gómez, F. (2015): “Releyendo el fenómeno de la neolitización en el Bajo Aragón a la luz de la excavación del Cingle de Valmayor XI (Mequinenza, Zaragoza)”. *Zephyrus*, 75: 41-71.
- Rojo Guerra, M.A., Garrido, R., y García, I. (2012): *El neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Cátedra. Madrid.

- Romano, V., Lozano, S. y Fernández-López de Pablo, J. (2020): “A multilevel analytical framework for studying cultural evolution in prehistoric hunter-gatherer societies”. *Biological reviews*, 95(4): 1020-1035
- Ros Sala, M.M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín*. Universidad de Murcia. Murcia.
- Rosser Limiñana, P. (2010): “Sepultures neolítiques i creences en el Tossal de les Basses: primeres dades”. En A. Pérez y B. Soler (coords.), *Restes de vida, restes de mort. La mort en la Prehistòria: 183-194*. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. València.
- Rosser, P. y Fuentes, C. (coords.) (2007): *Tossal de les Basses. Seis mil años de historia de Alicante*. Ayuntamiento de Alicante. Alicante.
- Rosser, P. y Soler, S. (2016): “Propuesta de fases cronológicas para el asentamiento neolítico del Tossal de les Basses (Alicante, España)”. *Del neolític a l'edat del bronze en el Mediterrani occidental. Estudis en homenatge a Bernat Martí Oliver: 225-248*. Trabajos Varios, 119. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Rouillard, P. (2010): “La Fonteta/Rábita (Guardamar del Segura, Alicante): las excavaciones hispano-francesas, 1996-2001”. *Guardamar de Segura. Arqueología y museo: 80-89*. MARQ. Alicante.
- Rouillard, P., Gailledrat, E. y Sala, F. (2007): *L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe-fin Vie siècle av.J.-C.)*. Casa de Velásquez. Madrid.
- Rowley-Conwy, P. (2004): “Complexity in the Mesolithic of the Atlantic Façade: development or adaption”. En M. González y G.A. Clark (eds.), *The Mesolithic of the Atlantic Façade: proceedings of the Santander Symposium: 1-12*. Anthropological Research Papers, 5. Arizona.
- Ruiz Rodríguez, A., Molinos, M., Nocete, F. y Castro, M. (1986): “Concepto de producto en arqueología”. *Arqueología Espacial*, 7: 63-80.
- Ruiz Sanz, M. J. (1998): “Excavaciones de urgencia en el poblado de Santa Catalina del Monte (Verdolay)”. *Memorias de Arqueología*, 7: 78-116.
- Ruiz Segura, E. (1990): “El fenómeno campaniforme en la Provincia de Alicante”. *Ayudas a la Investigación, 1986-1987, III. Arqueología, Arte, Toponimia: 71-81*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- Ruiz Zapatero, G. (2001a): “El final de la Edad del Bronce en la Península Ibérica”. En M.S. Hernández (dir.), ... *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras: 103-116*. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante.
- Ruiz Zapatero, G. (2001b): “Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas”. En M. Ruiz Gálvez (ed.), *La Edad del Bronce, ¿primera Edad de Oro en España?: sociedad, economía e ideología: 257-290*. Crítica. Madrid.

- Ruiz Zapatero, G. (2014): “Los campos de Urnas”. En M. Almagro-Gorbea (ed.), *Protohistoria de la península Ibérica: del Neolítico a la romanización*: 195-216. Universidad de Burgos-Fundación Atapuerca. Burgos
- Ruiz Molinos, A., Serrano, J. L., Molinos, M. y Rodríguez, M.O. (2007): “La tierra y los Iberos en el Alto Guadalquivir”. En A. Rodríguez e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la Tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*: 225-245. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- Ruiz Molina, L., Amante, M. y Muñoz, F. (1989): *Guía Museo Arqueológico Municipal “Cayetano de Mergelina”, Yecla*. Ayuntamiento de Yecla. Murcia.
- Sahlins, M. D. (1984): *Las sociedades tribales*. Labor. Barcelona.
- Sala, F., Grau, I., Olcina, M. y Moltó, J. (2004): “El comerç d’àmfores en època protohistòrica ibèrica a les terres de la Contestania”. *La circulació d’àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III a.C.): aspectos quantitativus i anàlisis de continguts, Actes de la II Reunió Internacional d’Arqueologia de Calafell*. Arqueomediterrànea, 8: 229-251. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Salazar-García, D.C, Aura, J. E., Olària, C., Talamo, S., Morales, J. V. y Richards, M. P. (2014): “Isotope evidence for the use of marine resources in the Eastern Iberian Mesolithic”. *Journal of Archaeological Science*, 42: 231-240.
- Salazar-García, D.C. (2010): “Estudio de la dieta en la población neolítica de Costamar. Resultados preliminares de análisis de isótopos estables de Carbono y Nitrógeno”. En E. Flors (dir.), *Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón). La evolución del paisaje antrópico desde la prehistoria hasta el medievo*: 411-418. Monografías de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 8. Castellón.
- Salva, A. (1966): “Material cerámico de la Cova dels Montgó (Jávea) en la provincia de Alicante”. *IX Congreso Nacional de Arqueología*, Valladolid, 1965: 95-99. Zaragoza.
- San Nicolás del Toro, M. (1994): “El megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema”. *Verdolay*, 6: 39-52.
- San Nicolás del Toro, M. (1986): “Aproximación al conocimiento de los Idolos Tipo Pastora: Los Oculados en Murcia”. En *El Eneolítico en el País Valenciano. Actas de coloquio (Alcoy, 1-2 de diciembre de 1984)*: 165-174. Instituto Alicante de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- San Valero Aparisi, J. (1954): *El Neolítico Hispánico*. IV congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Madrid.
- Sánchez Meseguer, J. y Galán, C. (2004): “El Cerro de la Encantada”. En M.R. García y J. Morales (coords.), *La península ibérica en el II milenio A.C.: poblados y fortificaciones*: 115-172. Col. Humanidades. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- Sánchez Romero, M. (2015). “Las arquitecturas de lo cotidiano en la prehistoria reciente del sur de la península ibérica”. En: M.E. Díez Jorge (ed.), *Arquitectura y Mujeres en la Historia. Mujer y Actualidad*: 19-57. Síntesis. Madrid.



- Sanchis Montesinos, K. (1994): “Análisis polínico de la secuencia de Cova de Bolu-mini (Benimeli-Beniarbeig)”. *Cuadernos de Geografía*, 56: 175-206.
- Sanoja, M. (1984): “La inferencia en la Arqueología Social”. *Boletín de Antropología Americana*, 10: 35-44.
- Sanz, C. (1621): *Excelencias de la villa de Elche*, Elche. *Recopilación en que se da cuenta de las cosas antiguas como modernas de la ínclita villa de Elche*. (Reed. 1954). Elche.
- Saña Seguí, M. (2013): “Domestication of Animals in the Iberian Peninsula”. En S. Colledge et al. (eds.), *The Origins and Spread of Domestic Animals in Southwest Asia and Europe*: 195-221. Left Coast Press, Inc.
- Sarmiento, G. (1992): *Las primeras sociedades jerárquicas*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- Schiffer, M.B. (1987): *Formation processes of the archaeological record*. University of Nuevo Mexico. Albuquerque.
- Schubart, H. (1965): “Neue Radiocarbon –daten zur vor- und Früggeschichte der Iberischen Halbinsel”. *Madrider Mitteilungen*, 6:14.
- Schubart, H. (1975): “Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar” *Trabajos de Prehistoria*, 38: 79-92.
- Schubart, H. (1976): “Relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar”. *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 331-342.
- Schubart, H. (1979): “Nuevas fuentes para la cultura de El Argar”. *XV Congreso Nacional de Arqueología*: 297-308. Zaragoza.
- Schubart, H. (2000): “Acerca de la evolución formal de la cerámica argárica”. *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*: 107-116. Monografías de Arqueología. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.
- Schubart, H. y Arteaga, O. (1980): “Fuente Álamo. Excavaciones 1977”. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 9: 247-279.
- Schubart, H. y Arteaga, O. (1986): “Fundamentos arqueológicos para el estudio socioeconómico y cultural del área de El Argar”. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 289-307. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Schubart, H. y Ulreich, (1991): Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret. *Madrider Beiträge*, 17. P. von Zabern. Mainz am Rhein.
- Schubart, H., Pingel, V. y Arteaga, O. (2000): *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Schüle, W. (1980): *Orce und Galera. Zwei Siedlungen aus dem 3. Bis I. Jahrtausend v. Chr. Im Südosten der Iberischen Halbinsel*. Excavaciones 1962-1970. Mainz.
- Segura Herrero, G. y Jover Maestre, F.J. (1997): *El poblamiento prehistórico en el Valle de Elda*. Colección l'Algoleja, 1. Centre d'Estudis Locals. Petrer.
- Sereni, E. (1973): *La categoría de formación económico y social*. México.
- Serna Martínez, I. y García Atiénzar, G. (2020): “La ocupación campaniforme del yacimiento de El Arsenal (Elche, Alicante)”. *Saguntum-PLAV*, 52: 53-71.

- Service, E. (1962): *Primitive social organization: an evolutionary perspective*. New York.
- Simón García, J.L. (1987a): “Xàbia a l’edat del bronze”. *Xàbiga*, 3: 7-36
- Simón García, J.L. (1987b): *La Edad del Bronce en Almansa*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- Simón García, J.L. (1997): “La Illeta: asentamiento litoral en el Mediterráneo Occidental de la Edad del Bronce”. En M. Olcina (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica*: 47-131. Serie Mayor, 1. MARQ. Alicante.
- Simón García, J.L. (1998): *La metalurgia prehistórica valenciana*. Trabajos Varios del SIP, 93. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Simón García, J.L. (1999): “La ocupación del territorio durante la Edad del Bronce en el Sinus Ilicitanus”. En *Cambios en el litoral y su influencia en el hábitat, Geoarqueología, quaterni i litoral, Memorial M. P. Fumanal*: 257-268. Universitat de València. Valencia.
- Simón García, J.L., Hernández, E. y Gil, F. (1999): *La metalurgia en el Altiplano Jumilla- Yecla. Prehistoria y Protohistoria*. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Jumilla.
- Siret, H. (1905): “Notas sobre la comunicación del Reverendo Padre Furgús, relativa a las tumbas prehistóricas de Orihuela”. *Del Neolítico al Bronce (Compendio de Estudios)*. Colección Siret de Arqueología nº 6 (original en Annales de la Société d’Archéologie de Bruxelles, XIX Bruselas, 1905 [pp.371-380]): 263-273. Antas, Cuevas de Alanzora.
- Siret, L. (1908 [1995]): *Religiones neolíticas de Iberia*. Ayuntamiento de Cuevas de Alanzora. Almería.
- Siret, L. (1913): *Questions de Chronologie et d’Etnographie ibériques*. Tome I. *De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*. París.
- Siret, H. y Siret, L. (1890): *Las Primeras Edades del Metal en el Sureste de España*. B-Imp. Heinrich y Cia. Barcelona.
- Soler Díaz, J.A. (1995): “Algunas consideraciones en torno al Campaniforme en la Provincia de Alicante”. *XXII Congreso Nacional de Arqueología*: 11-16. Vigo.
- Soler Díaz, J.A. (2002): *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*. MARQ-Real Academia de la Historia. Madrid-Alicante.
- Soler Díaz, J.A. (coord.) (2006): *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets*. MARQ. Alicante.
- Soler Díaz, J.A. (2009): “Los confines del Argar en el registro arqueológico. Sobre la Illeta dels Banyets de El Campello, Alicante”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*: 170-189. MARQ. Alicante.
- Soler Díaz, J.A. (ed.) (2012): *Cova d’En Pardo: Arqueología en la Memoria. Excavaciones de M. Tarradell, V. Pascual y E. Llobregat (1961-1965)*. *Catálogo de materiales del Museo de Alcoy y estudios a partir de las campañas del MARQ (1993-2007) en la cavidad de Planes, Alicante*. MARQ-Ajuntament d’Alcoi. Alicante.

- Soler Díaz, J.A. (2019): “En la otra orilla. Iconografías megalíticas muebles en el extremo oriental peninsular”. En J.A. Soler y P. Bueno (coords.), *Ídolos. Miradas Milenarias*: 303-322. Catálogo de la exposición. MARQ. Alicante.
- Soler Díaz, J.A., Ferrer, C., González, P., Belmonte, D., López, D., Iborra, P., Closquell, B., Roca de Togores, C., Chiarri, J., Rodes, F. y Martí, J.B. (1999a): “Uso funerario al final de la Edad del Bronce de la Cova d’En Pardo, Planes, Alicante. Una perspectiva pluridisciplinar”. *Recerques del Museu d’Alcoi*, 8: 111-178.
- Soler Díaz, J.A., Dupré, M., Ferrer, C., González-Sampériz, P., Grau, E., Mánez, S. y Roca de Togores, C. (1999b): “Cova d’en Pardo, Planes, Alicante. Primeros resultados de una investigación pluridisciplinar en un yacimiento prehistórico”. *Geoarqueologia i Quaternari litoral. Memorial M. Pilar Fumanal*. Valencia.
- Soler Díaz, J.A y López Padilla, J.A. (2001): “Nuevos datos sobre el poblamiento entre el Neolítico y la Edad del Bronce en el sur de Alicante.” *Lvcentvm*, XIX-XX: 7-26.
- Soler Díaz, J.A., Pérez, R., Ferrer, C., Belmonte, D. y Vicedo, J. (2004): “La cisterna nº 1 del yacimiento de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Resultados de las actuaciones previas a la puesta en valor de una estructura de la Edad del Bronce”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 269-284. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Villena.
- Soler Díaz, J.A, López, J.A., García, G. y Molina, F.J. (2005): “Nuevos datos en torno al poblamiento neolítico en el sur de la provincia de Alicante. Los yacimientos de la Playa del Carabassí”. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*: 455-464. Universidad de Cantabria. Santander.
- Soler Díaz, J.A. y Belmonte, D. (2006): “Vestigios de una ocupación previa a la Edad del Bronce. Sobre las estructuras de habitación prehistórica en la “Illeta dels Banyets”, El Campello, Alicante”. En J.A. Soler Díaz (coord.), *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*: 27-66. Serie Mayor, 5. MARQ. Alicante.
- Soler Díaz, J.A., Pérez, R. y Belmonte, D. (2006): “Arquitecturas del agua en una punta al mar. A propósito de las estructuras de la Edad del Bronce que se identifican en la “Illeta dels Banyets”. El Campello, Alicante”. En J.A. Soler Díaz (ed.), *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets*: 67-118. Serie Mayor, 5. MARQ. Alicante.
- Soler Díaz, J.A. y Roca de Togores, C. (coords.) (2008): *El secreto del barro: un cántaro neolítico de la cova d’en Pardo (Planes, Alicante)*. MARQ. Alicante
- Soler Díaz, J.A., Ferrer, C., Roca de Togores, C. y García, G. (2008a): “Cova d’En Pardo (Planes, Alicante). Un avance sobre la secuencia cultural”. En M.S. Hernández, J.A. Soler y J.A. López (eds.), *IV Congreso del Neolítico peninsular*, 79-89. Alicante.

- Soler Díaz, J.A., López, J. A., Roca, C., Benito, M. y Botella, M.C. (2008b): “Sepultura infantil de la Edad del Bronce de Monte Bolón”. En *Elda. Arqueología y museo*: 16-37. Museos municipales en el Marq. MARQ. Alicante.
- Soler Díaz, J.A. y Roca de Togores, C. (2010a): “Cova del Randero”. En A. Guardiola y F. Tendero (coords.), *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2008*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Soler Díaz, J.A. y Roca de Togores, C. (2010b): “Cova del Randero”. En A. Guardiola y F. Tendero (coords.), *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2009*. CD. Sección de Arqueología del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Alicante. Alicante.
- Soler Díaz, J.A., Duque, D.M., Ferrer, C., García, G., Gómez, O., Guillem, P.M., Iborra, P., Martínez, R., Pérez, G., Roca de Togores, C. y Ximénez, T. (2013): “Sobre el significado de la primera ocupación neolítica de la Cova d’en Pardo (Planes, Alicante): avance de estudio pluridisciplinar de los niveles VIII y VIII B”. *Saguntum-PLAV*, 45: 9-24.
- Soler Díaz, J.A., Gómez, O. y Roca de Togores, C. (2014a): “Excavaciones en la Cova del Randero (Pedreguer, Alicante): Antecedentes y avance de resultados. *MARQ. Arqueología y museos. Extra-1*: 189-195.
- Soler Díaz, J.A., López, J. A., García, G., Ferrer, C. y Luján, A. (2014b): “Excavaciones arqueológicas en la Platja del Carabassí (Elche)”. En F.J. Jover, P. Torregrosa y G. García (eds.), *El Neolítico en el Bajo Vinalopó (Alicante, España)*, BAR International Series, 2616: 101-121. Archaeopress. Oxford.
- Soler Díaz, J.A., Roca de Togores, C., Pascual, J.; Lozano, M.; Gómez, O., Pére, M. y Roca, S. (2017): Una tumba en una aldea del V milenio a.n.e. A propósito de la inhumación en fosa del yacimiento neolítico del Camí de Missena (La Pobla del Duc, Valencia). *Marq, arqueología y museos*, 8: 23-56
- Soler Díaz, J.A. y Barciela, V. (2018): Ídolos rupestres y sus paralelos muebles. Un registro singular. En J.A. Soler, R Pérez y V. Barciela (coords.), *Rupestre: Los primeros santuarios. Arte prehistórico en Alicante*: 190-205. MARQ. Alicante.
- Soler García, J.M. (1961): “La Casa de Lara de Villena (Alicante): Poblado de llanura con cerámica cardial”. *Saitabi*, XI: 193-200.
- Soler García, J.M. (1969): *El oro de los tesoros de Villena*. Trabajos Varios del SIP, 36. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Soler García, J. M. (1981): *El Eneolítico en Villena*. Serie Arqueológica, 7. Universitat de València. Valencia.
- Soler García, J. M. (1986): “La Edad del Bronce en la comarca de Villena”. *Homenaje a Luis Siret 1934-1984 (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 381-404. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Soler García, J.M. (1987): *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo*. Instituto de Estudios Juan Gil Albert. Alicante.



- Soler García, J.M. (1955): “Cabezo de las Alforjas”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II: 189.
- Soler García, J.M. y Fernández, F. (1970): “Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena (Alicante)”. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10: 27-65.
- Soriano Boj, S.; Jover, F.J.; López, E. (2012): “Sobre la fase Orientalizante en las tierras meridionales valencianas: el yacimiento de Casa Secà (Elche) y la dinámica del poblamiento en el *Sinus Ilicitanus*”. *Saguntum-PLAV*, 44: 77-97.
- Soriano Sánchez, R. (1989): “Contribución a la Prehistoria e Historia Antigua de Callosa de Segura” *Monografías Callosinas*, 2: 50-60. Callosa de Segura.
- Soriano Sánchez, R. (1984): “La cultura del Argar en la Vega Baja del Segura” *Saguntum-PLAV*, 18: 103-143.
- Spirkin, A. y Yágot, O. (1985): *Fundamentos del materialismo dialéctico e histórico*. Col. Filosofía. La Habana.
- Suárea Márquez, A., Bravo, A., Cara, L., Martínez, J., Ortíz, D., Ramos, J. y Rodríguez, J.M. (1986): “Aportaciones al estudio de la Edad del Cobre en la Provincia de Almería. Análisis de la distribución de yacimientos”. *Homenaje a Luis Siret 1934-1984 (Cuevas de Almanzora, 1984)*: 196-207. Consejería de Cultura. Sevilla.
- Subirà de Galdàcano, M.E. (2008): “Estudio de la dieta a partir del análisis de isótopos estables”. En J. Aparicio J. (ed.), *La necrópolis mesolítica de El Collado (Oliva, Valencia)*: 339-344. Varia, VIII. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Szécssényi-Nagy, A., Roth, CH., Brandt, G., Rihuete, C., Tejedor, C [...] y Alt, K.A. (2017): “The maternal genetic make-up of the Iberian Peninsula between the neolithic and the Early Bronze Age”. *Scientific Reports*, 7:15644.
- Tarradell Mateu, M. (1950): “La Península Ibérica en la época de El Argar”. *Congreso de Arqueología del Sudeste Español*, V: 72-85. Almería.
- Tarradell Mateu, M. (1958): “El Tossal Redó y El Tossal del Caldero, dos poblados de la Edad del Bronce en Bellús”. *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII: 110-126.
- Tarradell Mateu, M. (1961): “Sobre la identificación de los poblados eneolíticos valencianos”. *VI Congreso Nacional de Arqueología*: 86-91. Oviedo.
- Tarradell Mateu, M. (1963): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Universitat de València. Valencia.
- Tarradell Mateu, M. (1965): “En torno a la arquitectura megalítica: algunos problemas previos”. En *Arquitectura megalítica y ciclópea catalano-balear*: 17-24. CSIC. Barcelona.
- Tarradell Mateu, M. (1969): “La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación”. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6:7-30.
- Tarradell Mateu, M. (1947): “Sobre la delimitación geográfica de la cultura del Argar”. *Congreso de arqueología del Sudeste Español*, II: 139-150. Albacete.

- Tarrête J. y Le Roux, C. T. (dir.) (2008): *Archéologie de la France. Le Néolithique*. Picard. Paris.
- Terray, E. (1971): “El materialismo histórico frente a las sociedades segmentarias y de linajes”. En E. Terray (coord.), *El marxismo ante las sociedades primitivas*: 95-176. Losada. Buenos Aires.
- Terray, E. (1977): “Clases y conciencia de clase en el Reino Abroon de Gyaman”. En M. Bloch (ed.), *Análisis marxista y antropología social*: 105-162. Anagrama. Barcelona.
- Toledo, V. (1993): “La racionalidad de la producción campesina”. En E. Sevilla y M. González (ed.), *Ecología, campesinado e Historia, Genealogía del poder*: 197-218. La Piqueta. Barcelona.
- Tormo Cuñat, C. (2011): “Arqueozoología”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l’Alcoi, Alicante). Mesolític y neolític en las tierras meridionales valencianas*: 113-120. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Tormó, C. y De Pedro, M. J. (2013). El registro de la fauna de dos yacimientos valencianos de la Edad del Bronce: La Lloma de Betxí y L’Altet de Palau. En A. Sanchís y J.L. Pascual (eds.), *Animals i arqueologia hui. I Jornades d’arqueozoologia (València, 2013)*: 257-284. Museu de Prehistòria. Valencia.
- Torregrosa Giménez, P. (1999): *La pintura rupestre esquemática en el Levante de la Península Ibérica*. Tesis doctoral. Alicante.
- Torregrosa Giménez, P. (2000-2001): Pintura rupestre esquemática y territorio: análisis de su distribución espacial en el levante peninsular. *Lucentvm*, XIX-XX: 39-63.
- Torregrosa, P. y Galiana, M. F. (2001): “El arte esquemático en el Levante peninsular. Una aproximación a su dimensión temporal”. *Millars, Espai i Forma*, 24: 153-198.
- Torregrosa, P. y Jover, F. J. (2011): “La Historia ocupacional de Benàmer: un yacimiento prehistórico en el fondo de la cuenca del río Serpis”. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l’Alcoi, Alicante). Mesolític y neolític en las tierras meridionales valencianas*: 85-96. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Torregrosa, P. y López, E. (2004): *La Cova Sant Martí (Agost, Alicante)*. MARQ. Alicante.
- Torregrosa, P., Jover, F.J. y López, E. (2011): *Benàmer (Muro d’Alcoi, Alicante). Mesolític y neolític en las tierras meridionales valencianas*. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Torregrosa, P., Jover, F.J. y López, E. (2014): “Galanet: un nuevo yacimiento prehistórico en el barranco de San Antón (Elche)”. En F.J. Jover, P. Torregrosa y G. García (eds.), *El Neolítico en el Bajo Vinalopó (Alicante, España)*: 123-146. BAR International Series, 2616. Archaeopress. Oxford.

- Torregrosa, P., Jover, F.J. y López, E. (2011): “Los asentamientos prehistóricos de Benàmer: modo de vida y organización social. En P. Torregrosa, F.J. Jover y E. López (dirs.), *Benàmer (Muro de l’Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas*: 317-340. Trabajos Varios del SIP, 112. Museu de Prehistòria de València. Diputació de València. Valencia.
- Torres Ortíz, M. (2008): “Dataciones del C-14 del Bronce Final del Sureste”. En A.J. Lorrio (ed.), *Qurénima, El Bronce Final del Sudeste de la península Ibérica*, Apéndice IV: 539-544. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Trelis Martí, J. (1984): “El poblado del Bronce de la Mola Alta de Serelles (Alcoy, Alicante)”. *Lvcentvm*, III: 23-66.
- Trelis Martí, J. (1992): “Excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce de Mas de Corral (Alcoi, Alicante). *Recerques del Museu d’Alcoi*, 1: 85-89.
- Trelis Martí, J. (1995): “Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sureste peninsular: el conjunto de moldes del Bosch (Crevillente, Alicante)”. *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I: 185-190. Elche.
- Trelis, J., Molina, F., Esquembre, M.A. y Ortega, J.R. (2004): “El Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el Botx (Crevillente, Alicante): nuevos hallazgos procedentes de excavaciones del salvamento”. En L. Hernández y M.S. Hernández (eds.), *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 319-323. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert-Ayuntamiento de Villena. Alicante.
- Trelis, J. y Molina, F. (2009): “El Alterón. Primeras evidencias neolíticas en Crevillent”. *Revista de Moros y Cristianos*: 192-202.
- Trelis, J., Molina, F. A., Reina, I., Ortega, J. R., Esquembre, M.A., Carrión, Y. y Pérez, G. (2014): “Alterón y los inicios de la explotación agropecuaria en el Fondó de Elche-Crevillente”. En F. J. Jover, P. Torregrosa y G. García Atiénzar (Eds.), *El Neolítico en el Bajo Vinalopó (Alicante, España)*: 91-100. BAR International Series, 2616. Archaeopress. Oxford.
- Utrilla Miranda, P. (2002): “Epipaleolíticos y neolíticos en el valle del Ebro. El paisaje en el Neolítico mediterráneo. *Saguntum-PLAV Extra-5*: 179-208.
- Utrilla, P. y Mazo, C. (2014): *La Peña de las Forcas (Graus, Huesca). Un asentamiento estratégico en la confluencia del Ésera y el Isábena*, Monografías Arqueológicas 46, Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- Utrilla, P. y Bea, M. (2015): “Los paquípodos: su difícil encaje en la cronología del arte Levantino”. *CuPAUAM*, 41: 127-146.
- Utrilla, P. y Montes, L. (ed.) (2009): *El mesolítico Geométrico en la Península Ibérica*. Monografías arqueológicas, 44. Universidad de Zaragoza. Zaragoza-Jaca.
- Utrilla, P., Montes, L., Mazo, C., Martínez, M. y Domingo, R. (2009): “El Mesolítico geométrico en Aragón”. En P. Utrilla y L. Montes (ed.), *El mesolítico Geométrico en la Península Ibérica*: 131-190. Monografías arqueológicas, 44. Universidad de Zaragoza. Zaragoza-Jaca.

- Valero, M.A. y Molina, M. (2013): “Les Cabeçoles (La Font de la Figuera, Valencia). Avance de los primeros resultados en la excavación de un poblado de la Edad del Bronce en la comarca de La Costera”. En P. García Borja (ed.), *El naixement de un poble. Història i arqueologia de la Font de la Figuera*: 61-72. Ajuntament de la Font de la Figuera. La Font de la Figuera.
- Vargas, I. (1984): “Definición de conceptos para una arqueología social”. *Hacia una arqueología social. Actas del 1º Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*: 136-152. San José. Costa Rica.
- Vargas, I. (1985): “Modo de vida: categoría de las mediaciones entre la formación social y cultural”. *Boletín de Antropología Americana*, 12: 5-16.
- Vargas, I. (1988): “La formación económico social tribal”. *Boletín de Antropología Americana*, 15: 15-27.
- Vargas, I. (1990): *Arqueología, ciencia y sociedad: ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*. Abre Brecha. Caracas.
- Verdasco Cebrián, C. (2001): “Depósitos naturales de cueva alterados: estudio microsedimentológico de acumulaciones producidas en el Neolítico valenciano por la estabulación de ovicápridos”. *Cuaternario y Geomorfología*, 15 (3-4): 85-94.
- Verdú Bermejo, J.C. (1996): “El poblado de El Estrecho (Caravaca, Murcia). Nuevo asentamiento fortificado del III milenio a. C. en el Sureste de la Península Ibérica”. *XXIII Congreso Nacional de Arqueología*: 51-58. Elche.
- Verdú Bermejo, J.C. (2002): “Informe sobre la intervención arqueológica realizada en el poblado calcolítico de “El Estrecho” (Caravaca) en noviembre de 1995”. *Memorias de Arqueología*, 10: 66-71.
- Vicent García, J.M. (1988): “El origen de la economía productora. Breve introducción a la Historia de las Ideas”. En P. López García (coord.), *El Neolítico en España*: 11-58. Cátedra. Madrid.
- Vicent García, J.M. (1990): “El Neolític: transformacion socials i econòmiques”. En J. Anfruns y E. Llobet (ed.), *El Canvi Cultural a la Prehistoria*: 241-293. Columna. Barcelona.
- Vicent García, J.M. (1981): “Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la Prehistoria”. *Primeras Jornadas de metodología de investigación prehistórica*: 71-84. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Soria.
- Vicente, M., Martínez, R., Guillem, P.M. y Iborra, M.P. (2009): “El Cingle del Mas Cremat (Portell de Morella, Castelló). Un asentamiento en altura con ocupaciones del mesolítico reciente”. En P. Utrilla y L. Montes (ed.), *El mesolítico geométrico en la Península Ibérica*: 361-374. Universidad de Zaragoza. Zaragoza-Jaca.
- Vilanova i Piera, J. (1872): *Origen, Naturaleza y Antigüedad del Hombre*. Madrid.
- Vives-Ferrándiz, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de arqueología mediterránea, 12. Barcelona.



- Vizcaíno, D. (ed.). (2007): *Paisaje y arqueología en la Sierra de la Menarella. Estudios previos del Plan Eólico Valenciano. Zona II: Refoies y Todoella*. Generalitat Valenciana. Valencia.
- Walker, M. J. y Lillo, P. A. (1983): "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El Prado, Jumilla (Murcia)". *XVI Congreso Nacional de Arqueología*: 105-116. Zaragoza.
- Whittle, A. y Cumings, V. (2007): *Going over: The Mesolithic-Neolithic Transition in North-West Europe*. British Academy Scholarship Online.
- Williams, B. J. (1974): "A model of band society". *American Antiquity*, 39 (4-2). Memoir 29.
- Wobst, M. (1974): "Boundary conditions for Paleolithic social systems: a simulation approach". *American Antiquity*, 39, 2: 147-177.
- Zilhão, J. (1997): "Maritime pioneer colonization in the Early Neolithic of the West Mediterranean. Testing the model against the evidence". *Porocilo*, XXIV: 19-42.
- Zilhão, J. (2001): "Radiocarbon evidence for maritime pioneer colonization at the origins of farming in west Mediterranean Europe". *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 98 (24): 14180-14185.
- Zilhão, J. (2011): "Time is on my side". En Hadjikoumis, A., Robinson, E. and Viner, S. (eds.), *The Dynamics of Neolithisation in Europe. Studies in Honour of Andrew Sherratt*: 46-65. Oxbow Books. Oxford.











 Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante

